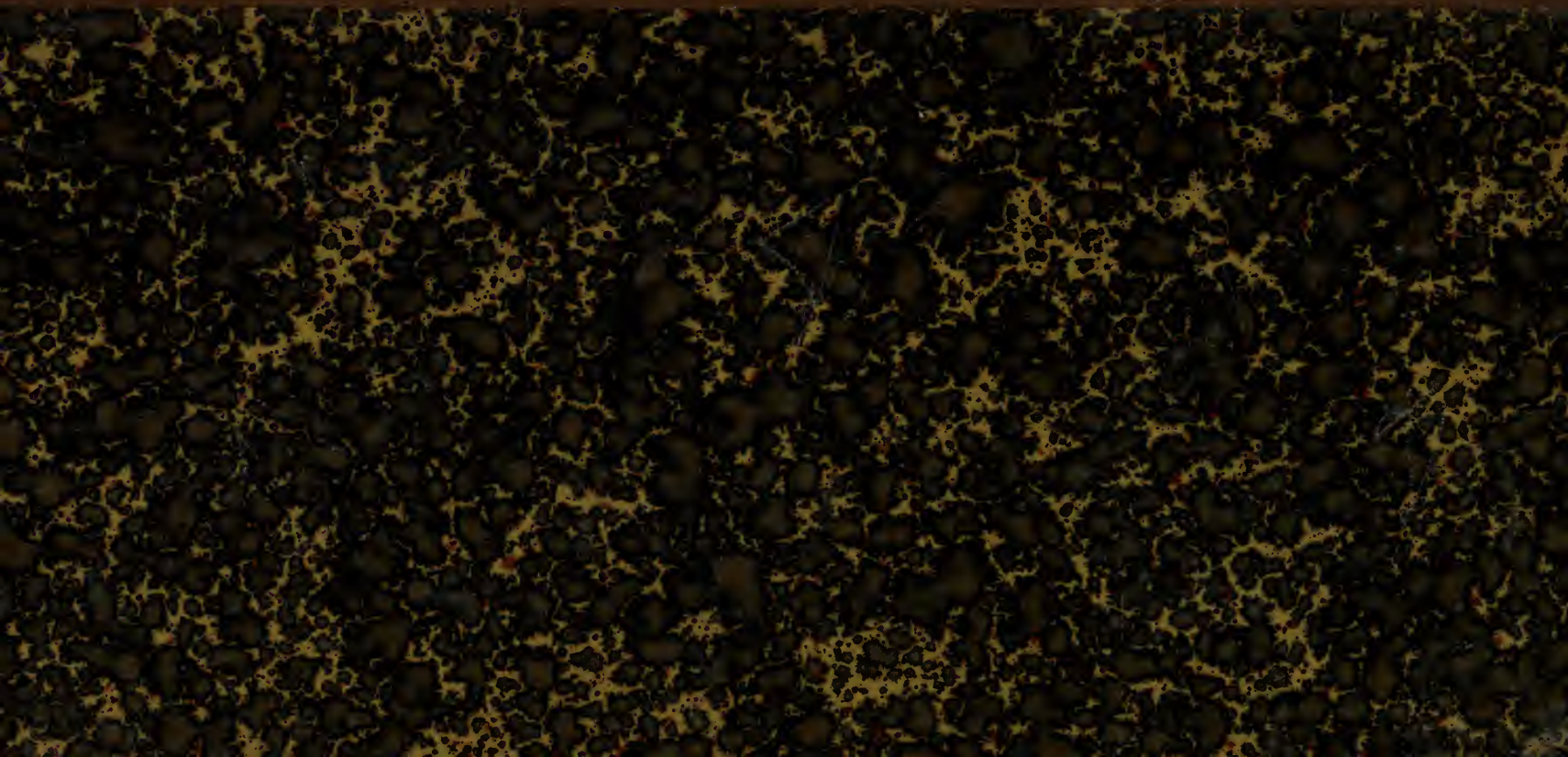
3 1761 08166251 2



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AÑO IV NÚM. XXXVII

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

ENERO—1892

MADRID
IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS
á cargo de D. Agustin Avrial,
SAN BERNARDO, 92

462614
3. 6. 47

AP
60
E8
año 4
no. 37-39

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

(Continuación)

Por consiguiente, el general Faidherbe resolvió marchar inmediatamente sobre Saint-Quentin, á donde ya había enviado desde Cambray la brigada Isnard. Atacando el ala derecha enemiga, donde por entonces no había más que caballería, se amenazaban al mismo tiempo sus comunicaciones con el interior de Alemania, mientras que la proximidad de las plazas del Norte permitía á los franceses retirarse allí, y les dejaba mucha mayor libertad de movimientos en sus operaciones.

Pero el general Gœben había previsto esta marcha por el flanco izquierdo del enemigo, y para estorbarla había reunido todas sus fuerzas.

Hizo marchar á todas sus tropas, hasta á los convalecientes capaces de prestar servicio, y no dejó en Amiens sino cortos destacamentos, llamando además desde el Sena inferior al Somme al tercer regimiento de granaderos y una batería de artillería gruesa, porque el cuerpo décimo tercero iba caminando desde el Sarthe sobre Rouen.

Pronto se supo por los reconocimientos hechos por la caballería que los franceses habían salido de Albert, y que sus cuerpos habían marchado sobre Combles y Sailly-Saillisel. Una de sus brigadas, la del general Pauly, nuevamente formada, ocupó á Bapaume, y la de Isnard entró en Saint-Quentin, desde donde el general Lippe se retiró á Ham, conforme á las órdenes recibidas. Entonces el general Gœben se puso también en marcha en dirección al Este, utilizando los caminos de la orilla derecha y de la orilla izquierda del Somme, para alcanzar á tiempo todavía al enemigo.

17 *de Enero.*—El 17 la duodécima brigada de caballería siguió su marcha rectamente hacia la Fère, y la décima sexta división hacia Ham. La tercera de reserva y la brigada de caballería de la guardia llegaron á Nesle, y la décima quinta división y la artillería de cuerpo á Villers-Carbonnel. Con las tropas últimamente llegadas de Rouen se había formado una reserva general que siguió al ejército hasta Harbonnières. En la orilla Norte del Somme, la subdivisión del general conde Grœben se adelantó hasta más allá de Péronne, que no dejó muy atrás.

Las cuatro divisiones francesas habían avanzado hacia Vermand, de tal modo, que al día siguiente podían operar su unión en Saint-Quentin. El cuerpo vigésimo tercero debía dirigirse á la ciudad por el camino directo, mientras que el vigésimo segundo pasaría el Somme más abajo y tomaría posiciones al Sur de Saint-Quentin.

18 *de Enero.*—Por parte de los alemanes, la décima sexta división y la tercera de reserva avanzaron por la margen Sur del Somme hacia Jussy y Flavy, siguiendo la reserva hasta Ham. La duodécima división de caballería, establecida en Vendeuil, pudo convencerse de que en la región al Este del Oise no había fuerzas enemigas.

A fin de hallarse en contacto con el enemigo que avanzaba, la décima quinta división debía por el contrario pasar el Somme por Brie, y dirigirse sobre Vermand y Étreillers de acuerdo con las tropas del general conde Grœben. El general Kummer tenía instrucciones para limitarse á observar á los franceses si los encontraba en posición; para seguirlos, si se retiraban hacia el Norte, y para atacarlos inmediatamente con todas sus fuerzas si por caso avanzaban hacia el Sur.

Apenas hubo pasado de Tertry, la vigésima novena brigada encontró á las diez y media la retaguardia del vigésimo segundo cuerpo y su impedimenta. Los húsares dispersaron uno de los batallones de la escolta, y obligaron á las filas de carruajes á volver á Caulaincourt en el mayor desorden; pero la infantería francesa se acercó, rompió el fuego, y les obligó á abandonar su botín y sus prisioneros. La brigada francesa había dado media vuelta, y desde Trefcon se dispuso al ataque. El regimiento de infantería núm. 65 y tres baterías les estuvieron resistiendo hasta después de las dos, á cuya hora el general Bessol llegaba á aquel sitio, dando orden á la infantería de volverse á poner en marcha sobre Saint-Quentin.

El cuerpo vigésimo tercero había igualmente interrumpido su marcha para destacar una de sus brigadas al flanco izquierdo de la décima quinta

división. Pero en la granja de Cauvigny encontró ésta dos batallones alemanes que después de haber sostenido un combate con un fuego de bastante duración, siguieron al enemigo que se había vuelto á poner en marcha, y penetraron á las tres en Caulaincourt, donde hicieron cien prisioneros y se apoderaron de catorce furgones de víveres.

En el intervalo, el conde Grœben había caminado hacia donde se oía el cañón, comprendiendo que auxiliaría más eficazmente á las tropas que se batían, marchando en línea recta sobre Vermand. Emplazáronse cuatro baterías contra Pœuilly que había ocupado el enemigo, y cuando el cuarto regimiento de granaderos se acercó á la población, la evacuaron los franceses, quedando algunos prisioneros y siendo dispersados por los hulanos muchos guardias móviles. Pero en Vermand se halló al cuerpo vigésimo tercero en disposición de desplegarse.

El conde Grœben concentró, pues, detrás de la hondonada de Pœuilly sus tropas, que retrocediendo hasta allí, hacían frente cuantas veces las perseguía el enemigo. La décima quinta división se había acantonado en Beauvois y en Caulaincourt.

Los generales franceses no parece haberse propuesto aquel día más que un solo objeto: llegar á Saint-Quentin. No se aprovecharon de la ocasión que se les presentaba de caer á un tiempo con sus dos cuerpos sobre la décima quinta división que se encontraba aislada. El vigésimo tercero pasó la noche en Saint-Quentin y al Oeste de la ciudad, y el vigésimo segundo al Sur, después de haber atravesado el Somme por Serancourt. ¿Era posible que continuasen la marcha, bien sobre París, bien contra las líneas de comunicación de los alemanes? Esto dependía, á la sazón, que los últimos se encontraban tan inmediatos á ellos, del resultado de la batalla, y el general Faidherbe quiso esperar en Saint-Quentin á que se la presentaran.

Era esencial que permaneciese apostado allí, en el caso de que la salida de los sitiados en París hubiera tenido éxito. La configuración del terreno era ventajosa bajo cierto aspecto, puesto que las alturas que rodean la ciudad ofrecían un campo de tiro despejado, y permitían tener al abrigo á las tropas que estaban de reserva. Cierto que el Somme dividía en dos fracciones á su ejército; pero el puente de Saint-Quentin les permitía prestarse mutuo apoyo. El enemigo también estaba situado sobre las dos orillas del río, y el General francés por último, tenía que oponer cuarenta mil hombres (contando las brigadas Isnard y Pauly que acababan de reunírsele), á un enemigo más débil, porque realmente los alemanes, contando todo su efectivo, ascendían á treinta y dos mil quinientos ochenta combatientes, de los cuales muy cerca de seis mil eran de caballería.

BATALLA DE SAINT-QUENTIN

(19 de Enero.)

El general Gœben había dado orden de que el 19 se atacase en toda la línea.

El general Barnekow avanzó por la orilla Sur del Somme, ocupando al paso á Serancourt con la décima sexta división y la tercera de reserva, desde Jussy por Essigny, mientras que la duodécima de caballería marchaba adelante por el camino que sube de la Fère.

Las columnas francesas todavía estaban en marcha para ir á ocupar sus posiciones, dando espaldas á la ciudad; pero Grugies ya estaba ocupado por uno de sus destacamentos. Mientras que la trigésima segunda brigada se desplegaba al Norte de Essigny, y la división de reserva hacía alto detrás de este punto, la brigada trigésima primera avanzó sobre Grugies á las diez menos cuarto.

Esta brigada que así avanzaba al ataque, se vió cogida de flanco, á la izquierda, por la brigada francesa de Gislain, que entretanto había ocupado á Contescour y á Castres, y por el frente la recibieron las brigadas Fœrster y Pittié.

La artillería francesa contestó inmediatamente desde el molino de Tout-Vent con un fuego muy nutrido al de la primera batería alemana en posición. A las once, el segundo batallón del regimiento de infantería número 69 avanzó en columnas de compañía, á través de un terreno enteramente descubierto, contra la altura situada al otro lado de Grugies. Cuatro veces repitió el ataque, y otras tantas los mortíferos fuegos cruzados del enemigo le hicieron cejar. Este batallón aislado casi había agotado sus municiones, cuando seis compañías del vigésimo noveno se adelantaron á su vez. En una lucha encarnizada en que se combatía cuerpo á cuerpo, logróse rechazar á los franceses, que deteniéndose, hicieron de nuevo frente delante de Grugies, en la fábrica de refinación de azúcar.

En el ala derecha, la duodécima división de caballería había avanzado á lo largo del camino de la Fère. La brigada Aynès, en reserva hasta entonces, se la adelantó á paso de carga, y como el conde Lippe no disponía

más que de un batallón de infantería, se vió rechazado por el momento hasta Cornet-d'Or. A medio día le llegaron refuerzos de Tergnier. Los cazadores sajones tomaron el parque que se extiende á lo largo del camino real, mientras que los fusileros del Schleswig-Holstein se apoderaban de la Neuville. Los franceses retrocedieron con rapidez, dejando en manos de los alemanes gran número de prisioneros; fueron vigorosamente perseguidos, y sólo pudieron rehacerse cuando llegaron al arrabal de Saint-Quentin.

Pero durante este tiempo, la brigada núm. 31 había trabado delante de Grugies un combate vivísimo de fusilería por ambos lados de la vía férrea; detrás de su ala derecha, la trigésima segunda brigada se encontraba establecida en un pliegue del terreno á lo largo del camino real, donde la molestaron mucho las granadas del enemigo; y sobre la izquierda, el destacamento que avanzaba desde Serancourt, no había logrado penetrar en Contescourt. Ahora bien, en aquel momento los franceses atacaron desde Grugies con tal ímpetu y con fuerzas tan superiores, que hubo que replegar la décima sexta división hasta Essigny.

Cuando á medio día el general Faidherbe se dirigió en persona á donde se hallaba el vigésimo tercer cuerpo, podía esperar con fundamento que el vigésimo segundo mantendría sus posiciones; pero en realidad de verdad, el golpe decisivo debía darse en la parte Norte del campo de batalla.

La división Robin había tomado allí posición entre Fayet y Francilly. A su izquierda había entrado en línea la brigada Isnard, y luego seguía la Lagrange, de la división Payen, que se extendía hasta el Somme. La brigada Michelet se mantenía en reserva, y en Gricourt estaba apostada la de Pauly, para asegurar las líneas de aprovisionamiento.

En el ala izquierda alemana el general conde Grœben se había puesto en marcha desde Pœuilly á las ocho de la mañana con ocho batallones y veintiocho piezas á lo largo de la vía romana. La brigada de caballería seguía sobre su izquierda.

Inmediatamente los batallones de la Prusia oriental arrojaron á los franceses de Holnon, los desalojaron de Selency, y luego avanzaron contra Fayet y sobre la altura de Moulin-Coutte, tomando al enemigo un cañón, que seguía disparando, con su furgón y numerosos prisioneros.

Sucesivamente, las veintiocho piezas se emplazaron sobre la altura del molino, empeñando acción con la artillería de la división Robin; pero á la media hora empezaron á faltarles las municiones, porque aún no habían vuelto los carros enviados la víspera á las columnas de municiones del octavo cuerpo. Las baterías, expuestas además á la fusilería enemiga, tuvieron que replegarse sobre Holnon, y como Francilly, en situación

inmediata á su flanco y á sus espaldas, continuaba ocupado por el enemigo, ya no se pudo avanzar por el momento.

En la derecha, el general Kummer se había puesto en marcha con la décima quinta división de Beauvois, y á las diez llegaba á Etreillers. Los húsares del Rey avanzaron, arrojando á la caballería enemiga hasta la Épine de Dallon, y la brigada vigésima segunda penetró en Savy. Al Norte de este punto, tres baterías empeñaron combate con la artillería de la división Payen, y luego el regimiento de infantería núm. 65 emprendió el ataque de las heredades de árboles situadas adelante. La más pequeña de las dos, la del Sur, fué tomada; pero lo mismo que en Francilly, la brigada Isnard se hizo fuerte en la mayor, situada al Norte.

A medio día, la brigada Lagrange avanzó para ocupar de nuevo la pequeña, y entró en ella; pero al poco tiempo el sexagésimo quinto la desalojó de nuevo.

Sobre el flanco derecho de la vigésima novena brigada que se veía amenazada, vino á colocarse el regimiento núm. 33, y como en aquel momento llegaba precisamente á Savy la artillería de cuerpo, se emplazaron dos de sus baterías de artillería gruesa junto á las que ya habían roto el fuego. Luego la brigada trigésima entró en línea por Roupy sobre la derecha de la vigésima novena.

En el intervalo, el coronel Massow había vuelto á tomar á la una la ofensiva en el ala izquierda, que había avanzado mucho más. Seis compañías del regimiento núm. 44 se adelantaron sobre Fayet, y descargando sus fusiles á boca de jarro, arrojaron fuera del pueblo á los franceses. Dos baterías siguieron, y empeñaron por segunda vez combate con la gran posición de artillería del enemigo en el molino de Cépy.

El general Paulze d'Ivoy, viendo que iban á cortarle las comunicaciones entre su cuerpo de ejército y Cambray, llamó á la brigada Michelet de la posición en que se mantenía en reserva al Oeste de la ciudad, y con estas fuerzas intactas, se arrojó contra Fayet. Las tropas prusianas que allí estaban tuvieron que replegarse sobre Moulin-Coutte; pero se impidió el avance del enemigo hacia la altura, cogiéndole por el flanco desde Selency y apoderándose al mismo tiempo de la granja de Bois-des-Roses. Los franceses retrocedieron hasta Fayet.

Allí resistían lo mismo que en la heredad de árboles del Norte, en Francilly, todavía á la una y media, hora en que las tres brigadas alemanas habían entrado en línea. Es verdad que la reserva general había avanzado desde Ham á Roupy; pero el general Gœben, que desde este punto observaba los pocos progresos que hacía la división décima sexta, la había enviado ya á las once en socorro de ésta por Serancourt.

Desde allí se adelantó el coronel Bœcking sobre Contescourt con tres batallones, tres escuadrones y dos baterías, tomando él la delantera con la caballería y haciendo romper el fuego á la artillería. Luego, el regimiento núm. 41, apenas llegó, empezó el ataque. De concierto con el batallón del décimo noveno, que se encontrabá ya apostado en este punto, arrojó vivamente al enemigo de aquella localidad, como asimismo de Castres, sobre la altura de Grugies, cogiéndole gran número de prisioneros. Su artillería, que poco á poco había llegado á la cifra de treinta piezas, rompió el fuego sobre esta altura.

Para poder mantenerse en ella más tiempo, el general Lecointe hizo avanzar varios batallones de la brigada Pittié y hasta de la brigada Aynès, para reforzar la del general Gislain; mas no por eso impidió que los batallones de la Prusia oriental arrojasen al enemigo á las dos y media, por medio de un ataque envolvente, á la hondonada de Grugies. La vigorosa intervención del coronel Bœcking se dejó sentir sobre todo el frente de batalla.

A fin de que el movimiento de avance pudiera ejecutarse nuevamente sobre toda la línea, el general Barnekow había llamado á su lado de Essigny cuantas fuerzas disponibles le restaban; pero la brigada Pittié tomó inopinadamente la ofensiva á las tres, á lo largo del camino de hierro. Cogida de flanco á la derecha por la artillería alemana, que había roto el fuego desde Castres, se vió de repente cargada sobre el flanco izquierdo por cinco escuadrones de la caballería de reserva de la hondonada de Urvillers. Al mismo tiempo, el coronel Hertzberg hacía avanzar la trigésima segunda brigada, que rechazó al enemigo sobre el molino de Tout-Vent.

La brigada Fœrster se mantenía aún tenazmente al Sur de Grugies, aunque su derecha se viese muy seriamente amenazada desde Giffécourt, y su flanco izquierdo no estuviese menos expuesto á las cargas de la duodécima división de caballería. Como el retroceso de la brigada Pittié había dejado por completo descubierta su ala izquierda, y la larga lucha sostenida tenía á sus tropas sumamente quebrantadas, la brigada tuvo que resolverse á abandonar la posición que por tanto tiempo había mantenido. La brigada trigésima primera avanzó á lo largo del camino de hierro hasta la fábrica de azúcar, y el coronel Bœcking desalojó de Grugies á las últimas tropas francesas. Luego hizo que su artillería preparase el ataque del molino de Tout-Vent.

El regimiento núm. 41, los batallones que se habían hecho avanzar desde Essigny y la brigada trigésima segunda, dirigieron entonces sobre esta posición un ataque concéntrico. Los franceses sólo les hicieron corta

resistencia, porque hacía rato que habían empezado á batirse en retirada. Toda la línea de batalla alemana, con la duodécima división de caballería marchando en el ala derecha, avanzó sobre la ciudad que la artillería podía entonces batir desde Gauchy. La caballería destrozó repetidas veces las columnas enemigas que retrocedían, y tras un corto combate se ocupó la estación y el arrabal, donde todavía se tropezó con la retaguardia francesa.

Mientras las cosas tomaban el giro que acabamos de indicar en la parte Sur del campo de batalla, en la del Norte se había continuado el ataque del enemigo.

Ya á las dos el regimiento de infantería núm. 28, avanzando desde Roupy, había tomado á paso de carga, en el camino de Ham, la granja de l'Épine de Dallon, volviendo á tomar casi al mismo tiempo la ofensiva la infantería del conde Grœben.

En tanto que sobre la derecha algunas compañías de los regimientos núms. 4 y 44 hacían frente á las tropas francesas que salían de la arboleda del Norte, el Mayor de Elpons avanzaba rápidamente por delante de Holnon y de Selency sobre Francilly con seis compañías de los granaderos Príncipe Real, entrando, á pesar del violento fuego de los defensores, en aquel pueblo que con tanto encarnizamiento se disputaba, y haciendo en él multitud de prisioneros; mas cuando las compañías de la Prusia oriental continuaron avanzando al Sur de la vía romana, se vieron á su vez vigorosamente atacadas.

A fin de cubrir su línea de retirada comprometida, la brigada Michelet avanzó nuevamente por Fayet contra aquellas compañías, mientras la brigada Pauly marchaba desde Gricourt sobre el Moulin-Coutte. Pero el regimiento núm. 44 resistió tenazmente en aquella posición que, entre tanto, había sido reforzada con artillería; y haciendo las compañías de granaderos una conversión á la izquierda, hacia la vía romana, se consiguió rechazar también sobre este punto el ataque de los enemigos.

Entre tanto, la brigada vigésima novena, que seguía á la trigésima, había empezado ya su avance hacia Saint-Quentin, flanqueada á la derecha por el regimiento núm. 33 y á la izquierda por el 65. Este último se apoderó entonces completamente de la gran heredad de árboles, y á derecha é izquierda del camino de Savy se colocaron en batería cuarenta y ocho piezas. Como los franceses habían empezado en aquel instante á lanzar una granizada de bombas, los alemanes no avanzaron sino en columnas de compañía, y hasta en orden disperso; pero las brigadas Isnard y Lagrange ya no aguardaron el ataque, y á las cuatro se replegaron sobre Saint-Quentin, abandonando un cañón.

Su artillería tomó todavía posición en Rocourt, pero á las cinco tuvo ya que enganchar el avantrén, y desde aquel momento los franceses se limitaron á defender la entrada del arrabal Saint-Martin, donde habían levantado barricadas.

Seis baterías prusianas vinieron á tomar posición enfrente de éstas, y durante cierto tiempo la brigada vigésima novena sostuvo un combate de fuego poco vigoroso contra los enemigos muy numerosos que ocupaban casas y jardines. Enseguida, varias compañías entraron en la ciudad por Rocourt, y todavía seguían batiéndose por las calles cuando ya el teniente coronel Hüllessem había entrado por el Sur en la misma ciudad, pasando el puente del canal.

Ya á las cuatro el general Faidherbe había comprendido que indudablemente el cuerpo vigésimo tercero no conseguiría resistir á los alemanes. Desde entonces sólo le quedaban dos partidos que tomar: batirse en retirada durante la noche, ó dejarse encerrar en Saint-Quentin. Todavía no se había resuelto, cuando vino á reunirse con él en la ciudad el general Lecointe, que le anunció que había renunciado á continuar la lucha sobre la márgen del Sur. Gracias á la resistencia que todavía presentaba el vigésimo tercer cuerpo á los alemanes, sobre la orilla del Norte, el vigésimo segundo había podido empezar su retirada sobre el Cateau sin ser inquietado.

El general en Jefe envió orden al general Paulze d'Ivoy de retirarse en la misma dirección; pero no la recibió hasta las seis de la tarde, cuando ya las brigadas del ala izquierda, Pauly y Michelet, se habían movido por su propia iniciativa sobre Cambray. Así que cuanto más tesón empleaban las dos brigadas que quedaban en defender el arrabal Saint-Martin, más fatal tenía que serles el resultado de la lucha. Atacadas de flanco por retaguardia por los batallones del coronel Bœcking, la mayor parte de estas tropas quedó prisionera. Sólo el regimiento núm. 41 cogió cincuenta y cuatro oficiales, dos mil doscientos sesenta hombres y cuatro cañones; y el general Faidherbe pudo escapar gracias al auxilio de algunos habitantes.

La batalla terminó á las seis y media de la noche, y las tropas alemanas quedaron acantonadas en la ciudad y en los pueblos que acababan de conquistar.

Esta victoria, no sin esfuerzo alcanzada, les había costado noventa y seis oficiales y dos mil trescientos cuatro soldados. Sobre el campo de batalla se encontraron tres mil franceses heridos, y se les hicieron nueve mil prisioneros enteramente ilesos.

En teoría, á toda victoria debe seguir inmediatamente la persecución

del enemigo; todos, hasta los aficionados, son de este parecer; y sin embargo, en la práctica, esto rara vez acaece. La historia militar nos ofrece pocos ejemplos de victorias de esta clase, y la célebre persecución de Belle-Alliance (1) es un hecho aislado. Necesita el general en Jefe una voluntad muy decidida y sorda á toda compasión, para imponer nuevos esfuerzos y nuevos peligros á tropas que durante diez ó doce horas han estado caminando, combatiendo y sufriendo hambre, en lugar de concederles el descanso y el pan que aguardaban. Mas aun en el caso de que el General victorioso esté dotado de tal voluntad, la persecución dependerá otro tanto de las condiciones en que se haya conseguido la victoria. Casi no se podrá realizar si todas las unidades, como sucedió en Königgrätz (2), se han confundido y mezclado sobre el campo de batalla de tal modo, que se necesitarían horas para reconstituirlas, ó si, como en Saint-Quentin, ha habido que comprometer absolutamente todas las tropas hasta las últimas reservas, tanto, que no se podía disponer de una sola tropa de infantería compacta. Y sin el auxilio de una fuerza de esta clase, la caballería por sí sola no podría tomar á su cargo la persecución, sobre todo de noche, cuando ha de verse detenida por el más pequeño obstáculo que presente el terreno, ó por el más reducido pelotón de enemigos que se le oponga.

Así, pues, el general Gœben no emprendió hasta el día siguiente la persecución del enemigo á quien acababa de derrotar. La caballería tomó la delantera, y corrió el país hasta los arrabales de Cambray en los glacis de Laudrecies. En ninguna parte halló resistencia, y recogió algunos cientos de rezagados. Las divisiones de infantería siguieron hasta la distancia de siete kilómetros y medio de Cambray. No había que pensar en atacar la plaza, porque se carecía de material de sitio; además, bajo el punto de vista militar, ningún interés había en avanzar más al Norte. Los avisos que de todas partes llegaban, hacían comprender que una gran parte del ejército francés del Norte se había replegado sobre Lille, Donai y Valenciennes. Desde aquel punto, ya no había que temer que intentase nuevas operaciones, y el general Gœben volvió sus tropas sobre el Somme, donde hacia fines del mes se acantonaron extendiéndose entre Amiens y Saint-Quentin.

El 25, el gran Duque llegó á Rouen, sobre el Sena inferior, con el cuerpo décimo tercero. Por el camino casi no tuvo que habérselas más que con francotiradores. Aunque el general Loysel hubiese recibido refuerzos

(1) Waterloo.
(2) Sadowa.—(N. DEL T.)

de Cherbourg, y aunque se hallaba ya á la cabeza de cerca de treinta mil hombres, nada absolutamente había emprendido.

El general Gœben resolvió, pues, llamar á su lado sobre el Somme las fracciones del primer cuerpo que todavía se encontraban en Rouen; pero un despacho telegráfico del gran Cuartel general le ordenó dejarlas allí, porque razones políticas le hacían creer todavía necesaria su presencia.

SUCESOS OCURRIDOS EN EL TEATRO DE OPERACIONES AL SUDESTE HASTA EL 17 DE ENERO.—ATAQUE DE BELFORT

Las fuerzas destinadas á operar contra Belfort se habían reunido poco á poco sobre el teatro de operaciones del Sudeste, protegidas por el cuerpo décimo cuarto.

La ciudad tiene un recinto de bastiones. La ciudadela se levanta sobre una empinada roca que domina á lo lejos la comarca, y está rodeada de fortificaciones escalonadas á fin de aumentar el efecto de los fuegos. El arrabal y la estación situadas en la orilla izquierda del Savoureuse, habían sido protegidas por otras recientemente terminadas. En las alturas que por el Norte se aproximan mucho á la plaza, los fuertes de la Miotte y de la Justice formaban un campo atrincherado muy espacioso, gracias á las comunicaciones que los unían á aquélla. La altura de las dos Serches hubiera podido ofrecer un gran peligro para la plaza, porque distando tan sólo por el Sur mil metros de la ciudadela, podían cañonearse desde allí hasta las obras de la orilla izquierda; pero antes de llegar los alemanes, se habían terminado dos fuertes de cantería, y además se habían cubierto de trincheras las arboledas y los pueblos más cercanos, en particular Péronne y Danjoutin.

La plaza tenía bastantes abrigos á prueba de bomba; estaba artillada con trescientos cuarenta y un cañones de grueso calibre y provista de víveres para cinco meses.

Al principio de la campaña, el séptimo cuerpo francés había evacuado la Alsacia, y sólo habían quedado en Belfort unos cinco mil guardias móviles; pero organizada la Guardia nacional, la guarnición llegó á constar de diez y siete mil hombres.

El Comandante de la plaza, coronel Denfert, era un hombre inteligente. Puso el mayor interés en conservar enérgicamente el terreno situado de-

lante de la plaza. Diariamente se obligaba á las avanzadas á acometer empresas que tenía que proteger la artillería tirando á las mayores distancias.

Al principio, el general Tresckow sólo podía oponerle veinte batallones de la Landwehr, no muy nutridos, cinco escuadrones y seis baterías de campaña, con un total efectivo de quince mil hombres escasos. Tuvo, pues, que limitarse al principio al simple cerco de la plaza. Las tropas construyeron atrincheramientos en los pueblos circunvecinos, á bastante distancia de aquélla, y tuvieron que rechazar gran número de salidas de la guarnición.

El gran Cuartel general, había enviado orden de comenzar el sitio, en regla, de la plaza. Estaba encargado de las obras de ataque el general Mertens, y mandaba la artillería de sitio el teniente coronel Scheliha.

La dificultad de la empresa era evidente. La calidad del terreno formado de peñas, hacía forzosamente muy difíciles todos los terraplenes, y se acercaba la época de los fríos. Sólo por el Sur se podía atacar con probabilidades de éxito el reducto principal de la plaza, ó sea la ciudadela; y por el momento no se disponía más que de cincuenta piezas de grueso calibre, estando tan mermado el efectivo de la infantería, que ni siquiera bastaba para el completo cerco de la plaza.

Dada esta situación, el gran Estado Mayor tuvo que dejar al general Tresckow entera libertad para procurar la rendición de Belfort por el simple bombardeo de la plaza. Para ello el mejor partido era el ataque por el Oeste, donde la infantería después de arrojar al enemigo de Valdoye, se había apoderado de los pueblos de Essert y de Bavilliers, así como de las alturas con árboles cercanas. El 2 de Diciembre, tres mil hombres, protegidos por dos batallones, construyeron emplazamientos para siete baterías sobre la meseta que se extiende entre aquellos dos puntos. Como el terreno estaba endurecido por las heladas, los trabajos habían sido penosísimos; pero á pesar de la luna que hacía, parece que los sitiados de nada se apercibieron. Al día siguiente por la mañana, cuando el sol hubo disipado las nieblas y se pudieron distinguir los blancos, se rompió el fuego.

Al principio la plaza contestó débilmente; pero poco á poco todos los fuertes comenzaron á disparar con violencia siempre creciente. Hasta los de la Miotte y de la Justice rompieron el fuego á distancia de cuatro mil metros, y las tropas sitiadoras sufrieron considerables bajas en las trincheras.

Emplazáronse cuatro nuevas baterías delante de Bavilliers, y la infantería que se había hecho dueña de la Tuilerie, se aproximó á distancia de ciento cincuenta metros de los atrincheramientos más avanzados de la pla-

za. Los proyectiles alemanes incendiaron algunos edificios de ella; pero pronto empezaron á escasear las municiones, en tanto que la fortaleza continuaba sus disparos, sin que se lograse amortiguarlos siquiera, y mientras la guarnición repetía sin cesar salidas que había que rechazar. Hubo que convencerse de que el medio que se acababa de emplear, no daría el menor resultado, y que había que recurrir al sitio en regla.

En el Sur el coronel Ostrowski, había tomado el 13 de Diciembre á los franceses, Adelmns y los bosques de las alturas del Bosmont y de la Brosse. A pesar de las mayores dificultades, y aunque á causa del deshielo, el terreno estaba convertido en un lodazal, se situaron dos baterías en el extremo oriental de este último bosque, y otras cuatro sobre la linde del Norte, pudiendo romper el fuego cincuenta piezas el 7 de Enero. Pronto se dejó conocer la superioridad de la artillería alemana, que en el fuerte de Bellevue había hecho considerables destrozos, y que sobre todo, había logrado apagar los fuegos de las baterías de Basses-Perches.

Pero el pueblo de Dauputin en que el enemigo estaba sólidamente establecido, y donde había levantado fuertes atrincheramientos, impedía á la sazón el avance de los alemanes; y así, la noche del 7 al 8 de Enero, siete compañías atacaron aquella posición por el Norte, al mismo tiempo que tomaban el terraplén de la vía férrea. Los soldados de la Landwehr, sin cargar siquiera sus fusiles, se lanzaron sobre el enemigo que había roto contra ellos un fuego vivísimo, y por la principal calle del pueblo se adelantaron hasta la iglesia. Algunas tropas francesas que acudieron desde la plaza en socorro de los defensores, fueron rechazados cerca del terraplén de la vía férrea; pero en la parte Sur del pueblo, se siguió disputando las casas una á una hasta cerca de medio día. Veinte oficiales y setecientos hombres de la guarnición quedaron prisioneros.

Una epidemia de fiebres tifoideas y de viruelas se había desarrollado en Belfort, y las tropas del sitio por su parte, veían aumentar considerablemente el número de sus enfermos, á consecuencia de los penosos trabajos que había que ejecutar y de los rigores de la estación. La mayor parte de los batallones no podían poner en armas más de quinientos hombres, y además el general Tresckow, tuvo que emplear la mitad de las fuerzas disponibles en cubrir las líneas del cerco exterior, particularmente en dirección al Sur.

Según datos positivos los franceses habían reunido en Besançon hasta sesenta y dos mil hombres que hasta entonces habían permanecido absolutamente inactivos; mas á la sazón parecían resueltos á marchar á lo largo de Doubs, para socorrer á la plaza estrechamente sitiada.

Sobre esta línea de avance habían puesto los alemanes en estado de

defensa el fuerte de Montbéliard, dotándole de un batallón de guarnición, y armándole de piezas de grueso calibre. Entre el Doubs y la frontera suiza se hallaba apostado el general Debschitz, con ocho batallones, dos escuadrones y dos baterías, en Delle, y el general Werder, concentraba el cuerpo décimo cuarto, en Noroy, Aillevans y Athesans, con objeto de oponer todas sus fuerzas á cualquier tropa enemiga que intentara inquietar al cuerpo de sitio.

Desde el 5 de Enero trabáronse delante de Vesoul toda una serie de combates, y el enemigo, avanzando por el Sur y por el Oeste, llegó hasta siete kilómetros y medio de la ciudad. Era evidente que fuerzas muy considerables habían empezado su movimiento de avance. Al Este del Ognon, también tropas enemigas, aunque en menor número, venían marchando por Rougemont. En estos encuentros se hicieron quinientos prisioneros y se averiguó que pertenecían, no sólo al cuerpo décimo octavo, sino también á los vigésimo cuarto y trigésimo, y por tanto, al ejército de Bourbaki, hecho que vino á demostrar que la situación había cambiado por completo.

PASO DEL EJERCITO FRANCÉS DEL ESTE AL TEATRO DE OPERACIONES DEL SUDESTE Á FIN DE DICIEMBRE

No se habían engañado en el gran Cuartel general de Versalles al dar por seguro que en los primeros días de Enero los generales Chanzy y Bourbaki se proponían obrar de concierto. Más arriba hemos visto al príncipe Federico Carlos oponerse en el Loir al avance del primero de aquellos generales. El segundo había empezado realmente su marcha adelante por Montargis, con objeto de hacer levantar el bloqueo de París, estrechamente sitiado. Pero se retrasó hasta el 19 de Diciembre, y entonces ya el segundo ejército alemán había vuelto á Orleans de su expedición al Mans. El general Bourbaki tenía por tanto que esperar que aquél le atacara por el flanco, si continuaba marchando hacia el Norte; y en consecuencia, se mostró enteramente dispuesto á adoptar un plan muy distinto del que el delegado del Ministro de la Guerra, M. de Freycinet, acababa de elaborar, y que había recibido la aprobación del dictador M. Gambetta.

El cuerpo décimo quinto debía permanecer en los alrededores de Bour-

ges, á fin de proteger esta ciudad, yendo á ocupar una posición cubierta por atrincheramientos en Vierzon y en Nevers. Los cuerpos décimo octavo y vigésimo, por el contrario, tenían que ser inmediatamente transportados por el camino de hierro á Beaune, para ocupar á Dijon, de acuerdo con Garibaldi y con Cremer, y reuniendo así un efectivo de setenta mil hombres. Por camino de hierro también había de transportarse desde Lyon á Besançon el cuerpo vigésimo cuarto, nuevamente formado, y que reuniéndose con las tropas que ya se encontraban en esta última ciudad, alcanzarían una cifra de noventa mil hombres. Obrando de concierto con los «victoriosos de Dijon», fácilmente se lograría, «sin disparar un tiro», romper el cerco de Belfort. Sola la presencia de aquellas masas, con fuerza de más de cien mil hombres, bastaría para hacer levantar el sitio de todas las plazas del Norte; en todo caso se tendría la seguridad de cortar todas las líneas de comunicación de los ejércitos enemigos, y más tarde, hasta se podría pensar en combinar las operaciones con las de Faidherbe.

El 23 de Diciembre ya había empezado el transporte de tropas por caminos de hierro desde el Loire al Saône. Por no haber adoptado las disposiciones necesarias, hubo ciertamente retrasos é interrupciones repetidas, y el frío intenso y la falta de víveres hicieron sufrir mucho á las tropas. Después de llegar á Chagny y á Chalon-sur-Saône, se supo que los alemanes habían evacuado á Dijon. Entonces se resolvió embarcar inmediatamente á los dos cuerpos para llevarlos más cerca de Besançon por las vías férreas. Nuevos entorpecimientos hicieron que hasta los primeros días de Enero no se encontrase dispuesto el ejército del Este entre Dijon y Besançon. El cuerpo décimo quinto recibió igualmente orden de marchar al Este, necesitando quince días para llegar á aquel punto.

El plan de M. de Freycinet resulta grandioso; prometía mucho, y había favorecido principalmente su ejecución el hecho de haber podido permanecer secreto durante quince días, para el segundo ejército y para el cuerpo décimo cuarto, y por tanto también para el gran Cuartel general, el transporte de un gran ejército á un teatro de operaciones muy lejano. Habíase oído hablar de esto con alguna vaguedad; los periódicos habían dejado traslucir algo con frases encubiertas; pero el telegrama expedido por el general Werder el 5 de Enero, fué la primer noticia cierta que permitió darse cuenta de que la situación se había modificado por completo. En consecuencia, adoptáronse sin dilación en Versalles las disposiciones necesarias; y ante todo, se procedió á la formación de un nuevo ejército, el del Sur. Para ello se disponía del segundo cuerpo en Montargis, y de la mitad del séptimo que, á las órdenes del general Zastrow, había sido lle-

vado durante este periodo de incertidumbre, y repetidamente, ya hacia el Saône, ya hacia el Yonne, según que se creía en uno ú otro punto más amenazado. El mando superior de estos cuerpos, á los cuales se unió más tarde el décimo cuarto, fué confiado al general Manteuffel. Por entonces, no pudieron enviarse refuerzos al general Werder, que quedó reducido únicamente á las fuerzas del cuerpo décimo cuarto.

A pesar de su gran superioridad numérica, los franceses más bien parecían querer maniobrar que atacar. El general Bourbaki se proponía envolver el ala izquierda del cuerpo décimo cuarto y aislarle absolutamente de Belfort.

El 5 de Enero el cuerpo décimo octavo se había dirigido, es verdad, por Grandvelle sobre Vesoul, mientras que el vigésimo avanzaba hacia la misma ciudad por Echenoz-le-Sec, pero, como vimos más arriba, los alemanes les habían opuesto resistencia, y cuando el cuerpo vigésimo cuarto, enviado á la derecha sobre Esprels, supo que los alemanes habían ocupado á Villersexel, el General que allí mandaba resolvió correrse más al Este todavía para empezar su movimiento envolvente. El 8, los dos cuerpos que formaban el ala izquierda se pusieron en marcha por la derecha, dirigiéndose el décimo octavo sobre Montbozon y el vigésimo sobre Rougemont; pero el vigésimo cuarto se replegó sobre Cuse. Al mismo tiempo el general Cremer recibía orden de marchar desde Dijon sobre Vesoul. El 9, los cuerpos vigésimo y vigésimo cuarto se establecieron en Villechevreux y en Villargent, sobre el camino de Arcey á Villersexel, en en tanto que las cabezas de columnas del décimo octavo llegaban á este último punto, así como á Esprels.

El general Werder sólo tenía que hacer una cosa; seguir cuanto antes este movimiento lateral. Dió orden á la división de Baden de dirigirse á Athesans; á la cuarta división de reserva de marchar sobre Aillevans, y á la brigada Goltz de llegar á Noroy-le-Bourg. El tren se puso en marcha sobre Sure.

COMBATE DE VILLERSEXEL

(9 de Enero.)

Por consecuencia, la división de reserva había avanzado el 9 de Enero á las siete desde Noroy sobre Aillevans, y á fin de poder continuar su marcha, había empezado la construcción de un puente sobre el Ognon. Los flanqueadores de la derecha del regimiento de infantería número 25 fueron recibidos á tiros en Villersexel. Intentaron penetrar en la población atravesando el puente de piedra, pero por el momento, no salieron con su propósito. La ciudad situada sobre una altura, al otro lado del río, había sido ocupada por dos batallones y medio franceses. Pero pronto el destacamento alemán recibió refuerzos. Dos baterías rompieron el fuego sobre el pueblo, así como sobre las columnas enemigas que avanzaban. El destacamento del cuerpo vigésimo quinto atravesó el río sobre pasaderas de alambre, y penetró en el parque rodeado de muros y en la fortaleza. A la una se había arrojado á los franceses de la ciudad, después de haberles hecho gran número de prisioneros, y luego hubo un momento de intervalo en la lucha.

La subdivisión prusiana estaba, es verdad, durante el combate mismo seriamente amenazada de que la atacada por el flanco la primera división del décimo octavo cuerpo francés que avanzaba desde Esprels con la artillería de reserva; pero el general Goltz la detuvo, yendo á ocupar el pueblo de Moimay.

Además envió nueve compañías del regimiento núm. 30 de infantería á Villersexel para que relevasen allí á la gente del 25 que debían reunirse con su división, y continuar la marcha con ella, mientras él con su brigada mixta formaba la retaguardia del cuerpo.

El general Werder, viendo que los franceses que venían marchando desde el Sur sobre Villersexel eran muy numerosos, había comprendido que importaba menos avanzar, atravesando el Ognon, que impedir al enemigo que pasase el río que le hubiera ofrecido un punto de apoyo cuando operase con objeto de aproximarse á Belfort. Así, pues, dió á su infantería que salía ya de la ciudad, al Sur, la orden de desandar el camino, y

á las baterías la de dirigirse sobre la orilla Norte. Aquí es donde el grueso de la cuarta división de reserva se estableció en una posición defensiva, y á fin de poderla sostener allí, si se hacía necesario, el General dió orden á la división de Baden que se había puesto en marcha, de hacer alto en Arpennus y en Lure.

Hacia la noche, fuertes columnas enemigas avanzaron sobre Villersexel, rompiendo el fuego su artillería contra la ciudad.

A favor de las tinieblas, los franceses entraron en el parque y en la fortaleza, de donde ya se habían retirado las tropas alemanas, y como la situación general no exigía de una manera absoluta mantenerse firmes en Villersexel, los oficiales que allí mandaban ordenaron la evacuación de la ciudad. Aunque el enemigo estrechase de cerca, la evacuación casi estaba terminada cuando llegó orden del general Werder de que se mantuviese en la ciudad.

Inmediatamente cuatro batallones de la división de reserva sorprendieron el ataque. El destacamento del vigésimo quinto dió media vuelta en el puente y fué á reunirse con ellos. Los de la Landwehr penetraron en la parte baja de la fortaleza, vasta construcción cuyos pisos superiores y cuevas estaban defendidos por los franceses. La fortaleza estaba ardiendo; en las escaleras y corredores se trabó una lucha en que alternativamente se era vencedor ó vencido, y lo mismo sucedía en las calles de la ciudad. El General que mandaba el cuerpo de ejército autorizó á los oficiales para que pusieran término al combate, y las tropas se retiraron poco á poco. Era entonces la una; á las tres de la mañana estaba concluida la retirada, y la división de reserva volvió á pasar á la otra orilla por el puente de Aillevaut, ocupando á Saint-Sulpice sobre su derecha.

El general Goltz se había sostenido hasta la noche en Moimay.

Quince mil hombres del décimo cuarto cuerpo era el total de las fuerzas que aquel día habían peleado, perdiendo veintiseis oficiales y quinientos cincuenta y tres soldados. De los franceses habían muerto veintisiete oficiales y seiscientos veintisiete soldados; pero además se les habían cogido setecientos prisioneros ilesos. Principalmente habían sido fracciones de los cuerpos décimo octavo y vigésimo los que habían tomado parte en la acción; el vigésimo cuarto oyendo sin duda el ruido del combate á su retaguardia, se había detenido en Sevennaus en su marcha sobre Arcey. Del Sur iban avanzando sobre Belfort fracciones del décimo quinto cuerpo que entraba poco á poco en línea.

El 10 de Enero, muy temprano, el general Werder concentró su cuerpo en los alrededores de Aillevans, manteniéndose pronto á presentar batalla al enemigo, si intentaba avanzar por Villersexel. Pero los franceses

no le atacaron, y pudo durante la mañana continuar su marcha. En realidad los tres cuerpos de ejército franceses se hallaban tan cerca del Belfort, como las tres divisiones alemanas. A fin de cubrir la marcha retrógrada de éstas, la de reserva tomó posición en Athesans, y al día siguiente las tres llegaron á la línea del Lisaine y la ocuparon. En el ala derecha, la división de Baden, estaba situada en Frahier y en Chalonvillars; la brigada de reserva, en el centro entre Chagey y Conthenans; y en el ala izquierda se encontraba la división de reserva en Héricourt y en Tavey. En el Sur, el general Debschitz, estaba en observación en Delle, y el coronel Willisen, se encontraba en Lure con el destacamento procedente de Vesoul, que constaba de ocho compañías, trece escuadrones y dos baterías.

Los alemanes habían conseguido desde aquel momento deslizarse entre el enemigo y la plaza de Belfort.

El general en Jefe francés, trastornado por su victoria, había permanecido absolutamente inactivo. «El general Billot, escribía al Gobierno de Burdeos, ha ocupado á Esprels, y se ha sostenido allí». Ahora bien, ya sabemos que en Esprels, no fué atacado, y que no había conseguido desalojar al general Goltz de Moimay, situado á su lado. «El general Clinchant ha tomado con notable arrojo á Villersexel». Pero aquel día sólo una fracción del cuerpo décimo cuarto, había trabado combate á fin de cubrir el flanco derecho del grueso del ejército durante su marcha. Y mientras la proseguía sin darse un momento de reposo, el ejército francés permaneció inmóvil, durante dos días, sobre las armas, y convencido de que aquel enemigo, al que consideraba derrotado, iba á atacarle á él, tan superior, sin embargo, en número. Únicamente el día 13, el cuerpo vigésimo cuarto, avanzó sobre Arcey; el vigésimo sobre Saulnot, y el décimo octavo sobre Sevenans. El décimo quinto debía apoyar el ataque que se dirigiría sobre Arcey, por Sainte-Marie.

Entre tanto el general Werder tomando la delantera, había volado sobre el Lisaine, para ver si podía tomar posición allí, y para ponerse de acuerdo con el general Tresckow.

Estudiando el terreno, se ve que el Lisaine, riachuelo sin importancia, corre en Frahier á través de una hondonada muy ancha y cubierta de praderas; pero al llegar á Chagey, lame el pié de escarpadas alturas coronadas de bosques. En Héricourt, el valle se transforma en ancha y despejada llanura, únicamente dominada por las rocas de la altura del Mont-Vaudois. Más abajo, nuevas colinas corren á lo largo del río, hasta Montbéliard, sitio que forma en unión con el Allaine, un punto de apoyo muy sólido y el extremo de las líneas.

Como al Oeste del Lisaine el terreno estaba muy poblado de árboles, el enemigo no podía sino con gran dificultad desplegar sus grandes masas y su numerosa artillería. Es verdad que el riachuelo, á causa del excesivo frío estaba completamente helado; pero sólo dos grandes vías conducían al valle desde la región de donde venía marchando el ejército francés; una que llevaba á Montbéliard y otra por donde se iba á Héricourt. Los demás eran caminos hondos, estrechos y poco transitables á causa de la helada.

Ya el general Tresckow había artillado los puntos más importantes con piezas de sitio; había puesto seis cañones de grueso calibre en el fuerte de Montbéliard y cinco en las alturas próximas á la Grange-Dame. En Héricourt había siete en el Mont-Vaudois, y además, veintiuna piezas dominaban el valle del Allaine en dirección al Sur hasta Delle.

En cuanto á las tropas del cerco, todas las fracciones de que pudo prescindirse delante de Belfort fueron enviadas también sobre el Lisaine; apesar de lo cual, se temía no tener bastantes fuerzas para ocupar toda la línea en suficiente número. La parte más débil de toda la posición bajo el punto de vista de la configuración del terreno, era el ala derecha; pero aquí casi no había que temer el ataque principal del enemigo, porque el ejército francés, muy numeroso y mal equipado, se veía precisado para poder subsistir, á apartarse lo menos posible del camino de hierro. Ahora bien, la línea de Vesoul por Lure, estaba destruida por cuatro puntos, y la de Besançon iba á desembocar en el ala izquierda alemana, que era muy fuerte. Se pudo, pues, colocar menos tropas en el terreno que se extiende al Norte de Chagey, y formar con la mayor parte de la división de Baden una reserva que detrás del centro del ala izquierda quedó situada en Maudrevillars, Brevilliers y Charmont.

Se aprovechó además la tregua que concedía el enemigo, para construir trincheras-abrigos y emplazamientos, establecer líneas telegráficas y paradas, arreglar los caminos, y aprovisionar las tropas de víveres y municiones.

13 *de Enero.*—La mañana de este día los franceses atacaron las posiciones de la tercera división de reserva en Arcey, Sainte-Marie y Gouvillard. Las tropas tenían orden de irse replegando ante un enemigo tan superior, aunque resistiéndole lo bastante para obligarle á desplegar las columnas.

Por consecuencia, sostuvieron durante cierto tiempo la lucha con la artillería de los franceses, que se había colocado en posición sobre un arco

de círculo muy extenso; luego resistieron por espacio de tres horas á su infantería, y por último, viéndose estrechados de cerca, fueron á situarse en una segunda posición detrás del arroyo de Rupt, no pronunciándose en retirada sobre Tavey hasta las cuatro de la tarde. La vanguardia del general Goltz, apostada en Chavanne, después de obligar á toda una brigada francesa á desplegarse, fué á tomar posiciones á Conthenans, en la misma línea que la división de reserva.

Delante del frente del Allaine los franceses no habían logrado arrojar de Dasle y de Croix á las tropas del general Debschitz que allí estaban situadas.

14 *de Enero.*—El 14, el coronel Willisen desalojó de Lure con cincuenta dragones que habían echado pié á tierra, al enemigo que acababa de entrar en la ciudad, y después volvió su destacamento á Rouchamp.

Pero aquel día tampoco el ejército francés atacó seriamente al cuerpo décimo cuarto. Los suyos, décimo quinto, vigésimo y vigésimo cuarto, se hallaban estrechamente concentrados frente al ala izquierda y centro de los alemanes, á distancia de unos ocho kilómetros. El general Bourbaki suponía que el ala derecha se apoyaba en el Mont-Vaudois. Consistía su plan en pasar con fuerzas considerables el Lisaine, por cima de aquel punto de apoyo, y facilitar, acometiendo así de flanco al enemigo, el ataque que se dirigiese por el frente de su posición. El cuerpo décimo octavo y la división Crémer estaban designadas para ejecutar este movimiento envolvente. El plan era práctico; pero lo que hacía difícil su ejecución era que las tropas, que según las instrucciones del general en Jefe, debían empezar la lucha el 14, eran las que tenían que recorrer la línea de marcha más extensa. El cuerpo décimo octavo iba atravesando aquel día un terreno montañoso y lleno de bosques, poco transitable; así que cuando sólo sus cabezas de columnas llegaban á Lomont, salía de Vesoul la división Crémer. Esto proporcionó otro día de tregua, hasta el 15, á los alemanes.

Por momentos debían esperar ser atacados en toda la línea por un enemigo que contaba con una superioridad numérica abrumadora, y el general Werder se creyó obligado á poner en conocimiento del gran Estado Mayor de Versalles, por medio del telégrafo, todo lo grave de su situación. Las barreras que en tiempos normales, decía, ofrecían los ríos, puede hoy franquearlos el enemigo, gracias á los hielos; y como la obligación de cubrir á Belfort le había quitado toda libertad de movimientos, la existencia

misma del cuerpo décimo cuarto estaba comprometida. Por tanto, exigía con insistencia que se resolviese el punto de si había ó no que continuar cubriendo á Belfort.

En el gran Cuartel general se pensaba que todo movimiento retrógrado del cuerpo décimo cuarto, traería por consecuencia inmediata el levantamiento del sitio y la pérdida del inmenso material reunido ante la plaza; que no se sabía de antemano dónde se detendría aquel movimiento de retirada, y que tendría que retardar la acción del ejército del general Manteuffel que avanzaba á marchas forzadas. Por tanto, el general Werder recibió el 15 de Enero á las tres, orden formal de aceptar la batalla delante de Belfort. Como era justo, se le eximía de la responsabilidad moral en las consecuencias que pudiera acarrear el éxito tal vez desgraciado del combate que iba á empeñar. Mas antes de recibir esta orden, el General, por su propia iniciativa, había adoptado disposiciones en armonía con aquella resolución.

BATALLA DEL LISAINE Ó DE HÉRICOURT

(15 de Enero.)

Este día, muy temprano, el cuerpo décimo quinto francés hizo adelantar sobre Montbéliard dos de sus divisiones, reforzadas con artillería, seguidas de la tercera como reserva. Durante largo rato, los batallones de la Landwehr de la Prusia oriental, que ocupaban una posición avanzada en la granja del Mont-Cenis y en Saint-Suzanne, se mantuvieron allí y aun tomaron la ofensiva y rechazaron á las cabezas de columna del enemigo hasta el arroyo de Rupt. Pero habiendo aquél desplegado por la tarde fuerzas considerables sobre el lindero de los bosques, las tropas alemanas de la primera línea recibieron á las dos orden de volver á la orilla izquierda del Lisaine; se evacuó, sin obedecer á la más mínima presión, la ciudad de Montbéliard, dominada á muy corta distancia y en derredor por las alturas, y todo se limitó á ocupar el fuerte. Pero al Este de la ciudad el general Glümer había tomado posiciones con la primera brigada de Baden, y además había hecho emplazar sobre la meseta de la Grange-Dame, cuatro baterías al lado de las piezas de sitio que allí estaban.

Ocho baterías francesas estuvieron cañoneando largo tiempo esta posición, aunque sin resultado. Después, á la caída de la noche, la infantería enemiga se posesionó de la ciudad, pero sin ir más lejos.

El mismo resultado negativo había conseguido en el paso del Lisaine por Béthencourt. Un oficial y sesenta hombres que habían ido á resguardarse á un cementerio cercado de paredes, del vivísimo fuego de los alemanes, fueron hechos prisioneros.

Más al Norte, el cuerpo vigésimo cuarto francés comenzó á marchar; pero hasta las dos no llegaron á desplegarse sus columnas al salir del bosque. Es verdad que cuatro batallones se apoderaron del pueblo de Bussurel, situado sobre la orilla occidental del Lisaine; pero no lograron pasar adelante, por impedírselo los fuegos de los alemanes sólidamente establecidos tras el terraplén del camino de hierro, y los de los batallones y baterías de Baden enviadas por la reserva.

La reducida población de Héricourt, distante tan sólo siete kilómetros y medio de Belfort, en el camino real de Besançon, constituía una posición muy importante de la línea de batalla alemana. Allí, y delante del Lisaine, se dirigió al encuentro del enemigo el ala derecha de la cuarta división de reserva.

La colina de árboles de Mougnot forma efectivamente sobre el camino que se interna por estrecha garganta, una especie de cabeza de puente que los gastadores habían reforzado con estacadas de troncos, emplazamientos y trincheras-abrigos; detrás del cerro, la ciudad misma había sido puesta en estado de defensa; y además, á derecha é izquierda las alturas estaban cubiertas de baterías. Había allí cuatro batallones de la Landwehr de la Prusia oriental; en la derecha, su posición era adyacente á la de la brigada de reserva, que ocupaba detrás del río la falda del Mont-Vaudois hasta Luze.

Hacia las diez, los franceses desplegaron su artillería sobre las alturas peladas que costeaban su línea de marcha en los alrededores de Trémoins. Cuando su infantería avanzó á la izquierda por Byans, el destacamento alemán, que hasta entonces había permanecido en Tavey, se replegó sobre Héricourt para servir de reserva, y el primer ataque de los franceses sobre la colina de Mougnot fué rechazado por los defensores, y gracias al fuego de las sesenta y una piezas colocadas en posición sobre la orilla opuesta. Por aquel día ya no repitieron el ataque, limitándose á un cañoneo muy vivo que no produjo el menor resultado.

El vigésimo cuerpo debía, con arreglo á las instrucciones del general Bourbaki, aguardar á que el gran movimiento envolvente hubiera producido su efecto; y este movimiento debía ejecutarse por el décimo octavo y

por la división Crémer, á las órdenes del general Billot; pero como no se le veía aparecer, la reserva tuvo que avanzar sobre Coisevaux para cubrir el flanco del general Clinchant.

El cuerpo décimo octavo no recibió hasta media noche las órdenes del general en Jefe, y además tenía que hacer una marcha penosísima atravesando bosques cuyos caminos cubría la nieve, y no sólo las columnas del ala de la primera y de la tercera división, sino también en Lyoffans las de la división Crémer, se entrecruzaron y se interrumpieron recíprocamente la marcha. La última había llegado á Lure á costa de los mayores esfuerzos durante la noche, y á las nueve de la mañana sólo había podido llegar á Béverne.

Otro retraso produjo la orden que llegó para que la artillería, inclusa la de reserva que marchaba á la cola, se adelantase á la infantería; así es que sólo entre doce y dos pudieron desplegarse frente á Luze y Chagey dos de las divisiones del cuerpo décimo octavo.

La primera hizo que un batallón ocupase á Couthenans, y situó cinco baterías en la pendiente posterior de la altura al Norte del pueblo; pero no pudieron resistir el fuego de las piezas alemanas colocadas en la orilla opuesta, y poco después, varias de aquellas sólo conservaban dos cañones sin desmontar, á pesar de que los alemanes economizaban cuanto podían sus municiones, á cuyo reemplazo casi no hubiese sido posible proceder.

A las dos, hubo un intervalo en el combate de la artillería, que no se reanudó hasta que las baterías francesas recibieron refuerzos, y hasta que la artillería del cuerpo vigésimo cuarto tomó parte en aquél desde Byans. La infantería, sin embargo, no intentó ningún ataque serio.

No mostró mucha más energía la tercera división al avanzar sobre Chagey, únicamente ocupado por un batallón de Baden, y sin embargo, por aquí era por donde debía efectuarse el movimiento que, flanqueando el Mont-Vaudois, había de envolver el ala derecha alemana. El bosque se extiende hasta las primeras casas del pueblo, y sólo el declive de la pendiente constituía una dificultad para las tropas francesas. Dos batallones suyos se precipitaron delante del barranco al Sur del pueblo, rechazando á los puestos avanzados de Baden. Otras tropas desde Couthenans debían apoyar el ataque de aquellos dos batallones; pero las baterías alemanas de la orilla opuesta forzaron á replegarse á la infantería francesa que pasó en efecto de este punto. De nuevo volvieron al ataque, y esta vez los zuavos entraron en Chagey donde se trabó empeñada lucha entre ellos y los de Baden que se defendía en las casas. Pero los últimos que se vieron apoyados por dos batallones de su división, lograron arrojar á las cinco al enemigo del pueblo sobre el bosque. La reserva le envió nuevos refuerzos;

pero aquel corto día de invierno tocaba á su fin, y durante la noche ya no intentaron otro ataque los franceses. La segunda división de su segundo cuerpo no había pasado de Béverne, y la caballería se había detenido en Lyoffans.

Aunque llegó muy tarde á Lure, la división Crémer se había vuelto á poner en marcha muy temprano. Después de haberse cruzado, como vimos, con otras columnas, lo que la ocasionó un retraso, la primera brigada se dirigió sobre Etobon, donde á medio día trabó combate con el destacamento del general Degenfeld. Cuando la segunda brigada entró en línea, la primera se puso en marcha por el bosque del Thure, con objeto de pasar el Lisaine más arriba de Chagey. Los zapadores tuvieron que abrirle camino en muchos puntos, lo que ocasionó innumerables detenciones. Cerrada la noche, continuó su camino la segunda brigada dejando en observación un destacamento en Etobon. Todavía ocurrió otro encuentro con tropas de Baden, lo que decidió al general Crémer á hacer apagar todos los fuegos de sus vivacs.

Durante aquella cruda noche de invierno, sus tropas estuvieron sobre las armas.

Por parte de los alemanes, todas las que no se hallaban de servicio en las grandes guardias, se acantonaron en los pueblos cercanos. Sólo los zapadores pasaron la noche rompiendo el hielo del Lisaine.

En los encuentros de este día las pérdidas de una y otra parte ascendieron á unos seiscientos hombres, sin conseguirse el menor resultado; pero para el defensor cada día de tregua constituía una ventaja.

El general Werder, acampado en la altura al Norte de Héricourt, se había hecho tener al corriente de todas las fases de la lucha por medio de oficiales de Estado Mayor colocados en observación sobre diversos puntos; y en conformidad con sus avisos disponía el envío de los refuerzos. En el fondo no tenía más que una gran preocupación, y era cómo renovaría las municiones que empezaban á escasear por no haber llegado aún un convoy que se esperaba del gran Ducado de Baden.

El general Bourbaki anunció á su Gobierno que había tomado á Montbéliard, aunque sin la fortaleza; que los pueblos situados en la orilla oriental del Lisaine estaban ocupados por sus tropas, y que el 16 atacaría á los alemanes. El general Billot le había informado de que el ala derecha de éstos se extendía mucho más allá del Mont-Vaudois, y dedujo que debían haberles llegado refuerzos considerables. A su parecer, el enemigo constaba de un efectivo de ochenta á cien mil hombres. Sin embargo, esperaba obtener grandes resultados corriéndose más á la izquierda aún para ejecutar su movimiento envolvente.

16 *de Enero.*—A las seis y media de la mañana del 16, los alemanes tomaron de nuevo las armas en las posiciones que habían ocupado la víspera.

También esta vez fué el ala derecha de los franceses la que empezó el ataque. Desde las casas de Montbéliard, que habían aspillerado, tiraban sobre la compañía de la Landwehr, que ocupaba la fortaleza, causándola algunas bajas, así como á los artilleros de las piezas de grueso calibre. Intimóse á los alemanes la rendición, que rechazaron. Sus piezas de sitio rompieron tan certero fuego sobre dos baterías que intentaban tomar posición en la altura cercana, que las obligaron á enganchar el avantrén, abandonando dos de sus cañones. Otras tres baterías vinieron á reforzarlas, colocándose en una nueva posición cerca de la granja del Mont-Cenis, pero no pudieron dominar á la batería alemana de la Grange-Dame, si bien no dejaron por eso de seguir disparando hasta la caída de la noche. Los franceses no intentaron forzar las líneas alemanas desde Montbéliard.

Más á la izquierda, la primera división del cuerpo décimo quinto francés marchó adelante, después de reforzada, sobre Béthencourt. El fuego de su artillería, del Mont-Cenis y de Bians, obligó á la una á una batería de Baden á pedir caballos para reemplazar á los que habían perdido; más tarde, los cañones franceses dispararon sobre el pueblo mismo. Fuertes masas de infantería se habían concentrado en el bosque situado allí cerca, y á las tres salieron de él. Pero entre tanto, el general Glümer había enviado refuerzos al punto amenazado. Los franceses se lanzaron por dos veces sobre él, y llegaron muy cerca del pueblo, y otras tantas el mortífero de la infantería y de la artillería alemana les obligó á replegarse. A las cuatro, una brigada entera se preparó al ataque, pero ni siquiera pudo desplegarse por completo. Las pérdidas de los franceses eran considerables.

El campo, blanqueado por la nieve, estaba cubierto de manchas negras, que formaban los muertos y heridos. Quedaron prisioneros algunos enteramente ilesos.

Una división del cuerpo vigésimo cuarto francés había tomado posiciones al cubierto, en el bosque que se extiende detrás de Byans, y como ya la víspera había ocupado á Bussurel, la posición defensiva de los alemanes, detrás del terraplén del camino de hierro, se encontraba directamente amenazada. Por consecuencia, el General que mandaba el cuerpo de ejército, envió desde Brevilliers en aquella dirección al general Keller con dos batallones de fusileros bávaros y una batería de artillería gruesa. Esta vino á situarse al lado de las otras dos que desde la mañana sostenían la

lucha en la falda de la altura. El fuego de cinco baterías francesas se amortiguó muy pronto, gracias á las granadas que en medio de ellas hacían caer las piezas alemanas. A medio día se alejó ya de Byans la artillería francesa, abandonando allí también dos cañones, que hasta más tarde no se pudieron recoger. La infantería, una división entera, había simulado simplemente el ataque, pero no avanzó.

Dos divisiones del vigésimo cuerpo se lanzaron contra la línea Héricourt-Luze. Una densa niebla ocultaba el fondo del valle, y los alemanes apenas contestaron al cañoneo de los franceses que había empezado muy temprano. Dos de sus compañías habían ido á la altura del Oeste de Saint-Valbert, para poder darse cierta cuenta de lo que el enemigo intentase; y recibieron á sus columnas, que venían avanzando desde Byans, con un fuego rápido, y tan violento, que tuvieron que desandar lo andado. Mas poco después, á las nueve y media, varios batallones franceses se lanzaron desde Tavey sobre la colina de Mongnot. Los batallones de la Landwehr los resistieron con la mayor serenidad, y el tercer ataque contra el extremo Sur de Héricourt, fracasó igualmente. A eso de las cuatro de la tarde, nuevas columnas de infantería se agruparon, es verdad, para atacar la colina de Mongnot; pero las baterías del Mont-Salamon rompieron el fuego contra ellas, inutilizando su ataque. Todo se redujo á un cañoneo sin resultado que se prolongó hasta la noche.

En Chagey dos divisiones del cuerpo décimo octavo francés estaban situadas en frente de los alemanes, pero no hicieron absolutamente nada.

La poca energía con que el 16 de Enero sostuvieron la acción los franceses, sobre todo el frente, desde Montbéliard á Chagey, permite suponer que sobre la línea entera se quería esperar el efecto del movimiento envolvente dirigido contra el ala derecha alemana.

El general Crémer quedó encargado de ejecutarle. La segunda división del cuerpo décimo octavo, vino á reunírsele en Etobon.

Desde este punto, dos divisiones se dirigían, pues, adelante contra Chenebier, donde el general Degenfeld estaba apostado con dos batallones, dos baterías y un escuadrón. Se estaba seguro de antemano del resultado. La división Penhoat, del cuerpo décimo octavo, atacó á las once realizando su movimiento envolvente de Oeste á Norte, mientras que la división Crémer, para cortar al enemigo la línea de retirada sobre Belfort, atacaba desde el Sur, donde el bosque del Thure ocultaba su marcha. Las baterías de las dos divisiones tomaron posición por la tarde en el extremo Norte del bosque, y rompieron el fuego. Estuvieron disparando durante dos horas, y luego las masas de infantería avanzaron por tres partes. Mandados

por el general Crémer en persona, los franceses rechazaron á los fusileros de Baden de la parte Sur del pueblo á la parte Norte, y cuando las tropas que habían ejecutado el movimiento envolvente por el bosque de Montedin, aparecieron á su vez, el general Degenfeld al mismo tiempo que oponía la más viva resistencia, tuvo que empezar á las tres la retirada en dirección al Norte sobre Frehier. Mas al llegar allí, dió un rodeo por el Sudeste, y tomó posición delante de Chalonvillars, cerca del molino de Rougeot, situado en una altura, donde á las seis de la tarde le llegaron refuerzos del coronel Bayer.

Los franceses no le habían perseguido. La división Crémer que había perdido más de mil hombres, volvió al bosque del Thure, mientras que la división Penhoat se contentaba con ocupar á Chenebier.

La línea de defensa de los alemanes no había sido rota aquel día por ningún punto; solo su ala extrema derecha había sido rechazada hasta cinco mil quinientos metros de Belfort.

La plaza disparó cañonazos en honor de la victoria alcanzada por las armas francesas; pero no hizo ninguna salida seria contra las tropas del cerco, debilitadas por los destacamentos que con algunas de ellas había habido que formar. Estas por su parte continuaron tranquilamente la construcción de las baterías.

Para restablecer ante todo la situación sobre su ala derecha, el general Werder no disponía más que de cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos baterías, con las que formó una reserva general, sacándolas de los puntos menos amenazados, y hasta de Belfort, sobre Brevilliers y Mandrevillars. A las ocho de la noche todavía se dió orden al general Keller de recuperar á Chenebier. Al efecto, salió de Mandrevillars á las once con dos batallones de Baden, á media noche llegó al molino Rougeot, y supo que el coronel Bayer había ya recobrado á Frahier.

17 *de Enero.*—En la mañana de este día había en aquel punto ocho batallones, dos escuadrones y cuatro baterías. Tres de los primeros avanzaron contra la parte Norte de Chenebier; otros tres contra la parte Sur, y los dos restantes quedaron de reserva en el molino, donde además se tenían emplazados tres cañones de quince centímetros.

A las cuatro y media de la mañana las tropas se habían puesto en marcha en el más profundo silencio. La primera columna sorprendió en Échavanne una fuerte guardia enemiga, que con romper el fuego los avisó, apesar de las precauciones, del peligro que les amenazaba. En el

bosque, al Norte de la localidad, los alemanes hallaron ya una resistencia seria, y como se corría riesgo de ver á sus propias tropas disparar unas contra otras, fué preciso llevarlas al extremo exterior.

La otra columna, que avanzaba por el valle del Lisaine, había apresurado el paso desde Moulin-Colin en cuanto oyó los primeros tiros. El segundo batallón del regimiento núm. 4 de Baden, entró lanzando hurras en la parte Sur de Chenebier donde se trabó confusa pelea. A los primeros albores del día los alemanes vieron que las alturas del Oeste del pueblo estaban fuertemente ocupadas, y que desde Etobon venían marchando columnas compuestas de las tres armas. A las ocho y media, el coronel Bayer tuvo que resolverse á evacuar el pueblo que ya estaba casi medio ganado; se llevó cuatrocientos prisioneros, y fué á ocupar una posición en Bois-Féry para proteger el camino de Belfort por Chalonvillars.

En aquel momento la columna de la derecha, reforzada por un batallón de la reserva, había repetido su ataque contra el bosque, del que se apoderó por fin después de una lucha de dos horas que le costó grandes bajas. Pero las tentativas que hizo enseguida para entrar en el pueblo, defendido por barricadas y ocupado por numerosas tropas francesas, fracasaron todas. Los franceses habían roto sobre los asaltantes un fuego sumamente mortífero, hasta el punto de que una ametralladora echó á tierra de un solo disparo veintiún soldados de Baden que subían al asalto. Por esta razón el general Keller reunió á las tres sus fuerzas en Frahier, donde fueron apoyadas por cuatro baterías.

Vista la debilidad del efectivo por una parte, y la superioridad numérica por la otra, ya no había que pensar en arrojar al enemigo más allá de Chenebier, una vez que la sorpresa no había tenido resultado, habiendo de limitarse á impedirle que avanzase más en dirección de Belfort. Conseguido este resultado, los franceses no dieron un paso adelante. En lugar de envolver el ala derecha de los alemanes, se mostraron muy inquietos respecto á su ala izquierda. Defendieron tenazmente á Chenebier, pero no hicieron ningún movimiento ofensivo.

Esperando este ataque que no llegaba, el general Bourbaki parece haber querido ocupar al enemigo sobre el frente, y detenerle. Durante la noche, ya los alemanes tuvieron que tomar las armas en Béthencourt y delante de Héricourt á consecuencia de una alarma, en tanto que sorprendían á los franceses en Bussurel y en el bosque del Thure. La infantería de una y otra parte se estuvo tiroteando durante largas horas, y en aquella noche tan cruda del invierno, numerosas fracciones de tropas tuvieron que permanecer sobre las armas. Llegada la mañana, dos divisiones del cuerpo décimo octavo marcharon contra Chagey y Luze; pero sus bate-

rías, aunque sostenidas por la artillería de la reserva, no lograron resistir á las de los alemanes; y así los ataques que la infantería dirigió en varias ocasiones contra estos dos puntos, no produjeron resultado alguno. A partir de la una, sólo la artillería continuó el fuego. Delante de Héricourt también se contentaron con lanzarse mutuamente granadas, y el pueblo de Bussurel, ocupado por los franceses, fué abrasado.

Para desalojar al enemigo de Montbéliard, las baterías de la Grange-Dame y la del fuerte rompieron el fuego sobre la ciudad; pero habiendo ésta pedido que cesase, asegurando que las tropas francesas la habían evacuado, las baterías dejaron de tirar. Más tarde se reconoció que aquella evacuación no era absolutamente completa. Diez batallones del cuerpo décimo quinto francés habían salido por la mañana de los bosques é intentado avanzar por Montbéliard; pero sufrieron pérdidas sumamente considerables, porque las piezas de grueso calibre situadas en la Grange-Dame los cogían de flanco. Sólo algunos pudieron llegar al fondo del Lisaine. El extremo Oeste de Montbéliard y las alturas situadas enfrente de éste, quedaron en poder de los franceses que, por otra parte, á partir de las dos, ya no repitieron el ataque.

Más al Sur, las tropas del general Debschitz, apostadas delante del Allaine, habían rechazado sin esfuerzo á las fracciones del ejército francés que las atacaban.

Por parte de los alemanes había el convencimiento de que el ataque no se renovaría.

El estado en que se encontraban las tropas francesas, muy poco aguerridas, era, en efecto, deplorable. Habían estado vivaqueando durante muchas noches con un frío de los más penetrantes; algunas fracciones habían permanecido con el fusil al lado, y la mayor parte no habían recibido víveres. Habían sufrido bajas sensibles, y los Oficiales generales que el general en Jefe reunió á las tres no lejos de Chagey, no le ocultaron que sería casi imposible continuar el movimiento envolvente á la izquierda. De este modo sería aún más difícil proveer al aprovisionamiento del ejército, y además los alemanes podrían muy bien cortar sus comunicaciones avanzando por Montbéliard. A esto se añadía que se acababa de saber que en Fontaine-Française, y por consiguiente, en las cercanías de Gray, habían aparecido cabezas de columna del ejército del general Manteuffel.

Dada esta situación, el general Bourbaki creyó que debía resolverse á empezar la retirada. Telegrafió al Gobierno que, conforme al dictamen de los generales, y con gran pesar suyo, había tenido que decidirse á ir á ocupar más atrás una nueva posición, y que sólo deseaba una cosa, que

el enemigo le siguiese. Pero sin duda este General, lleno de experiencia, se hacía cargo de que su ejército, desde que sus ataques sobre el Lisaine habían fracasado, se encontraba en una situación de las más críticas, á la que sólo podría sustraerse continuando batiéndose en retirada.

18 *de Enero.*—Por la mañana los alemanes se hallaban sobre las armas en las posiciones en que habían resistido la víspera, haciéndoles cara sobre todo el frente las masas francesas reunidas. Pero, cosa singular, se les vió hacer terraplenes. El enemigo había salido de Montbéliard la víspera en desorden, sin dejar de ocupar sólidamente los pueblos al Oeste de la ciudad, donde levantó trincheras.

En el transcurso del día sólo hubo fuego de cañón y encuentros sin importancia entre tiradores. En el ala derecha, el general Keller había traído refuerzos, y como el enemigo se retiró á Etobon, pudo durante la tarde volver á ocupar á Chenebier. Más al Norte, el coronel Willisen avanzó de nuevo en dirección de Ronchamp. En el centro se apoderaron de Couthenans, y la artillería obligó al enemigo á evacuar á Byans; en cambió no se consiguió penetrar en la zona de los bosques. Sobre la orilla Sur del Allaine, las tropas del general Debschitz rechazaron al enemigo más allá de la línea Exincourt-Croix.

En estos tres días de lucha sobre el Lisaine, los alemanes habían perdido mil doscientos hombres, y los franceses de cuatro á cinco mil.

Delante de Belfort, los trabajos de sitio no se habían interrumpido, aunque hubo que ceder al cuerpo décimo cuarto una parte de las tropas del cerco, y aunque el resto se encontrase muy expuesto á causa de la proximidad del enemigo. Las tropas separadas de las demás volvieron á su puesto, y el general Werder siguió por Etobon, Saulnot y Arcey al enemigo que se batía en retirada.

BOMBARDEO DE PARÍS

(Enero.)

El segundo cuerpo, que se había mandado destinar al ejército del Sur, había sido relevado delante de París por el primero de Baviera, del que había dicho M. Gambetta: «Los bávaros no existen.» Se había aprovechado tan bien del descanso de sus prolongados acantonamientos al Sur de Longjumeau, que á principios de año contaba nuevamente diez y siete mil quinientos hombres y ciento ocho piezas. Fué á situarse á ambas orillas del Sena, entre el sexto cuerpo prusiano y la división württemburguesa. Esta se extendía desde Ormesson hasta el Marne, y desde allí los sajones ocupaban la línea de asedio hasta el arroyo de Sausset, á fin de reducir la extensión del frente defendido por la Guardia real, como quiera que el arroyo de Morée estaba helado, y por consiguiente ya no podía servirla de resguardo.

En términos generales, el cerco de una plaza fuerte inmensa, como París, exigía, por parte de los sitiadores, mucha perseverancia y gran fuerza de resistencia.

Los franceses, que habían extendido todavía más sus obras de tierra por el lado de Villejuif y de Bruyères, amenazaban envolver las alas del segundo cuerpo bávaro. Para prevenir el ataque de flanco que hubiera podido intentarse sobre aquel punto, el sexto cuerpo tuvo que mantener constantemente dispuestas en Hay fracciones importantes de sus tropas.

En general, no se había podido evitar que delante del frente Sur las tropas de sostén fuesen alcanzadas por los proyectiles de las piezas de grueso calibre de los fuertes, y los puestos avanzados por el fuego de los Chassepots. Estos no se relevaban á veces en muchos días, y el relevo se ejecutaba, la mayor parte del tiempo, de noche. Cuantas menos ventajas habían alcanzado los franceses peleando en campo raso, más pródigos de sus municiones se mostraban desde las obras de la plaza. El Mont-Valerien lanzaba sus proyectiles monstruos á siete ú ocho kilómetros de distancia; pero este cañoneo contínuo, á cuyo estrépito pronto se habían acostumbrado las tropas, era casi inofensivo.

ATAQUE POR BOMBARDEO DEL FRENTE SUR

Hasta la toma del Mont-Avron, los alemanes no habían podido oponer á la artillería de los fuertes del enemigo más que su artillería de campaña; pero en los primeros días de Junio por fin se adoptaron todas las disposiciones necesarias para armar con piezas de grueso calibre diez y siete emplazamientos, construidos largo tiempo antes delante del frente Sur de París. En el ala izquierda se encontraba una batería aislada, en el parque de Saint-Cloud, al Norte de Sèvres; cuatro, una al lado de otra, había en la pendiente escarpada de la altura, al Oeste del fuerte de Meudon, y cinco coronaban la meseta del Moulin-de-la-Tour, que se hizo volar porque formaba un blanco sumamente favorable para el enemigo. Más abajo, entre Fontenay y Bagneux, había otras cuatro baterías. Para que no pudiesen ser batidas de enfilada desde Villejuif, se habían colocado otras dos entre Chévilly y la Rue, sobre cuyo último punto se había situado igualmente la artillería de campaña del segundo cuerpo bávaro y del sexto prusiano. Habíanse prevenido ambulancias y depósitos intermedios para la renovación de las municiones que suministraba el central de Villacoublay.

Bajo la suprema dirección de los generales Kameke y príncipe de Hohenlohe, los coroneles Rieff y Ramm dirigían el bombardeo, y el general Schultz el sitio. El servicio de tropas estaba de tal modo dispuesto, que después de haber estado trabajando en las baterías veinticuatro horas, descansaban cuarenta y ocho. Los oficiales entraban de servicio cada tercer día.

Las piezas de grueso calibre fueron transportadas á emplazamientos encubiertos el 3 de Enero, de día, sin que nada viniese á interrumpir á los trabajadores; y de noche á los puestos ordinarios, después de aproximar más á la plaza las avanzadas. El 4, por la mañana, se hallaban noventa y ocho piezas prontas á romper el fuego; veintiocho dirigidas contra Issy, veintiocho contra Vanves, diez y ocho contra Montrouge y diez contra las posiciones levantadas por los franceses entre los dos primeros de estos fuertes. Pero una densa niebla ocultaba todavía los blancos, y hasta el 5 de Enero, á las ocho y media de la mañana, no se oyó el cañonazo ó señal convenida para romper el fuego por todas partes.

5 *de Enero*.—El enemigo contestó inmediatamente. Había en el Mont-Valerien ciento seis piezas, noventa en Issy, ochenta y cuatro en Vanves, cincuenta y dos en Montrouge y unas setenta en el cuerpo de plaza principal del frente atacado, y en Villejuif. Eran en su mayor parte cañones de diez y seis centímetros, y durante la mañana la artillería de los sitiadores no pudo resistirlas sino con gran trabajo. Pero cuando á medio día todas sus baterías tomaron parte en la lucha, la situación fué mejorando poco á poco, y la gran seguridad de la puntería alemana empezó á producir sus efectos. A las dos, el fuerte de Issy suspendió sus fuegos casi por completo; en Vanves había nueve piezas desmontadas, con pérdida de treinta hombres de la guarnición, y sólo Montrouge contestaba aún con vigor. Verdad es que en aquel momento la artillería del cuerpo de plaza rompió el fuego; pero la de los fuertes no alcanzó ya en adelante superioridad. Unas cuantas cañoneras se presentaron sobre el Sena en el Point-du-Jour, pero tuvieron que retirarse á toda prisa. La artillería de campaña del segundo cuerpo bávaro y del séptimo prusiano, intervino con tal eficacia, que desde sus obras de Villejuif, el enemigo no pudo, ni intentar salidas, ni siquiera disparar un cañonazo sobre las baterías de Bagneux. Cierto número de carabinas de muralla y de Chassepots de largo alcance cogidos al enemigo, prestaron tales servicios, que poco á poco los franceses evacuaron el terreno que se extiende por delante de la plaza. Las avanzadas alemanas fueron á situarse al reducto de Clamart, y durante la noche, le pusieron en estado de obrar contra la ciudad.

En ésta se habían lanzado como primera intimación algunas granadas de quince centímetros; pero por el momento, se trataba ante todo de reducir absolutamente al silencio las obras exteriores, y sobre ellas dirigieron sus fuegos las baterías durante los pocos dias que siguieron. Principalmente los lanzaban contra Montrouge y contra una batería de morteros establecida detrás del elevadísimo terraplén del camino de hierro al Este de Issy, sobre un punto de los más ventajosos; y en segundo lugar, contra el frente Sur del cuerpo de plaza, que se extendía en línea recta sobre una de más de siete kilómetros. Algunos días, cuando el cielo estaba nublado, había que moderar y hasta suspender en absoluto el bombardeo. Pero durante aquel tiempo, las avanzadas habían llegado por una parte, á la distancia de setecientos cincuenta metros, y por la otra, á la de cuatrocientos cincuenta de las obras enemigas. Estableciéronse delante de las antiguas nuevas baterías, que suministraron treinta y seis piezas para su artillado.

10 *de Enero.*—En este intervalo la guarnición francesa había empezado á desplegar mayor actividad. El día citado logró, á favor de la oscuridad, sorprender el reducido puesto de Clamart. Entonces tomaron posición allí tres batallones alemanes, y desde aquel punto hasta Châtillon se abrió una trinchera-abrigo de mil doscientos metros de longitud.

13 *de Enero.*—El segundo ejército de París estaba todavía acampado fuera de la ciudad, delante del frente Este y Norte, desde Nogent hasta Aubervilliers. Tras algunas alarmas sin importancia, trozos considerables de este ejército, apoyados por el fuego muy nutrido de los fuertes, avanzaron la noche del 13 desde Courneuve y Drancy en dirección del Bourget. Las tropas alemanas estaban muy sobre sí en aquel punto, y reforzadas inmediatamente por algunas compañías, rechazaron los repetidos ataques del enemigo. A las dos de la mañana todo había terminado.

14 *de Enero.*—Este día los franceses hicieron nueva salida contra Clamart, lanzándose contra el reducto quinientos soldados de infantería de marina y varios batallones de guardias móviles. Estos, que se habían reunido con gran estrépito cerca de la estación, emprendieron el ataque á media noche. La lucha duró una hora larga, terminando por la retirada en desorden de los agresores. Las patrullas alemanas los persiguieron hasta los fosos del fuerte de Issy.

Hasta entonces, y á causa de la gran distancia, no se había podido reducir al silencio á la artillería del cuerpo de plaza.

La batería número uno, aislada en el parque de Saint-Cloud, era la que más tenía que sufrir por esto, pues se veía cañoneada desde dos bastiones, el de Point-du-Jour y el Mont-Valerien. Detrás de esta batería había un muro de rocas que permitía al enemigo regular fácilmente su puntería. Por varias veces fué desalmenado el parapeto, y sólo pudo continuar la lucha merced á la perseverancia y á la abnegación de los artilleros. El enemigo dirigía asimismo un fuego vivísimo sobre las baterías avanzadas, números diez y nueve y veintiuna, que constituían un peligro muy grave para el fuerte de Vanves. Los proyectiles arrojados muy de lejos, desde el cuerpo de plaza, iban á dar en ángulo recto contra el parapeto y detrás

de él, atravesando los resguardos é hiriendo y matando gran número de hombres. En dos baterías volaron los polvorines, y quedaron heridos los dos capitanes jefes y varios oficiales superiores.

En el frente Este de París había ciento cincuenta y una piezas francesas contra cincuenta y ocho alemanas que allí habían quedado desde el bombardeo del Mont-Avron. Pronto estas últimas, aunque en reducido número, cobraron superioridad; los fuertes no disparaban sino de cuando en cuando. Los franceses retiraron sus avanzadas hasta las obras, y desalojaron completamente la península de Saint-Maur. Poco á poco las piezas de sitio de grueso calibre pudieron transportarse á los emplazamientos del arroyo de Morée.

En este intervalo habían sufrido considerablemente los fuertes del frente Sur. A simple vista se percibía que el fuerte de Issy se desmoronaba; repetidos incendios estallaron en él, y la guarnición no pudo mudar los polvorines en la noche del 16 al 17 de Enero, sino corriendo los mayores riesgos. El fuerte de Vanves había perdido setenta hombres: generalmente rompía el fuego todas las mañanas, pero á poco le suspendía. Montrouge, por el contrario, tiraba aún ciertos días más de quinientos cañonazos con sus diez y ocho piezas; pero allí también las casamatas no ofrecían ya el menor abrigo, y uno de los bastiones no era más que un montón de escombros.

A pesar del violento fuego de las piezas colocadas en batería sobre el cuerpo de la plaza, París mismo empezaba á sentir el efecto de una parte de las piezas de 15 centímetros alemanas. Gracias á una disposición especial, se había llegado á hacer tiros á treinta grados sobre el horizonte, volando así los proyectiles hasta el centro de la ciudad y más allá. Todos los días lanzaban sobre ella de trescientas á cuatrocientas granadas.

Bajo la presión de la «opinión pública», el Gobierno, tras largos debates, resolvió tentar de nuevo una salida en masa, esta vez contra las baterías alemanas de Chatillon. Los generales que asistieron al Consejo hicieron observar que cuando no se disponía en el exterior de un ejército pronto para acudir al socorro, las salidas no tenían probabilidades de éxito. Pero el 8 de Enero, el Ministro Gambetta había anunciado la «victoria» alcanzada por el ejército del Norte en Bapaume; prometía además que los dos ejércitos del Loire iban á avanzar. El general Trochu, tomando entonces la palabra, dijo, que por lo menos convendría esperar el momento en que el ejército que sitiaba á París se viese obligado á disminuir su efectivo para destacar tropas contra los dos ejércitos; pero los demás miembros del Gabinete no fueron de su opinión. Mr. Jules Favre, en particular, declaró que los alcaldes se dolían del bombardeo, que los representantes de la

ciudad tenían derecho á conocer la situación militar, y que por otra parte ya hacía mucho tiempo que se debía haber empezado á obrar.

El 15 de Enero, el Consejo adoptó una resolución definitiva, con arreglo á la cual se debían romper las líneas enemigas alemanas por Montretout, Garches y Buzenval.

Mientras que de este modo reinaba en París la discordia y la confusión, se proclamaba solemnemente en Versalles el día 18 la unidad de la nación alemana bajo el imperio de Guillermo III.

BATALLA DE MONT-VALERIEN

(19 de Enero.)

La salida proyectada debía realizarse el 19 de Enero.

Aquel día, como ya vimos, el general Faidherbe se adelantó en la dirección de París hasta Saint-Quentin, y el ejército de salida se hallaba situado sobre el frente Este y Norte de la capital; mas no por eso se dejó de intentar romper el cerco por la parte opuesta. La península de Gennevilliers era, á la verdad, el único punto en que pudieran desplegarse masas considerables de tropas, sin hallarse expuestas durante horas á los proyectiles alemanes hasta en el despliegue mismo.

Ya la antevíspera los batallones de la Guardia nacional movilizada habían venido á relevar á las tres divisiones del ejército de salida en las posiciones que ocupaban. Formadas en tres columnas, y con un efectivo de noventa mil hombres, tenían que ejecutar el ataque simultáneamente. En el ala izquierda, el general Vinoy, apoyado por el fuego de las baterías del cuerpo de plaza, debía apoderarse de la altura de Montretout; en el centro, el general Bellemare avanzaría por Garches, y en el ala derecha, el general Ducrot por la fortaleza de Buzenval.

A las seis de la mañana debía empezar el ataque; pero hubo suspensiones bruscas y detenciones en los puentes de Asnières y de Neuilly, porque el Estado Mayor no había adoptado las disposiciones necesarias para regularizar el paso. Cuando á las siete el Mont-Valerien dió la señal de avance, solas las cabezas de columnas del general Vinoy estaban prontas á trabar la lucha; las demás columnas no se habían desplegado todavía, y

los regimientos que marchaban á la cola, estaban todavía en Courbevoie. Todavía no habían llegado á sus puntos de reunión, cuando ya quince batallones en el ala izquierda avanzaban sobre Saint-Cloud.

Al principio sólo encontraron patrullas y puestos aislados; en suma, ochenta y nueve hombres que se arrojaron á la garganta del reducto de Montretout. Allí resistieron durante cierto tiempo, y luego intentaron valerosamente abrirse paso, quedando muchos de ellos prisioneros. En Montretout y en la parte septentrional de Saint-Cloud, los franceses pusieron inmediatamente los edificios en estado de defensa.

La columna del centro, á las órdenes del general Bellemare, pudo igualmente, sin gran esfuerzo, ocupar la altura de la Maison-du-Curé.

Sólo en aquel momento, es decir, poco después de las nueve, la línea de avanzadas alemanas recibió los primeros refuerzos. Hasta entonces, las atalayas no habían podido enviar al Estado Mayor otra noticia que la de que hacía «una densa niebla»; pero los avisos que llegaban del ala derecha y de la izquierda permitieron pronto descubrir que todo el frente, desde la fortaleza de Saint-Cloud hasta Bougival, estaba amenazado de un serio ataque. El quinto cuerpo fué llamado á las armas, y el general Kirchbach (1) se trasladó al centro de la novena división. La brigada décima séptima estaba situada á la derecha en el parque de Saint-Cloud; la vigésima á la izquierda, detrás de la puerta de Longboyau; las demás tropas del cuerpo venían avanzando desde sus cantones de Versalles y de los pueblos al Norte de esta ciudad sobre Jardy y Beauregard. El Príncipe Real dió orden de que vinieran de Versalles seis batallones de la Landwehr de la Guardia y una brigada bávara, y después se dirigió al hospicio de Brezin, mientras que el Rey iba á Marly.

Entre tanto los franceses habían ocupado ya las primeras casas de Garches, y penetraban por el Este en el parque del castillo de Buzenval, cuyas murallas estaban destruidas por diferentes partes; pero habiendo acudido el quinto batallón de cazadores, arrojó al enemigo de Garches con el apoyo de algunas compañías de los regimientos núms. 58 y 59 de infantería, y ocupó después el cementerio, situado al Norte, llegando todavía á tiempo al puesto avanzado de la Bergerie. Las demás tropas del general Bothmer (2) sostuvieron, á las órdenes de su jefe, un combate prolongado en el extremo del parque de Saint-Cloud, á fin de ganar tiempo. A las nueve y media rechazaron un ataque de la columna de Bellema-

(1) General en Jefe del quinto cuerpo.—(N. DEL T.)

(2) Jefe de la décima séptima brigada (primera de la novena división, quinto cuerpo).—(N. DEL T.)

re, impidieron que el enemigo avanzase por la calle Imperial á Saint-Cloud, y tomaron la ofensiva lanzándose sobre él desde la verja de Orleans y desde la puerta Jaune. Cinco batallones franceses quisieron asaltar la Bergerie, pero en vano. Una sección de zapadores intentó, con desprecio de la muerte, derribar el muro que rodea la granja; pero la dinamita que llevaban estaba helada, y no hizo explosión, y los cazadores prusianos se resistieron tenazmente durante todo el día en aquella posición.

Hasta entonces los franceses habían ejecutado sus ataques sin el concurso de la artillería. La del general Vinoy, por haberse cruzado con la columna del centro, había experimentado un retraso considerable, y para hacer frente á los ataques que podían intentar los alemanes, se la mandó permanecer en la Briqueterie. Las baterías del general Bellemare intentaron subir la altura de Garches; pero muy pronto el cansancio de sus caballos obligó á dejarlas en posición en Fouillense. Entre tanto, las baterías de la novena división alemana habían llegado una á una, y al medio día rompían el fuego treinta y seis piezas. En Saint-Cloud se había empeñado reñida lucha, en que los agresores trataban de desalojar á los defensores de las casas en que se habían atrincherado.

Unicamente en el ala derecha francesa el general Ducrot había hecho que empezase el ataque su numerosa artillería, que se había desplegado á derecha é izquierda de Rueil. Después sus tiradores avanzaron, y atravesando el parque de Buzenval, llegaron al muro de recinto del occidente, de donde consiguió desalojarles el tercer batallón del regimiento número 40, que acudió á toda prisa.

A las diez y media se verificó el ataque principal, sostenido por una parte de la columna del centro. En la Malmaison, los prusianos no tenían más que un puesto mandado por un sargento; así que los franceses llegaron hasta el extremo Este de Bougival, donde les obligaron á hacer alto en la Jonchère y en la puerta de Longboyau, los destacamentos de la vigésima brigada de infantería, que ya habían recibido refuerzos. El general Schmidt (1) hacía permanecer todavía en Beauregard la reserva de la décima división. La infantería, perfectamente resguardada, rompió un fuego muy mortífero que obligó á los franceses á detener su movimiento de avance. A medio día el combate ya no se sostuvo sino con fuegos pausados, tomando parte en él la artillería alemana de una manera muy eficaz. Dos baterías de la décima división habían tomado posiciones en Saint-Michel, siendo reforzadas por dos baterías de la Guardia, que desde Saint-Germain habían llegado á Louveciennes, mientras que la tercera se situa-

(1) General en Jefe de la décima división (segunda del quinto cuerpo).—(N. DEL T.)

ba en Chatou, y obligaba al tren de vagones blindados, que se había detenido en la estación al Norte de Rueil, á volver á todo escape á Nanterre. Por último, cuatro baterías del cuarto cuerpo lanzaron sus proyectiles desde Carrières, sin hacer caso de los fuegos del Mont-Valerien, en medio de las compactas masas de la infantería francesa situada detrás de Rueil.

Hacia las dos, los franceses se decidieron á renovar el ataque.

Dos de sus baterías cubrieron con una granizada de bombas la puerta de Longboyau; después una de sus brigadas se puso en marcha sobre aquel punto, mientras que otra se dirigía sobre el muro occidental de Buzenval, y la tercera seguía como reserva. Otra sección de ingenieros, compuesta de diez soldados y un oficial, trató de derribar el muro con igual intrepidez que en la Bergerie, pero con el mismo resultado negativo. Todos perdieron la vida. Las columnas de ataque se habían acercado á doscientos pasos; pero trece compañías alemanas salieron al encuentro, y rompiendo el fuego á distancia conveniente para que produjese todo su efecto, contuvieron el arrojo de los franceses, que á poco se retiraron en desorden, á pesar de los esfuerzos de sus oficiales que se exponían á todos los peligros para que hiciesen cara al enemigo.

El muro del parque constituía, sin embargo, para ellos un fuerte punto de apoyo, y con gran habilidad habían sabido ponerle en poco tiempo en estado de defensa. Contra aquellas tapias fué á estrellarse la acometida que algunas compañías intentaron desde Brezin y desde la Bergerie, teniendo que replegarse con graves pérdidas.

Pero ya la energía de los franceses se hallaba tan quebrantada, que sólo atacaban flojamente. A las tres se vió que su ala derecha se batía en retirada, y al anochecer, el centro comenzó también á evacuar poco á poco la altura de la Maison-du-Curé. El coronel Köthen se puso á perseguirle con fuerzas poco numerosas. Algunos batallones franceses le hicieron frente, y hasta aparentaron querer emprender un vigoroso ataque; pero llegaron oportunamente refuerzos de la Bergerie, de Garches y de la puerta Jaune, y las baterías rompieron el fuego para apoyar á la infantería que continuó la persecución. Los granaderos del regimiento del Rey siguieron al enemigo hasta muy cerca de Fouilleuse.

Todavía no se había logrado recuperar el reducto de Montretout, á causa principalmente de que ni aun en la ciudad de Saint-Cloud se había conseguido progresar. Pero como esta posición era indispensable para cubrir el ala derecha, el general Kirchbach dió orden de tomarla aquella misma noche, ó á más tardar al día siguiente por la mañana. El general Sandrart (1)

(1) General en Jefe de la novena división (primera del quinto cuerpo).—(N. DEL T.)

resolvió emprender inmediatamente el ataque, y á las ocho de la noche se pusieron en marcha cinco batallones sobre Saint-Cloud. En su reducto no encontraron sino un corto número de franceses que quedaron prisioneros; pero en la ciudad hallaron una resistencia más tenaz. Por último, tuvieron que limitarse, provisionalmente, á rodear las casas ocupadas por el enemigo, que, por su parte, se mantuvo durante toda la noche detrás del muro exterior del parque de Buzenval. En consecuencia, la Landwehr de la guardia y la brigada bávara quedaron acantonadas en Versalles, para poder disponer al día siguiente, si se necesitaba, de una fuerte reserva. Las demás tropas regresaron á los cantones que anteriormente ocupaban.

A las cinco y media el general Trochu había dado orden de empezar la retirada, comprendiendo que la continuación de la lucha no produciría resultado alguno, á causa principalmente de la indisciplina de la Guardia nacional. Habíase olvidado por completo á los bravos defensores de Saint-Cloud, que sólo se rindieron al día siguiente, cuando los alemanes pusieron en batería cañones delante de las casas que ocupaban. Asimismo, los defensores del muro del parque no abandonaron este puesto hasta el día 20.

El ataque de los franceses había fracasado, aun antes de llegar á la posición principal de los alemanes. Las reservas que estos habían tenido preparadas, no tuvieron necesidad de intervenir, porque el quinto cuerpo había rechazado por sí solo á un enemigo cuatro veces superior en número. Sus pérdidas consistían en cuarenta oficiales y quinientos setenta hombres; y las de los franceses en ciento cuarenta y cinco de los primeros y tres mil cuatrocientos veintitres de los últimos, entre muertos y heridos, con más de cuarenta y cuatro oficiales y cuatrocientos cincuenta y ocho soldados prisioneros.

El 20 hacía densa niebla, y cuando á las once se disipó, pudieron verse las largas columnas de los franceses retirándose hacia París por la península de Gennevillier.

CONTINUACIÓN DEL BOMBARDEO DE PARÍS HASTA EL ARMISTICIO

Después que esta última tentativa de la guarnición para romper las líneas del cerco fué rechazada por los alemanes, procedieron éstos también al ataque por bombardeo del frente Norte de la plaza. Las piezas de grueso calibre de que podía disponerse entre las que batían las pequeñas plazas fuertes francesas, y entre las del Marne, habían sido reunidas en un parque de sitio en Villiers-le-Bel. El ejército del Mosa había acumulado el considerable material que exigía la construcción de emplazamientos, y formado por medio de requisas un tren de seiscientos carros. Doce baterías habia ya construidas sobre las líneas entre el Bourget y el lago de Enghien, las cuales se armaron en su mayor parte durante la noche. El 21 de Enero ochenta y una piezas de grueso calibre estaban prontas á romper el fuego, y el coronel Bartsch empezó á cañonear á las nueve de la mañana la Briche, la Double-Couronne y el fuerte del Este.

Los fuertes, armados con ciento cuarenta y tres piezas de grueso calibre, contestaron vigorosamente. Al dia siguiente, á causa de estar nublado por la mañana, los alemanes no pudieron romper el fuego hasta la tarde. Pero los franceses habían evacuado el terreno de delante de los fuertes, y las avanzadas de la Guardia Real y del cuarto cuerpo se trasladaron á Villetaneuse y á Temps-Perdu.

Por la noche, las baterías de ataque dirigían el fuego sobre Saint-Denis, procurando con gran cuidado respetar la Catedral. En la ciudad estallaron varios incendios.

Como el bombardeo habia sido vigoroso, la artillería del defensor quedó ya el 23 casi reducida al silencio. La de la Briche no disparaba absolutamente; los otros dos fuertes todavía hacían una salva de cuando en cuando.

Durante la noche del 25 al 26 se adelantaron cuatro baterías, unas á distancia de mil doscientos metros, y otras á la de mil ochocientos, de las obras principales. Entonces pudieron emprenderse los trabajos de ataque y se construyó una serie de nuevas baterías, aunque ya no tuvieron necesidad de romper el fuego.

Seis días de bombardeo habían bastado para producir el efecto apetecido.

Los fuertes habían sufrido extraordinariamente; y es que sobre aquel frente no tenían, como sucedía en el del Sur, el muy sólido apoyo del cuerpo de plaza situado atrás, ni tampoco poseían abrigos á prueba de bomba. Las granadas atravesaban los traveses huecos; á cada instante se temía que volasen los polvorines, y la guarnición ya no sabía donde resguardarse. Los habitantes de Saint-Denis huían en tropel á París; y tales estragos se habían hecho en las obras, que no podían resistir un asalto, asalto que sabían era inminente si continuaba la resistencia.

El ataque por bombardeo del frente Norte había costado á los alemanes un oficial y veinticinco hombres: los franceses dicen haber perdido ciento ochenta de estos.

En el frente del Este la artillería de los fuertes estaba reducida al silencio, y la artillería de campaña wurtemburguesa bastó por sí sola para impedir que el enemigo se estableciese de nuevo en la península de Saint-Maur.

El frente Sur, por último, había quedado en el más deplorable estado á causa del incesante bombardeo. Sólo seguían tirando el cuerpo de plaza y la batería hundida de morteros, mientras que en los fuertes los cuarteles no eran más que montones de ruinas, unas á causa del bombardeo, otras por consecuencia de los incendios que habían estallado, teniendo que acogerse la guarnición á los polvorines que se habían desocupado. Ya no se podía andar sobre los terraplenes de las murallas ni por detrás de los parapetos. En Vanves las troneras estaban tapadas con sacos de trigo; y en Issy habían caído á tierra cinco postes en los muros de la garganta de la cortina. Hasta las paredes de aquella, casi desprendidos de la escarpa de los fuertes de Vanves y de Montrouge se habían derrumbado; cuarenta piezas estaban desmontadas y setenta cureñas rotas por los proyectiles alemanes.

La situación política y militar de Francia entera y en especial la de París era tal, que el Gobierno se veía forzosamente preocupado por las más graves cuestiones.

Desde que M. Thiers había vuelto de su viaje diplomático, se sabía que no había que contar con la mediación de las potencias extranjeras. El estado de la capital iba haciéndose cada vez más precario, y hacía mucho tiempo que la población sufría los efectos de la carestía y de la falta de subsistencias. Los aprovisionamientos estaban agotados; hasta los víveres de reserva de la guarnición iban muy consumidos; el invierno había sido muy rigoroso, y escaseaban los combustibles; faltaba el gas, y el alumbrado de petróleo resultaba muy insuficiente. El enemigo había tardado mucho en bombardear la ciudad; pero ya los habitantes de la orilla iz-

quierda se veían obligados á refugiarse en los sótanos ó en los barrios menos expuestos, y cuando llegó el turno del bombardeo al frente Norte, los habitantes de Saint-Denis afluyeron por su parte á la ciudad.

La gran salida del 19 había fracasado; ya no había que contar con socorros de las provincias desde que Gambetta había anunciado el descalabro sufrido por el segundo ejército del Loire en el Mans. Acusaba al ejército de París de haber permanecido inactivo; pero el frío, las enfermedades y la deserción le habían reducido á las dos terceras partes de su primitivo efectivo, y las empresas desgraciadas que se habían acometido le habían producido hondo desaliento. Para poder suministrar carne á la población había tenido que ceder sus caballos, y el general Trochu declaró que toda operación ofensiva que se intentara no daría resultado alguno, y que hasta para la resistencia pasiva estaban agotados todos los recursos.

Hasta entonces el Gobierno había sabido mantener el entusiasmo y el buen humor de la población, con sus partes, en que afectaba verlo todo de color de rosa; pero ya no podía ocultársela por más tiempo la deplorable situación en que se hallaba, y desde entonces los parisienses ya no economizaron las censuras contra todas las medidas tomadas por el Gobierno.

General Conde de Moltke.

(Se concluirá).

QUERIDA

XXI

Cuando Querida salió del Muguet para ir á vivir en París con su abuelo, apenas sabía escribir, y todavía leía muy mal. El cura de Meuzy, la aldea contigua al parque, y parroquia del castillo, la había enseñado bondadosamente el A, B, C, y ejercitado en los palotes; pero ¡se hacía temer tan poco el bueno y achacoso del cura! ¡Y luego su casa encerraba tantos motivos de distracción para la chiquita!

Por de pronto, la leñera, delante de la cual había que pasar, y donde se encontraban depositados los candeleros y los doseles de follaje artificial de encina, para las grandes solemnidades de la iglesiuca. Cuando Querida se metía allí dentro, y, subida en los haces de leña, arreglaba por cima de sí el follaje de papel, con objeto de representar «la mujercita salvaje», no había medio de decidirla á salirse, y podía considerarse perdida la media hora otorgada por el cura.

Si la doncella conseguía que pasase de la leñera, de la cocinita y del comedor, para entrar en la pieza atestada de *Gradus* y libracos teológicos, que servía al cura de alcoba y de despacho á un tiempo junto, allí había un objeto que excitaba extraordinariamente la curiosidad de la chicuela.

En ese país donde el albaricoquero es el árbol frutal por excelencia, el cura había guarnecido caprichosamente la cenefa y la colcha de la cama del presbítero, con huesos de albaricoque de los cuatro árboles de esta especie que tenía junto al presbiterio. Y ese lecho estrafalario ejercía una verdadera fascinación sobre la nieta del Mariscal, que,

atraída por los racimos de huesos pendientes como los plomos de un esparavel, no podía prestar la menor atención á las palabras de su maestro.

Todas las cosas de aquella mísera vivienda, impregnadas de pobreza, de humildad y de santidad, cosas que la niña no veía más que allí, apartaban su mente de lo que el maestro deseaba, y no había modo de impedir que concentrase su atención en el lecho adornado de huesos de albaricoque, en una excéntrica cronología dibujada en una tira de tela de cuadros blancos y rojos, donde del seno de una mujer se veía salir un árbol cuyas ramas sostenían medallones de reyes franceses coronados de laurel, en la estampa de la *Virgen de la Silla* que sustituía al espejo de la chimenea, en el armonium sobre el cual estaban abiertos los *Cantos de María* con la música del abate Lambilote, y hasta en la mesita donde descansaba el solideo del cura en medio de un montón de estrellas de papel de plata y de macitos de bramante color de rosa.

En fin, si el pobre cura lograba por acaso que las miradas vagas y distraidas de Querida se fijasen un momento en el papel que tenía delante, á un ladrido de Paturot, uno de esos perros avispados que en otro tiempo llevaban consigo los mayorales en la imperial de la diligencia, y que era compañero inseparable del pastor de almas, á ese ladrido ¡buenas noches! se había acabado la lectura y escritura, y el perro y la niña, igualmente aburridos de la lección, se ponían á retozar por el suelo á cuatro patas.

XXII

Así, pues, apenas instalado el Mariscal en París, se llevaba á Querida todas las mañanas á casa de M. Judocus Cochemer, que vivía en la calle de la Ferme-des-Mathurins. Y como la niña tenía que atravesar la plaza glacial de Luis XV y estaba expuesta á acatarrarse en el trayecto, el abuelo, con la solicitud de una madre, había hecho un arreglo con el pastelero inglés de la calle Real para que la niña pudiese calentarse los pies en su casa, haciendo una breve estación en medio de su viaje.

M. Judocus Cochemer, independientemente de su curso de los jueves, para el cual se había asociado con dos profesores del colegio Bourbon—uno de ellos el elegante Marguerin—tenía una especie de colegio de externas adonde iba todos los días á redactar sus trabajos y

estudiar sus lecciones, una docena de niñas, escogidas con mucho esmero entre la alta clase media y la aristocracia del barrio Saint-Honoré. La clase se daba en una sala, la sala algo sombría de un principal de esa calle sin sol, y cuyas blancas y doradas paredes tenían por único adorno seis ó siete cuadros, coronados por un escudo con el nombre de una señorita, los cuales encerraban otras tantas composiciones que habían valido á sus lindas autoras el honor de ser impresas;—la más alta distinción concedida por M. Judocus Cochemer al estilo de sus alumnas, y eso con intervalos de años.

Las señoritas del colegio Cochemer, que eran de muy diversas edades, entraban á las diez de la mañana y salían á las tres, las cuatro y las cinco, después de bien guardadas y vigiladas por un dulce é indulgente inspector de estudios, Mme. Cochemer, de ojos saltones, aunque no mucho más abiertos que una castaña asada, y de una miopía ridícula.

Esa gentil reunión almorzaba y merendaba allí con provisiones que llevaba, y que se preparaban ó calentaban en la cocina del profesor. A propósito de esto, un detalle que permitirá apreciar la suprema elegancia, el *chic* de aquella educación: una de las externas de la calle de la Ferme-des-Mathurins era una *miss* perteneciente á una de las familias más ilustres de la Gran Bretaña, y su altiva madre, no pudiendo soportar la idea de que su hija fuese servida por criadas, le mandaba diariamente un lacayo, que servía el almuerzo de todas las señoritas.

XXIII

Las alumnas de M. Judocus Cochemer se dividían en tres secciones: una de niñas de seis á diez años, otra de diez á catorce, y una tercera de catorce á diez y siete.

Querida, incluida en la primera sección, no hizo buenas migas con la historia antigua y la historia sagrada del abate Gaultier, el confeccionador privilegiado por entonces de todos los libros de enseñanza para uso de las señoritas. No demostró mayores aficiones al análisis gramatical. Era holgazana hasta dejárselo de sobra y un verdadero diablo. Mme. Cochemer la llamaba riendo la *rebelde*.

La niña atestiguaba, en efecto, una completa indiferencia por los puntos de la clase del jueves, con los cuales se ganaban las tres medallas de oro, de plata y de bronce, adjudicadas al fin del año, y hasta

no disimulaba una especie de desdén burlón hacia las niñas aplicadas y juiciosas, hacia los *borreguitos*, como ella decía.

XXIV

Sólo el abuelo poseía el dón de hacer trabajar á su nieta, pero á la verdad tenía bien poco tiempo. Así, durante el verano, siempre que el Consejo de ministros se celebraba en Saint-Cloud, dió en llevarse á la querida niña en su cupé, y durante el trayecto, al par que revisaba los papeles que debía someter al Emperador, el viejo Mariscal le hacía repasar las lecciones.

Era un espectáculo de lo más interesante, ver á aquel viejo apartar de pronto su frente pensativa, de los papeles de Estado, para inclinarla hacia el librito elemental del abate, diciendo á la niña con aquella voz cariñosa que salía de los canos bigotes:

—Ahora sí que la sabes... ¿verdad, hermosa?... Vamos á ver... estamos aquí, ¿no es eso?... Mírame á mí, y no mires por la portezuela... *¿Qué fué de Jeconías?*

Entonces la niña, con el sonsonete y la voz mecánica de los muchachos que repiten una cosa de memoria, sin prestar la menor atención á lo que dicen, farfullaba de un tirón:

—*Atrayéndose como su padre la indignación de Nabucodonosor, Jeconías fué también llevado cautivo con su madre y los principales de Judea hasta el número de diez mil. Su tío... su tío...*

—*Sedecías*—le apuntaba el Mariscal.

—*Su tío Sedecías le sucedió. Esta época se llama la segunda transmigración de los judíos á Babilonia...* ¡Ay, abuelito! ¡Mira allí que negro tan negro con un perrito tan blanco!

—¿Y los renglones del fin, no me los dices?

—*Los males profetizados por Amós é Isaías. Después de un siglo...*

—No es eso, simplona..., si no te fijas... Esos son los del párrafo 291... los de la tercera transmigración de los judíos... y yo te pregunto los de la segunda... Vamos, yo te diré el primero:

Prenden á Sedecías, y le sacan los ojos.

—No sé más.

—Párate, monina... procura hacer memoria... yo te ayudaré... es una cosa que acaba en un espantoso calabozo.

—No, no sé más.

—¡Ves lo que te decía!... Pero,

hermosa, si no llegamos todavía más que al puente de Grenelle... A ver como aprendes ahora muy bien la lección; te la tomaré á la entrada de la calle ancha de Bolonia.

El Mariscal besaba á su nieta para borrar la mala impresión que denotaba el semblante sonrosado de la niña, á consecuencia de sus suaves reconvenciones.

Y el resto del camino, los ojos del Mariscal se desviaban á cada instante de los papeles, para posarse risueños en la linda criatura, recostada en el almohadón del coche, con la cabeza echada hacia atrás, y el libro á la altura de la cara, sostenido por las dos manos; los ojos del abuelo no podían abandonar por mucho tiempo aquella niña seductora en su graciosa actitud de escolar, con su sombrerillo de paja oscura, su vestidito corto de color azul con lunares blancos, su amplio cuello cuadrado de seda negra, y sus altas y elegantes botinas de cabritilla, que le subían hasta las rodillas: atavío severo que daba tanto realce á la viveza maliciosa de su fisonomía.

¡Pobre Mariscal! Quería tanto á la chicuela, en opinión de todos, que al salir de uno de esos consejos de Saint-Cloud, la Emperatriz, que le había recomendado el ascenso de uno de sus protegidos y acababa de obtener una negativa, le decía con cierto despecho: «Señor Mariscal, ¿negaría V. el favor, si fuese Querida quien lo pidiese?»

—Señora, no sé qué decir en verdad—contestó rudamente el interpelado—pero ¡por vida mía! ¡Vuestra Majestad no es mi nieta!

XXV

Querida no empezó á trabajar algo hasta que la pasaron á la segunda sección. Allí tomaba cierto gusto á la composición de estilo, y no sólo redactaba la suya, sino la de una condiscípula, que le hacía en cambio su composición de análisis lógico. Querida había tenido siempre facultades imaginativas, disposición para forjar historias. Muy chiquita aún, os acordáis de que charlaba con sus muñecas, ensartándoles cuentos, ó vagaba por la galería de los mariscales embebida en infantiles imaginaciones y hablando alto consigo misma. En sus composiciones de estilo se le ocurrían invenciones raras, imprevistas, que introducía en su relato mediante la intervención de un hada benéfica, y hasta pormenores delicados é ingeniosos muy singulares. Pero, sobre todo, en la narración que se encarga á las niñas

en sus vacaciones de Navidad ó de Pascuas, en forma de carta á una amiga, ahí es donde hacía relatos pintorescos de las diversiones de esas semanas de expansión, entreverados con invenciones de su cosecha.

En una de esas cartas contaba el entierro de un pájaro, pintando á la avecilla tendida en un lecho de flores, y conducida á la sepultura en una caja de cigarros, colocada sobre unas angarillas de cintas azules, que sostenían cuatro portadoras de rigoroso luto.

A propósito de esa carta, M. Cochemer dijo con cierta solemnidad: «La señorita Haudancourt escribirá con mucho gusto.» A veces, señalando á la niña, sin decir nada, un puesto vacío en las paredes, parecía prometerle de antemano la impresión de una de sus composiciones futuras.

A la inversa de los educadores de la infancia, Judocus Cochemer no tenía nada de M. Prudhome; era, al contrario, un hombre irónico que, bajo una forma aparentemente paradógica, emitía ideas muy sensatas, principios muy prácticos, apotegmas *ad usum* de la sociedad parisiense; un hombre que no temía proclamar que la mujer no necesita más que saber ortografía y poder redactar una carta, pero que le importaba ante todo—y aquí es donde se revelaba el hombre superior—sorprender y asombrar por el conocimiento profundo de algo, que los demás ignorasen ó no supiesen sino imperfectamente. Así, un año excitaba á una serie de alumnas al estudio exclusivo de las dinastías de los Faraones; al siguiente año hacía adquirir á otra serie de alumnas el conocimiento rigoroso de los grados de longitud y de latitud á que nacen todos los ríos principales del mundo, etc.

En el colegio de M. Judocus Cochemer no se aprendía el cálculo: ¡eso era bueno para hijas de comerciantes! y, á Dios gracias, no las había en la calle de la Fermedes-Mathurins.

El curso, que empezaba en Octubre, acababa en Junio, en atención á que los aristocráticos padres de las niñas confiadas á M. Judocus Cochemer, debían estar fuera necesariamente en esa época. Con todo, si las clases se cerraban ostensiblemente, el colegio seguía discretamente abierto.

XXVI

No eran regulares las facciones de Querida; pero nadie veía en su cara más que los ojos, ojos brillan-

tes, llenos de húmedos destellos, y ojos cuyas largas y encorvadas pestañas parecían ondular, cuando reían. Esos ojos sombreados por pestañas de aterciopelado negro formaban el más delicioso contraste con la rubia cabellera, una cabellera de ese rubio bautizado por las madres con el nombre de *rubio rosa*, que adquiere en la nuca matizes de indefinible delicadeza. Y esos cabellos rubios de la preciosa niña eran tan abundantes que, con la perpetua agitación de su cuerpecito, casi siempre se soltaba alguna parte del peinado, y el abuelo decía entonces que su cabeza parecía un *nido de mirlos*, el nido más mal hecho de todos los nidos de pájaros del mundo.

XXVII

Querida cayó con la escarlatina. En enfermedades de la infancia, como la escarlatina y el sarampión, en esas enfermedades sin sufrimientos vivos, la clausura en un cuarto durante varias semanas, las largas horas pasadas en el lecho, el aislamiento de la niña condenada por la naturaleza de su mal á no ver otros niños, todo, en fin, la falta de distracción, el reposo forzado, las divagaciones soñolientas al calor de las ropas de la cama, la fiebre misma del cuerpo, colocan á la enfermita en un estado singularísimo, desenvolviendo en ella una especie de sensibilidad intelectual, susceptible de impresiones penetrantes, profundas, intensas. Así, en esos momentos, la lectura toma absoluta posesión de la lectora, y Querida, cuando más tarde hablaba por acaso de su infancia, decía que cada una de sus enfermedades de entonces sólo había dejado en su memoria el recuerdo de una deliciosa absorción en un libro cuyo título indicaba.

El libro de su escarlatina fué el *Diario de Margarita:* la confesión, día por día, de un alma dulce que alienta en una atmósfera elegante y católica y en el seno de una familia amante; una confesión llena de suaves emociones, de escenas tiernas, de sentimientos piadosos, cortada y dramatizada por una larga travesía con tempestades y pescas de tiburones, decorada y animada por paisajes de la isla Borbón, que parecen paisajes de fantasía, donde hay árboles de flores rojas, llamados *flamígeros*, y por donde cruzan como piedras preciosas *pájaros de la Virgen* y *pájaros del Señor;* una confesión, en fin, que termina con esa conmovedora muerte cristiana de Ma-

ría de Laval en una decoración de *Pablo y Virginia*.

Al leer esa obra, de una realidad elegante, Querida experimentaba un sentimiento nuevo que no le había inspirado hasta entonces la lectura de ningún libro. Poseída de una extraña exaltación, identificábase con cuanto hacía, decía ó pensaba la joven viajera, y tomaba una participación febril en aquella nobleza de conducta, en aquellas buenas intenciones de los actos, en aquellos transportes de religiosidad, en aquellas ternuras fervientes, en aquella santificación de Margarita. Esa fusión de su sér con la heroina de la obra le proporcionaba un goce infinito, una enagenación inefable, en que no se daba cuenta de lo que pasaba á su alrededor, ni de lo que le decían, ni siquiera de lo que contestaba.

La apasionada lectura del *Diario de Margarita* no fué el único síntoma característico de la escarlatina de la niña. Querida tocaba el piano, pero hasta entonces lo había hecho sin entusiasmo, sin animación, sin gusto. Había que obligarla y casi atormentarla para decidirla á estudiar. Cuando empezó á levantarse, sintió deseos de tocar ciertas piezas que había abandonado desde el principio por las dificultades. Eran las *Rêveries* de Rosellen. Se puso á estudiarlas, sin la ayuda de su maestra de piano, dedicándoles todo el tiempo que permanecía levantada, y llegaba á suspirar porque se marchasen las amiguitas que se arriesgaban á ir á verla, á fin de estar sola y volver á sentarse al piano. Ahora, pues, una obstinación en aprender esas piezas, una lucha, un trabajo, en que se manifestaba casi la terquedad de una vocación. Y á medida que llegaba á tocar esas *Rêveries*, dejaba de ser el instrumento mecánico de un ruido que nada le decía; empezaba á emocionarse interiormente por las melancolías que modulaba; sentía por primera vez el goce íntimo que depara la música.

En esa enfermedad, de que las niñas salen asombrosamente crecidas, parecía surgir también algo de la mujer moral.

El *Diario de Margarita* y las *Rêveries* de Rosellen, esas lecturas y esos solos de piano eran las circunstancias que recordaban á Querida su escarlatina—y otra cosa también, presente á su memoria como la más sabrosa golosina—la merienda de sus enfermedades de la infancia, que era una torta tierna puesta sobre una salvilla con dulce de grosella.

XXVIII

A partir de la escarlatina, el estudio se convirtió en una distracción, en un reposo, en una hora de recogimiento sonriente. La niña sacó de allí sus satisfacciones inmateriales más deliciosas, bienhechoras impresiones de ensueño en plena realidad.

Para Querida, niña aún, la música fué al principio como la dulce continuación de una canturia de nodriza, durante la cual se calmaban y adormecían las actividades bullidoras de su cuerpo infantil. A veces disfrutaba también de alegrías febriles, aturdiéndose con las sonoridades que arrancaban sus deditos, anegándose y perdiéndose en un estruendo de armonía, en el cual parecía sumergirse, levantando los lindos y agudos codos á la altura de su cabeza desmelenada. Querida permanecía asimismo horas enteras bajo el imperio torturador de una frase musical, absorta en su persecución, agitando los labios, y no siendo ya, por decirlo así, más que una modulación ahogada, más que un murmullo melódico.

Cuando fué mayor, las caricias físicas del sonido la llenaron de una embriaguez misteriosa; le procuraban una plácida exaltación, una plenitud de vida, una excitación de las facultades imaginativas, un incremento de su sér sensitivo, un leve asomo, en fin, de los goces sobrenaturales que deparan á los hombres los narcóticos: porque la música, ¿no es quizá el *haschisch* de las mujeres?

Querida no sólo tenía gusto, sino un dón, una *virtuosidad* notabilísima. Hubiera llegado á ser una pianista excepcional sin una circunstancia extraña. Su maestra de piano, artista de una pasta angelical, desgraciadamente, divisaba desde la pieza del Ministerio donde daban la lección, la antigua casa de su familia. Y siempre que la maldita casa aparecía en el campo visual de la pobre maestra de piano, esa criatura, dulcísima por lo común, se ponía tan inaguantable, que un día acabó por despedirla su alumna, y no se cuidó de reemplazarla.

XXIX

Una vez restablecida Querida, el Mariscal siguió haciéndola estudiar las lecciones en su cupé, al ir á Saint-Cloud.

En los más hermosos días del mes de Agosto, al salir del Consejo, y después de recibir de manos del jardinero del palacio un manojo de ramitas verdes envuelto en un paño mojado, el Mariscal solía llevar á su nieta á los bosques de los alrededores de Sain-Cloud. Después de almorzar sobre la hierba, con provisiones puestas en el coche por la mañana sin saberlo la niña, emprendían largas excursiones, y durante el tiempo de esas excursiones el viejo soldado —¿no era una cosa verdaderamente interesante?—se entretenía en ingertar las ramas del jardín imperial en los rosales silvestres de los bosques, por pura satisfacción de su amor á las rosas y para asombro de los paseantes parisienses de la inmediata primavera, ayudado y secundado por Querida, que, conociendo la manía de su abuelo, siempre tenía en el fondo del bolsillo *lana de ingertar*, cuando se acababa.

Durante los pocos años que pasó en el Muguet, el Mariscal había adquirido la afición á las flores y la pasión por las rosas. Y echaba tan de menos en París sus cuadros de rosales, que al cabo de dos años no pudo resistir á la tentación de alquilar un cuadro de tierra, en una de las últimas huertas de las inmediaciones del parque de Monceau, donde se refugiaba y escondía en sus raras horas libres. Allí, con un gran delantal azul provisto de su bolsillo en medio, y en compañía de un jardinero, se entregaba al cultivo y perfeccionamiento de su querido arbusto.

Un día, viendo ese jardín enteramente lleno de viveros de la misma rosa, decía Querida, que era ya una mocita:

—¡Calla! Malmaison, Malmaison, y siempre Malmaison. ¿Y eso, por qué?

—Sí, sí, nada más que *Recuerdos de la Malmaison*... Ahora no hay aquí más que eso—exclamaba el Mariscal.—Pero, á ver, encuéntrame entre las otras rosas un colorido tan fresco como ese... y figúrate que el rojo que se destaca en medio de esa blancura de carne fuese una puntita más bajo... y suponte encima que la flor tuviese un tercio más de tamaño... ¿crees que no sería una rosa perfecta... la reina de las rosas? ¡Vaya! Pues en busca de esa reina de las rosas ando yo... y mira: ese rosalito que está ahí junto á ti... y que desgraciadamente murió la semana pasada... tenía un capullo que presentaba todos los caracteres de una variedad nueva... y casi exactamente como yo la quería... ¡Ah! ¡los viveros que habremos hecho ya con ese pobre Frussotte sin conseguir nada!... Pero ¿quién sabe?

quizá el día menos pensado... y entonces hemos de llamar á mi rosa *Querida Haudancourt*... ¡Hará bonito ¿eh? en el NUEVO JARDINERO!

—¡Oh, qué cosa tan delicada, pero qué delicada, abuelito!—exclamó Querida, dándole á besar los ojos.

—¡Mucho que sí, pimpollo!—respondió el Mariscal medio en broma, medio en serio—al soldadote de tu abuelo le parece una cosa de perlas... ese poquito de inmortalidad que se gana una chiquilla... con el bautismo de una flor.

XXX

Al año siguiente empezaba á prepararse Querida para la primera comunión, el acontecimiento anhelado que iba á sacarla de la categoría de las niñas.

Todo aquello—el catecismo, la confesión, la comunión—la introducía en un nuevo mundo, le revelaba cosas desconocidas, secretas, misteriosas, que atraían su curiosidad infantil, sobreexcitada por lo que le decían amiguitas de más edad.

Todo la interesaba en esa nueva vida: la estancia en la iglesia en compañía de aquellas niñas con quienes trababa amistades y establecía un comercio de estampitas doradas de santos; las lecciones de doctrina cristiana, que le valían éxitos de memoria; la redacción de esos cuadernos de instrucciones atados con sus lindas cintitas de seda color de malva, escritos en cuadritos trazados á regla, y á cuyo fin tomaba la autora la *resolución* caligráfica de corregirse de su defecto ordinario, el orgullo, que no le permitía aceptar una reprensión, una observación, un consejo.

XXXI

Querida tenía sin duda el deseo de llegar á la santificación, y su almita no pedía otra cosa que abrirse plenamente á la fe; pero el conseguirlo era una obra superior á sus fuerzas, á la energía de su voluntad, á la perseverancia de su atención. Allá, en sus adentros, la muchacha se contaba entre esas niñas *tibias* que acababa de oír definir á un predicador, entre esas niñas que no brillan por exceso de caridad, que no se preocupan exclusivamente de su primera comunión, que no ofrecen su corazón entero á Dios, al despertarse, mal dispuestas, en fin, para llegar á ser «el tabernáculo del Salvador del Mundo».

La preparación de Querida para

la primera comunión corría parejas con la de casi todas las parisiensitas que no se educan en conventos, sino que viven en el seno de sus familias, en una atmósfera atea, irónica, indiferente, entre parientes que no practican. En esas condiciones, la comunión se hace correctamente, pero sin fervor, sin entusiasmo, sin transporte religioso, y es cosa enteramente anormal un ataque de nervios como el que tuvo en la comunión la vecina de catecismo de Querida, señorita de Suzange.

Así, ante el fervor de su amiga, la nieta del Mariscal se desconsolaba por no aborrecer sus faltas como la Iglesia quiere que se aborrezcan, por no sentir una contrición dolorosa de sus pecados, por no experimentar verdadera inquietud al no poseer á Dios.

Muy atormentada interiormente, quiso castigar su incredulidad, imponiéndose una mortificación, la mortificación más penosa que pudo concebir: durante los tres ó cuatro meses que precedieron á su primera comunión, tomó sin azúcar el café con leche del desayuno.

XXXII

En fin, un mes, tres semanas antes del día de su primera comunión, Querida se sorprendía en estado de gracia, á pesar de lo refractario que era á todo fervor su natural picaresco.

Aquel prolongado y continuo transporte espiritual, aquellos meses de oraciones, de meditaciones, de lecturas piadosas, y aquellas horas llenas de oleadas de música y de cánticos, habían obrado de una manera gradual y secreta en la pequeña impenitente. Quizá también hablaba en ella entonces algo de la sangre española de su madre.

Pero lo que conquistó ante todo á la niña de doce años fueron las cosas apasionadas, las ternuras, la lengua halagadora de la religión.

No se ha notado eso bastante: la primera comunión es el primer amor de la mujer, amor que se despierta al posesionarse de su fantasía ideas de adoración; amor que germina en medio de las suaves emociones de su tierno espíritu, desbordándose exteriormente en efusiones bañadas de lágrimas, en oraciones jaculatorias; amor que se penetra de un sentimiento enteramente nuevo, desconocido en la infancia, la melancolía, nacida quizá de la serie de emociones dulces y temibles que inspiran los misterios y las ceremonias de la Iglesia; amor que surge, en fin, en medio de las divagaciones soñadoras y de la inflamación moral que provoca en la comulgan-

te el adorable Jesús, forjado por el misticismo católico.

La primera comunión es el dón del primer sentimiento de amor humano, nacido al húmedo calor de la devoción, y ofrecido inconscientemente por la niña á un amante celeste.

XXXIII

En ese mes de exaltación religiosa, ó más bien en la última semana de retiro y recogimiento, aquella mujercita de mundo, que daba comidas en el hotel Saint-Dominique-Saint-Germain y ocupaba los palcos del Ministerio en los teatros, redactaba un *Reglamento de vida*, que parecía destinado á una existencia monástica, un reglamento escrito en una lengua estereotipada, falto de toda espontaneidad infantil, y en donde se comprometía á «respetar su cuerpo como el templo del Espíritu Santo.»

Hé aquí ese reglamento de vida, tal y como estaba escrito en un cuadernito de papel blanco:

REGLAMENTO DE VIDA

DIVIDIDO EN SEIS PARTES

Primera parte. — Resoluciones generales.

Segunda parte. — Resoluciones para el día.

Tercera parte. — Resoluciones para la semana.

Cuarta parte. — Resoluciones para cada mes.

Quinta parte. — Resoluciones para cada año.

Sexta parte. — Lo que debo practicar durante toda mi vida.

PRIMERA PARTE

RESOLUCIONES GENERALES

Haré siempre toda clase de esfuerzos por conservarme en estado de gracia, y si cayese por desdicha en pecado mortal, iría á confesarme en seguida á fin de volver lo más pronto posible al favor de Dios. No aplazaré nunca mis confesiones, porque no sé cuándo y cómo moriré: puedo morir dentro de un año como de un día, así puedo morir de repente como de una larga enfermedad. Antes morir que cometer un sólo pecado mortal.

SEGUNDA PARTE

RESOLUCIONES PARA EL DÍA

1.° *Al levantarme.* — Me levantaré todos los días á las seis y me-

dia en punto. Mi primer acto será santiguarme; mis primeras palabras, los santos nombres de Jesús y María; mi primer pensamiento, la ofrenda de mi corazón á Dios con estas palabras: «Dios mío, yo os doy mi corazón; os suplico que lo aceptéis para que no pueda poseerlo ninguna criatura, sino vos solo. Salve, mi ángel custodio; á Dios y á tí me encomiendo; me habéis guardado de noche; guardadme durante el día sin mal, sin peligro, sin ofenderos, Dios mío, sin tentaciones para mi cuerpo ni para mi alma. Amén.» En cuanto vayan á despertarme me levantaré enseguida, me levantaré en el mismo instante, sin hacérmelo repetir dos ó tres veces. Me vestiré con prontitud y modestia, pensando en algún artículo de fe, y no consintiendo nunca que el principio del día sea para el demonio de la pereza.

2.° *La oración de la mañana.*—En cuanto esté vestida, me arrodillaré á los pies de mi crucifijo ó de alguna imágen, me concentraré y rezaré con atención, devoción y respeto, como hablando con Dios, mi oración de la mañana, añadiendo los actos de Fe, Esperanza y Caridad. Rezaré también un rosario: la primera decena será para las ánimas del purgatorio, la segunda por mi familia, la tercera la destinaré á pedir perseverancia para mí y para todas mis compañeras de doctrina; las dos últimas las reservo para los queridos sacerdotes que nos han instruído tan bien.

3.° *Lectura meditada.*—Dice un profeta que toda la tierra se halla en la mayor desolación porque no hay nadie que reflexione y entre en sí mismo. Yo quiero evitar, por mi parte, esa gran desgracia, y para eso he de adquirir la costumbre de hacer todos los días, después de rezar, una lectura meditada, con reflexión y recogimiento... y terminar mi meditación formando buenas resoluciones para durante el día y poniéndolas bajo la protección de la Santa Virgen.

4.° *El trabajo.*—Me pondré á trabajar á las ocho por la mañana y á la una por la tarde. Aprenderé bien las lecciones y haré lo mejor que pueda mis trabajos escritos. No estaré nunca sin hacer nada... Antes de empezar el trabajo, lo ofreceré á Dios, renovando esa ofrenda siempre que oiga dar la hora.

5.° *Las comidas.*—Para santificar mis comidas no me olvidaré nunca de la bendición antes y de las gracias después, y tendré cuidado de no caer en los excesos de la gula. A cada comida me impondré una pequeña mortificación, procurando que nadie lo note.

6.° *Los recreos.*—Jugaré durante los recreos... Sin embargo, pe-

diré á Dios la alegría con moderación, y evitaré todo recreo que pueda exponerme al peligro de pecar.

7.° *Lectura piadosa.*—Todos los días, si puedo, leeré un trozo del *Poder de María*, de la *Santa comunión* ó de cualquier otro libro que mi confesor me indique.

8.° *Devoción á la Santa Virgen.*—Todos los días de mi vida honraré de una manera especial á la Santa Virgen... La amaré con todo mi corazón, como á mi madre, y como la mejor de las madres, que me ha adoptado por hija suya en medio de los dolores que sufría en el Calvario al pie de la cruz. Recurriré á ella con la confianza de un hijo hacia su madre, en todas mis penas, en las tentaciones, y sobre todo en las tentaciones de desfallecimiento. Me propongo no dejar pasar jamás un sólo día sin dirigirle la súplica: *Acordáos;* y, cuando sea libre, me propongo asistir todos los sábados á la misa en honor de la Santa Virgen.

9.° *Devoción á los Santos.*—Tendré también una devoción particular por San José, padre putativo de Jesús y protector de la infancia.

10.° *Oración de la tarde y examen.*—Acabaré el día del mismo modo que lo empecé, es decir, rezando la oración de la tarde con confianza, atención y humildad, acordándome de que la oración del que se humilla penetra en los cielos. Haré detenidamente mi examen de conciencia sobre todas las acciones del día, y después las anotaré en mi diario, destinado á santificarme más cada vez. Al fin de la semana haré la suma de mis buenas y malas acciones, deseando y procurando con mi obediencia, mi dulzura y mi bondad, que las buenas se cuenten en mayor número que las malas.

11.° *Al acostarme.*—En cuanto mi abuelo me diga que vaya á acostarme, le daré enseguida las buenas noches, iré á mi cuarto y me desnudaré con decencia. Antes de dormirme, mi última acción será la señal de la cruz, y mis últimas palabras los santos nombres de Jesús y María. Algunas veces pensaré en la muerte, al dormirme, mirando la cama como mi tumba: se acuesta uno por la noche, pero nadie está seguro de levantarse al otro día.

.....

.....

.....

.....

SEXTA PARTE

LO QUE DEBO PRACTICAR TODA MI VIDA

Quiero practicar, con la cabeza alta, lo que creo. Despreciaré la opinión humana. Ahora bien: como yo creo en Jesucristo, como espero en él, como lo amo, practicaré su religión, y en cualquier tiempo, así de paz como de guerra, no faltaré á mis deberes de católica ni dejaré de hacer lo que está escrito en mi reglamento. El temor de desagradar á los hombres no me impedirá cumplir con mi deber; es cuanto necesito... Jamás haré á nadie lo que no quisiera que me hiciesen á mí misma. Amaré sobre todo á los pobres, y los ayudaré con todos mis medios. Si tengo mucho, daré mucho, si tengo poco, daré poco, pero de buena voluntad, pensando que lo que doy á los pobres se lo doy á Jesús.

Obedeceré con fidelidad, prontitud y alegría á mi abuelo y á todas las personas á quienes Dios ha concedido autoridad sobre mí, acordándome de que, al obedecer á mis superiores, obedezco á Dios, y al desobedecerlos, desobedezco á Dios.

Seré modesta en mis palabras, en mis acciones, en el vestir y en la conducta. Respetaré mi cuerpo como el templo del Espíritu Santo. No me serviré de él más que para edificar al prójimo, y de ninguna manera para escandalizarlo ni hacerle mal.

Jamás prestaré oídos á las palabras de personas irreligiosas; huiré con horror de ellas, temiendo que me hagan perder la paz de mi corazón. Evitaré escrupulosamente todo lo que pueda inducirme á pecar, y en cuanto oiga salir una mala palabra de boca de una de mis compañeras ó de cualquier otra persona, no volveré á hablarle. No leeré más que los libros que me permitan leer mis parientes. Huiré de los placeres del mundo, contrarios al espíritu de la religión. En fin, me esforzaré por combatir sin descanso mi defecto dominante...

Me propongo repasar de vez en cuando este reglamento de vida; por ejemplo, los días en que tenga la felicidad de comulgar.

ORACIÓN

Á MARÍA MADRE DE JESÚS

Hé aquí, pues, acabado el reglamento de mi vida ¡oh María! Lo pongo bajo tu protección, bajo tus auspicios; no lo he sobrecargado mucho, porque he pensado que va-

lía más tener que añadirle que cercenarle.

¡Oh María! Haz que tenga que añadir mucho, ó si no añado que cumpla bien al menos lo que está escrito. Lo pongo bajo tu protección, convencida de que con tu ayuda lo cumpliré al pie de la letra. Así sea.

QUERIDA HAUDANCOURT,
hija por siempre de Jesús y de María.

XXXIV

Llegó la mañana del *gran día*. Querida, en medio de la feliz y ligera soñolencia de los niños que aguardan la partida matinal para un viaje, no bien oyó los pasos de Lina, saltó de la cama exclamando: «¡Ya estamos en él!... ¡Ya ha venido el día de mi primera comunión!»

Aquel día, por una inspiración conmovedora, arrodillóse ante el retrato de su madre, muerta hacía dos años, y la huérfana lloraba con tal dilatación de corazón que no podía rezar seguidas sus oraciones, sino sólo proferir de vez en cuando palabras que eran como soplos, ahogados al punto por las lágrimas.

Después la vistió Lina, sin ponerle ninguna prenda interior ni exterior de las que había llevado.

Querida iba vestida de nuevo de pies á cabeza. Es una costumbre que conservan algunas antiguas familias criollas, que, por un simbolismo de cierta coquetería, quieren que todo se renueve en la doncella, la camisa y el alma, el día de la primera comunión.

La comulgante se encontraba entonces en un estado que le parecía no haber sentido nunca, un estado, según su expresión, «de bonanza y de tranquilidad.»

Su abuelo le dió la mano para subir á un cupé Dorsay, pedido secretamente para esa ocasión: un cupé forrado por dentro de damasco blanco, y á cuya trasera iban en pie tres criados con libreas de gala y escarapelas.

En el trayecto de la iglesia notaba Querida que la mirada del Mariscal era menos familiar que de costumbre, era una mirada singular, entre cohibida y cariñosa. Querida se inclinaba á la portezuela, por donde entraba un aire fresco que le causaba una impresión agradable en la cara, y se asombraba de ver asomar por las tapias del jardín del hotel árboles cuajados de menuda hoja; entonces recordaba de pronto que estaba en el mes de Mayo, que ya debía haber muchas

flores en el Muguet y que se arreglarían bellos tiestos para el altar de la Virgen.

Cuando bajaba en la puerta de Santa Clotilde, el gusto, la elegancia y ligereza de su atavío de muselina blanca provocaban un murmullo de admiración, y en medio del concierto de epítetos encomiásticos, que la acompañaba hasta la iglesia, oía á un chico de una imprenta vecina decir á un compañero: «¡Mira que novieja tan repulida!»

En la iglesia, en medio de la emoción que le producían el imponente aparato de la ceremonia, la larga perspectiva de sus compañeritas arrodilladas, los murmullos de adoración de las voces y de las músicas, el perfume del incienso y el centelleo de los cirios en la atmósfera soleada del día; allí, en la iglesia, en medio de las mejores disposiciones, y en el momento en que se creía enteramente libre de pecado y de la intención de pecar, «¿á qué se debía y cómo era?... Su pensamiento no estaba ya en Jesús... Sus galas de comulgante le hacían pensar de repente en las de una desposada, en las de la esposa de un hombre...»; y, á pesar de cuanto hacía por evitarlo, el atavío de desposada llevaba su pensamiento al matrimonio y á lo que sus ideas infantiles, inocentes aún, presumían de la unión de los dos sexos.

He ahí á la pobre muchacha en el colmo de la desventura, y queriendo dirigir á su primera comunión, sin poder conseguirlo, al testarudo de su pensamiento. En una dolorosa enagenación se ve culpable de la profanación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; le asaltan estas palabras dichas en una de las instruccciones: «El que no se hallase en un estado de gracia ó de pureza de corazón, que no se acerque á este sacramento, porque comería su propia condenación, si recibiese á Jesucristo, no como Salvador, sino como juez», y se siente atormentada por el temor de cometer un sacrilegio.

Querría confesarse, pero ha empezado la ceremonia, y además ella no tendría nunca bastante valor para abandonar su puesto y perturbar á tanta gente. Entonces, cerrando los ojos y tratando de concentrarse en sí misma, de no ver más aquel velo, ni aquel vestido, causas de culpables distracciones, recita un acto de amor y de deseo que recuerda:

«¡Dios mío, yo os amo! ¡Dios mío, yo os adoro! ¡oh, venid á colmar mis deseos, venid á visitarme! Confío, Dios mío, recibir en esta comunión la gracia que he menester. Dios mío, tengo sed de vuestra presencia. ¡Oh, venid, venid!»

Pero á pesar del acto de amor y

de deseo, no logra desechar la terca idea del matrimonio, que le parece en semejante instante una de esas sugestiones del espíritu maligno de que hablaba últimamente un predicador; y esa idea turba á la mísera niña en términos que no sabe ya lo que le pasa, y, cuando le llega la vez de levantarse, su vecina, la señorita de Suzange, tiene que tirarle del velo.

El sacerdote se aproxima á ella lentamente, clava en su rostro su mirada escrutadora de eclesiástico, y le da la hostia pronunciando estas palabras: «Que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde vuestra alma para la vida eterna.» El trastorno del espíritu de Querida es tal, que no oye más que la palabra «eterna», y antes de preguntar á sus vecinas lo que les ha dicho el sacerdote, se figura que su mirada penetrante ha adivinado lo que pasaba en el fondo de su alma y la ha amenazado con la eterna condenación.

XXXV

Querida asistía asiduamente al catecismo de perseverancia, pero parecía apagado el fervor de su fe, y cuando empezaba sus cuadernitos de instrucciones con el encabezamiento *Todo por mi perseverancia*, no era ya con el dón que hacía de sí misma el año precedente al escribir *Todo por mi primera comunión*.

Su religiosidad de una hora huía por instantes, arrebatada por su vida mundana, por la falta de interés que encontraba en su abuelo hacia las cosas piadosas, y por el aburrimiento mismo que veía en el semblante de las gentes, cuando contaba lo que hacía en la iglesia. Insensiblemente iba declarándose en el espíritu de la niña cierta repugnancia hacia la confesión y cierto desvío de los sacramentos.

Ahora, cuando repasaba su reglamento de vida, no podía menos de sonreir al leer la nota que había puesto al fin el sacerdote encargado de la doctrina: anotación que ella miró en un principio como injuriosa, por implicar una duda sobre la duración de sus buenas resoluciones. El sacerdote felicitaba á la futura comulgante por no haber sobrecargado su reglamento; de otro modo, se hubiese parecido «á un viajero que, confiando demasiado en sus fuerzas y llevando sobre sí un equipaje de un peso excesivo, no pudiera avanzar.» Y todavía aligeró su reglamento de no pocos piadosos compromisos, limitando á algunos minutos la du-

ración de la meditación, reduciendo el rezo del rosario al de una decena, y sustituyendo la seca lectura de libros teológicos con la lectura amena de vidas de santos. Terminaba la nota con esta frase: «El principio es, pues, hacer lo que ha de durar.»

No había transcurrido un año, ¿y qué duraba aún de aquella vida escrita en el papel, en que aparecían ocupados todos los momentos y lleno el tiempo todo por un estado de unión con Dios, de atención amante á su divina presencia? Apenas cumplía ya más que los estrictos deberes religiosos de una señorita de sociedad bien educada: ir á misa todos los domingos y comulgar una vez al año. No sentía impiedad ni hostilidad irónica, sino simplemente tibieza, aburrimiento de las prácticas y francas inclinaciones terrenales.

La veneración había muerto en su seno, y, á poco que se prestasen á risa las cosas religiosas, se reía de ellas en su correspondencia con las amiguitas:

«El sábado estuve en la confirmación de Blanca Champromain. En mi vida he visto cosa semejante. El obispo que ha venido á confirmar era extranjero. Tenía unas barbas muy largas. Detrás de él estaba un criado vestido del modo más chusco: debía ser indio. Llevaba una especie de pantalón blanco con rayas color de rosa, un cinturon rojo sembrado de palmas y una casaca castaña con galones negros. Figúrate mi asombro al encontrar allí aquellas máscaras...»

En medio de ese abandono de la religión, Querida conservaba y conservó siempre un culto particular por la Virgen, dulce patrona, á los ojos de la niña, de la gracia y distinción de la mujer. En sus penillas volvíanse á la Virgen los retoños de su pensamiento religioso; en sus rezos de la noche nunca dejó de recitar hasta su muerte un *acordáos,* esa bella invocación: «Acordáos, misericordiosa María, de que jamás se ha oído decir que abandonáseis á los que recurrieron á vuestra protección, á los que imploraron vuestra ayuda, á los que reclamaron vuestra asistencia...»

XXXVI

No era un portento Querida, no era más guapa ni más amable que otras, y, sin embargo, poseía una especial seducción, una seducción muy suya: de la manera más natural del mundo tomaba ella esas actitudes felices que buscan y encuentran los pintores y esculto-

res, y todos los ademanes de su personita, que parecían rítmicos y cadenciosos, embelesaban por cierta afectación ingénita á su cuerpo ondulante.

Realzaban de un modo arrebatador la flexibilidad indolente y mimosa de la muchacha sus trapillos caseros, especies de batas sueltas que jugueteaban en torno de su distinguida delgadez, y con las cuales, en medio de ondulaciones de gasas y de vuelos aéreos de ligeras muselinas, parecía un pajarito con el plumaje ahuecado.

Pero cuando los movimientos de Querida revelaban una belleza de líneas original era al dar un abrazo, un beso ó cualquiera de esas muestras exteriores de la efusión amante de un tierno corazoncito. Había que verla á espaldas del Mariscal sentado, cruzada de brazos sobre el hombro del abuelo, reclinada la cabeza en la cruz, subidos los codos, y ceñida la parte inferior del semblante por el tul aéreo de las mangas como por alta y vaporosa gorguera; había que verla así, sonriente, en esa actitud de abandono, acariciando con la barba el hombro del viejo militar; y luego dejar caer la cabeza, como fatigada, al extremo del hombro, ladeándola picarescamente, y mirando de soslayo con los párpados entornados como una gatita que *ronronea*.

En esa actitud era la representación más perfecta y adorable de la zalamería: ese hechizo femenino, exclusivo de las muchachas, y de que es tan difícil conservar algo á la mujer ya hecha.

Y casi enseguida los abracijos de medio lado, estrechando tiernamente el cuello del abuelito, con arrebatadores abandonos del flexible cuerpo, del cuerpo fluido, por decirlo así, y como fundido en la ondulación de las suaves telas entre las cuales flotaba.

Poseía, en fin, la gracia de la caricia como una niña.

XXXVII

Una extraña metamórfosis: en ese cuerpo que, como acabamos de decir, era la gracia misma, insinuábanse desde hacía meses ciertas cosas de muchacho que lo afeaban.

Los movimientos de la criatura elegante adolecían de una ruda torpeza; sobrevenían como al acaso desarrollos físicos que no acababan de armonizar con el conjunto, y los ademanes de la niña, no há mucho tan airosos, ahora eran desgarbilados, desmañados y casi cómicos.

Había perdido la graciosa desen-

voltura de su porte, la firmeza y resolución del andar, y sus actitudes y movimientos se resentían de las vacilaciones de una perplejidad pazguata. No sabía qué continente adoptar, ni cómo colocar los pies, ni qué hacer de las manos, y se presentaba delante de las gentes hecha una bobalicona.

Sus mismas alegrías no tenían la delicadeza de antes, sino que se desbordaban de un modo descompuesto en ademanes masculinos y en risotadas salidas del fondo de la garganta. Y á lo mejor, en medio de esas estrepitosas hilaridades y de esa pantomima desencuadernada, timideces, cortedades, aturdimientos, que agolpaban las lágrimas á los ojos de la chiquilla.

Un sér que no era una niña ya ni una mujer todavía, un sér de sexo como indefinido y en vías de su definitiva formación, un sér misterioso movido por impulsos de una espontaneidad irreflexiva y contradictoria, que surgía al exterior con una rudeza á veces salvaje.

XXXVIII

Bajo ese desdén momentáneo de las manifestaciones exteriores, consumábase en el cuerpo de Querida la oculta transformación de la niña en una criatura de amor, en una mujer hecha.

En las parisiensitas esa revolución física que engendra la madurez procreadora se opera uno y hasta dos años antes que en las demás muchachas de Francia. Es un hecho afirmado por la Medicina, que fija la pubertad parisiense entre los trece y catorce años. Cartas de madres que yo he recibido, señalan todavía una fecha anterior á la que indican en sus libros los especialistas en la materia; esas cartas hablan de numerosos casos de pubertad producidos entre los nueve y los once años en estos últimos tiempos.

Parece como si la férvida atmósfera de los salones, con los excitantes que encierra para la imaginación, con sus fermentos amorosos, con las vibraciones musicales que, al salir, lleva la niña resonando aún en sus oídos, avivase y precipitase la formación de la mujer, bien así como la húmeda tibieza de una estufa activa la florescencia de las plantas.

XXXIX

Un sueño agitado donde entre las pesadillas se consuman la sorda y dolorosa elaboración de la mujer en el seno de la niña, la derivación de

lo más puro de sus venas para las funciones de la maternidad, el cálido despertar de un organismo vegetativo aún: hé ahí el sueño de las vírgenes impúberes durante varios meses hasta que se despiertan sobrecogidas de terror por cierta aparición inesperada.

.....
.....
.....
.....

XL

Son asaz complejos, y mixtos de elementos muy contradictorios, los sentimientos que acarrea en la existencia femenina la transición del vestidillo cortó al vestido largo.

Así, al primer movimiento de disgusto que la niña experimenta se asocia una satisfacción de amor propio, una especie de vanagloria, al verse en un pie de igualdad con su madre, con una hermana de más años, con las personas mayores, en fin, al propio tiempo que experimenta cierta cortedad, desconocida hasta entonces, enfrente de su padre.

Disfruta también la niña del goce íntimo y profundo «de tener algo que ocultar á sus amigas», de poseer secretillos, misterios, cosas que no pueden declararse y exigen disimulo: todo eso en medio de inquietudes renacientes, de la persistencia de cierta turbación moral, de un resto de miedo á la muerte —estado raro en que el pensamiento de Querida, despierta su curiosidad—se preocupaba continuamente de «saber á qué venía» aquella aparición todos los meses.

Entonces la niña, impulsada por una fuerza instintiva de que no tiene conciencia, se hace la interesante con las amiguitas más pequeñas, se aparta de sus muñecas y de sus juegos, se pasa ratos inclinada sobre un libro, aparentando que lee, se pone á bordar, y muy grave, pensativa y reposada, afecta ocuparse en labores de mujer.

XLI

Uno de los fenómenos psíquicos más notables en ese estado, es el azoramiento repentino de la joven en vías de formación al acercarse á una persona de otro sexo. Sólo á esa hora nace en la mujer incipiente el pudor femenino bajo la forma de una confusión, de una turbación, de un tormento, de una puntita de temor al hombre, que cons-

tituyen un tema delicioso de estudio.

Se estremece emocionada y medrosa como sintiendo lo que demanda, solicita y espera el nuevo organismo de su cuerpo.

Ayer corría á abrazar á los amigos de la casa, estrujándolos con esas familiaridades del cuerpo de la infancia que se entrega sin reservas, y estampando en sus rostros esos besos resonantes, inconscientes del sexo á que se dirigen. Desde la última visita apenas van transcurridos algunos meses, y todo ha cambiado. La niña no salta ya á vuestras rodillas; se mete en un rincón, se aleja, como si emprendiese un movimiento de retirada.

—Pero ¿qué es lo que tienes? ¿No me dices nada?

No os responde; no se acerca; permanece alejada y cohibida.

—¡Hola, hola!... ¿Qué significa esto? ¿Estamos de monos?

El frío tratamiento de «Don» brota de los labios de la niña; se ha acabado el tuteo, el amable y cariñoso tuteo de los días últimos.

—¿Y ya no me besas?

La niña se decide al fin á acercarse, pero no esperéis que os eche los brazos al cuello con la antigua vehemencia. No os besa tampoco. El escrúpulo de señorita se presenta de lado y aproxima un poquito de sien, lo que una mujer otorga de su cara al beso del hombre que no es su marido ni su amante. Y no encontráis la explicación del cambio de vuestra amiguita hasta que la madre os guiña un ojo después del glacial saludo.

Otra particularidad. Antes la tenía sin cuidado que los hombres hablasen en voz baja junto á ella, fuesen viejos ó jóvenes. Ahora todo son apuros por lo que podrán decir de ella los caballeros, y si se figura que uno habla de su persona, palidece ó se ruboriza. Y ya la tenéis levantándose de repente, abandonando la sala, pasándose á la pieza contigua, y quedándose allí taciturna. La buscan, la encuentran y la preguntan lo que hace allí, enteramente sola. Responde: «Nada» esa palabra que dice por primera vez y que va á ser el vocablo desesperante constantemente repetido en el curso de su existencia nerviosa. Se necesita casi una especie de violencia para lograr que vuelva á la sala.

A veces hace más: se sube á su cuarto y se acuesta, mandando decir que está mala.

EDMUNDO DE GONCOURT.

(Se continuará)

RECUERDOS DE MI VIDA

Por fin, la protección de un príncipe de sentimientos elevados y favorable á mi ideal de arte alemán, iba á permitir implantar en nuestra civilización la rama cuyo crecimiento y desarrollo, hubiesen fecundado el suelo para ejecuciones artísticas verdaderamente alemanas; y ya era tiempo ciertamente de proporcionar ese alivio al ánimo decaído de mi amigo. Ese decaimiento era el gusano roedor que devoraba la alegría de aquel artista y sus fuerzas vitales. Adquirí una convicción cada vez más clara de este hecho, al notar no sin sorpresa, el apasionamiento vehemente y hasta la furia con que resistía á esas inconveniencias constantes en las relaciones de teatro, en que á la falta de conciencia de los cómicos se une el estrecho espíritu de los burócratas, y que no sienten por supuesto los que son objeto de ellas. Un día se quejaba á mí: «¡Dios mío! Lo que me fatiga en *Tristán* no es la representación ni el canto, sino la bilis que hago en el ínterin. Permanecer tendido en el suelo, sin moverse, después del gran acaloramiento de la agitación anterior, y con la transpiración que es de suponer, en la gran escena del acto último, he ahí lo que es mortal; porque, por más que hago, no puedo conseguir que se cierre el teatro en ese momento para evitar la terrible corriente de aire que pasa sobre mí y me deja transido de frío; mientras tanto, esos caballeros están urdiendo entre bastidores el chisme del día.» Como no notásemos en él ningún sintoma de enfriamiento y de catarro, nos dió á entender con acento triste que aquellos aires habían de traerle más graves consecuencias. Su irritabilidad durante los últimos

días de su estancia en Munich adquirió un tinte más sombrío cada vez. Para acabar, volvió á presentarse en escena con el papel de Erico de *El Holandés errante;* sostuvo ese difícil papel episódico en términos de excitar nuestra admiración en el más alto grado y hasta de estremecernos por la siniestra vehemencia, que como un fuego sombrío y devorador se desencadenaba en los sufrimientos de aquel joven cazador del Norte, infortunado en amores—en lo cual no hacía más que amoldarse al deseo expresado por mí.—Aquella noche me dió á entender con breves alusiones, el profundo desacuerdo que lo separaba del mundo en que vivía. Parecía haber concebido repentinas dudas á propósito de la realización de los planes y proyectos que constituían nuestra felicidad; parecía no poder comprender cómo de aquellos adláteres fríos é indiferentes, que hasta nos acechaban con odiosa perfidia, podía prometerse nuestra obra una prosperidad seria. Amargo fué el sentimiento que experimentó al sólo anuncio de la insistencia con que lo llamaban de Dresde para volver en día fijo á ensayar *El Trovador* ó *Los Hugonotes.*

Yo acabé por participar de ese sentimiento de desacuerdo, de esa sombría inquietud. Todavía nos vimos libres de ella una hermosa noche, la última de los días que pasamos juntos. El Rey había pedido al teatro de la Residencia, una audición privada en que debían ejecutarse trozos característicos de mis diversas obras—*Tannhauser*, *Lohengrin, Tristán*, el *Oro del Rhín,* la *Walkiria*, *Sigfredo* y *Los Maestros Cantores*—todo cantado y ejecutado á gran orquesta bajo mi dirección personal. Schnorr, que oía entonces por primera vez alguna cosa nueva de mí, cantó por su parte con una belleza y un vigor asombroso la *Canción de amor* de *Sigmundo*, los *Cantos de la Fragua* de *Sigfredo*, el papel de *Loge* en el número escogido del *Oro del Rhín* y el de *Gualterio de Stolzing* en el fragmento más importante entresacado de *Los Maestros Cantores.* Sintióse como sustraído á los tormentos de la existencia, cuando después de una entrevista de media hora, á que lo había invitado el Rey, único oyente, de nuestra ejecución, volvió y me abrazó impetuosamente «¡Dios mío! ¡cómo bendigo esta noche!—exclamó.—¡Ahora comprendo lo que fortifica tu fe!... ¡Oh, entre ese Rey divino y tú, será forzoso que yo haga también alguna cosa buena!...»

...No era ocasión de seguir en tono serio. Nos fuimos á un hotel para tomar el te juntos. Nuestra conversación, en broma casi toda,

rebosaba en tranquila jovialidad, y denunciaba una fe amistosa, una firme esperanza. «¡Vamos!—decíamos.— ¡Mañana vuelta á la mogiganga! ¡Enseguida, libres para siempre!» Teníamos una confianza tan profunda en volver á encontrarnos de allí á poco, que nos pareció supérfluo y hasta extemporáneo despedirnos en regla. Nos separamos en la calle como si nos diésemos las buenas noches de costumbre; al otro día por la mañana mi amigo salía tranquilamente para Dresde...

Unos ocho días después de esa despedida, de que apenas habíamos hecho aprecio, me telegrafiaron la muerte de Schnorr. Había vuelto á cantar en un ensayo, teniendo que andar en constestaciones con sus compañeros, que se asombraban de que aún conservase voz. Después sintió un terrible reuma en la rodilla, que lo condujo en pocos días á una enfermedad mortal. Los planes concertados por nosotros, la representación de *Sigfredo*, el temor de que pudiera imputarse su muerte al exceso de esfuerzos que exigía el *Tristán*, fueron las últimas preocupaciones de aquel alma luminosa, exhalada al fin.

Bülow y yo esperábamos llegar á Dresde á tiempo para el entierro de aquel amigo tan querido. Fué en vano, hubo que dar tierra al cadáver antes de la hora prefijada; llegamos demasiado tarde. A la misma hora, con un claro sol de Junio, la ciudad de Dresde, adornada de mil colores, salía á recibir á los viajeros que acudían á la fiesta universal de las Sociedades corales alemanas. El cochero que nos conducía, y á quien yo daba prisa para llegar al cementerio, me decía, tratando de abrirse camino con gran trabajo al través de la muchedumbre, que habían afluido cerca de 20.000 cantantes.—«¡Sí! pensé—¡pero falta precisamente el *cantante!*»

Nos apresuramos á volver la espalda á Dresde.

Un recuerdo de Rossini

A principios de 1860 dí en París, bajo forma de concierto (cuyo programa se repitió dos veces), algunos fragmentos de mis óperas, en gran parte trozos puramente sinfónicos. La mayoría de los periódicos me fueron hostiles, y sufrí un fraca-

so. No tardó en circular entre ellos una pretendida frase de Rossini. Referíase que su amigo Mercadante había defendido mi música, y que Rossini le había dado una lección durante la comida, sirviéndole la salsa tan sólo de un plato de pescado, acompañado de estas palabras: «No necesita más que la salsa el que no hace caso del plato, como de la melodía en la música.»

Yo había oído distintos relatos poco lisonjeros sobre las escabrosas complacencias de Rossini con la tertulia muy heterogénea que llenaba su salón todas las noches, y no creí deber tener por falsa esa anécdota, que corría también por los periódicos alemanes con gran regocijo de la gente. En ninguna parte se citaba sin acompañarla de elogios sobre la ingeniosa malicia del maestro. Sin embargo, cuando Rossini lo supo, creyó conveniente escribir al director de un periódico para protestar muy expresamente contra esa *mauvaise blague* (1), como él decía; aseguraba que no se creía con derecho para formar un juicio sobre mí, no habiendo oído más que una marcha mía (que le gustó mucho) ejecutada por la orquesta de una población de baños alemana; añadía, en fin, que estimaba demasiado á un artista que intentaba agrandar el dominio de su arte para permitirse bromas respecto de él.

A instancias de Rossini, el periódico en cuestión publicó esa carta, pero los demás se guardaron mucho de reproducirla.

Aquel modo de proceder del maestro me decidió á anunciarle mi visita; recibí una acogida amistosa, y supe de viva voz el sentimiento que tal invención le había causado. Conversando más ampliamente después de ese preámbulo, procuré convencer á Rossini de que no me había herido la frase, aun durante el tiempo que la creí suya realmente; que, en efecto, á consecuencia de observaciones y discusiones sobre ciertas expresiones aisladas de mis escritos estéticos, ora mal comprendidas, ora desnaturalizadas de propósito, era natural que hasta las personas benévolas conmigo me hiciesen víctima de una confusión, que no esperaba poder disipar sino mediante excelentes ejecuciones de mis obras dramático-musicales; que, hasta lograrlo, me resignaba con paciencia á mi singular destino, y que no tenía ningún resentimiento contra quien pudiese hallarse complicado en él sin culpa suya. Rossini pareció deducir con sentimiento de mis explicaciones que yo no tenía mo-

(1) Contra esa broma de mal gusto. — (N. DEL T.)

tivos para recordar con satisfacción la suerte reservada á los músicos en Alemania; en cambio él, como preámbulo á una corta exposición de su propia carrera de artista, me confió su creencia, reservada hasta entonces, de que quizá hubiese podido cumplir su destino, á nacer y formarse en mi país. «Yo tenía facilidad—dijo— y quizá hubiera podido llegar á algo.»

«Pero en su tiempo—continuó—Italia no era ya el país en que hubiese podido provocarse y sostenerse un esfuerzo más serio, y menos precisamente en el terreno de la música de ópera; allí se ahoga brutalmente toda aspiración más elevada, y no se ha enseñado al pueblo otra cosa que la haraganería. Así ha pasado su juventud inconsciente, y así ha crecido á merced de esa tendencia, obligado á buscar en torno suyo lo más indispensable para vivir. Cuando llegó con el tiempo á una situación mejor, era demasiado tarde; hubiese tenido que hacer esfuerzos excesivos para una edad avanzada. Espíritus más elevados debían juzgarlo, pues, con indulgencia. El, no pretendía figurar, por su parte, en el número de los héroes; pero lo único que no podría mirar con indiferencia, sería merecer tan poca estima que se le incluyese entre los necios amigos de burlarse de las aspiraciones serias. De ahí su protesta.»

Por esas palabras, así como por el modo jovial, pero benévolo y serio, de expresarse, me produjo la impresión del primer hombre verdaderamente grande y digno de veneración que había tropezado hasta entonces en el mundo artístico.

Aunque no volví á verlo después de esa visita, he conservado otros recuerdos acerca de él.

Compuse un prólogo para una traducción en prosa francesa de varios de mis poemas de ópera, é hice en él un resumen general de las ideas desenvueltas en mis diversos escritos sobre el arte, especialmente sobre las relaciones de la música con la poesía. Al tratar de juzgar la moderna música italiana de ópera, me guié sobre todo de aquellas confidencias y declaraciones tan características, fundadas en una experiencia enteramente personal, que en la citada entrevista me hizo Rossini. Esa parte de mi argumentación fué precisamente la que sirvió de pretexto á una agitación prolongada y alimentada hasta el día en la prensa musical de París. Supe que el anciano maestro se veía asediado sin tregua en su propia casa por referencias y representaciones sobre mis supuestos ataques contra él;

pero, á despecho de los deseos manifestados, no pudo decidírsele á pronunciarse contra mí. ¿Se creyó ofendido por las calumnias que le contaban diariamente? No he podido averiguarlo nunca. Algunos amigos me instaron á ir á ver á Rossini para darle informes precisos á propósito de esa agitación. Declaré no querer hacer nada que pudiese dar pábulo de nuevo á malas inteligencias; que si Rossini, entregado á su propio juicio, no veía claro en aquel asunto, no sería yo el que lograse exclarecérselo desde mi punto de vista. Después de la catástrofe que sufrió mi *Tannhauser* en París en la primavera de 1861, Listz, que llegó á esa capital poco después, y cuyas relaciones con Rossini eran frecuentes y amistosas, renovó las mismas instancias visitando á aquel viejo, que, á pesar de todas las obsesiones hostiles á mi persona, se había mantenido firme, profesándome una amistad nunca desmentida, disipando las últimas nubes que podían subsistir aún entre nosotros. Tampoco en aquel momento creí conveniente pretender allanar con demostraciones exteriores, dificultades que provenían de causas más profundas, y temí, como antes, dar motivo á falsas interpretaciones. Después de la marcha de Listz, Rossini me envió desde Passy, por intermedio de uno de sus íntimos, las partituras de mi amigo que habían quedado en su casa, y me mandó á decir que de buena gana me las hubiese llevado él personalmente, si el mal estado de su salud no lo tuviese encadenado á la casa en aquel momento. Aun entonces insistí en mis resoluciones precedentes. Salí de París sin haber tratado de ver á Rossini, resignándome á soportar mis propias reconvenciones sobre la conducta, tan delicada de apreciar, que seguía con aquel hombre á quien honraba sinceramente.

Más tarde supe que un periódico musical de Alemania *(Signale für Musik)* había publicado en la misma época la reseña de una última visita que se suponía hecha por mí á Rossini, después de la caída de mi *Tannhauser*, como un tardío «yo pecador». En esa reseña se atribuía también al anciano maestro una réplica mordaz; decíase que, al declarar yo que no tenía intención ninguna de destruir todas las grandezas del pasado, Rossini respondió sonriendo:—«Sí, querido señor Wagner, suponiendo que pudiese V. hacerlo.»

A la verdad, no podía yo hacerme la ilusión de que el mismo Rossini desmintiese esa nueva anécdota, porque, después de la lección recibida, se tenía la pre-

caución de que las historietas de esa índole no llegasen á su conocimiento; á pesar de todo, no me creí más obligado que antes á salir á la palestra en favor del ofendido, que á mis ojos era evidentemente Rossini. Pero es el caso que, desde el día de su muerte, por todas partes se manifiestan disposiciones á publicar reseñas biográficas del maestro; y veo con pena que se cede ante todo á la comezón de hacer efecto, refiriendo historietas de diversos orígenes, contra las cuales no puede protestar el difunto; ahora, pues, no hallo mejor manera de demostrar mi respeto sincero hacia el maestro, que hacer pública mi experiencia personal sobre el crédito que merecen las anécdotas que se le atribuyen, y contribuir á la justa apreciación histórica de esos relatos.

Rossini, que desde hace mucho tiempo no pertenecía más que á la vida privada, y que parece haberse conducido en ella con la indulgencia indiferente del excéptico jovial, no podría pasar á la historia en peor situación que marcado, por una parte, con el sello de un héroe del arte, y rebajado, por la otra, al papel de un frívolo gracioso. También sería grave falta buscarle un puesto intermediario entre esos dos extremos á la manera de la crítica que ahora presume de *imparcial*. Rossini no será juzgado en su justo valor, sino cuando se acometa inteligentemente una historia de la civilización de nuestro siglo desde su comienzo hasta nuestros días; en ese trabajo, en vez de ceder á la tendencia tan en boga que atribuye á la civilización de esta centuria un progreso universalmente floreciente, deberíase al fin no perder de vista la decadencia real de una civilización anterior de delicado espíritu; si se marcase exactamente ese carácter, no cabe duda de que se asignaría á Rossini con la misma exactitud el verdadero puesto que le corresponde y debe ocupar. Y el puesto no sería en modo alguno despreciable, porque Rossini pertenece á su tiempo en la misma proporción en que pertenecieron al suyo Palestrina, Bach y Mozart: si la época en que vivieron estos maestros fué una época de esfuerzos llenos de esperanza, y considerada en su plenitud original, una época de renovación, la de Rossini debería juzgarse probablemente según los propios dichos del maestro, esos dichos con que favorecía, merced á una recíproca confianza, á los que creía serios y sinceros, pero de que se retractaba, por lo visto, en cuanto se veía espiado por los aduladores y gorrones que lo rodeaban.

Entonces, y sólo entonces, se

apreciaría á Rossini en su justo valor, y se le juzgaría según su propio mérito; lo que faltase á ese mérito en punto á perfecta nobleza, no se imputaría seguramente ni á sus talentos ni á su conciencia artística, sino á su público y al medio en que vivió, las dos causas precisamente que le hicieron difícil elevarse sobre su tiempo y participar de la grandeza de los verdaderos héroes del arte. Hasta que se encuentre un historiador autorizado para esa empresa, no estaría de sobra prestar alguna atención á los documentos que contribuyen á rectificar tantos chistes, es decir, tanto lodo como á guisa de flores se arroja hoy en la tumba abierta del difunto maestro.

HISTORIA DE UNA SINFONÍA

(CARTA AL EDITOR FRITZSCH)

Venecia, San Silvestre, víspera de Año Nuevo, 1882.

En reconocimiento de sus buenos oficios, escuche hoy este relato, misterioso de todas veras.

Durante la última Navidad, celebré en Venecia el jubileo de la primera ejecución de una sinfonía mía, realizada hace medio siglo; esa sinfonía, escrita á los diez y nueve años por *mi propia mano,* se ejecutó entonces con una partitura de *otra mano que la mía,* por una orquesta compuesta de profesores y de alumnos del liceo San Marcello, bajo mi dirección y en celebridad del cumpleaños de mi mujer.

Insisto en el hecho de que la partitura no estaba escrita por mi mano. Enlázase con esto una historia que transporta el asunto á las regiones del misterio... Así no será conocida más que de V.

Y ante todo, permítame exponer los hechos históricos.

En la era cristiana de Leipzig (¿hay alguno de mis conciudadanos que guarde memoria de todo

esto?), lo que se llama el *Gewandhaus-Concert* era accesible hasta á los *debutantes* de mi *tendencia*. La admisión de obras nuevas dependía entonces de un digno anciano, el consejero áulico Rochlitz, que presidía la junta y hacía las cosas con mucha conciencia y escrupulosidad. Habiéndole sido presentada mi sinfonía, tuve que ir á ofrecerle mis respetos.

Cuando aparecí en persona, aquel hombre imponente se ajustó los anteojos y exclamó:—«¡Cómo! ¿Pero es V. un jovenzuelo? ¡Yo me esperaba un compositor de mucha más edad, á juzgar por su gran experiencia!»—Las cosas marchaban á maravilla: la sinfonía fué aceptada; pero se expresó el deseo de que antes la interpretase la *Euterpe* á guisa de ensayo.

Nada más fácil: yo estaba en buenas relaciones con esa orquesta de orden inferior, que había ejecutado ya una *overtura* mía en la antigua *Schutzenhaus*, fuera de la Puerta Pedro. En aquella época, sin embargo (Navidad de 1832), esos músicos habían trasladado sus cuarteles á la *Casa de los sastres*, cerca de la Puerta Tomás—pormenores que pongo á disposición de nuestros traficantes en chistes baratos.—Recuerdo que nos vimos en buenos apuros con la iluminación defectuosa de la sala; pero, en fin, nos las compusimos de modo que se viese lo suficiente para degollar mi sinfonía después de un ensayo, y de un ensayo que debía servir para el programa de un concierto entero.

Por mi parte, no disfruté gran cosa con mi obra, porque me parecía que no *sonaba* bien. ¡Pero ved la ventaja de tener fe! Enrique Laube, que disfrutaba entonces en Leipzig de la reputación de literato distinguido, y que era indiferente en absoluto á la manera como *sonaba* una obra, me había tomado bajo su protección; alabó calorosamente la sinfonía en su *Gaceta del gran mundo*, y ocho días después mi querida madre vió ascender mi obra desde la *Casa de los sastres* al *Gewandhaus*, donde se ejecutó una vez en circunstancias semejantes á las ya descritas. Por aquellos días recibí en Leipzig testimonios de benevolencia; gracias al ligero asombro que excitó mi obra y á la aprobación que mereció, pude encontrarme á mis anchas durante algún tiempo.

Ese buen tiempo no fué eterno, y más tarde las cosas tomaron otro giro. Me dediqué á la ópera; en el *Gewandhaus* comenzó algunos años después con la dirección de Mendelssohn una situación nueva menos cómoda y grata. Maravillado de los talentos del joven maestro, traté de acercarme á él durante la

estancia que hice entonces en Leipzig (1834 ó 1835). En aquella ocasión no sé que singular sentimiento me indujo á presentarle ó más bien á imponerle el manuscrito de mi sinfonía, rogándole, no que lo examinara, sino simplemente que lo conservase. «Después de todo—pensé—quizá le eche la vista y me diga algo.» Nada de eso. Pasaron los años, y las vicisitudes de mi profesión me aproximaron frecuentemente á Mendelssohn; nos encontramos, comimos juntos en Leipzig una vez, leimos música: él asistió en Berlín al estreno de *El Holandés errante*, y opinó que no había sido un *pastel* completo, y que podía estar satisfecho del éxito; con motivo de una representación del *Tannhauser* en Dresde declaró que le agradaba mucho una entrada en forma de *canon* en el adagio del segundo final; pero en cuanto á la sinfonía y al manuscrito, jamás dijo una palabra; por supuesto, era lo bastante para que yo no me informase de su destino.

Pasó el tiempo. Hacía ya mucho que había dejado de existir mi célebre y discreto protector, cuando algunos amigos míos tuvieron la idea de buscar esa sinfonía. Uno de ellos conocía al hijo de Mendelssohn, y se dirigió á él como heredero del maestro; pero este y otros pasos fueron estériles: el manuscrito se había perdido, ó por lo menos no se veían rastros de él.

Al fin, un antiguo amigo me participó desde Dresde que se había encontrado allí una maleta llena de música; la había olvidado yo durante mis días azarosos. Entre esa música se descubrieron las partes de orquesta de mi sinfonía, copiadas á mis expensas por un copista de Praga. Esas partes volvieron á mi poder, y mi joven amigo Antonio Seidl se sirvió de ellas para componer una nueva partitura.

Al leer entonces esa partitura después de medio siglo, debía volver á pensar en la desaparición del manuscrito, y en los motivos de tal desaparición, probablemente los más naturales del mundo. Pero como sabía muy bien que la recuperación del manuscrito no podía tener más importancia que la de satisfacer una afectuosa costumbre doméstica, decidí dejar oír una vez más mi obra, aunque sólo en la intimidad familiar.

El proyecto acaba de cumplirse en Venecia hace algunos días de la manera más feliz, y puedo manifestarle en algunas palabras las impresiones que entonces experimenté.

Permítame afirmar ante todo que me satisfizo mucho la interpretación de la orquesta del Liceo; ese resultado se debía sin duda al suficiente número de ensayos (cosa que se me

negó en otro tiempo en Leipzig). Las dotes naturales de los músicos italianos para el acento y la expresión podrían desenvolverse excelentemente, si el gusto italiano quisiese interesarse por la música instrumental alemana.

Mi sinfonía pareció agradar de veras. A mí me interesaba bajo el punto de vista de la dirección típica seguida por todo genio *musical* en su camino hacia la verdadera independencia. Por lo que hace á los grandes poetas (Goëthe y Schiller, por ejemplo) sabemos que las obras de su juventud permiten prever con gran claridad el carácter dominante de toda su vida de producción: *Werther, Gœtz de Berlichingen*, *Egmont* y *Fausto* fueron escritos, ó por lo menos, claramente concebidos por Goëthe al comienzo mismo de su carrera. No acontece lo propio con los músicos. ¿Quién adivinaría en sus primeras obras al verdadero Mozart, al legítimo Beethoven, con tanta certidumbre como reconocería al Goëthe completo ó al verdadero Schiller en las producciones de su juventud, que causaron una impresión universal?

No me propongo entrar en una discusión profunda sobre la diferencia extraordinaria entre el poeta, que contempla el mundo, y el músico que saca emociones de él. Séame lícito, sin embargo, establecer la siguiente distinción: la música es un arte esencialmente *artificial*, cuyas reglas hay que aprender, y donde no se llega al magisterio (es decir, á poder expresarse de una manera original y personal) sino aprendiendo una nueva lengua; mientras que el poeta puede expresar en su lengua materna desde el primer momento lo que hiere realmente su vista. El músico joven, después de haber batallado durante un tiempo suficiente con lo que se ha convenido en llamar la producción melódica, acaba por advertir con gran confusión suya que no ha hecho más que tartamudear las obras de sus modelos preferidos; suspira por la independencia, y su libertad data del día en que se hace perfectamente dueño de la forma. Así, el *melodista* anticipado se hace *contrapuntista;* no se cuida ya de *melodías* sino sólo de *temas* y de la manera de tratarlos; se deleita en los *strettos* de fuga, en la combinación de dos ó tres motivos; hace orgías de contrapunto, agota todos los artificios imaginables. Todos los progresos realizados por mí en ese sentido (aunque sin renunciar á mis grandes modelos sinfónicos, Mozart, y sobre todo Beethoven), fueron los que asombraron al excelente Rochlitz cuando descubrió que el autor de la sinfonía era un joven de diez y nueve años.

En cuanto á mí, la resurrección de esa obra precoz me hizo pensar detenidamente en los verdaderos motivos por los cuales dejé de escribir sinfonías. La audición debía sorprender á mi mujer, y yo creí que valía más quitarle de antemano toda esperanza de encontrar ninguna huella de sentimiento en mi obra; si la producción llevaba alguna marca de Ricardo Wagner, sería á lo sumo la confianza ilimitada en sí mismo, que desde aquella época le impedía dudar de nada, y lo ponía completamente al abrigo de esa mezquina humildad, cuyo omnipotente influjo no tardó en nacer y desenvolverse entre los alemanes. Fundábase esa confianza, no sólo en mi seguridad como contrapuntista (cualidad que después me fué discutida más que ninguna otra por un músico de la corte en Munich, por Strauss) sino también en una gran ventaja que llevaba á Beethoven. En efecto; aunque deteniéndome en el punto de vista de su segunda sinfonía, yo estaba entonces completamente familiarizado con la *Heroica* y las en *do menor* y *la mayor*, obras de que el maestro no tenía ninguna idea, ó por lo menos, no tenía sino una idea muy vaga, cuando escribió su segunda sinfonía.

A despecho de temas principales, muy apropiados para el contrapunto, pero muy poco expresivos se aplaudió mi sinfonía como *obra de un joven*, designación á que yo debo añadir desgraciadamente el epíteto de *anticuada*...

Aunque sin este motivo jamás hubiese visto la luz seguramente sin el andante de la sinfonía en *do menor* y sin el *allegretto* de la sinfonía en *la mayor* de Beethoven me agradaba tanto en aquella época, que con motivo de la celebridad del Año Nuevo en Magdeburgo, me serví de él para dar un adiós melancólico al año transcurrido. Permítame utilizarlo *hoy* para el mismo objeto, despidiéndome de V.,

RICARDO WAGNER.»

Carta á M. G. Monod (1)

Sorrento, 25 de Octubre de 1876.

Mi muy estimado amigo: Hubiese debido responder antes á V.; pero no quería hacerlo deprisa, y esperaba tener un poco de tranquilidad. Esa tranquilidad hubiera debido encontrarla aquí, en Sorrento; mas no puedo disfrutar de ella sino á condición de olvidar las fatigas del último estío, y, para manifestarle la verdadera impresión que me ha causado su carta, hubiese tenido que pensar en la obra y en los acontecimientos que le movieron á escribir esa epístola.

Sin embargo, quizá el mejor modo de olvidar la representación del *Nibelungo* sea hablar á V. de una cuestión presentada bajo los más falsos colores en los artículos escritos sobre mi obra. Tengo tanto más interés en rectificar esos errores, cuanto que han alterado frecuentemente mis relaciones amistosas con diversos representantes de la nación francesa, algunos de ellos muy queridos para mí.

Veo que mis amigos franceses se consideran obligados de continuo á dar toda clase de explicaciones y excusas por las invectivas que se me atribuyen contra la nación francesa. Si fuese cierto que en cualquier época y bajo la impresión de sucesos desagradables, hubiese llegado á insultar al pueblo francés, sufriría las consecuencias sin preocuparme, toda vez que no tengo intención de hacer ninguna cosa en Francia. Pero sucede lo contrario. Los que quieran conocer mi pensamiento sobre el público parisiense que contribuyó al fracaso del *Tannhauser* en la Gran Opera, no tienen sino leer la reseña que hice poco después de ese episodio, y que se ha reproducido en el séptimo volumen de mis obras completas. Los que lean las páginas 189 y 190 de ese volumen (1) se convencerán

(1) En respuesta á otra de M. Monod, director de la *Revista histórica*, participándole su admiración por los *Nibelungos* y su sentimiento de que el público francés no pudiese juzgar desapasionadamente sus obras, por figurar entre ellas *La Capitulación*, alusiva al sitio de París.—(N. del T.)

(1) Véase la *Carta sobre el Tannhauser*, páginas 197 á 233.—(N. del T.)

de que, si he atacado á los franceses, no ha sido por mal humor contra el público de París. Pero ¿qué quiere V.? Todo el mundo cree las falsas interpretaciones con que extravían la opinión pública periodistas de mala fe; muy pocos van á la fuente para rectificar sus juicios.

Note V. que todo lo que he escrito sobre el espíritu francés lo he escrito en alemán, exclusivamente para los alemanes: es, pues, manifiesto que no he tenido intención de ofender ni provocar á los franceses, sino sólo de apartar á mis compatriotas de la imitación de Francia, de invitarlos á permanecer fieles á su propio genio, si quieren hacer alguna cosa buena.

Una vez sola, en el prólogo de la traducción de mis cuatro óperas principales, me he explicado en francés sobre las relaciones de las naciones latinas con los alemanes, y sobre la diversa misión que en mi sentir corresponde á aquéllas y á éstos. Asignaba á los alemanes la misión de crear un arte ideal, á la vez que profundamente humano, bajo una nueva forma; pero no tenía la más mínima intención de rebajar por eso el genio de las naciones latinas, entre las cuales sólo Francia ha conservado hasta hoy la fuerza creadora. ¿No hay, pues, nadie que sepa leer atentamente? Más aún: ¿no hay en la prensa actual quien tenga bastante inteligencia y penetración para reconocer que en el escrito que más se ha censurado, compuesto en el peor momento de la guerra, en una disposición de espíritu de amarga ironía, mi principal objeto era ridiculizar el estado del teatro alemán? Recuerde V. la conclusión de aquella farsa. Los directores de los teatros alemanes se precipitan sobre París sitiado á fin de llevarse á sus teatros respectivos todas las novedades en punto á música y baile.

¿Podía explicarme contra todo antagonismo artístico entre Alemania y Francia de una manera más precisa y expresiva que en el alegre banquete á que mis amigos franceses me han invitado en Bayreuth? He reconocido á los franceses un arte admirable para dar á la vida y al pensamiento, formas precisas y elegantes; he dicho, al contrario, que los alemanes me parecen torpes é impotentes cuando buscan esa perfección de la forma. Yo quisiera que cuando los franceses tratan de entrar en relaciones con las naciones extranjeras para renovar sus concepciones intelectuales, y huir del agotamiento y la esterilidad, y sobre todo cuando recurren á Alemania, quisiera, digo, que los alemanes pudiesen ofrecerles, no una caricatura de la civilización francesa, sino el tipo puro de una civili-

zación verdaderamente original y alemana. Combatir desde este punto de vista la influencia del espíritu francés sobre los alemanes no es combatir el espíritu francés, sino poner de relieve lo que encierra de contradictorio con las cualidades propias del espíritu alemán, y cuya imitación sería funesta para esas cualidades nacionales.

¿Cuál es el defecto que más vivamente censuran á los compatriotas de V. los franceses más cultos y de un espíritu más libre? Es la ignorancia de lo extranjero y el menosprecio consiguiente por todo lo que no es francés. De ahí esa vanidad y esa arrogancia aparentes de la nación que debían ser castigadas en un momento dado. Pues yo añado que hay que disculpar ese defecto de los franceses, toda vez que en sus vecinos más próximos, los alemanes, no encuentran nada que pueda invitarlos á estudiar una civilización distinta de la suya. Todo lo que es exteriormente visible en la cultura alemana, lleva el sello de una tosquedad bárbara ó de una servil imitación de Francia. ¡Y qué desdichada es esa imitación! ¡Qué ridícula debe parecer á los franceses esa caricatura de todas las cosas francesas! Nosotros nos servimos de palabras francesas que ningún francés comprende, mientras que hay en la lengua alemana voces que no conoce ningún escritor á la moda del día; porque, así como en aquellos galicismos tergiversan el idioma francés, así también desnaturalizan el propio, merced á esa costumbre de emplear términos que no entienden. Y lo que ocurre con la lengua, acaece asimismo con todas las demás manifestaciones de la vida intelectual y social. El que ve palmariamente ese deplorable estado de cosas, el que ha sufrido largo tiempo sus consecuencias y ha adquirido cada día una conciencia más clara de él, como yo, ése llega á desesperar al cabo de ver nacer nunca una forma de espíritu verdaderamente alemana y original; hoy en ninguna parte la descubre, y está tentado á creer que lo que ha anhelado tanto tiempo no es más que una ficción de su fantasía.

Pero lo importante para mí en mi experiencia reciente, es que la esperanza de que pudiese realizarse esa ficción me la han inspirado los extranjeros. Los ingleses y los franceses han juzgado mis representaciones de Bayreuth, para volver á ellas al fin con más inteligencia que la mayor parte de la prensa alemana. Creo que esa grata sorpresa es debida á que los ingleses y los franceses cultos, están preparados por su propio desarrollo para comprender lo que hay de original y de individual en una obra que les era ex-

traña hasta aquí. Usted mismo me lo prueba del modo más concluyente. Usted buscaba y esperaba algo distinto del espíritu francés, algo original, individual; lo ha comparado con lo que poseía en sí propio, y se ha enriquecido asimilándoselo. ¡Cuán recompensado me creeré con la convicción de que V. ha comprendido á fondo mi obra y mis esfuerzos! ¿Qué hubiera podido ofrecer á V., al contrario, si allá en París me hubiese doblegado en otro tiempo á las exigencias de la ópera francesa, asegurándome un puesto y quizá un éxito semejantes á los de algún otro músico alemán? Estoy seguro de que no hubiese podido escribir una sola ópera enteramente conforme al modelo parisiense. Así es que me considero dichoso por haber podido saludarle en mi modesto Bayreuth. Aquí he conseguido darle á conocer algo nuevo, que no hubiese podido ofrecerle en París.

Tan gratos resultados, por raros que sean, constituyen y constituirán mi recompensa única; un éxito mayor, un movimiento más grande en la misma Alemania, no lo espero ya. He permanecido más lejos de la esfera en que se encierra el movimiento intelectual de la Alemania contemporánea, que de las regiones donde me encuentro con los espíritus serios del extranjero, tan diferentes de esta llamada cultura alemana. Esa es quizá una prueba del carácter profundamente humano de mi arte, en que extranjeros y alemanes de poca penetración han pretendido no ver más que una tendencia extrechamente nacional.

Suyo afectísimo,

RICARDO WAGNER.

Carta al duque de Bagnera (1).

Villa de Angri, 22 de Abril de 1882.

Señor duque: Ayer mismo hubiese recibido usted las líneas que tengo el gusto y el deber de dirigirle, expresándole mi gratitud, si no me hubiese creído obligado, por la confianza con que me honra V., á añadir á ellas la manifestación de un pensamiento serio sobre el sentido y la trascendencia que podrían tener para el arte dramático italiano los estudios musicales del Conservatorio de Nápoles. Ha surgido en mí ese pensamiento durante la audición de la opereta, en que ví manifestarse notables facultades, tanto de parte de los alumnos como del joven compositor. ¿Qué dirección—me preguntaba entonces—debería darse á disposiciones tan notorias? ¿Cómo prevenir su alteración al contacto con el amaneramiento teatral de nuestros días? ¿Cómo impedir, v. gr., que los cantantes se adelanten continuamente hacia el proscenio para declamar sus sentimientos al público? ¿Cómo hacer que un compositor joven tenga en cuenta su asunto, y no aplique efectos de óperas heroicas y trágicas á un idilio? ¿Cómo evitar sobre todo ese rebuscamiento del efecto por los medios más extraños al gran arte escénico? ¿Cómo inculcar, en fin, el sentimiento de la belleza de un modo imborrable en esas naturalezas jóvenes tan ricamente dotadas?

He buscado la respuesta á estas preguntas, sugeridas por la simpatía que me inspiraban todos los que tomaron parte en la ejecución, y puedo decir que la medito desde que abandoné el bello recinto donde he encontrado una acogida tan hospitalaria y lisonjera. Hé aquí ahora, señor Duque, lo que me dictan mis reflexiones.

Un estudio serio, profundo y constante de una obra de Mozart, como *Le Nozze di Figaro*, sería, en mi sentir, lo único capaz de poner á los alumnos de canto y de composición dramática en la vía que V. les hace seguir en la músi-

(1) Como presidente del Colegio de Música de Nápoles, y á consecuencia de la invitación que dirigió á Wagner para presenciar un ejercicio de los alumnos de aquel centro.—(Nota del traductor.)

ca vocal. De ese estudio resultarían naturalmente una declamación correcta, una enunciación pura de la melodía y un conocimiento exacto de los medios de instrumentación y de la oportunidad de su aplicación respectiva; y si un día ofreciese el Conservatorio una buena representación de la obra maestra que acabo de citar, no sólo daría una lección á muchos teatros, sino que habría cumplido su misión, que consiste en prevenir á los alumnos contra la decadencia reinante, presentándoles los grandes ejemplos y haciéndoles cooperadores de los grandes maestros mediante la interpretación viva de sus creaciones.

Alumnos que conociesen exclusivamente obras del orden de la que acabo de nombrar, no podrían adquirir ninguno de los resabios que tanto abundan en los teatros, como ese olvido; v. gr., de lo que pasa en la escena para ocuparse del público y atraer sus aclamaciones mediante una cadencia final á grito herido. En cuanto á la trajedia, recomendaría, para empezar, las dos *Ifigenias* de Gluck, y para concluir, *La Vestal* de Spontini. Una vez bien estudiadas y conocidas esas obras, una vez analizadas sus cualidades y apreciado verdaderamente su mérito, el alumno se ejercitará por sí mismo, y V. estará seguro entonces de no verlo caer en las exajeraciones y el amaneramiento que deshonran nuestra escena dramática presente, y son causa de que no conozcamos más que de oídas á los grandes cantantes que fueron en otro tiempo la gloria del teatro italiano. En el arte, como en la vida, hay buenas y malas compañías, y es deber de padres y maestros velar porque los jóvenes no tengan más que buenas compañías hasta que se hallen en situación de distinguir lo verdadero de lo falso, hasta que, armados de piés á cabeza, sean invulnerables á los tiros del efecto. Poco importa que frecuenten después lo que yo llamo la bohemia musical, porque, una vez que sean capaces de juzgarla y de clasificar sus productos, ganarán con su contacto el saber distinguir claramente lo que seduce al vulgo de lo que es bueno.

Es verdaderamente digno del Conservatorio de Nápoles, de sus altas tradiciones y de la distinción de sus actuales miembros dar el ejemplo de una estricta conciencia y presentar al público italiano, por intermedio de sus alumnos, no lo que acostumbra á encontrar en el teatro, sino precisamente lo que ya no encuentra allí: ¡el estilo! Yo he aplaudido ese ejemplo en el dominio de la música vocal y de la música *di camera*. Sobre todo, el coro del maestro flamenco, tan intere-

sante y tan perfectamente ejecutado, y la pieza de Corelli, tan bien comprendida y tan bien interpretada, me animan á aconsejar á usted que aplique á la enseñanza de la música dramática el método que ya ha dado frutos y de que he podido juzgar, gracias á la benevolencia de que he sido objeto.

Me ha parecido, señor Duque, que sólo una exposición seria de mis opiniones estaría á la altura del recibimiento con que ha tenido V. á bien honrarme. El señor bibliotecario y los señores profesores del Conservatorio, verán en estas líneas, si V. se digna comunicárselas, el valor que concedo á la acogida que se me ha dispensado y la profunda impresión que conservo de mi visita. En cuanto á los alumnos, también encontrarán el testimonio de los sentimientos que me inspiran á cambio de la calorosa simpatía que me atestiguaron.

Dígnese, pues, señor Duque, hacerse intérprete de todos estos sentimientos, y de aceptar, por su parte, con la reiteración de mi más viva gratitud, la seguridad de mi profunda y sincera estimación.

Ricardo Wagner.

LA PARTIDA DE BILLAR

Los soldados están rendidos de cansancio: como que llevan batiéndose dos días y han pasado la noche con la mochila á cuestas bajo una lluvia torrencial. Y eso no obstante, van ya tres horas que se les deja consumirse «en su lugar descansen», metidos dentro de los charcos en las carreteras, dentro de los barrizales en los campos empapados.

Sin fuerzas por la fatiga, y por las malas noches anteriores y con los uniformes chorreando agua, arrímanse unos contra otros para calentarse, para sostenerse. Los hay que duermen de pie, apoyados en la mochila de un vecino; y en esos rostros inmóviles, con el abandono del sueño, es donde mejor se ven la laxitud y las privaciones. La lluvia, el fango, la falta de fuego, la falta de rancho, el cielo cerrado y oscuro, el enemigo á quien se siente en derredor. Esto es lúgubre...

¿Qué hacen allí? ¿Qué pasa?

Los cañones, con la boca apuntando hacia la selva, tienen el aspecto de acechar á alguna cosa. Las ametralladoras emboscadas miran con fijeza al horizonte. Todo parece dispuesto para un combate. ¿Por qué no se ataca? ¿A qué se espera?...

Se esperan órdenes, y el Cuartel general no las envía.

Sin embargo, no está lejos el Cuartel general. Es ese hermoso castillo, estilo Luis XIII, cuyos rojos ladrillos, lavados por la lluvia, relucen á media ladera entre los matorrales.

Morada propiamente de príncipes, muy digna de engalanarse con el pabellón de seda de un mariscal de Francia. Detrás de un gran foso

y una rampa de piedra que los separan del camino, suben los prados artificiales, lisos, verdes y festoneados por macetas de flores, en derechura hasta la escalinata de ingreso. Al otro lado, hacia las habitaciones de confianza, las alamedas forman calles de árboles luminosas; el estanque donde nadan los cisnes aparece como un espejo; y bajo la techumbre, como de pagoda, de una inmensa pajarera, aletean y hacen la rueda los faisanes dorados y los pavos reales lanzando agudos gritos entre el follaje. Aun cuando los dueños están ausentes, no se nota allí el abandono, ese gran «dejadlo todo» de la guerra. El oriflama del jefe del ejército ha preservado hasta las menores florecillas de los prados artificiales; hay algo de extrañeza al encontrar tan cerca del campo de batalla esa tranquilidad opulenta originada en el orden de las cosas, la correcta alineación de las masas arbóreas, la profundidad silenciosa de los paseos.

La lluvia, que amontona allá abajo tan sucio barro en los caminos y excava roderas tan profundas, aquí no es más que un chaparrón elegante, aristocrático, que aviva el rojo de los ladrillos y el verde de las praderas, que da lustre á las hojas de los naranjos y á las blancas plumas de los cisnes. Todo reluce, todo está apacible. Verdaderamente, sin la bandera que flota en la crestería de la techumbre, sin los dos centinelas que hay de guardia ante la verja, nadie pensaría que estaba en el Cuartel general. Los caballos descansan en las cuadras. Acá y allá se encuentran asistentes y ordenanzas con traje de cuartel dando vueltas por los alrededores de las cocinas, ó algún jardinero con pantalón encarnado, paseando tranquilamente su rastrillo sobre la arena de las grandes calles de árboles.

El comedor, cuyas ventanas dan á la escalinata, permite ver una mesa á medio levantar, botellas destapadas, vasos llenos y vacíos sobre el mantel arrugado, todo un final de banquete después de irse los comensales. En la estancia inmediata óyense voces altas, risas, bolas de marfil que ruedan, copas de cristal que chocan entre sí. El Mariscal está ocupado en jugar su partidita, y he ahí porque espera sus órdenes el ejército. Cuando el Mariscal ha comenzado la partida, ya puede hundirse el firmamento, nada en el mundo podría impedirle que la concluya.

¡El billar! Es el flaco de ese guerrero. Vedlo, serio como en la batalla, de gran uniforme, con el pecho cubierto de placas, la mirada brillante, los pómulos encendidos, con la animación que

dan la comida, el juego, los *grogs*. Rodeándole sus ayudantes, serviciales, respetuosos, pasmándose de admiración á cada uno de sus tacazos. Cuando el Mariscal hace un tanto, se precipitan todos hacia el contador; cuando el Mariscal tiene sed, todos quieren prepararle el *grog*. ¡Es una de tropezarse charreteras y plumeros, un entrechocamiento ruidoso de cruces y cordones! Esto, y el ver todas esas lindas sonrisas, esas finas reverencias de cortesanos, tantos galones bordados y uniformes nuevos, en aquel salón alto con maderaje de roble en las paredes, con vistas á grandes jardines y patios de honor, todo esto recuerda los otoños de Compiegne y distrae reposadamente de la vista de los capotes sucios que se aburren allá abajo á lo largo de los caminos, y forman grupos tan sombríos bajo la lluvia.

El compañero de partida del Mariscal es un capitán de Estado Mayor, encorsetado, con el pelito rizo, con guantes claros, de primera fuerza en el billar y capaz de vencer á todos los mariscales de la tierra; pero que sabe mantenerse á una respetuosa distancia de su jefe y pone todo su empeño en no ganar, cuidándose de no perder con excesiva facilidad tampoco. Es lo que se llama un oficial de porvenir...

Atención joven, fijarse bien: el Mariscal tiene quince tantos y V. tiene diez. Se trata de ir llevando así la partida hasta concluirla; y esto servirá más para los ascensos de V. que si estuviese ahí fuera con los otros, bajo esos torrentes de agua que anegan el horizonte, ocupado en manchar el bonito uniforme de V., en deslustrar el oro de sus cordones y esperar órdenes que nunca llegan.

Es una partida interesante de verdad. Corren las bolas, se rozan, cruzan sus colores. Las bandas devuelven bien la bola, el tapete se calienta... De pronto ilumina el cielo el fogonazo de un cañón. Un ruido sordo hace retemblar las vidrieras. Todo el mundo se extremece; miránse con inquietud. Por supuesto, el Mariscal es el único que no ha visto nada, ni oído nada: inclinado sobre la mesa de billar, está absorto preparando un retroceso. ¡Son su fuerte, los retrocesos!...

Ved: un nuevo fogonazo, luego otro. Los estampidos del cañón se suceden, se precipitan. Los ayudantes corren hacia las ventanas. ¿Será que los prusianos atacan?

—Pues bueno, que ataquen—dice el Mariscal dando tiza al taco...—Capitán, á V. le toca tirar.

El Estado Mayor tiembla de admiración. Turena, dormido sobre una cureña, no es nada junto á este

Mariscal delante de la mesa de billar en el momento del combate... Entre tanto redobla el estrépito. A los estampidos del cañón siguen los desgarramientos de las ametralladoras, los redobles del fuego por compañías. Al final de las praderas artificiales suben unos vapores rojos, con bordes negros. Todo el fondo del parque está abrasado. Los pavos reales y los faisanes despavoridos, claman en la pajarera; los caballos árabes, al oler la pólvora, se encabritan dentro de las cuadras. El Cuartel general comienza á conmoverse. Partes sobre partes. Los portapliegos llegan á rienda suelta. Piden que vaya el Mariscal.

No hay quien se acerque al Mariscal. ¡Cuando decía yo á ustedes que nada podría impedirle que acabase su mesa!

—«Capitán á V. le toca tirar».

Pero el capitán sufre distracciones. ¡Apesar de todo, lo que es el ser joven! Hétele que pierde la cabeza, olvida el juego y hace de un tirón dos series, que casi le dan ganada la partida. Esta vez el Mariscal se pone furioso. La sorpresa, la indignación, estallan en su rostro varonil. Precisamente entonces cae reventado en el patio un caballo á todo galope. Un ayudante, cubierto de barro, fuerza la consigna y sube de un salto la escalinata: ¡Mariscal, Mariscal!... Hay que ver cómo se le recibe... Hinchado de cólera y rojo como un gallo, el Mariscal aparece en la ventana, con su taco en la mano:

—¿Qué hay?... ¿Qué pasa?... ¿Es que no hay centinela aquí?

—Pero, Mariscal...

—Bueno... Enseguida... Que esperen mis órdenes, cara...

Y la ventana se vuelve á cerrar con violencia.

—¡Que esperen sus órdenes!

Eso es lo que hacen los infelices. El viento les arroja la lluvia y la metralla á rostro descubierto. Batallones enteros son aplastados mientras otros permanecen inútiles, arma al brazo, sin poder darse cuenta de su inacción. No se hace nada. Se esperan órdenes... Más como no hacen falta órdenes para morir, caen hombres á centenares tras de las malezas, dentro de los fosos, frente al gran castillo en silencio. Hasta caídos, aún los destroza la metralla; y por sus abiertas heridas corre sin ruido la sangre generosa de los soldados... Allí arriba, en la sala de billar, también se baten con calor, terriblemente: el Mariscal ha vuelto á avanzar; pero el capitán se defiende como un león...

¡Diez y siete! ¡Diez y ocho! ¡Diez y nueve!...

Apenas hay tiempo de marcar

los tantos. Se acerca el estruendo de la batalla. Al Mariscal no le falta ya más que uno para ganar. Empiezan á caer granadas en el jardín. Estalla una encima del estanque. El espejo se hiende; un cisne despavorido nada entre un remolino de plumas ensangrentadas. Es el último cañonazo.

Ahora, un gran silencio. Nada más que la lluvia que cae en los sotillos, un atronamiento confuso en la falda de la colina, y por los caminos empapados algo así como el pateo de un rebaño que marcha á escape... El ejército va en plena derrota.

El Mariscal ha ganado la partida.

Alfonso Daudet.

EL DANDISMO [1]

Y JORGE BRUMMELL

I

Es más difícil agradar á las gentes de sangre fría que conquistar el amor de algunas almas de fuego.
(*Tratado de la Princesa.*—Inédito.)

Los sentimientos tienen su destino, y hay uno para el cual todo el mundo es despiadado: la vanidad. Contra ella vienen clamando en sus libros los moralistas, incluso los que mejor han demostrado el amplio puesto que ocupa en nuestras almas. Los hombres de mundo, moralistas también á su manera, puesto que tienen que juzgar la vida veinte veces al día, han repetido la sentencia pronunciada por los libros contra ese sentimiento, que, á oirlos á ellos, parecería el último de todos.

Cabe deprimir las cosas, como se deprime á los hombres. ¿Será verdad que la vanidad es el último sentimiento en la jerarquía de los afectos del alma? Y si es el último, si está en su sitio, ¿por qué menospreciarlo?...

Pero, ¿es el último siquiera? ¿No estriba el valor de los sentimientos en su importancia social? Y enton-

(1) Escribimos *dandí*, porque esa es la forma en que el uso ha incorporado al vocabulario nacional la palabra inglesa *dandy* (llana). La voz pertenece á la categoría numerosa de las *adoptivas;* y es ley añeja, fundada en exigencias racionales, que tales voces se escriban á la usanza del país que las adopta. Las infracciones de esta ley, algo frecuentes por la anarquía que hoy campea en la ortografía patria, nada prueban contra su existencia y valor, y no han de ser parte para que nosotros la infrinjamos una vez más.

Dado el singular *dandí*, á nadie extrañe el plural *dandíes;* así lo quiere el idioma, y, por si no bastara, así escriben el suyo los ingleses.—(N. DEL T.)

ces, ¿qué puede haber, en el orden afectivo, más útil á las sociedades que ese inquieto anhelo de la aprobación agena, que esa inextinguible sed de los aplausos del público, que, en las cosas grandes, se llama *amor de la gloria*, y, en las pequeñas, *vanidad?* ¿Acaso el amor, la amistad, el orgullo? El amor en sus mil matices y en sus numerosas derivaciones, la amistad, el propio orgullo, implican cierta preferencia de alguna ó varias personas, ó de uno mismo, y esa preferencia es exclusiva. La vanidad mira á todo. Si á veces prefiere ciertas aprobaciones, su nota característica—y su mérito—es sufrir, cuando le falta una sola; no duerme pensando en esa rosa que se cierra. El amor dice al sér amado: «Tú eres mi universo,» la amistad: «Tú me bastas,» y á menudo: «Tú me consuelas.» Del orgullo no hay que hablar; es silencioso. Un hombre de brillante ingenio decía: «Es un rey solitario, ocioso y ciego; lleva en los ojos la diadema.» La vanidad tiene un universo menos estrecho que el del amor; lo que basta á la amistad, para ella no es suficiente. Es una reina también como el orgullo; pero una reina acompañada, ocupada y de vista penetrante, que lleva puesta la diadema donde la embellece más.

Procedía decir lo que antecede antes de hablar del dandismo, fruto de esa vanidad vituperada con exceso, y del gran vanidoso Jorge Brummell.

II

Cuando la vanidad está satisfecha y lo demuestra, se convierte en fatuidad. Es el nombre asaz impertinente que han inventado los hipócritas de la modestia — es decir, todo el mundo — por miedo á los sentimientos verdaderos. Así, sería un error creer, como se cree acaso, que la fatuidad no es más que vanidad demostrada en nuestras relaciones con las mujeres. No; hay fatuos de todas clases: los hay de nacimiento, de fortuna, de ambición, de ciencia. Tufière es uno; Turcaret, otro. Sólo que, como las mujeres ocupan tanto puesto en Francia, se ha dado el nombre de fatuidad singularmente á la vanidad de los que les agradan y se creen irresistibles. Pero esa fatuidad, común á todos los pueblos donde representa algo la mujer, no ha de confundirse con la que, bajo el nombre de *dandismo*, pugna hace algún tiempo por aclimatarse en París. La una es forma de la vanidad humana, universal; la otra, de una vanidad particular, particula-

rísima, de la vanidad inglesa. Por eso no es francesa la palabra *dandismo:* porque en la lengua de Voltaire tiene su nombre todo lo que es universal, humano; pero lo que no lo es sólo figura en su seno á título de importación.

El término será tan extraño siempre como lo que significa. Inútil es que queramos reflejar todos los colores: el camaleón no puede reflejar el blanco, y el blanco en los pueblos es la fuerza misma de su originalidad. Así poseyésemos en mayor escala todavía el poder de asimilación que nos distingue, este dón de Dios no triunfaría de ese otro dón, de ese otro poder — el poder de ser quien somos — que constituye la personalidad, la esencia de un pueblo. Pues bien: lo que produce el llamado dandismo es la fuerza de la originalidad inglesa impresa en la vanidad humana — *esa vanidad arraigada hasta en el corazón de los marmitones* — y contra la cual el menosprecio de Pascal no era más que una ciega insolencia. No hay medio de compartir tal cosa con los ingleses: es íntima, como su genio mismo. El remedo nunca será la semejanza. Puede copiarse un porte ó una actitud, como la forma de un frac; pero la comedia es fatigosa: es cruel y espantoso llevar una careta aun para las gentes maduras, que serían, en caso necesario, los Fiescos del dandismo; con mucha más razón para nuestros amables jóvenes. El tedio que estos últimos respiran é inspiran no les da más que un falso tinte de dandismo. Pueden poner cara de disgusto, si les place, y calzar guante blanco hasta el codo, pero el país de Richelieu no producirá un Brummell.

III

Esos dos fatuos célebres pueden parecerse por lo que toca á la vanidad universal, humana; pero los separa la fisiología entera de una raza y el genio entero de una sociedad. Pertenecía el uno á esta raza neuro-sanguínea de Francia, que llega hasta los últimos límites en la impetuosidad de sus transportes; descendía el otro de esos hombres del Norte, linfáticos y pálidos, fríos como el mar de que son hijos, pero irascibles, como él, y aficionados á calentar su sangre helada con la llama de los alcoholes *(high-spirits).* Aunque de opuesto temperamento, los dos tenían una gran dosis de vanidad, y la tomaron naturalmente por móvil de sus acciones. Por este lado, ambos desafían igualmente las censuras de los mo-

ralistas que condenan la vanidad, en vez de clasificarla y de absolverla. Despues de todo, ¿hay motivo para asombrarse de esta condenación, tratándose de un sentimiento oprimido desde hace mil ochocientos años bajo la idea cristiana del menosprecio del mundo, que aún reina al presente en los espíritus menos cristianos? Y, por otra parte, ¿no cobijan casi todas las gentes de talento, allá en el fondo de su sér, alguna preocupación ante la cual se postran humildes para hacer penitencia por el talento que poseen? Así se explica todo lo malo que no dejarán de decir de Brummell los hombres que se creen serios, porque no saben sonreir. Así se explican, más aún que por espíritu de partido, las crueldades de Chamfort contra Richelieu. Lo atacó con su espíritu incisivo, brillante y ponzoñoso, como con un estoque de cristal envenenado. En eso Chamfort, por ateo que fuese, sufrió el yugo de la idea cristiana, y, como vanidoso que era también, no supo perdonar al sentimiento, que á él le hacía sufrir, la ventura que á otros deparaba.

Porque Richelieu disfrutó, como Brummell—y aún más que Brummell—de todos los linajes de gloria y de placer que crea la opinión. Ambos, obedeciendo á los instintos de su vanidad (aprendamos á pronunciar sin horror esta palabra), como se obedece á los instintos de la ambición, del amor, etc., lograron pleno éxito; pero ahí acaba la analogía. No sólo diferían por su temperamento individual, sino que también reflejaban los contrastes de las sociedades á que pertenecieron. La de Richelieu había roto todos sus frenos, arrebatada por su sed insaciable de goces; la de Brummell tascaba los suyos aburrida. La del primero era disoluta; la del segundo hipócrita. En esa doble disposición radica ante todo la diferencia que existe entre la fatuidad de Richelieu y el dandismo de Brummell.

IV

Porque Brummell, en efecto, no fué más que un *dandi*. Richelieu, antes de ser un fatuo del género que su nombre representa, era un gran señor en medio de una aristocracia expirante. Era general en un país militar. Era bello en una época en que los sentidos rebelados compartían arrogantemente el imperio con el pensamiento, y en que las costumbres del tiempo no prohibían lo que agradaba. Haciendo

caso omiso de lo que llegó á ser Richelieu, se concibe todavía á Richelieu. Tenía de su parte todas las fuerzas de la vida. Pero suprimid el dandí: ¿qué queda de Brummel? No podía ser nada más, pero tampoco nada menos, que el mayor dandí de su tiempo y de todos los tiempos. Lo fué de una manera cabal, fiel, y casi podría decirse que ingenua, si no pareciera una osadía. En la masa confusa que llamamos cortesmente una sociedad, casi siempre sucede ó que el destino es superior á las facultades ó que las facultades son superiores al destino. En él, en Brummell—cosa rara— hubo acuerdo entre la naturaleza y el destino, entre el genio y la suerte. Más espiritual ó más apasionado era Sheridan; más gran poeta (porque Brummell lo fué) era lord Byron; más gran señor era lord Yormouth ó Byron mismo, todos los cuales, y tantos otros de esa época, famosos en todos los géneros de gloria, fueron dandíes, pero algo más. Brummell no tuvo ese algo, que, en los unos, era pasión ó genio, en los otros un alto nacimiento, una inmensa fortuna. Ganó con esa indigencia, porque, reducido á la exclusiva fuerza de las cualidades que lo distinguieron, se elevó á la categoría de una cosa: fué el dandismo personificado.

V

El dandismo es tan difícil de describir como de definir. Los espíritus que no ven las cosas sino por el lado más pequeño, se figuran que era sobre todo el arte de presentarse una dictadura audaz y afortunada en punto al vestir y á la elegancia exterior. Eso es también seguramente; pero es mucho más (1).

(1) Todo el mundo se engaña sobre el particular, ¡incluso los ingleses! ¿No se ha creído obligado últimamente Tomás Carlyle, el autor del *Sartor resartus*, á hablar del dandismo y de los dandíes en un libro que titula *Filosofía del traje (Philosophy of clothes)*? Peró Carlyle se ha limitado á dibujar un grabado de modas con el lápiz ébrio de Hogarth, y ha dicho: «¡He ahí el dandismo!», cuando no es su caricatura siquiera, porque la caricatura lo exajera todo sin suprimir nada: es la exajeración extrema de la realidad, y la realidad del dandismo es humana, social y espiritual... No es un vestido que anda sólo; al revés, lo que crea el dandismo es cierta manera de llevarlo. Se puede ser dandi con un traje de mala muerte. Lo fué, á no dudar, lord Spencer con un frac que no tenía ya más que un faldón. Verdad es que lo cortó, convirtiendo la prenda en lo que después ha llevado su nombre. Hasta ha habido un momento—¿se creerá?—en que los dandíes han tenido el capricho de las *prendas rapadas*. Era precisamente en tiempo de Brummell. Habían llegado á los límites de la impertinencia, y dieron en esa singularidad, que era tan *dandí* (no encuentro otro término más adecuado), de raspar los fraques antes de ponérselos, hasta reducirlos á una especie de encaje—una nube.—¡Querían ir envueltos en

El dandismo constituye toda una manera de ser, reflejada naturalmente en la apariencia material y visible. Es una manera de ser compuesta totalmente de matices, como siempre acaece en las sociedades muy viejas y muy civilizadas, donde llega á ser tan rara la comedia, y donde las conveniencias á duras penas triunfan del hastío. No hay ninguna parte donde el antagonismo entre las conveniencias y el aburrimiento que engendran se haga sentir más violentamente que en el fondo de las costumbres de la Gran Bretaña, en la sociedad de la Biblia y el derecho; y quizá de ese combate sin cuartel, perdurable, como el duelo de la Muerte y del Pecado en Milton, ha dimanado la originalidad profunda de esa sociedad puritana, que produce en el dominio de la ficción á Clarisa Harlowe, y en el de la realidad á lord Byron (1). El día en que se decida la victoria, es de pensar que la manera de ser llamada dandismo se modificará considerablemente, si aún existe, toda vez que procede de ese

---

su nube aquellos dioses! La operación era delicadísima y muy larga, y, para realizarla, se usaba un trozo de vidrio afilado. He ahí lo que se llama un verdadero hecho de dandismo. El traje no entra aquí para nada, ni apenas existe ya.

Otro hecho: Brummell llevaba guantes que se amoldaban á la mano como si hubiesen sido de muselina mojada. Pero el dandismo no consistía en la perfección de esos guantes que seguían el contorno de las uñas como la carne misma, sino en que hubiesen sido hechos por cuatro artistas especiales: uno para el dedo pulgar y tres para el resto (*).

Tomás Carlyle, que ha escrito otro libro titulado *Los héroes*, y que nos ha dado el Héroe Poeta, el Héroe Rey, el Héroe Hombre de letras, el Héroe Sacerdote, el Héroe Profeta y aun el Héroe Dios, hubiera podido darnos el Héroe de la elegancia ociosa—el Héroe Dandí;—pero lo ha olvidado. Con todo, lo que dice en el *Sartor resartus*, de los dandíes en general, á quienes cuelga el mote de *Secta (Dandiacal Sect)*, prueba de sobra que el Juan Pablo inglés, con su mirada embrollada de alemán, no hubiese visto nada de esos matices precisos y fríos que *fueron* Brummell. Habría hablado de él tan profundamente como esos historiadorzuelos franceses que han juzgado á Brummell, en Revistas de una ridícula gravedad, lo mismo que hubieran podido hacerlo los zapateros ó los sastres á quienes él no se dignase dar trabajo. ¡Dantans de tres al cuarto que han grabado su busto con el cortaplumas en la pasta de un jabón de Windsor que despreciaría cualquiera para el baño!—(N. del A.)

(*) Tengo tal deseo de ser claro y de que se me entienda que no temo incurrir en una ridiculez: pondré nota á una nota. El príncipe de Kaunitz, que, sin ser inglés (verdad es que era austriaco), se acerca mucho á los dandíes por su tranquilidad, su indiferencia, su *frivolidad majestuosa* y su feroz egoismo (decía arrogantemente: «*¡Yo no tengo un amigo!*» y ni la muerte ni la agonía de María Teresa le hicieron adelantar la hora de levantarse, ni abreviar un minuto el tiempo que dedicaba á su indescriptible arreglo personal); el príncipe de Kaunitz no era un dandí cuando se ponía un corsé de raso como la andaluza de Alfredo de Musset, pero lo era cuando, para dar á sus cabellos el *matiz preciso*, atravesaba una fila de salones cuyo tamaño y número había calculado, á fin de que los ayudas de cámara, provistos de sus correspondientes borlas, le fuesen echando polvos, *no más que mientras pasaba.*

(1) En punto á escritores produce también mujeres como miss Edgeworth, miss Aikin, etc. Véanse las Memorias de esta última sobre Isabel: estilo y opiniones de una pedante y una gazmoña sobre una gazmoña y una pedante.—(N. del A.)

estado de lucha sin fin entre las conveniencias y el enojo (1).

Así, una de las consecuencias del dandismo, uno de sus principales caracteres—ó, por mejor decir, su carácter más general—es producir siempre lo imprevisto, lo que no puede esperar en buena lógica el espíritu acostumbrado al yugo de las reglas. También lo produce la excentricidad—otro fruto del suelo inglés—pero de distinta manera, de un modo desenfrenado, salvaje, ciego, como revolución individual que es contra el orden establecido, y á veces contra la naturaleza—revolución rayana en la locura.—El dandismo, al contrario, se burla de la regla, y, sin embargo, la respeta todavía. Padece bajo su imperio, y se venga de ella en medio de su sumisión; reivindica sus propios fueros, cuando se sustrae á su influjo; alternativamente la domina y se ve dominado: ¡doble y mudable carácter! Para tal juego, la persona necesita tener á su servicio todas las flexibilidades que constituyen la gracia, al modo que los matices del prisma reunidos forman el ópalo.

He ahí lo que Brummell tenía. Poseía la gracia como el cielo la da y como á menudo la falsean las presiones sociales; pero, en fin, la poseía, viniendo á responder de esa suerte á la sed de capricho de las sociedades hastiadas y plegadas demasiado duramente bajo los estrechos rigores de las conveniencias. Era una prueba viviente de esta verdad que hay que repetir de continuo á los hombres formalistas: que si se cortan las alas á la fantasía, vuelven á crecer dobles de largas (1). Tenía esa rara y encantadora familiaridad que todo lo toca y no profana nada. Vivió de igual á igual con todas las potencias, con todas las eminencias de su época, elevándose á su nivel á favor de su desenvoltura. Donde habrían naufragado los más habiles él se salvaba. Su audacia era acierto. Podía tocar el hacha impunemente. Se ha dicho, no obstante, que ese hacha, cuyo filo desafió tantas veces, acabó por cortarlo; que interesó en su pérdida la vanidad de un dandí,

(1) Ocioso es insistir sobre el hastío que corroe el corazón de la sociedad inglesa, y que le da una triste superioridad, en lo que toca á corrupciones y suicidios, sobre las sociedades á quienes ese mal devora. El tedio moderno es hijo del análisis; pero á este tedio, que á todos nos domina, júntase en la sociedad inglesa, la más rica del mundo, el tedio romano, hijo de la saciedad, y que multiplicaría el número de los Tiberios en Caprea, si el promedio de las sociedades se compusiese de almas más viriles.—(N. DEL A.)

(1) Véase en los periódicos americanos el entusiasmo inspirado por miss Essler á los descendientes de los Puritanos de la vieja Inglaterra: ¡las piernas de una bailarina trastornando Cabezas Redondas!—(N. DEL A.)

como él, de un dandí real, de S. M. Jorge IV; pero tan grande había sido su imperio que lo habría recuperado, si hubiese querido.

VI

Su vida entera fué una influencia, es decir, una cosa que difícilmente puede contarse. Se siente mientras dura, y, cuando ya no existe, se pueden señalar sus resultados; pero, si esos resultados son de la misma naturaleza que la influencia que los creó y dejan de subsistir, se hace imposible la historia. Cabe encontrar á Herculano debajo de las cenizas; pero bastan algunos años para sepultar las costumbres de una sociedad mejor que todo el polvo de los volcanes. Las Memorias, historia de esas costumbres, no son por su parte más que aproximaciones (1). No reaparecerá, pues, á nuestros ojos, clara y circunstanciada, como sería preciso, ya que no viva, la sociedad inglesa del tiempo de Brummell, ni se podrá seguir, por consiguiente, en su accidentado curso y en toda su extensión, la acción del dandí sobre sus contemporáneos. El dicho de Byron de que deseaba ser Brummell mejor que Napoleón, parecerá siempre una afectación ridícula ó una ironía. El sentido verdadero de semejante frase se ha perdido.

Pero, en vez de insultar al autor de *Childe-Harold*, procuremos comprenderlo, cuando expresaba su audaz preferencia. Como poeta, como hombre de fantasía, podía apreciar y admiraba el imperio de Brummell sobre la fantasía de una sociedad hipócrita y cansada de su hipocresía. Era un caso de omnipotencia individual, que debía seducir á su genio caprichoso más que cualquier otra manifestación de omnipotencia.

VII

Apesar de todo, con expresiones semejantes á la de Byron se escribirá la historia de Brummell, y, como por una burla singular del destino, tales expresiones se encargan de hacerla indescifrable. No pudiendo justificarse la admiración con hechos que han perecido totalmente, porque eran efímeros de suyo, la autoridad del nombre más grande, el homenaje del genio más

(1) Y aun no siempre. ¿Qué son, por ejemplo, las *Memorias* de Wraxall? Y, sin embargo, ¿qué hombre hubo nunca en mejor situación para observar que ése?—(N. DEL A.)

fascinador, no servirán sino para aumentar la oscuridad del enigma. En efecto: lo que menos subsiste de toda sociedad, la parte de las costumbres que no deja restos, el aroma demasiado sutil para que se conserve, son las maneras, las intrasmisibles maneras (1) por las cuales fué Brummell un príncipe de su tiempo. Semejante al orador, á los grandes actores, á todos esos espíritus que hablan al cuerpo mediante el cuerpo, como Buffon decía, Brummell no tiene más que un nombre que brilla con misterioso reflejo en todas las Memorias de su época. Esas Memorias explican mal el puesto que allí ocupa, pero aunque no lo explican, se ve, y es cosa que vale la pena de meditarse. En cuanto al estudio detenido del retrato que falta por hacer, ningún hombre ha afrontado hasta aquí esa penosa lucha, ningún pensador ha procurado darsa cuenta seria y severamente de ese influjo que responde á una ley ó á la desviación de una ley—que es otra ley todavía.—Para ese empeño, los espíritus profundos no tenían bastante delicadeza, y los espíritus delicados no tenían bastante profundidad.

Con todo, varios han hecho el ensayo. En vida misma de Brummell, dos plumas célebres, pero cortadas con demasiada finura y mojadas en tinta de China demasiado perfumada, trazaron en un papel azulado, con cantos de plata, algunos rasgos fáciles al través de los cuales se ve á Brummell. Como vaporosidad espiritual y como perspicacia, las pinturas eran deliciosas. Es una la de *Pelham;* es otra la de *Granby*. Ambas son también, hasta cierto punto, la de Brummell, puesto que dogmatizan sobre el dandismo. Pero ¿tuvieron los autores la intención de retratar al dandí, si no en los hechos de su vida, por lo menos en la realidad de su sér y con la verosimilitud de la novela? El de *Pelham*, seguramente no. El de *Granby*, es más fácil creerlo: el retrato de Trebeck parece hecho en vista del original vivo: porque no se inventan aquellos matices extraños, reflejos en parte de la naturaleza, en parte de la sociedad, y se adivina que la presencia del modelo ha debido vivificar las pinceladas que los trazan.

Pero, aparte de la novela de Lister (donde sería más fácil encontrar á Brummell, que en el *Pelham* de Bulwer), no hay en Inglaterra ningún libro que presente al dandí tal como fué, y que explique con alguna claridad el poder del personaje. Recientemente, es cierto, un

(1) Las maneras son la fusión de los movimientos del espíritu y del cuerpo, y los movimientos no se pintan.—(N. del A.)

hombre distinguido (1) ha publicado dos volúmenes en que ha reunido, con una paciencia de ángel curioso, todos los hechos conocidos de la vida de Brummell. ¿Por qué tantos esfuerzos y tanta solicitud no han de haber conducido más que á una crónica timorata sin las revelaciones de la historia? La que falta precisamente es la explicación histórica de Brummell. Cuenta aún admiradores como el epigramático Cecil, curiosos como Mr. Jesse; enemigos... no se cita ninguno. Pero, entre los contemporáneos supervivientes, entre los pedantes de todas las edades—gentes honradas que tienen en el espíritu los dos brazos izquierdos que atribuía Rivarol á todas las inglesas—los hay que se indignan de buena fe contra el brillo asociado al nombre de Brummell: pobres mentecatos de una moralidad grave, reciben como un insulto esa gloria de la frivolidad. Lo único que aún no cuenta el gran dandí es su historiador, es decir, su juez—juez sin entusiasmo y sin odio—y cada día que transcurre es un óbice para que nazca. Ya hemos dicho por qué. Si no aparece, la gloria habrá sido para Brummell un espejo más. Vivo, lo reflejó en la brillante limpidez de su frágil superficie; muerto—al modo de los espejos, cuando ya no está delante la persona—nada conservará de su imagen.

(1) El capitán Jesse. Ha publicado dos abultados volúmenes en 8.° sobre Brummell; y, antes de publicarlos, puso á nuestra disposición, con la mayor galantería, los datos que poseía sobre el famoso dandí.—(N. DEL A.)

VIII

Como el dandismo no es invención de un hombre, sino consecuencia de cierto estado social que existía antes de Brummell, quizá convendría levantar acta de su aparición en la historia de las costumbres inglesas y precisar su origen. Todo induce á pensar que ese origen es francés. La gracia entró en Inglaterra, al tiempo de la restauración de Carlos II, del brazo con la corrupción, que se decía entonces su hermana. Y lo ha hecho creer á veces. Presentóse atacando con las armas del ridículo la gravedad terrible é imperturbable de los puritanos de Cromwell. Las costumbres, siempre hondas en Inglaterra—cualquiera que sea su tendencia, buena ó mala—exageraban la severidad. Para respirar, fuerza era sustraerse á su imperio, desabrochándose aquel apretado cinturón; y los cortesanos de Carlos II, que habían bebido en las copas de

champaña de Francia un loto que hacía olvidar los sombríos y religiosos hábitos de la patria, trazaron la tangente por donde cabía escaparse. Muchos se precipitaron por ella. «Los mismos discípulos aventajaron bien pronto á sus antiguos maestros, y, como ha dicho un escritor con graciosa exactitud (1), tenían tan buenos deseos de ser corrompidos, que los Rochester y los Shaftesbury saltaron un siglo por encima de las costumbres francesas del tiempo, y llegaron hasta la Regencia.» No hablamos de Buckingham, ni de Hamilton, ni del mismo Carlos II, ni de todos aquellos en quienes los recuerdos del destierro fueron más poderosos que las impresiones de la vuelta. Nos referimos más bien á los que, sin dejar de ser ingleses, se sintieron invadidos por la corriente extranjera, y abrieron el reinado de los *bellos*, como sir Jorge Hevett; como Wilson, muerto en duelo por Law, según se dice; como Fielding, cuya belleza atrajo las escépticas miradas del indiferente Carlos II, y que después de casarse con la famosa duquesa de Cleveland, renovó las escenas de Lauzun con la gran *Mademoiselle* (2). Como se ve, el nombre mismo que llevaron acusa la influencia francesa (1). Otro tanto pasaba con su gracia: no era bastante indígena, no se hallaba bastante fundida con esa originalidad del pueblo en cuyo seno nació Shakespeare, con esa fuerza íntima que más tarde debía penetrarla. No hay que fiarse en apariencias: los *bellos* no son los dandíes; los preceden. Verdad es que ya se agita el dandismo bajo esa superficie, pero no aparece aún; ha de surgir del fondo de la socieded inglesa. Fielding muere en 1712. Trás él, el coronel Edgeworth, alabado por Steel (otro *bello* en su juventud), continúa la cadena de oro de los *bellos*, que se cierra en Nash, para volver á abrirse en Brummell, pero entonces con la adición del dandismo.

Porque, si el dandismo nació antes, la época en que adquirió su desarrollo y su forma es el intervalo que media entre Fielding y Nash. En cuanto á su nombre (cuya raiz es quizá también francesa), no lo alcanzó hasta tarde. En Johnston no figura. Pero lo que significa existía, y existía, como es natural, en las personalidades más altas. En

---

(1) M. Amadeo Renée, en su introducción á las *Cartas de lord Chesterfield*, París, 1842.

(2) Designación antonomástica de la princesa Enriqueta de Borbón, prima hermana de Luis XIV.—Véase *Un precursor de los dandies* en el número de La España Moderna, correspondiente á Junio de 1890.—(N. del T.)

(1) Se llamaron en efecto, *beaus*, plural, con terminación inglesa, del adjetivo francés *beau*, bello.—(N. del T.)

efecto: como el valor de los hombres depende siempre de facultades que poseen, y el dandismo representa las que no tenían cabida en las costumbres, todo hombre superior debió teñirse, y se tiñó más ó menos, de dandismo. Sirvan de ejemplo Malborough, Chesterfield, Bolingbroke — Bolingbroke sobre todo, porque Chesterfield que nos ofrece en sus cartas el tratado del *Gentleman*, como Maquiavelo el del *Príncipe*, más que inventando la regla, describiendo la costumbre, se apega mucho aún á la opinión reinante; y Malborough, con su belleza de mujer orgullosa, es más concupiscente (1) que vanidoso. Sólo Bolingbroke es un completo y verdadero dandí de los últimos tiempos. Campea en su conducta el atrevimiento de los dandíes, su majestuosa impertinencia, su preocupación del efecto exterior y su vanidad siempre prevenida. Recuérdese que tuvo envidia de Harley, asesinado por Guiscard, y que, para consolarse, decía que el asesino tomó sin duda á un ministro por otro. Pero ¿qué más? — ¡cosa estupenda! — ¿no se le vió romper con la hipocresía de los salones de Londres, pregonando su amor por una naranjera, que solía colocarse bajo las galerías del Parlamento, y que probablemente no era guapa? (1). En fin, él fué el que inventó la divisa misma del dandismo, el *Nil mirari* de esos hombres — dioses de tejas abajo — que quieren provocar siempre la sorpresa conservando su impasibilidad (2). A nadie, por supuesto, cuadraba el dandismo como á Bolingbroke. ¿No venía á ser el libre pensamiento en achaque de maneras y conveniencias sociales, como lo es la filosofía en materia de moral y de religión? A ejemplo de los filósofos que ponían sobre la ley un deber supremo, los dandíes, por su propia autoridad, anteponen una regla á la que rige los círculos más aristocráticos, más aferrados á la tradición (3); y,

(1) Usamos la palabra, anteponiendo la propiedad á la afectación de purismo.— (N. DEL T).

(1) *London and Westminster Review.*

(2) El dandismo introduce la calma antigua en el seno de las agitaciones modernas; pero la calma de los antiguos procedía de la armonía de sus facultades y de la plenitud de una vida libremente desenvuelta, en tanto que la calma del dandismo es la actitud de un espíritu, harto de revolver ideas, y demasiado displicente para animarse, para entrar en calor. Si un dandí fuese elocuente lo sería á semejanza de Pericles, con los brazos cruzados debajo del manto. Véase la actitud arrebatadora, impertinente y modernísima, del Pirro de Girodet, escuchando las imprecaciones de Hermión. Eso haría comprender lo que quiero decir mejor que cuanto estoy escribiendo. — (N. DEL A.)

(3) Y no hay para eso como los de Inglaterra. En Rusia, cuando la princesa de Aschekoff no llevaba rojo, daba una prueba de dandismo, y quizá excesiva, porque era un acto de la más escandalosa independencia. En

merced á la burla, que es un ácido, y á la gracia, que es un fundente, consiguen hacer pasar esa regla mudable, que no es, en fin de cuentas, más que la audacia de su propia personalidad. Es un resultado curioso y que está en la naturaleza de las cosas. Por más firmes que se mantengan las sociedades, y por mucho que se cierren las aristocracias á todo lo que no es la opinión corriente, un día se levanta el capricho y da al traste con esos artificios que parecían inalterables, pero que estaban minados por el hastío. De esa suerte, en un pueblo de rígido porte y de un acentuado utilitarismo, la frivolidad (1), por una parte, y por otra, la imaginación reclamando sus fueros frente una ley moral demasiado estrecha para ser verdadera, produjeron un arte de las maneras y de las actitudes, cuya acabada expresión fué Brummell, y expresión que no volverá á igualarse nunca. Se verá por qué.

Rusia, rojo quiere decir bello, y en el siglo XVIII los mendigos callejeros que no lo usasen no se hubiesen atrevido á pedir.

Acerca de esa mujer véase Rulhière, escritor que posee dandismo en la pluma, y pone el dedo en la llaga. Si la historia no fuese más que una anécdota, ¡cómo la escribiría! — (N. DEL A.)

(1) Nombre odioso dado á todo un orden de preocupaciones, muy legítimas en el fondo, puesto que corresponden á necesidades reales. — (N. DEL A.)

IX

Jorge Bryan Brummell, nacido en Westminster, era hijo de W. Brummell, *esquire*, secretario particular de aquel lord North, dandí también á ciertas horas, que se dormía en el banco ministerial, á puro de desdeñoso, ante los más virulentos ataques de los oradores de la oposición. North hizo la fortuna de W. Brummell, hombre de orden, capaz y activo. Los libelistas, que claman contra la corrupción esperando que los corrompan, llamaron á lord North el dios de los gajes *(the god of emoluments)*. Pero la verdad es que, al pagar á Brummell, no hacía más que recompensar servicios. Después de la caída del ministerio de su bienhechor, M. Brummell pasó á ser *sheriff* superior (1) del Berkshire. Habitó cerca de Domington-Castle, lugar célebre por haber sido residencia de Chaucer, y allí vivió desplegando esa hospitalidad opulenta que sólo los ingleses en el mundo saben sentir y pueden practicar. Había conservado grandes relaciones; y entre otras celebridades

---

(1) El magistrado superior á quien está confiada la ejecución de las leyes en cada condado de Inglaterra. — (N. DEL T).

contemporáneas, recibía mucho á Fox y á Sheridan. Una de las primeras impresiones del futuro dandí fué, pues, sentir en su alma el soplo de esos grandes espíritus llenos de encantos. Fueron como las hadas encargadas de transmitirle sus dones; pero no le transmitieron sino la mitad de los que poseía, las más efímeras de sus facultades. Indudablemente, viendo y oyendo á esos espíritus, gloria del pensamiento humano, que eran artistas en la conversación como en el discurso político, y cuyas bromas y amenidades valían tanto como su elocuencia, el joven Brummell debió desenvolver las facultades que más tarde hicieron de él, para usar la palabra empleada por los ingleses, uno de los primeros *conversacionistas*(1) de Inglaterra. Cuando murió su padre, tenía diez y seis años (1794). En 1790 lo habían enviado á Eton, donde ya se distinguió, fuera del círculo de los estudios, por las cualidades que más adelante llegaron á caracterizarlo tan eminentemente. El cuidado de su persona y la fría languidez de sus maneras le valieron, por parte de los condiscípulos, un nombre muy en boga á la sazón, á falta del de dandí, que aún no estaba de moda; entonces los déspotas de la elegancia se llamaban *Bucks* ó *Macaronies*, y á él lo llamaron *Buck Brummell* (1). Según el testimonio de sus contemporáneos, nadie ejerció mayor influjo que él sobre sus compañeros de Eton, excepto acaso Jorge Canning; pero el influjo de Canning era consecuencia del fuego de su cabeza y de su corazón, mientras que el de Brummell emanaba de facultades menos hirvientes y embriagadoras. Así justificaba la frase de Maquiavelo: «El mundo pertenece á los espíritus fríos.» De Eton fué á Oxford, donde alcanzó la clase de éxitos á que estaba destinado. Agradó por las prendas más exteriores del espíritu, toda vez que su superioridad no resaltaba en las investigaciones laboriosas del pensamiento, sino en las relaciones de la vida. Al salir de Oxford, tres meses después de la muerte de su padre, entró como alférez en el 10.° de húsares, mandado por el príncipe de Gales.

Se ha procurado explicar con empeño el afecto vivísimo que inspiró Brummell repentinamente á ese príncipe, y se han contado á este

(1) *Conversante* se ha dicho en castellano. —(N. DEL T.)

(1) *Buck* se llama en inglés al macho de varios animales. La acepción traslaticia en que aquí se usa la palabra corresponde, pues, á la que tiene *gallo* en nuestro idioma, sobre todo cuando se emplea en diminutivo.—(N. DEL T.)

propósito anécdotas que no merecen los honores de la mención. ¿Qué necesidad tenemos de esas comidillas de comadres, habiendo una explicación perfectamente plausible? Porque, en efecto, siendo quien era, Brummell no podía menos de atraer la atención y las simpatías del hombre que, según es fama, estaba más orgulloso y satisfecho de la distinción de sus maneras que de la elevación de su rango. Sabido es, por otra parte, el brillo de aquella juventud que trató de eternizar. El príncipe de Gales tenía por entonces treinta y dos años. Dotado de la belleza linfática y fría de la casa de Hannóver, pero procurando animarla con el adorno, procurando vivificarla con el rayo de fuego del diamante; escrofuloso de alma como de cuerpo, pero no habiendo perdido la gracia, esa última virtud de los cortesanos, el que fué Jorge IV reconoció en Brummell una porción de sí mismo, la parte que había conservado sana y luminosa: he ahí el secreto del favor que le mostró. Fué en sustancia como una conquista de mujer. ¿No hay amistades originadas por atractivos físicos, por la gracia exterior, como hay amores que nacen del alma, del encanto inmaterial y secreto?... Tal fué la amistad del príncipe de Gales por el joven alferez de húsares: un sentimiento que era todavía sensación, el único acaso que podía germinar en el fondo de aquel alma obesa agobiada por el cuerpo.

Así el inconstante favor que fueron deshojando sucesivamente lord Barrymore, G. Hanger y tantos otros, recayó de lleno en Brummell con toda la impremeditación del capricho y con todo el furor de la manía. Verificóse su presentación en la famosa terraza de Windsor en presencia de la aristocracia más exigente. Allí desplegó todo lo que más debía estimar el príncipe de Gales entre las cosas de este mundo: una gran juventud, realzada por el aplomo que sólo podría esperarse en un hombre conocedor de la vida y capaz de dominarla; una mezcla de impertinencia y de respeto de lo más fino y atrevido; el arte de presentarse y la oportunidad de la réplica ingeniosa. Claro es que en la conquista repentina de tal éxito había algo más que extravagancia por ambas partes. La palabra *extravagancia* la emplean los moralistas desorientados como los médicos la palabra *nervios*. A partir de ese instante, Brummell subió á gran altura en la opinión. Con preferencia á los nombres más ilustres de Inglaterra se le vió á él, al hijo de un simple *esquire* (1), del

(1) Es decir: de un caballero particular, porque *esquire* ó escudero es hoy un trata-

secretario particular cuyo abuelo había sido comerciante, desempeñar las funciones de *Caballero de honor* del heredero presunto, al verificarse su matrimonio con Carolina Brunswick. Tanta distinción fué parte para que inmediatamente se agrupara en torno suyo, en términos de la familiaridad más lisonjera, la aristocracia de los salones: lord R. E. Somerset, lord Petersham (1), Carlos Ker, Carlos y Roberto Manners. Hasta aquí no hay nada de asombroso: no era más que un hombre afortunado, que, como dicen los ingleses, había nacido con una cuchara de plata en la boca. Tenía en su abono ese algo incomprensible que llamamos *nuestra estrella*, y que decide de la vida sin justicia ni razón; pero lo que más sorprende, es que clavara la rueda de la fortuna. Niño mimado de la suerte, llegó á serlo también de la sociedad. Byron habla en cierto sitio de un retrato de Napoleón con el manto imperial, y añade: «Parecía haber nacido allí.» Otro tanto puede decirse de Brummell y del célebre frac que inventó. Empezó su reinado sin encogimiento, sin vacilación, con una confianza que revela una conciencia. Todo concurrió á su extraño poder, y nadie se le opuso. Allí donde las relaciones valen más que el mérito, y donde los hombres, para poder siquiera existir, deben agarrarse los unos á los otros como crustáceos, Brummell contaba como admiradores, más aún que como rivales, á los duques de York y de Cambridge, á los condes de Westmoreland y de Chatham (el hermano de William Pitt), al duque Rutland, á lord Delamere, es decir, á todo lo más elevado en el orden político y social. Las mujeres, que, como los sacerdotes, están siempre de parte de la fuerza, entonaron con sus labios bermejos los himnos de sus admiraciones. Fueron las trompetas de su fama; pero se quedaron reducidas á trompetas, porque aquí entra la originalidad de Brummell, aquí es donde difiere esencialmente de Richelieu y de casi todos los hombres organizados para seducir. No era lo que se llama un libertino. Richelieu imitó demasiado á esos conquistadores tártaros que se preparaban un lecho con mujeres entreclaradas. Brummell no tuvo semejantes trofeos de victoria. No se mezclaba á su vanidad una sangre hirviente. Las sirenas, hijas del mar, de voz irresistible, estaban cubiertas de escamas impenetrables,

---

miento inglés que equivale próximamente al *Señor Don* castellano.—(N. DEL T.)

(1) Para miopes era un modelo de dandismo, pero, para los que no se pagan de apariencias, distaba tanto de ser un dandí como una mujer bien puesta de una mujer elegante.—(N. DEL A.)

tanto más encantadoras ¡ay! cuanto más peligrosas eran.

Y no salió perdiendo su vanidad; al contrario: así no se hallaba nunca en colisión con pasiones opuestas que la neutralizasen; reinaba sola, era más fuerte (1). Amar, aun en el sentido menos elevado de desear, es siempre depender, es ser esclavo del propio deseo. Los brazos que os estrechen con más ternura no dejarán de ser una cadena, y cuando se es Richelieu—ó aun don Juan mismo—al separar esos brazos tan tiernos, nunca se rompe más que un anillo de la cadena que os sujetaba. He ahí la esclavitud de que se libró Brummell. Sus triunfos tuvieron la insolencia del desinterés. Jamás participó del vértigo de las cabezas que trastornaba. En un país como Inglaterra, donde el orgullo y la cobardía reunidos engendran no poca gazmoñería por pudor, era curioso ver á un hombre, y á un hombre tan joven, que resumía todas las seducciones convencionales y naturales, castigando á las mujeres por sus pretensiones sin buena fe, y no traspasando el límite de la galantería, que á la verdad no han puesto ellas por delante para que se respete. Así era, no obstante, como obraba Brummell, sin ningún cálculo y sin el menor esfuerzo. Para quien conozca á las mujeres, eso redoblaba su poder: hería el orgullo novelesco de esas altaneras ladíes, haciéndoles soñar en el orgullo corrompido.

Ese rey de la moda, no tuvo, pues, amante reconocida. Más hábil dandí que el príncipe de Gales, no se consagró á ninguna Fitz-Herbert. Fué un sultán sin pañuelo (1). Ninguna ilusión del corazón, ninguna sublevación de los sentidos vino á debilitar ó suspender los designios que formulaba; por lo mismo, fueron soberanos. Elogio ó censura, una palabra de Jorge Bryan Brummell lo era todo entonces: ese dandí era el autócrata de la opinión. Suponiendo que en Italia fuese posible tal hombre, tal influencia, ¿qué mujer, verdaderamente prendada de otro, pensaría en él? Pero en Inglaterra la mujer más locamente enamorada, al po-

(1) La afectación produce la sequedad. Ahora bien: un dandí, aunque tenga demasiado buen tono para no ser sencillo, siempre es algo afectado. Es la afectación refinadísima del talento superlativamente artificial de mademoiselle Mars. El que es apasionado es demasiado sincero para ser dandí. Alfieri no hubiera podido serlo nunca, y Byron no lo era más que ciertos días.—(N. DEL A.)

(1) Como es sabido, se atribuye á los sultanes la costumbre de elegir mujer en el harem, tirando un pañuelo á la preferida; y á esa supuesta costumbre alude la frase, aunque en términos demasiado elípticos.—(N. DEL T.)

nerse una flor ó probarse un adorno, pensaba en el juicio de Brummell mucho más que en dar gusto á su amante. Una duquesa (y ya se sabe toda la altivez que un título permite en los salones de Londres) decía á su hija en pleno baile, á riesgo de ser oída, que se mirase mucho en sus actitudes, ademanes y respuestas, si por acaso se dignaba hablarla M. Brummell—porque en esta primera fase de su vida el gran dandí se confundía aún, entre la multitud de los que bailaban en esas reuniones donde las manos más bellas permanecían desocupadas esperando la suya.—Más tarde, embriagado con la posición excepcional adquirida, renunció al baile, como cosa demasiado vulgar para él. Se quedaba á la entrada algunos minutos tan sólo, lo recorría con una mirada, lo juzgaba con una palabra, y desaparecía, aplicando de esa suerte el famoso principio del dandismo: «Permaneced en los salones todo el tiempo que tardéis en producir efecto; una vez producido, marchaos.» Conocía su irresistible prestigio. Para él, el efecto no era ya una cuestión de tiempo.

Con ese brillo de su vida, con esa soberanía sobre la opinión, con esa gran juventud que acrecienta la gloria, y con esa presencia encantadora y cruel que maldicen y adoran las mujeres, ¿cómo dudar si inspiraría encontradas pasiones—amores profundos, odios inextinguibles?—pero nada de eso ha transpirado (1). El *cant* (2) ahogó el grito de las almas, si hubo almas que se hubiesen atrevido á gritar. En Inglaterra las conveniencias, que castran los corazones, dificultan un poco la existencia de señoritas de Lespinase, si acertaran á nacer; y en cuanto á una Carolina Lamb, no la tuvo Brummell, porque las mujeres son más sensibles á la traición que á la indiferencia. Sólo una, que nosotros sepamos, se arriesgó á pronunciar frases de esas que ocultan la pasión y la descubren, y es la cortesana Enriqueta Wilson. Cosa natural: ambicionaba, no el corazón de Brummell, sino su gloria. Las cualidades á que el dandí debía su poder eran de las que hubiesen hecho la fortuna de la cortesana. Esto aparte de que las

---

(1) Se ha hablado de lady J...y, suponiéndose que Brummell sopló esa dama al Regente, como se dice con una ligereza digna de la cosa. Pero lady J...y fué siempre amiga suya, y amores que acaben en amistades son más quiméricos que mujer hermosa rematando monstruosamente en cola de pez. Recordemos el soberano hachazo dado por mano de poeta á las ilusiones de los corazones generosos y mortales: «Mientras un hombre y una mujer son amantes, no son amigos; cuando dejan de ser amantes, no se puede decir que quedan muy amigos.—(N. DEL A.)

(2) La gazmoñería de las conveniencias sociales, su culto hipócrita.—(N. DEL T.)

mujeres—sin ser Enriquetas Wilson—¡se las entienden tan á maravilla en todo lo que sea hacer reservas en favor de su sexo! Tienen el genio de las matemáticas, como los hombres, y todos los genios; y no perdonan á Sheridan, á pesar del suyo, la impertinencia de haber hecho esculpir su mano como la más bella de Inglaterra.

J. Barbey d'Aurevilly.

(Se continuará)

EL PEDAZO DE PAN

CUENTO

El joven duque de Hardimont se encontraba en Aix, en Saboya, haciendo que tomase las aguas su famosa yegua *Périchole* que se había puesto asmática con «el calor y el frío» que había cogido en el Derby. Acababa de almorzar, cuando echando una mirada distraída sobre el periódico, leyó en él la noticia del desastre de Reichshoffen.

Vació el vaso de *chartreuse*, colocó la servilleta sobre la mesa del restaurant, dió orden á su ayuda de cámara de hacer las maletas, tomó dos horas después el exprés de París, y corrió á la oficina de enganche á alistarse en un regimiento de línea.

Por más que de diez y nueve á veinticinco años se haya hecho la vida enervante del *petit crevé*—era la frase de entonces;—por más que se haya uno embrutecido en las cuadras de los hipódromos, en los gabinetes de las cantantes de opereta, llega un día en que no puede olvidarse que Enguerrand de Hardimont murió de la peste en Tunez el mismo día que San Luis; que Juan de Hardimont mandó las compañías á las órdenes de Duguesclin, y que Francisco Enrique de Hardimont perdió la vida en una carga en Fontenoi con la Maison-Rouge. Por más disgustado que le tuviesen sus escandalosos y estúpidos amores con Lucy Violette, la *prima-donna* del teatro de las *Nudités-Parisiennes*, el joven Duque, al saber que los franceses habían perdido una batalla en territorio francés, sintió que la sangre le subía al rostro, y experimentó la horrible impresión de una bofetada.

Por esto es por lo que en los primeros días de Noviembre de 1870,

de vuelta en París, con su regimiento que formaba parte del cuerpo de ejército mandado por Vinoy, Enrique de Hardimont, fusilero de la «tercera» del «segundo» y miembro del Jockey, estaba de guardia con su compañía ante el reducto de Hautes-Bruyeres, posición apresuradamente fortificada y protegida por la artillería del fuerte de Bicêtre.

El sitio era siniestro: un camino plantado de brezos, destruido por baches de lodo, que atravesaba los mustios campos de los contornos, y á su orilla una taberna abandonada, de arcos de hierro, donde los soldados habían instalado sus puestos. Pocos días antes había habido allí un combate: la metralla había partido en dos algunos de los árboles del camino, y todos llevaban en su corteza las blancas cicatrices de los tiros. En cuanto á la casa, su aspecto hacía extremecer; una granada había hundido el tejado; y las paredes, de color de heces de vino, parecían pintarrajeadas con sangre. Los hierros del cenador, retorcidos bajo sus mallas de serojas negras, el juego del tonel derribado, el columpio, cuyas cuerdas mojadas hacía rechinar el viento húmedo, y los letreros de junto á la puerta, arañados por las balas, *Gabinetes para reuniones.—Absenta.—Vermouth.—Vino á 60 céntimos litro,* formando una orla al rededor de un conejo muerto, pintado sobre dos tacos de billar atados en cruz con una cinta, todo recordaba con ironía cruel la alegría popular de los domingos de otro tiempo. Y sobre todo esto, un feo cielo de invierno por donde rodaban espesas nubes de color de grafito, un cielo bajo, amenazador, rencoroso.

A la puerta de la taberna, el joven Duque se mantenía inmóvil, con su chassepot terciado á la espalda, su kepis sobre los ojos, las manos entumecidas en los bolsillos del rojo pantalón y tiritando debajo de la pelleja de carnero. Aquel soldado de la derrota se abandonaba á sus sombrías meditaciones y miraba con dolor la línea de colinas que se perdía entre la niebla, de donde á cada instante se escapaba, con una detonación, el blanco penacho de humo de un cañonazo de los Krupp.

De repente sintió que tenía hambre.

Puso una rodilla en tierra, y sacó del saco, apoyado junto á él en la pared, un gran pedazo de pan de munición; luego, como se le había perdido la navaja, le dió un mordisco y empezó á comer lentamente.

Pero después de algunos bocados no quiso más; el pan era duro y amargaba. ¡Y decir que hasta el reparto del día siguiente no lo habría

tierno, y eso si á la Intendencia le daba la gana! Vamos, que á veces el oficio era penosito. Y para consuelo se le representaban ahora lo que él llamaba sus almuerzos higiénicos, cuando al día siguiente de una cena algo demasiado excitante, se sentaba frente á una ventana del piso bajo en el café Inglés, y se hacía servir, ¿qué diré yo? la menor friolera, una chuleta, huevos revueltos con puntas de espárragos, y cuando el encargado de los vinos, que conocía sus gustos, apoyaba sobre el mantel y destapaba con precaución una fina botella de rancio *leóville*, dulcemente reclinada en un canastillo, ¡cáspita! ¡cáspita! aquel era buen tiempo, ni más ni menos, y él no se acostumbraría jamás al pan de la miseria.

Y en un momento de impaciencia, el joven arrojó al lodo el pan que le quedaba.

***

En el mismo momento salía un soldado de la taberna; se bajó, recogió el pedazo de pan, se alejó algunos pasos, limpió el pan con la manga de la levita, y se puso á devorarlo con ansia.

Enrique de Hardimont estaba ya avergonzado de lo que había hecho, y contemplaba con lástima al pobre diablo que tan buen apetito demostraba. Era un mozo alto y seco, de muy mal cuerpo, con ojos de calenturiento y barbas de hospitalario, y tan flaco que se le dibujaban los omoplatos bajo el paño de su raído capote.

—Parece que hay apetito, camarada — dijo — acercándose al soldado.

—Como ves—respondió éste—la boca llena.

—Dispénsame, chico. Si hubiese sabido que podía gustarte, no lo hubiera tirado.

—Nada hay perdido, bah—replicó el soldado.—No tengo tantos ascos.

—No importa—dijo el aristócrata; —lo que he hecho, no está bien, y me arrepiento; pero no quiero que formes de mí mal concepto, y como tengo cognac rancio en mi cantimplora..., ¡canario! vamos á beber juntos un trago.

El soldado había acabado de comer. El Duque y él bebieron un trago de aguardiente, y quedaron amigos.

—¿Y tú te llamas?—preguntó el soldado.

—Hardimont—contestó el Duque, suprimiendo el título y la partícula... ¿Y tú?

—Juan-Víctor... Acabo de ser alta en la compañía... Salgo de la ambulancia... Me hirieron en Châtillon. ¡Ah! ¡y que bien se estaba en la ambulancia! y el enfermero nos

daba buen caldo de caballo... Pero como yo no tenía más que un arañazo, el Mayor me firmó la salida y me fastidió, porque ahora, vuelta á reventar de hambre... Porque que me creas que no, compañero, aquí donde me ves, en toda mi vida se me ha quitado el hambre.

La palabra era horrible, dicha á un epicúreo que hacía un momento echaba de menos la cocina del café Inglés, y el duque de Hardimont miró á su camarada con un asombro próximo al espanto. El soldado se sonrió dolorosamente, dejando ver sus dientes de lobo, dientes de hambriento, tan blancos entre el color terrizo de su cara, y como si comprendiese que esperaban de él una confidencia, dijo, suprimiendo de repente el *tuteo*, sin duda por adivinar que hablaba con un rico y un dichoso:

—Mire V., vamos á pasearnos un rato por el camino para calentarnos los pies, y le contaré cosas que sin duda no ha oído nunca... Yo me llamo Juan-Víctor, Juan-Víctor á secas, porque soy incluse-ro, y mi único recuerdo agradable son los días de mi niñez cuando estaba en el hospicio. En los dormitorios, nuestras camas tenían sábanas blancas; jugábamos en un jardín debajo de unos árboles muy grandes, y había allí una hermana de la caridad, muy joven, pálida como una vela (porque estaba tísica), que me distinguía mucho, y con la que me gustaba más pasearme que jugar con los otros niños, porque me estrechaba contra su pecho, y ponía sobre mi frente su mano ardiente y flaca... ¡Pero á los doce años, después de la primera comunión, ya nada más que miseria! La Administración me puso de aprendiz con un sillero de viejo del arrabal de Santiago. Eso no es un oficio, ya sabe V.; es imposible ganarse con ello la vida; y la prueba es que las más de las veces el maestro no podía tomar de aprendices más que á los pobres chicos que salen del Asilo de ciegos jóvenes. Pues allí es donde empecé á sentir el hambre. El maestro y la maestra, dos viejos de Limoges que murieron asesinados, eran dos avaros atroces, y en cuanto nos cortaban una rebanadita de pan para la comida, le encerraban bajo llave. Por la noche, á la cena, había que ver á la maestra con su cofia negra servirnos la sopa, dando un suspiro cada vez que metía el cucharón en la sopera... Los otros dos aprendices, los «ciegos jóvenes», eran los menos desgraciados; no los daban más que á mí; pero al menos no veían la mirada regañona de aquella vieja mala, cuando me alargaba el plato... Y aquí estaba el mal; que yo tenía ya entonces un apetito atroz. ¿Tengo yo la culpa,

vamos? Tres años pasé allí de aprendiz con una gazuza continua. ¡Tres años! El oficio se aprende en un mes; pero la Administración no puede saberlo todo, y no sospecha que se explota á los chicos. ¿Ah, usted se extraña de verme recoger el pan del barro? Es que estoy acostumbrado á hacerlo. ¡No he recogido pocas cortezas entre la basura! Y cuando estaban muy duras, las dejaba toda la noche en remojo en mi cubo... A veces caían algunas gangas, hay que decirlo todo, como los pedazos de pan masculladas por una punta que sacan los chicos de sus cabás y tiran á la calle cuando salen de la escuela. Yo procuraba andar por allí cuando iba á los recados... Luego cuando salí de aprendiz, el oficio, como le decía á usted, no me daba para alimentarme. Así es que me puse á otros, porque era duro para el trabajo, ¡vaya! Fuí peón de albañil, mozo de almacén, limpiasuelos, ¿qué sé yo? Un día no había trabajo, otro perdía mi plaza. En una palabra: yo nunca comía lo necesario... ¡Maldita sea!... ¡Cuántas rabietas he pasado delante de las panaderías! Felizmente para mí, en aquellos momentos, siempre me he acordado de mi buena hermana del hospicio, que tantas veces me aconsejaba que fuese bueno, y me ha parecido que sentía sobre mi frente el calor de su diminuta mano... En fin, á los diez y ocho años senté plaza... Vd. lo sabe como yo; el soldado tiene lo precisito para no... ¡Ahora, casi da risa, viene el sitio y el hambre! Ya veis que no he mentido cuando os decía que siempre, siempre he tenido hambre.

***

El joven Duque tenía buen corazón, y al escuchar aquella terrible queja, dicha por un hombre como él, por un soldado á quien el uniforme hacía su igual, se sintió profundamente conmovido. Y fué una suerte para su sangre fría de dandí que el viento de la noche secase en sus ojos dos lágrimas que acababan de empañarlos.

—Juan-Víctor — dijo dejando á su vez de tutear al expósito por un instinto de delicadeza — si salimos los dos con vida de esta espantosa guerra, nos volveremos á ver y espero serle útil. Pero por el pronto, como en las avanzadas no hay más panadero que el cabo de servicio y como mi ración de pan es doble de la que necesita mi poco apetito, quedamos en que la repartiremos como buenos camaradas, ¿no es verdad?

Los dos soldados se dieron un buen apretón de manos. Luego, como la noche se acercaba y esta-

ban fatigados de velas y alertas, entraron en la sala de la taberna donde una docena de soldados estaban tendidos sobre paja, y echándose uno al lado del otro, se durmieron profundamente.

A la media noche Juan-Víctor se despertó, probablemente con hambre. El viento había barrido las nubes, y un rayo de luna que penetraba en la taberna por un agujero del techo, iluminaba la rubia y graciosa cabeza del Duque, dormido como un Endimión. Todavía enternecido ante la bondad de su camarada, Juan-Víctor le contemplaba con ingenua admiración, cuando el sargento del pelotón abrió la puerta y llamó á los cinco hombres que tenían que ir á relevar á los centinelas avanzados. El Duque era uno de ellos, pero no se despertó al oir su nombre.

—¡Hardimont, arriba! — volvió á decir el sargento.

—Si lo permite V., mi sargento —dijo Juan-Víctor levantándose— yo haré por él el servicio. ¡Está durmiendo tan á gusto! y es mi camarada.

—Como tú quieras.

Partieron los cinco hombres, y continuaron los ronquidos.

Pero á la media hora, se oyeron en el silencio de la noche, tiros repetidos y muy cercanos. En un momento se pusieron todos en pie; los soldados salieron de la taberna, andando con precaución, con el dedo en el gatillo del fusil, y mirando á lo lejos hacia el camino, iluminado por la luna.

—Pues, ¿qué hora es?—dijo el Duque.—Yo estaba esta noche de servicio.

Y uno le contestó:

—Ha ido Juan-Víctor por V.

En aquel momento se vió á un soldado que llegaba corriendo por el camino.

—¿Qué hay? — le preguntaron cuando se paró jadeando.

—Los prusianos atacan... hay que replegarnos al reducto.

—¿Y los compañeros?

—Ahí vienen... Sólo ese pobre Juan-Víctor...

—¿Qué?—exclamó el Duque.

—Una bala en la cabeza le ha dejado tieso... Ni siquiera ha dicho ¡ay!

*
* *

Una noche del invierno pasado, á eso de las dos de la mañana, salía el duque de Hardimont del Círculo con su vecino el conde Saulnes; acababa de perder algunos cientos de luises, y tenía algo de jaqueca.

—Si quiere V., Andrés—dijo á su compañero—nos volveremos á pie... Necesito tomar el aire...

—Como V. guste, querido, por más que el piso está infernal.

Despidieron sus coches, se subieron el cuello de los abrigos y bajaron hacia la Magdalena. De pronto el Duque hizo rodar una cosa en que había tropezado con la punta de su bota, y era un mendrugo de pan manchado de barro.

Entonces, con gran estupefacción de M. de Saulnes, vió que el duque de Hardimont recogía el pedazo de pan, le limpiaba cuidadosamente con el pañuelo de escudo bordado, y le colocaba sobre un banco del boulevard, á la luz de un farol de gas, donde se viese bien.

—¿Qué está V. haciendo?—dijo el Conde echándose á reir.—¿Se ha vuelto V. loco?

—Es en recuerdo de un pobre hombre que ha muerto por mí—respondió el Duque, cuya voz temblaba ligeramente.—No os riáis, amigo mío, si no queréis disgustarme.

Francisco Coppée.

TEORÍA DEL CONSUELO

El libro que va á darme ocasión para disertar sobre lo que llamaré la teoría del consuelo (1), no lo he conocido en ninguna de sus veinte ediciones inglesas, sino en la traducción francesa que acaba de publicarse. Empiezo por confesar lo atrasada de noticias que anduve y en ello veo nueva demostración de esta pereza no muy disculpable, que nos aqueja impidiéndonos seguir el movimiento de la literatura británica como seguimos el de la francesa—aun á los que podemos leer ambos idiomas sin tropiezos ni dificultades.—Podríamos cohonestar esta pereza, ó al menos excusarla, alegando varias razones; mas ahora no viene á cuento. Baste ser tan frecuente el caso para explicar cómo yo no conocía el libro de Lubbock en el original inglés.

Mucho he leído y oído discutir en estos últimos años acerca de pesimismo y optimismo. Es este uno de los problemas filosóficos donde hicieron presa los profanos, los que alardean de mirar otras cuestiones igualmente graves con indiferencia ó absoluto tedio. Desde el *Cándido* de Voltaire, la cuestión de pesimismo y optimismo anda en manos de aficionados frívolos ó de sencillos ignorantes, y cada cual se arroga el derecho de resolverla á su gusto. La mayor parte de los que dictaminan, no expresan más juicio que el siguiente: «Soy pobre, ó feo, ó viejo, ó ridículo, ó inútil, ó enclenque, ó todas estas cosas á la vez, acompañadas de otras no menos desagradables, y *por ende* la vida es malísima; una broma pesada de...»

(1) *Le Bonheur de vivre*, par Sir John Lubbock Bart, Membre de la Societé royale de Londres, Membre du Parlement britanique, President du Conseil general de Londres, President de la Chambre de Commerce de Londres. Traduit sur la XX edition anglaise.

(aquí lo que cada uno entiende por *fuerza superior.)* O al contrario: «Soy joven, de buena presencia, sano, rico, bien humorado, y con tales circunstancias y alguna más me va lindamente. La vida es apetitosa, y lo *incognoscible* un excelente Padre.» Es decir que lo de la *infelicitá*, en nuestra época de indisciplina intelectual, ha degenerado, por último, en cuestión personalísima. Se halla fuera de la investigación sistemática, racional, que tiene por objeto descubrir leyes y principios universales, superiores á los fenómenos relativos. Nuestra anarquía filosófica y nuestra falta de método y rigor en el raciocinio se revelan en la manera caprichosa, puramente subjetiva, con que tratamos el problema concerniente al mérito y sabor de la vida humana. Sírvame de disculpa el mal ejemplo general, y no se enoje conmigo el lector versado en la materia.

Lo primero que me llamó la atención hojeando el libro de Lubbock, fué estar en muchos puntos de acuerdo con él. No porque yo alardee de espíritu de contradicción, sino porque, debido tal vez á la especie de repugnancia instintiva que hay en mí hacia el carácter y la vida inglesa actual, los libros ingleses modernos, que tan íntimamente reflejan ese carácter y esa vida, no suelen cautivarme. Los abro con una especie de tedio, los recorro laboriosamente, los dejo gustosa. He de advertir que no suelen ser las obras de los pensadores (Spencer, Stuart Mill, Darwin, Huxley) las que se me despegan de las manos, sino las de los creadores, y en especial la novela. Pero tampoco los pensadores ingleses de este siglo me causan el transporte intelectual, la especie de embriaguez de comprensión que los alemanes, más poetas y por consiguiente más profundos. Para reconciliarme, más diré, para amigarme con la vida, claro está que sirve mejor Schopenhauer que Lubbock. verbigracia. Lo que estimo en Lubbock es el sentido claro y práctico —para ciertas almas, no para todas, como luego se verá—de su *teoría del consuelo*. El utilitarismo en la resignación; así puede definirse el espíritu de la obra de Lubbock. Un sentenciado á muerte, encerrado en su calabozo, no sólo se aquieta y conforma á su suerte haciéndola así más llevadera, sino que todavía, con la paja del camastro, entreteje unas petacas y unos cestitos, que vende á medio chelín y le dejan un capitalillo á él ó su familia... —Esta es la idea de Lubbock, significada en un ejemplo.

Lubbock no se para en barras. Es un creyente. Tiene la fe de su

religión optimista, y principia diciendo de un modo axiomático: «La vida es un gran bien». Quien piense otra cosa será, ó tonto de capirote ó culpable, porque está en nuestras manos convertir el mundo en palacio ó en prisión. El triste es un egoísta; el alegre en cambio hace obra buena y meritoria sólo con su júbilo. — Y aquí empieza Lubbock á sentir que su nación le desmiente, porque la gente británica propende á la melancolía. No obstante, el autor espera que andando el tiempo sus paisanos se corregirán, y que el dictado de *Merry England* volverá á caerle divinamente á su brumosa patria. Como que la filosofía del dolor, la doctrina del nirvana y del aniquilamiento, bajo el espléndido cielo oriental fué pensada y difundida. Que sean más tristes ó más alegres los ingleses ó los indios, es punto dudoso, y en todas partes habrá su legua de mal camino y sus horas de angustia y tribulación. Siempre será también verdad evidente y digna de meditarse lo que afirma Lubbock: «que las penas no nos buscan, las buscamos».

Repase cualquiera, con la conciencia despabilada y vigilante, los sucesos de su propia historia, y comprenderá que Lubbock tiene razón, mal que les pese á los cerrados fatalistas. El hombre puede alegar que en el juego de la existencia los naipes están marcados, es decir, que hay fraude, y que el destino, invisible tahur, nos lleva la mano hacia la carta falsa, donde esperamos encontrar la ganancia y que nos reserva, al contrario, ruina y desesperación. Pero también ocurre que conociendo la trampa, todavía acudimos al señuelo, al espejo de talco, seductor de alondras. Nunca el engaño, por patente que esté, perderá su hechizo. Las generaciones venideras no aprovechan la experiencia de las pasadas sino en lo propiamente histórico... cuando más. Lo privado, lo que sólo afecta al individuo, queda fuera del dominio experimental. Es la juventud eterna, cuya hermosura consiste precisamente en que se halla condenada á eterna ilusión. Espectadora y actora de un drama viejísimo, representado millones de veces, pone en él la juventud su frescura propia y el fuego inextinto que llamea en un ara contemporánea de la creación.

De aquí sacan los pesimistas y los fatalistas muchos y muy serios argumentos en pro de su manera de pensar. Siendo la ilusión que nos envuelve tan conforme á nuestro espíritu y á nuestro gusto que sin poderlo remediar ha de arrastrarnos ¿deben achacársenos las faltas á que nos induzca, y ha de creerse que los

males, resultado de esas faltas, son nuestra propia obra? Parece á primera vista que somos irresponsables, pero no si verificamos desapasionado examen de conciencia. Tomado en cuenta lo que debe tomarse, notamos que el consabido tahur no es el destino, somos nosotros.

El engaño, la marca de los naipes, es por lo regular artificio de nuestra concupiscencia — empleemos sin recelo la palabra teológica y exactísima.—El hombre no procede de buena fe al errar. Usa de sofismas para creerse iluso. Forja voluntariamente la mentira para encubrir lo real, que es el apetito. Parécese al actor cuando habla de fiebre artística y en realidad sólo aspira á remediar necesidades materiales con el producto de su trabajo, ó al sacerdote cuando invoca á Dios persiguiendo en secreto fines de lucro. Es decir, que las ilusiones *viciadas en su origen* son las que acarrean el dolor. A la ilusión sana y alta no puede seguir la expiación amarga y vergonzosa. Lo malo es que este género de ilusiones elevadas, rectas, poéticas y nobilísimas son patrimonio de contados individuos de la especie humana. La voluntad pura y santificada es también una aristocracia, como lo son el talento, la belleza, la exquisita sensibilidad y la perfecta salud.

Me he desviado de Lubbock y vuelvo á él, tomándole en la página donde cita palabras de Castelar relativas á Savonarola, que le sirven de argumento para demostrar como á veces juzgamos desdicha lo que ha de ser cimiento de nuestra mayor ventura. El dolor, que rodeó á manera de corona de espinas la frente del gran dominico, la aureoló de inmortalidad.—Sin buscar tan eminentes ejemplos, en esferas más modestas y vulgares, casi nadie habrá dejado de aspirar á algo que, de obtenerlo, sería su perdición.—Balzac lo demostró con sumo ingenio en la preciosa novela *La piel de zapa*. ¡Ay del que ve sus ardientes deseos realizados!

En el capítulo de los consejos, Lubbock fluctúa entre dos soluciones que desea conciliar. Para ahorrarse las penas y las angustias cuotidianas, lo mejor es el desasimiento; sólo que el desasimiento se parece bastante á la ascesis, y tiene algo de ensueño especulativo que repugna al sentido práctico de un inglés de la centuria décimanona.—«¿Cómo haremos—se pregunta á sí mismo—para que en nuestra existencia rebosen la energía, la vida, el interés, y al mismo tiempo se deslice exenta de inquietudes?»—En efecto, toda empresa, toda acción, así sea la más insignificante, tiene un objeto y supone deseos, tendencias, aspiraciones, por consi-

guiente esfuerzo y dolor.—El eminente naturalista decide la cuestión haciendo suya la sentencia de Marco Aurelio, que aconseja conservar, en medio de las agitaciones exteriores, la tranquilidad interior del espíritu.—Y á esto podemos objetar que dijo Marco Aurelio una cosa como suya, que eso está muy bien parlado, y con todo, no convence. Requiere el éxito de las empresas humanas cierta cantidad de pasión; necesita que se les consagre, no sólo la serie del tiempo y el mecanismo exterior del trabajo más ó menos asíduo, sino la contención cerebral y hasta buena parte de las energías reparadoras ó nutrices del organismo humano. Pues qué, sin calentura, sin insomnio, sin cavilaciones, sin lento suicidio, ¿se puede crear la obra de arte, verbigracia? Lubbock, á fuer de buen inglés, creerá tal vez en el *conyugalismo* artístico, comunicación serena y metódica del artista con su ideal. No siempre se puede conservar esa ecuanimidad; las almas no son montañas acorazadas de nieve. Lubbock lo comprendería mejor si se hubiese dedicado al arte, en vez de estudiar los orígenes del hombre y las civilizaciones prehistóricas—lo cual tampoco presumo que se pueda realizar en frío, sin trabajo intensivo, sin presencia de alma.

Si en esto me aparto de Lubbock, en cambio estoy á su lado cuando condena la opinión de Aristóteles de que «el comercio es incompatible con la dignidad de la vida». Sabia y discretamente asegura Lubbock que la nobleza del vivir no depende de la carrera que adoptemos, sino del modo como la seguimos. En España podría Lubbock reforzar su afirmación con las lecciones de la experiencia diaria, y cerciorarse de que lo absolutamente incompatible con la dignidad de la vida no es el comercio, sino el ensueño holgazán y la rebeldía contra la ley del trabajo. Si el trabajo prepara la independencia, el ensueño conduce á esta mendicidad más ó menos disfrazada, baldón de nuestra mesocracia y de nuestras clases pobres. El préstamo, el *sablazo*, la trampa adelante, la *curée* política, la vergonzosa transacción secreta, el robo elevado á institución, son quizá residuos, sedimentos depositados en el carácter nacional por esa vieja idea aristotélica, que marca con un estigma la frente de la industria. Verdad que el Estagirita se desmintió á sí mismo, al decir que es preciso negociar, aunque sólo sea para obtener en la edad madura paz y reposo.

La tesis optimista de Lubbock, expuesta en los dos primeros capítulos de su libro que se titulan ex-

presivamente *El deber de ser feliz* y *La felicidad de cumplir el deber*, se completa con seis capítulos más, que versan sobre *la lectura, la elección de biblioteca, los beneficios de la amistad, el valor del tiempo, el placer de viajar, los goces del hogar, la ciencia, la educación.* Todo esto representa para Lubbock lo que llamaba Hartmann el activo en el balance de la vida: hasta la educación la apunta en la data de la felicidad el honrado inglés.—Yo presto asentimiento á esta última parte del programa de Lubbock, pero desconfío de que la acepten los perezosos de cerebro, para quienes constituye un esfuerzo heróico, el cumplimiento de un acto de virtud, leer tres renglones de un libro serio. Resurgen mis dudas: ¿será esto del pesimismo cuestión irremisiblemente subjetiva? Si á mí, supongamos, me consuela una página de Kant ó un verso de Heine, y al vecino le hace bostezar, ¿sacamos algo en limpio con la lectura, la ciencia y la educación para la solución *general* del problema? No. El *consuelo* ha de buscarse en cosas más universales que la alta cultura y el ejercicio de comprender, deleite que sólo aprecia un exiguo número de mortales. Consuelo son, no cabe duda, semejantes ejercicios, y aun puede jurarse que son alegría y felicidad, pero digamos con el Evangelio: «Muchos los llamados, pocos los escogidos». Las nueve décimas partes de la humanidad, y nueve partes de la décima restante, no pueden saborear tan fino y dulce bien.

Los goces del hogar, que Lubbock preconiza, son en cambio patrimonio de buena parte del género humano. Sólo que, al contrario del estudio y la lectura, son goces comunes, pero inciertos y perturbados. El alma se recrea y baña en ellos, mas sin descanso ni seguridad.—Los hijos, encanto y prolongación de la existencia, pueden convertirse en su tortura: rara vez dejan de originar pesadumbres, terrores y angustias sin cuento. La ventura matrimonial escasea; es rara y preciosa, acaso porque no la elabora la naturaleza, sino el individuo, pues el cariño de los hijos viene impuesto, lleva en sí mismo la razón de su persistencia, su fatalidad propia, mientras el de los cónyuges propende á caducar si no lo fortifican inmensas afinidades espirituales y una amistad poderosa y consciente.

Noto que estoy impugnando á Lubbock, y sin embargo, si sólo mirase dentro de mí, le daría la razón. Que la felicidad no consiste en lo que comunmente se llama el placer, júzgolo de toda evidencia, y el placer tumultuoso, desorde-

nado, ávido, bullanguero, me ha parecido siempre recurso de los desgraciados por carácter, de los enemigos de sí propios, que por huirse buscan agena compañía. La multitud ve pasar en un coche á un señorón, puro en boca, trazas de adinerado, cuerpo rollizo, que trasciende á gula de cien leguas, y le envidia: la multitud vé las iluminadas ventanas de un palacio, y piensa que detrás de aquellos cristales sólo hay júbilo y zambra; la multitud cifra el bienestar en no poner coto al derroche de tiempo, dinero y salud; para ella divertirse es empalmar los banquetes, los teatros, la vagancia, el sueño, en suma, el abuso de cuanto estropea el cuerpo y abruma el espíritu: en cambio si ve pasar á un fraile vestido de burel, con los ojos bajos, demacrado, recogido, austero, ó le tiene lástima ó le diputa por grandísimo hipócrita. De este falso concepto de la dicha humana procede el gran error del comunismo: la *infelicitá* no será menor porque los supuestos vertiginosos placeres se repartan entre todos los golosos y curiosos que los hambrean.

La biblioteca que Lubbock elige y da por fuente inagotable de consuelo, me brinda ocasión para más de una observación curiosa, comparándola á la que poseia Schopenhauer para su uso particular, y cuyo catálogo se ha publicado en Leipzig formando parte de un volumen titulado *Ædita und inedita Schopenhaueriana*. Un solo libro español contiene la biblioteca recomendada por Lubbock: ¿cuál había de ser? el *Quijote*. En cambio el gran maestre oficial del pesimismo, que sabía el español muy bien y esmaltaba de citas españolas sus escritos, había enriquecido su biblioteca no sólo con obras de Mariana, Sabunde, Suárez, Huarte, Gracián y Vico (lo cual prueba que nuestra filosofía no era un mito para el autor de *Parerga y Paralipomena)*, sino con otras obras más regocijadas de las cuales no me parece muy devoto Lubbock; por ejemplo, la *Vida y hechos del picaro Guzmán de Alfarache*, las *Novelas ejemplares de Cervantes*, *Las brujas en Zugarramurdi*, de López Martínez, la *Vida del lazarillo de Tormes*, *El Buscón*, de Quevedo, el *Fray Gerundio de Campazas*, *Estebanillo González*, las *Fábulas literarias*, de Iriarte y *El Café*, de Moratín. No se dirá que no es castiza la sección española en la biblioteca de Schopenhauer.

Adolece la recomendada por Lubbock del sentido algo estrecho que en los dominios del arte literario presenta en este siglo la vida intelectual inglesa. La lista de cien libros recomendados (con exclusión

de autores vivos) empieza, claro está, por la Biblia, y mezcla después, en peregrina confusión, á Kempis, Confucio, el Korán y el *Tratado teológico político* de Espinosa. Parece una receta para adobar racionalistas en salsa evangélica. Luego vienen Aristóteles, Platón, Plutarco, Cicerón, Demóstenes, Homero, Hesiodo, Virgilio, el Mahabarata y el Ramayana. Libros son estos últimos que hemos manejado y amado; pero ni el Ramayana ni sobre todo el Mahabarata, inmensa y frondosa epopeya que entretejen innumerables *eslocas* ó versículos, es lectura apropósito más que para quien aspire á totalidad de cultura literaria, no para ofrecida á título de *consuelo* á los meros aficionados. — Otro tanto digo del *Shah Nameh;* y en cuanto al *Paraíso perdido*, de Milton, hay que convenir en que peca de un poquito fastidioso. Ventura de la Vega diría esto al oído de sus hijos: yo, que he leído á Milton y hasta escrito de Milton, prefiero declararlo en voz alta, á la faz del público.

¿Qué pensar de las novelas recomendadas por Lubbock? Viendo figurar á su cabeza *Las Mil y una noches*, me avergüenzo de mi falta de candor y frescura imaginativa. No he podido hincarle el diente ni ayer ni hoy á Simbad el marino. *Robinsón*, «la epopeya del individualismo», lo leí de chiquita sin entusiasmo, pero con interés. Lo que es ahora... ¡Válgame Dios y cuan recio y duro de pelar se va uno volviendo, por dentro sobre todo! ¡Y cuán extraña juntanza, al lado de *Robinsón*, el *Zadig*, de Voltaire, y besándose con el *Fausto* y el *Quijote*, las novelas de Walter Scott y las de Lytton!

En suma: la falta de gusto literario de Lubbock, que tal vez deba imputarse á persistencia en las tareas científicas, y que semeja reflejo del criterio más común en su patria, no impiden que su libro optimista sea muy sano, morigerado y gustoso. La mejor revelación que puede desprenderse de un libro es la de un alma, y el alma vista al través de *La dicha de existir* es de aquellas cuya contemplación sosiega y fortalece. No logra demostrar Lubbock que existan recetas generales, con carácter de específicos, para ser feliz, ó al menos para consolarse de males y dolores; pero prueba (como el filósofo probaba el movimiento, andando), que los hombres que aceptan la vida con gozosa serenidad, al aceptarla la hermosean, cual aquel héroe de un cuento primoroso de Voltaire, caballero galán y mozo que, sentenciado á desposarse con una vieja horrible, la convierte, al cumplir resignado

su deber de esposo, en bellísima hurí.—Temo que algún pesimista escéptico diga maliciosamente de Lubbock que es fácil escribir *teorías del consuelo* cuando es uno *baronet,* miembro del Parlamento británico, presidente del Consejo general y de la Cámara de Comercio de Londres y autor de obras famosas y celebradas. A lo cual contestaré que probablemente llegó Lubbock á ser todo eso, porque profesa y practica las teorías expuestas en su libro, reimpreso veinte veces.

Emilia Pardo Bazán.

HUMORADAS

Todos lo han conocido,
¿va con uno y bosteza? Es su marido.

—

Se hace también, merced á la conciencia,
en los lechos de pluma, penitencia.

—

Al pedirme la luna muchas bellas,
yo les dí el sol, la luna y las estrellas.

—

Ya tanto tu virtud esteriorizas,
que á fuerza de pudor escandalizas.

—

¡Cuánto desventurado,
hay que cree conquistar y es conquistado!

—

¡Cuán feliz es el que oye eternamente,
el mismo ruido de la misma fuente!

—

Feliz tú que tan sólo has disfrutado
la embriaguez de lo real en lo soñado.

—

Hay mujer que se juzga tan despierta,
que siempre piensa el mal y nunca acierta.

CAMPOAMOR.

CÁDIZ Y LA PRIMERA EXPEDICIÓN DE COLÓN

REFUTACIONES AL SEÑOR ASENSIO

I

EL SEÑOR ASENSIO Y SUS DESIGNIOS

El Sr. D. José María Asencio, novísimo historiador de Colón, ha publicado en La España Moderna un artículo bajo este título: *La carta de Cristóbal Colón con la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo.*

Ha creído que podría pasar por desairado si manifestaba conformidad á mi opúsculo sobre la primera expedición del Almirante, tomando desde Cádiz el rumbo, ó si prefería por ménos arduo que quedase en un dudoso silencio ó un semejante olvido por su parte.

Nadie espere hallar en su escrito fortaleza insuperable de juicio ó lógica, ni supremo ó mediano espíritu de ciencia ó convicción, sino argumentaciones entre malas y peores, porfías de que sea razón su deseo y no la verdad, algo de pasioncilla exageradísima y mucho tal vez de benemérita inocencia.

Ni tampoco se sorprenda de no poder en su artículo admirar el vigor y la propiedad, y aquella elegancia en el decir, y los pensamientos galanos y levantados de punto, propios de un autor sevillano, porque quizás el cansancio, tras prolongados estudios, lo hace aparecer contra sus intentos nada menos que desleal á las tradiciones de su gloriosa escuela.

Ha incurrido el Sr. Asensio en el peligroso defecto de ciertos ó inciertos bibliófilos que suelen asemejarse al sencillo chicuelo que, viendo doradas letras y preciosas figuras

en un libro, sigue el natural instinto de regalarse contemplándolas, y después mira muy de paso, cuando no con desdén, la doctrina que en lo impreso se encierra.

No se imagine lector alguno que ante los argumentos del Sr. Asensio, tan encontradamente referidos, en oposición á los míos, me resigno á lo que no es razón, cuando la verdad pide silencio y no réplicas sin fruto. Pero aquí nada ocurre de eso. No puedo darme por vencido ni por desengañado.

Y ¿cómo? Habla dicho señor con temeridad, para que se entienda, que no lo rinden las dificultades. Su descaminada astucia para llevar adelante y más adelante su empeño, ultrajando la sincera verdad, está tan conocida, que se coje á mano como de noche un pajarito. La más fácil victoria para mí es que el señor Asensio, en lo mismo que niega y como lo niega, viene á afirmar todo cuanto contradice.

II

DOS CARTAS CONVERTIDAS EN UNA LA QUE ESTORBA SE SUPRIME

Dos escribió el Almirante, dos conocidas y citadas por los más de los historiadores de este siglo; cartas en que daba cuenta de su expedición primera á otros tantos palaciegos: á Luis de Santángel y á Rafael ó Gabriel Sánchez.

Así corrió la noticia. El Sr. Asensio, para no ser menos, cuenta lo que sigue en su libro de la vida del Almirante:

(Página 396.)

«Terminó Colón la relación de su viaje y sucesos para conocimiento de los Reyes, y *otras* Dos *más abreviadas* para sus amigos y protectores Gabriel Sánchez, Tesorero de la Corona de Aragón por el Rey D. Fernando V y Luis de Santángel, Escribano de ración.»

(Página 240.)

«La carta de Cristóbal Colón á Luis Santángel se imprimió en Sevilla. Dos minutas se conservan de ella, primero en Simancas. La publicó por *vez primera* en la *Colección de viajes y descubrimientos* don Martín Fernández Navarrete, por una copia expedida por el Notario D. Tomás González en 28 de Octubre de 1824.»

(Página 445.)

«Dos razones me mueven á asegurar que la edición de Barcelona no fué hecha sobre el texto de la carta del Escribano de ración Luis Santángel, sino sobre uno nuevo que debió ser el del Tesorero Ga-

briel Sánchez. Es la primera que no está fechada, como aquélla, en el mes de Febrero y la isla de Santa María, sino en Lisboa á 4 de Marzo.»

Esto se escribió muy recientemente, pero ¿qué ha sobrevenido para que el Sr. Asensio haya cambiado de parecer? Ah, ya: la publicación del folleto en que fundaba y fundo yo en primer término mi opinión, de que después de su salida de Palos, el Almirante tomó desde Cádiz el rumbo para las Islas Canarias. ¿Qué hacer para dar impugnación de este pensamiento? Pues nada. En la carta de Santángel no se habla de Cádiz y sí en la de Sánchez. Apelemos á un ardid. Digamos ahora en el artículo de La España Moderna que la carta es una sola, de la que se esparcieron copias por Europa: que una, poseída por Gabriel Sánchez, fué á parar á manos de Leandro Cosco á Roma, y que éste la tradujo á la lengua latina, donde, porque le dió gana, puso que salió de Cádiz, Colón, y tenemos destruido todo cuanto se ha escrito basado en esta segunda carta.

Ya veremos que todas las noticias del Sr. Asensio son unas invencioneras, y otras insuficientes, ó falsas, ó improbables, ó muy inciertas, donde domina siempre la impremeditación hasta el aturdimiento.

III

PRUÉBASE QUE SON DISTINTAS LAS DOS CARTAS

Una y otra carta se asemejan en lo más de la narración, cual acontece en dos ó más que escribe una misma persona á varias sobre el propio asunto y en inmediatos días. Claro es qué repite las noticias casi con igual orden, poniendo, sin embargo, variantes propias del que corrige ó amplifica sin propósito de amplificar ó corregir.

Esto pasa con los artistas que reproducen una obra suya: es copia, pero estimable, porque el autor no se ha sujetado á trasladarla exactamente; cuando ha hallado algo que modificar en bien de su creación, no ha podido resistir al amor que le ha dictado la enmienda.

Véase el siguiente estudio de ambos escritos:

Carta á Santángel.	Carta á Sánchez.
«En ella (Isla Juana) hay pinares á maravilla é hay campiñas grandísimas é hay miel	«Se observan en ella pinos admirables, campos y prados vastísimos, varias aves,

é de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales y hay gentes inestimable número.»

«Me quedan en la parte de Poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales se llama *Cibau* á donde nace la gente con cola.»

«Así que monstruos no he hallado ni noticia, *salvo de una isla* que es en la segunda cala entrada de las Indias que es poblada de una gente, que tienen en todas las Indias por muy feroces los cuales comen carne viva.»

«Estos son aquellos que trocaban las mujeres de matrimonio que es la primera isla partiendo de España para las Indias que se falla en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenil.»

«E á la verdad mucho más ficiera si los navíos me sirvieran como razon demandaba. Esto es cierto y eterno Dios Ntro. Señor el cual da á todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles, y esta señaladamente fué la una, porque aunque destas tierras hayan fablado otros, todavía por congetura sin alegar de vista, salvo comprendiendo tanto que los oyentes los más escuchaban y juzgaban más por fablas que por otra cosa dello. Así que Ntro. Redentor dió esta victoria á Ntros. Ilmos. Rey é Reyna é á sus reinos famosos de tan alta cosa, á donde toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas dar gracias á la Santísima Trinidad con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, ayuntando tantos pueblos á Ntra. Santa Fe y despues por los bienes temporales, que non solamente á la España mas todos los cristianos tornan aquí refrigerio é ganancia. Esto segundo ha fecho ser muy breve, etc.»

diversas mieles y diversos metales, *excepto* hierro.»

«Restan aún dos provincias que no reconocí, y de los cuales á la una llaman los indios *Anán* y cuyos habitantes nacen con cola.»

«Así que no observé monstruos ni llegó á mi noticia que los hubiese *exceptuando la isla llamada Caris*, que es la segunda, según se va desde la *Española* á la India y la que habitan personas que son consideradas por sus circunvecinos como las más feroces. Estos se alimentan de carne humana.»

«Estos son los que se unen á ciertas mujeres que habitan sólo la isla *Matenin* (ó Mateunin), que es la primera desde la *Española* á la India. Estas mujeres no se dedican á labor alguna propia de su sexo.»

«Aunque todo lo referido parezca grande é inaudito, sería aún más maravilloso si hubiera tenido á mi disposición las embarcaciones competentes, *con toda esta empresa digna y memorable no está en proporción de mis méritos, sino que es debida á la sagrada fe católica y á la piedad y religión de nuestros Reyes, pues el Señor concedió á los hombres lo que ni aun podían imaginar llegarían á conseguir, porque suele Dios dar á los buenos y á los que aman sus preceptos aun en lo que parece imposible*, según me ha sucedido á mí que he arribado á una empresa que no tocó hasta ahora mortal alguno, pues si bien ciertos habían escrito ó hablado de la existencia de estas islas, todos hablaron y escribieron con dudas y por conjetura; pero ninguno asegura haberlas visto, *de que procedía de que se tuviera por fabulosas*. Así, pues, el Rey, la Reina, los *Príncipes* y sus reinos felicísimos, como toda la cristiandad, tributen gracias á *Nuestro Salvador Jesucristo* que nos *concedió tal victoria y prósperos sucesos: celébrense procesiones*, háganse fiestas solemnes; llénense los *templos de ramas y flores, gócese Cristo en la Cruz, cual se regocija en los cielos*, al ver la próxima salvación de tantos pueblos entregados hasta ahora á su perdición. Regocijémonos así por la exaltación de nuestra fe, como por el au-

mento de los bienes temporales, de los cuales no sólo habrá de participar España, sino toda la cristiandad. Tales son los sucesos que he descrito con brevedad. A Dios: en Lisboa 14 de Marzo» (1).

Según se ha visto, la carta de Sánchez, como escrita después de la otra y en diverso ó diversos días, es más correcta y de florido estilo y hasta elocuente, con especialidad en el postrimer párrafo, que el conde de Rosselly llama rasgo de entusiasmo propio para llegar al alma de un cristiano (1).

Prescott reconoce en esta carta las frases del entusiasmo (2).

Y si estos rasgos tan sentidos se encuentran en la carta á Sánchez, diga el Sr. Asensio por qué. Porque el mal ó mediano traductor no los inventó, sino que así fueron escritos por Colón, que entregado al regocijo de su intensa fe, se expresó con mayor vehemencia al comunicarlo á su amigo el Tesorero Sánchez.

Empéñase en vano la inadvertencia del Sr. Asensio, ó la obstinada incredulidad, ó su temerario y caprichoso designio en hacer de dos cartas una, porque la evidencia ahoga y ahogará su voz. Mas se queda, hablando en familiar estilo, como perro que quiere coger la sombra del ave que vuela.

(1) *Vida de Colón.*
(2) *Vida de los Reyes Católicos.*

Hay semejanza, sí, en entrambas cartas, pero según dejo probado, la semejanza no constituye aquí identidad.

IV

AFIRMACIÓN DEL ALMIRANTE SOBRE SU PARTIDA DE CÁDIZ

Ciertamente la carta dirigida á Santángel comienza así:

«Señor: porque sé que habreis placer de la gran victoria que Nuestro Sr. me ha dado en mi viage, vos escribo esta por la cual sabreis como á 33 días pasé á las Indias con la Armada que los Ilustrísimos Rey y Reina Nuestros Señores, me dieron donde yo fallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, etcétera.»

La que escribió á Sánchez dice de este modo:

«Conociendo que os será de placer que haya yo tenido feliz éxito en mi empresa, he querido escri-

(1) En la carta de Colón á Santángel, se citan la isla de *Catrefey* y la provincia de *Cibáu*, con estos nombres que no aparecen en la de Sánchez.

biros esta carta que os manifieste todos y cada uno de los sucesos ocurridos en mi viaje, y los descubrimientos que han sido el resultado. *Treinta y tres días después de mi salida de Cádiz, arribé al mar de la India*, donde hallé muchas islas habitadas por innumerables gente, etcétera.»

La carta á Santángel, tenida por todos como auténtica, encierra esta fecha. «En la calavera (carabela) *sobre las Islas Canarias quince de Febrero de noventa y tres.*»

Ahora bien, en el diario de Colón, consta que el 15 de Febrero descubrieron tierra los navegantes: unos creían que era la roca de Cintra, en Portugal. El Almirante, por su *Diario* de navegación, se hallaba estar con las *islas de los Azores y creía que aquella era una de ellas.* Los pilotos y marineros se hallaban *ya con tierra de Castilla.*

¿Pues cómo fechaba su carta *sobre las islas Canarias*, cuando creía encontrarse sobre las Azores?

Y si la mar *venía* muy *alta del sueste*, no podía ser más oportuno ó cómodo el instante para terminar una carta y ponerle fecha.

Para nada suenan en el *Diario* las *islas Canarias.*

¿Cómo se explican estas incertidumbres entre aquél y la carta de Santángel?

Vamos á la de Sánchez. Los argumentos del Sr. Asensio son de peregrina crítica. Leandro Cosco, según él, hizo su traducción mal y de prisa para lograr la ganancia sin que otro se le anticipara.

De modo que cuando se traduce mal y de prisa, lógicamente pueden ponerse palabras y frases que alarguen los ducumentos sin que perjudique á la brevedad, porque hay tiempo sobradísimo para todo. ¡Y esto se escribe á fin de resolver satisfactoriamente una cuestión importante!...

Que ampliase Colón el pensamiento de la partida en la carta á Sánchez, designando el lugar de *Gades*, ¿por qué ha de argüir en contra de la fidelidad del traductor Leandro de Cosco? ¿No pudo el Almirante incluir en esa carta lo que en uso de su libérima voluntad no quiso poner en la otra? ¿Tenía que preocuparse sobre que en la lejana posteridad le pidiesen estrecha cuenta de por qué habló aquí y allí calló, y de que imputasen á capricho ó absurdidad de un traductor lo que era dicho por él mismo en testimonio verdadero?

Para condenar de equivocada ó arbitraria adición de Cosco lo de la salida de Cádiz, se necesitan, ó pruebas, ó vehemente indicios, y en atinada é imparcial crítica, ni las unas existen, ni los otros aparecen.

¿Por qué? ¿De donde resulta que

Cosco tuviera interés para poner en la pluma de Colón que partió de Cádiz? ¿Por qué esa falsificación en un documento público y en la carta de Roma y en el Pontificado de un español como Alejandro VI, y con sus familiares y sus famosos parientes, para los cuales todos ó los más la carta del Almirante, previamente á su impresión, era y debió ser conocida?

Colón sobrevivió unos trece años á la publicación de la carta á Sánchez, traducida en lengua latina por Cosco y reimpresa varias veces. ¿En alguna parte ha rectificado ó desmentido la afirmación de lo de la salida de Cádiz?

Vése, pues, que lo de Cádiz no es cita solitaria en la carta al Tesorero Sánchez, sino una más en escrito enriquecido con variantes (1).

(1) Otras notas pudieran citarse. Cartas á Santángel:

«A la primera (isla) que yo fallé, puse nombre *San Salvador* á conmemoración de la Alta Magestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado, Carta á Sánchez. Puse á la primera el nombre de San Salvador, *en cuya protección fiado llegué* á ésta, así como á las demás.» Carta á Santángel: «Todos se entienden que es cosa muy singular, para lo que espero determinará sus Altezas para la conversión dellas á nuestra Santa Fe á la cual son muy dispuestos.» Carta á Sánchez: «Lo que es muy ventajoso para que se verifiquen los deseos de Nuestro Serenísimo Rey reducidos á que se conviertan ó profesen la Santa Fe de Cristo, á la que según mi entender están prontos y dispuestos.»

V

CITA DE OTRAS CARTAS DE COLÓN EN QUE SE HABLA DE CÁDIZ

Refiere D. Juan Bautista Muñoz, en la *Historia del Nuevo Mundo*, que merecen nombrarse por coetáneos y contener algo de útil sobre la persona y descubrimiento de Colón. Antonio Gallo y Bartolomé Senarega.

El primero, en su opúsculo *De Navegatione Columbi per inaccessum antea oceanum comentariolus*, narra como viajando á Colón y los suyos desde las Islas Afortunadas en demanda de las desconocidas islas: llega el instante *de verse*, según juzgaban, á *tantas millas de Cádiz*, en que la audacia se convierte en desesperación y se teme que podrían faltarles los víveres, si perseveraban en ir su camino adelante. Colón los amonestó para que no desmayasen, puesto que señales evidentes indicaban que en el venidero día habrían de aparecer las deseadas tierras (1).

(1) Diario de Colón: «Aquí la gente no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje, pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, etcétera. El texto de Gallo, dice: «Nec tamen usquam aut Insulæ aut aliæ terræ apparebant quanvis quadrigies Septem millia pasuum á Gadibus occidenten versus remotum esse jam esse arbitraretur.

Uno y otro escritor genoveses hablan de cálculos y observaciones de astronomía, hechos por Colón en las epístolas que, suscritas de mano propia, habían visto.

¿Y qué se deduce de todo ello? Que al describirse una escena á bordo con Colón, no contaban los marineros la distancia de España en que creían hallarse desde Palos ó la barra de Saltes, *sino desde Cádiz.*

¿Y por qué? Porque de Cádiz había verdaderamente tomado el rumbo.

VI

Pero sigamos en la investigación de escritores y contemporáneos de Colón.

El primero que ocurre es el célebre Pedro Mártir de Anglería, de quien Fr. Bartolomé de las Casas dijo que á ninguno se debe dar más fe que á él en las cosas del Nuevo Mundo, pues lo que en ella dijo tocante *á los principios, fué con diligencia del mismo Almirante, descubridor primero á quien habló muchas veces* (1). D. Martín Fernández Navarrete escribe que «es otro de los coetáneos que deben consultarse, porque trató á Colón con intimidad aun antes de la conquista de Granada, y se halló presente en Barcelona cuando le recibieron los Reyes de vuelta de su primer viaje... informábase de él mismo y de otros que le acompañaron acerca de todas las ocurrencias» (1).

La autoridad de Pedro Mártir en los sucesos primitivos del descubrimiento del Nuevo Mundo, no puede ser negada ante las aseveraciones que hemos transcrito.

Pues bien, en 1493, recién llegado Colón á Barcelona, supo de los labios de este Mártir lo que en el viaje le había acontecido. La transmisión de sus palabras sobre el punto definitivo de su partida, dice muy bien que fué de Cádiz y no de Palos. Así lo escribe Pedro Mártir al conde de Tendilla y al Arzobispo de Granada. «Desde Cádiz hacia Occidente.» Ascanio Sforza ó Sforcia, Cardenal y Vicecanciller. Así más tarde en sus *Decadas.*

Pero no puedo condenar al olvido lo que el mismo Sr. Asensio, en uno de los breves instantes que al escribir tiene de entusiasmo, dijo de Pedro Mártir en su *Historia de Colón:*

«Todavía estaba éste (Colón) en

(1) Insulaæ erant sex ut ipse postmodum per epistolas amicis sexpit.

(1) Insulaæ erant ut ipse postmodum ipse per epistolas scripsit.

Barcelona ó Sevilla preparando la segunda expedición, cuando el *docto y celebre* Pedro Mártir de Anglería escribía al Cardenal Ascanio Sforza, en carta que lleva fecha del mes de Setiembre de 1493, *aunque parece escrita mucho antes.*» Las cosas maravillosas de este nuestro globo terráqueo, al que da la vuelta el sol en el espacio de veinticuatro horas solamente, han sido hasta ahora como sabéis muy bien con relación á nuestro hemisferio del Quersoneso Dorado hasta la ciudad española de Cádiz; pero lo demás ha sido dejado como desconocido por los cosmógrafos; y si alguna mención se hace de ello, es muy somera é incierta. Mas ahora ¡dichoso trabajo! Bajo la protección á estos mis Reyes, lo que hasta aquí estaba oculto desde el origen primordial del mundo ha empezado á conocerse. El hecho es este. Prestad atención, Príncipe: «Un tal Cristóbal Colón, de la Liguria, despachado en tres barcos hacia aquellos lugares por nuestros soberanos siguiendo al sol hacia Occidente, *por millas más de cinco mil desde Cadiz,* llegó hasta los antípodas. No es menos expresivo el *ilustrado escritor* en algunas otras de sus cartas. *Verdad es que viviendo en la corte, en aquellos dias, siendo testigo de los sucesos, participaba del entusiasmo general; escuchaba todas las conversaciones y se hacía eco de cuanto en la ciudad se propalaba.*»

Seguramente á haber leído el señor Asensio mi folleto, no hubiera incluido esta noticia encomiástica de Pedro Mártir de Anglería, y se hubiera guardado muy bien de poner la parada de Colón *desde Cádiz* tal como la consiga Pedro Mártir.

La carta de Santángel estaba impresa en Sevilla y Barcelona el año mismo de 1493. De la carta del Tesorero Sánchez, publicada en Roma, había ejemplares en Barcelona.

Y de los Reyes y Príncipes y de los palaciegos, ¿qué pudo aprender Pedro Mártir? ¿Qué del Almirante para resolver las dudas entre una carta en que no se fijaba el punto de salida y otra en que se decía que fué de Cádiz? Aparte de esto, el insigne literato milanés había conocido á Colón antes en el Real de Santa Fe y luego en la corte; había seguido todos sus pasos y era notorio que la expedición, por orden de los católicos esposos, se ordenaba y había ordenado en el Puerto de Palos. Si esto es verdad, como verdaderísimamente lo es, no cabe opinión contraria en que una causa poderosa compelió á Pedro Mártir á declarar repetidamente en sus cartas la salida de Cádiz y luego en sus décadas. Tenemos, pues, una clara afirmación de lo que en Barcelona se pensaba acerca de estos extre-

mos.—¿Cómo es posible que Pedro Mártir no preguntase á Colón si era evidente que en la carta á Sánchez había escrito lo de haber tomado *desde Cádiz* el rumbo? La versión de Cosco hubiera quedado desautorizada. Con razón, aunque contra su voluntad, el Sr. Asensio escribía «que Pedro Mártir *escuchaba todas las conversaciones* y *se hacía eco de cuanto en la ciudad se propalaba.*» Pero, ¡oh poder de la verdad! El Sr. Asensio, en otro pasaje de la historia, dice «que Pedro Mártir conoció al Almirante antes y presenció su entrada triunfal en Barcelona, testigo de vista de cuanto refiere.» Y en otro lugar añade: «Conoció á Cristóbal Colón y pudo escuchar de sus labios algunas noticias, recogiendo otras de testigos presenciales.» Pues este literato é historiador es el que después de la epístola al Tesorero Sánchez afirma la veracidad de la salida de Cádiz.

Todo lo contrario se asegura como si se hubiera visto, en la confianza de que el lector prestará crédito á las patentes veleidades y á la mal briosa hostilidad del escritor Sr. Asensio.

Prosigamos: Ya se ha visto, cual corrobora la carta traducida por Cosco, un autor contemporáneo testigo de las acciones y dichos de Colón en Barcelona, depositario ó penetrador de sus secretos, compasivo ante sus trabajos é intérprete de sus voluntades, como Mártir de Anglería, según Zurita, «muy conocido del Rey y favorecido de la Corte.»

Pues vamos á otro coetáneo igualmente: á Rafael Maffey, Volaterrano por ser natural de Volaterra, gran literato y geógrafo, que falleció en 1506 poco después del Almirante. Por las cartas y obras recibidas de España, estaba muy enterado de lo que ocurría aquí y en las Indias, y ¿de dónde pone la salida? ¿De Palos, acaso? No: de Cádiz, como punto de partida.

El Sr. Asensio dice que en lo que llama mi obcecación he debido acudir á los historiadores del Almirante, y como el primero ó patriarca fué Pedro Mártir, preferí á éste, y éste ya se sabe que como literato y como cronista (en ambos conceptos se entiende) me aseguró lo mismo, esto es, que Colón partió de Cádiz, y queda esto por lo pronto aquí.

Con perdón del Sr. Asensio, casi toda la docta Italia del siglo XIV, como cosa inconcusa ha creído en la salida de Cádiz, y el alemán Munster, y el aviñonés Paristol, y tantos y tantos otros.

Francisco Tarafa, canónigo de Barcelona, habla del descubrimiento de América, y cita á Pedro Mártir: esto es, que lo sigue en todo, y

entre ello en la primera expedición desde Cádiz.

El cardenal Baronio, en su *Historia de la Iglesia*, es partidario de esta salida, como que tenía por modelos en las cosas de Indias á Pedro Mártir y á Benzoni. No citan más personas en el siglo XVII, el Dr. D. Martín Carrillo, en la *Historia General*, y Natal Alejandro, en la *Historia Eclesiástica*, ni se apoyan el uno en la carta al Tesorero Sánchez y el otro en las décadas de Pedro Mártir.

Lucas Wadingo, el historiador de la religión de San Francisco, fija en Cádiz la salida, y en Cádiz el jesuíta Juan Bucieres, en el *Ramillete de flores historiales*.

Por último, en el siglo XVIII, Lamartinière, en su *Gran Diccionario*, pone la partida en Cádiz, al tratar de América, y reconoce y designa, al recordar luego á Palos, que de Palos se había verificado, como acto precursor al del otro.

He aquí cómo la idea no se había perdido con el transcurso del tiempo ni con la de la salida única de Palos y que referían algunos escritores, olvidando del todo la de Cádiz.

Observaciones sobre el *Diario* de Colón. No dice que pasara directamente la escuadrilla para Canarias desde Palos.

El Sr. Asensio, firme en su empeño de hacer como que refuta mi folleto, no vacila en alterar textos y en prevenirse con erróneas citas.

Tiene valor de decir que el *Diario* de navegación del Almirante, en los *primeros días, no fué extractado, sino copiado á la letra*, por Fr. Bartolomé de las Casas.

Y he aquí que el sábado 4 de Agosto (segundo día de navegación) se *extracta brevísimamente*, diciendo que «anduviera al Sudoeste... cuarta del Sur», y el domingo 5 «anduviera su vía entre dos noches más de cuarenta leguas.....
.....
....»

¡Y esos fueron los primeros días! En citas tales funda el Sr. Asensio sus frágiles y pueriles pensamientos, como sagaz crítico de ventaja.

Cierto, no, poco es, sino ciertísimo que Colón, en el preámbulo de su *Diario* de navegación dirigido á los Reyes, dice que partió del puerto de Palos á tres días de Agosto *antes de la salida del sol con media hora y llevó el camino de las islas de Canarias*. Se ve que no hubo *detención alguna en el camino*, según este relato.

Pues seguidamente escribe en el *Diario* que no se movió de la barra de Saltes para entrar en el Océano hasta cerca de *cinco horas y media*

después, á las ocho. Recuérdese que media hora antes, la amanecida, por Agosto viene á ser sobre las tres y media de la madrugada.

Como si yo negase ó hubiese siquiera pensado en negar que de Palos, Colón, con sus tres carabelas no se hizo á la mar, herejía histórica en que no he incurrido, el señor Asensio me copia, en refutación de lo que no he dicho, lo escrito por Colón en su *Diario*.

Y bien, ¿y qué? *Llevar el camino á Canarias* no es asegurar que no tocó accidentalmente en otro puerto como escala.

Harto conoce el Sr. Asensio que el asunto no está claro. Por eso apela al testimonio de la dudosa y poco auténtica historia de D. Fernando Colón y al P. Fr. Bartolomé de las Casas, para decir que las carabelas pusieron el rumbo *directamente* á Canarias. Pero en los dos textos de Colón falta ese adverbio. Entremos, pues, en el análisis de otras cosas. El Almirante empieza el *Diario de navegación* ocultando la verdad de lo que le estaba sucediendo.

La gratitud hacia los Reyes por una parte, en los momentos de ver cumplidos sus deseos de que se diese á la vela la expedición, el espíritu de benevolencia que lo animaba hacia todos y todo, y la satisfacción propia de aquéllos que se ven lisonjeados por la suerte, le hicieron prorrumpir en grandes encomios porque los Reyes dispusieron que con *armada suficiente* partiese á los descubrimientos: que armó tres *navíos muy aptos* para semejante fecha: que fué muy abastecido de *muy muchos mantenimientos* y *mucha gente de la mar*. Todo esto con entusiasmo consigna, y poco verídicamente.

Pero los desengaños le fuerzan al cabo á escribir todo lo contrario á los Reyes mismos. Léase lo que dice en su *Diario:*

«Si no fuera por *la traición del maestre* y *de la gente* que eran todos ó los más *de su tierra*, de no querer echar el ancla para sacar la nave, como el Almirante les mandaba, la nave *(Santa María)* se salvara.»

«La nave diz que era muy pesada y no para el oficio de descubrir y *llevar tal nao diz que causaron los de Palos, que no cumplieron con el Rey y la Reina lo que le habían prometido, de dar navíos convenientes* para aquella jornada y no lo hicieron.»

Las quejas no pueden ser más terribles contra las gentes de Palos, á quienes se acusa de traición, de desobediencia y de haber faltado á cuanto prometieron de dar para la empresa «*navíos* convenientes».

Prosiguen las acusaciones:

«Dice más el Almirante, *que ha-*

cían agua mucha las carabelas por la quilla y *quéjase mucho de los calafates que en Palos las calafatearon muy mal*, y que cuando vieron que el *Almirante había entendido el defecto* de su obra y los quisiera constreñir á que le enmendaran, huyeron. Pero no *obstante la mucha agua que las carabelas hacían*, confía en Nuestro Señor que le trujo, le tornara por su piedad y misericordia.»

¡Cómo se callan algunas de estas cosas varios historiadores! ¡Qué parcialidad por los de Palos, es decir, por los más de ellos. En vano las escribió Colón. Se ha querido trazar de sus hechos cantos épicos contra las verdades estampadas por el Almirante. Todo había cambiado, pues, en el ánimo de Colón: los sufrimientos y las experiencias, lo pusieron en el caso de no disimular más. Y aún quieren ocultar aquéllos sin cuidarse de dejar por mentiroso á Colón, negando á la posteridad los males que le ocasionaron. Esto no es historiar, sino poner convencionalidades en la historia.

Agregáronse á éstos los procederes de Martín Alonso Pinzón, inteligente piloto y sin cuyo influjo la expedición quizás no habría salido.

En el citado *Diario*, con las más agraviadas frases, los pinta en esta forma:

«Los que puso en las carabelas por capitanes eran hermanos, conviene á saber Martín Alonso Pinzón y Vicente Anés (Yañez Pinzón) y otros que les seguían con soberbia y envidia, estimando que todo era suyo... no obedecían sus mandamientos, antes decían muchas cosas no debidas contra él... Así *que por salir de tan mala compañía*, con los cuales dice que cumplía disimular, aunque *gente desmandada*, y aunque tenía diz que *consigo* muchos hombres de bien, pero no era tiempo de entender en castigo...

»No quiere más enojo con aquel Martín Alonso hasta que sus Altezas supiesen las nuevas de su viaje y de lo que ha hecho, y *después no sufriré* (dice él) hechos de malas personas y *de poca virtud*, *las cuales contra el que les dió aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.*»

Toda malquerencia con la gente de Palos, si antes más ó menos disimulada por la conveniencia de la empresa en no mostrarse quejosos, ya no podía el Almirante dejar dentro de los límites del sufrimiento.

Así es que en el *Diario* borra de hecho todas las alabanzas que en su primer entusiasmo escribió en el preámbulo y queda declarada por Colón guerra justísima á muchos de los principales de Palos, lo que no obstó para que fuese á ese puerto á dar á Dios las más afectuosas

gracias, y cumplir los votos como fielmente correspondía á su mucha cristiandad. Pero desde este punto sus cuentas con aquellos de Palos, que no guardaron lealtad ni consideración, quedaron cortadas.

Examinemos las causas del silencio del *Diario de navegación*, referente á la escala mayor ó menor de la escuadrilla en Cádiz ó á la boca del puerto de Cádiz.

Fr. Bartolomé de las Casas omitió aquélla al conservar en extracto una parte del *Diario* por inadvertencia, ó no dando importancia al hecho, ó Colón en su primitivo entusiasmo por la gente de Palos quiso que toda la gloria de la jornada recayese absolutamente en aquella villa, aunque fuese en ofensa de la verdad por una ley mal entendida de agradecimiento.

Nada tiene de extraño que eso y lo otro aconteciesen en la trabajada vida de Colón. Bien es, que obligado de las circunstancias y en la empresa de no desalentar á los tripulantes, procurase desorientar á los pilotos, contando él muchas menos millas de las que ocurrían, á fin de desautorizarles, por medio de este ardid, sus observaciones. Hizo lo contrario luego; y según el extracto de Bartolomé de las Casas, «diz que *fingió haber andado más camino para desatinar á los pilotos y marineros, que carteaban para quedar el Señor de aquella derrota de las Indias como de hecho queda, porque ninguno de todos traía su camino cierto, por lo cual ninguno puede estar seguro de su derrota para las Indias.*»

Colón sabía fingir cuando convenía á la seguridad de sus intentos, y procuraba que perdiesen el tino pilotos y marineros en seguimiento de la cierta derrota á Indias. Véase si pudo encubrir su verdadero camino.

Pero de cualquier manera que fuese, desobligado como según sus repetidas palabras, llegó á creerse de todo punto con los de Palos, que en su mayoría tantos agravios le habían inferido, escribió al Tesorero Sánchez que su salida fué de Cádiz en testimonio de verdad sincera.

Así quedó aclarado que lo de Palos no pasó de un viaje de un puerto á otro, y no más para seguir de éste el rumbo de Canarias.

Los Reyes quedaron de este modo advertidos de que en vano podría insistirse en otra salida de Palos.

Al fin habría que tomarse para más seguridad desde Cádiz el rumbo.

Cádiz fué el punto predilecto para la ida y vuelta en la mente de Colón. Eso acaeció en el viaje se-

gundo. De la bahía salió el socorro de tres carabelas al mando de Pedro Alonso Niño, para la Española. En tercera expedición, Sanlúcar de Barrameda obtuvo la preferencia; «el regreso del Almirante en cadenas ocurrió en Cádiz: la postrimera expedición dió en Cádiz las velas al viento».

El influjo grande de Colón para evitar que gentes de Palos se apoderasen de la navegación de Indias, consta en dos hechos muy notables: primero el planteamiento de una Aduana en Cádiz, para entender en aquella, y sobre todo, la Real cédula de 3 de Mayo de 1495 para que cuantos tratasen de ir al descubrimiento de islas y tierra firme, habrían de embarcarse precisamente en las aguas de esta ciudad y volver al mismo puerto sin tocar en otro alguno, donde debería entregarse la parte correspondiente á los Reyes.

Hasta algunos años después, Vicente Yáñez Pinzón no consiguió permiso para emprender nuevos descubrimientos, y eso cuando había decaído el concepto del Almirante. Otro tanto acaeció á Diego de Lepe.

Eso no quitó para que algunas gentes prácticas y buenas de Palos y otros puntos de la provincia de Huelva, utilizase Colón en sus expediciones como brazos auxiliares.

VII

ASCANIO SFORZA Y PEDRO MÁRTIR

Ya consta que escribió éste á Ascanio María Visconti Sforza, hijo del duque de Milán, diácono cardenal de Santos Vito y Modesto, Obispo de Pavia y de Cremona, dándole con viveza eficaz y afán instante, cuenta del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ejercía cerca de Alejandro VI el cargo de Vice-canciller. Fr. Onofre Panvinio, en la vida de este Papa, lo acusa de haber sido el cardenal Ascanio, uno de los por él sobornados para ascender á dignidad tan suprema.

De esta causa hay que inferir fielmente que Pedro Mártir se apresurase á comunicar, como un servicio importantísimo á Ascanio, tales nuevas, según nos ha dicho el señor Asensio.

Pero ahora pésele ó plázcale, tiene que darse por convencido de que Cádiz fué el punto que señala Pedro Mártir como el del primer rumbo que llevó Colón para el Nuevo Mundo, á pesar de su tan aparente y segura confianza en lo contrario.

Y mal se pueden avenir los extremos de que Cosco, por un hasta ahora inexplicable capricho, pusiese

en su traducción la salida de Cádiz, y que al propio tiempo desde España y alcázar de nuestros Reyes y desde el Vaticano, se cruzasen ejemplares impresos acerca de la carta de Colón á Gabriel Sánchez, y ahora de la manuscrita al proponente Vicecanciller de Alejandro VI, conviniendo todos en lo mismo y sin que sea posible confabulación ó acuerdo en que no aparecen el por qué, ni el para qué. El acaso no inventó esta coincidencia. Hay que apelar á un tercer documento de donde emanen todos como regla de criterio infalible. Ese es el original de Colón que no se conoce, pero que está suplido por las afirmaciones de quien repitió sus palabras, ya al mismo cardenal Sforza, ya al conde de Tendilla, ya al arzobispo de Granada, ya en su Década de las Indias que el gran León X se hacía leer en el Palacio de los Pontífices.

Poéticamente bello es el cuadro de Palos y la Rábida; los auxilios decisivos de los Pinzones y la celda ó celdas de Fr. Juan Pérez ó Fray Antonio Marchena, cuestión incomprensible hasta hoy, de dos religiosos que se creían uno, pero que aunque todo eso sea verdad, no puede quitar ni quita la de que de las aguas de Cádiz hiciera rumbo la expedición á Canarias.

Hay, pues, necesidad de que la crítica se ejerza sin encariñamientos y sin ilusiones inocentes. En la historia, la verdad antes que todo, y más cuando las amables tradiciones están por sí mismas ligadas.

Unas cosas no vemos por lejanas, y si se ponen junto á los ojos no las distinguimos por cerca.

La razón es como la nave de Ulises, que pasa segura el estrecho de Faro.—Hasta ahora no veo motivo para dejar de considerarme vencedor en esta lid, y no sólo vencedor, sino ileso.

VII

LAS FUNDACIONES DE PUERTO REAL

Cuando los puertos de la costa de Cádiz estaban todos bajo el señorío de magnates, los Reyes Católicos quisieron poblar uno para sí en tierra de la Matargorda, término de la ciudad de Jerez de la Frontera, «con buen puerto grande y seguro para los navíos.»

En Córdoba, el 18 de Junio del año 1483, se dió la carta-puebla.

El año de 1492 ya la pequeña Armada de Colón surcaba las olas del Océano.

Antes de retornar á España, erigió Colón una torre ó castillejo de tierra que llamó de la *Natividad*. Un puerto de los contiguos denomi-

nóse *Puerto Real* (1). Juan Ginés de Sepúlveda dice más:

«Que Martín Alonso Pinzón desaprobó que se dejase aquella fortaleza con tan poca gente, cosa que llevó muy con ira el Almirante, por lo que con cierto recelo se apartó con la *Pinta* y se tornó á *Puerto Real*, al que halló bastante cómodo Colón cuando quiso cognominar así (2). En el segundo viaje, teniendo por azaroso el sitio donde estuvo la torre de la Natividad, trasladó á mejor puerto la colonia hacia Bajayá, designándola por *Puerto Real.*

Conste que en toda la expedición primera no hay autor que asegure haber Colón dado el nombre de Palos á surgidero alguno, como recuerdo de haber salido de aquel puerto la expedición exploratoria. *Puerto Real* es el que puso el Almirante al sitio más *inmediato á la torre fortificada*, *primera* que se erigió en el Nuevo Mundo.

Véase cómo una pequeña población, de tan poco tiempo fundada, vino á servir de nombre y cumplimiento de un deber de gratitud.

(1) «Dejando hecho un castillejo de tierra y madera en *Puerto Real* y en él 38 españoles con el capitán Rodrigo de Arana... Y con todos los españoles se partió con las dos carabelas desde Puerto Real.» *Tomo* XIV *de la colección de documentos de Indias. Apuntaciones de la Historia del descubrimiento de la Isla de Santo Domingo.* «Es en realidad á la que el Almirante viniendo de *Puerto Real*, que se halla más al Oeste, dió el nombre de Monte-Cristi.» *Idea del valor de la Isla Española*, etcétera, por D. Antonio Sánchez Valverde.—Madrid, 1785.

Para prueba mayor de la verdadera importancia de Puerto Real, véase lo que en el asiento con Berardi, sobre el flete de doce navíos (Valladolid, Abril, 9, 1495), se dice: «Se le haya de dar la cargazón de dichas toneladas en el Puerto de la ciudad de Cádiz ó en Puerto Real á la lengua del agua, según se acostumbra en Cádiz.»

(2) Tan terminantemente lo asegura Juan Ginés de Sepúlveda. De *Orbe Novo.*

VIII

OPINIÓN DE MARINOS ILUSTRES Y OTRAS PERSONAS SOBRE EL PRIMER RUMBO

Hasta el año 1825 no se ha formado una carta del Océano Atlántico occidental, con los derroteros que siguió D. Cristóbal Colón hasta su recalada á las primeras islas que descubrió en el Nuevo Mundo, trabajo digno de sumo aprecio.

Don Martín Fernández de Navarrete, que entonces era Director interino del Depósito Hidrográfico, quiso que esta carta sirviese de ilustración á su libro acerca de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.

El sabio literato y marino, con el dictamen y consejos de otros marinos distinguidos, hizo su profundísimo estudio. Puede decirse que la

marina española ha dado su fallo en todo lo referente á esta carta.

¿Cómo señala la primera expedición este documento tan importantísimo? La salida es de Huelva, vía recta á la altura de Cádiz, de donde toma el rumbo para Canarias por frente á la costa de Marruecos.

Así se encuentra estampado y de un modo indubitable.

Este rumbo es el mismo que don Antonio del Monte y Tejada ha puesto en una carta geográfica semejante que acompaña al tomo I de la *Historia de la isla de Santo Domingo* (Habana, año de 1851): la partida vía recta desde la barra de Saltes á la altura ó vista de Cádiz, y después tuerce la vía á pasar por delante de las costas marroquíes en demanda de las islas Canarias.

Dos ediciones ha hecho de la *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente, la casa Montaner y Simón, editores de Barcelona, una en folio y otra en 4.°, con más ó menos exactitud. En ambas consta la salida de Huelva, pero no tomando el rumbo á las Canarias, sino desde la *altura de Cádiz*, consignándose que esta carta es, según D. Martín Fernández de Navarrete, publicada por Octavio Neusel.

La casa Seix, de Barcelona, ha hecho una rica edición de la *Historia de la vida de Colón*, por el conde de Rosselly, con amplísimas ilustraciones. En dos estampas reproduce el mismo derrotero.

Ya ven nuestros lectores cuán poca viene á ser la diferencia de la interpretación dada al *Diario de navegación del Almirante*, á lo que afirma el traductor (Leandro de Cosco) de la famosa carta al Tesorero Gabriel Sánchez y á lo que corroboran terminante y repetidamente los dos sabios coetáneos de Colón, Pedro Mártir de Anglería y Rafael Maffei (Volaterrano).

IX

Á LAS ÚLTIMAS PALABRAS

«Si Castro—dijo—se sintió conmovido por las palabras de Cosco, á la mano tenía muchos historiadores de Colón para desvanecer su error, si era necesario».

Tal escribe el Sr. Asensio. Resulta de esta formidable cláusula que ha mirado mi folleto desde una celsitud tan grande, que no ha distinguido en él que uno de los más fuertes apoyos de mis opiniones está en el primero y clarísimo historiador de Indias, Pedro Mártir de Anglería, citado dos veces allí, como en el presente y en la misma forma.

Hablando con mi genial franqueza, historia por historia, para asuntos de esta importancia prefiero la de aquél que habló con Colón y con compañeros de sus expediciones, á la del Sr. Asensio, que no ha tenido el gusto de conocerlos sino de oídas, y envueltos en las nieblas de los siglos y de las preocupaciones.

Al conde de Tendilla con el arzobispo de Granada, ¿quién dió las primeras nuevas de la expedición de Colón, tomando desde Cádiz el rumbo á las Canarias? Pedro Mártir. Aquí no caben arbitrarias interpretaciones. Transcurrieron los años desde 1493 al 1511.

Admirador de este literato el Conde, dentro de tal periodo le pidió el manuscrito de sus principales obras para entregarlas á la estampa. Mucho en su tiempo se hablaría de la salida de Palos, y muy seguro es que se completaría también la noticia con la inmediata de Cádiz. A no hallarse aunada, ¿cómo no llamó la atención sobre el hecho para que su amigo lo rectificara en la primera de sus *Décadas* de Indias, en que asegura que *de Cádiz* se vino á comenzar el camino?

Pasemos á argumento más poderoso. ¿No fió el Conde el cuidado de la edición de las obras al célebre humanista é historiógrafo de los Reyes Católicos, Antonio de Lebrija, el cual lo engrandeció con un prólogo?

Surge ahora la misma dificultad. A ser falsa la cita, ¿cómo pasó desapercibido un error tan notorio?

Las obras se imprimían en Sevilla, con la casa de contratación de Indias, allí, con la frecuencia de armadores y pilotos en esa ciudad, y lo que es más, con tantos y tan reiterados viajes de compañeros en el primero de Colón, como Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón, García Hernández el médico de Palos, y otros testigos de los hechos, que hasta sobrevivieron muchísimos más años. ¿Nadie habló por casualidad sobre este punto con quien pudiera desvanecer el yerro, caso de que hubiese existido?

Pedro Mártir de Anglería continuó en su porfía: el conde de Tendilla sin enterarse de nada y Antonio de Lebrija indiferente, aunque la opinión pública dijese lo contrario.

De donde hay que maravillarse, ó de que aquel siglo viviese en tal ignorancia acerca de tan públicos hechos, ó de que en el decirse que emprendió Colón desde Cádiz el rumbo definitivo hay una gran verdad, sin embargo, del más entonado criterio del Sr. Asensio, para quien nada valen historiadores

geógrafos y literatos contemporáneos del Almirante ó del subsiguiente siglo.

Colón, en su *Diario*, pudo haber omitido lo de la recalada á Cádiz, porque así le agradó, pero omitir no es negar.

Don Fernando Colón dicen que dijo que partió *en derechura* de Palos á Canarias; pero éste es autoridad ya pasada y cadente. El autor que asegura que Colón fué sepultado en la Catedral de Sevilla con este lema, que hizo poner el Rey Católico:

A Castilla y á León
Nuevo Mundo dió Colón,

cuando el lema, según Gomara, perteneció al escudo de armas del Almirante y cuando el cadáver de éste se depositó en la Cartuja, no tiene trazas de poderse llamar hijo del descubridor del Nuevo Mundo, porque habría sido entonces un hijo que ignoraba la historia de su padre.

¡Y el Sr. Asensio mira su dicho como artículo de fe!

Lo mismo podemos escribir del Obispo de Chiapa en cuanto asegurar también lo de *en derechura*. Recuerdo que tratando de Pedro de Alvarado, decía Bernal Díaz del Castillo: «Yo no lo creo ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese, *puesto que lo dice el Obispo Fray Bartolomé de las Casas aquello y otras cosas que nunca pasaron*».

El Sr. Asensio se ha olvidado de lo mejor, y es lo mejor el olvido de sus propias palabras.

Dice que entre los libros de don Fernando Colón, en la catedral sevillana, está la obra de Pedro Mártir de Anglería.

Y he aquí que, en prenda de cariño al padre y al amigo é historiador del padre, hizo D. Fernando poner encuadernado con el libro un pliego en que se ven dibujadas, por mano de Cristóbal Colón, las tres carabelas del primer viaje, objeto de la veneración pública.

¿Dice algo en observación como las que D. Fernando acostumbraba, antes, después ó al margen de la década primera, negando ó poniendo enmienda á la afirmación de Pedro Mártir respecto á haber *de Cádiz* tomando el rumbo el Almirante?

Completo silencio, y por tanto, confirmatorio, porque téngase muy en cuenta que esas naves vinieron á saludar las altas torres de Cádiz á su paso para el Nuevo Mundo, y puestas en esa obra venían á ser la ilustración más inequívoca de la verdad de las palabras del autor milanés.

Si nada dice esto al criterio, le-

vantemos un ara de respeto á la rutina.

Dos años antes de publicarse por D. Juan Bautista Muñoz la celebrada primera parte de la *Historia del Nuevo Mundo*, todavía (Roma, 1788) en la *Suite de l'histoire universelle, de Monsieur l'Eveque de Meaux*, se escuchan estas palabras: «Después de haber ejecutado estas grandes cosas, Cristóbal Colón, genovés, *partió de Cádiz para llevar la gloria* de su nombre á un Nuevo Mundo y establecer al mismo tiempo su dominación.»

CONCLUSIÓN

Cádiz, en los anteriores siglos modernos, ha debido toda su preponderancia mercantil al descubrimiento de Colón. Es la ciudad que tiene mayores deberes de gratitud para con el Almirante. El Ayuntamiento de Cádiz me confió la defensa de su primera gloria en aquel suceso, y hasta ahora no he desmayado ni pienso desmayar en la empresa.

El Sr. Asensio lo ha creído fácil. No es extraño. Mi ilustrado adversario reproduce en su libro la vista de la Giralda, pero con el anacronismo de poner toda la parte de las campanas, no como estaba en tiempo de Colón, sino como se reformó muchos años después, descuido que notarlo me facilita la ocasión de decir algo que pueda ser oportuno.

Suelen subir algunos á la Giralda, y al verse en alturas tales, forman inconscientemente más idea de la elevación propia que de la grandeza de los pensamientos que puede promover en los ánimos aquella vista. Limitada ésta por horizontes coronados de cerros, enriquecida por la alternativa del río que serpentea en la dilatada campiña, todo es relativamente grande y todo relativamente pequeño.

En Cádiz, desde la menos importante torre, al divisarse nuestro mar, ya hermoso en su calma, ya agitado por el viento y ya espantosamente iracundo por las tempestades, nos acostumbramos á la contemplación de aquella inmensidad admirable, y no comprendemos que nada puede ser grandioso sino tal como aquello mismo que estamos viendo, á menos de que la demencia ó una réproba voluntad no se haya apoderado de nosotros.

Desde remotos tiempos se usa por hombres doctos decir que la historia es un mar. Llamémoslo así nuevamente. Hay antiguos marinos que viven en las costas y saben co-

nocer desde lejos, más lejos y cuán lejos puede ser el nombre del buque que apenas se distingue, y con su práctica no suele quedar confundido entre las olas. Podrán contender otros marinos sobre la certidumbre ó no del barco que se indica ó que se espera, pero casi siempre la razón dirá al anciano marino: «La experiencia no te ha engañado.»

ADOLFO DE CASTRO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Estado general de los pueblos europeos.—Sus respectivos sistemas de política interior y de política exterior.—Los presupuestos del trabajo y los presupuestos del combate.—Incompatibilidad entre ambos.—Portugal.—Necesidad que han tenido los republicanos revolucionarios allí, de convertirse en republicanos evolucionistas.—España.—Cómo debe predominar en ella el interés económico sobre todos los intereses.—Francia.—El movimiento proteccionista y el movimiento anti-católico.—Alemania.—El Emperador Guillermo y el canciller Caprivi.—Austria.—Guerras patentes entre sus razas y nacionalidades diversas.—Oriente.—Caracteres de los soberanos danubianos.—Rusia é Inglaterra.—Sus contradicciones irremediables.—Conclusión.

I

Comencemos el año y dispongámonos á historiarlo. El registro, recuento, fijación, como quiera llamársele, de los hechos piden un punto de partida segurísimo; y ninguno, tan claro y concreto, como el señalamiento de la situación particular en cada pueblo tal como se halla hoy constituido. Así, al mirar la tarea correspondiente á este año que comienza, é inscribir por quincenas todos sus hechos, importa y conviene definir el estado político interior de cada nación en una verdadera síntesis y correlacionarlo con su política extranjera, mediante lo cual presentaremos las dos fases de su espíritu y los dos términos de su ideal. Hay pueblos en quienes el Estado se deriva, por un unánime sentimiento, de la sociedad, como el pueblo inglés entre los monárquicos y el pueblo helvecio entre los republicanos, cual hay pueblos en quienes el Estado pugna con una parte considerable de la opinión general, como el pueblo ruso entre los monárquicos, donde la gente superior é intelectual se da por completo al nihilismo en su desesperanza de conseguir por modo legal y pacífico la libertad, ó como el pueblo francés entre

los republicanos, donde una parte de la opinión, quizás, al revés de Rusia, la inferior intelectualmente, no quiere, vueltos los ojos á pasados tiempos, las nuevas instituciones democráticas, incontrastables á pesar de tal disentimiento, como se probará en el transcurso de una larga y reveladora experiencia. Pues cual hay pueblos en armonía y concordancia con su Estado, y pueblos en pugna; también hay pueblos devotos á una política extranjera muy lógica y natural en ellos, mientras hay pueblos devotos de una política extranjera completamente arbitraria. Cuadra con las necesidades múltiples de Alemania el apego al Austria, no obstante haber disminuido á ésta en su territorio tantas veces y haberla reemplazado á la cabeza de una confederación como la germánica, conforme con seguir á la vieja dinastía del gran Carlos V por el amor de aquellos príncipes, magüer luteranos en gran parte, á las tradiciones del mundo feudal y á las obras del tiempo histórico. Sin esta grande alianza entre Austria y Prusia no podrían una y otra guardar sus respectivas tutelas sobre las sometidas razas esclavonas; conjurar al Oriente la enemiga de Rusia y al Occidente la enemiga de Francia; prepararse y apercibirse á recoger una gran parte del cuantioso patrimonio que dejará en su próximo abintestato la Turquía. Lógica la inteligencia y alianza entre Austria y Alemania resultan ilógicas las alianzas de Francia con Rusia y de Italia con Austria. Naciones mediterráneas las dos naciones latinas, particularidad á que deben sus respectivas culturas, están ambas á dos en el caso de comprender que Austria y Rusia de consuno aspiran al predominio en el Mediterráneo, y que aspirando á este predominio las dos en sus luchas, cualquiera de ellas que triunfase, amenguaría de seguro á sus rivales, disputándoles aquella felicísima posición que les toca en el codiciado mar, cuyas riberas guardan en su seno y ofrecen á las generaciones con todos los prestigios del arte y con todos los arreboles del ideal todas las ventajas propias de su activo comercio como todos los productos de su feraz y bendecida tierra.

II

Grande anomalía la política exterior de Francia é Italia; pero no menor anomalía el estado guerrero coincidiendo en Europa entera con el estado industrial. Notadlo; y permitidme lo vulgar de la frase, por

lo exacta: Europa quiere cazar dos liebres de un tiro, quiere prosperar la condición de sus trabajadores y aumentar el número de sus soldados con un solo presupuesto. Aquí, en tal situación, lo mismo pecan los dos pueblos, el alemán y el francés, aunque tenga este último excusa ó explicación á tales procederes en su carácter de ofendido por la victoria y de mermado por la conquista, pues uno y otro presentan leyes relativas al estado de los trabajadores muy caras todas ellas y leyes relativas al número de sus soldados más caras todavía. Si necesitamos un presupuesto de trabajo, no podemos pensar en un presupuesto de conquista; y si necesitamos un presupuesto de conquista, no podemos pensar en un presupuesto de trabajo. Anúlanse unas partidas á otras. El pueblo, que ha de conquistar, debe organizarse como el profeta Mahoma organizó al pueblo árabe; mientras que el pueblo que ha de trabajar, debe organizarse como el redentor Washington organizó al pueblo americano. El presupuesto de los combates debe ser uno; y contrario á él por completo, de todo en todo distinto de él por lo menos, todo presupuesto consagrado al progreso y al trabajo. Tiene gracia predicar á diario la solución del problema social, buscádola con porfía en legislaciones económicas que forman ya intrincado laberinto, y luego no comprender como la mayor obra factible para semejante fin, deseado por todos los Gobiernos según dicen ellos, habría de ser el sacar á los pueblos del mundo inferior en que pelean como las especies carniceras, y abrirles por medio de una instrucción provida los cielos del pensamiento arriba y por medio de una libertad completa del trabajo, naturalmente organizado, el suelo á sus pies, que metamorfoseen los esfuerzos de los agricultores é industriales en el inmenso espacio abierto á los humanos progresos. Pero pensar en redimir al pueblo en esta organización de guerra y de conquista en que nos hallamos, paréceme tan inútil como querer la dignidad humana en el esclavo, y lejos de darle su característica primera, el derecho, recluirlo en los abismos de la ergástula y abrumarlo con el peso de la cadena. Un ejército numeroso pide un presupuesto crecido, y un presupuesto crecido pide una tributación onerosa, y una tributación onerosa pide una triste servidumbre del pueblo, sobre cuyas espaldas gravitan en último término todos los tributos. Y de aquí el peor de los males presentes, el peor, á saber, la guerra y la reacción económicas en el universo, sin excluir á los Estados Unidos, quienes bur-

lan así, con sus leyes aduaneras, el ministerio de trabajo para que fueron instituidos y forman otra de las grandes contradicciones existentes en el mundo culto y opuestas en esencia de suyo al concierto y al movimiento universal.

III

El principio capital de la economía, jamás puede compaginarse y compadecerse con el principio capital de la conquista. Mientras que para la economía, el bien de todos está en la prosperidad interior de cada uno; en la conquista el bien de los vencedores, es el mal y opresión de los vencidos. Un pueblo conquistador necesita en torno suyo pueblos débiles incapaces de oponerle resistencia, mientras un pueblo trabajador necesita en torno suyo pueblos ricos, capaces de comprarle sus productos. El pueblo conquistador se parece á viejo salvaje que cortara los árboles; de donde sacan sus pulmones oxígeno para la respiración y las venas por el alimento proporcionado en sus frutos jugo para la sangre; mientras el pueblo trabajador sabe y comprende cómo se relacionan y se completan á una la respiración vegetal con la respiración animal, y como la fauna y la flora se corresponden dentro de las universales armonías terrestres. Así vemos, por ejemplo, que la primer materia producida en este punto, cual el fino algodón, se transforma lejos por medio de la industria en lienzos; así los cafés de la zona tórrida, los thés de la remota China, los zumos destilados por la templada tierra de Jerez y de Madera, se difunden en las venas de las razas boreales y endulzan sus noches eternas con imaginaciones y ensueños del próvido y fecundo Mediodía; estando el ministerio de los Estados en toque facilísimo, en procurar la libre circulación del cambio tan difusa y tan rápida por los continentes como la libre circulación del éter por los espacios. Mas á pesar de todo esto, llano y vulgar, caemos en plena guerra económica, guerra completa y absolutamente reaccionaria. Cada línea de aduanas parece una línea de fortificaciones, apercibidas á mantener la guerra feudal y no el cambio mercantil; cada tarifa de aranceles un sitio en regla y un combate á muerte; cada presupuesto nuevo, un asalto que se dan los pueblos unos á otros, sin acordarse de que silba el vapor á sus puertas; de que necesita la locomotara impaciente arrastrar productos sin me-

dida y número; de que las máquinas piden alimento de primeras materias, las cuales no se producen por todas las zonas; de que los efluvios de ideas despedidos por la imprenta y por la cátedra libres, han de completarse con esos otros de cambios tan parecidos á la cohesión de las moléculas y tan superiores á las leyes convencionales y artificiosas que, cuando no penetran dentro de cada pueblo por aranceles bajos y por aduanas comunicativas, penetran por el contrabando y por el fraude.

IV

Bajo estas tres grandes calamidades entramos en el mundo moderno: calamidad de la paz armada, calamidad del socialismo burocrático, calamidad del combate y guerra económicos. Apestados por ellas casi todos los pueblos, pues empapan en sus miasmas los poros mismos de todos, igualmente decimos de los espontáneos retadores y de los que admitieron el reto, cómo caminan á un irremediable retroceso, contrariando la confederación universal que forman los pueblos por sus cambios, y de los que resultan mensajeros y cumplidores los buques mercantes diseminados por el mar inmenso. Y dicho esto, vamos á particularizar el respectivo estado de cada pueblo, comenzando por los dos que más de cerca nos tocan: Portugal y España. En aquél un poco se ha calmado ahora la grande agitación revolucionaria, suscitada por las violencias de Inglaterra y por las complicaciones coloniales. Durante algún tiempo creyeron variarlo todo los que imaginan cosa tan fácil cambiar el estado político en un pueblo como cualquier decoración en un teatro, y alzarse á nuevas formas, las más progresivas, y á nuevos adelantos políticos por el medio fácil de captar cuatro soldados y un cabo, que, por súbita é improvisada manera, los llevasen á ellos del cuartel subvertido al Gobierno nacional. Parapetábanse para esto, con ejemplo tan deslumbrador como el ejemplo de su antigua colonia, el Brasil, olvidando que la República se fundó allí el día mismo de la proclamación de su independencia nacional y que la incomprehensible y mitológica y antinatural existencia de una Monarquía ficticia y aparentísima, tanto tiempo sólo puede comprenderse por la perduración de un instituto, como la esclavitud negra, cuya ruina irremisible impuesta por la conciencia universal, trajo consigo

la destrucción del privilegio de los privilegios, por la destrucción del abominado y abominable privilegio que personificaba D. Pedro, el último de los Braganzas. Ni el estado moral, ni el estado mental, ni el estado fisiológico de la tierra y de la gente brasileña se prestaban de suyo á la Monarquía, como no se prestan hoy el estado moral, el estado mental, el estado fisiológico de la tierra y de la gente lusitana, por modo alguno á la República. Así los mismos que me acusaban á mí en Portugal de traicionar la República vilmente; á mí republicano de toda la vida, por anunciarles con exactitud la frustración de sus esperanzas, y persuadirles á una política de legalidad y evolución, hánse avenido á esta política hoy con grande conformidad y han visto cómo se puede más fácilmente acalorar por medio de discursos revolucionarios á un club que transformar á un pueblo.

V

Lo que necesitan Portugal y España es reconcentrar toda su atención en el problema de los problemas, en la obra de procurarse un presupuesto nivelado y bueno. Ahí está el quid verdadero de sus dificultades y ahí la meta única de su carrera en el corriente lustro. La posición geográfica occidental nos aisla del centro europeo, y la desventaja de nuestro forzoso aislamiento debe compensarse con la ventaja de nuestra forzosa neutralidad. Jamás podríamos con satisfacción explicar cómo, no habiendo estado nunca en los repartos europeos á las maduras, procediésemos con tal imprevisión y torpeza que ahora estuviésemos á las duras. Nadie nos pagó y satisfizo el año 14 y 15 cuanto hiciéramos desde la insurrección del 2 de Mayo hasta la batalla de San Marcial contra la irrupción napoleónica y por la independencia europea, ni siquiera devolviéndonos Gibraltar, detentado con violencia y que nos pertenecía de derecho. Nosotros no hemos debido á los varios Congresos convocados en Europa durante todo el siglo para composición y arreglo de los litigios europeos favor alguno. Por consecuencia nosotros, muy satisfechos del territorio extendido entre los Pirineos y los dos mares; muy seguros del suelo nuestro en Europa y Asia y Africa y Oceanía no podemos estar á la ofensiva porque con nadie contendemos ahora, ni á la defensiva porque de nadie debemos preservarnos. Y esta magnífica situación exterior

se completa y se perfecciona con una magnífica situación interior. Nosotros no tenemos necesidad de sustraernos á tutelas extrañas como ha de sustraerse Portugal á la tutela británica; nosotros no sufrimos de las agitaciones religiosas que aquejan á Francia; nosotros no luchamos con cuestiones de Irlanda como Inglaterra; nosotros no tenemos una dificultad territorial interna como la que suscita en Italia el Pontífice, ni un partido irredentista como el que ahora en Italia sueña con la Iliria y la Dalmacia con el Trentino y con Trieste; nuestras regiones á pesar de su variedad nunca entre sí combatirán, como las regiones del Austria enemigas irreconciliables bajo el mismo techo; y nuestra unidad no habrá para mantenerse necesidad ninguna de apelar á un ejército tan extraordinario y á un armamento tan costoso como el ejército y el armamento de Alemania: la reconciliación del clero con las instituciones democráticas ha soterrado la guerra civil en los campos y el restablecimiento de todos los principios democráticos ha soterrado la revolución armada en las ciudades: no hay nada pues que temer. Nuestra neutralidad exterior se halla garantida por el respeto que inspiramos á todos los pueblos europeos y nuestra paz interior garantida por el concurso de todos los ciudadanos españoles. Hay, pues, que fundar sobre tales ventajas el presupuesto futuro, el presupuesto de la paz y de la libertad, así como hay que iniciar en esta Europa terriblemente abrumada por el número de sus ejércitos una política de radicales economías y de sucesivos desarmes.

VI

Dicho esto sobre nuestra España, pongamos los ojos en Francia. Dos movimientos de igual importancia continúan determinando su política interior y su política exterior: el movimiento proteccionista y el movimiento anti-religioso. No pueden calcular los franceses reaccionarios en economías, los puestos al frente de la reacción proteccionista hoy en boga, todo el daño que infieren á Francia con esos aisladores llamados por ellos las nuevas tarifas. El movimiento de progreso notado en Alemania hoy hacia principios más liberales que los principios sustentados por el férreo canciller Bismark y el proyecto de un zolverein entre las potencias centrales análogo al pactado entre los pueblos germanos, debe demostrar á Ferry, á Reinach,

á Meline cómo su incurable ceguera puede traerles daños tan graves en esta guerra económica como los que pudieran experimentar en una guerra intercontinental. Si yo fuera francés gritaría de continuo al oído del Parlamento republicano: nada de reacción económica y nada de supersticiones anticlericales. Uno y otro movimiento ceden por lógica necesidad en daño completo de las libertades necesarias, con tanto coste readquiridas. Cuando uno ve á radical, tan enrojecido como Goblet, idear una ley de asociaciones encaminada en este tiempo al error de poner derecho tan primitivo como aquél de juntarse los hombres para fines lícitos, á merced y arbitrio del poder público, no puede menos de reconocer y confesar que todo radicalismo encierra y contiene virtualmente los gérmenes venenosos de una irremediable dictadura. No prosperará la democracia francesa mientras crea en el fantasma de una reacción clerical como no está sana la fantasía que imagina verdaderos los duendes y los aparecidos. Tan ridículo creo yo el recelo de los republicanos franceses temerosos de que la Roma pontificia les ate á un yugo teocrático, cual el recelo de los patriotas italianos, temerosos de que la Francia republicana les restaure un día el poder temporal de los Papas. A eso únicamente se atrevería hoy la imposible restauración monárquica. Y comprendiéndolo así el desatentado Conde, que ha recibido en herencia el viejo derecho histórico, tantas veces vulnerado por su dinastía, declara en una epístola que las echa de intencionada, cuando sólo merece la denominación de inocente, eterna la discordia entre la Iglesia y la República mientras eterno el contacto entre la Iglesia y la Monarquía. ¿Quién le ha dicho eso? El vástago de un luterano como Enrique VI; el continuador de la doctrina galicana conducida por Luis XIV á sus últimos extremos; el heredero de una tradicional revolución muy anti-eclesiástica; el hijo de una protestante y de un enciclopedista; el rey último de dinastía por todo extremo antijesuítica como la dinastía de Luis Felipe mantenida por la Universidad y por los universitarios contra la Iglesia y el clero tiene por fuerza en sus antecedentes y en sus propósitos y en sus ideas atavistas el secular compromiso de convertir la Iglesia en triste concubina del Estado. Pero la necia inocentada del Pretendiente debe mostrar á los republicanos franceses la imprescindible necesidad en que se hallan de no romper con la Iglesia.

VII

Por fortuna para Francia la política imperial de Alemania no tiene so la mano del joven la consistencia que tenía so la mano del viejo Guillermo. Con decir que aún se cree posible la vuelta de Bismark al poder, todo está dicho. Verdad que ha transmitido esta especie un periódico, afecto al sistema contemporáneo de levantar sensaciones muy exacerbadas en los ánimos con muy estupendas noticias de propia cosecha innumerables veces. No me ha extrañado en *El Herald* neoyorkino la nueva más ó menos verosímil, háme sólo extrañado el comentario, con que la presenta y adoba. Eso de suponer diario escrito en pueblo libre á un hombre, siquier se llame Bismark, rumiando allá en el santuario secreto de su inteligencia, misteriosa como una Isis, planes litúrgicos semejantes á cábalas y quiromancias y alquimias para de nuevo refundir á Europa como un mago y un hechicero de las edades antiguas, paréceme cosa impropia de la experiencia y de la ilustración que se ajustan en el sumo ejercicio de todos los derechos. Cuantos caminos puede Bismark emprender se hallan señalados en el mapa de las teorías políticas al uso y cuantas sorpresas darnos descontadas en el comercio de las ideas modernas. No tiene ningún secreto indescifrable como el de las esfinges asiáticas y no guarda fórmulas sacramentales parecidas á las conjuras de saludadores y milagreros. Volvería con su antigua política ya experimentada y con sus procederes ya sabidos. Lo que ha prestado algún cuerpo á tales fantaseos fué, ya el silencio de tan gárrulo estadista, ya su ausencia del Parlamento, cuando se ha callado por no tener gran cosa que decir y se ha ido por no conformarse la soberbia suya con aparecer en el Congreso como igual á todos ¡él! que durante lustros enteros había tronado sobre todos. El canciller tiene una idea tal de la suficiencia propia, que á Julio Ferry le dijo esta frase, contada por el gran orador francés á mí en los paseos melancólicos de Versalles todavía manchado por el humo de la guerra: «Yo me paso la noche deshaciendo los disparates que mi viejo señor hace todo el día». Guillermo I podía tolerar estas ínfulas porque su gloria y su autoridad personales se hallaban demasiado establecidas en el seno de su propia conciencia y en el asentimiento de la opinión general. Pero Guillermo II no puede sufrir al privado erigido en dueño por su propia

personal voluntariedad. Así, nombrando á Caprivi alta dignidad palatina, le dirige calorosos elogios, gusta de su política, le llama elocuente; y para separarse del canciller antiguo en todo, riñe con Rusia, marca una inclinación hacia el librecambio, declara la paz perdurable, y deja libérrimo espacio á las ideas socialistas abrumadas en otro tiempo bajo leyes restrictivas y medidas excepcionales. El canciller debe reducirse á la espera de fastuoso entierro.

VIII

Quien está en lucha, parecido á un jabalí que persiguen los perros en vencedora jauría, es el primer ministro de las diversas nacionalidades austriacas, destinado á conciliar elementos y factores tan inconciliables como los esclavones y los germanos. Cuando se hallan las nubes cargadas de una corriente positiva en los efluvios de nuestra electricidad y la tierra ú otras nubes cargadas de una corriente negativa estalla el rayo, culebrea el relámpago, retumba el trueno, generándose y produciéndose la tormenta. Pues igual ó parecido fenómeno entre las razas diversas del Imperio austriaco, donde chispea cada cual con su electricidad correspondiente y truena y fulmina. Cuando el huracán surge y el oleaje hierve y la tormenta estalla en las procelas oceánicas, no se arma un estruendo como el armado por las pasiones de raza en el Parlamento austriaco, donde Taafe alza inútilmente la voz de mando é inútilmente agita como batuta de orquesta desacordadísima el menguado cetro de su malherido soberano. Teutones y cheques pueden á una brotar bajo el mismo cielo y sobre la tierra misma de Bohemia: la sangre difusa por las generaciones antiguas en sus venas les habla sobre todo y se les impone á todos, como en las tribus primitivas, sin que les importe un bledo estas palabras de nación y patria que nos hacen á nosotros enloquecer y nos llevan á milagrosos portentos como la producción del estro nacional de Quintana y á sacrificios como la inmolación heroica de Zaragoza y de Gerona. Los dos fenómenos nuevos aparecidos en las discusiones últimas son la renuncia del conde Taafe á los procedimientos federalistas usados no ha mucho y las tendencias anti-dinásticas patentizadas en el discurso último del elocuente jefe de la joven Bohemia, Eduardo Greg, tan respetuoso un día con el Emperador y con el Imperio. No hay más que aplicar el

oído al debate para recoger el eco de la terrible tempestad. Todo su verbo huele á pólvora; todo su acento se parece al impetuosísimo de los profetas hebreos delante de los tiranos asirios. Su juvenalesca crónica sobre las botas cortesanas de talón rosa con que Taafe ha sustituido las férreas abarcas germánicas pasará por un modelo acabadísimo de alta elocuencia sardónica muy á la inglesa. Pero su cuenta de lo mucho que pagara Bohemia en tributos al Austria y de lo poco que recibiera en cambio; su recuerdo del pacto sinalagmático entre la corte tradicional de los Hapsburgos y la nacionalidad independiente de los cheques; sus ataques á los que desde arriba rompen un contrato, en cuya virtud únicamente pueden reinar sobre los de abajo; todos sus apóstrofes y todas sus indignaciones recordaban la elocuencia de Mirabeau, cuando conjuraba los pueblos á erguirse; pues los grandes nos parecen grandes, porque los miramos de rodillas. La verdad es que las relaciones entre Bohemia y Austria entran en bien difícil periodo.

IX

Y estas cuestiones interiores se complican mucho con la cuestión exterior en Austria, obligada, para cumplir su finalidad histórica en el tiempo y en el espacio, á proteger con su tutela todos los esclavones meridionales contra la opinión, contra el sentimiento, contra la fuerza de todos los esclavones boreales. Así los Gobiernos danubianos se dividen hoy en Gobiernos austriacos y Gobiernos anti-austriacos, á los cuales debíamos llamar también por antífrasis y por oposición Gobiernos anti-rusos los primeros y rusos los segundos. En Rumanía, por ejemplo, como el Rey pertenece á la familia imperial de Prusia, y como la familia imperial de Prusia profesa el principio de que á los Hapsburgos atañe la tutela de los esclavones danubianos, que deben ser á cualquier precio germanizados, proclama á este pensamiento hereditario difundido en sus venas y propende al Austria. Todo lo contrario del Rey de Rumanía, el Rey de Servia. Como el primero pertenece á la raza germánica, pertenece á la raza esclavona el segundo. Y por su complexión, por su sangre, por su cultura, por sus ideas y por sus afectos, pertenece á Rusia. En plena minoridad se halla bajo la regencia de los radicales y la regencia de los radicales prefiere á las alianzas con el Emperador Francisco José las alianzas con el Emperador Alejandro.

Pero donde Austria más predomina es en el pueblo, recortado para sus fines propios y especialísimos por la espada de los rusos en el suelo de los Balkanes, en el pueblo búlgaro. El príncipe de Bulgaria es un pupilo del Austria; la política del primer ministro Stambuloff está sujerida por Austria; el curso de los hechos y de las ideas recibe las impulsiones austriacas. Por eso el nuevo principado combate allí en los Balkanes y en sus territorios anejos con todo cuanto se opone á la política del Austria. La Rusia en el Norte, la Grecia en el Mediodía resultan las dos enemigas de los proyectos del Austria sobre Constantinopla y sobre Salónica, pues á Rusia, su bienhechora tradicional, y á Grecia, su afín por tantos lados, combate Bulgaria sin pensar en la contingencia probable de que Austria mañana la contraste así en Macedonia como en Anatolia, cual puede hoy contrastarla Turquía ó Rusia. Por esta razón, la subida y la bajada de las temperaturas austriacas en todo el Danubio significan mucho, y dos Gobiernos, como los Gobiernos de Hungría y de Rumanía, conservador éste y liberal el otro, se han visto precisados por las procelosas discusiones de sus Cámaras, divididas en austriacos y anti-austriacos, á cerrarlas, trayendo algo más grave que una grande agitación parlamentaria, una grande agitación electoral.

X

La revista del comienzo de año, á los pueblos danubianos pasada, me lleva á recordar los demás pueblos naturalmente comprometidos en la suerte suya como Rusia y como Inglaterra. No hay que forjarse ilusiones: así como Rusia en Europa jamás podrá entenderse con Alemania, Rusia en Asia jamás podrá entenderse con Inglaterra. Ocupando ésta las desembocaduras de los ríos y aquélla las altiplanicies de los continentes hállanse abocadas á una guerra perpetua. Rusia tiene la meseta de Armenia é Inglaterra el Canal de Suez; Rusia las puertas de Persia por el Norte que se llaman Sarrchs é Inglaterra las bocas del Eufrates, no poseídas directamente, pero indirectamente apropiadas á sus intereses por una influencia continua sobre la persona del Shah; Rusia el Turquestán, de donde amenaza descolgarse á un tiempo, sobre China y sobre India, Inglaterra la desembocadura del Ganges que tanto poder le presta sobre los golfos pér-

sicos y sobre los mares índicos; y estas posiciones diversas traen aparejados conflictos como los que hubieran asirios y caldeos con la vieja Bactriana desde los tiempos fabulosos.

Por fortuna para los dos Imperios, las sendas imposiciones de su política interior los divierten y los apartan de la política exterior, ocupado el uno en sus nihilistas y en sus hambres mientras ocupado el otro en sus irlandeses y en su Irlanda. El nihilismo ruso no tiene otra salida que las catástrofes, ni otro procedimiento que la revolución, por hallarse Rusia en el periodo geológico de las violencias; pero el celtuismo irlandés tiene una salida fácil en las próximas elecciones generales por hallarse Inglaterra dentro del periodo de la evolución. Sin embargo, si no quiere Irlanda perder una partida que se le ofrece bajo tan buenos auspicios, ha menester suma prudencia en el proceso político de su vida y suma confianza en la virtud y eficacia de su propio derecho. Hace pocos días unos dementes, inspirados en la intransigencia irreconciliable que caracterizó la política de Parnell en su periodo último, soltaron unas bombas en sitios públicos de alguna importancia, y aunque no hubo desperfectos de ningún género, han valido para que los ingleses disputen á la vieja Erin el poder de gobernarse á sí misma en paz y libertad. Esperemos sea este un acto pasajero y dispongámonos á oir el fallo de las próximas elecciones británicas. Un accidente, á primera vista secundario, determina un impulso político muy grande: la traslación de Hartingthon, el jefe de los liberales unionistas, desde la Cámara de los Comunes tan influyentes á la Cámara de los Lores tan arqueológica. La elección del jefe, que debe sucederle ahora en la dirección de los diputados unionistas, puede ceder en provecho de Gladstone; como deseamos y queremos todos los demócratas europeos. Así sea.

Emilio Castelar.

REVISTA ECONÓMICA

El empréstito de 250 millones de amortizable.—El alza de los cambios en el extranjero.—Los próximos presupuestos.—Los valores españoles en 1891.—Cotización de Bolsa.

Desgraciadas han sido todas las emisiones ó empréstitos lanzados en Europa en el año pasado. Del francés, 3 por 100, se dijo que se había cubierto hasta diez y siete veces, lo cual poco tendría de extraño atendiendo á la riqueza que atesora Francia, á la pequeñez de la operación reducida á 869 millones y á las facilidades del pago que se hará en dos años cumplidos. No obstante, á los pocos días de emitido el empréstito, se cotizó algunos céntimos por bajo de la par, señal de que no estuvo bien colocado por la suscripción y que á ella acudiesen más especuladores que verdaderos rentistas.

Lo sucedido pocos meses hace con el empréstito ruso ha sido cien veces peor. Nos comunicó el telégrafo que se había cubierto siete veces; y con efecto, en las listas de los banqueros, tales participaciones figuraban, pero el hecho es que en solos quince días el nuevo papel perdió siete puntos ó siete enteros, y si el Tesoro de Rusia no viene en su auxilio y recoge una buena parte de los depreciados valores, Dios sabe la cifra que la baja hubiera alcanzado.

Con nuestro reciente empréstito de 250 millones de amortizable ha sucedido lo que tenía que suceder, con Gobiernos tan imprevisores como los que aquí nos mandan y dirigen. Hasta mediado el año, cualquier ocasión y cualquier momento se ofrecía propicio para realizar la

operación. Se cotizaba el amortizable en el mes de Enero, de 88'05 á 89'35; un mes después, de 89'45 á 90'40; en el mes de Marzo, de 89'50 á 90'15 y entre 88 y 87 osciló hasta bien entrado el segundo semestre. Si en cualquiera de estos meses el empréstito se emite, hubiera podido colocarse fácilmente de 86 á 87, sin aseguradores ni intermediarios, porque el amortizable escaseaba y venía siendo el papel predilecto de los rentistas. Tan necesaria era entonces la operación, ó dígase su producto, como ahora.

A seguir la línea recta y el procedimiento natural, prefirió el Gobierno marchar por caminos extraviados, y á esto respondió la precipitada ley del Banco que ha traído como consecuencia la depreciación de todos los valores y nuestro descrédito en los mercados de Europa.

Cuando se discutió esta ley lo decíamos: lo de menos es la prórroga del privilegio y la cantidad mayor ó menor que de él se obtenga: lo de más son los peligros que encierra la concesión de emitir billetes hasta 1.500 millones de pesetas dados los apuros constantes del Tesoro y el vicioso sistema de sacar del Banco las cantidades que el Erario necesita. La mayor parte de los billetes en circulación no responde á necesidades mercantiles é industriales: ha crecido á compás de los anticipos hechos á la Hacienda en una ó en otra forma, y de seguir por este camino, el término habría de ser el curso forzoso de la moneda de papel.

Este temor se apoderó de todos los mercados en que nuestros valores se cotizan; la campaña emprendida contra el crédito de España no tenía ni otros orígenes ni otros fundamentos.

Con baja de consideración los valores, y con los cambios sobre el extranjero con quebranto de 14 ó 15 por 100, no era posible esperar grandes éxitos en el empréstito, y así, por desgracia, ha sucedido.

Después de muchos trabajos se consiguió reunir un grupo de banqueros que tomara en firme la operación, pero la tomaran al tipo de 79 por 100, diez enteros más baja de como el amortizable se cotizaba seis meses antes, causando con la demora una pérdida para el Tesoro de 15 á 20 millones de pesetas.

Las cantidades suscritas por cada una de las casas que en la operación toman parte, han sido las siguientes:

	PESETAS
Urquijo y compañía	85.000.000
Banco de Castilla	52.695.000
Banco Hispano-Colonial	40.000.000
Banco Hipotecario	29.305.000
Weisweiller y Baüer	20.000.000
Banco de Barcelona	15.000.000
Banco de París	8.000.000
TOTAL	250.000.000

Asegurada la operación al tipo de 79 por 100, claro es que la suscrición pública, abierta á 81 por 100, había de producir escasos resultados. El capitalista que encontraba papel en casa de los banqueros asegurado á 79 ¼ por 100, no había de tomarlo á 81 en el Banco de España. Solamente el pequeño rentista y el que carecía de relaciones con el sindicato asegurador, acudió á la suscrición pública, reuniéndose de este modo 52 millones de pesetas, en números redondos.

El empréstito se ha hecho, pues, á deshora, y por ello en malas condiciones.

*
* *

La gravedad mayor que encierra nuestra situación económica procede de los cambios con el extranjero.

Catorce y 15 por 100 que hoy tienen de prima las letras sobre París y Londres, es realmente un quebranto abrumador, y más que suficiente á dar origen á todo género de recelos y desconfianzas.

Sin negar la influencia que en este mal tienen los arbitrajes é importaciones de deudas españolas en los mercados extranjeros, y sin desconocer tampoco las sumas que precisamos enviar al extranjero en

pago de acciones, obligaciones y cupones de deuda exterior y billetes hipotecarios de Cuba, es indudable que en este desnivel de los cambios influye poderosamente la escasez de oro en nuestro sistema monetario.

Discurriendo sobre esto, la Cámara de Comercio de Badajoz hace las siguientes reflexiones, que coinciden con nuestro modo de pensar en la materia.

«El cambio no representa otra cosa, en último análisis, que el costo de una traslación de fondos de una plaza deudora á otra acreedora. Esta operación raras veces se efectúa transportando materialmente el metálico de un punto á otro; el comercio y la banca, apoderándose del resultado de las transacciones mercantiles, compensándolas cuando esto es posible, y recurriendo al arbitraje y á otros medios ingeniosos cuando falta la compensación directa, se han encargado de este servicio reduciendo su precio, bajo el régimen de la concurrencia, al mínimum posible. Pero es evidente que si, agotadas las combinaciones bancarias, no hubiera otro recurso que emplear el medio primitivo del transporte material del numerario para saldar las operaciones entre dos plazas, sería esta forma la más cara y la que, en todo caso, representaría el costo máximo á que el cambio puede llegar.

Ahora bien; aun calculando con amplitud excesiva, fácilmente se comprende que con los medios de que en la actualidad se puede disponer, el costo del transporte del numerario desde nuestro país á las plazas de París y Londres, en las cuales directamente ó por arbitraje se concentra la casi totalidad de nuestras operaciones de cambio con el extranjero, no puede exceder en ningún caso de $^3/_4$ á 1 por 100 del valor del efectivo transportado.»

Dedúcese de aquí que aun en la hipótesis más desfavorable de que nada exportáramos, y de que, por lo tanto, tuviéramos que efectuar todos nuestros pagos en el exterior por el medio oneroso y rudimentario del traspaso de fondos, debiendo ser, según nuestro sistema legal monetario, la equivalencia de la libra esterlina de pesetas 25'22, y la del franco nuestra peseta á la par, en ningún caso puede pasar el cambio sobre Londres de pesetas 25'40 á pesetas 25'47, ni de $^3/_4$ ó 1 por 100 el cambio sobre París.

Por extraña que pueda parecer á primera vista semejante afirmación en los momentos actuales, entiende esta Cámara que el costo de la operación cambial, propiamente dicha, no sólo no pasa, sino que ni

aun llega al límite que acaba de indicarse, y que si los cambios sobre París y Londres aparecen costando el 14 por 100, consiste esto en que se suma con el precio de la operación de cambio, tal como queda definida, el de otra operación previa que ha hecho absolutamente indispensable, la enorme divergencia que existe hoy entre el valor nominal y legal que el cuño atribuye á nuestra única moneda circulante y su valor real intrínseco.

Aquí y no en el desnivel de nuestros pagos en el extranjero, que sólo pueden influir en los cambios en una medida relativamente muy limitada, es donde hay que buscar la razón determinante de la gravísima y triste situación presente.

El divorcio en que vivimos del resto de Europa en orden al sistema monetario, había por fuerza de conducirnos á este resultado. En los años pasados hemos rescatado una buena parte de las deudas que estaban en poder de extranjeros, y este esfuerzo, que revela algún desahogo, nos ha producido la pérdida del poco oro que poseíamos. El Tesoro español ha encontrado buenas utilidades acuñando plata sin limitación y sin medida, pero aquéllas utilidades se han traducido en pérdidas de consideración para la industria y el comercio.

*
* *

Aún no se conocen los proyectos del Gobierno conservador sobre los próximos presupuestos. Se dice que modificará la ley del arriendo de tabacos, que arrendará también el impuesto del timbre y el de cédulas personales, y que se propone realizar algunas economías en los gastos, y quizá aumentar el descuento en los empleados civiles.

Conveniente sería, sin duda alguna, reformar la ley de tabacos de manera que diera mayores estímulos al contratista. En pocos años ha mejorado grandemente esta renta, produciendo al Tesoro de ocho á diez millones más de lo que hubiera podido producir en sus manos.

Los resultados de este arriendo son bastante elocuentes y deben servir á señalar el camino que es preciso seguir para hacer producir á algunos impuestos las sumas que deben rendir normalmente, bien dirigidos y administrados. De las cédulas personales y del impuesto

del timbre se puede y se debe aspirar á mayores recaudaciones, pero la Administración pública será impotente para conseguirlo.

Aun cuando todas estas reformas se lleven á cabo, hay que convenir, sin embargo, en que son insuficientes para cubrir el déficit de los presupuestos. Traen desde hace muchos años su desnivel de 60 á 70 millones, y por mucho que quiera esperarse de los impuestos y del aumento de recaudación, es ilusorio pensar que pueda llegar á aquella cifra.

Con el refuerzo de los impuestos es preciso combinar un plan meditado de grandes economías, de economías no inferiores á 30 millones, en todos los departamentos, pero especialmente en Guerra y Marina, que es donde hay más margen para poder hacerlas.

Si el partido conservador, por consideraciones de orden político, no emprende estos derroteros, no llegará jamás á la nivelación, y su obra será infecunda, cuando no contraproducente.

*
* *

Durante el año que acaba de pasar, las cotizaciones de la Bolsa han sido un verdadero desastre. Todos los valores salen del ejercicio con pérdidas de consideración. Las ventajas de dos años se han venido por tierra en 1891. Además de las causas generales y comunes á todos los mercados, han obrado sobre los nuestros otras especiales, como el malestar monetario, los déficits de los presupuestos y el quebranto de los cambios con el extranjero, causando una perturbación y una desconfianza constante desde el mes de Julio acá.

Las variaciones principales en la Bolsa de Madrid, en el año que acaba de transcurrir, son las siguientes:

4 *por* 100 *interior*.—El cambio más alto, en 1891, fué en 31 de Marzo, 78'00 por 100, y el más bajo, en 18 de Noviembre, 68'95. Los de fin de 1890 y 1891, respectivamente, 76'55 y 71'40; *pérdida efectiva en el año*, 6'72 *por* 100.

4 *exterior*.—El cambio más alto, en 1891, fué en 20 de Febrero, 79'65, y el más bajo, el 18 de Noviembre, 70'50. Los de fin de 1890

y 1891 respectivamente, 77'90 y 74'10; *pérdida efectiva en el año*, 4'87 *por* 100.

4 *amortizable*.—El cambio más alto, en 1891, fué el 20 de Febrero, á 90'40, y el más bajo, en 18 de Diciembre, 80'25. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, 88'10 y 81'10; *pérdida efectiva en el año*, 9'09 *por* 100.

Billetes de Cuba al 6 *por* 100.—El cambio más alto, en 1891, fué en la última decena de Setiembre, á 107'10, y el más bajo, en 18 de Noviembre, á 101'90. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, 104'00 y 105'30; *ganancia efectiva en el año*, 1'25 *por* 100.

Billetes de Cuba al 5 *por* 100.—El cambio más alto fué en los últimos días de Setiembre, á 100'00, y el más bajo en 19 de Noviembre, á 93'00. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, 95'40 y 96'50; *ganancia efectiva en el año*, 1'15 *por* 100.

Cédulas del Banco Hipotecario al 5 *por* 100.—El cambio más alto, en 1891, fué en 28 de Setiembre, á 103'00, y el más bajo en varias ocasiones, á 100'50. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, á 100'50 y 100'80; *ganancia efectiva en el año*, 0,29 *por* 100.

Cédulas del Banco Hipotecario al 4 *por* 100.—El cambio más alto, en 1891, fué en Marzo, 92'60, y el más bajo, el 31 de Diciembre, á 88'75. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, á 92'80 y 88'75; *pérdida efectiva en el año*, 4,36 *por* 100.

Acciones del Banco de España.—El cambio más alto, en 1891, fué el 2 de Enero, á 425, y el más bajo, en 13 de Noviembre, á 350. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, 401 y 382; *pérdida efectiva en el año*, 4'73 *por* 100.

Acciones de la Compañía Arrendataria de Tabacos.—El cambio más alto, en 1891, fué en 2 de Enero, á 93'50, y el más bajo, en 15 de Junio, á 82'50. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, á 93'00 y 93'50; *ganancia efectiva en el año*, 0'53 *por* 100.

Letras sobre Londres.—El cambio más alto, en 1891, fué en 18 de Noviembre, á 28'75 pesetas por libra esterlina, y el más bajo, en 2 de Enero, á 25'70. Los de fin de 1890 y 1891 respectivamente, á 25'69 y 28'70; *mas beneficio del papel en esta última fecha*, 11'71 *por* 100.

Letras sobre París.—El cambio más alto, en 1891, fué en Noviembre, á 13'90 por 100, y el más bajo en 2 de Enero, á 2'10. Los de fin

de 1890 y 1891 respectivamente, 2'05 y 13'60; *mas beneficio del papel en esta última fecha*, 11'55 *por* 100.

***

El presente año no se ha inaugurado mejor. Las oscilaciones se suceden á todas horas y en todos los momentos, dominando al fin de todas una tendencia marcada á la baja. La oferta supera mucho á la demanda, y aun cuando el papel se recoje y hay señales manifiestas de que no escasean los capitales que buscan colocación en las Bolsas, nótase también algún desfallecimiento después de tantos y tantos meses de éxito y de fortuna tan escasa.

Los últimos precios del día 8 cotizados en la Bolsa de Madrid, son los siguientes:

4 por 100 exterior.....	72'75
— interior.....	69'20
4 por 100 amortizable.....	79'00
Banco de España.....	375'00
Compañía de Tabacos.....	93'50

UN EX-MINISTRO.

IMPRESIONES LITERARIAS

Un año más.—La piedra angular, por D.ª Emilia Pardo Bazán.—Tinta negra, por D. Joaquín Dicenta.—Ayala, por D. C. Solsona.—Tamayo, por D. Isidoro Fernández Flórez.—Manual del perfecto periodista, por los Sres. Ossorio y Gallardo.—Almanaque de cocina, confeccionado por D. Angel Muro.

I

Un año más en esta época de actividad febril, equivale —y en decir esto no hay ni sombra de exajeración—á un periodo de diez en aquel otro tiempo en que la producción literaria viajaba como nuestros abuelos, á lo sumo en galeras aceleradas. El más ligero examen de la literatura pasada demostraría cumplidamente lo que acabo de decir. Mientras que en nuestro siglo de oro, por ejemplo, aparte de las condiciones de estilo de cada autor, sólo matices diferencian las obras de un mismo género, en nuestro siglo, por el contrario, aun en las producciones de igual especie de un mismo escritor, nótanse enormes diferencias. Difícil es actualmente distinguir si *El Alcalde de Zalamea* fué engendrado por la gallarda musa de Lope de Vega, ó fruto del genio reflexivo de Calderón de la Barca, y eso que entre el Fénix de los ingenios y el autor de *El mágico prodigioso*, media el espacio de media centuria. Lo que con la dramática, acontece con los demás géneros literarios, y tanto la poesía lírica, como la novela, la épica y la sátira, respondían á un estado social en que las modificaciones y evoluciones se verificaban con gran parsimonia y lentitud. Hoy, por el contrario, en literatura como en todo, nótase mudar continuo, algo semejante á un torbellino en que sólo lo mudable es permanente. Los sistemas se suceden á los sistemas, las ideas estéticas se sustitu-

yen unas á otras y lo nuevo resulta antiguo empujado por lo novísimo. El naturalismo, que es de ayer, rueda ya desacreditado por los últimos peldaños de la decadencia; la tendencia psicológica de la novela acaso ceda pronto el puesto á la *novelesca;* el pesimismo materialista desaparece ante cierto espiritualismo más fingido que real, aspiración más bien del sentimiento que producto de la voluntad, y de tal suerte oscila el pensar de los artistas literarios, que punto menos que imposible sería trazar lo que de común tienen las direcciones actuales del arte.

El año que acaba de terminar ofrece, más que ningún otro, ejemplos de esa indecisión. Acaso anuncie ella el principio de una emancipación completa del arte encadenado hasta ahora por los exclusivismos de escuela, causa sin duda alguna de no pocos extravíos. Porque imposible es negar que el romanticismo, el clasicismo y todas las demás escuelas literarias, aunque han producido dentro de sus moldes verdaderas maravillas, han sido en muchas ocasiones causa de monstruosidades y delirios.

La belleza no es patrimonio de un sistema: está sobre todos ellos, y cuanto más libre de prejuicios se encuentre el pensamiento del artista, cuanto más acierte á sustraerse á la influencia de la moda y á las trabas del sistema, tanto más perfecta será la obra que salga de sus manos.

No es mi propósito entrar aquí en disquisiciones acerca de la significación literariá del año que acaba de espirar. Util sería estudiarla; pero ni la índole de estas *impresiones*, cuyo único objeto es dar somera idea de las obras publicadas en el último periodo mensual, ni el espacio de que puedo disponer, me permiten otra cosa que apuntar esta cuestión que otros con más competencia que yo podrán estudiar, á saber: cuál es la verdadera fisonomía literaria del año último.

*
* *

En la novela moderna, salvas contadísimas excepciones, propónese siempre el novelista el planteamiento de un problema social, filosófico, religioso... y hasta patológico. Lo que va perdiendo en valor dramático lo va adquiriendo en valor científico, de tal suerte, que en rigor la novela de nuestros días, más bien merece el nombre de *estudio,* que el de novela, propiamente dicha. Siempre hay en ella un fin científico ageno al arte; el elemento imaginativo cede su puesto á la in-

flexión, y antes que conmover y deleitar, propónese el novelista demostrar su tesis. No es menester insistir sobre esto: Balzac, Zola, Daudet, Turguenef, y entre nosotros, Galdós, Pereda y Valdés, y tantos otros autores españoles y extranjeros, aspiran en sus novelas á presentar alguna de aquellas cuestiones, resolviéndola desde el punto de vista en que ellos se colocan. El mismo Víctor Hugo, á pesar de su temperamento romántico, dió á sus obras novelescas, especialmente á *Los Miserables*, una tendencia eminentemente filosófica.

Así como la historia es la narración verídica de los hechos generales, la novela aspira á ser la narración también verdadera de los hechos particulares. Una y otra han seguido en su desarrollo idéntico camino. La historia, antes de ser historia, fué epopeya. Homero engendró á Herodoto. *El Ramayana, La Biblia, La Iliada*, son historias primitivas. Andando el tiempo, el elemento poético fué desvaneciéndose, siendo sustituido por la severidad histórica, pero no de una manera tan radical que no se descubra en Herodoto, en Jenofonte, en Plutarco, y entre los latinos en Salustio, y principalmente en Tito Livio, un gran predominio de la fantasía sobre la razón. Esta forma pintoresca de la narración histórica, adornada con arengas de pura invención, con descripciones y retratos en los que la imaginación campeaba sin limitaciones, ha llegado hasta nuestros días: testigo, Lamartine. Hoy, la historia, combinándose con la filosofía, se ha despojado de todas sus galas; ya no es un género intermedio entre la poesía y la ciencia, sino rama escueta y sin flores del arbol científico.

Algo de esto se observa en la novela. Fué en un principio cuento fantástico, leyenda, libro de caballerías, pasatiempo regocijado, narración caprichosa, sin más objeto que el de entretener. Actualmente es otra su misión, cada vez más aproximada á la ciencia que al arte. No ha mucho tiempo, un novelista español de los escritores más fecundos que en España han existido, decía cuando se le hablaba de los anacronismos que encerraban sus novelas: «Yo no conozco la historia, pero la adivino». Hoy no son admisibles estas adivinaciones; antes bien, el novelista necesita poseer una instrucción vastísima y conocimiento profundo del asunto que es objeto de su novela. Como se propone probar más bien que deleitar la reflexión fortalecida por el estudio, le es más necesario aún que la fantasía y que el dón de inventar. No inventa, copia, pro-

curando deducir de hechos ciertos consecuencias legítimas. Por eso decía antes, y ahora repito, que el novelista de hoy es el historiador filósofo que narra aquellos hechos que no pertenecen á la vida pública. La historia estudia lo grande; la novela lo pequeño: aquélla describe las batallas sangrientas que libran ejércitos formidables; ésta nos cuenta los oscuros combates que se traban en las profundidades de la conciencia y los dramas que se desarrollan en la intimidad de los hogares. Recréase la historia con la pintura de los grandes caracteres; analiza la novela los caracteres borrosos é insignificantes. Cuenta la primera las hazañas de Alejandro ó de César; nos refiere la otra las desdichas de Sotileza Conete ó Marianela; pero una y otra han de ajustarse, según los cánones modernos, á una misma ley: la santa verdad.

*
* *

Doña Emilia Pardo Bazán es uno de los primeros novelistas españoles, y con legítima arrogancia podría decir como otra ilustre escritora: «Mis libros faltaban como otros muchos sobran». Dotada la Sra. Pardo Bazán de las cualidades propias de su sexo, viva imaginación y sensibilidad exquisita, reune además á ellas tal vigor de pensamiento y tal nervio en la expresión, que más parecen sus obras hijas de un entendimiento varonil que producto de un alma femenina. Cuando leo sus libros rebosantes, por decirlo así, de salud, y reveladores de un verdadero equilibrio intelectual, enérgicos, atrevidos, viriles, formando vivo contraste con los engendros caquécticos y decadentes que produce el agotado ingenio de tanto novelista enfermizo como se empeña en vano por pasar plaza de novelista, pienso que en el luchar contínuo de la belleza con la extravagancia, acontece hoy lo mismo que en la jornada de Salamina, donde es fama que las hembras lucharan como los guerreros y los guerreros como las hembras.

En su última obra, *La piedra angular*, la autora de *Los Pazos de Ulloa*, más que en sus otras novelas, propende á desarrollar una tesis científica. El fin que se persigue en este libro que acabo de leer con verdadero deleite, es demostrar lo absurdo de la pena de muerte y lo más absurdo aún, de anatematizar al verdugo ensalzando al mismo tiempo la última pena.

La autora no se ha limitado, en *La piedra angular*, á exponer los argumentos que su vigorosa inteli-

gencia le ha dictado en defensa de su doctrina, ni á repetir los tópicos ya repetidos tantas veces en pro de la anulación de aquel tremendo castigo. Ha estudiado la cuestión en todos sus aspectos, ha profundizado en el análisis de las modernas teorías criminalistas, y asociando á todo lo adquirido con el estudio, sus poderosas facultades, ha escrito un libro en que el interés que despierta corre parejas con la compasión que produce, y en donde á un poderoso engranaje dialéctico, se une una inimitable manera de narrar tan animada en lo que se refiere á los hechos, como sabrosa en lo que dice relación al estilo y al lenguaje.

*
* *

Juan Rojo, es el verdugo de Marineda: objeto de horror para todos los habitantes del pueblo de aquel nombre, pseudónimo de la Coruña, vése despreciado por grandes y pequeños. Los funcionarios de la Audiencia, ruedas principales de la máquina terrible de que él es el último tornillo, no se dignan ni mirarle siquiera: los hombres más abyectos le tienen por algo, tan bajo como repugnante, y hasta la misma *Jarreta*, barredura social «borracha de oficio, á quien diariamente recogen los polizontes en el muelle de entre los despojos de la sardinería,» le insulta, le desprecia y le escupe.

La maldición que pesa sobre Juan Rojo, no se ha detenido ante el umbral de la casa del verdugo. Le ha perseguido hasta lo más íntimo del hogar; más adentro todavía... en el mismo lecho conyugal. La esposa de Rojo, amor verdadero del ejecutor de la justicia, ha preferido convertirse en la mujer de todo el mundo á llevar el nombre del verdugo. No le queda al miserable otro sér en quien depositar su cariño que su hijo, el alegre y valeroso Telmo. Pero ¡ay! sobre el inocente pesa la maldición que sobre el padre, y por donde van uno y otro síguenles las rencorosas miradas de todo Marineda.

Una tropa de chicuelos apedrea un día con tal saña á Telmo, que le deja poco menos que moribundo. Búscalo y recógelo el padre, condúcelo, «con cuidados de nodriza», á su casa y busca á Moragas, el mejor médico de Marineda, para que asista y cure al pobre apedreado.

Es el doctor hombre de viva impresionabilidad, pero refrenada siempre por el amor al bien, base de su noble carácter. La repugnancia que Rojo le produce y su primer impulso de abandonar la vivienda del verdugo, truécase en

profunda compasión ante el sentimiento de la paternidad en que rebosa el corazón del ejecutor de la justicia. También Moragas es padre, también él adora á su Nené, flor delicada que embellece el hogar del médico... No, no dejará morir al pobre Telmo, él le devolverá la salud y le asistirá y curará con el mismo cariñoso cuidado con que asistiría al hijo de su mejor cliente.

Por aquel tiempo se ha cometido un crimen horrible en Marineda; los asesinos han sido condenados al palo, pero Moragas, que siente aquella piedad sublime que hizo decir á un gran pensador «Si todo se comprendiera, todo se perdonaría», ha jurado salvar á los dos criminales de las garras de la justicia. ¿Cómo? El médico se encara con el verdugo y le dice:—Sobre tu hijo pesa la misma maldición que sobre tí.—Yo puedo hacer de Telmo un hombre honrado, á quien la sociedad acoja y respete. En tus manos está conseguirlo. Niégate, cuando llegue el caso, á desempeñar tu innoble deber: la ejecución habrá de aplazarse, y una vez aplazada, el indulto es seguro.

Al pronto, Juan Rojo vacila ante la proposición del médico. Transigirá, sí, pero á condición de que le dejen á su hijo: ¡es lo único que tiene en el mundo!...

—¿Pero no ves, infeliz, que la base del bien que me propongo hacer á tu hijo es puramente renovarle la atmósfera? ¡A tu lado será siempre el hijo del verdugo!...

Juan Rojo no cede aún: su alma se aferra, con manos de ahogado, á aquel único consuelo de su vida; pero al ver que Telmo, ansioso de respirar ambiente de honradez, se dispone á abandonarle, grita en el colmo del dolor dirigiéndose á Moragas: «Lléveselo... que no duerma aquí esta noche: yo obedeceré...»

La víspera de la ejecución, Juan Rojo, al cerrar la noche, dirígese á un peñón de la costa batido por el mar, y abrazado al terrible aparato de muerte recogido momentos antes en la Audiencia, se hunde para siempre en las olas del Cantábrico.

*
* *

Tal es, malamente narrado, el argumento de la última novela de la Sra. Pardo Bazán. El final, eminentemente simbólico, recuerda el procedimiento simbólico también empleado por Zola en la *Bete humaine:* aquel tren loco, corriendo hacia el Rhin, es la Francia del Imperio corriendo á su ruina, como el verdugo de Marineda, precipitándose entre las olas del mar, es el

resto del feudalismo en las penas, el absurdo de la justicia humana, el crimen legal hundiéndose para siempre en los abismos del pasado.

La concepción, como se ve, es grandiosa y digna del ingenio esclarecido de la gran novelista. El desarrollo de la acción no es inferior á la grandeza del asunto. El interés no decae un momento, y ocurre muchas veces que al leer *La piedra angular* vienen las lágrimas á los ojos. ¡Qué hermoso capítulo aquel en que Moragas, repugnando curar á Telmo, se ve detenido por Rojo que le abraza las rodillas y por las súplicas de la Marinera! ¡Con qué elevadas razones explica la autora el cambio radical de sentimientos de Moragas al contacto del recuerdo de Nené! ¡Sentencia profundamente conmovedora aquella de que «la suprema piedad va al supremo mal!»

Pocas páginas hay en la novela contemporánea que puedan competir victoriosamente con estas admirables de *La piedra angular*.

Agradable tarea sería citar las inumerables bellezas que el libro contiene, pero prefiero dejar á los lectores de la novela el placer de la sorpresa. En el carácter de Moragas, en las figuras secundarias, en el suave perfume que se desprende de Nené, en la sombría catadura de Juan Rojo y en la valerosa arrogancia de Telmo, hay mucho que admirar.

Una cosa, sin embargo, he de decir: la escena de la pedrea, aunque admirablemente descrita, me parece de un color algo pesimista. Malos son los muchachos, pero en honor á la verdad, los estudiantes de Marineda me resultan demasiado perversos. Recuerdo de mis colegas de la infancia muchas diabluras, pero nada semejante al asalto del castillo de San Wintila.

Para terminar estos renglones, escritos sin otra pretensión que la de expresar con sinceridad mi pensamiento, diré tan sólo que *La piedra angular* no sólo puede competir con las mejores novelas españolas, sino que nada tiene que envidiar á muchas de las que gozan de gran celebridad en el extranjero.

***

La sinceridad es la primera cualidad de toda obra artística. Ver las cosas bien y acertarlas á expresar tal como las vemos, es todo el secreto del arte. Poco importa que nuestra fantasía exajere las proporciones del objeto ó que lo revista de formas quiméricas ó que lo copie con exactitud fotográfica. En todo

caso, lo que nos agrada y aplaudimos en la obra de arte, no es precisamente su parecido con el objeto, sino con la representación particular de ese mismo objeto en la mente del artista. De aquí nace que las creaciones quiméricas de las poesías alemanas sean tan hermosas como las pinturas naturalistas de los novelistas modernos. San Juan de la Cruz, expresándonos su sutilísimo misticismo, es tan gran artista como Byron con sus excépticas genialidades, porque uno y otro, el monje español y el aristócrata inglés, expresan fielmente, no la realidad, sino la manera como ellos la veían y entendían.

Al Sr. Dicenta le da por verlo todo negro. Los hombres son malos, las mujeres un conjunto de doblez y falsía, los ricos egoistas viciosos, y los pobres, hacia los cuales muestra el autor de *Tinta negra*, noble y generosa simpatía, dados al vicio y á la prostitución. A mí, ya lo he dicho en otra ocasión con este mismo motivo, no me acaba de convencer la sinceridad del pesimismo del Sr. Dicenta. Creo que nos cuenta del mundo lo que se propone ver, no lo que ve, y de esto nace en alguno de sus artículos cierto tono un si es no afectado y declamatorio.

En cambio en otros, en aquellos en que se quita los anteojos negros, Dicenta logra dar con el verdadero secreto del arte. Porque, justo es decirlo, el autor de *Tinta negra* es artista de verdad, hasta el punto de pertenecer á ese mundo en que lo fantástico vale más que lo real, la novela más que la historia y las hojas de laurel más, mucho más que los billetes de Banco.

Alguno de los cuentos que forman la colección llegan á producir en el ánimo del lector la emoción grande del arte, aquella que Hegel llamaba la sonrisa de las lágrimas. Léase, por ejemplo, el artículo titulado *En la plazuela*, y se comprenderá que en mis palabras no hay ni sombra de exageración. En este artículo, como en el titulado *El Maquinista* y en el que lleva por nombre estas fechas 1870-1890, como en todos los demás en que Dicenta se deja llevar de su inspiración, sin tener presente el pesimismo afectado de que hablo más arriba, el autor de *Tinta negra* puede competir con los mejores escritores que en España cultivan este género, que el periodismo moderno ha puesto tan en moda, y que si fuera preciso clasificar habría que colocarlo en el número de las novelas cortas, ó más bien en el de las novelas instantáneas.

*
* *

Otro libro, recién salido de las prensas, es el *Estudio político* acerca de Ayala, estudio debido á la pluma del Sr. Solsona, periodista y literato de tan justa como extensa reputación. El autor de este trabajo no se ha propuesto hacer un análisis detenido de las obras de Ayala ni estudiar tampoco la fisonomía artística del autor de *Consuelo*. Tiende principalmente su obra á darnos á conocer la personalidad política del hombre de partido, las dotes que le adornaban y su participación en los diferentes sucesos políticos que constituyen la historia patria en la segunda mitad de nuestro siglo. Consagrado el estudio hecho por el señor Solsona á considerar este aspecto de la vida de Ayala, claro es que sólo de pasada ha de ocuparse de las dotes artísticas del gran dramaturgo. Esto no obstante, es el Sr. Solsona lo suficientemente literato para no preterir lo que en la biografía de Ayala se refiere á su personalidad artística, personalidad que tal vez influyó más de lo que á primera vista parece, en sus actos de hombre de gobierno y de partido.

Con verdadero deleite se lee este libro, tanto por lo que se refiere al varón insigne que es objeto de él, como por la manera como su autor nos lo presenta, al mismo tiempo que narra los hechos más salientes de la existencia del gran poeta, tan gloriosa para las letras patrias.

Es, en efecto, la figura de Ayala de los que más interés despiertan entre las que constituyen la galería de celebridades modernas. Caballeroso como los protagonistas de nuestros dramas clásicos, valiente hasta la temeridad, soñador y poeta como pocos, tan galán con las damas como prudente en el consejo, elocuente en la tribuna, maestro en el arte de bien decir y sin rival en la escena, parece Ayala el héroe de una de esas novelas de Feuillet en que el autor, más bien que un hombre real, se propone pintarnos el dechado de la perfección caballeresca.

Otra cualidad tenía Ayala que le hace aún más digno de respetuosa admiración: su españolismo. En su espíritu diríase que estuvieran como en cifra las cualidades más salientes de nuestra raza. Hoy, al leer su biografía, tenémosle por hombre de otra edad mejor que por hijo de este siglo, en que no parece sino que Dios se ha complacido en mostrar su poder en la creación de caricaturas...

El Sr. Solsona, capaz de conocer y de admirar lo grande, cosa menos común de lo que generalmente se cree, ha sabido presentarnos en su *Estudio* el retrato del autor de *El Tanto por ciento* tal y como es. Con

harta razón la Junta directiva del Congreso, en que tan ilustres representaciones tienen la ciencia, el arte y la política, ha calificado de notable la obra de Solsona y premiado al autor con largueza mayor de la acostumbrada para recompensar las obras del ingenio.

***

Otro autor dramático más fecundo que Ayala, y tan excelso como él, es D. Manuel Tamayo y Baus. Cuando pienso que nosotros tenemos dramaturgos como los dos citados, á los cuales bien pudieran unirse algunos más, siento legítimo orgullo considerando que en lo que conozco del teatro contemporáneo, á pesar de la boga de que disfrutan algunos autores extranjeros, ninguno hay que pueda competir con los nuestros.

¿Quién no conoce *El drama nuevo, Virginia, La bola de nieve* y *Lo positivo?* ¿Quién no ha sentido la emoción trágica al contemplar la muerte de la víctima del lascivo decenviro? ¿Quien no ha llorado con Yorik, quién ha podido contemplar sin creciente interés la manera como en la Cecilia de *Lo positivo* se desvanece la egoista idea del interés al calor del sentimiento del amor honrado?

Tamayo y Ayala son las dos primeras figuras del arte dramático moderno, y si hubiera de representarse alegóricamente en la escena española de nuestros días los bustos del autor de *Un drama nuevo* y de *Consuelo*, habrían de figurar en primer término, como en la portada de nuestro teatro clásico aparecen los retratos de Lope y Calderón.

El estudio, que como parte de la colección que con el título de *Personajes ilustres* publica La España Moderna, ha escrito D. Isidoro Fernández Flórez, es un notabilísimo trabajo de crítica en que el señor Tamayo se nos presenta de cuerpo entero. Su vida y su arte, su carácter como hombre y su genio como poeta, aparecen trazados magistralmente por la pluma del señor Fernández Flórez. El nuevo folleto, es por todos conceptos digno de figurar en el número de los que componen la série, en la cual hay estudios tan primorosos como el de Zorrilla, hecho por el mismo autor de el de Tamayo, el de Alarcón por la señora Pardo Bazán, y el de Martínez de la Rosa escrito por Menéndez y Pelayo.

***

Los Sres. Ossorio y Gallardo han publicado recientemente un libro

con tendencia satírica, titulado *Manual del perfecto periodista*. Obra sin pretensiones y escrita en el estilo ligero y descuidado que es propio de los trabajos periodísticos, pertenece en rigor á aquellas obras que ni merecen grandes elogios, ni son acreedoras tampoco á severas censuras. Dada la afición que ambos hermanos demuestran por las letras, es de esperar que en obras sucesivas corregirán los defectos, hijos de la inexperiencia, que se notan en el *Manual*.

***

Angel Muro, el popular autor de *Conferencias culinarias*, ha tenido la buena idea de reunir en un Almanaque de cocina recetas escritas por periodistas y literatos madrileños. Los hay para todos los gustos, para los *gourmant*, y para los *gourmets*, para los aficionados á la cocina española y para los que se deleitan con los condimentos franceses. Pero, á decir verdad, en este formulario valen más las puntas que el manto: quiero decir, que valen más el gracejo y donaire con que están escritas la mayor parte de las fórmulas, que la técnica de ellas. Temo muchas indigestiones si los aficionados á la buena cocina se proponen llevar á la práctica los consejos de los colaboradores del Almanaque.

En cambio, los lectores pueden recrearse con la forma en que aquéllas están expuestas, particularmente con las tituladas *Truchas á lo D. Ramón*, de Correa,—el *Pato á la Besanzon*, de Vital Aza,—y la *Cena estudiantil*, de Ramos Carrión, y en otras muchas no inferiores á las citadas en gracia y en ingenio... En rigor, en casi todas estas recetas como en las demás que componen el libro, se demuestra que los autores, aunque han querido demostrar que habían sido cocineros antes que literatos, han evidenciado que son antes literatos que cocineros.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

BARBEY D'AUREVILLY

I

Monsieur d'Aurevilly cierra sus cartas con un sello en que ha hecho grabar una divisa resignada al par que soberbia, arrogante y abatida á la vez: *¡Too late!* (¡Demasiado tarde!) ¿El, el escritor animoso y poco amigo de exhalar quejas lastimeras, pretende que esas dos palabras contienen la historia secreta de su vida, y que para él ha llegado tarde todo lo que, á venir más pronto, hubiese colmado su corazón, si el corazón puede colmarse? ¡Demasiado tarde!... ¿Es esa la divisa verdadera de los acontecimientos de semejante vida? Difícil es decirlo; porque M. d'Aurevilly, al revés de la mayoría de sus contemporáneos y de los más ilustres, no ha desvelado en *Memorias* ó *Confidencias* la novela de sus venturas ó de sus melancolías, y toda su juventud queda en el misterio, sobre todo aquel periodo de su juventud de que no existe ninguna huella literaria. Pero lo que domina los hechos materiales de nuestra vida, y aún más, lo que en cierto sentido los crea—puesto que de esos hechos no existe para nosotros sino su resonancia en nuestra alma—es nuestra persona; y la divisa del sello de M. d'Aurevilly aparece exacta á todas luces para quien conozca su personalidad de hoy, que ha debido ser su personalidad á los veinte años. Ofrece un raro ejemplo, y un ejemplo muy interesante para el psicólogo, de facultades que no han encontrado su medio ni su época. Desde su adolescencia, en que vió á Brummell, hasta su edad madura, en que conoció á D'Orsay, sintió siempre

apasionada predilección por la aristocracia. El dandismo, de que dió una teoría de un análisis delicadísimo, no fué en él cuestión de actitud. Le atrajo su rareza, su reserva, su impertinente soledad; porque ser raro, reservarse, no confundirse con la multitud, es quinta esencia de aristocracia. Lo malo es que, de todas las maneras de sentir, la aristocrática es la que supone más condiciones exteriores, y esas condiciones faltaron al autor de *Brummell*. No contó con ese arma del dinero, que cuando menos sirve para prevenir promiscuidades crueles. Tuvo que sufrir, con una naturaleza sedienta de distinción, todas las mezquindades del oficio: el rigor de las competencias adocenadas, que disgusta hasta del triunfo; la ejecución de las obras á plazo fijo, que lleva á deplorar hasta el talento que os permite crearlas; y, para colmo de infortunios, ese oficio, esas competencias, esas faenas, en plena sociedad democrática. Pero esa inclinación á la vida elevada y á las elegancias ambientes ¿no es común á todos los poetas? ¿Es otra cosa que el deseo de infundir alma en las vulgaridades ineludibles? ¿Y no se cura uno de él, como de todas las nostalgias del orden físico, por la consideración de que la materia dista tanto de satisfacer á las exigencias del espíritu, que realizar ciertos ensueños sería empequeñecerlos? Un carácter más privativo de M. d'Aurevilly, y que le asigna un puesto especial entre los literatos de este tiempo, es que había nacido y fué siempre fanático de la acción. El carácter de sus personajes favoritos en la historia, como el carácter de los héroes inventados en sus novelas, atestigua ese fanatismo que no desmentía su aspecto marcial. Su vida ha sido, no obstante, sedentaria, y bastante parecida por el antagonismo de los deseos y los hábitos á la de esos herederos de familias arruinadas que Walter Scott evoca en el desierto hogar, al pie de la efigie de un rey destronado, que no volverá á reinar en adelante, y á la sombra de un blasón, que va borrándose y que no reparará piedad ninguna. ¿Tenía Teófilo Silvestre la intuición de semejante analogía cuando daba á M. d'Aurevilly ese nombre de *laird*, tan estrechamente asociado por la imaginación al recuerdo del heredero de los Revenswood? «Vamos á casa del *laird*», decía á su común amigo León Gambetta, muy joven entonces y aficionado á discutir con aquel maestro extraordinario de la conversación. Y no es que abundasen grandemente en las mismas ideas el orador meridional, lanzado con tales bríos en plena corriente del mundo moderno, el

escritor solitario, que con indomable energía protestaba contra ese mundo. Es que M. d'Aurevilly, por las convicciones adquiridas—esa segunda naturaleza que á veces contradice la primitiva, pero que á veces acrecienta su nativa originalidad fortificándola con la reflexión—había exagerado el divorcio que lo separaba de su época. Se hizo católico, y lo proclamó altamente hasta el punto de escribir la apología de los procedimientos inquisitoriales, en el momento crítico en que la ciencia contemporánea parece resolverse en el positivismo más hostil á la tradición católica. Absolutista y saturado de la doctrina de De Maistre, vió derrocarse las monarquías, cundir y crecer las teorías de la Revolución, y multiplicarse en Francia los ensayos de gobierno parlamentario. Idealista en su arte, como lo fué en su vida, admirador de Byron y de Lamartine, asistió al advenimiento de la literatura documental. Rara vez hubo antítesis tan extraña y sañudamente persistente que aislase más á un hombre en las prevenciones de su orgullo y de su quimera. ¿Hay que ver en ese aislamiento una consecuencia inevitable de causas lejanas y ha de echarse mano de esa palabra tan socorrida y que da cuenta de tantos misterios: el atavismo? ¿Hay que atribuir á un destino excepcional el desarrollo en un sentido inesperado de facultades ya excepcionales de suyo? Largos años de juventud gastados en matar el hastío á fuerza de ensueños en el fondo de una provincia; otros más dolorosos en París, acechando una ocasión, que no llegó á presentarse, de emplear todo su talento; las injusticias de la crítica y las miserias de la publicidad, duras siempre, pero más aún para un alma altiva: he ahí motivos bastantes para explicar muchas heridas, y por consiguiente, muchas resoluciones de feroz independencia. Pero, sean las que quieran las causas de que fueron efecto visible esos hábitos, lo cierto es que M. d'Aurevilly, á semejanza de ese lord Byron tan apreciado de él, ha vivido en este siglo en estado de rebelión permanente y de continua protesta. Sólo que lord Byron se atrincheraba con sus sinsabores detrás de su pairía y de sus cuatro mil libras esterlinas de renta, mientras que M. d'Aurevilly ha tenido que conquistarse la independencia con su pluma y su tintero. A pesar de todo, no ha hecho á la sociedad una concesión más que el castellano de Newstead Abbey. Es quizá un destino menos novelesco, para quien comprenda todo el sentido de la palabra, igualmente poético, si no más todavía.

II

Menester es darse cuenta del carácter extraño de ese destino para juzgar la obra escrita de M. d'Aurevilly desde el punto de vista exacto y penetrar su secreta lógica. Ante toda existencia consagrada á las letras, hay que proponerse una cuestión. ¿Qué clase de voluptuosidad ha pedido el escritor á esas letras complacientes? Porque ellas se prestan á todos los antojos, y, á trueque de ser amadas de todo corazón, consienten que se las ame con los amores más diversos. Muchos autores les exigen una gloria inmediata: quieren expresar su época y hacerse, como Latouche decía de Mme. Sand, un eco que «duplica la voz» de la muchedumbre. Es una concepción que cuadra á almas comunicativas, sociables y calorosas, y tiene sus correspondientes reglas de estética. El escritor que así ambiciona erigirse en orador y heraldo aclamado de su tiempo, debe poseer un estilo transparente y jovial. También necesita un punto de vista humano de cierta amplitud al par que la aceptación de las formas de moda y hasta de los prejuicios corrientes. Ese escritor comprende y practica con ingenuidad la fórmula irónica del moralista: «Es una gran locura ser cuerdo uno solo». Cabe pensar así y componer obras maestras, digan lo que quieran los apóstoles del arte desdeñoso. La prueba está en Molière y en la misma Jorge Sand. Hay otra raza de literatos, cuyo tipo acabado en nuestros días fué Flaubert, la cual circunscribe á los iniciados el piadoso culto que los primeros conceden á la multitud. Estos son hombres de estudio y de gran refinamiento. Se encastillan en la sombra de una escuela. Evitan la luz cruda, y no trabajan sino preocupados de las miradas penetrantes que sobre ellos clavan los jueces. ¿Qué jueces? Los colegas puestos al corriente de los más delicados secretos de la composición, los inteligentes escrupulosos capaces de apreciar el valor de una sílaba puesta en su sitio y las deficiencias de una metáfora fallida. Esa preocupación, calificada de bizantina por los malévolos, conduce sin duda á una literatura hierática y sibilina, en que al arte consumado de los procedimientos técnicos acompaña un menosprecio soberano por la emoción sencilla y la elocuencia espontánea del corazón. Todos los epigramas dirigidos contra ese bizantinismo no impedirán

que sea un libro superior *La Tentación de San Antonio*. Hay, finalmente, un tercer grupo de artistas para los cuales escribir es una forma de vivir y nada más. Esos no se proponen otra cosa que avivar con sus propias frases la llaga interior de su sensibilidad. Para ellos la realidad es dolorosa: los oprime, los hiere. Su alma no encuentra en el círculo de circunstancias donde esa realidad la encadena nada que satisfaga su apetito de emociones grandiosas y profundas. Piden á las palabras y á la magia del arte lo que los orientales consiguen con el haschisch, lo que el inglés Quincey obtenía apoyando en los labios su negro frasco de láudano: otra imagen soñada de los días y un nuevo destino. La literatura es su venganza y su emancipación á un tiempo junto: su venganza, porque así atestiguan que la suerte fué injusta con ellos, y, como dice magníficamente un antiguo, que han sido «humillados por la vida...» su emancipación, porque así conquistan excitaciones que superan y borran la impresión de la odiosa realidad. A ese grupo de escritores por deseo apasionado de vivir en otro mundo pertenecía ese mismo Byron, á quien hay que nombrar de continuo cuando se habla de M. d'Aurevilly, y que compuso *La desposada de Abydos* en algunas noches, á fin de expulsar fantasmas siempre renacientes. En el mismo grupo figuraba aquel furibundo duque de Saint-Simon, que, al volver de la corte con la bilis exacerbada, llenaba con sus gruesos caracteres las enormes hojas de papel de sus *Memorias* para erigirse en hombre de Estado, á favor de la magia de su prosa y durante esas horas de labor, ya que no podía serlo más que entonces... Juzgaba á ministros y embajadores; decía las causas profundas del envilecimiento público; preveía las catástrofes inevitables; descubría la gangrena de las infamias, y despojaba de sus blasonadas vestiduras las almas podridas de los cortesanos y de los príncipes. Después, dejada ya la pluma reparadora y cerrado el tintero vengador, había que ajustarse de nuevo el collar de la medianía, sufrir la soberbia de Luis XIV, la insolencia de los bastardos, la cobardía del Regente, la infamia de Dubois y pasarse la mano por la cara para ahuyentar la vergüenza. Al mismo grupo pertenece M. d'Aurevilly. La literatura fué para él, como para Byron, como para Saint-Simon, el hada libertadora que consuela de todo. Cuando escribía, resolvíanse las contrariedades que experimentaba, quedaban reparados los abortos de su destino y se mitigaban las angustias de sus desespe-

raciones. Este bello verso de su reducida colección de poesías:

L' Esprit, l' aigle vengeur qui plane sur la vie (1), podría servir de epígrafe á sus menores obras lo mismo que á las de más importancia, que á sus cartas familiares, que á los *Memoranda* compuestos al día. ¿Qué importa que el lector se asombre de esas orgías de imágenes, de esas violencias de invención, de esas audacias de estilo, si el autor ha logrado su objeto, si ha conseguido ser *Él mismo*, con la plena expansión de todo lo íntimo de su persona, durante las horas asaz breves que ha invertido en escribir esas páginas?

Por eso, nada hay menos ficticio que tales libros, aun cuando sea muy intensa su abstracción soñadora, muy violenta su retórica y tan extraña frecuentemente su impresión. Cuando ese hombre os describe punto por punto las pasiones desbordadas de Ryno de Marigny *(Une Vieille maitresse)* ó evoca ante vuestros ojos la cara cicatrizada del gigantesco abate de la Croix-Jugan *(L' Ensorcelée)* (2), tened por seguro que no se propone sorprenderos con lo insólito de su invención. Vosotros, los lectores futuros de la novela, estáis completamente ausentes de su pensamiento, á la hora de la noche en que, cerradas las maderas y encendidas las bujías, elabora ese alquimista *su* gran obra, sin dársele un ardite de que pueda ó no interesaros. Es posible que durante el día haya ventilado algún asunto que irritó su nativa nobleza, ó leído artículos que lo excitaron, ú oído palabras que lo abatieron, ó visto semblantes que le eran repulsivos, ó adivinado sentimientos que lo indignaron. Esas bajas miserias de la vida cuotidiana se desvanecen, y, apenas pronunciado el *¡Sésamo, ábrete!* de la imaginación, la caverna mágica desvela sus encantos. El novelista *ve* á Marigny, *ve* á Vellini, *ve* á Jehoel de la Croix-Jugan. ¿Existe aún un mundo de sensaciones vulgares y de destinos adocenados? No sabe ya nada, absorto como se encuentra en sus personajes. Sí: *sus* personajes en el sentido literal de la expresión; porque él los ha proyectado fuera de su cerebro—como el Júpiter de la fábula á la guerrera Minerva, engendrados y nutridos de la más pura sustancia de su sér. El ha imaginado, á la manera que oran los creyentes, al modo que se quejan los amantes, por una necesidad imperiosa de *sfogarsi*, para usar un giro italiano favorito de Beyle. De igual suerte, si cada frase de esos trágicos relatos

(1) El génio, águila vengadora que se cierne sobre la vida.—(N. DEL T.)

(2) Muy pronto verá la luz en LA ESPAÑA MODERNA, esta hermosa novela.

está cargada hasta la boca, como trabuco de giaur, con todas las voces enérgicas del Diccionario, si la *expresión* se eleva aquí al grado extremo de vigor, no creáis que sea un artificio de obrero mañoso de la prosa. El autor no ha hecho una labor retórica. Esa furia de lenguaje es á su modo una furia de acción. Para ese escritor, como para todos los que poseen un estilo, las palabras disfrutan de la existencia de criaturas. Viven, palpitan, son nobles, son plebeyas. Las hay sublimes, las hay infames. Tienen una fisonomía, una fisiología y una psicología. ¡Cuánta humanidad no se encierra en la estrechez de sus sílabas! En cierto sentido, escribir es una encarnación, y el espíritu de un gran prosista habita en sus frases, como el Dios de Espinosa habita el mundo, hallándose presente á la vez en todo el conjunto y en cada una de sus partículas. ¿Qué mucho que el novelista de *Una antigua querida* y de *Las diabólicas,* se crease una prosa violenta al par que engalanada, aristocrática y militar juntamente, como hubiera deseado que fuese su propia vida? ¿Qué digo? No se creó esa prosa, no hizo más que anotar las palabras interiores que se pronunciaba á sí mismo en la soledad de su despacho y las palabras improvisadas que lanzaba al azar en el abandono de la conversación. En el curso de mis entrevistas con él—uno de los placeres intelectuales más vivos de que he disfrutado — observé con frecuencia esa identidad sorprendente de su frase escrita y su frase oral. Me contaba anécdotas de Valognes ó de París, con ese mismo poder de evocación verbal y esa misma exuberancia de colores que se nota en sus novelas. Se revelaba por entero en sus palabras. Las palabras pasaban á ser él, y él se condensaba en ellas. Entonces comprendía yo más claramente lo que ha sido la literatura para ese hombre fuera de su centro, y el amparo que su melancolía pidió á su imaginación. De ahí deriva, entre otras consecuencias, esa fuerza de desdén de la opinión que le ha permitido no abdicar nunca ante el gusto del público. Admiraba mucho este título de un poema de Lamartine: *El Genio en la oscuridad.* Esa admiración era de buena fe, y no me asombraría de que, profesando á las letras el amor que he dicho, no sólo le hubiesen sido indiferentes las pretericiones de la fama para con su persona, sino que casi se holgase de ellas en las horas de entera sinceridad.

III

La literatura ha sido, pues, para M. d'Aurevilly un sueño reparador.

Pero no todos los sueños son quimeras; y cuando el soñador es un moralista y un pisicólogo, no es difícil desentrañar al través de sus imaginaciones los elementos de experiencia que ha combinado, exagerándolos unas veces, deformándolos otras, pero siempre sólidos y reales, como la materia bruta que el escultor trabaja. En una carta de Stendhal á Balzac hay una frase significativa y que denota bien el procedimiento de metamorfosis á que someten sus observaciones esos alquimistas del alma humana que llamamos grandes novelistas: «Elijo—dice el autor de *Rojo y Negro* —un personaje bien conocido de mí, le dejo los hábitos que ha contraído en el arte de ir todas las mañanas en busca de la suerte, y *después le doy más espíritu.* Para un D'Aurevilly, *más espíritu* se trueca en *más pasión*, pero el procedimiento es evidentemente análogo. Para quien conozca un poco las circunstancias de la juventud de M. d'Aurevilly, es fácil también discernir las diversas fuentes que alimentaron de realidad su imaginación. Vivió muy niño y todavía adolescente en la vetusta ciudad de Valognes, y conoció á los supervivientes de las terribles guerras de la chuanería del Cotentin. Oyó á esos hombres contar las acciones que habían consumado con aquellas manos mismas que á la sazón calentaban al fuego de las veladas invernales. De esa primera impresión, conservada imborrablemente en su memoria, sacó M. d'Aurevilly *La Hechizada* y *El Cabecilla* (1). En aquella misma época vió á los jóvenes nobles de su provincia y á los antiguos soldados del Imperio matar los ocios forzados de su estancada existencia con toda clase de excesos de juego, de amor peligroso y de conversación. Se acordó de esos nobles y de esos soldados al escribir *Le Bonheur dans la crime*, *Le Diner d'athées* y *Le dessous de cartes d'une partie de whist.* Después vino á París, y las sensaciones de su vida mundana condujeron á *L'Amour impossible, La Bague d'Annibal*, *La vieille maitresse* y á *Le plus bel amour de Don Juan*, así como las horas de misticismo que atravesó bajo el influjo de una mujer, se resumieron en *Le Pretre marié.* Citaba yo hace poco el nombre de Quincey, el comedor de opio. Ese singular y perspicaz analista de su propio vicio, había reconocido que todas sus visiones, las más espantosas y las más arrebatadoras, las más desmedidas y sobrehumanas, derivaban de las impresiones ambientes que la embriaguez transformaba, am-

(1) *El Cabecilla*, cuya traducción ha publica LA ESPAÑA MODERNA. — (N. DEL T.)

plificándolas é interpretándolas de un modo grandioso—verdad inconcusa hoy para la ciencia de los venenos de la inteligencia.—La literatura tiene también su embriaguez, que no hace más que interpretar y amplificar las sensaciones que el escritor ha recibido. Pero esa transformación se llama talento.

El interés psicológico de los *Memoranda* estriba cabalmente en que se asiste á ese trabajo de metamorfosis. Allí se comprende plenamente cómo *se escriben* las impresiones en M. d'Aurevilly. Tal libro, que no es un libro, me seduce por ese atractivo de un matiz tan delicado. Permite ver el minuto en que el hombre va á hacerse autor, en que la realidad se trueca en poesía, en que la observación se reviste de idealidad soñadora. Y la idealidad soñadora es tan natural en M. d'Aurevilly, que á ella lo conduce el menor acontecimiento por invencible pendiente. Se duerme un niño á su lado en una diligencia, y se le aparece la Leila de Byron. Ve que el viento azota los árboles, y dice: «Acuchillaba los olmos como con un alfanje y *sajaba su hermosa cara de matizado verdor.*» Y en otra parte, á propósito de la lluvia: «¿No estamos en Normandia, *la bella Pluviosa, que tiene bellas lágrimas frías sobre bellas megillas frescas?* Yo he visto á algunas mujeres llorar así.» A este tenor se tropieza en cada página con un más allá vislumbrado tras la vibración presente de los nervios y del corazón. Es que M. d'Aurevilly es, en el sentido más bello y más propio de la palabra, un poeta, un creador. Y su poesía se acerca tanto á la de los ingleses como su Normandía á Inglaterra. Recuerdo que en un viaje que hice en línea directa de Caen á Weymouth, por Cherburgo, en el mes de Agosto de 1882, me quedé maravillado de la extraordinaria semejanza de los paisajes. ¿Ha descendido esa analogía hasta las almas? Me sentiría inclinado á creerlo, al ver cuán próximo se halla el ensueño de un Shakespeare ó de un Carlyle al de un normando de raza pura como M. d'Aurevilly. Es una nota más que debe unirse á las que he apuntado, y que explica por qué no ha podido existir jamás un acuerdo íntimo entre ese noble escritor y nuestro siglo XIX francés. Acerbo y solitario destino, pero al cual habrá debido M. d'Aurevilly el morar en un mundo de visiones magníficas y conservar una soberbia entereza de pensamiento .. ¿Puede anhelar más un hombre altivo?...

PABLO BOURGET.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO

DE

ESCRITORAS AMERICANAS DEL SIGLO XIX

C

CAAMAÑO DE VIVERO (Angela).—Poetisa guayaquileña, autora de numerosos trabajos, y reputada como una de las escritoras ecuatorianas más notables. En sus numerosos viajes á Europa, á las Repúblicas peruana y chilena y á los Estados Unidos, adquirió su fantasía vuelos que desarrolló más tarde en sus poesías, entre las que merecen especial mención, las tituladas *No canto ya*, *A ti*, *Traducción de Byron*, *Comadre mía*, *A los fumadores del teatro*, otras dedicadas á doña Mercedes Marín de Solar y á doña Dolores Sucre, y varios *Sonetos*. Falleció el 15 de Febrero de 1879.

CABELLO DE CARBONERA (Mercedes).—Dados los límites á que el presente trabajo tiene que circunscribirse, es tarea harto difícil trazar, aunque sea á grandes rasgos, la biografía de una novelista de tal importancia, que va á la cabeza del movimiento literario americano. A pesar de que en los momentos actuales brillan en Europa escritores afamados que sostienen con honra escuelas diversas, los trabajos que del Nuevo Mundo llegan van continuamente ganando terreno en el campo de la república de las letras, y los nombres de los autores ultramarinos figuran dignamente al lado de los más reputados europeos. Y si entre el bello sexo hay una publicista que figure en primera línea entre todas sus compatriotas, es seguramente doña Mercedes Cabello de Carbonera, que de día en día va popularizándose entre nosotros, y adquiriendo más sólida reputación.

Nació esta eminente escritora pe-

ruana en la ciudad de Moquegua el día 7 de Febrero de 1849, y desde la edad de 14 años comenzó á dar pruebas de sus brillantes facultades, publicando en *El Album*, de Lima, algunas composiciones bajo el pseudónimo de Enriqueta Pradel. Continuó haciendo sus primeras armas en los periódicos *La bella Limeña*, *La Alborada*, *La Perla del Rimac*, *El Semanario del Pacífico*, *El Recreo de Cuzco*, *La Ilustración del Curaçao*, *El Plata ilustrado*, *El Correo de Ultramar*, *El Correo de París* y otros. Casada en 1868 con el doctor D. Urbano Carbonera, quedó viuda en 1885, y de entonces acá es cuando han circulado con más rapidez su nombre y sus obras. Citaremos entre estas, como más conocidas y apreciadas, *A Cuba*, composición premiada por el Concejo provincial del Callao, en un concurso internacional, *Influencia de las Bellas Artes en el progreso moral y material de los pueblos*, estudio premiado por el municipio de Lima, *Sacrificio y recompensa*, novela premiada por el Ateneo de Lima, *Blanca Sol*, una de sus novelas más notables, editada repetidas veces en Lima, y reproducida por *Las Novedades*, de Nueva-York, *La Iberia*, de la Habana, y *El Correo de París; Consecuencias*, *Hortensia y Eleodora*, y algunos otros trabajos, si no numerosos, correctos y llenos de inspiración. Las obras de la señora Cabello, tocan unas veces en el naturalismo hoy en boga, conmueven otras las fibras del corazón, despertando los sentimientos más delicados, y recorren toda la escala de las afecciones humanas, apareciendo en tales trabajos, ya la delicadeza más exquisita, ya la energía más contundente, y presentando con idéntica maestría las escenas del idilio y las de la tragedia.

En la imposibilidad de hacer un estudio crítico de las novelas citadas y de su autora, debe indicarse que las principales publicaciones americanas y europeas, traen con frecuencia juicios de unas y otras. Su fama se extiende con rapidez pasmosa, y hoy es de desear que no permanezca ociosa la pluma de la eminente escritora, para bien de sus compatriotas y de las letras en general.

CABRERA (Ana María). — Distinguida poetisa cubana, cuyos trabajos se encuentran diseminados en la prensa regional.

CAREY (Alicia). — Publicista norteamericana, nacida en Cincinnati en 1822. Colaboró en diversos periódicos y publicó: *Memorias de nuestro interior en el Oeste* (1851), *Memorias de nuestra vecindad en el Oeste* (1853), *Agar*, *historia de hoy día* (1853), *Lira y otros poemas* (1852), *Poemas* (1855), *Casado*, *no unido*, *Hollywood*, *Poesías* (1850) en colaboración con su hermana Febea. Algunos de sus trabajos han visto la luz bajo el pseudónimo de Patti Lee. Debemos, además, mencionar como muy notable, su colección de cuen-

tos infantiles, titulados: *Los niños de Clovernook.*

CAREY (Febea). — Escritora americana, hermana de Alicia. Además de una frecuente colaboración en periódicos y revistas, se la debe un volumen de *Poemas y parodias* (1854).

CATURLA (Carolina).—Poetisa portoquireña, algunas de cuyas composiciones se publicaron por el año de 1875.

CEPERO (Belén). — Poetisa cubana, que en el año de 1863 publicó las obras: *Suspiros del alma* y *Poesías de la hija del Yumurí*, por cuyo pseudónimo es más popular.

CÉSPEDES DE ESCANAVERINO (Úrsula). — Poetisa cubana, nacida en Santiago de Cuba en la primera mitad del presente siglo. Son muy notables las poesías líricas que de la señora Céspedes han visto la luz en diferentes publicaciones literarias de la Habana y Méjico.

CORTÉS (María Natividad). — Inspirada poetisa limeña, cuyas escasas poesías, publicadas en los diarios peruanos, son modelos de ternura y apasionamiento.

CRUZ SOLÍS (María del Pino de la). —Publicó en la Habana en 1880, un volumen de poesías con el título de *Lágrimas y Flores.*

CUNHA (Delfina da). —Poetisa, nacida en Río Grande del Sur (Brasil) en 1791 y fallecida en 1857.

CUNHA MATTOS (Hermelinda Gracia de). — Literata brasileña, conocida por el sobrenombre de *La filósofa.* Se la debe un notable libro de *Sentencias.* Murió en 1830.

CH

CHESEBRO (Carolina). — Novelista americana nacida en Nueva-York en 1826. En 1846 empezó á darse á conocer colaborando en varias revistas literarias. Algunos años después dió á la publicidad diferentes cuentos, entre los que recordamos los titulados *Dream Land*, *Isa*, *Peregrinación*, *Agar*, *historia de hoy día*, *Los Niños de la Ilustración*, *Philly y Kit*, *Victoria*, y algunos otros. Falleció en Piermont el 16 de Febrero de 1873.

CHILD (Lydia María Francisca).—Literata y entusiasta defensora de la abolición de la esclavitud. Nació en 1802 en Boston, y se la deben numerosas obras poéticas, filosóficas y literarias. Son dignas de mención las tituladas *Hobomock y Rebeldes*, *Libro de las madres*, *Libro de las hijas*, *Retratos históricos de Mad. Staël*, *Guyon*, *Roland*, *Lady Russell*, etc., *Biografía de las mujeres honradas*, *Historia y condición de las mujeres honradas*, *Historia y condición de las mujeres en todas las épocas*, *Llamamiento en favor de los americanos llamados Africanos* (1833), *Cartas de Nueva-York*,

Flores de primavera, *El Progreso de las ideas religiosas en la sucesión de los siglos*, *La Guirnalda*. Colaboró en *El Correo de Boston*, y falleció el 26 de Octubre de 1880.

D

DARIO (RAFAELA DE). — Novelista guatemalteca, que ha publicado en 1890 algunos cuentos en periódicos de aquella República.

DAVIDSON (LUCRECIA MARÍA).—Poetisa americana, nacida en Plattsburg en 1808 y muerta en 1825. En el cortísimo espacio de su vida, tuvo ocasión de mostrarse escritora inspirada y correcta, siendo de ello prueba patente la obra *Amir-Khan* y otros poemas, que se publicaron en Nueva-York en 1829.

DAVIDSON (MARGARITA MILLER).— Inspirada y ardiente poetisa americana, nacida en 1823 y muerta poco después que su hermana Lucrecia María.—Sus composiciones vieron la luz con general aceptación.

DÁVILA DE PONCE (UBALDINA).— Poetisa colombiana, entre cuyos trabajos recordamos las poesías *Dido* y *A mi rosa*.

DENIS (AMELIA).—Poetisa colombiana. Se la deben, entre otras muchas y muy inspiradas, las composiciones *A un caracol vacío*, *A un torrente* y *En las montañas de mi patria*.

DODGE (MARÍA ABIGAIL).—Escritora nacida en Massachussets en 1830 á la que se deben obras diversas poéticas y religiosas.

DODGE (MARÍA MOPES). — Escritora americana, autora de varios libros dedicados á la infancia. En 1873 entró á ocupar la dirección del periódico neoyorkino titulado *San Nicolás*.

E

ECHEÑIQUE (MARIA EUGENIA).—Escritora argentina nacida en Córdoba. Se la debe la obra *La posición de la mujer en el siglo XIX* (1873).

EDDA. — Poetisa colombiana, entre cuyas composiciones recordamos la titulada *Mi amor*.

ESPINOSA DE RENDÓN (SILVERIA). —Escritora colombiana, nacida en Bogotá. Colaboró en *El Parnaso granadino* y en otros muchos periódicos, debiéndosela, además de un buen número de poesías y artículos literarios y morales, una obra sobre la *Educación de las jóvenes*, un folleto *Lágrimas y recuerdos* (1850) relativo á la expulsión de los jesuítas de Bogotá, y algún otro trabajo.

F

F. LINCE (Elena). — Escritora colombiana. Recordamos de entre sus poesías, las tituladas *A Medellín* y *A un pajarillo*.

FARRINGTON (Sarah Payson Willis). — Escritora americana, nacida en Portland en 1811. Su padre y su hermano fueron literatos, y ella, nada afortunada en su segundo matrimonio, tuvo que recurrir al cultivo de las letras, debiéndosela las novelas *Ruth Hall*, *Rosa Clark*, *Hojas del carnet de Fanny Fern*, y varios artículos publicados bajo el pseudónimo de *Fanny Fern*.

FEBRES CORDERO DE BALLEN (Carmen). — Distinguida poetisa guayaquileña, nacida en 1829, y residente durante largo espacio de tiempo en la República chilena. A los catorce años de edad fué cuando escribió la mayor parte de sus poesías, entre las que se cuentan: *A mi madre*, *Himno dedicado á los dignos patriotas de los clubs de Guayaquil*, *A mi esposo ausente*, *A una flor*, y *En el album de mi amiga Angela Caamaño*. Otras composiciones vieron la luz en *La Guirnalda literaria*.

FERNÁNDEZ DE MUJÍA (Hersilia). — Poetisa nacida en Potosí, después de mediar el presente siglo, y casada con el distinguido escritor D. Ricardo Mujía. Entre sus trabajos merecen citarse *La gota de agua*, publicado en *El Orden*, de Sucrey una composición poética titulada *El Amor*. En algunos periódicos se han ocupado de la señora Fernandez con elogio.

FLOR (Teresa). — Poetisa ecuatoriana nacida en 1799 en Ambato. Escribió en su juventud algunas poesías festivas, que fueron muy celebradas.

FOWLER (Lydia). — Nació en Massachussetts. Cursó la carrera de medicina, y se dedicó á las enfermedades de mujeres y niños. Contrajo matrimonio con el doctor Lorenzo Fowler y publicó: *Lecciones familiares sobre astronomía*, *Lecciones familiares sobre frenología y fisiología* (1847).

FRANCHI ALFARO (Luisa). — Poetisa cubana muerta en la Habana en 1871, y colaboradora de diversas publicaciones.

FULLER (Sarah Margarita). — Literata nacida en Cambridge-Port (Massachussetts) en 1810 y muerta en 1850. Colaboró en diferentes periódicos, y publicó *Sonetos*, *Ensayos sobre Goëthe*, traducción de las *Conversaciones de Goëthe con Erckmann*, y otros trabajos. Pereció con su esposo, el marqués de Ossoli, en un naufragio. Las *Memorias de Margarita Fuller*, fueron publicadas en Londres en 1852.

G

GALARRAGA DE KRUGER (Isabel). —Distinguida profesora á la que el pueblo habanero debe grandes servicios prestados á la enseñanza de niñas, pues ya con las explicaciones, ya con la publicación de obras de texto, favorece grandemente á la juventud estudiosa. En 1887 dió á la estampa una *Biblia para los niños* ó *Historia abreviada del Antiguo y Nuevo Testamento*, que mereció una encomiástica sanción del gobierno eclesiástico de la diócesis de la Habana.

GAONA (Julia). — Poetisa argentina, autora de la composición *La juventud*.

GARCÍA ROBLEDO (Justa). — Poetisa peruana autora de las composiciones *El Amor Unico* y *El Desierto de Piura*.

GARCÍA DE BAMBAREN (Carolina). — Escritora y pintora peruana á la que se deben algunos apreciables trabajos literarios y una copia en miniatura de *La Virgen de la silla*, de Rafael, premiada en la exposición de Lima de 1869.

GARCÍA DE CORONADO (Domitila). — Escritora habanera, á la que se deben las obras *Consejos y consuelos de una madre á su hija* (1871), *Método de lectura* (1886), *Breves nociones de instrucción primaria* (1886), *Cubanas benéméritas* (1887).

GILMAN (Carolina Howard). — Poetisa americana, nacida en Boston en 1794. Desde muy joven colaboró en la *Revista Norte-Americana*. En 1832 comenzó en Charleston la publicación de un periódico de niños titulado: *Botón de Rosa*, y más tarde *Rosa del Sur*, dando á conocer además *Baladas*, *Oráculos de Youth*, *Ruth*, *Raimundo*, *La sibila*, etc. Estuvo casada con el escritor Samuel Gilman, y editó las *Cartas de Elisa Wilkinson*, una de las heroinas de la revolución americana.

GLOVER (Carolina Gilman). — Hija de la anterior, nacida en Charleston en 1823, y como ella, escritora. Colaboró en algunas publicaciones bajo el nombre de Carolina Howard. Editó *Cartas de Elisa Wilkinson*, y el periódico de niños *La rosa en capullo*.

GÓMEZ DE AVELLANEDA (Gertrudis). — Nació esta eminente escritora, gloria de las letras españolas, en Puerto Príncipe (Isla de Cuba) el 23 de Marzo de 1814. Estuvo casada primeramente con el hombre político D. Pedro Sabater, y en segundas nupcias con el coronel don Domingo Verdugo. Ambos matrimonios fueron deshechos, al poco tiempo de contraidos, por la muerte de los señores citados, y la ilustre poetisa vivió desde entonces únicamente para la religión y la caridad, hasta que terminaron sus días

en Madrid el 1.° de Febrero de 1873. Pocas literatas han gozado de la fama, el prestigio y el respeto que llegó á alcanzar la Avellaneda. Hombres tan notables como Nicasio Gallego, Pastor Díaz y Valera, la tributan elogios sin limite, dando con ello idea de la popularidad que la rodeó en vida y la ha seguido después de muerta. Sus *Obras literarias* han sido publicadas en Madrid en 1869, y en ellas se contienen *Poesías*, *Munio Alfonso*, drama, *El Príncipe de Viana*, drama, *Recaredo*, drama, *Saúl*, drama bíblico, *Baltasar*, drama oriental, *La Aventurera*, comedia, *La hija de las flores*, comedia, *Oráculos de Talía ó los duendes en Palacio*, comedia, *La hija del Rey René*, pieza en un acto, *El millonario y la maleta*, pieza cómica, *La verdad vence apariencias*, drama, *Tres amores*, comedia; las novelas y leyendas *El Artista barquero ó los cuatro cinco de Junio*, *Dolores*, *Espatolino*, *La velada del Helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La flor del Angel*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *El Aura Blanca*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *La baronesa de Youx*, *El cacique de Turmequé* y *La mujer*. Además de las incluidas en esta recopilación, se deben á esta autora las obras *Leoncia*, drama, *La sonámbula*, drama, *Errores del corazón*, drama, *Egilona*, drama, *El Donativo del Diablo*, drama, *Simpatía y antipatía*, comedia, *Glorias de España*, loa, *Devocionario nuevo y completísimo en verso y prosa*, *Saúl*, novela, *Guatimozín* novela, *Dos mujeres*, novela, *Catilina*, drama, *La cruz*, poema, *El último acento de mi arpa* y multitud de artículos y trabajos sueltos, publicados muchos de ellos bajo el pseudónimo de *La peregrina*. Fué premiada en diferentes Centros literarios, y su vida constituye una brillante página de honor para la literatura hispano-latina.

GONZÁLEZ TOLA (MERCEDES).—Poetisa guayaquileña nacida el 12 de Octubre de 1860. Desde 1874 comenzó á dar publicidad á sus trabajos, entre los que descuellan los titulados *A mi madre*, soneto, *Mis primeras ilusiones*, *A mi padre en su cumpleaños*, soneto, *Todo acabó* y *A mi padre*.

GORRITI (JUANA MANUELA).—Fecunda y correcta escritora argentina, nacida en Salta en 1819. Estuvo casada con el Presidente de la república boliviana, general Belzu, y dirigió en Lima un colegio. Escribió los trabajos que siguen: *Un drama en el Adriático*, *Gubi Amaya*, *El guante negro*, *La Quena*, *La hija del mazorquero*, *La novia del muerto*, *Fragmentos del album de una peregrina*, *El Lucero del Manantial*, *Una apuesta*, *Una noche de agonía*, *Tres noches de una historia*, *El lecho nupcial*, *Quien escucha su mal oye*, *El Angel caído*, *Tesoro de los Incas*, *Si haces mal no esperes bien*, *Una hora de coquetería*, *El ramillete de la velada*, *El naranjo y el cedro*, *Una redondilla*, *Güemes*, *Recuerdos de la*

infancia, *La fiebre amarilla* y *El General Vidal*, todos los cuales fueron publicados en dos volúmenes en 1865 con el título de *Sueños y realidades*. Además se la deben *Cocina ecléctica*, *Lo íntimo*, *Perfiles históricos* y *Perfiles divinos*. Falleció Juana Manuela Gorriti en 1874.

GORTAIRE DE DIAGO (Ana).—Poetisa nacida en Quito. Fué presidenta de una sociedad de literatas de Popayán, donde, en unión de su esposo, fijó su residencia. Mereció muchos elogios la composición que á la señora Gortaire se debe, titulada *A la memoria de la señora Adelaida Guerrero de Cassola*.

GUERRA (Rosa).—Escritora argentina, autora de *Julia ó la educación*, *La camelia*, *Poesías* y algunas obras teatrales. Murió en Buenos Aires en 1869.

GUERRERO (Dolores).—Poetisa nacida en Méjico en 1833: sus poesías, por todo extremo correctas y sentidas, hicieron concebir lisonjeras esperanzas acerca del porvenir de esta escritora, que desgraciadamente no se vieron realizadas por morir Dolores Guerrero en 1858, contando veinticinco años de edad. Distinguióse también como excelente pianista.

H

HALE (Sahara Josefa Buell).—Distinguida escritora nacida en 1790, en Newport. Viuda de un ilustre abogado, la necesidad la obligó á buscar en la literatura medios de subsistencia, dirigiendo un periódico neoyorkino, y publicando algunas obras, entre las que merecen citarse *Tipos americanos* y *Pintura de costumbres americanas*, *Poesías*, *Northwood*, novela, *Grosvenof*, drama, *Tres horas*, leyenda, *Las mujeres notables desde el principio del mundo hasta* 1850, y *Diccionario de citas poéticas*. Falleció en Filadelfia en 1879, dejando un hijo también escritor distinguido.

HIGGINS (Luisa C.)—Escritora nacida en New-Haven (Conneticut) en 1808. Casada con el literato Cornelio Tuthill, cobró gran afición á las letras, colaborando en periódicos diversos, y dando á la estampa las obras *Mi mujer*, *Historia de la arquitectura desde los tiempos más antiguos* y muchos libros dedicados á los niños.

HURTADO DE ALVAREZ (Mercedes).—Escritora colombiana, á la que se debe la novela *Alfonso, cuadro de costumbres*.

L

LAPARRA DE LA CERDA (Vicenta).—Escritora guatemalteca á la que se deben los dramas *Una hija mal-*

dita, *El Angel caído* y otros varios, aparte de numerosas composiciones poéticas, cuyos trabajos todos son calurosamente elogiados por sus compatriotas.

LARRIVA DE LLONA (Lastenia).—Escritora ecuatoriana á la que se deben las obras *Oro y escoria*, *La ciencia y la fe* y *Un drama singular*, publicadas en 1890, y *Luz*, segunda parte de la citada en primer término.

LAURÍ (Leonor). — Literata peruana de la que no tenemos datos concretos.

LAZO DE ELÉSPURU (Juana).—Poetisa peruana autora de los versos *A mis hijos*.

LECUMBERRI (Rita). — Escritora ecuatoriana nacida en Guayaquil. Dedicada á la enseñanza de señoritas, entretuvo sus ocios en escribir artículos en prosa y poesías tales como las tituladas *A Guayaquil*, *A una rosa marchita*, *Las contradicciones*, *A Olmedo*, *Impresiones* y *En el album de mi hermana*.

LENNOX (Carlota). — Distinguióse esta escritora como novelista, dando al público obras dramáticas y traduciendo trabajos diversos. Su actividad y su talento no bastaron á procurarla una posición desahogada, pues murió en la miseria y á la avanzada edad de ochenta y cuatro años en 1804.

LESLIE (Elisa).—Apreciable escritora nacida en 1797, en Filadelfia. Se la deben diversas novelas, relaciones de viajes y poesías; pero las obras que más popularidad la han dado son las que tratan de cocina y economía doméstica. Citaremos las tituladas *Impresiones de Kitty*, *Leonilla*, *Lynmore*, *Amelia ó Infortunios de una joven*, *Croquis al lapiz*, *Libro de las jóvenes americanas* y *Reglas de conducta*.

LEWIS (Estrella Ana Robinsón).—Poetisa nacida en 1820 en Baltimore, y autora de *El Arte y los artistas en América*, *El Mundo literario*, *Recuerdos del hogar*, *El Hijo de la mar*, *Cantos del menestral*, *Ensayos biográficos*, *Hélëmar ó la caída de Motezuma* (1863), *Sifo* (1868), *La estratagema del Rey* (1869), *Blanca de Beaulieu*, *Amor y locura*. Ha dado á la estampa sus *Poesías completas* (1866), y últimamente *Hojas de mi diario*, consideraciones sobre la sociedad y la cultura europeas, y *El Maestro de Riverswood*, novela (1876). Falleció esta escritora en Londres el 24 de Noviembre de 1880.

LINCE (Elena F.)—Poetisa colombiana autora de las composiciones *A Medellín*, y *A mi pajarillo* y de otras extraordinariamente celebradas.

LIZARDI (Carolina). — Literata chilena de la que no podemos citar obras, por haber tenido escasa circulación fuera de su patria, siendo únicamente popular el nombre de su autora.

M

MAC-INTOSH (María). — Distinguida escritora nacida en Georgia. Sus primeros trabajos literarios datan próximamente del año 1835, en el que empezó á colaborar en periódicos y revistas, publicando novelas sueltas y otros trabajos. Merecen señalada mención entre sus obras, las tituladas *La mujer en América*, *Alicia Blind* y *Cuentos de la tía Ketty*.

MANSILLA DE GARCÍA (Eduarda). — Distinguida literata argentina. Vió la luz en Buenos Aires el año 1838 y desde muy joven se dió á conocer como escritora de mérito publicando la novela *El médico de San Luis*, que está considerada como una de de sus mejores obras. Publicó más tarde los proverbios *Similia similibus* y *María* que obtuvieron éxito extraordinario, un diálogo sobre la resignación y las novelas *Pablo ó la vida en las pampas* y *Lucía Miranda*, episodio histórico. Escribió asimismo un drama que no sabemos si llegó á representarse y algunas composiciones musicales. Muchos de sus trabajos han sido elogiados y reproducidos por importantes periódicos europeos. Eduarda Mansilla estuvo casada con el diplomático argentino Manuel R. García.

MANSO DE NORONHA (Juana).—Incansable educacionista argentina, directora de diversos establecimientos de enseñanza que han surtido excelentes resultados y autora de una *Historia elemental de la conquista y descubrimiento del Río de la Plata*, de un drama titulado *La revolución de Mayo* y de varias poesías, entre las que descuella la dedicada *A Italia*. Uno de los títulos que más la honran es haber sido llamada por el Gobierno de su país para dirigir los *Anales de la educación común*.

MARIN DE SOLAR (Mercedes).—Poetisa nacida en 1804 en Santiago de Chile y muerta en 1866. Escribió las biografías de su padre, del arzobispo Vicuña y del arcediano Solar, un programa de estudios para señoritas que vió la luz después de su muerte. Pero su obra maestra es la composición dedicada á la muerte de Portales, que la valió el ser considerada como uno de los fundadores de la poesía chilena. Sus mejores composiciones han visto la luz en un tomo el año 1874.

MARQUEZ (Manuela Antonia).—Poetisa peruana. Recordamos de su pluma las composiciones *En el salto del fraile* y *A un jefe del ejército peruano antes del combate del 2 de Mayo*.

MARRERO Y CARO (Rosa).—Se la debe un tomo de *Poesías* que vió la luz en la Habana en 1867.

MATTO DE TURNER (Clorinda).— Esta eminente escritora vió la luz en Cuzco, y desde su más tempra-

na edad demostró por su ingenio y aplicación las excepcionales dotes de que la naturaleza la había adornado. A medida que su cuerpo adquiría mayor desarrollo, su imaginación y su amor al estudio tomaban mayores vuelos, y siendo aún muy joven conocía á la perfección algunos idiomas y realizaba profundos estudios literarios. Sufrió bien pronto golpes tan rudos como la muerte de su madre y de su esposo, y á duras penas logró sobreponerse al dolor que en su ánimo dejaron impreso tan grandes desgracias. Desde aquel momento sus aficiones poéticas tuvieron ocasión de mostrarse con más brillantez que hasta entonces, y la prensa propagó de día en día la fama que por momentos iba adquiriendo Clorinda Matto, la cual dirigió y redactó periódicos, escribió cuentos, novelas y poesías y se mostró en todo el esplendor de su genio. Siendo muy joven, estudió humanidades en el Colegio nacional de Cuzco, y tales estudios, unidos á los que privadamente hizo, dieron su fruto cuando las brillantes facultades imaginativas de Clorinda se desenvolvieron.

Bajo los pseudónimos de *Lucrecia*, *Rosario*, *Betsabé*, *Merry* y *Adelfa* aparecieron sus primeras composiciones en *El Mercurio*, *El Heraldo*, *El Ferrocarril*, y *El Eco de los Andes*. Fundó y dirigió *El Recreo*, y en los años 1884 y 1886 dió á la luz pública dos volúmenes de leyendas, biografías, tradiciones y hojas sueltas, y en las cuales se contienen trabajos del mérito de los titulados *Sonrisa de Dios*, *La romería á Cayma*, *Nocturno*, *La Quena*, *La corona blanca*, *En la paz de Dios*, *Malccoy*, *Entre dos luces*, *Armonías*, *¡Getsemaní! Entre las sombras*, *¡Aleluya! ¡Aleluya!*, *Música y amor*, *Para ellas*, *Entre las tumbas* y otros muchos. Es también notable su drama *Hima-Sumác*, falto quizá de movimiento escénico, pero sobrado de sentimiento é inspiración. La señora Matto no se distingue sólo por su talento si no por su patriotismo, habiéndose dado el caso de convertir su casa en hospital de sangre, cuando vió pelear á sus conciudadanos. En la actualidad es una de los mas ardientes defensoras en la prensa de la conveniencia del cultivo de la lengua peruana *qquechuá*.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

(Se continuará)

ÍNDICE

	Páginas.
La Guerra Franco-prusiana, por el general Conde de Moltke	5
Querida, (novela), por Edmundo de Goncourt	49
Recuerdos de mi vida, por Ricardo Wagner	73
La partida de billar, por Alfonso Daudet	92
El Dandismo y Jorge Brummell, por Barbey d'Aurevilly	97
El pedazo de pan, (cuento), por Francisco Coppée	116
Teoría del consuelo, por E. Pardo Bazán	123
Humoradas, por Campoamor	132
Cádiz y la primera expedición de Colón, por Adolfo de Castro	133
Crónica internacional, por Emilio Castelar	155
Revista económica, por un Ex-ministro	168
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas	176
Barbey d'Aurevilly, por Paul Bourget	187
Apuntes para un Diccionario de escritoras americanas del siglo XIX, por M. Ossorio y Bernard	196

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA

Las ciencias jurídicas y sociales atraviesan un periodo de profunda y radical transformación. El clasicismo agoniza y el positivismo moderno gana terreno de día en día. El método experimental y de observación que tiempo atrás produjo tan beneficiosos resultados en las ciencias físicas y naturales, se aplica hoy con innegables frutos al estudio de las morales y políticas. Al fundar una revista española que sirva de palenque á todas las ideas bajo el lema: «La nueva ciencia jurídica»—título de ancha base que permite tratar del mismo modo y bajo distintos aspectos, las cuestiones sociales y los problemas puestos sobre el tapete por los modernos criminalistas italianos—nos proponemos dar á conocer las producciones más notables en orden á estos trabajos de los escritores nacionales y extranjeros, y fomentar de una manera especialísima en nuesta España la afición al estudio de esta nueva fase de las ciencias sociales y jurídicas. Contamos con la cooperación valiosísima de los más ilustres tratadistas españoles y la sección extranjera estará á cargo de personalidades tan eminentes como Lombroso, Ferri, Garofalo, Fioretti, Marro, Lacanague, Puglia, Benedik, Tarde, Ribot, Morelli, Frenek-Feré, Pival, Sergi, Touille-Morrisou.

Condiciones de suscripción:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscriciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscritor los números atrasados.

En España, un año..... 12 pesetas.
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América..... 15 —

Se suscribe en la Administración de La España Moderna y de La Nueva Ciencia Jurídica, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

España moderna

AÑO IV NÚM. XXXVIII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

FEBRERO—1892

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

á cargo de D. Agustin Avrial,

SAN BERNARDO, 92

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

(Conclusión)

Había en París una clase muy numerosa á quien importaba poco la escasez general. Los defensores de la patria, reclutados entre el paisanaje, recibían del Gobierno rancho y fuerte soldada, sin que necesitase exponerse mucho. A éstos se unían todos aquellos vagabundos que en la continuación del desorden hallaban su negocio. Estos se encontraban contentísimos con la situación que había creado la revolución del 4 de Septiembre, y dentro de poco iban á inaugurar el horrible régimen de la Commune. Ya durante el sitio no se había podido dispersar á los bullangueros, sino recurriendo á las armas, y una parte de la Guardia nacional se había asociado á aquellas manifestaciones subversivas. Apoyados por la prensa, los clubs demagógicos pedían otra vez que se intentasen nuevas empresas hasta la salida en masa de toda la población de París. Así, el Gobierno, muy débil, porque sólo se sostenía por el favor popular, se encontraba cogido entre las irrealizables exigencias de una ciega muchedumbre y la ineludible gravedad de la situación real de las cosas.

Indudablemente, la única solución posible era capitular. Cada día de retraso iba aumentando la penuria é induciendo al enemigo á imponer condiciones más duras. Si no se empleaban inmediatamente en el abastecimiento de París todas las vías férreas en una zona muy extensa, dos millones de personas iban á experimentar los horrores del hambre, que ya no se podría remediar si se aguardaba todavía más. Pero nadie se atrevía

á pronunciar la funesta palabra capitulación, ni á asumir la responsabilidad de una cosa que absolutamente se imponía.

El 21 se celebró un gran Consejo de guerra, en el que todos los generales de cierta edad declararon imposible intentar nuevas empresas ofensivas, por lo cual se creyó deber consultar á militares más jóvenes. No se tomó resolución alguna; pero como había que hacer á alguien responsable de todas aquellas desdichas, se destituyó del cargo de Gobernador de París al general Trochu, en otro tiempo el miembro más popular del Gobierno, y se dió el mando en Jefe de todo el ejército al general Vinoy. El general Ducrot hizo dimisión de su jefatura.

No por eso mejoraba la situación; así que, el 23 de Enero, Mr. Jules Favre se dirigió á Versalles para entablar las negociaciones preliminares de un armisticio.

El Estado Mayor alemán se mostró dispuesto á concederle, pero con la condición de que se le garantizase que, una vez abastecida la capital, no continuaría la resistencia. Exigió, pues, la entrega de todos los fuertes, incluso el Mont-Valerien y la ciudad de Saint-Denis, y el desarme del cuerpo de plaza. El negociador aceptó estas condiciones.

El 26 por la noche debían cesar las hostilidades delante de París, y los alemanes tenían que permitir la entrada en la ciudad de todos los convoyes de donde quiera que viniesen. Se convino en que el 31 de Enero comenzaría un armisticio general de veintiún días, del que sólo se exceptuaban los departamentos del Doubs, del Jura y de Côte-d'Or, así como la plaza de Belfort, donde en aquel momento estaban en vías de ejecución operaciones de las que por ambas partes se esperaban felices resultados.

Este armisticio daba al Gobierno de la defensa nacional el tiempo necesario para convocar en Burdeos una asamblea libremente elegida, que decidiría del término ó de la continuación de las hostilidades, ó bien de las condiciones para el ajuste de la paz. La elección de diputados había de ser enteramente libre, aun en los territorios ocupados por los alemanes, que no habían de ejercer la menor presión sobre el ánimo de los electores.

La guarnición de París, tropas de línea y de marina, y guardias móviles, debían deponer las armas inmediatamente. Tan sólo doce mil habían de quedar en armas con la Guardia nacional en el interior de la ciudad para velar por la conservación del orden. Durante el armisticio, la guarnición sería internada allí para quedar prisionera al espirar su plazo. Se había renunciado á transportarlas inmediatamente á Alemania, donde por otra parte todas las localidades que de algún modo podían servir para internarlas, estaban atestadas de prisioneros, puesto que había probabilidades de que la paz se concertase muy pronto.

El 29 de Enero se procedió á la ocupación de los fuertes que nada vino á estorbar.

El ejército del exterior entregó seiscientas dos piezas, un millón setecientos setenta mil fusiles y más de mil furgones de municiones; la plaza, mil trescientas sesenta y dos piezas de grueso calibre, mil seiscientas ochenta cureñas, ochocientos sesenta avantrenes, tres millones quinientos mil cartuchos de cañón y de otras armas, cuatro mil quintales de pólvora, doscientos mil granadas y cien mil bombas.

Había llegado el término del cerco de París, que había durado ciento treinta y dos días. La mayor parte de las fuerzas alemanas inmovilizadas por este asedio, se encontraban disponibles para terminar la guerra operando en campaña abierta.

OPERACIONES DEL EJÉRCITO DEL SUR Á LAS ÓRDENES DEL GENERAL MANTEUFFEL

Los dos cuerpos de ejército, á las órdenes del general Manteuffel, reunían cincuenta y seis batallones, veinte escuadrones y ciento sesenta y ocho piezas. Cuando el General llegó el 12 de Enero á Châtillon-sur-Seine, el segundo cuerpo estaba apostado á la derecha, el séptimo á la izquierda de Noyers á Montigny, sobre un frente de setenta y dos kilómetros. Una brigada, á las órdenes del coronel Dannenberg, que había estado ya varias veces en contacto con el ejército de los Vosgos, ocupaba una posición avanzada en Vilaines, y estaba encargada de cubrir el flanco derecho del ejército del Sur.

Desde los alojamientos de marcha que ocupaba, varios caminos excelentes conducían á Dijon, mientras que para llegar á Vesoul sólo se disponía de malos caminos, obstruidos en aquel momento por las nieves, y que pasaban por la vertiente Sur de la planicie de Langres, poco transitable. El general en Jefe no dejó por eso de resolverse á marchar en esta segunda dirección, á fin de socorrer lo antes posible al general Werder, siquiera indirectamente, presentándose á retaguardia del enemigo que le amenazaba.

Había que hacer pasar al ejército entre Dijon y Langres, ciudades que los franceses tenían fuertemente ocupadas. Las columnas marchaban aisladas unas de otras por altos montes y profundos valles de rocas, sin poder prestarse mutuo auxilio, y teniendo que proveer cada una de ellas á

su propia seguridad en todas direcciones. Las tropas iban á tener que hacer los mayores esfuerzos, y por grande que fuese su necesidad de descanso, no se podía ni concederles un sólo día de respiro, ni dar á los soldados buen calzado, como tampoco había sido posible herrar de nuevo á los caballos. El 14 de Enero, se pusieron en marcha en medio de espesa niebla, con un frío penetrante y por caminos que la helada había puesto lisos como un entarimado.

Lo más difícil era proveer á su subsistencia, y desde el comienzo, la octava brigada tuvo que quedarse atrás para custodiar el trozo de ferrocarril de Tonnerre á Châtillon por Nuits, sumamente importante, hasta que pudieran establecerse las líneas de abastecimiento por Epinal.

El mismo día de la marcha la vanguardia del séptimo cuerpo tuvo que sostener un encuentro delante de Langres. Una parte de la guarnición, fuerte de quince mil hombres, fué rechazada contra la plaza, con pérdida de una bandera; pero hubo que decidirse á dejar un destacamento en observación ante aquella ciudad. Formaba, por otra parte, una cortina, por detrás de la que pasó al día siguiente todo el cuerpo por delante de la plaza, mientras que el segundo avanzaba hacia Ignon.

En la noche del 15 al 16 de Enero cambió el tiempo. La temperatura había llegado á catorce grados bajo cero, y á la sazón llovía y hacía viento. Por cima de la capa de hielo que cubría los caminos había otra de agua, y sólo á costa de las mayores fatigas pudo llegar el séptimo cuerpo á Pranthoy y el segundo, después de haber apoyado á la izquierda, á Moloy.

El 18, el ala izquierda avanzó en la dirección del Sudeste sobre Frettes y Champlitte; el ala derecha se reunió en los alrededores de Is-sur-Tille, y su vanguardia, haciendo una marcha de cincuenta kilómetros, llegó á los puentes de Gray. Sobre el flanco y las retaguardias de los dos cuerpos habían ocurrido ligeros encuentros, pero se había logrado atravesar la meseta de Langres, cosa no muy hacedera, y se encontraban ya en el valle del Saône, bien cultivado.

Ya el general Manteuffel estaba informado del buen giro que había tomado la batalla durante el primer día de lucha sobre el Lisaine. Despachos telegráficos que más tarde le envió el general Werder, le permitieron comprender que muy probablemente el ejército francés del Este se vería obligado á hacer una retirada que podría acarrearle funestas consecuencias, y desde aquel momento el General alemán tomó la resolución de cortársela, dirigiéndose sobre el Doubs, por bajo de Besançon.

El ejército enemigo, aunque derrotado, era realmente superior en fuerza numérica al alemán. Iba á ser preciso imponer á las tropas nuevas

fatigas, nuevos esfuerzos. Otra vez iban á operar en un país montañoso, en que los pueblos se hallaban desparramados, y en donde había de costar mucho trabajo abastecerlas y alojarlas á cubierto durante la noche. No se podía evitar, además, que quedasen á espaldas del ejército fuerzas enemigas considerables en Langres, en Dijon y en Auxonne, que simplemente tenían en observación cortos destacamentos alemanes. A despecho de todos estos obstáculos, el 19 de Enero se emprendió la marcha hacia Besançon.

Al principio, el Saône, río profundo de sesenta metros de anchura, que en aquel momento arrastraba témpanos de hielo, podía servir al enemigo de línea de defensa; pero éste había abandonado á Gray, y cuando la vanguardia del segundo cuerpo llegó allí, halló intactos los dos puentes y ocupó la ciudad. La vanguardia del séptimo cuerpo pasó igualmente el río por el puente del camino de hierro en Savoyeux, que tampoco se había cuidado de destruir el enemigo, y por otro de pontones que establecieron los pontoneros más arriba.

Al día siguiente los dos cuerpos avanzaron en dirección al Sur, el séptimo sobre Gy, y el segundo sobre Pesmes. Allí atravesó el Ognon por un puente militar, después que la artillería hubo dispersado un destacamento enemigo que intentaba estorbar la construcción.

El 21, la vanguardia del segundo cuerpo llegó delante de Dôle á las dos y media, hallándola ocupada por el enemigo. El general Koblinski procedió inmediatamente al ataque, trabándose en las calles una reñida pelea en que tomaron parte los habitantes; lo que no impidió á los granaderos del regimiento de infantería núm. 2, entrar en la ciudad, atravesarla, apoderarse en el extremo opuesto de un tren de doscientos treinta vagones cargados de víveres y equipos, que debía haber sido expedido á Besançon, pero que había quedado abandonado en la estación.

El segundo cuerpo había pasado el Doubs por Dôle, y el séptimo el Ognon, por Marnay y Pin, habiéndose vuelto á poner en marcha.

Al general Werder se le había indicado que persiguiese al enemigo que se batía en retirada estrechándole de cerca, y mientras que delante del frente del cuerpo décimo cuarto los franceses se mantenían aún sobre su posición, la segunda brigada de Baden, en el ala derecha había avanzado sobre Etobon, y el coronel Willisen con sus doce escuadrones sobre Lure y más allá. En el ala izquierda el coronel Zimmermann, á la cabeza de la Landwehr de la Prusia oriental, había desalojado al enemigo de Sainte-Marie. Por todas partes iban encontrando las tropas alemanas, armas y efectos de equipo arrojados por los franceses, que se dejaban coger prisioneros por centenares sin oponer la menor resistencia.

Durante los pocos días que siguieron, el general Werder hizo dar á todo su cuerpo de ejército una vuelta á la derecha, frente al Sur. El ala derecha ocupó á Villersexel, y sólo el ala izquierda encontró masas enemigas considerables, primero en la Isle-sur-le-Doubs, y luego además en Clerval y en Baume-les-Dames.

Desde el 18 el general Bourbaki había abandonado el Lisaine. Sólo su cuerpo vigésimo cuarto permaneció en la orilla izquierda del Doubs. Tenía que defender contra el enemigo que venía avanzando por el Norte, los desfiladeros de la escarpada sierra del Lomont, al Este de Clerval. Todos los demás cuerpos se retiraron entre el Doubs y el Ognon, con la división Cremer como retaguardia. El Ognon hubiera podido constituir un apoyo natural por el flanco derecho del ejército francés, y se había dado orden de destruir todos los puentes; pero, como vimos más arriba, el plan no había pasado adelante.

El 21, los cuerpos décimo quinto y vigésimo habían llegado á las cercanías de Baume-les-Dames, y el décimo octavo á Marchaux, y en esta posición, con Besançon á sus espaldas á muy corta distancia, es como el general Bourbaki quería ver venir al enemigo. Para concentrar más aún sus fuerzas, dió orden al Jefe de la plaza de enviar adelante sobre Blamont todos los batallones de Guardia móvil de que pudiera desprenderse, para relevar sobre aquel punto al cuerpo vigésimo cuarto. En efecto, poco tiempo antes, habían llegado á Besançon nueve batallones de Guardia nacional movilizada, que hubieran podido destinarse á reemplazar las bajas; pero se tropezó con que estaban armados de fusiles Enfield, para los cuales la plaza no tenía cartuchos. Como esto los convertía en bocas inútiles, el general Rolland se había limitado á despedirlos. El Intendente general declaró que le era imposible suministrar por más tiempo víveres al ejército; pero lo que colmó la medida, fué la noticia que se recibió aquel mismo día de que no solamente estaba perdida la línea del Ognon, sino que el enemigo había llegado á franquear el Doubs.

En tales circunstancias, el general en Jefe francés se decidió á continuar la retirada sobre Besançon y á pasar junto á esta ciudad á la orilla Sur del Doubs, para no verse reducido á dar la batalla dejando el río á sus espaldas. Los convoyes del ejército salieron aquella misma noche; pero ante todo, el cuerpo décimo quinto recibió orden de que una división entera ocupase á Quingey, y se mantuviese á toda costa sobre aquella posición, para impedir que quedasen cortadas las comunicaciones con el interior de Francia. Todos los demás cuerpos recibieron orden de acercarse á Besançon, sin exceptuar el vigésimo cuarto, que desde aquel momento tuvo que renunciar á defender los desfiladeros del Lomond.

El general Bourbaki envió al Ministro de la Guerra una relación acerca del estado de su ejército, al que se contestó que la fracción del cuerpo décimo quinto, que había quedado en el Loire, debía seguir adelante. Más pronto hubieran llegado y más eficaces hubieran sido algunos socorros enviados desde Dijon.

En esta ciudad el Gobierno había concentrado, en efecto, fuerzas considerables para reemplazar á la división Cremer, agregada al ejército del Este, con objeto de cubrir la antigua capital de Borgoña, y de que sirviese de punto de apoyo para las operaciones del general Bourbaki. Un cuerpo de veinte mil hombres estaba destinado á defender la ciudad, al mismo tiempo que un ejército, llamado con gran impropiedad, de los Vósgos, y que se dotó con más de cuarenta mil hombres, debía operar en campo abierto. Aunque se disponía de gran número de tropas, no se había hecho casi nada para estorbar la marcha tan penosa de los alemanes á través de la meseta de Langres. Los destacamentos destinados á observarla, se dejaron derrotar por el general Kettler que flanqueaba por la derecha á los dos cuerpos durante su marcha, y habían acabado por replegarse sobre Dijon. Inútilmente el coronel Bombonnel, apostado en Gray, pidió refuerzos con insistencia para poder defender los pasos del Saône; pues se le negó el apoyo, alegando que Dijon estaba gravemente amenazado, y el general Garibaldi no se puso en marcha hasta que los prusianos pasaron el río.

El 19 se dirigió en tres columnas sobre Is-sur-Tille, donde ya no había más que una fracción de la cuarta división de infantería. Sólo anduvieron siete kilómetros y medio. Garibaldi se contentó con observar desde la altura de Messigny, al destacamento alemán enviado á reconocer por su lado, y después volvió á entrar en Dijon al compás de la *Marsellesa*.

No por eso es menos cierto que el Estado Mayor del general Manteuffel exageraba la debilidad del enemigo al dar al general Kettler la orden de tomar á Dijon.

Los franceses habían puesto el mayor cuidado en fortificar la ciudad. En la dirección del Norte estaba protegida por numerosas obras de tierra y edificios puestos en estado de defensa; pero lo esencial era que Talant y Fontaine-les-Dijon habían sido convertidos en dos fuertes independientes y armados de piezas de grueso calibre que barrían todas las líneas de marcha en aquella dirección. En su conjunto, la ciudad constituía una posición que hubiera sido fácil defender de fuerzas mucho más considerables que los cinco batallones y medio de la octava brigada, á cuya cabeza avanzaba el general Kettler.

COMBATES DE DIJON

(21 y 23 de Enero.)

El general había llegado á Turcey y á Saint-Seine. El 21 se puso en marcha en dos columnas, desde el Oeste sobre Dijon, distante todavía veintidos kilómetros y medio. El Mayor Conta, le traía de Is-sur-Tille, y por consecuencia del Norte, un refuerzo poco considerable. Ciertamente no les costó mucho trabajo á los alemanes rechazar á los francotiradores de la Muerte, á la compañía de la *Revanche* y á otros cuerpos francos, así como á los guardias móviles, de las localidades situadas delante de la ciudad, arrojándolos al lado allá del Suzon, arroyo de hondo cauce. En la derecha, tomaron á paso de carga el pueblo de Plombières, que fué vigorosamente defendido, y en la izquierda se habían apoderado de Daix; pero los audaces agresores iban á verse forzosamente detenidos ante el frente de la posición de los franceses, convertida en fortaleza, y en la zona batidas por sus baterías de artillería gruesa. Por su parte, el Mayor Conta había avanzado librando una serie de encuentros, pero no logró reunirse á la brigada hasta la caída de la noche. El general Kettler, descubriendo la superioridad triple ó cuádruple del enemigo, se limitó por último, á rechazar las salidas.

Se habían cogido á los franceses, siete oficiales y cuatrocientos treinta hombres; pero la brigada había perdido diez y nueve de aquéllos y trescientos veintidos de los últimos. Antes de entrar en acción las tropas habían tenido que hacer marchas muy largas, con mal tiempo y por caminos destruidos, y ni antes ni después del combate habían podido comer el rancho; las municiones estaban agotadas, y hasta el día siguiente no debía llegar la columna que había de traer el repuesto. A pesar de todo, el general Kettler no vaciló en mantenerse durante la noche en las posiciones que acababa de conquistar, y eso en la proximidad misma del enemigo. A la mañana acantonó sus tropas en las poblaciones más cercanas para que pudieran rehacerse.

El enemigo le dejó obrar libremente, sin intentar ningún ataque serio. Al verle tan absolutamente inactivo, el general Kettler supuso que acaso

el grueso de las fuerzas francesas se habría puesto en marcha para ir por Auxonne, al socorro del ejército del Este, y resolvió obligarle á volver á Dijon, atacando nuevamente la ciudad.

Haciendo una marcha de flanco, pasó por el frente del enemigo, y el día 20 á las once llegó al camino de Langres, en la granja de Valmy. Después que su vanguardia hubo dispersado un destacamento de guardias móviles en aquel camino, avanzó con sus dos baterías contra el pueblo de Pouilly, rodeado de muros y fuertemente ocupado. Sobre este punto, como por otra parte sucedía las más veces cuando se trataba de defender habitaciones y edificios, los franceses opusieron una resistencia muy tenaz. El regimiento número 61, tuvo que tomar por asalto las casas una por una, y los defensores muy numerosos del fuerte, no consintieron en rendirse hasta que los alemanes prendieron fuego al edificio.

Al salir de la población los alemanes encontraron al enemigo desplegado detrás de una posición atrincherada entre Talant, convertido en fuerte, y una vasta fábrica situada sobre el camino, y tuvieron que detenerse hasta que el resto del regimiento llegase de la Granja de Vam. En algunos puntos rechazaron á los defensores hasta el arrabal.

Se habia comprendido que todas las fuerzas enemigas se encontraban en Dijon, y desde aquel momento el objeto de la operación estaba conseguido; desgraciadamente se obstinaron en querer tomar la fábrica, vasta construcción que la infantería era incapaz de tomar por sí sola, y con tal motivo ocurrió un episodio muy sensible.

Habiendo quedado muertos ó heridos el oficial superior y los capitanes, un teniente á quien habían matado al caballo, y que estaba herido, había tomado el mando del segundo batallón. Cuando la quinta compañía con solos cincuenta hombres desembocó de la cañada próxima, fué recibida por una granizada de proyectiles que partían de todas partes. El jefe de la compañía fué inmediatamente herido, y el sargento que llevaba la bandera lo fué asimismo después de haber dado algunos pasos. Lo propio sucedió al subteniente y al teniente que hacía las funciones de ayudante mayor que le habían sucesivamente relevado. La bandera fué pasando de mano en mano, llevada primeramente por los oficiales y después por soldados rasos. Todos perdieron la vida. Pero no fué aquello obstáculo para que los valientes de la Pomerania dejaran de avanzar hasta la fábrica. Desgraciadamente por la parte que llegaron no había puerta, y al fin el sargento primero logró volver aquel puñado de su gente á la cañada. Sólo allí se echó de ver que la bandera había desaparecido. Unos cuantos voluntarios volvieron ya de noche á buscarla, y sólo uno volvió ileso. Hasta más tarde no la encontraron los franceses, agujereada por las balas en un charco de

sangre y bajo un montón de cadáveres. Aquella fué la única bandera que perdieron los alemanes durante toda la campaña, y puede decirse que la perdieron honrosamente.

Habíanse hecho prisioneros ocho oficiales y ciento cincuenta soldados, pero la brigada por su parte había sufrido de nuevo graves pérdidas, diez y seis oficiales y trescientos sesenta y dos soldados. Rehízose en Pouilly, y quedó sobre las armas hasta las ocho para oponerse á la persecución que tal vez intentase el enemigo; después fué á ocupar sus cantones en las localidades más próximas.

OPERACIONES DEL EJÉRCITO DEL SUR

La orden dada de tomar á Dijon no había podido ejecutarse; pero al menos una débil brigada había hecho permanecer inactiva en aquella ciudad á todo el ejército enemigo, de modo que el general Manteuffel había podido continuar su marcha sin verse detenido.

El objetivo que había indicado á sus dos cuerpos, eran las líneas de retirada del enemigo al Sur de Besançon.

Desde esta plaza, sólo un corto número de caminos que pudieran servir para los movimientos de las tropas, conducen hacia el Sur de Francia pasando por las escarpadas mesetas del Jura. La comunicación más directa es el camino y la vía férrea de Besançon á Lous-le-Saulnier, y sobre estas dos vías, los pueblos de Quingey y de Byans son puntos importantes de parada. Más al Este pasa el camino de Saint-Laurent y de Morez por Onans, Salins y Champagnole que describe un gran rodeo. Por el contrario, muchos caminos convergen en forma de abanico hacia Pontarlier, pasando por las «Cluses», especie de desfiladeros particulares de la cadena del Jura que, cortando sus largas aristas, unen entre sí los valles longitudinales. Pero saliendo de Pontarlier ya no hay más que un solo camino, el que pasa por Mouthe, y que tiene el grave inconveniente de estar muy próximo á la frontera suiza.

22 *de Enero.*—Este día la vanguardia de la división décima tercera avanzó desde Audeux sobre Saint-Vit. Allí destruyó la vía férrea, se apo-

deró de un gran número de vagones cargados, y luego subió por el valle del Doubs hasta Dampierre. Allí también se encontraron hasta cuatro puentes que el enemigo no había podido hacer volar, y que se ocuparon. La vanguardia de la división décima cuarta avanzó desde Emagny para observar á Besançon. El segundo cuerpo marchó en filas cerradas sobre Dôle enviando destacamentos para reconocer la orilla opuesta del Doubs.

23 *de Enero.*—Todas las fracciones del ejército alemán continuaron aquel día su movimiento concéntrico.

Adelantándose por el Norte, el general Debschitz no encontró ya al ponerse en marcha desde Roches, sino los sitios de los vivacs del cuerpo vigésimo cuarto francés. La cuarta división de reserva ocupó á Isle-Sur-le-Doubs, sin lucha; sólo en Clerval y en Baume le opuso el enemigo alguna resistencia.

Sobre el Ognon la división de Baden desalojó al enemigo de Montbozon.

En el centro, donde iba caminando el séptimo cuerpo, la vanguardia de la división décima cuarta avanzó hasta Dannemarie en las cercanías de Besançon. Hubo un encuentro; pero casi no fué más que un cañoneo que duró hasta muy entrada la noche. Por su parte, la división décima tercera que había pasado el Doubs por Dampierre, avanzó sobre Quingey.

Como faltaba material de transporte en el camino de hierro, el enemigo sólo había podido conducir allí una brigada, y los últimos trenes, á su entrada en la estación de Byans, habían recibido ya algunas granadas prusianas. Las tropas estaban en un estado tan deplorable que ni siquiera habían logrado establecer puestos avanzados. Renunciaron defender á Quingey, tras débil resistencia, y después emprendieron sobre Besançon y detrás del Loue una retirada muy semejante á la fuga, y que impidió que llegasen al sitio los refuerzos que se les enviaban. La vanguardia prusiana hizo ochocientos prisioneros, se apoderó de un convoy de cuatrocientos convalecientes, y se puso inmediatamente á destruir la vía férrea en Abbans-Dessous.

En el ala derecha, las tropas que marchaban á la cabeza del segundo cuerpo habían llegado al valle del Loue por la orilla Sur. A lo largo del camino habían hallado gran número de cortaduras, puestas en estado de defensa, pero abandonadas por el enemigo. Sólo en Villers-Farlay les hizo cara una porción considerable de fuerzas enemigas.

Por parte de los franceses, el vigésimo cuerpo estaba situado, la no-

che del 23 de Enero, al Norte de Besançon y el décimo octavo al Oeste, ambos á distancia de siete kilómetros y medio tan sólo de la ciudad. La caballería, la artillería y los convoyes del ejército atravesaban la ciudad ó acampaban sobre el glacis de la plaza. El vigésimo cuarto marchaba sobre Besançon, mientras que las divisiones segunda y tercera del cuerpo vigésimo quinto ocupaban la orilla Sur del Doubs en Beaume y en Sarnod. La primera no había logrado sostenerse en Quingey.

Desde luego, la línea de comunicación más directa y más importante del ejército estaba cortada, y la situación de ésta se había agravado considerablemente por consecuencia de este nuevo contratiempo. Recibíanse de Burdeos unos tras otros nuevos planes, nuevos consejos imposibles de realizar y de seguir, y el 24, el general Bourbaki reunió en un Consejo de guerra á los generales en Jefe de ejército y de las divisiones.

24 *de Enero.*—Los generales declararon que ya casi no tenían en pie de guerra sino la mitad de su gente, y que ésta estaba más dispuesta á huir que á pelear. Sólo el general Pallu creyó poder responder de las tropas que formaban la reserva general. El Intendente general, por su parte, declaró que á menos de empezar á consumir las raciones de la guarnición no quedaban víveres sino para dos días á lo sumo. Ciertamente, el general Billot votó la proposición de abrirse paso sobre Auxonne; pero cuando se le ofreció el mando de las tropas que habían de ejecutar el movimiento se excusó. En efecto; estaban aquéllas demasiado extenuadas y la indisciplina crecía por momentos; no quedaba, por tanto, sino poca esperanza de buen éxito para cualquier operación ofensiva. No quedaba otro recurso que votar la proposición que había suscrito el general en Jefe, de retirarse á Pontarlier.

Mas hasta esta retirada se hallaba seriamente comprometida. Para poder desembarazarse en la dirección del Norte, el general Bourbaki dió orden al cuerpo vigésimo cuarto de avanzar de nuevo y mantenerse en los desfiladeros del Lomont. Al Sur, el décimo quinto debía defender la profunda cortadura por donde corre el Loue. Al general Cremer se confió la empresa principal, que consistía en cubrir el flanco derecho, el más directamente amenazado, del ejército que se batía en retirada.

Para que pudiese realizar aquella dificilísima empresa, se le agregó una división del vigésimo cuerpo y la reserva general, es decir, las tropas en que parecía podía confiarse más. El cuerpo décimo octavo y las

demás divisiones del vigésimo, debían estar por bajo de Besançon, prontas á marchar en cuanto recibiesen la orden.

No hay necesidad de decir que el Cuartel general alemán ignoraba las resoluciones tomadas por el Estado Mayor francés, y por consiguiente las de aquél tenían que fundarse en diferentes hipótesis, todas posibles.

Si los franceses permanecían al amparo de Besançon, no era necesario atacarlos allí, puesto que la plaza no se prestaba á recibir un ejército considerable, y era imposible alimentarle en ella durante cierto tiempo.

Era casi inadmisible que dirigiesen su marcha hacia el Norte, porque entonces se habrían alejado de la región en que hallaban todos sus recursos, y en el Ognon forzosamente hubieran tropezado con el grueso del cuerpo décimo cuarto.

Más bien podía sospecharse que el enemigo intentaría abrirse paso hacia Dijon. Allí encontraba en su camino á la división décima tercera en Saint-Vit, en Pesmes, al destacamento del coronel Willisen, y por último, al general Kettler.

Lo que parecía más verosímil era la retirada sobre Pontarlier. Para impedir al enemigo que continuase su marcha hacia el Sur, una vez que hubiese llegado á aquella ciudad, sólo se disponía por el momento del segundo cuerpo, entanto que el séptimo tendría que observar al enemigo concentrado junto á Besançon, y observar los ataques que pudiera intentar sobre las dos orillas del Doubs.

El general en Jefe se limitó á enviar á los generales, Jefes de cuerpo de ejército, extensas instrucciones, autorizándolos formalmente para obrar según su inspiración propia, en las eventualidades que pudieran ocurrir, imposibles de preveer.

Se indicó al general Werder que se acercase por Marnay con la división de Baden y la brigada Goltz á la división décima cuarta, y luego que la relevase sobre la orilla derecha del Doubs. La cuarta división de reserva reparó los puentes en Isle-sur-le-Doubs y en Baume, y pasó á la orilla izquierda. Al coronel Willisen se le agregó el séptimo cuerpo, que no tenía caballería, y el segundo se reunió detrás de Villers-Farlay.

25 *de Enero.*—Se había dispuesto que aquel día fracciones considerables de tropas hiciesen reconocimientos. El destacamento del séptimo cuerpo tuvo que sostener vivo combate en Vorges. Las cabezas de columna del segundo encontraron al enemigo en Salins y en Arbois; pero vieron que todavía no había llegado á Poligny.

26 *de Enero.*—Este día la vanguardia del segundo cuerpo avanzó sobre Salins. Dos fuertes, el de Saint-André y el de Belin, á corta distancia de la ciudad y en una gran altura, dan frente á la Suiza; pero su artillería domina por igual el terreno que se extiende hacia el Sur y el Oeste, en la dirección de marcha del enemigo. Salins constituye un punto de parada muy fuerte en el camino de Saint-Laurent, y manteniéndose allí, se cubría además el camino de retirada de las columnas que marchaban de Besançon sobre Pontarlier.

Las dos baterías de campaña de la vanguardia eran, como puede comprenderse, impotentes frente á las piezas de grueso calibre de los fuertes; pero el tercer batallón del regimiento núm. 2, se adelantó en pequeños grupos, por saltos sucesivos, por el estrecho valle formado por muros de rocas, trepó por ellos, y apoyado por los otros dos batallones, entró á las dos y media en la estación y arrabal de Saint-Pierre, aunque con pérdida de tres oficiales y ciento nueve hombres.

Poco después llegaba allí el general Koblinski desde Saint-Thiébaud con el regimiento núm. 42 de infantería. Ante las observaciones del alcalde, el Comandante de los fuertes había renunciado á romper el fuego sobre la ciudad; así que, la vanguardia alemana pudo acantonarse allí, mientras que el grueso de la tercera división, abandonando la peligrosa zona de los fuertes, se retiraba á Mouchard. Pero desde aquel momento el desfiladero ya no pudo servir para el paso de las tropas alemanas, que tuvieron que flanquearle por el Sur.

La cuarta división, por otra parte, había marchado ya en aquella dirección sobre Arbois, y su cabeza había llegado á Pont-d'Héry. En la derecha comprobó que Poligny y Champagnole todavía no estaban ocupados por los franceses.

El séptimo cuerpo había hecho reconocimientos en ambas orillas del Doubs, encontrando al enemigo sólidamente establecido en Busy y en Vorges.

La cuarta división de reserva avanzó por la orilla Sur del Doubs hasta Saint-Juan-d'Adam, en las cercanías de Besançon; las demás tropas del cuerpo décimo cuarto se dirigieron sobre Etuz y Marnay.

Las relaciones enviadas por el general Kettler acerca de los encuentros que había sostenido el 21 y 23, decidieron al general Manteuffel á hacer otra tentativa contra Dijon. Encargó de ello al general Hann de Weyhern, y para ello puso á sus órdenes, además de la octava brigada, las tropas del coronel Willisen y la brigada de Baden de Degenfeld.

Por parte de los franceses el general Bressolles, conforme á órdenes recibidas, se había puesto en marcha el 24 para ocupar nuevamente los pa-

sos del Doubs y los desfiladeros del Lomont. Empezó por dirigir la división Dariès sobre Baume; pero no habiendo logrado ni siquiera arrollar las avanzadas enemigas de Pont-les-Moulins, tuvo que replegarse sobre Vercel. En consecuencia, la división Carré que había hallado desocupadas las salidas del Lomont, tuvo igualmente que volverse atrás, el 26 muy de mañana, sobre Pierre-Fontaine. La división Comagny se había retirado ya sobre Morteau, y continuó su marcha sobre Pontarlier sin inquietarse por las demás.

El retroceso de su ala derecha causaba vivas inquietudes al general Bourbaki, á quien traía más preocupado que lo que ello merecía, porque en el Norte no había en efecto más que una sola división enemiga que podía á lo más rechazar á su retaguardia sobre Pontarlier. Al Oeste, por el contrario, el grueso de las fuerzas alemanes le amenazaba mucho más seriamente. Sin embargo, no por eso dejó de dar orden al cuerpo vigésimo cuarto de marchar de nuevo el dia 26. Esta vez el décimo octavo cuerpo debía apoyarle, pero éste empleó todo el día y debiera haberse consagrado al ataque en atravesar Besançon, cuyas calles estaban cubiertas de escarcha, tanto que la empresa no pudo ejecutarse.

La reserva general había llegado á Ornans y allí se mantenía dispuesta á cerrar el paso al enemigo. Las otras dos divisiones del general Cremer avanzaron por el camino de Salins; pero mientras continuaban su camino les llegó la noticia de que el enemigo acababa de tomar aquella ciudad. Entonces ocuparon á Deservillers y á Villeneuve-d'Amont, los caminos que desde estos dos puntos conducen á Pontarlier.

En el intervalo, el Ministerio de la Guerra, se habia negado á aprobar la retirada general del ejército, sin tener en cuenta lo más mínimo la situación que obligaba al general Bourbaki á adoptar aquella determinación.

Lo que mejor caracteriza el dilettantismo militar de los hombres, que desde Burdeos creían poder dirigir los movimientos de los ejércitos, es el telegrama expedido el 25 por la tarde. M. de Freycinet, declara en él que su convicción profunda es que el general Bourbaki, reuniendo sus cuerpos y entendiéndose en caso de necesidad con Garibaldi, sería bastante fuerte para pasar por Dôle, por Monchard, por Gray ó por Pontailier (al Norte de Auxonne). Dejaba plena libertad al General para escoger una ú otra de estas líneas de marcha.

La proposición que ensegida se le hacía, es todavía más extraña: era embarcar el ejército, si el estado en que se encontraba no debía realmente permitirle hacer una larga marcha por el camino de hierro á Chagey, y por consecuencia indudablemente, en frente del enemigo que le estrechaba de cerca.

Semejantes proposiciones eran á propósito para quebrantar aún más la confianza del valiente general en Jefe. Las funestas noticias que de todas partes le llegaban, y el estado deplorable de las tropas de que se había enterado al ver pasar el décimo octavo cuerpo por Besançon, le arrebataron su última esperanza y le impulsaron á quererse quitar la vida.

El general en Jefe tenía evidentemente la culpa de que la expedición concebida por M. de Freycinet hubiese totalmente fracasado, y así el decreto en que se le despojaba del mando estaba ya extendido. El general Clinchant fué puesto á la cabeza del ejército, y tomó el mando en las condiciones más desventajosas que es posible imaginarse.

La preocupación dominante de todos los generales, no cabe dudarlo, era evitar un choque cualquiera entre el enemigo y sus tropas extenuadas y desalentadas. Todas las líneas de retirada estaban á punto de ser interceptadas por el enemigo. Sólo estaba todavía libre el camino de Pontarlier. El nuevo general en Jefe no tenía, pues, otro partido que tomar que conformarse á las disposiciones que su predecesor había tomado. Inmediatamente dió orden de continuar la marcha, y él se dirigió en persona á Pontarlier. En esta fuerte posición esperaba poder al menos conceder algún tiempo de respiro á las tropas. Todavía no había encontrado fracciones enemigas considerables; se había conseguido hacer pasar las columas de municiones, y si lograba llegar antes que los alemanes á los desfiladeros de Vaux, de las Planches y de Saint-Laurent y mantenerse en ellos, se podía esperar todavía escapar en dirección al Sur.

El 27 por la noche, la división Poullet estaba situada en Levier lo más cerca del enemigo; las otras dos divisiones del general Cremer, así como las de los cuerpos décimo quinto y vigésimo, estaban escalonadas sobre el camino de Ornans á Sombacourt; todo el cuerpo décimo octavo se encontraba en el camino oriental por Nods. El vigésimo cuarto llegó á Montbenoît, yendo las tropas en un estado deplorable; la cabeza llegaba á Pontarlier; otras dos divisiones habían quedado en Bensançon.

Aquel mismo día el general Fransecky concentró el grueso del segundo cuerpo en Arbois, y al mismo tiempo reforzó las tropas del general Trossel que ocupaban posiciones en Pont-d'Héry.

En cuanto al séptimo cuerpo, la décima cuarta división había sido relevada por el décimo cuarto en Saint-Vit, dirigiéndose á la derecha de la décima tercera sobre la cortadura del Loue, que el enemigo había ya abandonado.

Al Norte, el general Debschitz ocupaba á Blamont y á Pont-de-Roide, mientras que el general Schmeling observaba desde Saint-Juan á Besançon, y el general Goltz avanzaba sobre Arbois para formar allí la reserva.

28 *de Enero*.—Suponiendo á los franceses ya en marcha sobre Saint-Laurent por Champagnole, el general Fransecky, para cortarles la retirada sobre aquel camino, marchó al día siguiente en dirección al Sur.

El general Trossel llegó á Champagnole sin haber tenido que empeñar acción, é inmediatamente hizo avanzar su caballería por el camino de Pontarlier. El teniente coronel Guretzky llegó á Noseroy con un escuadrón del regimiento núm. 11 de dragones y se cercioró de que la población estaba ocupada por el enemigo, lo que no le impidió apoderarse de un convoy de víveres de cincuenta y cuatro carros con la caja de guerra y hacer prisionera á la escolta. Las brigadas quinta y sexta avanzaron hasta Poligny y Pont-du-Navoy.

Por lo que hace al séptimo cuerpo, la décima tercera división, después de haber sido relevada en Quingey por tropas de Baden, se concentró en la Chapelle, mientras que la décima cuarta se dirigía adelante sobre Deervillers. La cabeza ya no encontró en Bolandoz al enemigo, sino simplemente los fuegos de su vivac mal apagados; como que aquel día todavía no había podido alcanzar el grueso del ejército francés.

En efecto, el general Clinchant había aproximado á Pontarlier los cuerpos de ejército. Pero bien pronto pudo comprobarse que no se podía hacerlos permanecer allí algún tiempo, por la imposibilidad de procurarse los víveres necesarios. Aquella misma noche, el general Cremer recibió orden de avanzar inmediatamente sobre las Planches y Saint-Laurent con tres regimientos de caballería apostados ya sobre el camino de Mouthe. Aquella fuerza hizo una marcha extraordinaria por los caminos de la montaña, obstruidos por las nieves, hasta el punto de que por la tarde ya había llegado á los puntos que se la habían indicado. El cuerpo vigésimo cuarto y una brigada de la división Poullet la siguieron allí al día siguiente; y esta última hizo también ocupar por dos batallones á Bounevaux, á la entrada del desfiladero de Vaux.

El 28 por la noche, las demás fracciones del ejército estaban situadas en este orden: el cuerpo décimo octavo detrás del Drugeón, en Houtand, en las inmediaciones de Pontarlier; á la primera división del décimo quinto se la había hecho avanzar al otro lado de aquel arroyo hasta Sombacourt; la tercera se encontraba en el mismo Pontarlier. A la izquierda, las divisiones segunda y tercera del vigésimo cuerpo ocupaban todas las poblaciones, desde Chaffois hasta Frasne, y á la derecha, la reserva general estaba apostada en Byans.

El general Manteuffel había dado orden al ejército de avanzar en toda la línea el 29 hacia Pontarlier, donde al cabo debía encontrarse al enemigo.

29 *de Enero.*—En cuanto á las tropas del segundo cuerpo, el general Koblinski se había puesto en marcha con las suyas desde Poligny durante la noche. Después de haber llegado á Champagnole y reunido todas las fracciones de la quinta brigada, partió de allí á las siete. El general Trossel, haciendo avanzar la séptima brigada, había llegado á Censeau sin haber encontrado al enemigo.

En la derecha, el coronel Wedell, á la cabeza de cuatro batallones de la sexta brigada había salido del Pout-du-Navoy en dirección á las Planches. En cuanto á enemigos, sólo halló ginetes que habían desmontado; sin duda puestos que el general Cremer había dejado á su retaguardia. Los cazadores los dispersaron fácilmente. Luego algunos destacamentos continuaron avanzando en diferentes direcciones. Por todas partes encontraron grupos aislados; pero en Foncine-le-Bas encontraron la cabeza del cuerpo vigésimo cuarto, al que el coronel Wedell cortó la última línea de retirada que quedaba á los franceses.

El general Hartmann marchó con las demás fracciones del segundo cuerpo sobre Nozeroy, sin hallar resistencia.

Por lo que hace al séptimo cuerpo, la división décima cuarta había recibido demasiado tarde la orden de avanzar hacia Pontarlier, y no habiendo salido de Deservillers hasta medio día, no pudo llegar hasta las dos á Levier, donde llegaba al mismo tiempo la cabeza de la división décima tercera desde Villeneuve-d'Amont, porque el estado de los caminos había hecho muy difíciles los movimientos de las tropas.

La vanguardia, fuerte de tres batallones, medio escuadrón y una batería, no había encontrado más allá de este punto sino rezagados, y el general Zastrow le dió orden de marchar hasta el arroyo del Drugeon. En el bosque, á izquierda del camino, tropas enemigas se retiraban en apretada formación sobre Sombacourt, y el Mayor Brederlow hizo un rodeo con el primer batallón del regimiento núm. 7 contra aquel pueblo, situado sobre el flanco de la vanguardia. La segunda compañía, capitán Vietinghoff, entró por Sept-Fontaines en la localidad dando hurras, viéndose al principio rodeada por todos lados por las masas enemigas; pero pronto las demás compañías del batallón acudieron en su socorro. La primera división del cuerpo décimo quinto francés fué totalmente dispersada, sin que la reserva general, apostada allí cerca en Byans, fuese á apoyarla. Cincuenta oficiales, dos de ellos Generales, y dos mil sietecientos hombres quedaron prisioneros, y cayeron en poder del batallón hannoveriano que quedó apostado en Sombacourt para vigilar al enemigo, diez cañones, siete ametralladoras, cuarenta y ocho furgones, trescientos diez y nueve caballos y tres mil quinientos fusiles.

Entretanto, el resto de la vanguardia se había acercado á Chaffois, donde desemboca el camino desde la montaña en el dilatado valle del Drugeon. Aquella localidad estaba ocupada, como vimos, por la segunda división del cuerpo vigésimo.

El coronel Cosel emprendió inmediatamente el ataque. Tres compañías del regimiento de infantería núm. 53, sorprendieron el cuerpo de guardia francés, y se apoderaron de las primeras casas del pueblo; pero allí el cuerpo décimo octavo francés entero vino á detener á los alemanes. Unas tras otras, hubo que echar mano de todas las fuerzas disponibles, y hasta el grueso de la división décima cuarta se vió obligada á suministrar refuerzos. Hora y media hacía que duraba aquel reñido combate, cuando de repente los franceses suspendieron el fuego y rindieron las armas, invocando el armisticio que decían acababa de concertarse.

En efecto, M. Jules Favre había telegrafiado á las once y cuarto de la noche del 28 al 29 á Burdeos, que acababa de firmar un armisticio de veintiún días; pero sin añadir, que por su propia iniciativa, los tres departamentos del Este habían sido exceptuados. La delegación de Burdeos comunicó este despacho incompleto el 29 á la una y cuarto de la noche á las autoridades civiles, mientras que M. de Freycinet no dió parte de ello hasta las tres y media de la noche á las autoridades militares, á quien sin embargo interesaba muy especialmente la noticia.

Así es como el general Clinchant pudo de buena fe comunicar al General de división Thornton que mandaba en Chaffois, la noticia del armisticio, inexacto en lo tocante al ejército del Este. Envió aquél inmediatamente al oficial de Estado Mayor á sus órdenes y al Jefe de la vanguardia prusiana que todavía se estaba batiendo, á invitarle, en vista de los despachos oficiales, á que suspendiese el fuego.

A las cinco, el general Manteuffel había sido informado en Arbois por el gran Cuartel general de las condiciones completas con que se había firmado el armisticio, y según las cuales, las operaciones emprendidas por el ejército del Sur se debían continuar hasta conseguirse un resultado definitivo. Inmediatamente redactó una proclama al ejército, en que se daba conocimiento de estos hechos á todos los cuerpos de tropa; pero aquel día no llegó ya á noticia del séptimo cuerpo.

El Estado Mayor de aquel cuerpo nada sabía del armisticio, pero podía sospechar que de un momento á otro recibiría la noticia. Así, pues, el general Zastrow autorizó á sus subalternos á suspender por el momento las hostilidades y á poner en libertad los prisioneros, sin devolverles sus armas.

Chaffois, á excepción de algunas granjas, quedó en poder de la décima

cuarta división, que se acantonó en el pueblo lo mejor que pudo, mientras la tercera se alojó en los pueblos, detrás de Sept-Fontaines, hasta Deservillers.

30 *de Enero.*—No poniendo en duda las comunicaciones que le había dirigido el Gobierno, el general Clinchant había suspendido el 30 el movimiento de retirada de su ejército. El general Comagny, que acababa de ser nombrado para el mando del cuerpo décimo cuarto, renunció también, por su parte, al intento que tenía de abrirse paso en Foncine con diez mil hombres, arrollando la débil brigada del coronel Wedell. Después de los desgraciados encuentros que habían sostenido la víspera, los otros cuerpos habían venido á amontonarse delante de Pontarlier, y habían dejado destacamentos de caballería en los caminos de Bensançon y de Saint-Laurent para estar en comunicación, por una parte, con la fortaleza, y por la otra, con el Sur de Francia, cuando se trazase una línea de demarcación con el enemigo.

A las once, el general Zastrow recibió la proclama del general en Jefe é hizo saber al enemigo, frente al cual se hallaba, que iba á reanudar las hostilidades, declarando que por el momento se contentaría con la evacuación total de Chaffois, á lo que se comprometieron los franceses. Por lo demás, el séptimo cuerpo permaneció en sus posiciones estrechando las filas.

Por lo que hace al segundo cuerpo, el general Trossel había salido por la mañana de Censeau; pero habiéndose presentado un parlamentario francés, temió obrar contra el derecho de gentes y suspendió su marcha. Unicamente, al llegar la noche desalojó al enemigo de los bosques de Frasne. El teniente coronel Guretzky entró á la cabeza de un pelotón en el pueblo de aquel nombre, donde hizo prisioneros doce oficiales y mil quinientos soldados, cogiendo además dos banderas. [La quinta brigada llegó también á Frasne, y el resto del segundo cuerpo permaneció sobre las posiciones que ocupaba la víspera.

En las Planches se habían presentado también parlamentarios; pero el coronel Wedell se había negado á recibirlos. Lo mismo sucedió á los puestos avanzados del cuerpo décimo cuarto.

Al Norte de Pontarlier el general Schmeling avanzó más allá de Pierre-Fontaine, y el general Debschitz sobre Maiche.

31 *de Enero*.—Este día, muy temprano, el coronel francés Varaigne se había presentado en el Cuartel general del general Manteuffel en Villeneuve á proponer una suspensión de hostilidados de treinta y seis horas para que hubiese tiempo de aclarar los puntos litigiosos. Desechóse su proposición, porque el Estado Mayor alemán tenía perfecta seguridad del contexto del armisticio. Convínose en enviar un despacho á Versalles, pero declarando que era imposible interrumpir las operaciones del ejército del Sur hasta que hubiese llegado la respuesta.

Aquel día el segundo cuerpo, manteniéndose simplemente en la línea del séptimo, avanzó hasta Dompierre, en tanto que su vanguardia llegaba al Drugeon, á Sainte-Colombe y á la Rivière. Desde este último punto una compañía del regimiento de granaderos de Colberg atravesó la noche del mismo día las escarpadas alturas, y llegó á la Planée donde hizo quinientos prisioneros. Un destacamento de dos batallones y de una batería á las órdenes del teniente coronel Liebe, flanqueando el cuerpo á la derecha, atravesó sin encontrar resistencia el largo desfiladero de Bonnevaux á Vaux; cogió prisioneros dos oficiales y seiscientos ochenta y ocho soldados. El enemigo abandonó además el desfiladero de las granges Sainte-Marie, y se retiró á la montaña hasta Saint-Antoine.

Aquel cuerpo había encontrado todos los caminos cubiertos de armas y de material de campaña, y cogido hasta cuatro mil prisioneros.

El séptimo cuerpo dió segundo aviso al enemigo de haberse reanudado las hostilidades, y luego la división décima cuarta se extendió por la izquierda á lo largo del Drugeon y hasta Vrine, desde donde se establecieron en Saint-Gorgon las comunicaciones con la cuarta división de reserva del décimo cuarto cuerpo. La décima tercera división avanzó sobre Sept-Fontaines. Desde aquel momento Pontarlier se encontraba rodeado por todas partes, y el general Manteuffel resolvió que el 1.° de Febrero se procedería al ataque sobre toda la línea. El segundo cuerpo debía avanzar por el Suroeste, y el séptimo por el Noroeste, mientras que el general Goltz se situaría como reserva delante de Levier.

Entre tanto el general en Jefe francés empezaba á sospechar de la completa exactitud de las comunicaciones que le había dirigido su Gobierno. Todos los desfiladeros que conducen al Sur estaban ocupados por el enemigo; no tenía, pues, que contar con escaparse en aquella dirección. El general Clinchant había enviado ya sus convoyes y sus columnas de municiones, sus enfermos y sus heridos por la Cluse á resguardarse bajo el fuerte de Joux y el Fort-Neuf. En el curso de la tarde llegó de Burdeos la noticia de que efectivamente el ejército del Este no estaba comprendido en el armisticio. Reunió á sus generales en Consejo de guerra, y todos

declararon que no podían responder ya de sus tropas. Por consiguiente, el general en Jefe se dirigió por la noche á Verrières á fin de pactar un convenio cuyos preliminares se habían ya concertado, y según el cual el ejército francés tenía que atravesar al día siguiente, 1.° de Febrero, la frontera suiza por tres caminos.

A fin de proteger la marcha del ejército, la reserva general recibió orden de mantenerse en Pontarlier hasta que todos los convoyes hubiesen pasado de la Cluse, mientras que el cuerpo décimo octavo tomaría posiciones entre los dos fuertes para apoyar á los demás. Inmediatamente se procedió á reforzar las obras. Todas las fracciones del cuerpo décimo quinto que no habían podido retirarse con la caballería por Morez, en dirección al Sur, tenían que procurar el paso de la frontera suiza por un punto cualquiera.

1.° *de Febrero.*—Cuando la vanguardia del segundo cuerpo avanzó este día desde Sainte-Colombe sobre Pontarlier, sólo encontró una resistencia bastante débil en la estación. Los granaderos de Colberg ocuparon la ciudad sin disparar un tiro, é hicieron en ella muchos prisioneros. Pero al querer marchar más adelante, hallaron el camino obstruido por los convoyes; no pudiendo salvar el obstáculo sino con gran trabajo, abriéndose paso á través de montones de nieve. Muy cerca de la Cluse, el camino pasando entre dos muros de rocas escarpadas, penetra, describiendo una curva, en el espacioso anfiteatro del Doubs, que está totalmente dominado por la fortaleza de Joux, situada sobre una roca cónica. Al salir á este anfiteatro, las compañías de cabeza fueron acogidas por un fuego bien nutrido. A costa de los mayores esfuerzos se consiguió poner en batería cuatro piezas, que fueron impotentes para reducir al silencio á las del fuerte, tomando á su vez los franceses la ofensiva.

Pero entre tanto, el tercer batallón del regimiento de Colberg había subido á las alturas á la izquierda del fuerte; siguióle el segundo batallón y otro del regimiento núm. 49. Estas fuerzas desalojaron al enemigo de las granjas situadas sobre la planicie cortada por numerosos barrancos. El muro escarpado á la derecha del fuerte fué igualmente escalado; varias líneas de tiradores del cuadragésimo noveno bajaron las pendientes, ayudándose de pies y manos, hasta la Cluse, y los granaderos de Colberg avanzaron hasta el pie del Fort-Neuf.

No hay que decir que no podía tratarse de tomar por asalto aquellos fuertes. Generalmente hablando, casi es imposible perseguir seriamente

al enemigo en un terreno como aquel. Los alemanes les habían cogido veintitres oficiales y mil seiscientos soldados, y apoderádose de cuatrocientos carros cargados; mas á costa de la pérdida de diez y nueve oficiales y trescientos sesenta y cinco soldados, en su mayoría pertenecientes al regimiento de Colberg. Las tropas durmieron en las posiciones que habían conquistado.

Como era imposible desplegar en la Cluse fuerzas de consideración, el general Fransecky había dado orden al grueso del segundo cuerpo de marchar con dirección al Sur sobre Sainte-Marie. El general Hartmann, para no tener que pasar las escarpadas vertientes del Jura, se dirigió primero sobre Pontarlier, para desde allí seguir un camino algo mejor; pero se vió detenido cuando el combate de la Cluse se hizo inopinadamente muy reñido. El séptimo cuerpo, así como la cuarta división de reserva que llegó á medio día sobre el Doubs, tampoco lograron ponerse en contacto con el enemigo.

Durante todo el día estuvieron atravesando columnas francesas la frontera suiza. La reserva general, situada en Pontarlier, había sido arrastrada desde el principio por el tren y por los convoyes que se sucedían y se apiñaban sin interrupción, y hasta la Cluse no pudo recogerla el cuerpo décimo octavo. Ambos siguieron durante la noche á las demás tropas. Unicamente la caballería y la primera división del cuerpo vigésimo cuarto se habían escapado en dirección al Sur, pasando al departamento limítrofe del Ain. Esta última sólo contaba algunos centenares de hombres. Ochenta mil franceses habían pasado al territorio suizo.

El general Manteuffel había trasladado su Cuartel general á Pontarlier, haciendo esto por haber recibido á media noche la noticia del convenio terminado entre el general Clinchant y el coronel federal Herzog.

El general Manteuffel había conseguido este notable resultado de una campaña de tres semanas, librando sin cesar combates, pero sin una batalla, desde la de la Lisaine, únicamente por medio de marchas; pero marchas como sólo pueden hacerlas tropas escogidas, con un jefe audaz y hábil á su cabeza, y en la estación del invierno, en una región montañosa, á costa de las mayores fatigas y de privaciones de toda clase.

Desde aquel punto, dos ejércitos franceses estaban prisioneros en Alemania; el tercero, internado en la capital misma de la nación, y el cuarto, desarmado en tierra extranjera.

LAS OPERACIONES DEL GENERAL HANN DE WEYHERN CONTRA DIJON

Nos falta echar una ojeada retrospectiva sobre la expedición de que fué encargado el 26 de Enero el general Hann de Weyhern contra Dijon.

Aquel día mismo se había invitado á Garibaldi á intentar una acción enérgica sobre Dôle y Mouchard.

A fin de apoyarle, el Gobierno, que no se cansaba jamás de constituir nuevas unidades, quería poner en movimiento desde Lyon sobre Sons-le-Saulnier quince mil guardias móviles mandados por el general Crouzat, mientras que el cuerpo vigésimo sexto, que se estaba formando en Châtellerault, debía enviar destacamentos sobre Beaune. No se podía ya dudar de que el general Manteuffel no hubiese cortado con fuerzas considerables las líneas de comunicación del ejército del Este; y así el general en Jefe del ejército de los Vosgos, recibió el 27 orden formal de no dejar más que ocho ó diez mil hombres en Dijon y de avanzar con el grueso de sus fuer- sobre Dôle y más allá.

Pero el General continuaba inquieto con respecto á la suerte de Dijon. Hizo ocupar los puntos más importantes de la vertiente de la Côte-d'Or, y sólo envió un cuerpo de muy pocas fuerzas á Saint-Jean-de-Losne, detrás del canal de Bourgogne. Setecientos hombres pertenecientes á los cuerpos francos avanzaron sobre Dôle, pero en la ciudad nadie ha visto jamás uno sólo de ellos.

La guarnición de Langres se había mostrado más activa, llevando á cabo repetidas expediciones que muchas veces tuvieron buen éxito, y que habían tenido por objeto sorprender pequeños puestos y tropas que hacían el servicio de salvaguardias y de los transportes.

El general Hann de Weyhern había tenido primero la intencion de atacar á Dijon por el Sur, teniendo que renunciar á ello porque el puente de Saint-Jean-de-Losne sobre el Saône había sido destruido. Por consecuencia, pasó el río por Apremont, y reunió el 31 los diferentes cuerpos de la subdivisión en Arc-sur-Tille. Allí el general Bordone, Jefe de Estado Mayor del ejército de los Vosgos, se presentó en el Cuartel general para invocar el armisticio que, según decía, acababa de concertarse; pero no se le admitió. El 31, el general Kettler avanzó á la cabeza de la vanguar-

dia sobre Varois. Para cortar las comunicaciones del enemigo con Auxonne, los flanqueadores de la izquierda se apoderaron del puente de Fauverney sobre el Ouche. Apenas la artillería hubo lanzado algunas granadas, cuando el enemigo se retiró sobre su posición fortificada, que se extendía desde Saint-Apollinaire hasta Miranda.

No habiendo tampoco logrado el general Bordone concluir una suspensión de hostilidades, se decidió á evacuar á Dijon la noche siguiente, y á retirarse á un territorio que estuviese realmente comprendido en el armisticio. Así, pues, el 1.° de Febrero la extrema vanguardia encontró abandonada la posición delante de la ciudad, y el general Kettler entró en ella sin hallar resistencia, en el momento en que el primer tren cargado de tropas enemigas salía de la estación. El día 2 se ocuparon además Sombernon y Nuits.

OCUPACIÓN DE LOS DEPARTAMENTOS DEL DOUBS, DEL JURA Y DE LA COTE-D'OR

Incumbía también al general Manteuffel ocupar militarmente los tres departamentos que había conquistado, y ponerlos á cubierto de las empresas que pudieran intentarse desde el interior de Francia.

Sobre el territorio de estos departamentos, el general Pellissier mantenía la campaña en los alrededores de Lons-le-Saulnier con los quince mil hombres de guardia móvil, enviados desde Lyon, con los que habían venido á reunirse los batallones de la Guardia nacional movilizada que el general Rolland había vuelto á enviar desde Besançon.

Era un cuerpo numéricamente considerable, pero del que no se podía sacar partido dada su composición. El Estado Mayor del ejército del Sur avisó al general Pellissier que para evitar una efusión de sangre inútil se le dejaba en libertad de retirarse, lo cual ejecutó él en cuanto algunas fracciones del segundo cuerpo avanzaron sobre Lons-le-Saulnier y Saint-Laurent. Otras tropas alemanas vinieron á ocupar á Mouthe y á los Allemands, donde se encontraron veintiocho piezas de campaña abandonadas por el enemigo. Para prevenir todas las eventualidades, ocho batallones estaban colocados en observación á lo largo de la frontera suiza. El fuerte de Salins, la pequeña plaza de Auxonne y el frente Este de Besançon quedaron asimismo en observación.

Aunque el departamento de la Haute-Marne estuviese comprendido en

el armisticio, el Comandante de Langres se había negado á reconocer el convenio firmado por su Gobierno. Había, pues, que cercar aquella plaza, y acaso también sitiarla más tarde. Desde luego, el general Goltz recibió segunda vez el encargo de situarse delante de Langres, cuando ya el general Krenski avanzaba á la cabeza de siete batallones, dos escuadrones y dos baterías, con un parque de sitio de Longwy al que acababa de obligar á capitular el 25 de Enero, después de haberle bombardeado durante seis días. Pero ya no debía haber más combate en Langres. El general Manteuffel no pretendía ya alcanzar nuevos triunfos haciendo trabajar á sus tropas; quería evitarlas nuevas pérdidas y concederlas todo el alivio posible, después de las fatigas extraordinarias que había tenido que imponerlas. Al llegar al Jura, todos los trenes de los regimientos habían tenido que quedarse atrás, y hasta aquel momento no se reunían con sus cuerpos. Los Estados Mayores de las divisiones y cuerpos de ejército habían tenido que pasarse sin sus bagajes. Las tropas, perfectamente dispuestas á reanudar las operaciones, quedaron acantonadas en un radio muy extenso á fin de poderse rehacer: el segundo cuerpo en el departamento del Jura, el séptimo en la Côte-d'Or, y el décimo cuarto en el Doubs. Sólo restaba impulsar con toda la energía posible el sitio de Belfort.

CONTINUACION DEL SITIO DE BELFORT

Inmediatamente después de la batalla del Lisaine, el cuerpo que sitiaba á Belfort había sido aumentado hasta veintisiete batallones, seis escuadrones, seis baterías de campaña, veinticuatro compañías de artillería de sitio y seis compañías de zapadores, con un total de diecisiete mil seiscientos dos soldados de infantería; cuatro mil seiscientos noventa y nueve de artillería y mil ciento sesenta y seis zapadores; ó sean, veintitres mil cuatrocientos sesenta y siete hombres, setecientos siete caballos y treinta y cuatro piezas de campaña.

Por el Norte y Oeste sólo cercaban la plaza algunos batallones; el grueso del cuerpo de sitio estaba reunido al Sur y al Este.

El 20 de Enero las baterías situadas al Este de la plaza habían roto un fuego muy nutrido sobre Pérouse. El coronel Denfert reconoció en ello el indicio de un ataque inminente, é hizo ocupar aquel pueblo, preparado para una defensa tenaz por cuatro batallones de sus mejores tropas.

En efecto, dos batallones del regimiento núm. 67 salieron á media noche de Chévremont hacia el bosque del Haut-Taillis, sin disparar un tiro. Unicamente en el interior del bosque fué donde se trabó encarnizado combate; mas sin embargo, los defensores fueron arrojados hacia el pueblo. Apesar del violento fuego de los fuertes, los zapadores cubrieron inmediatamente de trincheras el lindero del bosque que hacía frente á Pérouse.

Media hora más tarde dos batallones de la Landwehr salieron de Bessoncourt hacia las arboledas del Norte del pueblo. Allí los recibieron con un violentísimo fuego, pero no les impidió salvar las estacadas, fosos y setos de alambre y arrojar al enemigo á las canteras.

Entonces se empeñó un combate de fuego pausado, pero no por eso menos violento. Mas pronto el regimiento núm. 67 se lanzó á un nuevo ataque, entrando, sin hacer caso de las obras de tierra, en el pueblo de Pérouse. A las dos y media se había hecho dueño de la parte oriental de aquella localidad muy extensa, y desde allí amenazaba á los defensores de las canteras, que las abandonaron. A las cinco el coronel Denfert renunció á resistir en la parte occidental, y quedó todo el pueblo ocupado por los alemanes.

Estos habían perdido ocho oficiales y ciento setenta y ocho soldados, haciendo prisioneros á los franceses cinco de los primeros y noventa y tres de los últimos.

21 *á* 27 *de Enero.*—Al día siguiente se procedió á establecer la primera paralela que se extendía desde Danjoutin hasta el Haut-Taillis, en una longitud de mil ochocientos metros. Cinco batallones y dos compañías de zapadores ejecutaron este trabajo sin ser molestados por el enemigo; pero la naturaleza del terreno, todo de rocas, no les permitió dar inmediatamente á la paralela la anchura reglamentaria.

El general Tresckow creyó que podía proceder desde luego al asalto de los dos fuertes de los Perches. Para resguardarse, los defensores disponían de dos semi-reductos con fosos de tres metros de profundidad y cortados á pico en la roca, de traviesas guardafuegos y de blockhaus á prueba de bomba establecidos en la gola. Cada una de ellas estaba armada de siete cañones de doce centímetros. Estaban unidas entre sí por cortes tras de los que las reservas se mantenían dispuestas á intervenir en el combate. Cubrían el flanco derecho de esta posición un batallón y una batería de salida apostadas en Fourneau: en la izquierda, el bosque estaba cortado á distancia de seiscientos metros, y se habían unido entre sí los troncos por medio

de setos de alambre, que constituían un obstáculo casi insuperable. Delante del frente, la pendiente de la altura era batida por los fuegos cruzados de los dos fuertes.

Habiéndose dado la víspera á la paralela una extensión suficiente para que en ella pudieran alojarse fracciones bastante considerables de tropas, se procedió al asalto el 27. Dos columnas, compuestas de un batallón, de una compañía de zapadores y de dos piezas, avanzaron para atacar los fuertes el 27 de Enero al anochecer. El de las Bases-Perches fué acometido de frente por dos compañías del batallón de la Landwehr de Schneidemühl. Al llegar una á sesenta y otra á cien metros de la obra, se echaron á tierra. Un pelotón de tiradores y algunos zapadores llegaron al foso, y sin vacilar saltaron á él. Las otras dos compañías, flanqueando el fuerte por la izquierda, habían llegado á las espaldas de la obra, y aquí también cierto número de hombres saltaron al foso de la gola. Pero en aquel momento, los franceses, desalojados de sus trincheras, se habían reunido y avanzado el batallón apostado como reserva en el Fourneau. Todos los fuertes de la plaza dirigieron sus fuegos sobre el terreno descubierto y sin abrigo alguno delante de la paralela, y los refuerzos no pudieron franquearlos. La séptima compañía del batallón de la Landwehr se vió rodeada por enemigos muy superiores en número, que la hicieron prisionera en gran parte, después que les hubo opuesto una resistencia tenaz. La mayor parte de los hombres que habían saltado á los fosos pudieron escapar.

El ataque dirigido contra las Hautes-Perches por la columna derecha fracasó igualmente. Tenía que atravesar mil metros por un terreno descubierto. Se trató de envolver el fuerte, pero no se consiguió avanzar, á causa de las estacadas, de los otros obstáculos y del fuego mortífero del enemigo.

Este asalto frustrado costó á los alemanes diez oficiales y cuatrocientos veintisiete soldados. Hubo que volver al ataque de sitio, que no permitía hacer sino progresos muy lentos.

Del 28 *de Enero al* 15 *de Febrero.*—Al acercarse más á los fuertes, se pudo, sin verse inquietado por el enemigo, adelantar poco á poco la zapa volante trescientos metros. A pesar de todas las dificultades que presentaba la naturaleza del terreno, el 1.° de Febrero se abrió la segunda paralela á mitad de distancia de las Perches.

El fuerte de la Justicia era el que más estorbaba los trabajos de sitio. Construyéronse, pues, para combatirle dos nuevas baterías al Este de Pé-

rouse. Cuatro baterías de morteros, establecidas sobre las alas de la paralela, rompieron su fuego á corta distancia sobre las Perches. Además se establecieron tres baterías en el bosque de las Perches contra la ciudadela y una contra el recinto de la ciudad sobre la extremidad del bosque en Bavilliers. Tirábanse mil quinientos cañonazos al dia contra la plaza y sus obras avanzadas.

Pero iba haciéndose cada vez más difícil hacer adelantar el ataque por medio del sitio, y habiendo sido llamado el general Debschitz, el cuerpo de sitiadores disponía de un número de trabajadores muy restringido. Nueve batallones solamente hacían el penoso servicio de trincheras. Las compañías de zapadores, sobre todo, sufrían graves pérdidas; hubo que llamar otras dos de Strasburgo. Había luna todas aquellas noches, y la guarnición veía todo lo que pasaba sobre el terreno cubierto de nieve delante de la plaza, y ya no se pudo emplear la zapa volante. Hubo que recurrir á la zapa doble de tierra movediza, cubriendo la cabeza de aquélla con sacos de trigo y los lados con gaviones. En cuanto á la tierra que servía para el encajonado, había que ir frecuentemente á buscarla muy lejos.

Para colmo de desgracias vino el deshielo el 3 de Febrero. El agua que corría desde los altos llenó las trincheras, y las tropas tuvieron que circular sobre el terreno descubierto. Las lluvias torrenciales estropearon los trabajos ya terminados; el parapeto de la primera paralela se socavó por varios sitios, y ya no se veía la banqueta. Los caminos estaban destruidos; no se pudo proceder á armar las baterías sino á costa de las mayores fatigas y esfuerzos, y para renovar las municiones hubo que echar mano de los tiros de caballos de las columnas y de la artillería de campaña. Muchas piezas estaban fuera de servicio á consecuencia de erosiones que había sufrido su ánima, y el enemigo además se mostraba muy hábil para estorbar los trabajos, haciendo romper de pronto el fuego á piezas que retiraba casi inmediatamente. No sólo tuvieron que continuar las baterías cañoneando las Perches durante la noche, sino que la infantería estaba igualmente obligada á tirar sin interrupción con los defensores. Las baterías nuevamente establecidas en las paralelas, no conseguían sino por el momento reducir al silencio la artillería de las Hautes-Perches. Contra el fuerte de Bellevue y las obras de la estación hubo que recurrir á masas protectoras, y además volver á empezar á batir el fuerte de las Barras. No hay que decir que en esta situación, y ayudando á ello el mal tiempo, el estado sanitario de las tropas era cada vez menos satisfactorio. Frecuentemente ocurría que los batallones no podían hacer que tomasen las armas trescientos de sus soldados.

A pesar de todo, la artillería del sitiador había adquirido incontestable ventaja sobre la del defensor, y á despecho de todos los obstáculos, las zapas se habían llegado al borde del foso de las Perches.

El 8 de Febrero, á la una de la noche, el capitán Roese hizo echar gabiones de zapa en el foso de las Hautes-Perches; saltó á él con cincuenta zapadores, y tallando rápidamente escalones en la escarpa, trepó al parapeto. La guardia de trinchera le siguió inmediatamente, pero no se encontró más que un corto número de franceses en los traveses para fuegos.

La situación de las tropas que defendían los fuertes había llegado á ser de las más críticas. Ya quisiesen renovar las municiones, ya buscar agua en el estanque de Vernier, ya hacer el rancho en el interior de la obra, todo tenían que hacerlo bajo el fuego del enemigo. Así que el coronel Denfert había ya dado orden de poner en seguro el material. Las piezas cuyas cureñas permitían aún el transporte, fueron llevadas sin noticia del sitiador, y en cada uno de los fuertes sólo se dejó una compañía con orden de retirarse en caso de ataque, tirando sobre el enemigo. En efecto, no se encontraron en la obra completamente destruida sino cureñas rotas y cuatro piezas fuera de servicio. Inmediatamente se la organizó para la defensa frente á la plaza; pero ésta rompió á las tres un fuego tan violento sobre la posición que acababa de perder, que los trabajadores tuvieron que ir á abrigarse á los fosos.

La guarnición de las Bases-Perches opuso cierta resistencia; pero recogida por la reserva, se batió en retirada sobre el Fourneau, dejando sólo en el fuerte cinco piezas y material estropeado por los proyectiles. Aquí, como en las Hautes-Perches, el fuego de la plaza obligó á los sitiadores á interrumpir sus trabajos de atrincheramiento sobre la contraescarpa; pero consiguieron llevar á la otra cuatro morteros de á quince centímetros y dos cañones de á nueve sobre el saliente de la colina al Oeste del fuerte. Estas piezas rompieron el fuego sobre el Fourneau y Bellevue. La noche del 9 al 10 de Febrero los dos fuertes de las Perches quedaron unidos entre sí por una trinchera de seiscientos veinticuatro metros, y establecida por tanto la tercera paralela.

Ya se estaba en disposición de atacar directamente la ciudadela, y sobre ella rompieron el fuego las baterías del bosque de las Perches y después las de la segunda paralela. Al mismo tiempo se bombardeaban los fuertes de la Justice, de la Miotte y de Bellevue. El general Debschitz había regresado; el cuerpo sitiador tenía nuevamente su efectivo completo, y habiendo vuelto los fríos, la situación mejoró. El día 13 había noventa y siete piezas en la tercera paralela, prontas á romper el fuego.

La ciudad había sufrido extraordinariamente á causa del largo bom-

bardeo. Casi todas las casas tenían deterioros; quince habían ardido por completo, y en los pueblos vecinos ciento sesenta y cuatro casas habían sido destruidas por los proyectiles de los defensores. Asimismo, las obras de la plaza estaban en muy mal estado, en particular la ciudadela. El revestimiento de piedra de sillería de su muro del frente había caido al foso; la mitad de las troneras blindadas se habían desmoronado; los almacenes de repuesto de las baterías habían saltado y varios traveses abovedados estaban agujereados por las balas. Sólo con auxilio de las escalas podía llegarse á las baterías más altas. La guarnición, cuyo efectivo consistía al principio en trescientos setenta y dos oficiales y diez y siete mil trescientos veintidos soldados, había perdido treinta y dos de los primeros y cuatro mil setecientos trece de los últimos, habiendo muerto además trescientos treinta y seis habitantes de la ciudad. La plaza no podía resistir ya más tiempo, y á tal situación vino á añadirse la noticia de que el único ejército que podía hacer levantar el sitio de Belfort acababa de rendir las armas.

Dada esta situación, el general Tresckow invitó al Comandante á rendir la plaza que tan valientemente había defendido, retirándose con los honores de la guerra, condición que había recibido previamente la aprobación de S. M., y que el Gobierno francés autorizaba al coronel Denfert para aceptar. Este, sin embargo, exigió una orden directa. Uno de sus oficiales se dirigió á Basilea para esperar aquella orden, y hasta su regreso hubo suspensión de hostilidades.

El día 15 se firmó en Versalles un convenio por el que se hacía extensivo á los tres departamentos, al principio exceptuados, y á la plaza de Belfort, el armisticio de 28 de Enero. El art. 1.° estipulaba la rendición de aquella ciudad.

Llevadas á buen término las negociaciones definitivas, la guarnición abandonó entre el 17 y 18 de Febrero el radio de la plaza fuerte con armas y bagajes, y se dirigió por la Isle-sur-le-Doubs y Saint-Hippolyte al territorio ocupado por las tropas francesas. Estas salieron en grupos de mil hombres, á distancia de cinco kilómetros uno de otro. El coronel Denfert salió con el último. Ciento cincuenta carros prusianos seguían á la columna con los víveres procedentes de los almacenes de la plaza. El 18 de Febrero, á las tres de la tarde, el Teniente general Tresckow hizo su entrada á la cabeza de destacamentos suministrados por todas las tropas del cuerpo de los sitiadores.

Halláronse trescientos cuarenta y un cañones, entre ellos cincuenta y seis inutilizados, y trescientos cincuenta y seis cureñas, de las cuales ciento diez y nueve estaban rotas, veintidos mil armas de fuego portátiles, y además provisiones considerables de municiones y de víveres.

El sitio había costado á los alemanes ochenta y ocho oficiales y dos mil cuarenta y nueve soldados; de los cuales doscientos cuarenta y cinco, que habían sido hechos prisioneros por los sitiados, recobraron su libertad á consecuencia de la capitulación.

Sin la menor dilación se procedió á la recomposición y al armamento de la plaza, así como á arrasar los trabajos de ataque.

EL ARMISTICIO

En ejecución del convenio del 28 de Enero, se trazó una línea de demarcación. Las avanzadas de una y otra parte debían retirarse á diez kilómetros de aquella línea, que llegaba desde la embocadura del Sena, en dirección al Sur, hasta el Sarthe; atravesaba el Loire en Saumur, seguía después el Creuse, volvía al Este hacia Vierzon, Clamecy y Chagny, y rodeando á Chalon-sur-Saône por el Norte, venía á tocar la frontera suiza al Sur de Lons-le-Saulnier y de Saint-Laurent. Dos departamentos, el Pas-de-Calais y el Nord, así como el Cabo del Havre, quedaban aislados por una línea de demarcación especial.

En cuanto á las plazas de guerra situadas en territorio ocupado por los alemanes, donde se habían mantenido tropas francesas, las asignó un radio proporcional á su extensión.

En la ejecución del convenio hubo cuestiones sobre varios puntos. Habíanle firmado en París los miembros del Gobierno de la defensa nacional presente en la ciudad. La delegación de Burdeos, encargada hasta entonces de la dirección de las operaciones, había permanecido extraña á su redacción, no habiéndosela comunicado todavía los diferentes artículos. Gambetta había dado, sí, la orden de suspender las hostilidades, pero no había podido dar instrucciones detalladas á los generales en Jefe de los ejércitos franceses.

Así es que el general Faidherbe no las tenía respecto á la evacuación de Dieppe y de Abbeville. El general Goeben se abstuvo de hacer entrar en ellas inmediatamente á las tropas alemanas. Al Oeste del Sena, el gran duque de Mecklemburgo tuvo que declarar formalmente que si no se tenía en cuenta la línea de demarcación, rompería al punto las hostilidades.

El Comandante de la plaza de Langres puso también dificultades, y

hasta el 7 de Febrero no retiró sus tropas al radio de la fortaleza. El general Rolland en Besançon no se decidió á hacerlo hasta algo más tarde. El de Auxonne no quiso al principio conceder el libre paso por el camino de hierro. La plaza de Bitche, que no había valido la pena de sitiar seriamente, se negó á reconocer el convenio. Hubo que reforzar las tropas del sedio, y la guarnición no abandonó su fortaleza hasta el mes de Marzo, cuando se la amenazó con el asalto.

Tampoco le reconocieron en seguida los cuerpos francos, siendo preciso sostener combates contra ellos en diversos puntos. Pero cuando al fin quedaron arregladas todas estas dificultades, ya no hubo colisiones serias entre la población y las tropas alemanas durante toda la duración del armisticio.

En París todos los cuerpos de ejército alemanes habían ocupado los fuertes situados delante de su frente, tomando el quinto posesión del Mont-Valerien y el cuarto de la ciudad de Saint-Denis. La zona entre los fuertes y el cuerpo de plaza fueron declarados neutrales, pero los paisanos no podían atravesarla sino por vías especificadas en el convenio y con la intervención de los piquetes alemanes encargados del examen.

El Gobierno francés, por excesivo temor de exasperar al pueblo, había tardado tanto en pronunciar la palabra capitulación, que París, cuando ya las comunicaciones estaban libres, corrían riesgo de sufrir hambre. Por consecuencia, se pusieron á disposición de las autoridades las provisiones de los almacenes alemanes de que no se tenía necesidad. Los generales en Jefe de los ejércitos alemanes, los Gobernadores generales y los oficiales encargados de la inspección del servicio de transportes, recibieron orden de no oponerse á la recomposición de las vías férreas y de los caminos de los territorios sobre que su autoridad se extendiese; y hasta las líneas férreas, destinadas al aprovisionamiento del ejército, se pusieron á disposición del Gobierno francés, continuando la explotación dirigida por el gran Estado Mayor. Apesar de todo, el primer convoy de víveres no llegó á París hasta el 3 de Febrero, y los franceses no consiguieron remediar hasta el 15 la penuria que en su capital se sentía.

Los prisioneros alemanes fueron inmediatamente devueltos. Más tiempo se tardó en entregar las armas y el material de guerra, y en pagar la contribución de doscientos millones que se había impuesto á la ciudad.

Pero todavía se ignoraba si el partido de la guerra *á todo trance*, la delegación de Burdeos, se sometería al Gobierno de París, y si la Asamblea nacional, convocada al cabo, aceptaría las condiciones del vencedor. Por ambas partes se adoptaron las medidas convenientes para reanudar la guerra si era necesario.

Al terminar el armisticio, los ejércitos franceses estaban distribuidos de modo que no facilitaban mucho aquella ruptura de hostilidades.

Por consejo del general Faidherbe, el ejército del Norte había sido totalmente licenciado porque era demasiado débil para hacer frente á las fuerzas alemanas que tenía frente á sí. El cuerpo vigésimo segundo había sido llevado á Cherbourg por mar, y con él se formó el ejército de Bretaña, uniéndole el vigésimo séptimo y fracciones del décimo noveno á las órdenes del general Colomb. Comprendiendo en ellos los cuerpos francos de Lipowski, de Cathelineau y otros, su efectivo llegaba á ciento cincuenta mil hombres. El general Loysel había permanecido en los atrincheramientos del Havre con treinta mil hombres de guardias móviles mal armados y poco aguerridos.

Después de haber retrocedido hasta la Mayenne, el general Chanzy había dispuesto una conversión á la izquierda para una nueva empresa que debía tener á Caen por punto de partida; pero no tuvo tiempo de ejecutarla. Los cuerpos décimo séptimo, vigésimo primero, décimo sexto y vigésimo sexto estaban situados entre el curso inferior del Loire y el Cher, desde Angers á Châteauroux. Su efectivo era de unos ciento sesenta mil hombres. En Bourges se encontraba el cuerpo vigésimo quinto, mandado por el general Pourcet, y en Nevers el cuerpo del general Pointe. El ejército de los Vosgos se había retirado al Sur de Chalon-sur-Saône, y los restos del ejército del Este se reunían en Chambéry para formar el cuerpo vigésimo cuarto á las órdenes del general Cremer.

El efectivo total de las tropas de campaña era de quinientos treinta y cuatro mil cuatrocientos cincuenta y dos hombres. Todos los cuerpos francos, menos aquellos sobre los que se podía contar, fueron licenciados, y la Guardia nacional fué declarada por el momento «incapaz de prestar ningún servicio de guerra». En cambio, en los depósitos, en los campos de instrucción y en Argelia había trescientos cincuenta y cuatro mil hombres. El contingente de 1871 debía dar ciento treinta y dos mil, pero todavía no se la había llamado.

En el caso de que se reanudasen las hostilidades, se contaba con limitarse á estar á la defensiva en el Sudeste de Francia; pero según la relación que el 8 de Febrero dió á la Asamblea nacional la comisión informadora, casi no se hubiera podido disponer para ello de más de doscientos cincuenta y dos mil hombres aptos para la campaña. Por otra parte, la flota había cedido fracciones tan considerables de tropas, y cañones en tanto número, que ya no estaba en estado de intentar grandes empresas marítimas.

Por parte de los alemanes la principal preocupación había sido recons-

tituir el efectivo de las tropas sobre el pie de guerra completo, y poner en buen estado el material.

Los fuertes de París quedaron inmediatamente armados frente á la ciudad. En el interior é intervalos se habían puesto en posición seiscientas ochenta piezas, ciento cuarenta y cinco de las cuales habían sido cogidas á los franceses. Era más de lo que se necesitaba para obligar al pueblo, muy agitado, á mantenerse tranquilo. Una parte de las fuerzas empleadas hasta entonces en el cerco, había quedado disponible, y sólo para poder alojar mejor las tropas, se la hizo abandonar las cercanías de la ciudad. Además se creía oportuno reforzar el segundo ejército que tenía frente á sí el grueso de las fuerzas enemigas. En consecuencia, el cuarto cuerpo fué enviado á Nogent-le-Rotrou, y el quinto á Orleans, donde relevaba al noveno, que fué trasladado á Vendôme. Así los acantonamientos de este ejército se extendían desde Alençon hasta Tours, y de allí, remontando el Loire, hasta Gien.

En el Norte, el primer ejército estaba situado tanto sobre el Somme (octavo cuerpo) como sobre ambas orillas del Sena inferior (primer cuerpo), y en el Sur, el ejército de esta región ocupaba posiciones á lo largo de la línea de demarcación de Baume hasta la frontera suiza y más atrás.

A fines de Febrero, el ejército de campaña alemán situado en territorio francés, contaba:

De infantería, cuatrocientos sesenta y cuatro mil doscientos veintiún hombres, con mil seiscientos setenta y cuatro piezas; de caballería, cincuenta y cinco mil quinientos sesenta y dos caballos.

Las tropas que hacían el servicio de plazas consistían en ciento cinco mil doscientos setenta y dos soldados de infantería, con sesenta y ocho piezas y cinco mil seiscientos ochenta y un caballos.

Total, seiscientos treinta mil setecientos treinta y seis hombres y mil setecientas cuarenta y dos piezas.

En el interior de Alemania había entre tropas de la reserva y de depósito, tres mil doscientos ochenta y ocho oficiales, doscientos cuatro mil seiscientos ochenta y cuatro hombres y veintiseis mil seiscientos tres caballos.

Estaban adoptadas las disposiciones necesarias para poder, en caso de romperse nuevamente las hostilidades, oponer en todas partes una vigorosa resistencia al enemigo.

El armisticio tocaba á su fin; el gran Estado Mayor había preparado ya la concentración de las tropas para tomar de nuevo la ofensiva, especialmente en el Sur, cuando el Canciller de la Confederación de la Alema-

nía del Norte le avisó que acababa de concederse una próroga al convenio hasta el día 24. Más tarde se prolongó hasta el 26 á media noche.

Habían surgido, en efecto, serias dificultades entre el Gobierno de París y la delegación de Burdeos; no se entendían respecto á las condiciones que debían exigirse á los candidatos de la Asamblea nacional para ser elegidos. El Gobierno alemán deseaba que por medio de unas elecciones absolutamente libres, no tal partido, sino la Nación entera pudiese expresar su voluntad. Pero Gambetta, contra lo estipulado en el armisticio, había dictado disposiciones en cuya virtud no podía ser elegible ninguno de los que después del 2 de Diciembre de 1851 hubiese tenido relaciones de cualquiera clase con el Gobierno imperial. El de París tuvo que enviar á Burdeos á varios de sus miembros, y así el dictador ya no tuvo mayoría. El 6 de Febrero presentó su dimisión, y las elecciones se hicieron rápida y tranquilamente.

El día 12 se reunieron los diputados en Burdeos. M. Thiers fué elegido Jefe del Poder ejecutivo, y el 29 salía para París, con Jules Favre, resuelto á poner término, de una manera ó de otra, á una guerra que sólo podía conducir á nuevos desastres.

Empezaron las negociaciones, y cinco días más tarde, á costa de mucho trabajo para entenderse y de consentir Alemania en la entrega de Belfort, se firmaron los preliminares el 26 de Febrero por la tarde.

Francia se obligaba á ceder al Imperio alemán una parte de la Lorena, la Alsacia, excepto Belfort, y á pagar una indemnización de cinco mil millones.

La evacuación del territorio ocupado por las tropas alemanas debía empezar en cuanto se ratificase el convenio, y continuaría á medida que fueran haciéndose los pagos. Mientras permaneciesen en territorio francés, las tropas debían mantenerse á costa del país ocupado; en cambio, el Gobierno alemán renunciaba á hacer nuevas requisas.

En cuanto las primeras tropas alemanas se pusieran en movimiento para evacuar cierto radio, las fuerzas francesas debían retirarse detrás del Loire, á excepción de cuarenta mil hombres que permanecerían en París y de las guarniciones indispensables de las plazas de guerra.

Ratificados estos preliminares, debían continuar las negociaciones en Bruselas y empezar entonces á repatriarse los prisioneros franceses.

Prolongóse el armisticio una vez más hasta el 12, quedando en libertad ambas partes para denunciarle desde el 3 de Marzo, depués de un plazo de tres días.

Finalmente, se concedió al ejército alemán la satisfacción de hacer su entrada en París, y permanecer allí hasta la ratificación del convenio pre-

liminar. Sólo debían ocuparse los barrios que se extienden desde Point-du-Jour hasta el faubourg Saint-Honoré. El 1.° de Marzo, después que S. M. pasó revista al ejército en Longchamps, treinta mil hombres, de los cuales once mil pertenecían al sexto cuerpo, once mil al segundo bávaro y ocho mil al noveno, ocuparon aquella parte de París. Otros grupos con igual efectivo debían relevarlos el 3 y el 5 de Marzo; pero M. Thiers logró que el 1.° de Marzo votase la aceptación del convenio la Asamblea nacional de Burdeos, después de decretar la caída de la dinastía napoleónica. Cangeáronse las ratificaciones el día 2 por la tarde, y el 3, volvió á sus cantones el primer grupo.

MARCHA DE LOS EJÉRCITOS ALEMANES AL EVACUAR Á FRANCIA

El artículo tercero de los preliminares prescribía, que á excepción de París, todo el territorio comprendido entre el Sena y el Loire, debía quedar evacuado en el más breve plazo posible por las tropas francesas y alemanas, mientras que estas últimas no abandonaran la orilla derecha del Loire, sino después de la conclusión definitiva de la paz. Firmada ésta, los seis departamentos del Este continuarían ocupados por los alemanes, para servir de garantía de los tres mil millones últimos, no pasando de cincuenta mil hombres el efectivo de las tropas de ocupación.

Instrucciones detalladas remitidas por el gran Estado Mayor, regulaban la partida. Habíase preocupado igualmente así de dar buenos acantonamientos á las tropas, como de restablecer la organización y la composición primitiva del ejército, y también de poder concentrarlas rápidamente en caso de necesidad.

Las tropas destinadas á ocupar los territorios definitivamente adquiridos por Alemania, se pusieron inmediatamente en marcha hacia sus guarniciones.

Los reservistas y las tropas de la Landwehr fueron enviadas á sus casas, así como la división de Baden; pero esta última tuvo que permanecer por el momento en pie de guerra. Quedaron suprimidos los gobiernos generales de Lorena, de Reims y de Versalles, y sus atribuciones pasaron á los generales encargados de mandos superiores. Para el mantenimiento del orden á espaldas del ejército, los cuerpos sexto y séptimo, así como la di-

visión wurtemburguesa, quedaron definitivamente subordinados al gran Cuartel general.

El 31 de Marzo, el ejército había ocupado completamente los nuevos territorios que se le habían señalado, formando el Sena, desde su origen hasta su embocadura, la línea de demarcación al Oeste.

El primer ejército ocupaba los departamentos del Sena inferior y del Somme; el segundo, enfrente de París, los del Oise y de Seine-et-Marne; el tercero el Aube y el Haute-Marne, y el ejército del Sur los departamentos donde se encontraban en último lugar. Los fuertes de París, situados sobre la orilla izquierda, fueron entregados á las autoridades francesas, después que marchó el parque de sitio y se retiró de allí el material de guerra conquistado. Habiendo expresado el Gobierno francés el deseo de poder trasladar lo más pronto posible la Asamblea nacional de Burdeos á Versalles, el Cuartel general se había mudado á Ferrières antes de lo que se había convenido primitivamente. El 15 de Marzo S. M. regresó desde Nanzy á Berlín.

Todas las tropas que habían quedado delante de París fueron puestas á las órdenes del Príncipe real de Sajonia, y el general Manteuffel fué nombrado general en Jefe del ejército de ocupación.

En el momento en que Francia se libertaba, á costa de los mayores sacrificios, un enemigo de los más peligrosos surgía en su mismo seno: era la Commune de París.

Los cuarenta mil hombres que allí se habían dejado, no se mostraron á la altura del deber que se les imponía de reprimir los movimientos revolucionarios, muchos de los cuales habían estallado durante el mismo sitio; pero que ahora degeneraban en verdadera guerra civil. Masas considerables del pueblo, en que la Guardia nacional fraternizaba con la Guardia móvil, se apoderaron de la artillería y opusieron resistencia al Gobierno á mano armada. El 18, M. Thiers dió orden á los regimientos que habían permanecido fieles, de replegarse sobre Versalles para sustraerlos á la influencia deletérea de los partidos y de los clubs, y para que protegiesen á la Asamblea nacional que acababa de trasladarse allí.

La capital de Francia quedó presa de los elementos revolucionarios de la peor estofa, y soldados franceses tuvieron que reconquistarla.

Pronto y á poca costa hubiesen podido los alemanes poner término á aquella revolución; pero, ¿qué gobierno hubiese podido aceptar la intervención de las bayonetas extranjeras? Los Generales alemanes se limitaron á estorbar en el radio sometido á su acción todo movimiento revolucionario y á impedir á las provincias que afluyesen á París. Interrumpiéronse los trabajos de desarme; las tropas del tercer ejército se aproxi-

maron á los fuertes, y se volvieron á colocar avanzadas á lo largo de la línea de demarcación, tras de la cual podían concentrarse doscientos mil hombres en menos de dos horas. Se advirtió á los que en París detentaban el poder, que toda tentativa para armar los fuertes que hacían cara á los alemanes tendría por consecuencia inmediata el bombardeo de la ciudad. Pero los bullangueros estaban demasiado ocupados en incendiar, en demoler y en fusilar, para asegurar su poder en el interior de París; no volvieron sus armas contra el enemigo de fuera, porque estaban en lucha con el Gobierno elegido por la nación y se preparaban á hacer una salida sobre Versalles.

Los gobernantes, ligados por las convenciones del armisticio, se encontraban casi desarmados frente á este peligro. Pero el Estado Mayor alemán se apresuró á concederles autorización para reunir fuerzas hasta el número de ochenta mil hombres, procedentes de los cuerpos situados en Besançon, en Auxerre y en Cambray, y se les concedió libre paso á través del territorio ocupado por los alemanes. En cambio, sólo se procedía con gran limitación á la repatriación de los prisioneros de guerra, en su mayor parte hombres aguerridos, que hubieran podido muy bien reanudar las hostilidades; así que sólo se despidieron para empezar veinte mil hombres de tropas de línea.

El 4 de Abril el mariscal Mac-Mahon empezó las operaciones contra París con las tropas del Gobierno. El 21 forzó la entrada de la ciudad. Ocho días estuvieron los insurrectos defendiendo sus barricadas, y como grandes masas de fugitivos amenazasen romper las líneas alemanas, el tercer ejército recibió orden de concentrarse más todavía. Las avanzadas quedaron establecidas en la proximidad de las puertas de la ciudad, y no dejaron salir á nadie hasta que á fin de mes París quedó de nuevo en poder del Gobierno.

Entre tanto, se habían llevado vivamente las negociaciones emprendidas en Bruselas y continuadas en Francfort, y el 10 de Mayo pudo concertarse definitivamente la paz sobre la base de los preliminares. Las ratificaciones se cangearon en un plazo de diez días, conforme á lo estipulado.

La guerra, que por una y otra parte se había hecho poniendo en juego fuerzas enormes, había seguido un curso rápido; y habiendo continuado sin tregua ni descanso, terminaba después de una duración de solos siete meses.

En las cuatro primeras semanas se dieron ocho batallas que ocasionaron la caída del Imperio y aniquilaron el ejército francés.

Francia levantó nuevos ejércitos, enormes en cuanto al número, pero de cualidades militares inferiores. Los alemanes tuvieron al principio superioridad numérica, después no. Tuvieron que dar otras doce batallas, á fin de cubrir el sitio de París, cuya rendición sólo debía poner término á la guerra.

Veinte plazas fuertes se tomaron, ni un solo día pasó en que no se librara un combate más ó menos importante.

Esta guerra impuso grandes sacrificios á Alemania, que perdió seis mil doscientos cuarenta y siete oficiales, ciento veintitres mil cuatrocientos cincuenta y dos soldados, una bandera y seis cañones.

Es imposible calcular el total de las pérdidas sufridas por los franceses. Sólo de prisioneros había en Alemania once mil ochocientos sesenta oficiales y trescientos setenta y un mil nuevecientos ochenta y un soldados; en París, siete mil cuatrocientos cincuenta y seis oficiales, y doscientos cuarenta y un mil seiscientos ochenta y seis soldados; desarmados en Suiza, dos mil ciento noventa y dos oficiales y ochenta y ocho mil trescientos ochenta y un soldados; en suma, veintiun mil quinientos ocho oficiales y setecientos dos mil cuarenta y siete soldados.

Se les habían cogido ciento siete banderas y águilas, mil nuevecientas quince piezas de campaña y cinco mil quinientas ventiseis de plaza.

Strasburgo y Metz, arrancadas á Alemania en época de suma decadencia para ella, habían sido reconquistadas, y el Imperio alemán acababa de renacer.

FIN

QUERIDA

XLII

No sólo antes, sino mucho después de transformarse en una «señorita», pasó Querida por un desarrollo de sensibilidad enfermizo, enteramente anormal.

Las menores contrariedades causaban á la joven penas inmoderadas, como si su sér físico hubiese contraído una susceptibilidad intolerable. Ni siquiera podía soportar la más ligera broma de ese querido abuelito, amigo de hacer rabiar por naturaleza, y que ahora llamaba á su nieta: «La señorita de las lágrimas en los ojos y de la gasa en el brazo».

También se despertaba en Querida la afición á la soledad, á la inmovilidad en un rincón, donde se complacía en permanecer á media luz, sumida en vanos ensueños y abstraída en esas suaves y dulces divagaciones del pensamiento de las vírgenes púberes en torno de lo desconocido del amor.

En fin, en medio de esa metamórfosis moral, exaltábanse sus amistades hacia otras mocitas, fundiéndose en afectuosas expansiones, en ternezas, en caricias amorosas, y tomando todo el carácter de una pasión.

XLIII

Al año siguiente, año en que Querida cumplía los catorce, absorbía el interés de París entero una novela de folletín, publicada en un periódico de la noche, novela que relataba una historia libre de amor, una anécdota escandalosa, cuyos protagonistas, de nombres apenas

desfigurados, eran un hombre y una mujer que la niña veía en sociedad.

Querida no leía los libros que le decían que no leyese, ni siquiera les daba un vistazo á escondidas, cuando los tenía á su alcance; pero á propósito de ese folletín se murmuraban tantas cosas, y sorprendía la muchacha unas miradas tan singulares, unas sonrisas tan incitantes y gestos de tal especie, que le entraban unas tentaciones locas, una comezón irresistible de averiguar de qué se trataba, máxime al ver la impaciencia febril con que el Mariscal rompía la faja del periódico y lo desdoblaba para cerciorarse de que no se interrumpía el diabólico folletín.

Resuelta la duda, el Mariscal doblaba nuevamente el periódico, lo dejaba en la mesa del salón, no sin volver á pasar las manos por encima como para acabar de cerrarlo, y aguardaba el fin de la noche, el momento de quedarse solo para saborearlo á sus anchas.

Una, dos veces se levantó Querida muy temprano y bajó á las habitaciones de recibo, impulsada por un deseo invencible de enterarse de algunas líneas del folletín; pero ya estaba arreglado el salón, y los criados se habían llevado el periódico.

Una noche no podía dormir. Veía el periódico con los ojos cerrados, lo mismo que si lo tuviese delante, tal y como se encontraba doblado en una esquina de la mesa del salón, con las letras de la mitad del título dentro del redondel de luz que proyectaba la pantalla de la lámpara. A pesar de las vueltas que daba en la cama para no verlo, el maldito periódico parecía adquirir mayor realidad con aquel principio de su título más iluminado cada vez. Y la importuna visión le sugería la idea persistente de leer el folletín aquella noche. De repente saltó de la cama; pero al cabo de algunos minutos volvió á acostarse.

Sin embargo, no conseguía dormirse, atormentada por el deseo de bajar al salón, aunque retraida aún por el miedo á la oscuridad de la noche en lás escaleras y en los inmensos corredores del Ministerio.

Pero, con todo su miedo, no tenía fuerzas para resistir. Se echó encima un peinador, y cogiendo una bugía salió de su cuarto, volviéndose á mirar atrás á cada instante, asustada por el eco de sus pisadas, como si fuesen de alguien que la persiguiese.

Abrió la puerta del inmenso salón, que á la luz de su pobre bugía le parecía terriblemente grande y lleno de profundidades tenebrosas.

Pero allí, en la mesa, estaba el periódico, el impreso tentador. Se

fué derecha á él, lo arrebató con mano de ladrona y empezó á leerlo precipitadamente. De pronto se detuvo; le daba miedo el silencio que reinaba. Volviendo á coger el periódico caído en sus rodillas, alzaba á ratos la cabeza para mirar amedrentada á las puertas del salón, como si fuesen á dar paso á un asesino.

Seguía leyendo, alarmada unas veces por el blanco reflejo de su peinador en el espejo sombrío, alterada otras por el torpe revoloteo de una mariposa nocturna, fluctuando entre el interés de la novela y los pavores de la hora, sonriendo y temblando al mismo tiempo.

Todos los folletines que quedaban los leyó así Querida, de noche, en medio de las tinieblas del gran salón del Ministerio, atraída por una curiosidad malsana de virgen.

XLIV

En el fondo, el mayor atractivo de esa lectura nocturna de folletines fué el goce que se saborea en hacer una cosa prohibida, y á que siempre acompaña cierta inquietud, no exenta de encantos; pero Querida no sintió en realidad nada de esa dulce emoción interior que provoca en la joven una lectura amorosa.

Mi hermano y yo lo hemos dicho en alguna parte: el libro obsceno, el libro erótico no ejercen ningún influjo sobre la joven francesa. Cuando ésta llega á perderse por la lectura, se pierde por un libro sentimental, por un libro castamente novelesco. Hay más: el amor, según lo entrevé en torno suyo, el amor reproducido en su realidad contemporánea, rara vez consigue interesar su corazón. Para que el libro que tiene entre las manos le llegue al alma, para que la conmueva y enternezca, para que la acerque á la tentación, ha de pintarle un amor que se desenvuelva en medios muy distintos de nuestros salones y aunque pertenezca algo al pasado, un amor contrariado por desgracias, peripecias y fatalidades, un amor rodeado, en fin, de circunstancias que lo conviertan en una especie de sentimiento ideal, ageno á la simple copia de lo que tiene delante de los ojos.

El libro en que encontraba todo eso era *Pablo y Virginia*, que se le permitía leer algunos meses después.

Aquel gracioso é interesante amor de dos niños, que comienza en la cuna; aquellas correrías por los bosques, con las dos cabezas guarecidas bajo la misma saya; aquella

tierna asociación de sus débiles existencias; y las huidas de Pablo ante las grandes olas en medio de los gritos del terror amante de Virginia; y la súbita reserva de Virginia para con Pablo, que Querida recordaba haber sentido, al formarse, respecto de los niños que trataba; y la cándida ingenuidad del lenguaje del joven criollo; y todas aquellas frescas y conmovedoras escenas de amor entre esos corazones primitivos; y, en fin, aquella prosa impregnada de una pasión juvenil, pura, sincera, que hace de la magistral obrita un manual de amor para las jóvenes, producían en Querida un efecto desconocido hasta entonces para ella.

Leía con las mejillas encendidas, con el corazón palpitante, y poniendo de pronto una cara adorable de delincuente cuando la sorprendían leyendo, á pesar de ser lectura autorizada, el libro de Bernardino de Saint-Pierre.

Para que fuese más completa é intensa, para que penetrase más profundamente en todo su sér la íntima y grata emoción que la joven experimentaba leyendo *Pablo y Virginia* y otros libros honestamente amorosos, ¿adivinará nadie lo que había ideado? Humedecía, empapaba el libro que leía en esencias, y la historia de amores llegaba á su imaginación, á sus sentidos, en alas de páginas mojadas, impregnadas de perfumes.

Un día que derramó un frasco de esencia de magnolia en una novela apasionada, se puso mala en mitad de su lectura.

XLV

El año anterior quiso el Mariscal pedir una licencia de dos meses durante el otoño para llevar á Querida al Mosa, á fin de que tomase algún tiempo el aire del campo; pero las complicaciones políticas del momento y ciertos temores de guerra le impidieron ausentarse del Ministerio. En aquel nuevo año, durante el cual se había despejado la situación, y en que su nieta seguía enfermiza, desmadejada, nerviosa, el Mariscal podía partir hacia mediados de Agosto para ir al Muguet, donde se habían hecho grandes innovaciones.

XLVI

Años hacía—desde que el Mariscal fué llamado al Ministerio—que se trabajaba en el Muguet.

Al principio sólo se trataba de habilitar en ese edificio mal distribuido tres ó cuatro aposentos para los invitados durante el mes de Setiembre. Pero en el momento de empezar los trabajos, el arquitecto convenció fácilmente al Mariscal de que la construcción, con sus demoliciones de principios del siglo, y en el estado ruinoso en que se hallaba, era verdaderamente indigna del parque que la contenía, un parque conocido treinta leguas á la redonda y que iban á visitar diariamente los bañistas de las estaciones termales del contorno.

Como la segunda construcción y el revestimiento exterior de la Abadía no remontaban más allá de 1750, el arquitecto aseguraba poder convertir muy fácilmente los edificios en un palacio, en un verdadero palacio, y sin que la obra costase millones. En apoyo de su aserto presentó al Mariscal un plano excelente de restauración, en que las pilastras jónicas de la arquitectura eclesiástica del siglo XVIII se armonizaban muy bien con la nueva construcción civil, en que los arcos de medio punto del antiguo claustro, cerrados por elegantes ventanas, formaban una soberbia galería-estufa, y en que tres pabellones que decoraban la fachada de trece huecos, daban al Muguet un carácter de palacio real.

En el momento de ver el plano, aunque aceptándolo en conjunto, el Mariscal se reservó modificarlo, reducirlo, simplificarlo y hacer que ciertas obras se ejecutasen de una manera menos decorativa y más barata. Pero á la hora de la ejecución el propietario se dejaba convencer siempre por el arquitecto, el cual le demostraba que la alteración más mínima del plano primitivo mataba el conjunto de su restauración.

Hay que confesar que el Mariscal, en sus cortas visitas al Muguet, se quedó fascinado por el rejuvenecimiento del edificio y por la hermosa mancha blanca que proyectaba la airosa arquitectura en el verde de aquel parque querido, al cual enviaba alguna que otra vez, para que lo colocasen bajo su purpúrea enramada, un rododendro de quinientos francos.

De esa suerte se dejó arrastrar el Mariscal al gasto fastuoso de un patio de honor digno de un pequeño Marly: un inmenso patio semicircular, cerrado por una balaustrada, que rodeaba un foso lleno de arbustos de flores. Estaba dividido á ambos lados en compartimientos circuidos de piedra, con callecitas de grava y macizos de césped, en cuyo centro se elevaba un jarrón de mármol blanco. En esa decoración, dibujada por las elegantes sinuosida-

des de la piedra, destacábanse dos grandes fuentes de rocalla, cuyos surtidores corrían toda la noche alegrando con su fresco ruido los insomnios del Mariscal. Alrededor del hemiciclo y á la parte adentro de la balaustrada, se veían los viejos naranjos del rey Estanislao, naranjos semejantes á los de las Tullerías.

Ese patio presentaba como fondo una escalinata de nueve peldaños inmensos, donde siempre aparecía echado el perro más admirable de la tierra, un sabueso inglés, un superviviente de esa raza anaranjada y blanca que poseía un lord de Escocia, el cual mandaba en una cláusula de su testamento que el día de su muerte se envenenase á todos los perros que dejaba vivos en su castillo. *Jamie* era un regalo que había hecho al Mariscal el conde de Cardigan después de la campaña de Crimea.

Era verdaderamente regio el aspecto que ofrecía aquel patio de honor con sus balaustres, sus surtidores y esa escalinata donde permanecía tendido en la piedra, bañada de sol, el hermoso perrazo adormecido en su aristocrática pereza.

XLVII

En medio de su transformación, conservaba el Muguet el carácter particular de las moradas donde se ha deslizado el fin de la existencia de los Mariscales de Napoleón I.

El recuerdo de la vida ambulante de los campamentos revivía en las imágenes de la guerra y en las reminiscencias de la historia romana que figuraban en la decoración. El soldado del segundo Imperio conservaba religiosamente todas las cosas de ornamentación militar que el soldado del primer Imperio había puesto y dejado en sus hogares. Las verjas del parque, con sus picas y sus hachas entrecruzadas de lictores, y sus pilares de piedra coronados por una granada inflamada, quedaron tales y como las mandó construir el coronel de los lanceros de la guardia. Cuando se convirtió el claustro en galería-estufa, el Mariscal quiso que se respetase un mosaico del pavimento que representaba una cruz gigantesca de la Legión de honor, y que era como el *cave canem* de la mansión gloriosa para las visitas que franqueaban el vestíbulo.

En su antiguo despacho, que permaneció intacto en la parte del edificio no restaurada, no quiso que se renovase siquiera el papel viejo del tiempo de su padre: un papel de listas azules y grises que representaba fidelísimamente el cotí de una tienda.

XLVIII

Aquel día hacía en el Muguet uno de esos calores sofocantes que se sienten en ciertas fincas de Francia situadas en el fondo de un vallezuelo rodeado de altas colinas.

Querida se había subido á su cuarto después del almuerzo, y tendida en su diván en la tibia penumbra de la estancia entornada, con el índice entre las hojas de un libro que no tenía fuerzas para seguir leyendo, con los párpados medio cerrados bajo el influjo de una indolencia soñolienta, aspiraba, en medio de estremecimientos voluptuosos de la nariz, el aroma de los naranjos, de donde á la sazón emanaban perfumes embriagadores.

Hallábase en ese estado vago de dejadez anodina que produce un comienzo de sopor cerca de un ramo demasiado fragante, cuando se sintió abstraída de repente por una conversación sostenida debajo de su ventana, una charla de voces juveniles en que rebosaban risas contenidas.

Querida se acercó á escuchar oculta tras las persianas.

Sobre una escalera doble, debajo de la cual había un paño blanco, estaban subidas dos mozuelas, cada una de ellas con una cestita, y ocupadas ambas en coger la flor de azahar.

Las dos campesinitas, con el cuerpo libre y holgado en su blanca camiseta y en su saya corta, estaban inclinadas, casi tendidas en la redonda copa de los arbustos recortados, con los miembros en un abandono amoroso y con lascivas perezas, dejando ver la llama de sus brillantes ojos en la sombra del tocado de muselina que llevan para el sol las lorenesas.

Bañadas en aquel calor y olor de Oriente, las dos mocitas se enjugaban el sudor de entre los senos al tiempo que conversaban en el dialecto local—en ese habla musical y cariñosa de la infancia de un país—ponderando la dulzura del primer beso de amor que se recibe en la boca.

Querida, sorprendida de recordar también la lengua de su infancia, permaneció escuchando mientras cogían la flor del naranjo que caía debajo de su ventana, dejando penetrar en su carne abierta el gorjeo sensual de las dos mozas, mezclado y confundido con el ardiente hálito de aquel medio día y con los aromas enervadores del azahar.

XLIX

Al declinar la tarde de ese día la gente del palacio se hallaba congregada en el claustro antiguo, por cuyas ventanas, abiertas de par en

par, empezaba á entrar algo de la frescura de la noche.

La galería del claustro, convertida en una especie de estufa, estaba llena de juegos de todas clases, de mesas cubiertas de libros de estampas, de diversidad de asientos de bambú y de caña guarnecidos de madroños de lana; en el muro del fondo se destacaban de trecho en trecho candelabros de pistolas de arzón, con sus bugías en los cañones.

Querida, con la cabeza reclinada en el respaldo de un sofá, con los brazos apoyados en el pecho en una graciosa actitud de pereza, hacía un capillo de lana roja para un niño pobre, interrumpiendo la labor de vez en cuando para descansar y dirigiendo á lo lejos la mirada errante y distraída.

—¡Eh, nena! ¿En qué piensas?... ¿En las musarañas?—dijo el Mariscal, alzando la cabeza de la mesa junto á la que estaba sentado con una pluma en la mano.

Querida se levantó, se acercó á su abuelo sin responder, lo abrazó por detrás, dejando caer un instante los brazos por su pecho, y miró distraidamente por cima de su hombro el geroglífico que se entretenía en dibujar (1).

(1) Suprimimos el geroglífico, porque, arreglado á nuestro idioma, perdería el carácter ingenioso que tiene en el original.—(N. del T.)

Volvió á sentarse, y con el capillo caído en las rodillas, hundida y acurrucada en el sofá, la joven seguía su labor, apretujando con los inquietos dedos un abanico de madera de violeta y aspirando á cada instante el perfume desenvuelto por el calor de sus manos. Luego volvía á quedar en una inmovilidad completa, sólo interrumpida alguna que otra vez por sacudidas nerviosas del brazo.

El abuelo empezó un segundo geroglífico militar, y el cura achacoso, que había comido aquel día en la casa, miraba su obra con cara de bienaventurado y con las manos apoyadas sobre los flacos muslos.

—Señor cura, ¿tendremos lluvia estos días?... ¡A los árboles del parque les hace una falta horrorosa!—dijo el Mariscal borrando su dibujo con un movimiento de impaciencia.

—Para responder á V., señor Mariscal—contestó el cura—necesitaría haber hecho cantar á mis niñas esta mañana... ¡Sí, es muy sencillo!... Cuando hay humedad en el aire, las cuerdas vocales de mis niñas se quedan siempre por debajo del órgano... Cuando el tiempo está seco, tienen una tendencia á dominarlo, á sobresalir...

El secretario del Mariscal, el hombre por quien Querida había tenido su pasioncilla infantil, y que,

vuelto á su gracia, se había hecho su confidente, acababa de ganar una partida de *ecarté* á un fabricante de los alrededores. Notando la abstracción de la joven, fué á sentarse á su lado, y empezó á gastar bromas sobre su taciturnidad y su extraño aspecto. Querida no respondía; escuchaba con expresión irónica, dirigiendo á su interlocutor esa mirada de esfinge de la mujer, esa mirada tan llena, á ciertas horas, de enigmas indescifrables.

—¡Qué ojos!... Vamos, diga usted, ¡tras de esos ojos debe haber pensamientos muy originales!

—¡Oh, no los diré á nadie!—exclamó la joven con un ademán de recogimiento de todo su sér.

—¡Y el te, caramba! ¡Hoy se te va el santo al cielo, nena!—dijo el Mariscal.

Cuando todo el mundo subió á acostarse, acompañándose los unos á los otros por las escaleras y corredores entre risas y soplos de bujías, según la costumbre provinciana que imperaba en el Muguet, Querida, al llegar á su cuarto, alargó á su antiguo amigo una mano inerte, diciéndole con un mohín de niña: ¡Me aburro! en ese tono indefinible, entre cuitado y picaresco, característico de las muchachas, cuando empieza á hablar en ellas la ternura de un corazón vacío.

L

—¡Eh, monina!... ¡Aquí, á recibir órdenes!—gritaba á algunos días de allí á su nieta el Mariscal con su vozarrón cariñoso.—¿Sabes que tienes una carita de miserias?... ¿Estás mala?

—No, abuelo... Es que no me encuentro animada; no tengo ninguna cosa más.

—¡Señorita, hay que purgarse!—afirmó en tono de mando el Mariscal, cuya medicina se reducía casi exclusivamente al uso del aceite de ricino.

Querida andaba malucha; en medio de los mayores calores, sentía una sensación de frío, que la obligaba á echarse un chal sobre los hombros en ciertos momentos.

—Esto no puede seguir así—dijo una tarde el Mariscal.—Que vayan á buscar á Taboureur.

Taboureur, que ejercía la medicina en el pueblo próximo, era un médico improvisado por un decreto de 1793, un día que la República necesitó hacer una leva de oficiales de Sanidad para sus catorce ejércitos entre los mozos del Hôtel-Dieu y donde quiera que topó con hombres dispuestos á cortar brazos y piernas. Pero, ¡cosa extraordina-

ria! Taboureur, que apenas había visto los libros, era un *diagnosticador* de primer orden, y tenía un golpe de vista tan certero que los mejores médicos de Nancy y de Metz, cuando tropezaban con un caso dificultoso, se acogían al oficial de Sanidad de la primera República, que jamás daba muestras de tanta lucidez como *en pleno vino*, según él decía, ó séase, un tantico borracho.

Ese viejo de noventa años era una verdadera especialidad para leer en un semblante lo que pasaba en el interior de un cuerpo, y veía cosas imperceptibles que escapaban en absoluto á la penetración de sus colegas.—¡Bueno, es una fractura del radio!—decía desde la puerta al entrar en casa de un campesino, y adivinaba la fractura de tal ó cual miembro por la índole de las contracciones de la cara, como adivinaba asimismo los padecimientos internos por ciertos signos exteriores que él solo conocía.

No habiendo dejado de ser un rústico, las dos ó tres veces que tuvo el honor de sentarse á la mesa del Mariscal, comió con el sombrero encasquetado, como los campesinos, y saludaba á cada pregunta que le hacían. Y aquel ente originalísimo era padre de una solterona de cuarenta años cumplidos, á la cual zurraba como á una chiquilla de cinco, cuando se le socarraba un guiso ó hacía mal una legía.

El abuelo Taboureur llegó incontinenti.

Un viejo vivaracho, de miembros secos y sarmentosos como de añeja vid, y de ojos negros, que parecían más negros aún en contraste con el pelo enteramente blanco.

—Conque ¿y Elodías?—preguntó el Mariscal imitando con la mano la acción de azotar á un niño.—¿Hace mucho tiempo?...

—¡Ca! Se ha vuelto muy juiciosa, señor Mariscal... y hace ya tres meses... ¡Hola, hola! Me ha llamado V. para la señorita... Y dirigió la mirada á la paciente, una mirada de intensa fijeza, y que era como una luz aguda que os penetraba.

Luego el abuelo Taboureur se acercó á ella, le cogió la muñeca, soltándola en seguida, y dijo, volviéndose á la ventana abierta por donde se veía hasta el confín del horizonte la inmensa pradera segada:

—¡Eso es lo que pone mala á la señorita!

—¿Cómo eso?—interrogó el Mariscal.

—¡Caracoles!—Toda esa hierba recién cortada que se seca al sol... La señorita tiene la *fiebre del heno*... A Vds. los parisienses les choca esa fiebre... ¡claro! De fijo que eso

no brota en las piedras de París... Pero, quieras que no quieras, la cosa hace su camino lo mismo que la *fiebre de las rosas* á su debido tiempo... en los sitios donde se cultivan mucho... ¡Caramba! somos impresionables, sí, señor, somos nerviosos... ¡caramba! todavía tenemos en esta señorita tan guapa la niña que se achispó con el aguardiente alcanforado de las compresas.

LI

En la última semana de su estancia en el Muguet, el Mariscal quiso distraer á Querida con una pesca de cangrejos.

Como la pesca no era en el fondo más que el pretexto para una fiesta que el abuelo organizaba en celebridad de la convalecencia de su nieta, el Mariscal convidó á varios vecinos, á un subprefecto de los alrededores, á su mujer, á su joven cuñada, al fabricante, cuya linda esposa era la amiga íntima de Querida, y á otras mujeres y otros hombres, entre los cuales figuraba un joven del departamento á quien se citaba siempre por sus pertrechos de caza y por sus conquistas entre las mujeres de la Magistratura.

El lugar de reunión estaba á una legua del palacio, cerca de un riachuelo, llamado el *Glouglou*, cuyos cangrejos gozaban de gran fama entre los gastrónomos del Mosa. Allí, en un prado que había junto al río poblado de viejos sauces, se debía comer, ó mejor, cenar, yendo á levantar los aparejos entre cada dos platos.

Los moradores del palacio y los convidados encontraron puesta la mesa, á su llegada, en medio de la salceda, y á su alrededor un círculo de postes con hachones resinosos que se encendieron al poco rato, porque acababa de anochecer.

Como el rocío, ya copioso á la sazón, traspasaba con su fría humedad el calzado ligero de las mujeres, el Mariscal mandó encender una fogata, adonde las señoras, levantándose de la mesa de vez en cuando, se acercaban un minuto para secar las suelas mojadas de las botinas á la clara llama de la hoguera, sosteniéndose unas á otras por la cintura con abrazos cariñosos llenos de coquetería, hablándose al oído sonrientes, y enseñando en esa actitud por debajo de los pantalones bordados, lindas medias escocesas.

Siéntanse los comensales en medio del chisporroteo de los hachones, y oyendo subir al aire de las lejanas alturas, y como de los cuatro puntos del horizonte, sonorida-

des apenas perceptibles de trompas de caza.

Los criados llenan á cada momento las copas de Champaña, porque el organizador de la fiesta ha insistido en que todo el mundo había de acabar con su *ramalacito*.

—¡Pero vamos á ver! ¿Y esos cangrejos? ¿vamos ó no?—preguntó el Mariscal, sin dar grandes señales de querer abandonar la mesa.

Todo el mundo se interroga con los ojos; pero entre todos los comensales no se levantan más que Querida y la joven cuñada del subprefecto.

Anímase la cena con esa alegría parlera, ruidosa y sobreexcitada de las comidas al aire libre.

La mujer del subprefecto, una muñequita rubicunda, con melenillas de perro sobre la frente, que tiene las trazas *clownescas* y estrafalarias de las inglesas que sirven bebidas americanas en las Exposiciones, y que se ha alegrado un poquito, empieza á perorar hablando la lengua de los bufos parisienses en medio de desesperadas llamadas al orden de su marido, un marido pelirojo, taciturno é inquieto, que en esa gira campestre manifiesta su poquitín de atolondramiento á la manera de Pierrot en una pantomima sembrada de abrojos.

La vuelta de la hermana menor, ataviada aún con un traje hecho en el convento, y cuyos ojillos negros envuelven á la hermana mayor en una mirada de agente de policía, calman por un instante á la subprefecta, que torna silenciosamente á sus libaciones de Champaña metiendo las narices en la copa.

Las trompas se aproximan y difunden por todo el saucegal los ecos moribundos de su música.

—¿Qué toque es ese?—interroga el Mariscal, volviéndose á su criado de confianza.

El criado señala con el rabillo del ojo al vecino de la subprefecta.

—¿Es á V., caballero Otón, á quien deben esa galantería las señoras?

El joven asiente con una inclinación de cabeza y dirige al lado una mirada para poner á los pies de su vecina el homenaje de la música de sus monteros.

Toda la mesa está pendiente de esas armonías, que en el campo sombrío, en medio de la vaguedad de los objetos desvanecidos en la sombra, parece cosa de ensueño y como acompañamiento misterioso de una cacería fantástica durante la media noche, cuando la subprefecta, que se agita hace un rato en su silla, se levanta de repente, y de su cuerpo de alfeñique surge una voz formidable, una voz de contralto,

que berrea *Niniche* con entonaciones de bronce, al paso que el enteco tronco de la cantante esboza un movimiento vivaracho de cancán.

Pero en medio de su copla la subprefecta pierde un mondadientes japonés que le ha dado el caballero Otón, y cátate al currutaco buscando su mondadientes á cuatro pies por la húmeda hierba, con contorsiones de cuerpo estudiadas y muequecitas de niña, y repitiendo en un acceso de cólera sosa:

—¡No, déjenme Vds.!... Es preciso que lo encuentre... ¡Quiero ese, y no otro!

—¡Vamos, Magdalena, vamos! —suspira el desesperado marido, sin que se digne oirlo su mujer.

Las señoras han empezado á levantarse de la mesa. Magdalena las engatusa en seguida para jugar á la gallina ciega, sustituyendo el golpecito por un beso, y debiendo adivinar «la que se queda» el nombre de la que le ha cosquilleado con la boca en la palma de la mano.

Magdalena, enteramente desatada, atrae poco á poco á los hombres al círculo de los juegos inocentes, obligándolos á tomar parte en el escondite, ese juego en que las manos palpan con dedos libertinos para reconocer á las personas; y muy suavemente, alejándose de la mesa, y separándose poco á poco más cada vez, se lleva al joven Otón para esconderse juntos, arrimándose muy cosidita al mancebo por el terror que le causan repentinamente los bicharracos nocturnos, escurriéndose á poco de sus brazos por el gusto de que la vuelva á coger, y atravesando trozos de luna con el pelo desgreñado y con la locura de movimientos de una *bacante*.

Pero la hermana pequeña vigila esas correrías de la mayor, y siempre que la situación se complica llega con toda oportunidad para restituirla al círculo de la luz y de la gente.

Entonces la hermana mayor, adoptando una postura inocente, tararea por lo bajo de una manera melancólica; después empieza á dar brinquitos como una cabra en un viñedo, y, por fin, de repente se escurre, sustrayéndose á su vigilante.

En esos juegos, en medio del resplandor vacilante de la llama de los hachones, barrida á cada momento por la brisa nocturna, pasan corriendo de la sombra á la luz y de la luz á la sombra siluetas de mujeres, cuyos vestidos de verano iluminan un segundo el oscuro paisaje con los claros colores de dulces apariciones. Entre todas esas retozonas que se han puesto en la cabeza un chalito que les azota la cara, descuella la mujer del fabricante,

una mujer escuálida y larguirucha, de talle delgado desprovisto de redondez, de pecho casi liso, de ojos negros muy dulces, de una boca sentimental en que se dibuja como el mohín de una niña; una mujer que va esparciendo en torno de sí un ligero olor silvestre fundido en un perfume de heliotropo, y que con su flotante falda color de rosa al través de la oscuridad, parece un fantasma sonrosado.

No obstante, esa mujer, tipo físico de la castidad, parece gozarse en la desesperación cómica de los maridos, y sonreir al vislumbrar los deseos que acometen en la sombra á sus amiguitas, y sentir un íntimo regocijo por los nacientes adulterios que olfatea.

El Mariscal, desdichadísimo mentor de muchachas, se restriega las manos, repitiendo alguna que otra vez:

—¡La cosa marcha! ¡Se divierte la gente, qué demonio!

¡Y adelante con el escondite en las tinieblas!

—¡Pero empieza á caer un rocío de todos los diablos!—exclama el Mariscal.—¿Qué les parece á ustedes de un vaso de ponche en la casa?

La marcha se efectúa con el desorden de las partidas de campo muy alegres, asaltando cada uno á la buena de Dios el coche más próximo.

La subprefecta, sin el menor asomo de aprensión, se abalanza al estribo del faetón de su vecino de mesa, y con el contratiempo de fallar el estribo y caer en brazos del doncel, que se ve obligado á levantarla. Pero al volverse, la subprefecta encuentra instalada ya detrás de sí á su hermanita que acaba de hacer subir con ella á Querida, y nada puede dar idea de la mirada que la hermana menor lanza á la mayor.

Durante todo el trayecto al palacio, la colegiala de convento, con la cabeza inclinada hacia adelante, y escudriñando con sus duros ojuelos la parejita de enamorados, esforzándose por distinguir lo invisible, indica á su vecina con un codazo, sin hablar, las miradas prolongadas, las húmedas sonrisas iluminadas por el farol, las tiernas aproximaciones de los dos cuerpos y todo lo que puede delatarse del contacto de dos deseos que se encuentran en la oscuridad dentro del mismo coche. El codo delgado de la joven, airado á ratos, atestigua con sus golpes repetidos la rabia envidiosa que le acomete por no tener su parte todavía en esa aventura de amor.

LII

Aquel año el Mariscal y su nieta no volvieron al Muguet hasta principios de Diciembre. Querida, muy bien ahora de salud, era ya á los quince años una joven muy seductora, de una madurez precoz, debida á la sangre española de su madre.

En París empezaban á abrirse los salones. Se habían celebrado ya varias recepciones brillantes, y Querida, desde su vuelta á la calle Saint-Dominique-Saint-Germain, importunaba á su abuelo para que la presentase en sociedad. Apoyada y secundada por Mad. Tony-Freneuse, una amiga íntima del Mariscal, que debía servir de rodrigón á la joven, Querida consiguió el permiso para hacer su primera aparición en la sociedad parisiense en el baile del Senado, que debía verificarse el 15 de Enero del año próximo.

LIII

Concedida al fin definitivamente, después de algunos aplazamientos, la autorización prometida desde el principio, la nieta del Mariscal atravesaba en su coche el puente de la Concordia en dirección al establecimiento del gran modisto de París. «Sí, que lo sepan las amiguitas de Querida. ¡Querida luciría en su primer baile un vestido de Gentillat!» Y tanto la embargaba el júbilo, que iba silenciosa durante el camino.

Al propio tiempo se despertaba en la joven una curiosidad un poco recelosa á propósito del sitio adonde iba, y que su imaginación se representaba por los dichos de unos y otros como un sitio equívoco y atractivo á la vez, del cual salían ruinas y catástrofes. Allí vería quizá también muy de cerca esas mujeres cuyo nombre se murmuraba al oído delante de ella, esas mujeres á quienes Gentillat tenía la especialidad de vestir.

—Pero, ¿en qué piensas? Vamos á bajar; ya hemos llegado—decía Mad. Tony-Freneuse á la joven, que no había visto al lacayo abrir la portezuela.

El coche había parado en la calle Taitbout, muy cerca del *boulevard*, un poco más abajo de Tortoni, delante de una de esas casas feas y chabacanas construidas en tiempo de la Restauración, de puerta cochera casi más ancha que alta, con escalera pintada de mármol amari-

llo, y á cuyo pie se veía un banco para los criados.

Madame Tony-Freneuse y Querida pasaron por delante de los talleres de embalaje, que ocupaban todo el entresuelo, y donde se entrevían, por las puertas abiertas, obreras inclinadas á la luz del gas, en pleno día, sobre montones de telas que removían á brazadas.

—Enseguida viene Mr. Gentillat —dijo un elegante dependiente á Mad. Tony-Freneuse.

Un techo ennegrecido por el humo del gas, maderas imitando á ébano con filetes dorados, tapicería del verde más triste y como elegido exprofeso para hacer resaltar la alegre frescura de los satenes de las faldas y de los cuerpos: tal era la decoración del salón, cuya chimenea ostentaba un juego monumental compuesto de una estatuita de Diana y dos lámparas artísticas fundidas en un metal blanco que tenía el brillo del azúcar cande. Entre aquellos muebles de telas pasadas, entre aquellos objetos de un arte industrial con el frío tono plateado de objetos de funeraria, en aquel ambiente apagado, empañado, atónico, veíanse mujeres fatigadas, de semblantes ajados y mustios, mujeres que habían perdido hasta cierto punto en su oficio de perchas la animación humana, mujeres dotadas del automatismo del maniquí, que paseaban sobre sus cuerpos inertes vestidos vivos y luminosos.

En aquel momento aparecía en el marco de la puerta del salón una mujer conocida, una mujer mundana, que tenía algo que ver de lejos con el teatro. Iba bamboleándose con la indolencia del aburrimiento, distribuyendo apretones de manos distraídos á los dependientes; de pronto se paró, y apoyando las dos manos en el puño de la sombrilla con los codos sacados hacia adelante, gritó á Gentillat desde un extremo de la estancia en el tono de quien va á ventilar un negocio:

—Necesito un traje... para bailar... sí, es forzoso... hace falta una cosa buena.—Y dejándose caer en un canapé que tenía al lado, añadía:—Ya sabe V. que estoy hecha una lástima... Dentro de poco, mi buen Gentillat, tendrá V. que llevar flores á mi tumba.

—¡Ah, Mad. Tony-Freneuse!—exclama Gentillat, dirigiéndose á la mujer elegante con las muestras de consideración exterior que atestigua un industrial á una parroquiana que se deja en su casa treinta mil francos anuales.

Atormentado por las continuas neuralgias que le producen los olores y perfumes de las grandes mundanas, con quienes tiene que rozarse á todas horas, Gentillat, que las más de las veces no come por la

noche, tiene una tez roja y acardenalada con blancuras de anemia. Es casi calvo, y la corona de pelo que rodea su terso cráneo y las patillas, parecen por su tenuidad el plumón de un ave color gris de polvo. Usa cuello de camisa muy escotado, lleva siempre prendidos en las solapas dos ó tres alfileres para las necesidades del oficio, y gasta monóculo.

Gentillat es redicho y habla pausadamente, con voz melíflua y seráfica, al tiempo que sus dedos cuajados de sortijas acarician casi voluptuosamente las sedosas telas que halla á su alcance.

—Pero á ver, aquélla, que enseñe esa falda á la señora...

Es Gentillat que llama á una señorita-maniquí, en el momento en que atraviesa por el fondo del salón, y á la cual hace dar vueltas para que se vea la falda bajo todos sus aspectos: una falda plegada de batista cruda, con adornos de cintas de terciopelo granate, y un encaje abajo.

¿Quién podrá traducir el tono con que dijo, pasando por la batista los apasionados dedos:

—¿Habría que ver esto... ondulando al sol?

—¡Eh, esa otra, acá también!—grita á una segunda señorita que pasea un abrigo sobre los hombros.

Gentillat está en vena aquel día de discurrir sobre estética (1), y sin dejar de manosear satenes mientras habla, dice que él busca en verano, delante de las flores, la *gamma* de tonos para sus trajes, y se queja con acento de amargura de encontrar en sus parroquianas cierta resistencia á aceptar el amarillo.—El amarillo, el más soberano de los colores, ¿verdad?—suspira dirigiéndose al pintor de la mujer elegante que allí se encuentra, y cuyo nombre murmura á las dos mujeres.

—El amarillo, el color predilecto del Oriente—responde el artista—ha de costarle á V. mucho introducirlo en el traje de la mujer occidental... y sin embargo, en el siglo XVIII estuvo un momento muy de moda el matiz *limón pálido*.

—¡Justo!—exclama Gentillat, volviéndose hacia el dependiente mayor, un guapo mozo, con el pelo cortado á lo York—¡justo! no hace ocho días que M. Cyprien, que está reuniendo una colección de libros sobre la moda, me trajo un tomito donde se describe un cuadro de Vanloo, en que Agar, la mujer de Abraham, ya saben Vds., lleva un corpiño de ese tono. Pero, hablando, hablando, me olvido... ¿La señora viene?...

—Señor Gentillat, vengo para

(1) «Estetizar» *esthetiser*, dice el autor. —(N. DEL T.)

que nos haga V... pero, lo que se entiende así, literalmente, una obra maestra... ¿comprendido, verdad?... La señorita Haudancourt, la nieta del Ministro de la Guerra... va al baile del Senado del 15... Es su primer baile... necesita un traje en que se lea la firma de V.

Gentillat se quedó en actitud pensativa, con el codo apoyado en una mano, y la barba en la otra, mirando á Querida, cuya figura estudiaba gravemente.

Duró bastante tiempo el examen, al cabo del cual el modisto, como bajo la inspiración del dios del gusto, insinuó en frases entrecortadas:

—Todo de tul... para una señorita no hay nada como el tul... cuerpo plegado con cuatro volantitos encañonados alrededor del escote... sí, en la inmediación del cútis, algo que se asemeje al cisne... Por detrás de la falda, paños de peplo de satén blanco con dos bellotas... dos bellotitas como un huevo de paloma... Ahora, en los hombros, un ramo de «no me olvides» y de violetas... Así es como veo yo á la señorita.

LIV

Días ocupadísimos los que siguieron: días consagrados á la prueba del famoso vestido, á sesiones de dos horas, al cabo de las cuales Querida estaba á punto de desfallecer, y volvía al hotel del Ministerio con algo de jaqueca, teniendo que esperar la hora de la comida echada en un sofá.

En primer término, una sesión á solas con la encargada del cuerpo. La oficiala entra con un pedazo de tela recia para modelar el busto, y empieza á cortarla sobre el cuerpo de la joven y á prender alfileres hasta encerrar en su armadura los contornos vivos de aquel pecho virginal, de aquellos hombros, de aquella espalda: cosa que hace con una exactitud en que parece complacerse amorosamente, y de modo que, al concluir, se lleva un molde perfecto del tronco juvenil.

Vienen luego las sesiones en que intervienen simultáneamente la encargada del cuerpo, la que se ocupa de los cogidos de la falda y de los detalles de la cola, la oficiala que entiende en la armadura de la falda, y en fin, la que corre con los alfileres.

El cuerpo se presenta cosido y emballenado, pero hilvanado nada más por debajo de los brazos y por los hombros; y una vez en su sitio, *ris ras*, la oficiala correspondiente deshace los hilvanes, rompiendo el hilo con golpecitos iracundos de los dedos, para juntar después los tro-

zos desunidos de modo que ajusten exactamente sin fuelles ni arrugas, y volviendo á prenderlos con alfileres, muy embebida en esa obra que calma y apacigua su viveza hirviente del principio.

Llega su turno á la oficiala de la falda, que ha de tablear esta última sobre la inferior de seda, y que, arrastrándose por el suelo apoyada en una mano y una cadera, gira y gira sin fin á los pies de la mujer á quien viste, envolviéndola casi con su eterna rotación de lisiada.

Quizá sólo en las modas, ese producto exclusivo del gusto y de los dedos parisienses, subsiste aún en París ese amor propio del obrero, ese sentimiento que se desvanece ¡ay! de día en día, ese sentimiento de noble orgullo que comunicaba á nuestra industria de otras épocas algo de la ambición del artista, que no miraba sólo al salario, y que, al confeccionar nimiedades peregrinas, pugnaba por acercarse á la perfección, y hacer alarde de una maestría consumada. A la hora presente, esa febril emulación de la obrita maestra hay que buscarla en los talleres de modisto, en ese pequeño círculo de mujeres de ágiles manos asociadas á las invenciones del principal. Salir airosas con su empeño, sacar un primor que posea casi las cualidades de un objeto de arte, hé ahí lo que las impulsa á trabajar á porfía, y sin cejar ni fatigarse un sólo momento, sobre todo, cuando la mujer es, como Querida, joven, guapa, elegante y parece «hecho de encargo,» como se dice en esos sitios, para significar que es una criatura divinamente formada.

Cuando parecía ya terminado el traje se presentaba Gentillat en el saloncito. Desde la puerta, casi á la distancia á que se mira un cuadro para juzgar del efecto general, inspeccionaba el traje durante algunos segundos con una mirada impasible en que nada podía leerse, y después de un silencio á lo Napoleón exclamaba: «¡No, no es eso!» y en un santiamén, con un pliegue por debajo de los senos, con otro cerca del sobaco, sin disminuir el escote, ni hacer más que modificar su ondulación, sus ágiles dedos lo transformaban todo, dando al cuerpo un carácter enteramente virginal.

Y con el mismo tejemaneje de dedos, cogiendo un instante el tul de la hombrera, aquel aéreo tejido que no ocultaba, que no velaba, que no disimulaba nada, envolvía púdicamente el sobaco con algo así como la caída de un ala blanca que colgase por encima del musgo de un nido.

Después pasaba de plano los dos pulgares por las costuras de las piezas de delante, de los costados y de

la espalda, cuyas uniones se hubieran creído perfectas, definitivas, y las soldaba poco á poco, no dejando entre ellas más que la juntura invisible existente entre hojas de papel pegadas de canto; y á todo esto prende que prende alfileres y más alfileres.

Un trabajo de yuxtaposición sobre los salientes y entrantes de aquel cuerpo, comparable al afinamiento de un contorno, laboriosamente perseguido por un escultor: obra que de vez en cuando suspende, y á la cual vuelve de continuo, estrechando y adelgazando la línea á fuerza de adherir y ajustar las piezas hasta un extremo que parece increible.

¡Los dedos, los dedos de aquel diablo de hombre, no es posible decir de lo que eran capaces ni encarecer el plegado que imprimían repentinamente á la tela que tocaban, ni la mágica visión que os ofrecían un momento de un remedo de traje, que parecía cosido y rematado, y que se deshacía en olas de tela en cuanto aquellos dedos aflojaban! Así, en el último instante, no encontrándose satisfecho aún de la forma de la hombrera, plantaba un puñado de tul sobre el hombro de Querida, y el tul, milagrosamente fruncido, dibujaba al través de sus dedos el abullonado y el bies de la más graciosa y casta hombrera que se ha visto en vestido de joven.

Mientras el ilustre Gentillat daba la última mano á la creación de ese vestido, que era la ocupación que absorbía el interés del taller, se entreabría de vez en cuando la puerta del saloncito, é iba oyéndose la voz de cada uno de los oficiales, que preguntaba con tono mimoso: «¿Se me permite ver?»

LV

La noche en que Querida debía hacer su aparición en los salones, el Mariscal, que aquel día había convidado á su mesa cuatro ó cinco antiguos compañeros de armas, rogó á su nieta se vistiese antes de comer, muy orgulloso de que la viesen sus convidados.

La joven, algo retrasada por la atención concedida á su tocado, bajó á las habitaciones de recibo, preocupada exclusivamente de la contrariedad de su abuelo, y sin fijarse gran cosa en su escote, en la exhibición de sus hombros y de algo del lindo seno naciente.

Pero las miradas que veía vagar por su pecho, cuando estuvieron ya en el comedor, la llenaban de zozobra púdica por su desnudez, y

durante toda la comida no hacía más que subirse las hombreras del vestido con una insistencia casi cómica.

Sobre todo aquel Fremichamp, aquel viejo verde, sentado en el extremo opuesto de la mesa, con el monóculo encajado en la órbita, no le quitaba ojo, y de cuando en cuando sonreía é inclinaba con ademán protector la cabeza como dirigiendo á sus hechizos una felicitación llena de gratos augurios para el porvenir. Querida se consumía de rabia al ver la fijeza de aquella mirada inquisitorial, decía al hombre en sus adentros todas las insolencias imaginables, y de buena gana le hubiese pegado.

Después, en el saloncito donde se tomaba el café, y donde se encontraba en medio de seis hombres, en el íntimo contacto que la estrechez del local imponía, experimentaba tal confusión viéndose obligada á lucir sus carnes desnudas que, so pretexto de que aquella noche no ardía la leña, se echaba un chal de seda sobre los hombros.

Una vez en el Senado, donde la escoltaba Mad. Tony-Freneuse, disipóse al punto la vergüenza que sentía, al verse en medio de una población entera de señoras y señoritas escotadas, y embargada por la emoción febril del placer se dejaba fascinar un minuto por el deslumbramiento del primer baile.

Pero luego, maquinalmente, dirigía los ojos á sus brazos, que siempre había visto cubiertos, y al encontrarlos desnudos, se le hacían tan largos, tan largos, que le parecían desgarbilados. También le parecía — cosa extraordinaria — le parecía que, al abanicarse, el abanico se encontraba mucho más lejos de su cara que de costumbre.

Un momento la distraía de su preocupación la petición de un baile que rehusaba, sin saber decir por qué... Pero casi enseguida volvían los ojos obstinadamente á los brazos, que trataba de disimular y tener lo menos posible á la vista, inventando ingeniosos escorzos; y pasaba toda la noche obsediada por la desconsoladora óptica bajo la cual veía su escote.

LVI

No sé quién ha dicho: «El amor es un episodio en la vida del hombre; es la historia de la vida de las mujeres.»

La naturaleza, en efecto, exije de la mujer que ame contínuamente; y puede asegurarse que no existe una criatura femenina que no

dirija sus afectos declarados ú ocultos, mientras vive, á un sér del otro sexo, próximo ó lejano. Jamás se encontraría vacío de amor su corazón, y á la que no tiene marido ó amante, ó carece de él por el momento, ó no es bastante crecida aún para tenerlo, nunca le falta un adorador, un adorador por lo menos, cerebral.

Encontráis el amor en la niña, en la mocita y en la verdadera mujer, bajo tres formas, tres manifestaciones, tres aspectos diferentes. Capricho en la niña, amorío en la polluela, elévase á verdadero amor en la mujer: amor de la cabeza y del corazón, completado generalmente por la satisfacción de los sentidos.

Amorío: hé ahí el verdadero nombre del amor en la muchacha de quince años, con toda la frescura, ingenuidad y angelical picardía que el amorío tiene. No hay ninguna otra cosa en el cerebro de la mozuela, y el pensamiento de la más pura, de la más casta, no se ocupa sino de eso, de nada más que de eso. Creéis que piensa en aquello con que sus dedos se entretienen, y está embebida en el recuerdo de un agraciado joven que encontró ayer y volvió la cabeza, ó en otro que le flechaba los gemelos la última semana en los Campos Elíseos, admirando su personita: porque en medio de las flores de los jardines públicos, bajo la sombra de los bosques de los alrededores de París, á la vista de esa naturaleza en que tanto aparenta recrearse, no mira ni siente nada; anda sólo en acecho de galanes «de buena figura».

Por lo común, la polluela se muestra sensible á la admiración del desconocido, del hombre que pasa, del transeunte á quien nunca volverá á ver, seducida por la impresión novelesca de ese cambio imprevisto y eléctrico de sentimientos que al azar provoca. Amoríos, por supuesto, en que no pasa nada, en que no se habla siquiera, ni se ven los enamorados sino en intervalos infinitos de tiempo, pero que cautivan su imaginación é interesan su corazón necesitado de latir.

Una curiosidad psicológica los tales amoríos—esos amoríos de ocasión, del propio modo que los que llegan á ser un poco más íntimos merced á las amistades y relaciones de los padres:—ninguno de ellos tiene nada de profundo; se abandonan y reanudan, se sepultan y resucitan de continuo; casi nunca se asocia estrechamente el deseo del matrimonio á la idea de la preferencia, ni siquiera está muy segura la enamorada de á quien prefiere. Se diría que aún alienta en su seno la niña, y que juega con el sentimien-

to, más deseosa de galanteos que de ser amada.

A esa hora de la vida lo que hay en la mujer, más que serio cariño, es en cierto modo un furor de inocente coquetería general, un estado singularísimo de mariposeo platónico, que á veces asombra á la veleidosa doncella y la hace enfoscarse contra la *locura de su corazoncito*, sin poder traerlo á razones.

Y ese afán de atraerse, con gracias y travesurillas encantadoras, una corte de adoradores entre todos los muchachos guapos que la rodean, ese afán dura hasta que se posesiona de ellas un verdadero amor.

Ahora bien: como para las parisienses de quince á diez y siete años, el amorío y el baile van generalmente juntos, ambas cosas se confunden de tal modo que á los ojos de las muchachas de ese tiempo la humanidad se resume en sus parejas de baile, en donceles que tienen el privilegio de ver idealizados en las figuras de un cotillón celeste, y por los cuales, si llegan á morir, se vuelven un tantico piadosas y piensan en rezar un novenario.

Un librito de memorias, que lleva por título: *Cuaderno de problemas*, pero que, en plenas matemáticas, contiene un diario íntimo escrito con lápiz en inverso sentido que los trabajos aritméticos, un diario de lo más rico que puede imaginarse en signos de admiración, en frases tachadas, en puntos suspensivos con los cuales se disimulan pensamientos que se ruborizan púdicamente de formularse, y sembrado además, al través de las páginas, de violetas, de pétalos de rosas, de briznas secas de reseda, de todo un herbario de dulces recuerdos, va á ofrecernos un año casi entero de ese estado de alma de Querida.

Mayo 18.—¡Estoy contenta! ¿De qué? No lo sé; creo que de ser joven y guapa.

13 *de Junio*. — Al fin estamos instalados desde esta mañana en una gran finca de Saint-Cloud; aunque digo Saint-Cloud, es enfrente, en Boulogne, á orillas del Sena, *boulevard* del Emperador. El abuelo anda muy atareado con sus asuntos. Este año no iremos al Muguet, y así estará más cerca de los Consejos mientras el Emperador se encuentre aquí. El abuelo me ha prometido que todos los domingos daríamos una comida y se bailaría después... Esta tarde le decido á dar una vuelta por el parque; encuentro á una de mis parejas del Senado; ha saludado, y se ha vuelto varias veces. Sigue mi dolor de cabeza. Me tambaleo y me acuesto. Buenas noches.

Jueves.—Se han olvidado de me-

ter el pajarín, y esta mañana andaba rota la jaula por el suelo. Gran sentimiento. Pero, en fin, está por los alrededores. Lo hemos visto y lo hemos oído cantar. De la canaria no hay noticias.

Domingo.—¡Vivo, vivo! Es hora de levantarse; la misa mayor es á las diez... Estoy disgustada; me he distraído continuamente, y no era, sin embargo, por culpa de los jóvenes. No había más que uno, y para eso ¡Dios mío, qué cabeza! Después de almorzar he estudiado al piano... He comido sola, y he salido á dar una vuelta con mi institutriz, pero me ha llevado por sitios solitarios donde no hemos encontrado un perro. No puedo dormir. A leer, pues. Empiezo la *Belle Drapiere*, de Elías Berthet. Ahí viene el abuelo, de palacio; apago la luz.

Miércoles.—Ayer se tocó. Es original el día que sigue á esas fiestas; no tengo humor de hacer ninguna cosa de las que quieren que haga, y me aburre la rutina diaria de la casa.

Sábado.—He ido á París para sacarme un infame diente de leche. Es ridículo á mi edad... Me han mirado mucho en el tren.

Domingo.—La locaza de Dangirard ha entrado en mi cuarto con una carta de Lucía Preandeau, y me ha dicho: «¿Sabes, Querida, que tienes un nuevo adorador? Adivina. Dice que está prendado de una adorable morenita que lo ha condecorado en el cotillón, y guarda la insignia como un tesoro precioso. Debe ser de Joyenvalle».

Domingo 28.—Julianito me ha confirmado lo que me dijo Germana Dangirard; hablándole yo de eso, aunque sin decir, naturalmente, el nombre de la persona amada, nos contó que le oía cantar á menudo una romanza en la cual se hace su retrato; el retrato habla, entre otras cosas, de «labios que atraen los besos». ¡Oh, oh, vea usted una cosa novelesca!...

Hemos acompañado á nuestros convidados al ferrocarril. Yo llevaba el impermeable y la capucha; noté que me sentaba muy bien, porque... Vaya, ¿á qué hablar de eso? ¿De qué me sirve?

Lunes, 6 de Julio.—¿Pero de veras habrá dicho eso? Cuando lo pienso, no puedo menos de sollozar. ¡Oh, Dios mío, es posible!

Domingo, 12 de Julio.—Después de comer, todo el mundo ha ido á dar una vuelta por el parque. Había mucha gente, pero pocos jóvenes, aunque de muy buena presencia; uno, sobre todo, no apartó los ojos de mí, mientras estuvimos paseándonos... En fin, hoy me he divertido; ¿á qué decir por qué? Yo me entiendo, y nadie ha de leerme.

Domingo, 19 de Julio.—¡Decidi-

damente, es muy entretenido este paseo del parque! ¡Oh, qué ojos, qué ojos!

Domingo, 26 de Julio.—He tocado para que bailasen una polka que me ha valido felicitaciones, y he bailado á mi vez un vals con M. Henry. Yo iba al lado de él, cuando lo acompañamos, y me aburría de andar sola; así que pretexté encontrarme fatigada. Me ofreció el brazo. Yo tenía mucho calor, y al pasar por el puente, me cruzó el chal sobre el pecho, temiendo que cogiese frío, y luego, queriendo ver si iba abrigada, me pasó la mano por la cintura y por el cuello. Me estremecí. ¿Tendré jamás un marido tan solícito? Se ha conducido como si fuese mi papá, ó mejor, mi mamá. ¡Qué hombrecito más raro!

Lunes, 27 de Julio.—No sé lo que tengo, pero estoy triste; creo decididamente que me... (la palabra escrita había sido borrada con un tachón muy negro); pero ¿quién, qué? Esa es la cuestión. ¿Es el Consejo de Estado ó la Escuela politécnica? La verdad es que es una diversión estar enamorada de trescientos jóvenes. ¡Qué atrocidad!

Lunes, 1.° de Setiembre.—¡Pero que perezosa soy! Ya hace mucho que te abandono, querido diario; y eso que desde Julio han pasado muchas cosas... y he podido comprender que no me he afeado, porque él me miró bien y prestaba mucha atención á todo lo que yo decía. Vengamos á cuentas: hay tres, por lo menos, á quienes gusto. Pero, ¿y dónde me dejo á Portelette, que ya se me olvidaba? Puede estar todo lo enamorado que quiera de mí; por mi parte, no puedo simpatizar con él. ¡Qué ordinario, señor! Prefiero un hombre distinguido, así sea más feo que los siete pecados capitales, á un hombre ordinario. ¡Uf, qué horror! No puedo decir todo lo que me repugna.

Sábado, Setiembre.—Me dicen que León Cochemer, el hijo del director del Colegio de la Ferme-des-Mathurins, ha hecho cosas muy feas. Me acuerdo que, cuando hacíamos nuestros trabajos en casa de su padre, y se sabía que estaba allí León, había algunas que pedían permiso para salir de la clase con el fin de ir á verlo. De niño tenía una cara muy bonita.

Jueves, fin de Setiembre.—¡Qué de prisa pasa el tiempo! Cuando llegamos aquí, todo estaba verde... Cuando se piensa mucho en una cosa, al fin sucede: M. Henry se casa... ¿Podré volver á leer sin reirme mi diario del 26 de Julio? Lo evidente es que él estaba muy afectado, y todo el mundo lo estaba un poco, y yo no fuí una excepción de la regla. Según Mad. Tony-Fre-

neuse, aunque hace muy poco tiempo que se conocen, M. Henry está enamoradísimo de su prometida. El dice que es muy guapa, que tiene un cútis muy blanco, y que el verde le sienta á maravilla. El hombre parecía otro; él, tan familiar, se había vuelto sumamente tímido. No se atrevía á acercarse; tuve que decirle que viniese á sentarse á mi lado, y aun así lo hizo lleno de cortedad. En fin, al marcharse, casi no se atrevía á darme la mano. Con ese motivo, yo le dije en tono de broma que estaba muy bien que no quisiese robar nada á su futura... Todo lo que acabo de escribir es de ayer; hoy no ha habido nada de interés.

Lunes, 3 *de Octubre.*—Hoy me he encontrado cara á cara con *Cielo Azul*. Y ahora veo que lo cito aquí como un antiguo conocido, olvidando que aún no he pronunciado su nombre en estas páginas. Pues bien: el que yo llamo *Cielo Azul* es un joven que vive en la finca contigua á la nuestra, y que hace esquina á la calle de la Mairie. Es de mediana estatura, de pelo más bien negro que castaño y ojos grandes azules. Le apunta el bozo. La nariz, entre paréntesis, es un poco larga. Posee un bote muy bonito amarrado á la orilla. Cuando está en el Sena, me mira, como quien no hace nada, por debajo de la vela; cuando está en su casa, y paso yo por delante, en seguida se pone á tocar el piano con todas las ventanas abiertas.

9 *de Octubre.*—Desde el 3, *Cielo Azul* pasa una parte del día delante de la casa. Ha arbolado mis colores en su pabellón.

Sábado, Octubre.—Creo que se ha marchado. La casa está cerrada. Sin embargo, ha quedado abierta una ventana y debajo de ella hay una silla con un par de remos. El bote sigue en su sitio, y en lo alto del mástil se ve una plumita como para decirme: «No me he ido aún.»

Lunes 17.—Aún no se ha ido. Hacia las cuatro, estando yo trabajando en la ventana, volvía á caballo y se detuvo para acariciar al animal, que empezó á encabritarse y á hacer corvetas.

Jueves 22.—Al pasar por delante de su casa, la institutriz puso un pretexto para hacerme apretar el paso, pero él corrió á la verja y no se marchó hasta que ya no pudo vernos.

Fin de Noviembre.—He vuelto á ver en la calle del Faubourg-Saint-Honoré á M. L., que ha estado lo más amable del mundo; algo más que amable debería decir. Sorprendí muchas veces sus miradas. Se bailó un poco. Después de invitar á la hija de la dueña de la casa, se

vino á mí inmediatamente, y como iban á tocar un vals, pidió unos lanceros, porque son de más duración... Me siento muy inclinada á amarlo, sí, demasiado... pero no, trataré de vencer este sentimiento; y eso que me agradaría bastante casarme con él. ¡Es tan guapo! ¡Tiene unos ojos tan expresivos, cuando habla! Pero no, no quiero pensar más en ello.

Hacia el 10 *de Diciembre.*—Lo he vuelto á ver, y está dicho todo. Sus ojos me fascinan. ¡Son tan hermosos!

21 *de Diciembre.*—Allí estaba esta noche. He bailado varias veces con él. Después se jugó á juegos de prendas. Los caballeros se colocaron entre las señoras. El me ofreció una butaca, que acepté. Había un sitio á mi lado, y se quedó de pie apoyado en el respaldo de mi butaca y mirándome. Esperaba una mirada que le dijese: «Siéntese usted ahí.» Pero yo logré contenerme. Con que se jugó, como digo, á juegos de prendas. Cuando sacaron la mía, y me preguntaron: «¿A quién da V. esto» (un beso)? respondí: «A Mad. Tony-Freneuse.» «¿Y á quien da V. esto» (un capirotazo)? «A Emilina Lauverjat.» Después de acabado el interrogatorio, me vuelvo y lo veo con el anteojo puesto mirándome de una manera que parecía decirme: «¡Maliciosita, ya me las pagará V.!» A la segunda vuelta me senté en el sofá, y él puso su silla tan cerquita de mí que casi estábamos tocándonos.

Viernes, 24 *de Diciembre.*—Vino ayer á invitarme para el cotillón, pero ¡ay! demasiado tarde. Se lo reconvine en los lanceros, y como al fin de la noche se encontró sin pareja para el susodicho cotillón, le proporcioné á Blanca Champromain. Me pasó la banda por la cabeza, y creí ver en sus ojos que pensaba en un b...

¡También yo he pensado!

Ultimo domingo de Diciembre.—Hoy he estado en los Campos Elíseos, y he visto á *Cielo Azul*, que se atrevió á saludarme... Rosalía me ha confesado que estaba aprendiendo á hacer labor de punto con la señorita de Montmelián, porque su hermano deseaba pedirla en matrimonio, y quería cerciorarse de que no le olía mal el aliento...

¡Qué desconsuelo! ¡No volveré quizá á la calle del Faubourg-Saint-Honoré! El abuelo no ve con buenos ojos que me encuentre á menudo con los mismos jóvenes... Yo no oigo más que alabanzas de él, y mis oídos las escuchan con satisfacción.

Domingo, 3 *de Enero.*—Ha bailado el cotillón conmigo, y me ha dado su ramo. Todos los demás caballeros dieron dos ramos, pero él

no dió más que uno, y á mí; por lo mismo, yo lo condecoré con mi color favorito: el azul. Una de las veces cogí una cinta; él también. Después me volví á mi sitio, y en seguida lo tuve á mi lado.

Jueves 7.—Si supiese V.—me decía Carlos Masselot.—¡La Escuela se encuentra desesperada!—Pero ¿por qué, Dios mío?—Pues se dice que este año no habrá baile en la Escuela politécnica, y por consiguiente, no veremos á V.—Pero, si no lo hay en la Escuela, lo habrá de seguro en las Tullerías.—No es lo mismo; á las Tullerías no vamos más que á cenar, excepto cuando está V. allí... ¡Oh, entonces!...

Domingo 10.—He vuelto á ver á *Cielo Azul.* No me ha olvidado; todos los días viene á los Campos Elíseos para encontrarme.

Miércoles 12.—A M. Lechasseux le parece que soy orgullosa y altanera; tanto mejor, eso deseo parecerle á él. Hardevilliers es encantador. Me ha presentado un monsieur Lamberton, de muy buena figura.

Viernes 29.—Ayer nos divertimos mucho en el Hôtel de Ville. No estábamos en la galería grande, pero iban á buscarnos nuestras parejas. En el momento en que yo valsaba con Carlos Masselot llegan dos parejas y nos tropiezan. Por poco no me caigo. El me levanta estrechándome entre sus brazos con un poco de fuerza, y al advertirlo, vuelve la cabeza y me mira. Yo hago como que pienso en el tropezón, y me echo á reir... Los politécnicos son encantadores. Tienen esa particularidad: que os aprietan bien y os miran mucho.

5 *de Febrero.*—Un nuevo adorador antiguo, Widerspach... Sé el triste fin de aquel pobre Lagardère. No hace un año que, bailando conmigo, me decía á propósito de un sermón á que yo asistí: «No, yo no voy á sermones, pero si tuviese la seguridad de encontrar un sitio junto á V., siempre que fuese no faltaría á uno solo.» ¡Y decir que ahora está dando cuenta de sus acciones y que sufre quizá mil muertes! Mañana le empezaré un novenario.

7 *de Febrero.*—Mi pelo, que antes era tan rubio, se vuelve castaño, casi negro, y eso me desconsuela.

Martes 9 *de Febrero.*—Había también un joven turco á quien gusté mucho y con quien bailé. Lo elegí en la figura de la *serpiente*, y en la *rueda* siento de pronto que me cogen suavemente por la cintura... Era mi turco. ¡Lástima que sea turco! Aparte de eso, es gallardo.

Sábado 21.—Mi corazón rebosa en afectos á que desearía dar rien-

da suelta. Siento necesidad de querer. Me hace falta un amigo... Tan pronto estoy triste hasta el punto de llorar—y entonces me engolfo en una novela—como estoy alegre y atropello á todo el mundo, empezando por Lina, que no se presta con mucha amabilidad á mis locuras. Otras veces me estaría horas enteras echada en un sofá pensando en él. ¡Hace tanto que no lo he visto! No hago más que pensar en ir á casa de los Erlanger, porque espero encontrarlo allí.

Domingo 7 *de Marzo.*—Salieron fallidas mis esperanzas, pero toda la noche he creído estarlo viendo, porque había un joven que se le parecía extraordinariamente. Bailé bastantes veces con él, y lo elegí en el cotillón... Esta tarde he ido á los Campos Elíseos con Julieta. Hemos visto á muchas de nuestras parejas, que nos han saludado. De repente me dice: «Querida, Querida, tu adorador tiene unas trazas singulares.» «¡Y qué!» le respondí con un tono glacial, que le hizo guardarse en seguida su ironía. Es verdad que no iba bien puesto, y que llevaba un sombrero que no era nuevo ya. Pero, en fin, con todo eso, no dejaba de ser él, y por nada del mundo consentiré que se toque á uno de sus cabellos.. Hoy me ha hecho reir mucho Clotilde: me decía que se casaba únicamente para que su madre no le hiciese acostarse todas las noches con dos pegotes de ternera en las mejillas, guantes aceitosos en las manos, y mecanismos en los pies para comprimirlos.

Lunes 9 *de Marzo.*—He estado en el sermón. El predicador ha dicho una cosa que me parece muy justa: que las jóvenes eran ángeles y los hombres egoistas que habían dejado un triste lote á la mujer en sus leyes.

Jueves 12 *de Marzo.*—Madame Tony-Freneuse lleva siempre corsés y faldas interiores de la misma tela y del mismo color, corsés y faldas de satén azul ó de satén rosa, ó de satén blanco, y hace que le pongan en los dobladillos de la falda interior bolsitas para llevar raíz de lirio. Es la primera que ha tenido en París la idea de esa moda.

16 *de Marzo.*—¡Oh! ¡qué airoso estaba ayer con su casaca y su calzón de terciopelo negro, con su chaleco blanco y sus medias coloradas! Con el pelo tan rizado, con sus ojos cariñosos y con su carita rolliza, el Príncipe imperial se parece algo á esos Infantes de España que se ven en cuadros viejos muy oscuros. Esto era en una función de niños en casa de la princesa Matilde. Subido en el escenario, después de la representación, entre los actorcitos que retozaban, esta-

ba muy serio, sin atreverse á jugar á causa del gran cordón de la Legión de honor que llevaba por primera vez... Pero eso no le impidió al picaruelo mirarme de lo lindo.

.....
.....
.....
.....
.....

26 de Mayo.—Tengo diez y seis años, y lloro mis quince. ¡Oh! ¡es que me he divertido tanto!

LVII

A los diez y seis años, sin ser precisamente hermosa, la nieta del Mariscal era una criatura adorable.

Apenas se dejaban ver, por decirlo así, sus facciones; desaparecían bajo la animación, la espiritualidad y el donaire parisiense de la fisonomía. Entreveíanse vagamente un fino óvalo de contornos delicados en las sienes y mejillas, una naricilla derecha con un achatamiento burlón en la punta y una boca bastante grande, cuya sonrisa descubría unos dientecitos diminutos nacarados. Los ojos no eran ni azules, ni pardos, ni verdes; eran color de *avellana*, de ese tono castaño indescriptible, que hacía lucir bajo sus copiosos cabellos y sus negras pestañas como una cálida claridad con irisaciones violáceas de cristal de roca ahumado.

Y piececitos delgados, y manitas un sí es no es regordetas, que conservaban el carácter de las manos de los niños, y menudencias de su persona, como las uñas y las orejas, que ofrecían en Querida un sér humano acabado, y no una mujer fabricada á la ligera por el Creador, como existen á docenas en este bajo mundo.

Querida era de estatura media y tenía los hombros caídos, tan caídos que, cuando iba escotada, para no encontrarse desnuda á lo mejor, se veía obligada á apretar el escote en términos que al otro día solía llevar señales de equimosis en los brazos; y con esos hombros caídos poseía un talle citado por los modistos y las modistas entre los dos ó tres talles célebres de París: un talle, no de los que parece que van á quebrarse, sino redondo, flexible, unido á las caderas por graciosos movimientos, que convertían en el más lindo espectáculo del mundo la vista de Querida, cuando subía una escalera, sin chal ni manteleta, balanceando á vuestra vista la ondulante y blanda ascensión de su esbelto tronco.

LVIII

La inteligencia de los ojos, la sonrisa comprensiva de la boca, la irradiación de la frente, las poseía Querida en supremo grado. La joven leía poco y no reflexionaba más que á ratos perdidos, pero vivía en esa atmósfera sutil, excitante, sugestiva, en que la mujer se instruye naturalmente y piensa con más despejo que en otras partes. De modo que lo que decía siempre resultaba discreto, y jamás se le ocurría una vulgaridad en presencia de los grandes acontecimientos ó de los sucesos conmovedores de la vida.

Querida no revelaba interés por las cosas enteramente superiores, pero tampoco seguía de una manera servil las admiraciones de la gran masa del público; la vida en común con personas de gusto le había dado cierta independencia artística y literaria, que la inclinaba á apreciar, si no las obras muy elevadas, por lo menos las distinguidas.

No era un gran cerebro—repitámoslo—y la belleza, la belleza de primer orden no dejaba en él una impresión excesivamente profunda; sin embargo, la comprendía un poco, no con las circunvoluciones cerebrales, sino—me atreveré á decirlo—sensitivamente, por medio de su delicado y susceptible sistema nervioso.

Lo que era verdaderamente genial en ella era la mesura en las relaciones sociales, un tacto de exquisita cortesía que la ponía á salvo por siempre de incurrir en una torpeza, en un descuido, en una singularidad chocante, una intuición, en fin, de los usos de la alta sociedad que parecía un verdadero dón de Dios.

En el fondo, Querida representaba intelectualmente el promedio ordinario de las jóvenes, pero con la comprensión á media palabra de la parisiense, con un ingenio aguzado por la esgrima de las conversaciones de los salones, con el prestigio engañador, en suma, de una inteligencia algo superficial y un poco á flor de cerebro. Y, si el juicio no fuese demasiado severo, diría que era la mujer *article-París*, un sér de gusto, con toda la monada de las chucherías que llevan ese nombre, pero también con una notita original de exotismo debida á su madre.

LIX

Pero no vaya á desdeñarse á Querida por esta definición, no vaya á creérsela indigna, ni mucho

menos, del amor de un hombre que se elevase algo sobre el nivel ordinario. Una mujer, ¿sólo merece ser amada, cuando es, cuando es... —califiquémosla sin respeto— una inteligencia *hombruna?* No, una mujer es harto más seductora para nosotros por cualidades femeninas de inteligencia, que no son las facultades del entendimiento masculino, por un ingenio alegre, por una ironía jovial, por una observación más fina que profunda, por una impresionabilidad soñadora respecto de todo medio ambiente, por palabras preciosas que responden á sensaciones privativas de su sexo, por traducciones imprevistas y originales de emociones, entusiasmos y antipatías; en resolución: por manifestaciones del pensamiento que participan algo de la gracia, de la gentileza y aun de la nerviosidad de su persona.

Y, por vida mía, ¿no es á veces hasta adorable en la mujer civilizada la ignorancia, sí, la ignorancia, con la linda interrogación ingenua de sus ojos?

Y, en puridad de verdad, ¿hay derecho para censurarla porque sea más admiradora de una flor que de la paleta de un colorista, y porque la impresione más hondamente la tristeza de un crepúsculo que la melancolía de las páginas de un libro de genio?

LX

Pero lo que Querida poseía ante todo era la aristocracia de la mujer, ese mérito por excelencia que pide la reunión de tan múltiples y varias distinciones.

No ponía mano en ninguna cosa que no quedase marcada con el sello de una elegancia superior á la elegancia de la común humanidad, y eso sin pretenderlo, sin quererlo, y de la manera más natural del mundo. Parecía como si concentrase en su persona la última palabra de la civilización más exquisita y todas las adquisiciones y selecciones de una raza maravillosamente perfeccionada. Esa gracia soberana no tenía, con todo, nada de la gracia del pasado; era completamente moderna, y aparecía en ese tipo perfecto como la reunión de todas las elegancias físicas femeninas del siglo XIX. ¿Se sentaba, andaba, dirigía una palabra á alguien? Pues su inmovilidad sus ademanes, su porte, su tono, revelaban una originalidad, una seducción, un encanto, procedente de alguna cosa que las demás mujeres no poseían. Y esa originalidad de la distinción se manifestaba en cosas morales, en mo-

vimientos inconscientes del alma, en la alegría, en la pena.

Querida no era la mujer igual á todas, Querida era el sér raro.

La aristocracia personal de la joven, aunque perteneciese á una familia de clase media, no tenía ningún parentesco con la aristocracia de esa clase, un poco tosca siempre y exenta de flexibilidad.

LXI

El pensamiento de la joven de diez y seis años jamás se dirige á su pasado, y se detiene muy poco en el presente; cuando no se halla distraído ó entretenido, ese pensamiento está por entero en el porvenir, en espera del azar desconocido que le reserva el año venidero, ó el posterior, ó el siguiente, en fin, en expectación casi temerosa de la revolución afortunada ó desgraciada que va á producir el matrimonio en su existencia; todo ello en medio de una emoción llena de ansiedad durante largos meses, y que tiene algo de las congojas de un jugador ante la idea de fallar una carta.

Querida era semejante en esto á todas las jóvenes de diez y seis años.

LXII

Besos en ambas mejillas entre graciosas ternezas, y luego charlas aproximando las sillas y tocándose casi en un rinconcito de la espaciosa estancia: cuchicheos entre suaves sonrisas, en medio de los cuales la que escucha, con ágil y certero movimiento, que es casi una caricia, da de vez en cuando un golpecito en la falda de la que habla para ahuecarla: la escena pasa en el Ministerio de la Guerra, en el cuarto de la nieta del Mariscal, donde se celebra la reunión de las amigas de Querida, que tiene también su día de recepción, un día de señoritas.

El mobiliario del cuarto, un mobiliario antiguo del primer Imperio, tiene todo el carácter del ajuar de un gabinete de doncella: sillones y sillas de caoba con almohadones de piqué blanco, donde se ven, bordados muy en relieve y también en blanco, cuellos de cisne cruzados encima de una gran inicial, que por una rara coincidencia resultaba ser una *Q*.

Las chicas elegantes están discutiendo un sombrero de Laura, que llevaba la semana anterior madame Tony-Freneuse, cuando una de ellas, una muchachita guapa é in-

dolente, con una boca de forma italiana cuyos redondeados ángulos dibujan siempre una sonrisa, deja caer blandamente estas palabras, complaciéndose en el relato:

—Escuchad... La última vez que se bailó en casa de Mad. Dasonville... no sabéis vosotras... oí al dominguillo de Vatinelle pedirle uno de sus guantes á Mad. de Lunezy... Le pedía eso con su ojillo bizco y con aquel parpadeo que tiene cuando dice majaderías empalagosas... El guante era lo que más deseaba de una mujer, era el molde y la impresión de su mano, un objeto que conservaba algo de la vida de sus dedos... Mad. de Lunezy se reía mucho, diciéndole que era un loco, y que no sabía por lo visto que se dirigía á una madre de familia... Una hora después se sentaba ella al piano y se quitaba, naturalmente, los guantes... ya adiviná is ¿eh? á dónde iba flechado el anteojo de Vatinelle... Por fin, la señora se levanta y deja olvidados los dos guantes... Un par de guantes, todo un par de guantes, eso no suele verse en una colección de prendas amorosas, ¿verdad?... parecería que se había comprado un lote en una venta... Así que el pobre Vatinelle permanece perplejo... Por fin, llega la hora de marchar... Mad. de Lunezy vuelve al piano y coge uno sólo de los guantes... Vamos á ver, ¿no era ya claro como la luz del día que le daba el otro?

—No hay como Anita para ver cosas allí donde nosotras no vemos nada—dijo una vocecita de acento infantil y malhumorado.

Se volvía de nuevo al sombrero de Mad. Tony-Freneuse, cuando una chiquilla diabólica, con la facha más desencuadernada del mundo, que hacía rato estaba riéndose de una cosa que recordaba, exclamó:

—¡Vaya!... es imposible que me guarde esto para mí sola... tengo que contároslo al oído... ¿Conocísteis á Elenita Brebión?

—Sí—contestó Querida—la que nos daba algodón en el colegio á cambio de perlas, diciendo que era *algodón del serrallo*, y era el algodón con que se rellenaba su madre... ¡Ah! ¡Ya era una buena piececita!

—Bueno. Pues esa es la que acaba de casarse con el estúpido de Montmelián... Y veréis, algunos días después del matrimonio... su suegro, que es sordo como una tapia... la acompaña á hacer la visita de bodas á una hermana de él... Ahora resulta que esa hermana, una solterona, se encuentra aquejada de un padecimiento raro... creo que los médicos llaman á eso una *timpanitis*... Sí, la pobre mujer produce á cada paso ruidos sospechosos, sin darse la menor cuenta.

—¡Uy qué sucia!... ¡Qué Germana ésta!—exclama una mozuela con entonación americana.

Germana sigue imperturbable.

—Con que el hermano y la hermana se ponen á hablar de negocios, del testamento... y la hermana, muy engolfada en detallar las disposiciones que deja á favor de su sobrino, del marido de la visita... sin dejar de salir á cada paso con sus... ya me entendéis... con sus sonoridades... y el suegro sin oír nada... y la muchacha reventando de risa... De manera que el suegro, muy preocupado, no cesa de repetir durante toda la visita: «Pero ¿qué tiene que reirse así la niña, cuando hablamos de cosas serias?»

La pequeña tertulia se retuerce, acometida de una de esas inocentes y avasalladoras hilaridades que las historietas inmundas tienen el privilegio de provocar en las mujeres aún niñas, y en las de más distinción.

En medio de la hilaridad general, entra una jovencita de cara melancólica.

—¡Calla! Georgina... ¿De dónde viene tan tarde Georgina?—exclama en coro el círculo juvenil, con lágrimas de risa en los ojos.

—¿De dónde vengo?...—dice la joven con acento triste.—Del convento de las Carmelitas... de ver á Julia Cherizey... ¡Ah! Causa un efecto extraño hablar con una persona querida que se encuentra separada por una reja y una cortina... y que os habla arrodillada... Esperé mucho tiempo en el locutorio, mucho tiempo... y cuando llegó me dijo: «Hoy es día de recreo: limpiamos de orugas los groselleros, y por un favor especial se nos permite quitarlas con un palito.»

LXIII

Entre las jovenes con quienes el comercio social ponía en contacto su existencia, Querida tenía dos amigas más íntimas que las otras.

Era la primera Julieta Tony-Freneuse, la hija de la mujer de moda que servía de rodrigón á Querida, y con la cual pasaba casi todas las noches.

Tenía ésta en los ojos el azul claro y frío de los del grajo, cabellos rojizos, talle envarado, movimientos desairados, que hacían parecer de un corte viejo sus vestidos, y una expresión indescifrable en el rostro, hundido siempre en sombrerones que le comían la cara. Esa joven, envidiosa de la belleza y de la arrogante figura de su madre, parecía una mosquita muerta, pero

era una burlona feroz que no respetaba nada y se ensañaba en sus sarcasmos á sangre fría con la seriedad implacable de un pedantuelo que se bromea con un pobre hombre. Su existencia era la burla fabricada con todas las ironías, desde la ironía bestial de plazuela hasta la más fina y delicada, y burla en un lenguaje acompasado, medido, con expresiones friamente meditadas, que descubrían una despiadada observación.

La segunda amiga, Georgina de Suzange, que había conquistado un puesto mayor y más profundo en el corazón de Querida, era una compañera de primera comunión.

Ojos azules, del azul sombrío de un pensamiento, cutis de una blancura particular, que á la luz artificial adquiría una palidez de luna, fisonomía en que se destacaban ojos tristes y una boca sonriente: tal era el retrato de esa joven tierna y soñadora.

Julieta Tony-Freneuse, que la detestaba, la ridiculizó en sociedad con esta frase: «¡Ya sabes, la señorita que quiere casarse con un hombre de talento!»

LXIV

Entre las otras jóvenes que había acercado á Querida el trato social, algunas ofrecían tipos originales de parisienses.

Germana Dangirad, hija de un refrendario del Tribunal de Cuentas, era una mocetona de cinco pies y medio, muy gruesa, muy fornida, muy colorada, sanota hasta un extremo repulsivo.

No tenía más que diez y siete años, pero representaba veinticinco, á pesar de haber conservado todas las chiquilladas de la primera edad, de brincar por encima de los muebles y de sentarse en el suelo en medio de la alfombra, para jugar con un perro, el día de su primera visita á una casa.

Esa niñona descomunal tenía también una lengua abominable. Desnaturalizaba todas las palabras de su vocabulario predilecto con extrañas terminaciones, y aderezaba su charla con locuciones nada propias de una señorita. En aquellos años en que el *gniouf gniouf* de Grassot, el repertorio de Teresa, las incongruencias chocarreras de los Bufos y las tonadillas de los cafés cantantes habían penetrado en el interior de las familias de la clase media y sazonaban sus expansiones íntimas, la jovial chicarrona vulgarizaba en los rincones de las tertulias esas humoradas sin pies ni cabeza, salpimentándolas á veces con una sarta de patochadas de su propio magín.

La señorita Andrea Cheylus, á quien hacía pasar por tísica el médico de la familia, con la esperanza de que su madre, una viuda que no amaba en el mundo más que á su hija, se la diese un día en matrimonio como el único hombre capaz de conservarle la vida, la señorita Andrea Cheylus tenía una naricilla, una boquita, unas facciones que parecían hechas de menudencias, y una voz que era un soplo. Si despegaba los labios para decir más de cuatro palabras, la gente se sorprendía, y entonces la joven hablaba tan quedito, que su voz podía tomarse por el eco modulado de palabras pronunciadas en la alcoba de un enfermo. ¿Hacía un ademán, un verdadero ademán? Eso era ya cosa de milagro. Durante una hora conservaba la misma postura, sin que la vida de su cuerpo alterase un pliegue de su vestido, contentándose tan sólo con dirigir de vez en cuando hacia adelante algo de su mirada, velada por párpados semejantes á los que pone Overbeck á los personajes arrodillados.

En ese inmóvil recogimiento, parecía la heroína de una vida muerta y sumida en bienaventurada paz, ó una cuitada princesa de libros de caballería, esperando con tranquila confianza al generoso y enamorado libertador.

La vida de la señorita Cheylus se deslizaba en medio de una especie de sonambulismo, que era una mezcla original de distracciones naturales y absorciones de comedia, una amalgama de ensimismamiento y de atención vigilante, una abstracción, en fin, entre real y artificial, en cuyo fondo velaba la taimada, espiando y sorprendiendo cuanto pasaba en torno suyo.

Linda, pero en el tipo de lo infinitamente pequeño y á la manera de una reducción, su figurilla se asemejaba un poco á la silueta lamida y angulosa de la virgen gótica, que siempre llevaba á la mano en un cofrecillo, cuando iba de viaje.

En el fondo, bajo esa apariencia de víctima, poseía una voluntad de hierro, al par que ocultaba la marrullería de un venerable consejero áulico bajo su aspecto interesante de falsa tísica.

Clara Dapogny, una rubita bastante agraciada, era en los salones el tipo y personificación de la señorita-actriz. Todas sus actitudes, sus posturas, sus movimientos, sus maneras de decir, parecían tomadas del teatro. Os daba la mano arqueándose á imitación de Mme. Plessy, y, cuando entraba en un salón, enderezaba el talle, levantaba los párpados y mudaba artificialmente el semblamte, imprimiendo á su cuerpo y su rostro esa explosión repentina y ficticia de vida y amabilidad

que se observa en las cómicas al traspasar los bastidores.

Siempre estaba en escena, como si se encontrase representando sobre las tablas. Y no le divertía nada más que el teatro, ni leía más que obras teatrales, y hasta poseía un talento bastante distinguido como intérprete.

Emelina Lauverjat, un excelente corazón, pero una criatura con músculos de hombre y con unos brazos como palos, tenía afligida á su madre por su afición á los ejercicios masculinos.

Si en un paseo campestre atisbaba un nido en la copa de un árbol, ya estaba mi joven quitándose las enaguas apresuradamente, recogiéndose el vestido entre las piernas con un alfiler y encaramándose en las últimas ramas. ¿Pasaba por una dehesa donde pastaban caballos de labor? Pues cátate á la chica, montándose de un brinco en un potro, galopando en pelo y vociferando como un carretero. En fin, no era dueña su madre de hacer una reparación en su hotel ó en su casa de campo, sin que se viese á Emelina amasando yeso con los albañiles.

Anita Malhotier, hija de un distinguido pedagogo que se había casado con su lavandera, era una muchacha bien parecida, de tez de un sonrosado pálido, de labios carnosos entreabiertos blandamente sobre el marfil de unos dientes de pala, de ojos soberbios guarnecidos de pestañas de animal, de pestañas duras semejantes á alfileritos negros y que no envolvían sus miradas en velada penumbra.

Tenía un semblante soñoliento, la apariencia letárgica de esas naturalezas de mujer que se llaman *aguas muertas*, y á veces casi espantaba á consecuencia de una especie de automatismo de los ademanes y movimientos en que se reconocen las modernas Pasifaes.

Adivinábase que esa joven era sensual de los pies á la cabeza: bastaba ver la manera cómo comía *foie gras* sin pan. También, cuando sorprendía frases picantes en una conversación entablada cerca de ella, dilataba una sola ventana de la nariz, una dilatación singular rarísima. Siempre estaba ociosa: no leía, no tocaba, aborrecía los trabajos de mujer, y se pasaba la vida muy metida en sí, en una inmovilidad sólo interrumpida á veces durante un segundo, por un temblor casi invisible de los labios, reflejo de una sensación interna repentina.

Como era sumamente miope, siempre gastaba lentes, y con su miopía os ponía en un aprieto acercándose á vosotros hasta rozaros y clavándoos descocadamente

la mirada escrutadora bajo la salvaguardia de los anteojos.

Por supuesto, á pocos años de allí, y casi inmediatamente después de su matrimonio, la mujer de la sociedad elegante descendía de escándalo en escándalo á la condición de loreta.

Blanca Champromain, un renacuajín que tenía el semblante cariacontecido de los niños que están echando los dientes y esos ojos como llenos de arenilla de las niñas que se están cayendo de sueño, parecía con su corto talle y sus canillas de perrito raposero esas mujercitas fantoches cromolitografiadas en las cajas de cerillas.

Luisa Neviance ofrecía una mezcla de viveza y de gracia, una sana jovialidad, una honrada y franca coquetería, una valentía de sentimientos nada común, con una buena dosis de esa deliciosa injusticia de las mujeres apasionadas para todas las personas que no son de su devoción, y con una voz una chispita nasal que, aunque parezca increible, adquiría por esa circunstancia un encanto suave y velado.

Lucía Preandeau: talle de 47 centímetros, y trajes de última novedad.

Delicada criatura de ideal apariencia, y bautizada en los salones con el sobrenombre de *la Distinción* atacada en ciertos momentos del día, sobre todo después de comer, de accesos febriles especialísimos, que se traducían en risitas infantiles, en chillidos insensatos, en estolideces llenas de exaltación, en un furor imbécil de cosquillear á alguna amiga, en un revoltijo frenético de una baraja de naipes durante una ó dos horas. Después de lo cual, esa efervescencia cedía de repente, la muchacha volvía á quedarse tan formal, desaparecía un momento y volvía á aparecer á los pocos minutos, con un libro de misa encuadernado y dorado por Gruel, y se iba á una salve ó á cualquier otra cosa que hubiese en una iglesia.

Una cabeza, lo que se llama una cabeza á pájaros, donde jamás, jamás había hecho asiento una idea, y una lengua que, desde que la mujer se hallaba en edad de pensar, sólo estaba expedita para ocuparse de cosas absolutamente materiales, y eso con exclamaciones, admiraciones, suspiros y lamentaciones siempre á vueltas con la gentileza y hermosura.

Cuando no salía por la noche, se estaba en la cama frotándose las uñas con una piel hasta las dos de la mañana.

En el número de esas jóvenes con quienes Querida estaba en relación, figuraba una americana, Diana Peterson, cuyo ingenuo semblante

conservaba algo del encantador asombro de los ojos de la infancia, y cuyo cutis poseía esa láctea blancura, orgullo secreto del hijo del Nuevo Mundo, que se precia de blanco entre los blancos de la tierra.

Diana Peterson tenía la animación física, la gracia desenvuelta y conquistadora, la virtualidad de coquetería de una raza joven: un diablejo muy divertido, con una indolencia pasmosa para aprender el francés; de donde resultaba que la seductora extranjera, residente años hacía en París, era una interlocutora que no os respondía más que con la expresión inteligente é insinuante de lindas sonrisas.

LXV

Pero entre los conocimientos de Querida había una joven, una recién casada—la mujer de M. Malvezin, el secretario particular del Ministro de Instrución pública—que empezaba á ejercer sobre la nieta del Mariscal un influjo deletéreo, un influjo que debía crecer diariamente, gracias á la comunión de las dos amigas en el espiritismo, de que se declaraban apasionadas adeptas.

Susana Malvezin, la poseída, la desequilibrada, ofrecía el tipo más perfecto de la enferma moral del siglo XIX, tipo que presentaron dos ó tres mujeres del mundo oficial del Imperio.

Una fuerza misteriosa la impulsaba invencible y fatalmente á lo excéntrico, á lo raro, á lo malsano, á cuyo dominio llevaba, no obstante, un sello original, personal. Porque Susana Malvezin tenía una inteligencia poco común y nutrida por inmensa lectura, la lectura de todos los libros posibles, si bien con su espíritu pesimista, ella no había extraído de todo ese bagaje más que las amarguras, irreverencias y blasfemias que encerraba, ni sacado á la postre sino un excepticismo de viejo, que hacía complacerse á la joven en las teorías del nihilismo, y afirmar entre dos bostezos esplenéticos de su linda boca que no hay bien ni mal, ni vicio ni virtud. Con ese excepticismo asociábase á la sazón por singular contraste una fe exaltada en las mesas giratorias, una especie de religión neurósica, á que la joven se entregaba con la fácil credulidad de una *cocotte* en achaques milagreros.

Aquella cabeza estaba atestada de ideas tan antinaturales, tan desarregladas, tan chocantes, tan incongruentes é inconexas, que su conversación era casi siempre un escarceo insoportable, acompañado

de gestos sin relación con las palabras, y entrecortado por silencios repentinos, durante los cuales se encontraba uno de improviso frente á una cara inanimada, desvanecida, que os sonreía vagamente.

Devoraba su vida entera una actividad febril, sorda, concentrada, disimulada bajo la tranquilidad de las líneas generales de su cuerpo inmóvil, pero que delataba al fin de cada día el completo deterioro de los pulgares de sus guantes.

¡Cómo expresar bien la demencia de la coquetería de esa joven singular! Parecía empeñada en rebuscar efectos raros y terroríficos, pormenores de aderezo espectrales. Con auxilio de la belladona obtenía dilataciones de las pupilas que llenaban el espacio entero de los ojos de un foco difuso sin punto luminoso, y despojaban á la mirada de su carácter humano. Y con el humo de una bugía recogido en un plato de plata se afanaba por dar á su rostro encantador un aspecto afrodisiaco y cadavérico como de enferma escapada del hospital con cierto aire á la vez de novilla de lo más estrafalario y alarmante: un rostro que no trataba ya de despertar el amor, sino que parecía querer encender pasiones de ultratumba.

Criatura enigmática, así en lo físico como en lo moral, esa jovencita se comía á bocados los limones, y se alimentaba á más de eso de confites, de licores y de productos farmacéuticos, sobre todo de láudano, del cual se bebía dedales de oro casi llenos.

Como complemento de esta higiene, Susana Malvezin pasaba una parte de su existencia dentro del agua helada del más gigantesco de los *tub*, remojándose con fruición las carnes algo amoratadas, bien así como los terribles y graciosos monstruos femeninos forjados por la mitología escandinava.

LXVI

En los días de invierno de aquellos años de 1867 y 1868 todo eran bailes y más bailes, y apenas faltó á uno Querida.

Bailes de las Tullerías, en el primero de los cuales el vestido rosa guarnecido de plata de la joven causaba sensación, al par del vistoso vestido encarnado de la princesa de Metternich, al par del vestido de la señora de Korsakow, con su cinturón formado por un rosario de esmeraldas del tamaño de un huevo de paloma.

Bailes oficiales: bailes del Ministerio de Estado, en donde Querida se encontraba con la princesa de

Sagan, las señoras de Pourtalès, de Chasseloup-Laubat, de Leopold Magnan, la condesa de La Ferronays, la condesa de Mercy-Argenteau, la marquesa de Cadorre, la condesa Walewska, la baronesa de Boigne y su hija, la señorita Heckeren, la condesa de Bastard, la vizcondesa de Aguado, la princesa de Alsacia de Hénin, las señoras de Janzé y de Halphen, la baronesa de Rothschild, la duquesa de Fernán-Núñez y su hija, la marquesa de Lima, la duquesa de San Cesarino, la señora de Haritoff y lady Tempest; bailes en casa de la baronesa Haussmann; domingos *dansant* en casa de la señora Troplong, y todavía los bailes entreverados de *converzatione* y de lecturas del duque Tascher de la Pagerie.

Bailes de la alta sociedad parisiense: bailes de la duquesa Pozzo di Borgo en su hotel de cuatro salones y galería blanco y oro; bailes de la marquesa de Lillers; bailes de la marquesa de Aoust, á que acudía el barrio de Saint-Germain, y en cuyos cotillones, dirigidos por M. de Barbantane, rival del marqués de Caux, se introducía por primera vez el *paso del dominó;* baile de la marquesa de Castellane para inaugurar su nuevo hotel, barrio de la Emperatriz; bailes de las señoras de Greffulhe y de Chanterac; baile de la condesa de Kersaint; baile de la condesa de Nugent; bailes de la señora de Moitessier, madre de la encantadora marquesa de Flavigny.

Bailes de las familias extranjeras: baile de la señora de Algara en su hotel de la calle Blanca; baile de la señora de Louchet de Willork en sus salones de la avenida de los Campos Elíseos; baile de los señores Macokomb; baile de la señora de Ridgway en su hotel recién edificado de la calle Francisco I; baile del señor Werbruck, donde toda la colonia americana está representada por sus más lindas mujeres: la señora de Thompson, la de Clay, la de Spencer y su hija, la bella señorita Maden y la arrebatadora señorita Farnell; baile de la señora de Hoffman, mujer del primer secretario de la legación de los Estados Unidos.

Bailes especiales de señoritas: los de los sábados de la señora de Larbre, la graciosa criolla y mujer de uno de los directores del Ministerio de Marina; los de la marquesa de Aoust, de la marquesa Mortemart, de la marquesa de Moustier, cuyos grandes bailes alternaban con los bailecitos de *blanco;* los de la condesa de Caraman; el del marqués de Talhouët, uno de los más encantadores que se consagraban á las muchachas, y el de la condesa de

Cossé-Brissac, centro de reunión de las jóvenes del barrio de Saint-Germain.

LXVII

Hacía gracia de veras el bueno del Mariscal con su adoración fanática de Querida: «¡Mi nieta, oh, mi nieta!» decía á veces; y después de una oración interior en honor de su gracia, de su belleza, de su ingenio y de su originalidad, concluía con esta frase pronunciada en alta voz, sin dirigirse á ninguna persona: «En el fondo, yo no soy más que un viejo soldadote.»

Su nieta le parecía una criatura hecha de distinta carne que la suya, un sér de una naturaleza superior, y para él no había nada bueno más que lo que hacía ó decía Querida. Se inclinaba ante sus voluntades, deseos y caprichos, sin que la joven tuviese que molestarse mucho en defenderlos. Guardaba en reserva perdones, indulgencias y complacencias inagotables. Aun las cosas que en su fuero interno estimaba algo excéntricas en una joven, bastaba que ella las hiciese para que se trocaran á sus ojos en cosas naturalísimas: ¡era tan diferente de las demás su nieta! ¡estaba dotada de prendas tan singulares!

Así, en aquel tiempo en que una joven soltera apenas se arriesgaba á lucir una joya de marquesita, ni se atrevía á llevar una pluma más que en un sombrero de ala, ni podía usar la seda y el satén, sino sólo la tarlatana y el tul, Querida tenía permiso para vestirse como una mujer casada, sin más cortapisa que el uso de los diamantes.

En la apasionada paternidad de aquel soldado campechanote había á todas luces algo de la fe estúpida de un hombre perdidamente enamorado de una mujer, cuyas palabras encantadoras y cuyas seducciones personales, según la locución vulgar, tienen el poder de hacerle ver lo blanco negro.

He aquí la escena que había pasado la víspera entre el abuelo y la nieta. Un poco por verla y un mucho por obligarla á acostarse á una hora prudente, el Mariscal le hizo prometer que entraría á darle las buenas noches al volver del baile, siempre que fuese sin él. Como el Mariscal tenía el sueño muy ligero, bastaba que Querida rozase con las uñas su puerta para que él gritase enseguida: «Entra, hermosa.»

Entró, pues, la muchacha con su bujía, á cuya luz vió el Mariscal el reloj, y empezó á refunfuñar:

—¡Las cuatro!... Ya sabes... no debías pasar de las tres.

—¡Las cuatro!... ¡Las cuatro!...

¿Dónde has visto tú eso, abuelo?... por fuerza estás medio dormido.

Diciendo así, se dirigió al reloj, y abriendo el cristal, dió una vuelta entera hacia atrás al minutero, exclamando: «Vamos, mira bien... ¡No son más que las tres!»

Todo eso hecho con una monería tan graciosa, y queriendo decir tan claramente: «¡Abuelo, para tí será la hora que yo quiera!» que el Mariscal, entre dos besos de la picaruela, aceptaba, sin volver á despegar los labios, la hora y la singular manera de poner corriente el reloj.

LXVIII

Si por caso extraordinario hallaba alguna resistencia á sus deseos, Querida sabía un medio infalible de arrancar la concesión á la debilidad bondadosa del Mariscal.

Los militares viejos que tienen una hija mayor disfrutan de un goce especialísimo viéndola montar á caballo en su compañía, un goce que se asocia á la emoción del padre el orgullo del soldado. Los embelesa descubrir en aquella hija suya, en la débil y tímida criatura montada en un caballo rozagante, algo de su propia valentía, y es interesante sorprender la mirada ufana al par que inquieta en que envuelven á sus audaces vástagos ecuestres.

Cabalgando al lado de sus hijas, los cuerpos achacosos de esos padres se yerguen con arrogancia como si recuperasen su juventud; hasta se les ve el sombrero un poquito ladeado con el aire de perdonavidas de sus mocedades, allá cuando eran subtenientes.

Así que nada puede dar idea del buen humor del Mariscal, cuando arrancaba á Querida la promesa de un paseo por el Bosque á la mañana siguiente.

Y ese día, esa mañana risueña, cuando la joven aparecía tan esbelta con su amazona, y con aquel sombrerito de copa alta que le daba cierto airecillo de mancebo travieso; cuando los dos caballos trotaban juntos y Querida se volvía al Mariscal un poco rezagado para dirigirle su petición con voz ligeramente jadeante, y con miradas y sonrisas que volaban de su velo azul como transportadas hasta él por el viento de la carrera, el abuelo no se sentía con fuerzas para negar nada de lo que le pidiese la aérea amazona.

LXIX

Era en el despacho de Siesmayer, el famoso horticultor de Versalles.

En las paredes, cubiertas de un papel alfónsigo con dibujos grotescos de color amaranto, se veían:

Un diploma de la Sociedad de Agricultura de Soissons.

Un mapa de Francia con el trazado de los ferrocarriles.

Un almanaque inglés: *Gardiner Chronicle Almanach*, 1867.

Un barómetro en una caja octógona negra.

Una cromolitografía puesta en un marquito de madera blanca barnizada, y que representaba un tronco de árbol de flores, con este letrero por debajo: *Ceanothus Marie Siesmayer.*

Un jarrón moderno de Sèvres, color azul, premio de un concurso floral, y donde se veía un medallón en que Venus azotaba al amor con una rama de rosal.

Una caja de seguridad coronada por un Bottin, sobre la cual había un tarro viejo de mostaza con un ramo marchito.

Una mesa con un montón de facturas sostenidas por un sujeta-papeles, que era una concha de fundición.

Una estantería acristalada llena de una colección de los *Buenos Jardineros* y de un diccionario de Larousse, con los tomos hundidos acá y allá por gigantescas manzanas y monstruosas peras, figuradas con toda exactitud en cartón coloreado.

Aunque sin mirarlos gran cosa, Querida tenía puestos los ojos en el *Gardiner Chronicle Almanach,* el *Ceanothus Marie Siesmayer*, las manzanas monumentales, etc.

Su abuelo la había llevado para que viese la rica colección de rododentros de Siesmayer, que estaba entonces en plena florescencia, pero la lluvia que caía los echaba del jardín y los tenía emparedados en aquel infame gabinetillo con una vieja que había ido también á ver los rododendros, una vieja que el Mariscal parecía conocer un poco y que iba acompañada de su hijo, un joven ni feo ni bonito.

Otras veces iban al salón de M. Joli-Adam, un notario de la escuela antigua, residente en un barrio del París viejo.

Allí se veían maderas blancas, inmensos armarios de legajos con alambreras y cortinillas verdes, y en la abertura de sus arcos, que llegaban al techo, bustos de filósofos antiguos hechos en yeso imitando á bronce.

Una gran mesa oblonga con tapete verde gastado á puro de contar encima de él monedas de cien sueldos.

Sillones de cerezo tapizados de terciopelo amarillo de Utrecht, y delante de cada uno, ora un cojinete adornado de rosetones, de á 1, 75 francos, ora una escupidera llena de aserrín.

Sillas de cerda negra con la lira de Apolo en el respaldo.

Una chimenea, sobre la cual había dos lámparas Cárcel, de tiempo inmemorial, y entre ellas una litografía con un marcucho negro colocado dentro del espejo, y que representaba el retrato de Dionisio de Villiers, *decano de los notarios*, pintado por Roberto de Lefèvre y litografiado por Mauzaisse.

Aunque sin mirarlos gran cosa, Querida tenía puestos los ojos en los bustos de los filósofos, en las lámparas Cárcel y en el *decano de los notarios*.

Mejor hubiese querido ella quedarse á la puerta en el coche, pero el abuelo insistía en que entrase. El buen Joli-Adam, en cuanto se veían, lo mareaba para que le enseñase la nieta hecha una señorita, y no era posible que lo privasen de ese gusto; además, sólo le diría una palabra, y no harían más que entrar y salir.

Pero resultaba que el notario estaba ocupado con un cliente que no acababa nunca, y tenían que esperar mucho tiempo en compañía de un viejo que el Mariscal parecía conocer un poco, un viejo muy amable acompañado de su hijo, un joven ni feo ni bonito.

Al salir del despacho del horticultor, al salir del salón del notario, el Mariscal decía á su nieta:

—¿Te has fijado en el joven que estaba ahí?

Querida respondía á esa pregunta con una sonrisa de una malicia encantadora.

—Vamos á ver, ¿qué te parece?

—Yo no quiero casarme.

—Bien, pero si...

—Pues no quiero casarme, señor abuelo.

LXX

Querida decía la verdad.

La jovenzuela, mimada por sus padres, bien hallada en su familia, y en libertad de disfrutar de los placeres del mundo, no siente prisa por casarse. Desconociendo aún la pasión y los afectos violentos, encuentra muy agradable ese ligero y corriente coqueteo; con las inclinaciones que despierta en torno suyo, encuentra muy dulce ese reparto de sí misma entre las adoraciones de todos.

En el fondo, esa tierna titilación de su corazoncito, que no la arrebata á los besos de sus ancianos padres, que no la arranca brutalmente de su casa, de su cuartito y de sus hábitos virginales, que no trastorna de arriba abajo su vida; ese halagador cosquilleo le basta cum-

plidamente, y es acaso á esa edad de la mujer toda su concepción del amor.

Aun sintiendo cierta preferencia por alguno de los jóvenes á quienes trata, no se ofrece el matrimonio á su espíritu como un corolario del amor. Lejos de eso. Recuerdo á este propósito que en una representación de *Filemón y Baucis*, en la Opera Cómica, oí exclamar en alta voz á una muchacha de trece años: «¡Es ridícula de veras esa historia de personas que se aman después del matrimonio!» Y lo que decía esa niña era la conclusión lógica, rigorosa de lo que había leído. Porque en los libros, y en los libros que se permite leer á las jóvenes, ¿habéis visto jamás que se hable de amor entre marido y mujer?

Hoy las jóvenes de tres ó cuatro años, más que la chiquita de la Opera Cómica y de una posición elevada, experimentan mayor resistencia que otras hacia el matrimonio. Viven en un perpetuo recelo, temiendo ser cortejadas y pedidas por su fortuna, por su posición social. Piensan en tal amiga, cuyo marido se le ha comido el dote á los dos años de casados; en tal otra, abandonada ya por el suyo; en ésta, unida á un joven que había abusado mucho de la vida, y que al cabo de seis meses se pasa el día cortando estampas de Epinal, embutido en un capotón; en aquélla, en fin, tan alegre, tan animada en otro tiempo, y que acaba de confesarles que la muelen á golpes, sin poder menos de sonreir, en medio de sus lágrimas, al comparar los brincos que da cuando la pega su consorte «á los saltos de un perro de circo.»

En fin, la razón más común y poderosa que suelen tener para no casarse las jovenzuelas que desechan partidos, es que la muchacha de diez y seis ó diez y siete años cree firmemente, como Querida, que no han de faltarle á diario, hasta la consumación de los siglos, las proporciones de cien mil libras de renta.

LXXI

Lo increible es que esta adolescente, que era mujer desde algunos años atrás, y cuya imaginación sólo se ocupaba de amor, nada sabía aún acerca de la unión de los sexos y del modo como se procrean los hijos. Sí, ignoraba las materialidades del amor; ó por lo menos sus supuestos sobre las relaciones entre hombres y mujeres eran tan vagos, tan turbios, tan confusos, que aún continuaba casi en su cerebro la casta oscuridad que sobre estas ma-

terias reina en las cabezas de la infancia.

De niña, Querida no había tenido curiosidades viciosas; nunca solicitó confidencias de sus amiguitas mayores que ella. La casualidad no puso jamás en sus manos ningún libro de esos malos. Sus miradas vagarosas á las estatuas de los jardines públicos no dieron pábulo alguno á su pensamiento; y en el campo, ante el espectáculo fortuito del amor de los animales, jamás le ocurrió ni por un segundo la idea de que bestias y personas fuesen amantes que practican el amor de la misma manera.

En fin, esas cosas feas, reveladoras que amaestran á las niñas, esas nociones que proceden no se sabe de dónde, de las fachadas de la calle, de los cantares de la cuadra, esas nociones habían penetrado en Querida bajo sello, digámoslo así; permanecían en el fondo de ella dentro de su cubierta hermética, hasta la hora en que de pronto hácese la luz en la mujer é ilumina bruscamente todo cuanto en ella hay, sin saberlo, de adquisiciones durmientes en la oscuridad.

Así, pues, como acontece á gran número de señoritas, era inocente, todavía inocente, aún cuando eso no obstante, con cierta afectación de ciencia en el decir, donde se transparentaba la vanidad de la mujercita de no parecer ignorar ninguna cosa. Aún quedaba en ella algo de la niña que en el circo llamaba la atención de sus vecinos con esta frase: «¡Ah, lo que es ahora si que decididamente es una yegua!» La angelical criatura anunciaba el sexo del animal por la silla con franjas que llevaba puesta el caballo.

¡Qué de candorosas creencias y quiméricos conceptos habían surgido en la mente de la niña por aquellos tiempos! Cuando su primera estancia en el Muguet, las criadas del castillo llevaban algunas veces á Querida de paseo á la Fuente de la Encina, que era una fuente que manaba á borbotones en un bosquecillo, por debajo de una piedra ancha y plana. De esta Fuente de la Encina decíaseles á los niños y niñas del país que por ella venían al mundo los nenes pequeñitos. Y las chicas como los chicos, inclinados sobre el claro álveo, por donde corría el fugitivo reflejo de su rostro arrebatado por la rápida corriente, esperaban en la próxima sacudida ver salir al fin el hermanito ó la hermanita por debajo de la gran peña, la cual de tiempo en tiempo parecíales conmoverse toda ella por el brote del agua. Sólo podía arrancárseles de su espera, declarándoles que los nenes chiquitines no salían de la fuente sino cuando la Récolène se

encontraba allí. La Récolène era la comadrona de la comarca. Además de la Fuente de la Encina para el nacimiento de los niños guapos, había también el Agujero de los Sapos, otro lugar en los alrededores del castillo, para el nacimiento de los niños malos y feos.

Esta leyenda, referida en ese bosque al pie de tal fuente, y que en el ánimo de Querida adquiría una como autoridad y confirmación por parte del paisaje en medio del cual había sido escuchada, penetraban hondamente en la pequeñuela; y, más tarde, la impresión de placer por la lectura de un cuento de ondina, de hada protectora de un manantial, reteníala durante mucho tiempo y como perezosamente en la creencia de que los manantiales de la tierra eran las madres de los pequeños seres humanos.

Las ideas que la chicuela tenía sobre la unión amorosa del hombre y de la mujer eran también tan regocijadamente antinaturales. Las niñas no se imaginan el matrimonio sino por las nupcias, por la ceremonia. Cuando Querida era aún niña, se figuraba el matrimonio como una vuelta de vals dada por un caballero y una señorita en un cuarto oscuro, donde encerraban á los dos solos. El matrimonio, una simple figura de baile en la oscuridad: ni más ni menos. ¿De qué modo nació esta idea, y de dónde provenía? Más adelante, cuando junto á ella se empezó á hablar de matrimonio, con los cuchicheos, las reticencias y la mímica usuales delante de adolescentes que se desarrollan, el matrimonio había experimentado en su espíritu una transformación, una metamorfosis. Habíase convertido en el hecho de acostarse desnuda del todo con un hombre, pero un hecho en que no mediaba ningún acto físico y sí tan sólo lleno del horror para una joven de ser vista en estado de completa desnudez.

Y ante esa tremenda perspectiva, Querida, como preparación *in anima vili*, todas las noches desnudaba á su muñeca, á quien había hecho que le hiciesen un traje de novia; y la acostaba toda desnudita, según el programa de su concepto del matrimonio, marchándose de junto á su querida muñeca con un poco de esas medrosas ternuras de una madre que se retira ante un yerno reputado como un horrible mal sujeto.

Poco á poco desapareció de su mente esta imaginación última, lo mismo que la vuelta de vals, pero sin que la reemplazase nada preciso, nada formulado; y la idea de la consumación del matrimonio permaneció en Querida como voluntariamente velada. Veía el ma-

trimonio en un medio de vida común, de cohabitación íntima, de ternuras recíprocas, sin dejar de comprender que existía en el fondo un algo desconocido, que se complacía en dejar en lontananza, y de cuyo conocimiento anticipado le apartaba la aprensión de un púdico instinto.

LXXII

El rayo de luz, la brusca iluminación, la repentina ciencia del mal llegaron á Querida de un modo bastante extraño.

La dirección escolar, ligeramente caprichosa, de M. Judocus Cochemer habíale parecido al Mariscal que dejó muchos «huecos» en la instrucción de su nieta. Por eso la sacó del colegio de la calle de la Ferme-des-Mathurins, cuando estaba en la segunda división, y la puso una institutriz obligada á hacer recomenzar por completo sus estudios á la polluela.

Cierto día (Querida tenía entonces más de diez y seis años), la institutriz dió á la señorita el tema siguiente, para composición de estilo: *Pantasilea, Reina de las Amazonas.*

Querida, muy ignorante de la *Mitología*, para ayudarse en su composición abrió un diccionario de historia y biografía, un diccionario autorizado por el Consejo de Instrucción pública, y donde halló la siguiente frase: «Cada vez que una amazona mataba á un enemigo recibía en sus brazos á un hombre.» ¿Por qué encadenamiento de ideas esta pobre frase torpe enseñó á la jovencilla lo que ignoraba? ¿Y cómo leyendo esta frase, todas las cosas en otro tiempo cazadas al vuelo por sus oídos, sin querer escuchar, como todas las cosas vistas por entre los párpados de sus ojos bajos para no ver nada, le dieron al instante la clave del amor y del matrimonio?

Esto es inexplicable, y sin embargo así fué.

LXXIII

—¡Un marido cualquiera, con tal de que me lleve á sociedad todas las noches!—exclamaba por entonces una amiga de Querida.

La vida fantaseada por esta futura madre de familia era precisamente la existencia real de la nieta del Mariscal, pasando todas sus noches

en bailes, conciertos, banquetes, fiestas, sin quedarse nunca una velada en casa, y siempre en sociedad, todo el invierno de 1868.

A los salones, abiertos el año anterior para la joven, vinieron á agregarse este año los salones de la duquesa Hamilton, con sus saraos íntimos de una admisión tan difícil; y el de la duquesa de Maillé y el del duque de Bisaccia y el de la duquesa de la Rochefoucault-Dondeanville: los tres ilustres salones de París donde se reunía la sociedad parisiense más encopetada.

Este mismo año 1868, á fines de Enero, Querida era objeto de una especie de ovación en una fiesta nocturna dada por el *Skating-Club* en el lago del Bosque de Bolonia á las patinadoras aristocráticas. Entre las pieles oscuras y bravías de las duquesas de la Trémouille y de Berghes, de las marquesas de Canisy, de Montsabré, de Crisenog, de Montgomery, de Galiffet, de las condesas de Pracomtal y de Tocqueville, de las baronesas de Poilly de Courval, de Briois, de las lindas señoritas Hamel y De Dian; á la luz eléctrica reflejada por el cristal del lago, la nieta del Mariscal aparecióse envuelta en blanquísimas pieles anudadas con cintas azules flotantes tras ella, lo cual dábala cierta semejanza con un delicioso corderillo de pastorela.

LXXIV

Bien pronto no hubo en Querida, convertida en locamente mundana, sino un sólo y único pensamiento: hacer sensación allí donde se presentase. Ser notada, ser señalada, que la encontrase bonita todo el mundo en medio de la balumba de una admiración casi molesta: tales fueron sus esfuerzos, su trabajo.

En los bailes, los teatros, las carreras, érale preciso hacer apariciones en que las miradas y los gemelos de todos se dirigiesen á ella; en que las gentes trepasen á las banquetas; en que su nombre corriera acá y allá, y aun acullá, desde los labios á los oídos arrimados á ellos; y en que á su paso se alzara ese leve rumor que deja tras de sí la estela de una mujer á la moda.

Encontrábase Querida en esa hora de coquetismo general porque pasan gran número de parisienses femeninos, de coqueterías sin deliquios del corazón y que se dirige á las muchedumbres, de coquetería implacablemente desdeñosa de los sentimientos de cualquiera, por digno que fuere de ser amado. En esta ambición afectada de los homenajes universales, llegaba hasta á *cuidar*

de sus «entradas» á manera de una actriz, y entregarse en cuerpo y alma á producir *efectos* todo el tiempo que pasaba en sociedad.

Todos los días escapábase de la nieta del Mariscal un poco de ese discreto pudor al cual alarman el elogio sin límites, de alabanzas públicas, toda admiración que ya no sea un murmullo discreto. Las elegancias de Querida se salían de lo anónimo, de la sombra, del silencio respetuoso en que se disimulan y se ocultan las púdicas victorias de las señoritas adolescentes; y un día publicaron descripciones de sus trajes y tocados los periódicos.

EDMUNDO DE GONCOURT.

(Se continuará).

EL DANDISMO

Y JORGE BRUMMELL

X

Aunque Alcibíades haya sido el más hermoso de los buenos generales, Jorge Bryan Brummell no tenia espíritu militar. No estuvo mucho tiempo en el 10.° de húsares. Quizá ingresó en él con un objeto más serio de lo que ha solido creerse — para acercarse al príncipe de Gales y anudar las relaciones que hicieron de él inmediatamente un hombre de viso.—Se ha dicho con harto menosprecio que el uniforme debió ejercer una fascinación irresistible sobre Brummell. Era explicar el dandí con sensaciones de subteniente. Un dandí que todo lo marca con su sello, que no existe sin *cierta originalidad exquisita* (lord Byron) (1), ha de odiar por fuerza el uniforme. Bien es verdad que, aun tratándose de cosas más serias que esta cuestión del traje, la índole de las facultades de Brummell lo condena á ser mal juzgado, una vez muerta su influencia. Mientras vivió, la sufrían los más recalcitrantes; pero ahora, y con los prejuicios corrientes, es una psicología asaz difícil el análisis de tal personalidad. Las mujeres no le perdonarán nunca haber tenido gracia, como ellas, ni los hombres el no tenerla, como él.

Lo hemos dicho más arriba, pero no nos cansaremos de repetirlo: lo

---

(1) Sólo un inglés puede emplear esa expresión. En Francia no tiene altares la originalidad; se le niega el agua y el fuego; se la odia como una distinción nobiliaria. Subleva á las gentes mediocres, que siempre tienen preparada, con los que son *de otra manera que ellas*, una de esas mordeduras de encías que no desgarran, pero ensucian. *Ser como todo el mundo* es para los hombres el principio equivalente á ese otro de las *Bodas de Fígaro* que se inculca en la cabeza de los jóvenes: *es menester que te hagas considerar*.—(N. DEL A.)

que crea al dandí es la independencia. De otro modo, habría una legislación del dandismo, y no la hay (1). Todo dandí es osado, pero un osado con tacto, que se detiene á tiempo, y que entre la originalidad y la excentricidad encuentra siempre el famoso punto de intersección de Pascal. He aquí por qué no pudo doblegarse Brummell á las exigencias del Código de la milicia, que es un uniforme también. Bajo este punto de vista, fué un oficial detestable. Mr. Jesse, ese admirable cronista que no quiere hacer gracia de nada, refiere varias anécdotas sobre la indisciplina de su héroe. Rompe las filas en las maniobras y falta á las órdenes de su coronel; pero el coronel está subyugado por su hechizo, y no hay miedo de que se encolerice. Brummell asciende á capitán en tres años. De repente recibe su regimiento la orden de ir de guarnición á Manchester, y eso basta para que el capitán más joven del más magnífico regimiento del ejército abandone el servicio. Dijo al príncipe de Gales que no quería alejarse de él—explicación más lisonjera que hablar de Londres, que era lo que realmente le llamaba.—Allí había nacido su gloria; era autóctono de los salones donde la riqueza, el ocio y el último grado de civilización producen esas afectaciones encantadoras que han reemplazado á la naturalidad. ¡Caer en Manchester, ciudad manufacturera, la perla del dandismo, era cosa tan monstruosa como ver á un Rivarol en Hamburgo!

Salvó el porvenir de su renombre: se quedó en Londres. Tomó habitación en Chesterfield-Street, número 4, frente á Jorge Selwyn—uno de esos astros de la moda á los cuales había hecho palidecer.—Su fortuna material, aunque bastante considerable, no estaba al nivel de su posición. Muchos hijos de lores y de nababs ostentaban un lujo que hubiese eclipsado al suyo, si lo que no piensa pudiese eclipsar á lo que piensa. El lujo de Brummell era más inteligente que brillante, era una nueva prueba de la superioridad de ese espíritu que dejaba el escarlata para los salvajes, y que más tarde inventó este gran axioma: «Para ir bien puesto no hay que llamar la atención». Bryan Brummell tuvo caballos de mano, un excelente cocinero y un *home* como el de una mujer poética. Daba comidas deliciosas en que los convi-

(1) Si la hubiese, se podría ser dandí ajustándose á la ley. Sería dandí el que quisiera; todo se reduciría á seguir una prescripción. Por desgracia para los pollastros, no es así. Hay, sin duda, en materia de dandismo, algunos principios y algunas tradiciones; pero sobre todo eso se levanta el capricho, y el capricho no es lícito sino á aquellos á quienes cuadra y que saben consagrarlo prácticamente.—(N. DEL A.)

dados eran tan selectos como los vinos. Le gustaba beber hasta embriagarse, como á los hombres de su país, y, sobre todo, de su época (1). Linfático y nervioso, devorado por el tedio de esa existencia ociosa é inglesa de que no se libra más que á medias el dandismo, buscaba las emociones de la nueva vida que se encuentra en el fondo de los brebajes, vida que palpita más enérgicamente, que vibra y deslumbra. Pero aun entonces, con un pie en el vertiginoso abismo de la embriaguez, permanecía dueño de sus bromas y de su elegancia, como Sheridan, de quien se habla siempre, porque sin cesar se le ve en el ápice de todas las superioridades.

Por eso subyugaba. Los predicadores metodistas (é Inglaterra es el país de ellos), todos los miopes que se han atrevido á lanzar apreciaciones sobre Brummell, lo han pintado con falsedad notoria como una especie de figurín sin cabeza y sin entrañas, y para rebajar aún más al hombre, han rebajado la época en que vivió, tildándola de loca. ¡Empeño y trabajo inútiles! Ya pueden menudear tajos y mandobles sobre ese tiempo glorioso para la Gran Bretaña, como se golpeaba en Florencia la bola de oro donde estaba contenida el agua que se quería comprimir; como aquí el elemento rebelde atravesó las paredes antes que ceder, allí no se conseguirá que la sociedad inglesa de 1794 á 1816 descienda hasta quedar reducida á una mera sociedad decadente. Hay siglos que resisten á cuanto se diga de ellos para denigrarlos. La gran época de los Pitt, de los Fox, de los Windham, de los Byron, de los Walter Scott, ¿habría de empequeñecerse de repente, sólo porque estuvo llena del nombre de Brummell? Pues, si tal pretensión es absurda, eso significa que Brummell poseía algo digno de atraer y de cautivar las miradas de una gran época—miradas que no se cautivan, como los pajarillos con el espejuelo, por el simple señuelo de graciosos ó espléndidos trajes.—Brummell, aunque apasionado de ellos, concedía, sin embargo, mucha menos importancia de la que se ha creído á ese arte del aderezo personal practicado por el gran Chatham (1). Sus

(1) Todos bebían, desde los más ocupados hasta los más ociosos, desde los *lazzaroni* de salón (los dandíes) hasta los ministros de Estado. *Beber como Pitt y Dundas* ha pasado á ser un proverbio. Cuando bebía Pitt, aquella gran alma, llena del amor de Inglaterra, pero no saciada por él, bebía sedienta de variedad. Los hombres fuertes tratan á menudo de aturdirse; pero ¡ay! la naturaleza no siempre se presta á sus deseos.—(N. DEL A.)

(1) El único hombre histórico que ha sido grande sin ser sencillo.—(N. DEL A.)

sastres Davidson y Meyer, á quienes se ha querido convertir, con toda la sandez de la insolencia, en padres de su fama, no ocuparon en su vida el puesto que se les atribuye. No hay sino escuchar á Lister, que pinta con fidelidad: «Repugnábale pensar que sus sastres entrasen por nada en su renombre, y no confiaba más que en el atractivo exquisito de la fina y noble desenvoltura que poesía en grado tan notable.» Claro es que al principio, con sus tendencias á la exterioridad, y en el momento en que el democrático Carlos Fox introducía el tacón rojo en los salones de Inglaterra, Brummell debió preocuparse de la forma bajo todos sus aspectos. No ignoraba que el traje tiene un influjo latente, pero positivo, sobre los hombres que más lo desdeñan desde las majestuosas alturas de sus espíritus inmortales. Pero en lo sucesivo se desprendió, como dice Lister, de esa preocupación de joven, salvo hasta donde era conforme con la observación y la experiencia. Siguió vistiendo de una manera intachable, pero gastó prendas de colores apagados, simplificó su corte y las llevó sin pensar en ellas (1). Por tal camino llegó á esa perfección en que el arte se da la mano con la naturaleza. Eso sí, sus medios de producir efecto eran del más noble linaje, y es lo que ha solido olvidarse demasiado, al considerarlo como un ser puramente físico, cuando antes bien era intelectual hasta en su género de belleza, porque brillaba mucho más por la fisonomía que por la corrección de las facciones. Tenía el pelo casi rojo como Alfieri, y una caída del caballo en una carga había alterado el corte griego de su perfil. El carácter de la cabeza poseía más belleza que la cara, y su continente—la fisonomía del cuerpo—sobrepujaba á la misma perfección de sus formas. Escuchemos á Lister: «No era guapo ni feo; pero había en toda su persona una expresión de finura y de ironía concentrada, y una penetración increíble en sus ojos.» A veces esos ojos sagaces sabían helarse de indiferencia sin menosprecio, como cuadra á un dandí consumado, á un hombre que atesora dentro de sí algo superior al mundo visible. Su magnífica voz hacía que la lengua inglesa pareciese tan bella al oído como lo es á los ojos y al pensamiento. «No afectaba ser corto de vista—sigue diciendo Lister;—pero, cuando las

(1) ¡Como si fuesen imponderables! Un dandí puede gastar, si quiere, diez horas en su arreglo, pero, una vez terminado, lo olvida. Los que han de advertir que va bien puesto son los demás.—(N. DEL A.)

personas que había delante de él no tenían la importancia que hubiese deseado su vanidad, sabía acertar con esa mirada tranquila, pero errante, que pasa por una persona sin reconocerla, que no se fija ni se deja atraer, que nada ocupa ni desvía.» Tal era el *bello* Jorge Bryan Brummell. Nosotros, que escribimos estas páginas, lo vimos en su vejez, y descubríamos lo que había sido en sus años más brillantes; porque la expresión no está á merced de las arrugas, y un hombre, notable ante todo por la fisonomía, es mucho menos mortal que cualquier otro.

Añadamos que lo que esa fisonomía prometía lo cumplía con creces el espíritu. No en balde se agitaba el rayo divino alrededor de su envoltura. ¿Y sería justo negarle inteligencia, porque su inteligencia, de una especie infinitamente rara, se consagrase poco á las cosas que dominan la de los otros hombres? Era un gran artista á su modo, sólo que su arte no era especial; no lo practicaba en momentos dados. Ese arte era su vida misma, el fulgurar eterno de facultades que no reposan en el hombre, creado para vivir con sus semejantes. Agradaba con su persona, como otros con sus obras. Su valía estaba en el campo de acción. ¡Cosa difícil! Sacaba de su torpeza (1) á una sociedad terriblemente extragada, culta, presa de todas las fatigas de las civilizaciones viejas, y eso sin sacrificar un ápice de su dignidad personal. Se respetaba hasta sus caprichos. Ni Etherege, ni Cibber, ni Congrève, ni Vanburgh, podían introducir tal personaje en sus comedias, porque nunca le alcanzaban los dardos del ridículo. Si no los hubiese esquivado á fuerza de tacto y desafiado á fuerza de aplomo, se hubiese precavido contra ellos á fuerza de ingenio — escudo que tenía un dardo en su centro y convertía la defensa en agresión. — Ahora se comprenderá mejor quizá al hombre. Los más refractarios para apreciar la gracia insinuante, estiman la fuerza que impone, y cuando se sepa—que no se sabe lo suficiente — la fuerza satírica que poseía Brummell, parecerá menos fabuloso é inexplicable el imperio que ejerció sobre su época. La ironía es un genio que dispensa de todos los demás: comu-

(1) Sin salir de la suya. Hay, efectivamente, en la amabilidad algo demasiado activo y directo para que un dandí sea perfectamente amable. Un dandí no tiene nunca preocupación ni ansiedad por nada. Si hay, pues, quien se ha aventurado á decir que Brummell fué amable ciertas noches, es porque la coquetería de los hombres de valer puede ser mediana y parecer irresistible. Son como las mujeres bonitas, á quienes se lo agradecemos todo (los hombres, por supuesto). — (N. DEL A.)

nica al hombre un aspecto de esfinge que preocupa como un misterio é inquieta como un peligro (1). Ahora bien: Brummell lo poseía y sabía emplearlo de modo que helaba todos los amores propios, aun halagándolos, y redoblaba el interés de una conversación superior provocando el miedo de las vanidades, el cual, si no da ingenio, estimula el de los que lo tienen, y hace circular más deprisa la sangre de los que no lo tienen. El genio de la ironía es el que hizo de él el mayor burlón que hubo jamás en Inglaterra. «No había — dice el autor de *Granby* — exhibidor de animales más hábil en poner de manifiesto la destreza de un mono que él en descubrir el lado ridículo, más ó menos profundamente oculto, de todo hombre; no tenía igual su talento para trastear á la víctima y obligarla á ella misma á exponer sus ridiculeces bajo el mejor aspecto posible. Gusto un poco feroz, si se quiere; pero el dandismo es fruto de una sociedad que se aburre, y el aburrimiento no cría buena sangre.

He ahí lo que importa no perder de vista cuando se juzga á Brummell. Ante todo era un dandí, y no se trata más que de su poder. ¡Singular tiranía que no sublevaba! Como todos los dandíes, se gozaba más en asombrar que en agradar: preferencia muy humana, pero que lleva lejos á los hombres, porque el más bello de los asombros es el espanto. ¿Dónde parar en esa pendiente? Sólo Brummell lo sabía. Derramaba en dosis perfectamente iguales la simpatía y el terror, y con ellas componía el filtro mágico de su influjo. Su indolencia le vedaba el entusiasmo, porque entusiasmarse es apasionarse, apasionarse es rendirse á alguna cosa, y rendirse á alguna cosa es mostrarse inferior; pero, en cuanto á sangre fría, daba quince y raya. Era tan mordaz en la conversación como Hazlitt en sus escritos. Sus palabras crucificaban (1); sólo que su im-

(1) «Es V. un palacio en un laberinto» — escribía una mujer, impacientada á consecuencia de mirar sin ver y de buscar sin descubrir. No sabía ella que expresaba un principio de dandismo. *Palacio* no lo es ciertamente el que quiere, pero siempre *puede* ser uno *laberinto*. —(N. DEL A.)

(1) No las lanzaba, sino que las dejaba caer. El gracejo de los dandíes, jamás es retozón ni chispeante. No tiene esos movimientos de azogue y de llama del de un Casanova, por ejemplo, ó de un Beaumarchais, pues si por acaso se le ocurriesen las mismas palabras, las pronunciaría de otro modo. Aunque los dandíes representen el capricho en una sociedad metódica y simétrica, no dejan de respirar el afrentoso contagio del puritanismo, por bien organizados que estén. Viven en esa torre de la Peste, y semejante habitación es malsana. Por eso hablan tanto de dignidad. Creerían probablemente carecer de ella, si se entregasen al frenesi de las ingeniosidades. Se hallan constantemente en las alturas de la dignidad como en el remate de una estaca, lo cual, por flexible que uno sea, embaraza

pertinencia, revistiendo demasiadas proporciones para condensarse y encerrarse dentro de los límites del epigrama, trascendía de las frases, que la expresaban, á los actos, á los ademanes y al sonido de su voz; era, en suma, un arte vivo que Brummell practicaba con la superioridad indiscutible que exige, entre personas distinguidas, para ser tolerado, por lo mismo que está á dos pasos de la grosería como lo sublime de lo ridículo, y, no bien sube de color, se degrada y desvanece. Genio semi-velado siempre, la Impertinencia no ha menester, para exteriorizarse, del auxilio de palabras; sin hacer gran hincapié, tiene una fuerza de penetración harto superior al más brillante epigrama.

Cuando existe, es el arma que mejor puede imponer respeto á la vanidad de los demás, tan hostil frecuentemente; es asimismo el manto más elegante para ocultar las propias flaquezas. ¿Qué otra cosa necesitan los que la tienen? ¿No ha hecho ella por la reputación del talento del príncipe de Talleyrand más que ese mismo talento? Hija de la Ligereza y del Aplomo—cualidades que parecen excluirse—es también hermana de la Gracia, á la cual debe ir unida. Las dos se embellecen por su mútuo contraste: porque la Gracia sin la Impertinencia, ¿no se parecería á una rubia demasiado sosa? y la Impertinencia, sin la Gracia, ¿no sería una morena demasiado provocativa? Para que ambas ganen, conviene entremezclarlas.

Y he aquí lo que Jorge Bryan Brummell conseguía como nadie. Ese hombre, tan superficialmente juzgado, fué una verdadera potencia intelectual: como que reinó por su porte y sus maneras más aún que por sus palabras. Su acción era más directa que la que ejerce exclusivamente el lenguaje. La producía merced á la entonación, la mirada, el ademán, la intención transparente, el silencio mismo (1); y eso puede explicar las pocas palabras que ha dejado. Hay que advertir, por otra parte, que esas palabras, á juzgar por las que registran las Memorias

---

un poco para moverse, y obliga á estar demasiado tieso.—(N. DEL A.)

(1) Cultivaba demasiado la conversación para no estar frecuentemente silencioso; pero ese silencio no tenía la profundidad del que guardaba el que ha escrito: «Me miraban para saber si comprendía sus ideas y sus juicios sobre no sé qué. Pero probablemente me tomaban por una medianía de salón, y á mí me divertía mucho la opinión presumible que formaban de mi persona. He pensado en los reyes que gustan de guardar el incógnito.» Esta solitaria y orgullosa conciencia de sí mismo debe ser desconocida de los dandíes. El silencio de Brummell era un medio más de producir efecto, la coquetería de esos seres seguros de agradar y que saben por dónde se enciende el deseo.—(N. DEL A.)

del tiempo, no tienen sabor para nosotros ó le tienen excesivo —que es otra manera de no tenerlo.—Se nota en ellas la ruda influencia del genio salobre de ese pueblo que riñe á puñetazos y se emborracha, y que no estima groseras cosas que dejarían de ser delicadas para nosotros. Medítese esto. Lo que se llama donaire en los productos del pensamiento, como cosa íntimamente relacionada con la lengua, con las costumbres, con la vida social, con las circunstancias que más varían de pueblo á pueblo, debe morir, como en extraño ambiente, en el destierro de una traducción. Las mismas expresiones que lo designan son intraductibles con propiedad en la profundidad de su sentido. Pruébese, si no, á encontrar correlativos al *wit*, al *humor* y al *fun*, que costituyen la *vis* inglesa bajo su triple aspecto original. Mudable, como todo lo individual, el donaire no se trasborda de una á otra lengua, á la manera que no se trasborda la poesía, á pesar de inspirarse en sentimientos generosos. Como ciertos vinos que no pueden viajar, hay que saborearlo en su tierra. Tampoco puede envejecer; es de la condición de las rosas más bellas, que pasan pronto; y quizá en eso reside el secreto del placer que proporciona. Dios ha reemplazado á menudo la duración por la intensidad de la vida, á fin de que no se perdiese en nuestros corazones el generoso amor á las cosas perecederas.

No se citarán, pues, las frases de Brummell, ni justificarían su renombre, á pesar de que se lo dieron, porque las circunstancias de donde surgían, y que, por decirlo así, las cargaban de electricidad, ya no existen. No removamos ni contemos, pues, esos granos de arena, antiguas chispas que el tiempo dispersó después de apagarlas. Gracias á la diversidad de las vocaciones, hay glorias que no son más que ruidos en medio de un silencio, y que deben alimentar para siempre las divagaciones soñadoras desesperando á la razón.

Mas ¿cómo no maravillarse de que cayese esa oleada de gloria sobre un hombre tan positivo como Brummell, que lo era tres veces, puesto que era vanidoso, inglés y dandí? A imagen de todas las gentes positivas, que no viven lejos de sí propias, y que no tienen fe ni voluntad más que para los goces materiales, Brummell no deseó nunca sino esos goces, y los tuvo á discreción. Fué pagado por el destino en la moneda que más estimaba. La sociedad le brindó los deleites de que dispone, y no los había mayores para él (1); porque no

(1) Los moralistas preguntarán arrogantemente: ¿Y fué feliz sin más que esa felici-

pensaba, á ejemplo de Byron—tan pronto renegado como relapso del dandismo—que el mundo no vale una sola de las alegrías que nos quita. El mundo no le había quitado ninguna á aquella vanidad eternamente embriagada. Desde 1799 á 1814 no hubo en Londres *raout* (1) ni fiesta donde no se mirase como un triunfo la presencia del gran dandí, y su ausencia como una catástrofe. Los periódicos inscribían su nombre á la cabeza de los más ilustres invitados. En los bailes de Almack, en los *meetings* de Ascott, todo se doblegaba á su dictadura. Fué jefe del club Watier, de que era miembro lord Byron, juntamente con lord Alvanlay, Mildmay y Pierrepoint. Era el alma (¿es alma lo que hay que decir?) del famoso pabellón de Brighton, de Carlton-House, de Belvoir. Unido más particularmente con Sheridan, la duquesa de York, Erskine, lord Townshend y aquella apasionada y singular duquesa de Devonshire, poetisa en tres lenguas, y que besaba á los carniceros de Londres con sus labios patricios para ganar votos á Mr. Fox, imponíase aun á los mismos que podían juzgarlo, á los que hubieran podido encontrar el vacío dentro del hermoso busto, si no hubiese sido realmente más que el favorito del azar. Se ha dicho que madame de Staël casi llegó á afligirse por no haberle agradado. La omnipotente coquetería de su talento fué constantemente rechazada por el alma fría y la burla eterna del dandí que tenía buenas razones para reirse del entusiasmo. Corina no conmovió á Brummell, como tampoco á Bonaparte: coincidencia que recuerda la frase ya citada de lord Byron. En fin, éxito más original aún: otra mujer, lady Stanhope, la amazona árabe que huyó á galope de la civilización europea y de las rutinas inglesas—ese viejo circo en que la gente da vueltas sin cesar—para reanimar sus sensaciones en medio de los peligros y de la independencia del desierto; esa mujer, al cabo de muchos años de ausencia no se acordaba, de entre todos los seres civilizados que dejaba tras de sí, sino del más civilizado quizá, del dandí Jorge Brummell.

Confesémoslo: cuando se refle-

---

dad del mundo que inspira compasión? ¿Y por qué no?... La vanidad satisfecha puede bastar á la vida lo mismo que el amor satisfecho. Pero ¡el hastío!... ¡Eh, Dios mío! Esa es la paja en que se quiebra el acero mejor templado en punto á felicidad. Es el fondo de todo, y para todos; con mayor razón para un alma de dandí, para uno de esos hombres de quienes se ha dicho muy ingeniosa, pero también muy tristemente: «Reunen en torno suyo todos los atractivos de la vida, pero al modo de una piedra que atrae el musgo sin dejarse penetrar por la frescura que lo envuelve.»—(N. DEL A.)

(1) Reunión.—(N. DEL T.)

xiona en esas impresiones vivas é imborrables experimentadas por las eminencias de una época, no hay más remedio que tratar al que las produjo, así fuese un fatuo, con la seriedad que merece todo lo que triunfa de las imaginaciones de los hombres. Los poetas, por la sola razón de reflejar su tiempo, se han impregnado de Brummell. Moore lo ha cantado; pero ¿quién dice Moore? (1) Brummell fué acaso una de las musas de *D. Juan*, invisible para el poeta. Por lo menos, ese extraño poema tiene un tono esencialmente dandí desde el principio hasta la conclusión, é ilustra de una manera extraordinaria la idea que podemos formarnos de las cualidades y de la índole del espíritu de Brummell. A esas cualidades extinguidas debió el subir y mantenerse sobre el horizonte, de donde no bajó, sino que cayó, llevándose consigo una cosa que después no ha reaparecido más que degradada. Al dandismo ha reemplazado el *turf* embrutecedor. Ahora, en la *high life* no hay ya más que jockeys y azuzadores de perros (2).

(1) Dejando aparte el sentimiento irlandés, no era sino un poeta de pastaflora.—(N. DEL A.)

(2) Ha habido un D'Orsay. Pero D'Orsay, *león* en el sentido de la *fashion*, y que no dejaba de tener la belleza de los del Atlas, no era un dandí. La gente se ha engañado á propósito de él. Era una naturaleza infinitamente más compleja, más amplia y más humana que esa singularidad inglesa. Se ha dicho mucho, pero hay que insistir en ello sin cesar: la linfa, esa especie de agua muerta que no levanta espuma más que cuando la fustiga la vanidad, es la base fisiológica del dandí, y D'Orsay tenía la sangre roja de Francia. Era un hombre nervioso, sanguíneo, de recios hombros, de pecho á lo Francisco I y de belleza simpática. Tenía una mano soberbia y una manera de alargarla que cautivaba y arrebataba los corazones. No era el *shake-hand* altanero del dandismo. D'Orsay agradaba tan natural y apasionadamente á *todo el mundo*, que ¡hasta hombres llevaban su retrato! mientras que los dandíes no hacen llevar á los hombres sino lo que sabéis, y *agradan á las mujeres incurriendo en su desagrado*. (Jamás se olvide, al juzgarlos, este matiz.) D'Orsay, en fin, era un rey lleno de benevolencia, y la benevolencia es un sentimiento enteramente desconocido de los dandíes. Verdad es que tenía, como ellos, el arte del aderezo personal, no brillante, sino profundo; y por eso, sin duda, lo han mirado los superficiales como el sucesor de Brummell; pero el dandismo no es el arte brutal de ponerse una corbata. Dandíes ha habido que ni siquiera la han llevado nunca. Ejemplo: lord Byron, que tenía un cuello tan hermoso. A mayor abunda-

XI

Al escribir esta historia de impresiones más bien que de hechos, pronto se llega á la desaparición del meteoro, al fin de esa novela increible, aunque nada fabulosa, de que fué heroína la sociedad de Londres, y héroe Brummell. Pero,

en la realidad, ese fin se hizo esperar mucho. A falta de hechos, que son la medida histórica del tiempo, tómense fechas, y se apreciará la profundidad de ese influjo por su duración. De 1793 á 1816 van veintidós años. Ahora: en el mundo moral como en el físico, lo que es ligero fácilmente se disipa. Un éxito continuo de tantos años prueba, pues, claramente que la existencia de Brummell respondía á una necesidad de la naturaleza humana bajo el imperio del convencionalismo social. Así, cuando más tarde tuvo que abandonar á Inglaterra, no desapareció el interés que supo concentrar en su persona. El entusiasmo no se apartaba de él. En 1812 y en 1813 era más poderoso que nunca, á pesar de los descalabros que por culpa del juego sufrió su fortuna material, base de su elegancia. Era muy jugador, en efecto; y no hay para qué dilucidar si estaba en su organismo ó en las tendencias de la sociedad en que vivía, esa audacia que afronta lo desconocido y esa sed de aventuras que engendra los jugadores y los piratas; lo seguro es que la sociedad inglesa se siente más avida aún de emociones que de guineas, y que no se domina una sociedad sino compenetrándose de sus pasiones. Otra razón había, á lo que parece, para que Brummell declinara, aparte de las pérdidas en el juego, y fué su ruptura con el Príncipe que le consagró su amistad, y que, por decirlo así, había sido el único cortesano de sus relaciones. El Príncipe adquirió obesidad—pólipo que atenaza la belleza, y la mata estrujándola suavemente—y Brummell, con su implacable ironía y con ese infernal orgullo que el éxito inspira á los corazones, llegó á burlarse á veces de los es-

---

miento, D'Orsay fué un artista. Con aquella mano *que daba demasiado*—porque la coquetería reina mucho más por lo que rehusa que por lo que concede—esculpía, y no á la manera que Brummell pintaba sus abanicos para caras postizas y cabezas hueras. Los mármoles que ha dejado D'Orsay tienen pensamiento. Añádase á este talento de escultor que estuvo á punto de ser escritor, y que á los veintitrés años mereció aquella carta de Byron á Alfredo D... incluida en esas famosas Memorias en que la vileza de Moore ha reemplazado los nombres por asteriscos y las anécdotas curiosas por puntos... (¡Buena persona el tal Moore!) Aunque fatuo, D'Orsay fué amado por las mujeres más *fatuas* de su tiempo. No se habla de las naturales: nunca hay más de dos ó tres en un siglo; ¿á qué hablar de ellas? Hasta llegó á inspirar una pasión duradera, y que será siempre histórica. No sucede lo mismo con los dandíes, á quienes no se ama sino por *espasmos*. Las mujeres, que los detestan, no dejan de rendírseles de todos modos, y para ellos vale por muchas libras esterlinas estrechar odios en sus brazos... En cuanto al duelo delicioso en que vemos á D'Orsay tirando su plato á la cabeza de un oficial que hablaba mal de la Virgen, y batiéndose por ella, porque era una mujer, y no quería que se faltase al respeto á una mujer en su presencia, ¿hay nada menos dandí y más francés?—(N. DEL A.)

fuerzos de coqueta impotente para reparar las injurias del tiempo que comprometían al príncipe de Gales. Habiendo en Carlton-House un portero de una corpulencia monstruosa á quien se apodaba *Big-Ben* (Benjaminón), Brummell trasladó al señor el apodo del criado. A mistress Fitz-Herbert la llamaba también *Benina*. Befas tan audaces no podían menos de herir en lo hondo á aquellas almas vanidosas; y entre las mujeres que rodeaban al Príncipe heredero, no fué su amante la única en ofenderse por las familiaridades de la ironía de Brummell. Tal fué, para decirlo de pasada, la causa real de la desgracia en que cayó de repente el gran dandí. La historia de la campanilla, que se dió como explicación en un principio, es apócrifa, á lo que parece (1). Mr. Jesse la rechaza, apoyándose, no sólo en la negativa de Brummell, sino en la vulgar insolencia *(the vulgar impudence)* que revela, y tiene razón; porque insolencia, muy á menudo la tenía el dandí, pero vulgaridad nunca. Sobre que, además, un hecho aislado, por significativo que sea, no iguala en gravedad, para motivar la caída, á los cien mil saetazos envenenados que Brummell disparaba con la mayor naturalidad contra las afectaciones del Regente. Lo que toleró el marido de Carolina de Brunswick, no podía soportarlo el amante de mistress Fitz-Herbert, de lady Conyngham (1). Y si

(1) He aquí la historia. Supónese que una noche, estando cenando, y para ganar la más irrespetuosa de las apuestas, Brummell dió esta orden al príncipe de Gales: «¡Jorge, llame V.!» señalándole la campanilla. Se añade que el Príncipe obedeció, y que, indicando á Brummell, dijo al criado que se presentaba: «Lleven á la cama á ese borracho.»—(N. DEL A.)

(1) La influencia y las chanzas mismas de Brummell entraron por mucho en el alejamiento del príncipe de Gales respecto de Carolina de Brunswick. Sabido es que aquella famosa noche de bodas, pasada por el Príncipe sobre una alfombra al lado del fuego, mientras la joven esposa lo esperaba entre las blandas plumas del lecho nupcial, fué precedida de una cena con los dandíes. Esos hombres positivos no se entusiasmaban con el sentimentalismo vaporoso, algo materializado después, que Carolina traía entonces de Alemania; ¡y luego, Carolina era la mujer legítima en el país de la felicidad conyugal oficial, y de las *escanciadoras* de té! Ahora bien: el dandismo, que busca lo imprevisto y detesta la pedantería de las virtudes domésticas, debe preferir todas las desgracias acarreadas por una amante á la imperturbable felicidad pública de lord y lady Grey, por ejemplo, tan ensalzada por madame de Staël. Los dandíes, que se codean en Inglaterra con esas dichas legales, no tienen ni pueden tener las opiniones de madame de Staël, que no podía verlas mucho en los salones de París. La poesía nace de la distancia, y bien es que la imaginación tenga siempre una quimera que acariciar; pero cuando la mujer que se retrata en Corina, que amó á D..., que amó á C..., que amó á T..., acaricia una quimera como aquélla, se halla más lejos de la verdad del corazón y de la imaginación que los dandíes, y rebaja á madame de Staël, reduciéndola á simple hija de madame Necker.—(N. DEL A.)

aun hubiera soportado que el favorito hiriese impunemente á las favoritas, el Príncipe no podía sufrir sin resentirse que se le atacase á él en su persona física, su verdadero *yo*. El «¿Quién es ese gordinflón?» dicho públicamente por Brummell en Hyde-Park, señalando á su Alteza Real, y multitud de frases semejantes, lo explican todo mucho mejor que un olvido de las conveniencias, máxime disculpado por una apuesta.

Pero hacia esa época (1813) ni el alejamiento rencoroso del Príncipe ni los reveses sufridos en el juego, habían quebrantado todavía la posición de Brummell. La mano que sirvió á su elevación no lo dejó caer al retirarse, y la opinión de los salones le quedó fiel. No fué eso todo. El Regente vió con amargura á un dandí medio arruinado luchar arrogantemente en influencia contra él, el hombre más elevado de la Gran Bretaña. Anacreonte-Arquíloco Moore, que no siempre escribía en papel azul celeste, y cuyo odio irlandés sabía acertar á veces con la frase más mortífera, ponía en boca del príncipe de Gales estos versos dirigidos al duque de York y citados en todas partes: «Nunca he tenido resentimientos ni deseo de hacer daño á nadie, salvo, ahora que lo pienso, al bello Brummell, que el año pasado me amenazó colérico con hundirme en la nada, y hacer ocupar mi puesto en la *fashion* al viejo rey Jorge.» Esos versos ofensivos ¿no daban la razón al rey de los dandíes cuando, á propósito del dandí regio, decía al coronel Mac-Mahon: «Yo, que he hecho de él lo que es, bien puedo deshacerlo?» ¿Y no demostraban palmariamente la independencia y la soberanía del poder que ejercía en la opinión ese Warwick de la elegancia? Una prueba más patente aún de ese poderío dieron en 1813 los jefes del Club Watier, que preparando una fiesta solemne, delibe-raron en serio si invitarían al príncipe de Gales, estando enemistado con Brummell. Fué preciso que Brummell, que sabía ser impertinente hasta en la generosidad, insistiera mucho en que se invitase al Príncipe. El se alegraba, sin duda, de ver en su campo (puesto que era del Club) al anfitrión que no veía en Carlton-House, y se bañaba en agua de rosas, preparando ese encuentro de los dos en presencia de toda la juventud dorada de Inglaterra; pero el Príncipe, inferior á sí mismo en esta entrevista, y olvidando sus pretensiones de cumplido caballero, no se acordó siquiera de los deberes que impone la hospitalidad á los que la reciben; y Brummell, que esperaba oponer dandismo á dandismo, respondió á los es-

guinces de su Alteza con esa elegante frialdad en que se escudaba como en una armadura, y que lo hacía invulnerable (1).

De todos los Clubs de Inglaterra ese Club Watier era precisamente en el que más dominaba el furor del juego. Había allí escándalos inauditos. Ebrios de Porto aderezado con jengibre, esos *estragados*, consumidos de *spleen*, iban todas las noches á engañar su mortal aburrimiento y á enardecer su sangre normanda—sangre que no hierve más que cuando se saquea—exponiendo á un golpe de dados las más espléndidas fortunas. Brummell, como se ha visto, era el astro de ese famoso Club. No lo hubiera sido, á no engolfarse en lo más recio del juego y de las apuestas que en él se cruzaban. En puridad de verdad, no era ni más ni menos jugador que todos los que se agitaban en ese delicioso pandemonium, donde se perdían sumas locas con una perfecta indiferencia, que era en tales casos para el dandí lo que la gracia para los gladiadores que caían en el circo. Muchos participaron, en todos conceptos, de la suerte común exactamente lo mismo que él; pero muchos hubo que pudieron afrontarla más tiempo. Aunque hábil á fuerza de sangre fría y de costumbre, no podía nada contra el albur que debía hacerle pagar la felicidad de su vida con la pobreza de sus últimos días. Los extranjeros que llegaron á Londres en 1814, los oficiales rusos y prusianos de los ejércitos de Alejandro y de Blücher, redoblaron la conflagración del juego entre los ingleses. Fué el momento terrible del desastre para Brummell. Su gloria y su posición tenían un punto aleatorio por donde una y otra debían eclipsarse. Como todos los jugadores, se encarnizó contra la suerte, y fué vencido. Recurrió á los usureros, y se hundió en los préstamos —se ha añadido que arrastrando su dignidad en la caída, pero sobre esto nada preciso consta.—Lo que acaso habría podido autorizar algunos rumores es que estaba dotado de las cualidades peligrosas que, haciendo aparecer blanco lo negro, subliman hasta las mismas bajezas (1), y que él abusó á veces de

(1) Quizá sería mejor decir: *que hacía creerlo inoulnerable*. Pero los dandíes ahogan en su pecho el bello suspiro de laxitud de la Cleopatra de Shakespeare: «¡Ah! ¡Si tú supieses qué trabajo es llevar tan cerca del corazón, como yo la llevo, esta indiferencia!» Esos estoicos de los salones embeben en su máscara la sangre que les corre, y siguen enmascarados. Para los dandíes, como para las mujeres, *parecer* es *ser*.—(N. DEL A.)

(1) Esas cualidades han arrastrado siempre á los que las tuvieron. Recuérdese, por ejemplo, á Enrique IV, al duque de Orleans (el Regente), á Mirabeau, etc., etc. Enrique IV las tenía en pequeño grado, es ver-

esas cualidades. Así, por ejemplo, se recordaba haberle visto aceptar, en sus últimos apuros, una cantidad bastante considerable de un individuo que quería figurar entre los dandíes, acogiéndose al hombre á quien reconocían por soberano. Después, reclamando el dinero en medio de un círculo numeroso, Brummell respondió tranquilamente al importuno acreedor que ya le había pagado. «¡Pagado! ¿cuando?» preguntó sorprendido el prestamista; y Brummell, de la manera inolvidable que sabía, contestó: «Pues estando en la ventana de White, cuando pasó V., y le dije: *Jemmy, ¿cómo está V.?*» Tal respuesta extremaba la gracia hasta el cinismo, y no hacen falta muchas de ese jaez para prevenir desfavorablemente contra el que las pronuncia á todo el que las oye.

A parte de esto, acababa de sonar para Brummell la hora en que ya no se es justo con nadie, la hora de la desgracia. Su ruina estaba consumada; él lo sabía. Con su impasibilidad de dandí calculó, reloj en mano, el tiempo que le quedaba de estar en el campo de batalla, en el teatro de los éxitos más admirables que jamás ha tenido hombre de mundo, y resolvióse á no exhibir en él su humillación después de la gloria. Hizo lo que esas orgullosas coquetas que prefieren abandonar al que aman todavía, antes que verse abandonadas por quien no las ama ya. El 16 de Mayo de 1816, después de comer un plato de capón enviado por Watier, se bebió una botella de Burdeos (1) — Byron se bebió dos, cuando respondió al artículo de la *Revista de Edimburgo* con su sátira de los *Bardos ingleses y de los críticos escoceses* — y en seguida, á la manera que aventura una jugada el que se ve perdido, aun contando de antemano con el fracaso, escribió negligentemente esta carta, ya conocida:

«Mi querido Scrope: Mándeme doscientas libras. El Banco está cerrado, y tengo todos mis fondos en el 3 por 100. Le devolve-

---

dad, pero el Regente las tenía en gran escala, y Mirabeau en escala enorme. Mirabeau desplegaba tanto orgullo en remover el cieno como alegría y gracia el duque de Orleans en afrontar sus manchas. ¿No se ha visto á éste *espiritualizar* puntapiés en...? ¿y de qué pie?... de la pezuña de Dubois. En esto pecaron más que Brummell esos profanadores de facultades adorables, porque no tenían, como él, enfrente de sí, una sociedad puritana: cosa que explica todos los excesos y justifica muchos errores. — (N. DEL A.)

(1) Sistema fisiológico inglés. El valor moral marcha al par con la fuerza física. Los ingleses son malos soldados, si están mal alimentados. La gloria de Wellington, es haber sido siempre un excelente abastecedor. — (N. DEL A.)

ré ese dinero mañana por la mañana.

»Suyo affmo.,

»*Jorge Brummell.*»

Scrope Davies le contestó inmediatamente con esta otra carta, espartana en punto á laconismo y amistad:

«Mi querido Jorge: Es un gran contratiempo, pero tengo en el 3 por 100 todos mis fondos.

»Suyo affmo.,

»*Scrope.*»

Brummell era demasiado dandí para sentirse de esta respuesta. No era hombre para moralizar sobre la materia, dice con mucha oportunidad Mr. Jesse. Por afición de jugador á las decisiones del azar, echó un papel al agua, y el agua se lo llevó. La respuesta de Scrope tenía una sequedad cruel; pero no era vulgar. Quedaba, pues, sano y salvo el honor de dandí á dandí. Brummell se vistió estoicamente, y aquella misma noche se presentó en la Opera. Allí fué lo que el fénix en la hoguera, y con más belleza aún, porque comprendía que no renacería de sus cenizas. ¿Quién hubiera dicho, al verlo, que era hombre al agua? El coche que tomó después de la ópera fué una silla de posta. El 17 estaba en Douvres, y el 18 había abandonado á Inglaterra. Algunos días después de esa partida se vendía *by auction* (1), por orden del *sheriff* de Middlesex, el elegante mobiliario del dandí *(man of fashion)*, «que había partido para el Continente», según decía el libro de venta. Los compradores fueron las personas más de moda de Londres y lo más distinguido de la aristocracia inglesa. Entre ellos figuraban el duque de York, los lores Yarmouth y Besborough, lady Warburton, sir H. Smyh, sir H. Peyton, sir W. Burgoyne, los coroneles Sheddon y Cotton, el general Phipps, etc., etc. Todos querían, y pagaron como pagan los ingleses un capricho, aquellas preciosas reliquias de un lujo refinado, aquellos objetos consagrados por el gusto de un hombre, aquellas bagatelas tocadas y usadas por Brummell. Lo que más caro pagó esa sociedad opulenta, en que lo superfluo había pasado á ser lo necesario, fué precisamente lo que menos valor tenía en sí, las fruslerías *(the knick-knacks)* que no son nada sino por la mano que las ha escogido y por el capricho que las ha engendrado. Brummell pasaba por tener una de las más numerosas colecciones de tabaqueras que ha habido en Inglaterra. Se abrió una

(1) En pública subasta.—(N. del T.)

en que se leía, escrito de su puño: «Yo destinaba esta caja al Príncipe Regente, si se hubiese portado mejor conmigo». La naturalidad de semejante frase hace subir de punto su impertinencia. Sólo las fatuidades de bajo vuelo carecen de sencillez.

Llegado á Calais, «asilo de los deudores ingleses», Brummell trató de engañar el destierro. Se había llevado en la huida algunos restos de su pasada magnificencia, y esos restos de una fortuna inglesa eran casi una fortuna en Francia. En casa de un librero de la ciudad alquiló una habitación y la alhajó con un gusto suntuoso, que recordaba su gabinete de Chesterfield-Street ó sus salones de Chapel-Street, en Park-Lane. Sus amigos —si es lícito escribir una palabra tan sincera, porque los amigos de un dandí son hasta cierto punto los chichisveos de la amistad— proveyeron á los gastos de su vida, que durante mucho tiempo conservó cierto brillo. El duque y la duquesa de York, con quienes había intimado más desde su ruptura con el príncipe de Gales, Mr. Chamberlayne y otros muchos, acudieron entonces y después nobilísimamente en ayuda del *Bello* desgraciado, demostrando así, con más elocuencia que nunca, la poderosa impresión que produjo en todos los que lo conocieron. Fué pensionado por los hombres á quienes cautivó, como un escritor ó un orador político lo son á veces por los partidos cuyas opiniones representan. No era nueva ni degradante en las costumbres inglesas, esa liberalidad. ¿No recibió Chatham una suma considerable de la vieja duquesa de Marlborough por un discurso de oposición? Y Burke mismo, que no tenía la grandeza de Chatham, y que hacía *bombast* (1) en materia de virtud como de elocuencia, ¿no aceptó del ministro, marqués de Rockingham, una propiedad que le valió el ser elegible para el Parlamento? Lo que era nuevo era el motivo de esa liberalidad; lo que era nuevo es que algunas personas recompensasen un placer sentido como se recompensa un servicio prestado; en lo cual no iban descaminadas, porque ¿puede hacerse mayor servicio á las sociedades aburridas, que proporcionarles algún placer?

Pero todavía hubo algo más asombroso que ese ejemplo de una gratitud siempre rara. El ascendiente del dandí no había muerto á manos de la ausencia; sobrevivía á su partida. Los salones de la Gran Bretaña se ocuparon de Brummell

(1) *Buches*, diríamos, conservando la frase, en castellano vulgar. *Bombast* es hinchazón.—(N. DEL T.)

desterrado tanto como cuando estaba presente, dictando sus decretos á esa sociedad que se somete al que la ama, pero que aplasta al que la abandona. La atención pública traspasaba la niebla, franqueaba el mar, y llegaba hasta esa ciudad extraña de la otra orilla donde el dandí se había refugiado. La *fashion* hizo más de una peregrinación á Calais. Allí se vió á los duques de Wellington, de Rutland, de Richmond, de Beaufort, de Bedford; á los lores Sefton, Jersey, Willoughby Eresby, Craven, Ward y Stuart de Rothsay. Tan soberbio como en Londres, Brummell conservó todos los hábitos de su vida exterior. Lord Westmoreland, pasando un día por Calais, le envió á decir que tendría mucho gusto en darle de comer y que la comida sería á las tres de la tarde. El *Bello* respondió que no comía nunca á esa hora, y desairó á su excelencia. Vivía, por lo demás, con la monótona rutina con que viven en el continente los ingleses ociosos, y en medio de una soledad tan sólo interrumpida por las visitas de sus compatriotas. Aun cuando no afectase altanería de aristócrata ó de misántropo, su cortesía respiraba tal solemnidad, que no atraía mucho á los hombres á quienes el azar lo acercaba: seguía siendo un extraño por la lengua (1), y lo era más aún por los hábitos de su pasado. Un dandí es más insular que un inglés, porque la alta sociedad de Londres es como una isla dentro de otra isla; y á mayor abundamiento, no ha de excederse allí en flexibilidad y en agrado el que quiera parecer distinguido. Con todo, á pesar de su reserva un poco orgullosa (1), resistía menos á las insinuaciones, cuando se le hacían con el aliciente de una buena comida. Su afición á la mesa, delicada como un gusto, y exigente como una pasión, fué siempre uno de los aspectos más desarrollados de su sibaritismo. Gracias á esa sensualidad, bastante común en los hombres espirituales, era menos intratable su vanidad; pero todo lo oscurecía

(1) Se conoce la broma de Scrope Davies á que Byron dispensó el honor de un eco en uno de sus poemas: «Como Napoleón en Rusia, Brummell, al aprender el francés, fué vencido por los *elementos*.» Es un poco fuerte; pero, en fin, es una broma. No dejó de ser incorrecto é inglés en nuestra lengua, como todas esas bocas acostumbradas á mascullar el guijarro sajón y á hablar á orillas de los mares; pero su manera de decir, corregida por la selección, ya que no por la propiedad de las palabras, y sus maneras de *gentleman* intachable, daban á lo que decía una distinción extraña y extranjera, una originalidad seria, aunque rara, que no dejaba de favorecerle.

(1) Los dandíes no rompen nunca completamente con el puritanismo original. Su gracia, por grande que sea, no tiene la *soltura* de la de Richelieu; no llega nunca hasta el olvido de toda reserva. «En Londres—dice el príncipe de Ligne—cuando uno es persona afable y corriente, pasa por extranjero.—(N. DEL A.)

su incomparable aplomo. «¿Quién es ese que le saluda á V., Sefton?» preguntaba á lord Sefton en un paseo público, y era el honrado provinciano en cuya casa comía él, Brummell, el día mismo que lo saludaba.

Vivió en Calais varios años, y probablemente ocultó muchos dolores bajo la capa de esa vanidad siempre prevenida. No dejó de sufrirlos también su inteligencia, viendo que le era imposible conversar, á él, hombre de conversación ante todo (1). Su espíritu, necesitado de la chispa del ajenjo para inflamarse, se hallaba huérfano de recursos. ¡Terrible angustia que ha sentido madame de Staël! El pensamiento de que su nombre llegaba á Londres, de que los más encopetados personajes de esa sociedad que ya no frecuentaba iban de cuando en cuando á llevarle algún recuerdo mezclado de una curiosidad imperecedera, no bastaba para indemnizarle de lo que había perdido. Pero la vanidad de un dandí, cuando sufre, es casi orgullo; enmudece, como la vergüenza. ¿Quién le ha tenido en cuenta eso al hombre frívolo? No sabiendo qué hacer quizá de facultades, inútiles para lo sucesivo, se consagró á una correspondencia con la duquesa de York, á quien pintó un abanico de chimenea sumamente

(1) Se *habla* varias lenguas, pero no se *conversa* familiarmente más que en una. París mismo no hubiera reemplazado á Londres para Brummell. Esto aparte de que París corre hoy parejas con cualquier otra ciudad en punto al cultivo de la conversación amena y chispeante (de la *causerie*). La conversación es aquí casi nula, y Mad. de Staël no estaría ahora muy prendada de su *arroyo de la calle del Bac*. En París todos se preocupan demasiado del dinero que no tienen, y se creen demasiado iguales para pensar en lo que hablan... Hay tan pocas ganas de derrochar el ingenio como cualquier otra cosa. En Londres el interés de hacer una fortuna agita y domina á muchos espíritus; pero á cierta altura existe una sociedad que puede pensar en algo más en que eso. Luego hay clases (clasificación buena ó mala, no hace al caso), y no se necesita más para poner en prensa el ingenio y hacer que brote su espuma. En una sociedad así ¡es menester tanta delicadeza para ser impertinente, y tanta gracia para que complazcan las cortesías! Ahora bien: las dificultades crean los héroes, y en París es demasiado fácil la vida de salón: todo se reduce á entrar y salir. Los escritores y los artistas, que deberían reanimar las sensaciones de los demás y tener siempre en su espíritu siquiera las limaduras de oro de sus trabajos, quedan tan deslucidos en sociedad como las gentes medianas. Fatigados de pensar durante todo el día, van á desentumecerse por la noche escuchando música que los absorbe como faquires, ó á tomar té como chinos. No conozco más que una excepción...

Brummell vino á París, pero no permaneció. ¿Qué podía hacer aquí? No gastaba ya el lujo que lo hubiera transformado de nuevo en un ser fascinador, así hubiese sido tan tonto y tan feo como el príncipe T... No le quedaban más que las maneras, cuya significación se pierde de día en día. El pasado de ese hombre hubiese sido totalmente incomprensible: ¡triste impresión para él, y triste espectáculo para los demás! Uno parecido ha dado la señora Guiccioli; y sin embargo, era mujer, y cuando se trata de una mujer, hay siempre sexo y nervios en nuestras opiniones. —(N. del A.)

complicado, con figuras inventadas por él. En Belvoir, en Oatlands, en todas partes lo habían colmado de favores los Duques; pero desde la traición de la fortuna, la Duquesa le atestiguó sentimientos que proyectan un rayo de seria ternura sobre esa brillante y árida vida (1). Brummell no lo olvidó jamás. Más aún: prece que, á no ser por la amistad de la duquesa de York, á quien había prometido no revelar lo que sabía de la vida íntima del Regente, hubiese escrito Memorias y rehecho así su fortuna; porque los editores de Londres le ofrecieron sumas inmensas por precio de sus indiscreciones. Ese silencio tan delicado (bien se lo hiciese guardar la Duquesa ó lo guardase de suyo) no traspasó grandemente la espesa capa de egoismo de Jorge IV. Verdad es que, cuando pasó por Calais, para ir á visitar su reino de Holanda (1821) dejó, con el abandono de un alma indiferente, que su séquito arreglase las cosas para una reconciliación; pero Brummell no cedió sino muy á remolque á esas combinaciones oficiosas. Como *la vanidad no nos suelta nunca, ni aun en el potro*, se negó á pedir audiencia al Príncipe, que no era á sus ojos más que un dandí muy inferior á él. Puesto al paso de Jorge, permaneció dolorosamente cohibido. El antiguo convidado de Carlton-House le vió sin la emoción que se experimenta al volver á ver á un compañero de la juventud—ese sentimiento sonriente del pasado, poesía para uso de los más vulgares.—Otra vez, como le ofreciesen una tabaquera que él recordaba haber pertenecido á la famosa colección de Brummell, pidió que se lo presentaran, y señaló la hora de la recepción para el día siguiente. ¿Qué habría pasado si lo hubiese visto? ¿Habría vuelto á reinar en Londres el *Rey de Calais*, como se llamaba á Brummell? Pero

(1) Son sentimientos singulares. No existe amistad entre las mujeres (¿por qué la verdad no es siempre original?), y un dandí es mujer en ciertos respectos. Cuando deja de serlo, es peor que una mujer para las mujeres; es uno de esos monstruos que llevan la cabeza encima del corazón. Hasta como amigo es detestable. Hay en el dandismo una frialdad, una sobriedad, un espíritu burlón, y una movilidad, aunque contenida, que deben prevenir inmensamente á esas máquinas dramáticas de lágrimas para quienes los enternecimientos son más aún que la ternura. En la primera juventud, menos les previene, por ejemplo, el odioso puritanismo. Los jóvenes muy graves agradan á las jovenzuelas. Subyugadas por una actitud y no pocas veces por un encogimiento que se domina para no ser notado, creen ver profundidad cuando miran al vacío. Delante de un dandí, delante de la ligereza del espíritu, piensa en esa otra ligereza de que hablan las madres delante de sus hijas haciendo repulgos. Sin embargo, á pesar de eso—y quizá por eso, porque no dominan á quien las domina—pueden muy bien enamorarse de un dandí; y, en general, ¿de quién no cabe enamorarse en esta vida? Pero aquí no se trata sino de amistad, es decir, de una elección más aún que de una simpatía.—(N. DEL A.)

al día siguiente, habiendo recibido Jorge IV despachos que le obligaban á adelantar su salida, se olvidó completamente de Brummell. La poca diligencia del dandí fué igual por lo menos á la indiferencia del Príncipe. Esa indolente repulsa de toda aproximación al rey de Inglaterra no dejaba de ser una falta, colocándose en el punto de vista de la política de la vida; pero, si no la hubiera cometido, Brummell hubiese sido menos Brummell (1).

Jorge IV no volvió á hablar después del dandí encontrado en Calais; cayó nuevamente en la letargia de los recuerdos. Brummell no se quejó; guardó ese firme y discreto silencio que es el buen gusto del orgullo; y eso que un alma más débil hubiese encontrado no pocos motivos de recriminaciones en los acontecimientos que siguieron. A muy poco se agotaron sus recursos de Inglaterra; vinieron las deudas; vino la miseria. Brummell iba á empezar á bajar esa escalera del destierro en medio de la pobreza, de que habla Dante, y á cuyo pie debía hallar la prisión, la limosna y un hospital de locos para morir. La mano que lo detuvo otra vez en los primeros peldaños de esa horrible escalera fué una mano real, la mano de Guillermo IV, cuyo Gobierno creó una plaza de Cónsul en Caen, y se la dió. Ese puesto, débilmente retribuido en un principio, acabó por no serlo nada á consecuencia de la incapacidad (1) desdeñosa de Brummell para desempeñarlo (2), y hasta se lo quitaron más tarde. Los Gobiernos, que deberían clasificar á los hombres, ¿creen haber hecho mucho por ellos, cuando los colocan en situaciones reñidas con su vocación? El tiempo que pasó Brummell en Caen fué una de las fases más largas de su vida. La nobleza de esa ciudad, acogiéndolo caluro-

(1) Involuntariamente piensa uno en los versos divinos (del *Sardanápalo)*:

If.....
.....thou feel'st an inward shrinking from this leap through flame into the future, say, it: *I shall not love thee less*; *nay*, *perhaps more for*, *yielding to thy nature*...

«Si sientes un estremecimiento interior al pensar precipitarte en el porvenir al través de estas llamas, dilo: *no te he de amar menos por eso, no; quizá te ame más por haber cedido á tu naturaleza.*» — (N. DEL A.)

(1) Más exacto sería decir: la *imposibilidad* desdeñosa.

(2) El necesitaba hombres que seducir, y le daban negocios que arreglar. Si el capricho, si la suerte loca de la mitad de su vida no lo hubiesen hecho refractario á todo lo que fuesen funciones y deberes públicos, quizá se hubiesen encontrado en él facultades de diplomático que poder utilizar. Decimos *quizá*; no afirmamos. Lord Palmerston ha demostrado sobradamente lo que puede ser el dandismo en política, cuando se trata de él sólo. Enrique de Marsay es una ficción bien tentadora; pero un destino creado por un poeta. No es decir que sea imposible; pero es el menos posible de todos los héroes de novela. — (N. DEL A.)

samente y rodeándolo de consideraciones, demostró que los antepasados de los ingleses eran normandos. Eso pudo templar, pero no evitar las angustias que amargaron sus últimos días. Mr. Jesse ha consignado esas humillaciones, esos dolores; nosotros los callaremos. ¿A qué contarlos? De lo que aquí se trata es del dandí, de su influencia, de su vida pública, de su papel social. Lo demás ¿qué importa? El que se muere de hambre sale de la atmósfera de afectaciones de toda sociedad para entrar en la vida humana: deja de ser dandí (1). Dobleemos, pues, la hoja; pero no sin hacer á Brummell la justicia de reconocer que fué dandí hasta donde puede serlo un hombre en medio de la pobreza y del hambre. La facultad que en él descollaba permaneció enhiesta mucho tiempo sobre las ruinas de su vida. Las restantes que no valían sino para sostenerla, armonizándose con ella, no sirvieron de nada para su gloria, ni de mucho para su felicidad. Así, era poeta; tenía el grado de fantasía indispensable para un hombre cuya vocación es agradar; pero las poesías que ha dejado, aunque nota-

(1) ¿Dejó él también de serlo alguna vez?... Cierto día, un veneciano, que se contentaba entonces con ser el Canova de la música, y que ha llegado á ser su Gustavo Planche — M. P. Scudo, actualmente de la *Revista de Ambos Mundos* — daba en Caen uno de esos conciertos en que, como bufón y como músico, disipaba sus facultades en pasmar á los imbéciles, si los imbéciles eran nerviosos. Quiso tener en su velada al dandí desterrado, que era aún una potencia *rue Guillebert*. Habiéndolo encontrado en casa de un amigo, lo invitó, y sacando del bolsillo su paquete de billetes (cosa de trescientos), lo abrió como un manojo de cartas, para ofrecerle algunos, cuando Brummell, con un movimiento soberano y con la naturalidad de un dandí que tiene el mundo por suyo, se apoderó de todos. «Jamás los pagó — dice M. Scudo — pero hizo aquella jugada de una manera admirable, y yo tuve una idea más acerca de Inglaterra á expensas de mi bolsillo.»

A poco tiempo de esto fué cuando se volvió loco, y como el dandismo, más poderoso que su razón, había penetrado todo el hombre, su locura se tiñó de dandismo. Tuvo la manía furiosa de la elegancia. No se quitaba ya el sombrero en la calle, cuando lo saludaban, por temor de desarreglarse la peluca, sino que devolvía el saludo con la mano, como Carlos X. Vivía en el *hotel de Inglaterra*. Ciertos días, con no pequeño asombro del personal del hotel, mandaba que le preparasen su habitación como para una fiesta. Arañas, candelabros, bujías, flores á granel, nada faltaba; y él, al fulgor de todas aquellas luces, ostentando toda la elegancia de su juventud, vistiendo el frac azul Whig con botones dorados, chaleco de piqué y pantalón negro, ajustado como el calzón del siglo XVI, estaba en pie en el centro, y esperaba... ¡Esperaba la Inglaterra muerta! De repente, y como si se hubiese decidido, anunciaba á toda voz al príncipe de Gales, luego á lady Connyngham, después á lord Yarmouth, y, en fin, á todos los altos personajes de Inglaterra cuya ley viva había sido; y creyendo verlos presentarse á medida que los llamaba, y cambiando de voz, iba á recibirlos á la puerta, abierta de par en par, de aquel salón vacío, por la cual ¡ay! no debía pasar nadie aquella noche, ni las siguientes; é iba saludando á esas quimeras de su pensamiento, y ofrecía el brazo á las mujeres que entre todos

bles para un dandí, no ilustrarían á un escritor (1). No tenemos, pues, que ocuparnos de ellas. En este estudio de un hombre tan especial á su modo, todo lo que no es la vocación misma, todo lo que no es el dedo de Dios sobre la inteligencia debe dejarse á un lado.

---

esos fantasmas acababa de evocar, y que á buen seguro no hubiesen querido abandonar sus tumbas ni por un instante para acudir á ese *raout* de dandí caído. Esa escena se prolongaba mucho tiempo... Cuando todo estaba lleno de fantasmas, cuando había llegado toda esa gente del otro mundo, acertaba á llegar también la razón, y el desgraciado se apercibía de sus ilusiones y su demencia, ¡y entonces caía en uno de aquellos sillones solitarios, donde lo sorprendían bañado en lágrimas!

Pero en el *Bon-Sauveur* esas locuras fueron menos conmovedoras. El mal empeoró y adquirió un carácter de degradación que parecía un desquite de la elegancia de su vida. Imposible contar nada... ¡Afrentosa ironía del terrible genio de la burla, oculto en el fondo de todas las cosas, que acaba por reivindicar su parte en la vida ligera de los que más se han burlado! El pabellón del *Bon-Sauveur* hizo pagar á Brummell el pabellón de Brighton. Entre esos dos pabellones está su vida! —(N. del A.)

(1) Mr. Jesse, á quien habrá que mencionar en adelante siempre que se trate de Brummell, cita en su libro versos del célebre dandí. Los había escrito Brummell en un álbum bellísimo donde habían escrito los suyos Sheridan, Byron y el mismo Erskine. No son versos de álbum, líneas trazadas rápidamente, sino composiciones bastante extensas, y en que circula cierto soplo de inspiración.—(N. del A.)

XII

Se sabe ahora qué vocación fué esa y cómo la cumplió. Había nacido para reinar por facultades muy positivas, aunque Montesquieu, en una hora de despecho, las haya llamado el *yo no sé qué*, en vez de definir lo que son. Por ellas dominó su época. Como diría el príncipe de Ligne, «fué Rey por la gracia de la gracia», pero con la condición, que pesa sobre cuantos anhelan influencia, de aceptar los prejuicios y aun, hasta cierto punto, los vicios de su tiempo. Confesión triste de hacer para los castos amigos de la verdad en todas las cosas: si su gracia hubiese sido más sincera, no hubiese sido tan poderosa, no hubiese seducido y cautivado á una sociedad sin naturalidad. ¿A qué grado de civilización refinada y de secreta corrupción no ha debido llegar, en efecto, la sociedad inglesa, para que sea exacta y profunda esta frase, dicha á propósito de un dandí como Brummell: *Desagradaba demasiado generalmente para no ser buscado?* (1) ¿No se ve aquí la comezón que experimentan á veces las mujeres enérgicas y libertinas

---

(1) Bulwer en *Pelham*.—(N. del A.)

de que las peguen? ¿Por ventura, la gracia sencilla, candorosa, espontánea, sería estimulante bastante poderoso para remover esa sociedad exhausta de sensaciones y agarrotada por preocupaciones de todas clases? Si uno se conservase tal cual es en semejante medio, ¿qué sería? Un ser apenas notado por algunas almas escogidas que se hubiesen conservado á su vez sanas y grandes (1): público ¡ay! muy inseguro. Pero somos vanidosos, queremos la aprobación de los demás: movimiento encantador del corazón humano, calumniado en demasía. He ahí quizá toda la explicación de las afectaciones del dandismo. No sería, pues, éste en definitiva, sino la gracia falseándose para hacerse sentir mejor en una sociedad falsa (2), es decir, si bien se mira, no sería más que el natural, harto violentado ciertamente, pero imperecedero.

Se ha dicho al comienzo de este escrito: el día en que se transforme la sociedad que produjo el dandismo, el dandismo habrá dejado de existir; y como ya, á pesar de ese apego á sus añejas costumbres, que parece una fatal esclavitud, la aristocrática y protestante Inglaterra se ha modificado mucho desde hace veinte años (1), el dandismo apenas es ya más que la tradición de un día. ¿Quién lo habría creído, ó, mejor, quién no hubiera podido preverlo? Esa modificación se ha producido siguiendo una pendiente invariable. Inglaterra, víctima de su vida histórica, después de haber dado un paso hacia el porvenir, vuelve á descansar en su pasado. Por mucho que se engolfe en el mar del tiempo, jamás rompe del todo —como el *Corsario* de su más gran poeta— la cadena que la sujeta á la orilla. Para ella, que todo lo conserva, que todo lo guarda, *marble*

(1) Como esa miss Cornel, por ejemplo, la actriz que Stendhal ha alabado tanto. Pero para descubrir la sencilla grandeza de aquel alma, rara como un diamante negro en Londres, se necesitaba un Stendhal, es decir, un hombre positivo espiritualmente hasta el maquiavelismo, pero que amaba la naturalidad como ciertos Emperadores romanos lo imposible.—(N. DEL A.)

(2) Y que carece del instinto de las bellas artes. Los nombres de Lawrence, de Romney y de Reynolds no sirven sino para hacer resaltar más esa indigencia. El pueblo romano no era artista, porque tuviese flautistas. En Inglaterra no existe el arte más que literariamente. Miguel Angel es Shakespeare. Como en ese original país todo es singular, el mejor escultor que ha producido era una mujer, lady Hamilton, digna de ser italiana, y que esculpía en el mármol del más hermoso cuerpo que ha palpitado jamás. Estatuaria extraña, que era también la estatua, y cuyas obras maestras han muerto con ella; gloria vitalicia que no ha durado más que las palpitaciones de la vida y la ardiente emoción de algunos días. Es otra página que está por escribir; pero ¿dónde encontrar la pluma de Diderot para trazarla? — (N. DEL A.)

(1) La primera edición de este estudio data de 1844.—(N. DEL T.)

to retain, tienen los hábitos una influencia avasalladora, extraordinaria: la sétima piel de la serpiente se parece siempre á la primera que mudó. Un momento créese desvanecida la huella de lo que ya no existe: se escribe en ese palimpsexto, y basta una circunstancia para que lo que se creía borrado reaparezca legible, claro y brillante. Hoy el puritanismo, á que el dandismo hizo una guerra de Partho con las flechas de su ligera ironía—más bien huyendo de él que atacándolo de frente—el puritanismo se levanta y restaña sus heridas. Después de Byron, después de Brummell—dos burlones de tan diversa especie, pero de influjo casi igual—¿quién no hubiese creído enterrada la antigua moral inglesa? Pues bien: no, no lo está. El inevitable, el inmortal *cant* ha vencido de nuevo. La adorable fantasía puede derramar en el vacío su sangre de esencia de rosas. Sucumbe bajo el peso de la naturaleza tenaz de ese pueblo aferrado á sus costumbres; sucumbe por la ausencia de esos grandes escritores que electrizan las imaginaciones y les comunican todas las audacias (1); sucumbe, en fin bajo el influjo que ejerce en la alta sociedad una reina joven que posee la afectación del amor conyugal, como Isabel poseía la de la virginidad. ¿Qué mejores fuentes de hipocresía y de *spleen*? El metodismo, que había pasado de las costumbres á la política, vuelve á pasar, á la hora presente, de la política á las costumbres. Un poeta, un hombre de raza, que debe á su nacimiento el valor facilísimo de tener una opinión independiente, como podría esperar de su talento una verdadera inspiración, lord John Manners, ¿no acaba de publicar un tomo de poesías en honor de la Iglesia establecida de Inglaterra? El ateo Shelley no contaría ya siquiera con la seguridad del destierro. El liberalismo de ideas, que había brillado en ese país del farisaismo altanero y del convencionalismo helado y engañador, como un rayo de la inteligencia de sus más grandes hombres, no ha lucido más que un momento fugaz, y la momia del sentimiento religioso, el formalismo, sigue reinando siempre en el fondo de su sepulcro blanqueado. De aquella bella sociedad, cuyo ídolo fué Brummell, porque era su expresión viva en las cosas del mundo, en las gratas y amenas relaciones de esa sociedad, no queda nada, toda ha muerto. Un dandí como Brummell no volverá á verse; pero hombres como él puede afirmarse

(1) No es completa esa ausencia de escritores, puesto que existe Th. Carlyle; pero ¡qué lástima que prefiera frecuentemente el éter sedativo del espiritualismo alemán á ese cabial excitante que gusta á los ingleses y produce sensaciones tan francas!—(N. DEL A.)

que siempre los habrá, aun en Inglaterra, cualquiera que sea la librea que el mundo les ponga. Atestiguan la magnífica variedad de la obra divina: son eternos como el capricho. La humanidad necesita de esos hombres y de sus atractivos tanto como de sus héroes más imponentes y de sus más austeras grandezas. Deparan á criaturas inteligentes el placer á que esas criaturas tienen derecho. Son un elemento de la felicidad de las sociedades, como lo son otros hombres de su moralidad. Naturalezas dobles y múltiples, de un sexo intelectual indeciso, en las cuales la gracia brilla más aún en el seno de la fuerza, y la fuerza se descubre todavía en el seno de la gracia: andróginos de la historia, no ya de la fábula, cuyo más hermoso tipo en la más hermosa de las naciones fué Alcibíades.

J. Barbey d'Aurevilly.

LAS MADRES

(RECUERDO DEL SITIO DE PARÍS)

Aquella mañana había yo subido al monte Valeriano á ver á nuestro amigo el pintor B..., teniente de movilizados del Sena. Precisamente estaba de guardia esa buena pieza. Imposible moverse de allí. Hay que quedarse paseando de arriba á abajo, como marineros de cuarto, ante la poterna del fuerte, charlando acerca de de París, de la guerra y de nuestros queridos ausentes... De pronto mi oficial, que bajo su uniforme de guardia móvil continúa siendo el mismo implacable zumbón de siempre, se interrumpe, se para, y cogiéndome del brazo, me dice en voz baja:

—¡Oh, qué hermoso Daumier! (1)

Y con el rabillo de sus ojuelos grises, súbitamente encendidos como los ojos de un perro de caza, me mostraba las dos venerables siluetas que acababan de aparecer en la explanada del monte Valeriano.

En efecto: un hermoso «Daumier». El hombre, con largo gabán de color de castaña, con cuello de terciopelo verdoso que parecía hecho de viejo musgo de los bosques, flaco, pequeño, rojizo, frente deprimida, ojos redondos, nariz en forma de pico de lechuza. Una cabeza de pájaro encogido, solemne y estúpida. Para concluir, un saco de mano de alfombra floreada, de donde salía el gollete de una botella, y debajo del otro brazo un bote de conservas alimenticias, el eterno bote de hoja de lata que los parisienses ya no podrán ver nunca sin pensar en sus cinco meses de bloqueo... De la mujer no se veía de primeras sino una gigantesca capota y un chal viejo, ajustado

(1) Pintor de género, á cuyo estilo se parecen las dos figuras protagonistas del presente cuadrito de costumbres.—(N. DEL T.)

estrechamente á ella de alto á bajo, como para modelar bien su miseria; luego, de vez en cuando, por entre los lacios bullones de la capota, la punta de una nariz picuda que traspasaba, y algunos cabellos grises y escasos.

Al llegar á la meseta, el hombre se detuvo para alentar y enjugarse la frente. Sin embargo, allá arriba no hace mucho calor durante las brumas de fines de Noviembre; ¡pero habían venido tan de prisa!...

La mujer no se detuvo. Marchando en derechura hacia la poterna, quedósenos mirando un minuto con vacilación, como si quisiera hablar con nosotros; pero, intimidada sin duda por los galones del oficial, prefirió dirigirse al centinela, y oí que pedía con timidez ver á su hijo, un guardia móvil de París «de la sexta del tercero».

—Espere V. ahí—dijo el faccionario;—voy á hacer que le avisen.

Rebosando de alegría, con un suspiro de alivio á sus ansiedades, se volvió junto á su marido, y ambos fueron á sentarse á un lado, al borde de un talud.

Tuvieron que aguardar mucho tiempo. ¡Ese monte Valeriano es tan grande, con tal complicación de patios, glacis, bastiones, cuarteles y casamatas! Echaos á buscar á un móvil de la sexta por aquella ciudad enmarañada, suspensa entre cielo y tierra, y flotante en espiral en medio de las nubes como la isla de Laputa. Sin contar con que á la sazón el fuerte está lleno de tambores, de trompetas, de soldados que corren, de herraduras que suenan. Es el relevo de la guardia; son las faenas, la distribución; un espía ensangrentado, á quien los francotiradores traen á culatazos; campesinos de Nanterre que vienen á quejarse al General; una estafeta que llega al galope, transido el jinete y chorreando el animal; jamugas que regresan de las avanzadas con los heridos que se balancean en los hijares de las mulas y gañen dulcemente como corderillos enfermos; marineros que izan una pieza nueva al son del pífano y de los «¡ah... oh!»; el rebaño del fuerte, á quien lleva por delante un pastor de pantalón encarnado, cayada en mano y fusil en bandolera; todo ello va y viene, se entrecruza por los patios, se abisma por la poterna como por la puerta baja de un fondak del Oriente.

—¡Con tal de que no se olviden de mi chico!—decían durante este tiempo los ojos de la pobre madre; y cada cinco minutos se ponía de pie, acercábase discretamente á la puerta y lanzaba una mirada furtiva al antepatio, arrimándose contra la muralla; pero no se atrevía á

volver á preguntar nada, por miedo de poner en ridículo á su hijo. El hombre, aún más tímido que ella, no se movía de su rincón; y cada vez que su compañera regresaba para sentarse con el corazón angustiado y el ánimo abatido, veíase que él la regañaba por su impaciencia y que le daba un montón de explicaciones acerca de las necesidades del servicio militar, con gestos de imbécil que presume de entendido.

Siempre he sido ávido de curiosidad por estas breves escenas silenciosas é íntimas, que se adivinan más que se ven, de esas pantomimas de la calle que se codean con vosotros al andar y que con un gesto os revelan toda una existencia; pero lo que más me cautivaba en el presente caso era la torpeza, la simplicidad de mis personajes, y sentía verdadera emoción al seguir á través de su mímica, expresiva y límpida como el alma de dos actores de Serafín, todas las peripecias de un adorable drama familiar...

Veía yo á la madre diciéndose una mañanita:

—Me carga este M. Trochu con sus consignas... Hace tres meses que no he visto á mi hijo... Quiero ir á abrazarle.

El padre, tímido como si estuviera de prestado en la vida, congojoso ante la idea de los pasos que habría que dar para proporcionarse un permiso, había tratado al pronto de disuadirla con razones.

—Piénsalo bien, querida. Ese monte Valeriano está en los quintos infiernos... ¿Cómo harás para llegar allí sin coche? Además, ¡es una ciudadela! No pueden entrar las mujeres.

—Pues yo entraré,—dijo la madre; y como hace todo cuanto quiere, el hombre se puso en camino, fué á la comandancia correspondiente del recinto, á la alcaldía, á las oficinas del Estado Mayor, á ver al Comisario, sudando de miedo, yerto de frío, tropezando en todas partes, equivocándose de puerta, formando cola un par de horas en una oficina..., y resultando al cabo que no era allí. A la postre regresó al anochecer con un permiso del Gobernador militar en el bolsillo... A la mañanita siguiente, levántanse con el alba, con frío, con luz artificial. El padre hace crujir entre sus muelas un currusco de pan para entrar en calor; pero la madre no tiene hambre. Prefiere desayunar allá con su hijo. Y para obsequiar un poco al pobre guardia móvil, amontonan de prisa y corriendo en el saco de mano las últimas reservas de los víveres del sitio, chocolate, dulces, botellas de vino lacradas, todo, hasta el bote de conservas, un bote de ocho francos que se

reservaba preciosamente para cuando viniesen los días de gran escasez. Y en seguida, andandito los dos. Al llegar á las murallas acababan de abrir las puertas. Fué menester enseñar el permiso. La madre es quien tenía miedo... ¡Pero no! Parece que todo estaba en regla.

—¡Dejad pasar!—dijo el ayudante de servicio.

Solamente entonces respiró ella:

—¡Qué fino ha estado ese oficial!—Y ágil como una perdiz, trota y se apresura. El hombre apenas puede seguirla al paso:

—¡Cuánto corres, querida!

Pero ella no le escucha. Allá arriba, entre los vapores de la lontananza, el monte Valeriano le hace señas:

—¡Llega pronto... aquí está él!

Y ahora que ya han llegado, surge nueva angustia:

—¡Si no lo encontrarán! ¡Si no podrá venir!...

De pronto la vi estremecerse, tocar en el brazo al viejo y levantarse de un salto... Desde lejos había conocido su paso, bajo la bóveda de la poterna.

¡Era él!

Cuando se presentó, toda la fachada del fuerte parecía luminosa.

Un buen mozo, ¡á fe mía!, apuesto y gentil, con la mochila al hombro y el fusil en las manos... Acercóse á ellos, con el rostro radiante y exclamó con voz varonil y alegre:

—¡Buenos días, madre!

Y en el acto, saco, manta, fusil, todo desapareció bajo las inmensas alas de la gran capota. En seguida llegó al padre su turno, pero no fué largo. La capota colosal lo quería todo para ella: era insaciable...

—¿Cómo estás?... ¿Vas bien abrigado?... ¿Qué tal andas de ropa blanca?

Y por debajo de los bullones de la capota, imaginaba yo la amplia mirada de amor con que le envolvía de piés á cabeza, entre una lluvia de besos, de lágrimas y de sonrisas; unos atrasos de tres meses de ternura maternal que le pagaba ella á él de una sola vez. El padre estaba muy conmovido, pero no quería aparentarlo. Comprendía que nosotros le mirábamos, y nos guiñaba el ojo como para decirnos:

— Dispensadla... es una mujer.

¡Y tanto como yo la excusaba!

Un toque de clarín vino á apagar de súbito esta hermosa alegría.

—Llaman...—dijo el muchacho.

—Es preciso que me vaya de aqui.

— ¡Cómo! ¿No almuerzas con nosotros?

—¡Pues no! No puedo... Estoy de guardia veinticuatro horas en lo alto del castillo.

—¡Oh!— exclamó la pobre mujer. Y no pudo añadir más. Se que-

daron los tres un momento, mirándose con aspecto consternado.

—Por lo menos, llévate el bote de conserva—dijo al punto el padre con voz desgarradora, con una expresión á la vez conmovida y cómica de gula sacrificada. Mas, hete aquí que, con el trastorno y la emoción de los adioses, no encontraban ya aquel maldito bote; y daba lástima ver aquellas manos febriles y temblonas que buscaban y se agitaban; oir aquellas voces entrecortadas de lágrimas, preguntando: ¡El bote! ¿Dónde está el bote? Sin avergonzarse de mezclar este pequeño detalle casero con aquel intenso dolor... Encontrado el bote, hubo un postrero y largo abrazo, y el hijo volvió á entrar corriendo en el fuerte.

Recapacitad que habían venido desde bastante lejos para ese almuerzo, que se prometían de él una gran fiesta, que la madre no había dormido en toda la noche, y decidme si conocéis algo más triste que aquella partida de campo fracasada, aquel rinconcito de paraíso que se entrevé y se encierra á escape tan brutalmente.

Aún aguardaron por algún tiempo, inmóviles en el mismo sitio, con los ojos siempre clavados en aquella poterna por donde acababa de desaparecer su hijo. En fin, el hombre se removió, dió media vuelta, tosió dos ó tres veces con aire resuelto, y una vez seguro de su voz, dijo á gritos y con decisión:

—¡Vamos, madraza; en marcha!—En seguida nos hizo un gran saludo y agarró el brazo de su mujer... Yo los seguí con la vista hasta el recodo del camino. El padre tenía aspecto de furioso; esgrimía el saco de mano con gestos desesperados... La madre parecía más tranquila. Caminaba junto á él, con la cabeza baja y los brazos colgantes. Pero por momentos parecíame ver estremecerse convulsivamente su chal sobre sus estrechos hombros.

ALFONSO DAUDET.

DE LA ESCLAVITUD EN ESPAÑA

Que desde remotísimos tiempos ha existido la esclavitud en todas las naciones, nadie puede negar con razón ó apariencias de ella. Es la historia de la triste y sufrida humanidad; opresores que no han querido que cese la opresión por conveniencia propia siglos y siglos, y oprimidos sin más recurso que la resignación ó la tardía esperanza de cobrar la libertad por su trabajo ó por la benevolencia de la condición de sus dueños.

Voy, pues, á hablar de la esclavitud dentro del cristianismo y especialmente de lo que á España pertenece desde el siglo XVI hasta los principios del presente, asunto merecedor de grandes meditaciones, de desengaños y de contrariedades inverosímiles. Soy el primero que ha emprendido este estudio con constancia y no del todo adversa fortuna, como se verá, en cuanto á noticias recónditas buscadas y adquiridas las más por no usados caminos, y que forman un cuadro novísimo de las costumbres sociales de España en tres siglos con respecto á la esclavitud.

Dos poderes, desde los tiempos de algunos de los primeros Césares de Roma, intentaron, cuando menos, dulcificar la servidumbre mísera que tantos y tantos experimentaban: uno era el de la filosofía gentílica, otro el de la filosofía cristiana.

Séneca, en una de sus epístolas á Lucilio, filósofo y su amigo venía á decir, volviendo por la dignidad del hombre y en sus deseos de practicar el bien por el bien, doctrina tan aproximada á los krausistas:

«Con regocijo supe por aquéllos, que me envías, que con tus siervos vives, como en familia, acción correspondiente á un varón de tu pru-

dencia y sabiduría; siervos son también hombres; siervos son igualmente tus comensales; siervos son asimismo tus humildes amigos; siervos son, pues, tus compañeros, y si piensas en todos, nos hallamos sometidos á las veleidades de la fortuna.»

Recuerda los testimonios de lealtad de los esclavos, y que en su siglo no se dejaba á esos míseros hablar de noche para que no murmurasen de sus señores, y comparando tiempos con tiempos, exclama: «Pero cuando se les permitía hablar ante sus dueños y con sus dueños mismos, estaban prontos á morir por ellos; y si en los banquetes proferían sus juicios, callaban en los tormentos.»

Para fortificar á Lucilio en la creencia de que debieran ser tratados como hombres, decía: «Quieres considerar que aquél á quien tú llamas esclavo, ha nacido de la misma semilla, goza del mismo cielo, igualmente respira, igualmente vive é igualmente muere.»

Por último, previene un contrario argumento exponiendo con gran ingenio y verdad estas razones á Lucilio: «Quizás me opondrás que anhelo que recuperen su libertad los esclavos y que se prive de su autoridad á los señores, cuando aconsejo y procuro que te honren y que no te teman... Satisfaciéndose Dios con ser amado y engrandecido, esto debe satisfacer á los dueños, porque en amor y miedo, hay incompatibilidad. Procedes excelentemente en huir de que te tengan temor y en darles la corrección por medio de palabras; pero la malicia nos ha dado condición tan violenta, que nos enciende en cólera cuando algo contra nuestro gusto se ejecuta.»

Aquí se escuchan las vehementes expresiones de un filósofo pagano. Pues ahora conviene oir los sublimes conceptos del Apóstol de las gentes: de San Pablo.

En su epístola á los de Éfeso, ¿qué aconseja á los siervos, dirigiendo una elocuente lección á los señores?

«Siervos, obedeced á vuestros dueños temporales con temor, y respeto y sencillez de corazón, como á Cristo.

»Y este servicio prescribe que sea con buena voluntad como al Señor y no como á los hombres, sabiendo que cada uno recibirá de él cuanto bien ó mal hiciere, ya sea siervo, ya libre.»

A Timoteo escribía en la primera de sus epístolas:

«Todos los siervos que están bajo el yugo estimen á sus señores por dignos de toda honra, para que el nombre del Señor no sea blasfemado.»

Esto se refería á los esclavos de gentiles.

A los que lo eran de cristianos les previene que sean fieles, que no los tengan en poco porque son hermanos, y antes sírvanles mejor porque son fieles y amados.

Cuando escribe á Filemón, cristiano, de que se había huido su esclavo Onésimo, cristiano igualmente, por él, le ruega y reconoce el derecho que sobre su persona tenía como tal esclavo, no obstante que fuese su hermano por el bautismo.

Así, pues, ni por la filosofía ni por la luz cristiana, se realizó en el Imperio romano la redención del esclavo, porque la esclavitud prosiguió como una de las costumbres fundamentales de la sociedad, sin que pudiesen prevalecer los ejemplos de almas grandes que, dejándose llevar de los caritativos impulsos de su corazón, manumitiesen á sus siervos con mayor frecuencia de la que ocurría en los tiempos del gentilismo.

En los de la decadencia del Imperio romano, aún permanecían en España aquellos siervos ó colonos libres que habían sufrido tantas miserias y maltratamientos, siendo el nombre de *Bagaudas* en el siglo de la feroz invasión de los bárbaros un título tan de menosprecio, que por él se creían los invasores más autorizados aún que lo que podían por la fuerza de las armas, para ejercer sobre ellos todo género de crueldades.

Los esclavos personales, durante la última parte del período de la dominación visigoda en España, eran mirados con más humanidad que en el dominio de los gentiles y hasta en el de los cristianos del Imperio de Roma.

No hay duda en que los reyes adquirieron confianza en su mucha fidelidad, cuando por una ley se ordenó que los godos ó romanos, dueños de esclavos, les diesen armas en ocasiones de guerra, poniéndose aquéllos al frente, con lo que se aumentaba el ejército. Y no consta que esos esclavos faltasen á su lealtad. Al contrario, los dueños, con el perjuicio que se les seguía por la pérdida de ellos, ó por incurables heridas ó mutilación de miembros, ó por la libertad concedida en premio de su valor, procuraban evadir el precepto del Código militar que les imponía la obligación de convertir en soldados la décima parte de sus siervos.

Dejando de ser cosas, se enaltecían hasta el ejercicio de cargos importantes en el palacio regio. Así consta del Concilio XI de Toledo, reinando Egica, que prohibió dar oficios palatinos á libertos que no lo fueran del Fisco. En éstos prestaban su servicio en la corte como

pudieran prestarlo los esclavos en el serrallo del califa de Damasco.

En la Edad Media, no obstante los señores de horca y cuchillo *(cuchillo*, entiéndase bien y no hacha, porque á nadie se decapitó con ésta ni mandoble, salvo las licencias ó ignorancias de pintores y poetas), se modificaron en algo las costumbres.

D. Alonso X, en su Código venerando (tít. 5.° de la Partida IV), quitó el absoluto dominio del señor sobre el siervo, pues estableció que aquél no debe matarlo, *maguer lo ficiere porqué, sin mandamiento del juez del logar.*

En esto siguió al emperador Antonino, que por una constitución quiso que no se pudiese dar muerte á los esclavos, sino en casos expresados por las leyes.

¿Qué pasó al emperador Augusto, dueño del Universo entonces conocido, y uno de los monarcas más absolutos? Que en un banquete á que asistió, dado por un opulento senador, éste se indignó ó exageró su indignación contra un esclavo que involuntariamente había roto un bellísimo jarro de pórfido. Y de tal manera creció su ira ó su anhelo de ostentar su señorío, que ordenó, en presencia del César mismo, que los otros esclavos se apoderasen de la persona de aquel malaventurado, é inmediatamente lo arrojasen vivo al lago ó estanque de las murenas para su pasto.

Muy á mal llevó el César la acción; pero como el senador usaba de su derecho, no pudo dar orden en contrario. Había aquél dispuesto de lo que ilimitadamente era suyo al condenar á muerte á su esclavo. Y sólo sí, para manifestar su disgusto, se retiró al punto sin articular una queja ó desaprobación y respetando una ley á que no podía sobreponerse.

Y se había sobrepuesto á cuantas quiso; pero aquel hombre pertenecía á la condición de esclavos y no merecía que un Emperador violase el derecho por cosa de tan ninguna importancia.

En España tenían siervos los magnates, los tenían los monasterios, los tenían los prelados y hasta los eclesiásticos particulares, colonos adheridos al término que cultivaban, cuyos poseedores los vendían con el mismo.

Después de satisfacer la renta, podían con lo sobrante juntar para su rescate y hasta contraer matrimonios con mujeres nobles.

Pero la servidumbre personal, cuyo origen casi siempre estaba en el cautiverio, no dejaba de tener cierta libertad, cual era la de poderse casar ya los esclavos con esclavas, ya con personas libres. A veces acontecía que dos esclavos

casados, cada uno había distinto señor, caso en que se debía compeler á uno de los dueños á que comprase ó á que vendiese, y si ambos se negaban, la Iglesia estaba obligada á la compra.

La voz *esclavo*, española, está tomada de la de *sklevos*, griega, y la de *esclavitud*, de *sklavia*.

Para asegurarse de que no tuviesen fácil huida, los dueños los sometían comúnmente en su crueldad con un sello ardiente en la cara, en que para explicar que el así sellado era un esclavo, le ponían una *ese* y dentro de ella un *clavo*.

De castigos, horrorizan los que permanecían en España durante los siglos XVI y XVII. El elocuente agustiniano de Sevilla, Fr. Pedro de Valderrama, en sus *Ejercicios de Cuaresma*, así nos habla de uno de ellos sin dar muestras de compasión:

«Acontece—dice—que tiene un hombre honrado un esclavo, ladrón incorregible, á quien no puede ya sufrir. Para castigarlo llama un verdugo. Cierra las puertas y ábrelo á azotes, y derrítele un hacha encima para que, pringándolo, aprenda á ablandarse el que es tan duro y emperrado; pero nunca los hombres ordinariamente castigan á sus esclavos con su propia mano, cuando quieren que el castigo sea muy atroz.»

En cuanto á los esclavos, todos de origen mahometano en la Edad Media, unos, y eran quizás los menos, recibían el Sacramento del bautismo más bien por conveniencia que por convicción. Además que personalmente, tratando á lo humano el asunto, no veían la ganancia, pues no por ello conseguían inmediata ni aun más lejana á veces la libertad. El ejemplo contrario de lo que los mahometanos usaban con los cautivos de nuestra religión que se convertían á la de ellos, lo debían tener muy presente. No sé si debe creerse la malicia de un poeta del siglo XV, pero esos siervos, en casas de magnates y otros caballeros de menos alta guisa, solían ser hasta cierto punto peligrosos. Recordemos que en el Cancionero de burlas hay unas coplas del esclavo Jorgico, á quien su señora le decía:

Canta, Jorgico, canta,

y él acostumbraba responderle:

No quiere cantá.

Su propósito era conseguir los secretos favores de su señora, en tanto que el marido lidiaba en la Tierra Santa, ó en hábito de peregrino caminaba á visitar el sepulcro de Jesucristo.

Notorio es á todos que en la conquista del Nuevo Mundo se consideraron esclavos á aquellos indios,

si bien luego se modificaron con leyes más benévolas la dureza de la esclavitud primera, desgraciadamente en los más de los reinos pura teoría por la codicia de los gobernantes.

Entonces con las navegaciones y descubrimientos de los portugueses por las tierras africanas, se introdujo en el país de ellos como en el nuestro y en los señoríos de América la esclavitud de los negros.

La esclavitud se había ido más y más acrecentando en Europa desde los siglos anteriores. Juzgábase una verdadera represalia de la que ejercitaban contra los cristianos los turcos y moros incesantemente.

La impotencia de nuestras armas para obtener en aquellos días grandes y trascendentales victorias sobre los infieles, dió ocasión á dos caritativas fundaciones: las órdenes de Nuestra Señora de la Merced ó Misericordia y de la Santísima Trinidad, para redimir cautivos cristianos.

Adonde no podía llegar la fuerza llegaba la religión de aquellos frailes, que se consagraban á predicar, á recoger limosnas y acudir al rescate de los cautivos, con la obligación de dar su libertad personal por alguno, caso de ser imposibles los medios para su redención, ó quedándose á veces en rehenes hasta completar la suma de los redimidos, empresa admirable, pues entregando su libertad y aun la vida por sus hermanos, se acercaban más y más á Jesucristo. En materias de amor al prójimo, esta era una de las eminentes.

Mas con la sucesión de los tiempos, vinieron á hacerse por algunas naciones poderosas tratados con monarcas mahometanos, con que en mucho empezaron á disminuirse la cautividad y aquellos constantes apresamientos de barcos, aquellos asaltos por nuestras costas y aquellas crueldades.

El P. Haedo, en su *Topografía de Argel*, nos retrata los sufrimientos de los cautivos cristianos de todas naciones en aquella ciudad y aquel Estado de corsarios.

Los religiosos de ambas órdenes deseaban libertar los cuerpos de sus hermanos, y del peligro sus almas, porque muchos de los cautivos renegaban, ó por flaqueza de fe ó por no sentirse con valor para tolerar trabajos excesivos y los tratamientos rigurosísimos de sus amos.

Libertad, protección y lisonjas afectuosas, por considerarlos los infieles como personas inspiradas de Dios para aceptar la ley de Mahoma, les aguardaban, en vez de cadenas, prisiones, duros alimentos y palos.

Con la conversión aparente eran

ya libres y podían vivir independientes.

Bastantes de estos renegados, algunos de los cuales llegaron á ser corsarios más terribles y feroces que los mahometanos mismos de nacimiento, y de que se leen famosos ejemplos en las historias, permanecieron en tierras de infieles en el goce de riquezas y comodidades, pero otros, cuando podían, no deseaban proseguir en aquel género de vida, y convidados del amor de la religión, patria y familia, tornaban á ellas cuando tenían ocasión, pues los huidizos terriblemente eran castigados si se les malograban sus designios.

Al volver á España, justificando ante el Santo Oficio de la Inquisición con cartas de Padres Redentores, que por debilidad de ánimo se habían sometido al mahometismo, y que ocultamente se mostraban cristianos entre cristianos, y protegido á los cautivos, y hasta tratado con el cariño de hermanos á los que poseían, aquel Tribunal, con muy moderadas penas espirituales y ejercicios de desagravio á Dios, los admitían á reconciliación sin notas infamantes y sin salir á autos públicos, facilitando con esta benignidad que volviesen al seno de la Iglesia muchas de aquellas personas.

Mas esas instituciones de caridad tan verdaderamente divinales, ya en los inmediatos tiempos al nuestro, donde las armas europeas se imponían en las más de las ocasiones á los agarenos, cuyo poderío empezaba á decaer, vinieron á convertirse en un mal, porque aumentaban la codicia de los infieles para multiplicar sus empresas de cautiverio, las sorpresas de nuestros buques, el saqueo de los lugares vecinos á las playas y hasta el atropello de los tratados con sus amigos los franceses é ingleses.

La compra de esclavos era un negocio muy lucrativo para los argelinos en término primero; por eso lo continuaban, mientras no llegó la hora de que nuestras fuerzas marítimas, acrecentadas, les dieron á entender que aquel interés ya no era tan seguro, porque se aventuraban á riesgos de muerte.

No puedo pasar en silencio la notable y poco conocida carta del marqués de la Mina al de la Ensenada, escrita en Barcelona el 24 de Noviembre de 1750.

Acababa de permitir el Rey que las religiones calzada y descalza de la Merced y los Trinitarios hiciesen una redención copiosa, que según el de la Mina excedería de un millón de pesos fuertes, con las limosnas que se esperaba obtener para la libertad de esclavos.

«Mirando sólo al individuo, de-

cía, no es negalle que se le hace un gran beneficio sacándole de aquel trabajo, pero si atendemos á la especie, *no hay piedad más tirana ni obra tan injusta, pues de cada esclavo que se redime resultan muchos cautivos:* el riesgo continuo de las marinas, la invasión de los pueblos, la profanación de los lugares sagrados, la pobreza de los vasallos y todos los sacrilegios y males que vaticinan estos principios» (1).

El marqués de la Mina ejercía el mando superior en Cataluña y hablaba por experiencia propia. «El encargo en que me hallo—proseguía—me enseña los desvelos, las cautelas y las tropas que me cuesta poner y ocupar para que los corsarios no insulten la costa, no saqueen las casas y los lugares inmediatos á las playas, y aun sorprendan los caminantes por los despoblados vecinos á las calas. Y como todo lo expresado se ha visto más de una vez, ni es pánico, ni terror, ni exajerado celo.

»El modo más seguro de hacer las redenciones es evitar que haya esclavos, y si la creada suma de que se trata se emplease en un armamento naval, sería más útil, más seguro y más digno de la soberanía del Rey, que entonces pondría en respeto su nombre y en reconocida obligación á toda Italia.»

El marqués de la Ensenada presentó el papel que, entre otras, inclina estas poderosas razones al Rey D. Fernando VI, quien entendiendo ser asunto muy delicado, lo pasó á informe de su confesor el P. Francisco Rávago. Este combatió por escrito las cartas del marqués de la Mina, probando que en la ley natural, en la ley escrita y mucho más en la de Gracia, estaba el redimir cautivos: habló del peligro de las almas, de los que apostataban por miedo del trabajo y crudos castigos: citó á los Santos Padres que aconsejaban las redenciones, y negó que ascendiese la solicitada á la suma de un millón de pesos fuertes, y sólo sí á la de 130.000 pesos fuertes recogidos en término de once años, desde 1739 en que hicieron los Padres Trinitarios su misión última.

No prevaleció el intento del marqués de la Mina, pero las experiencias posteriores han venido á dar la razón á este magnate, de tanto valor en el campo como de libertad en palacio para decir verdades.

Volviendo al siglo XVI, la esclavitud continuaba en España, y para ver de qué modo, cumple narrar aquí lo que aconteció á Felipe II.

Un día de Diciembre del año de 1575, recibió esta carta de su her-

(1) *Biblioteca colombina*, tomo LXXXI de varios en folio.

mano D. Juan de Austria, que con armada numerosa se hallaba en las aguas de Nápoles.

Merece leerse íntegro el documento:

«En las galeras hay algunos forzados condenados á vida, y otros á tiempo que por edad y enfermedad han venido á ser inútiles para el servicio de V. M., haciéndole la misma costa que si fuesen á propósito para serville.

»Destos ha habido algunos que, ayudados de su industria *han alcanzado facultad para poder poner en su lugar un esclavo*, y de los tales han acudido algunos á pedirme que les dé libertad *poniendo en su lugar un esclavo;* yo, informándome primero si para ello hay inconveniente notable de los oficiales de V. M.; y hallando que los delitos porque fueron condenados en esta pena, no son atroces, con parecer de dichos oficiales, he dado libertad á algunos, *poniendo en su lugar á esclavos;* y por parecerles que para armar las galeras será buen arbitrio ese, teniendo cuenta con que los condenados por delitos atroces no sean oídos, admito á algunos á esta manera de composición.

»V. M. verá si es servido que se use de él con los que verdaderamente consultare que no están para servir, y me avisará su voluntad para que en todo la siga.»

No puede hallarse un más vivo testimonio de lo que importaba un esclavo, fuese infiel, fuese pagano, y hasta negaron admitir como sustitutos de criminales, para que por ellos cumpliesen condenas tan rigurosas como la de servir en galera, atados al banco y remo. Desde luego, sin obstáculo creyó D. Juan de Austria que podía hacerse.

Nos parece ver á Felipe II en su severidad al enterarse del contexto de tal carta, y más con el dictamen marginal de Antonio Perez:

«Que parece inconveniente y que así no se haga en ninguna manera.»

El Rey escribió de su puño y letra en su carta lo que sigue, volviendo por los fueros de su dignidad real que creía menoscaba, aunque involuntariamente, por su hermano:

«Así, y es de consideración por, que dispensar con las culpas, con los que están condenados á galeras por vida ó por tiempo, *no conviene ni lo debe hacer nadie sino yo*, como sabéis, aunque den esclavos; y cuando se haya tratado de ello me lo avisad, y convendría que se hallase algún letrado en ello (1).»

Pero cuando faltaba chusma de forzados para galeras en el mismo

(1) Documentos inéditos para la historia de España.

siglo de Felipe II, se puso en práctica un medio á fin de obtener á poca costa brazos para los remos con esclavos voluntarios y temporales, cogidos por el interés y el azar.

En las playas del puerto, donde surtas se encontraban las galeras, erigíase un dosel con las armas reales, debajo se colocaban un sillón para un oficial y una mesa con tapete y sobre ella dados y barajas. Acudía la gente perdida y poníanse á jugar dos, ya á los unos ya á las otras. El que ganaba, llevábase un bolso que el oficial le entregaba, y el que perdía, acto continuo era llevado á las galeras como esclavo por el tiempo del empeño (1).

En algunas partes, cuando no había quien quisiera ejercer el oficio de verdugo por la retribución correspondiente, se remediaba esta necesidad comprando un esclavo que lo fuese. Así sucedió en Cádiz, pues en 1618 ejercía ese ministerio el esclavo Domingo Castroverde.

En 1666 se compró del mismo modo otro esclavo. No se podía abusar más de la esclavitud (2).

Cádiz hallábase en ciertos tiempos, como el año de 1616, muy en recelo porque había en la ciudad más de trescientos moros esclavos y otros quinientos negros, esclavos también, en tanto que frente á Arenas Gordas se hallaban surtas muchas naves artilladas, con cinco mil turcos y moriscos expulsos de estos reinos, corriéndose el peligro de que en inteligencia con aquéllos y en una ciudad muy mal fortificada, pudiesen invadirla por sorpresa los enemigos.

Un regidor solicitó que el corregidor y capitán á guerra de Cádiz, hiciese salir desde luego á moros y turcos cautivos ó libres, y así se pidiese á Felipe III. El Municipio, en este sentido, dictó un acuerdo.

En 1637 vino orden para que los esclavos cristianos, negros, mulatos é indios que en ella había, se remitiesen á las galeras.

No se conformó el Municipio con que los dueños quedasen de esta suerte desposeídos de sus esclavos, y gestionó cerca del Rey y de los del consejo, que el mandato se revocase.

Diez años después, renovóse. Pero ya antes se habían dado ostensibles y previsoras muestras de temores con los esclavos. En 10 de Mayo de 1614, el corregidor de Cádiz había mandado publicar bando, para que después de dadas las oraciones no pudiesen andar aquellos que fuesen moros por las calles, advirtiendo que sufrirían el castigo de prisión. El propósito se dirigía á

(1) Jorge Bruin en su *Teatro de las ciudades de Europa*, artículo de Cádiz.

(2) Actas del Ayuntamiento.

evitar que huyesen de la ciudad. Esta era entonces abierta, de manera que por el mar, y desamarrando algún barco pequeño y con la cercanía de Tánger, muchos solían fugarse con el favor de las sombras de la noche ó cautivando á sus guardas, ó dueños ó dándoles muerte.

En 1646 el conde de Frigiliana, gobernador de Cádiz, previno de orden del Rey, que los esclavos turcos se trasladasen á vivir á diez leguas tierra adentro, y todo en el plazo de seis días, y que los de diez y seis años arriba que infringiesen el bando, quedaban condenados á galera por esclavos toda la vida.

Ocho años después, el capitán don Juan Marrufo de Negrón, en el Ayuntamiento se lamentaba de la cantidad de esclavos moros que en la ciudad había, lo que prueba que el bando anterior, ó no se cumplió ó se aparentó cumplirlo, pues pasaban del número de mil quinientos. Muchos vecinos los utilizaban como granjería para gozar de los jornales; otros los compraban de los recientemente apresados para revenderlos. Y aquél señor pedía al Concejo que saliesen de la ciudad los moros, y que los dueños los vendiesen ó traspasasen. El Municipio, agradeciendo el buen celo del Regidor, cometió al conde de Molina que tenía el gobierno de Cádiz, que resolviese lo que más conviniera en presencia de las leyes y pragmáticas para el caso.

Pero cuando se llegó á una formal determinación en el asunto, surgieron obstáculos que levantó naturalmente el interés privado.

El alférez mayor de la ciudad, D. Juan Ignacio de Soto, expuso á la población ser general el desconsuelo de los vecinos y la necesidad á que estaban reducidos por haberse sacado muchos moros, á causa de nuevas órdenes del Rey, recibidas por el Gobierno de la plaza.

Se consideraban importantísimos los moros para la obra de las nuevas fortificaciones por haberse dado principio á ellas con esos mismos esclavos de las galeras, habiendo continuado en la construcción de trabajos tan grandes con celeridad suma y conveniente.

Vista esta tolerancia, los vecinos de Cádiz trajeron esclavos que pagaban en las Aduanas sus derechos de entrada como cosa lícita. Dedicábanse al servicio de los despachos de flotas y armadas, á las cargas en embarques y desembarques, al comercio del trigo y de los víveres y á la limpieza de los arenales que arrojaban el mar y el viento á las murallas, por no haber entonces en la ciudad trabajadores ni sirvientes.

Negros de Portugal no podían

traerse, por la guerra que sustentaba aquella nación contra España.

Con los jornales que los esclavos moros ganaban, mantenían á sus dueños que eran muchas veces viudas, y otras personas pobres que no hallaban otro modo de atender á las necesidades de sus vidas sino con el valor de los trabajos de aquéllos.

El Ayuntamiento acordó exponer estos males á la consideración del Rey, quejándose del despojo que quería hacerse de estos esclavos moros á sus poseedores.

Véanse, pues, las vicisitudes que la esclavitud de blancos y hasta de blancos cristianos corría en España. Se continuaba por la necesidad, hasta cierto punto, de criados y de trabajadores. Es evidente que la labranza de los campos, las constantes emigraciones á América, las aventuras de una nación continuamente belicosa y el alhago de la vida militar tan libre, si bien expuesta á peligros, alejaban del servicio doméstico á muchas gentes.

Pero ¿á qué venía á reducirse la propiedad de los esclavos blancos en el siglo XVII? A una ilusión; cuando el Gobierno quería apoderarse de ellos con pretextos de convenir así á la seguridad de España, lo verificaba.

En medio de las gestiones que se promovían por algunos para que de Cádiz se sacasen cautivos moros ó turcos para llevarlos á galeras, la Iglesia vino á interponerse á los designios de la Corona, apresurando la conversión de los infieles para salvarlos de los sufrimientos que les esperaban.

Don Fray Alonso Vázquez de Toledo, obispo de Cádiz y Algeciras, el 19 de Mayo de 1671, celebró un bautismo solemne y confirmaciones de varios esclavos en acto verificado en medio de la plaza ó corredera frente á las casas del Consistorio, así como casó á un esclavo con esclava dispensando las amonestaciones.

Como no era posible celebrar en edificio cerrado ceremonia tan grandiosa por la numerosidad de esclavos y esclavas y correspondientes padrinos, hubo de prepararse este acto público de fe en sitio tan amplio.

Y no era solamente así la esclavitud en Cádiz hacia los fines del siglo XVII y á los principios del XVIII. Cito los casos ocurridos en la esclavitud, como muestra de lo general de la nación y porque así más fácilmente he logrado allegar los documentos que ilustran las noticias de una parte de nuestras costumbres sociales. Bruzon de la Martinière (1), nos refiere que en Sevilla se traficaba con esclavos venidos de la

(1) *Diccionario comercial.*

India y de Africa, los cuales eran marcados en la nariz ó el carrillo, á los cuales se vendía por dineros como bestias y se les obligaba á trabajar. Los míseros abrazaban comúnmente la religión cristiana, pero esto no les servía gran cosa para volver la esclavitud más dulce.

Y esto debió ser verdad. Las sospechas estaban siempre contra los convertidos, según opinión tradicional, porque España sabía que los hebreos del siglo XIV y del XV habían, en determinadas ciudades, recibido el bautismo por miedo de perder si no, vidas ó bienes en tumultos populares.

Mas de repente, hacia el último tercio del siglo XVII, variaron estos recelos. Leopoldo I, emperador de Alemania, formó contra Francia la famosa liga de Augsburgo, en que entraron España, Baviera y Sajonia.

Mientras que aquél empleaba una parte de sus fuerzas contra Luis XIV, la Hungría, irritada por los actos tiránicos de Tekely, y los turcos de concierto con los rebeldes, se adelantaron hasta Viena en 1683. La capital se salvó por el valeroso socorro de Juan Sobiesky, el rey y héroe de Polonia, el cual derrotó al Visir, obligándolo á abandonar todo el territorio austriaco.

El duque de Lorena, Luis de Baden y el príncipe Eugenio de Saboya, lo secundaron con otras y otras victorias. La ciudad de Buda fué recuperada; quedó libre la Hungría. Tras la reducción de Belgrado, la Servia se humilló al poder de los cristianos y la Bosnia y Herzegovina recibió su yugo por la fuerza de las armas.

El número de cautivos, que no prisioneros, fué grandísimo. Esparciéronse como despojos de aquella guerra felicísima para la cristiandad y desde la cual empezó la declinación del Imperio turco.

En Cádiz llegaron á venderse sobre dos mil, probablemente traídos en buques venecianos ó dálmatas. Muchos se bautizaron entre hombres de buena edad, mujeres y niños. Aquí vivieron los más, sin que conste que cometiesen delitos. Bastantes pudieron morir como murieron libres, bien por rescate con su trabajo, bien por cariño ó generosidad en algunos de sus dueños, que depusierón antipatías antiguas contra los que fueron infieles (1).

La esclavitud se tenía por justa; todo el estado social poseía esclavos, porque los cautivos moros y turcos lo fueron en buena guerra.

---

(1) En el archivo parroquial de Santa Cruz, en Cádiz, se hallan las partidas de bautismos, casamientos y defunciones de tantos turcos y turcas.

En cuanto á los negros, se suponía que sólo fueron asimismo por adquirirse de los naturales de sus tierras, que se consideraban como dueños por haberlos apresado al tenor de las costumbres en aquéllas establecidas.

Recorramos rápidamente algunas noticias sobre la esclavitud según se practicaba en España.

En 1628 se hizo en Cádiz, por el obispo D. Plácido Pacheco, examen general de esclavos negros, habiendo precedido el levantamiento de un padrón, por los curas, á causa de la duda moral que existía de si habían sido ó no bautizados.

En 21 de Octubre de ese año se bautizó, *sub condictione*, á Lucrecia, *esclava de D.ª Apolonia y de D.ª María de Peralta, monjas* hermanas del convento de Santa María.

El mismo día, á Lucía, esclava de D.ª Teresa de Salazar, *monja profesa* del mismo dicho convento de la Concepción, padrino Pedro Díaz, presbítero.

Igualmente recibió el bautismo María de Jesús, esclava de D.ª Violante de Cuéllar y de D.ª Jerónima de Bedoya, monjas profesas del convento citado, así como María, esclava de D.ª Ana Terminal, su vicaria.

Todas las esclavas eran negras, de Angola, con las siguientes que recibieron el agua del bautismo por las causas referidas.

María, esclava de D.ª Juana Suárez y de D.ª Juana Aguirre, priora del convento de Nuestra Señora de la Candelaria, y también otra esclava de D.ª Lucía y D.ª Ana Aragonés, monjas del mismo.

En 26 de Junio de 1891 se bautizó Rosa María de Santa Ana, de 25 años turca esclava de D.ª Gracia María de Soto, religiosa profesa en el convento de Santa María.

En 11 de Octubre de 1693 se bautizó, *in articulo mortis*, en el convento de Nuestra Señora de la Candelaria, Teresa de Jesús, negra de doce años, esclava de Sor Ana María de los Dolores, monja profesa. En 1694 la negra Petrola Juana, de diez y siete años, esclava de Sor Juana de Casas, religiosa en dicho convento. En Junio de 10 de ese año, se bautizó una turca de doce años, esclava de la monja doña María de Acha. El 25 de Julio, Teresa Paula Josefa, turca de diez y ocho años, esclava de doña María Galindo, monja profesa, éstas últimas también de la Candelaria, y en 1702 Francisca Juana de la Cruz, esclava de doña María de Deba, Priora de ese convento.

Esta clase de poseedores de esclavas sorprende la atención de los que contemplamos sucesos y costumbres desde el siglo XVII hasta el siglo XIX, en que tenemos otros y muy diversos criterios con respecto

á la libertad personal. Nos parece estar narrando como acontecimientos absurdos; pero en aquel tiempo nada más natural, nada más lícito dentro de las legislaciones civil y canónica.

De todas las esclavitudes, ésta creeríamos más grave para la mujer, pero no era así. Las esclavas de procedencia turca ó mora estaban desde niñas acostumbradas al encerramiento, de manera que la vida del claustro no las sorprendería.

Ciertamente allí no lograban, por su condición de esclavas, la libertad relativa que en el recinto de sus moradas gozaron, pero fácilmente se acostumbrarían á la tranquila vida de los conventos.

La de las cristianas cautivas en Turquía ó en Africa, era de otro modo. Con los atractivos de la belleza y juventud, solían las más hallar alivio en sus desgracias, salvo aquéllas que se viesen compelidas á seguir la religión mahometana.

Sus maestros venían á ser los mercaderes, judíos que tomaban gran empeño en educarlas antes de su venta, para que sus precios alcanzasen mayor altura por los superiores atractivos ó encantos con que despertaban el ánimo de los compradores.

Con aquéllos aprendían danzas, canto y el tañer de los instrumentos, á más de otras habilidades de primores, para captarse el amor de sus dueños, con lo que muchas lograban casarse ventajosamente.

Los religiosos también de algunas órdenes tenían esclavos propios: los tenían las casas de expósitos, los hospicios y hasta los templos. Mencionemos algunos esclavos de Cádiz.

En 15 de Octubre de 1671, se bautizó á Vicente de San Juan de Dios, negro adulto, esclavo de Fray Juan de la Cruz, religioso de la orden del mismo San Juan de Dios.

En 21 de Febrero de 1672, á José, hijo de Fernando Manuel y de María de la Concepción, morenos, casados, y ella *esclava de la Cuna*, ó casa de expósitos.

En 1689, á 10 de Julio, á Nicolás de Bari, turco de ocho años, esclavo del P. Maestro Fr. Juan Alonso Nieto, Prior de su convento.

En 7 de Diciembre de 1690, á José Aguiar, turco de la Bosnia, y de quince años, esclavo de Fray Diego de Castro, religioso Agustiniano.

El 28 de Diciembre de 1692, á José de la Esperanza, de nación turco, de edad como diez años, esclavo del *convento de la Merced* (Redención de cautivos).

En 26 de Mayo de 1693, á un negro de cuarenta años, *in articulo*

mortis. Era esclavo de la capilla Real del Populo.

En 22 de Diciembre de 1699, á Josefa Nicolasa, esclava de Nuestra Señora de Loreto. (¿Sería de la capilla de este nombre, perteneciente á la Orden Tercera de San Francisco?)

En 28 de Mayo de 1703, á Petronila Bonifacia, hija de Juana María, negra esclava del hospital de Nuestra Señora del Carmen, para mujeres.

Hasta prelados poseían esclavos. En Febrero, 23 del año de 1670, se bautizó en Cádiz á Petronila Mena, hija de Domingo Tomás, esclavo berberisco del Ilmo. Sr. Obispo de Canarias.

Los hijos de esclavos seguían la suerte de los padres, nacían en la servidumbre y como esclavos se bautizaban, pues la Iglesia por sí no tenía potestad para declararlos redimidos: unos quedaban en libertad porque sus dueños, en la solemne ceremonia, acudían al templo por sus personas ó por escrito, para conceder á los recien nacidos ese inmenso bien, guiados de un espíritu de sublime caridad cristiana.

Véanse algunos ejemplos confirmatorios de mis aseveraciones.

En 1670 se bautizó á Juan Tomás, como esclavo del capitán Francisco Petite; pero en Abril de 1678 se presentó éste al Provisor y dijo que, contra verdad, llevaba Juan Tomás el nombre de esclavo porque es hijo natural suyo, habido en mujer libre y *honesta* y *recogida*, para que en ningún tiempo le sirva de perjuicio.

Pongo esto como un caso raro de padre bautizando á su hijo como esclavo, sin duda para ocultar la debilidad de la madre y que no se rastrease su nombre, con objeto de evitar la infamia ó vergüenza de sus parientes.

En 1681 dió doña Josefa de Avalos libertad, en la pila, á María Francisca, hija de una esclava suya.

En 1688, 30 de Noviembre, á Jerónima Antonia, hija de esclava, del alferez D. Juan Navarro (¿general de Marina luego?), el cual, en el acto y en presencia del cura, le otorgó la libertad.

En 1691, á María Antonia, hija de Tomás López y Catalina María, negra esclava de D. Gaspar Portillo, quien dió libertad á la párvula por un papel suyo, que exhibieron al ser bautizada.

En 1692, 31 de Agosto, María Estefanía Donosa, hija de esclava, de D. Bernardino Morante, al recibir el bautismo fué libertada por su dueño.

En 6 de Setiembre de 1737 se bautizó á María Rosalía de la Cari-

dad, con madre de nación turca, esclava del hospicio de Santa Elena, hospital de la Caridad. Fué libertada por la Hermandad en el mismo acto.

Otros se redimían á precio por sus propios padres, logrando, con los ahorros de sus trabajos, dispensar ese bien á su prole, prefiriendo, á verse libre, que lo fuesen sus hijos.

Véase otro ejemplo del rescate de una niña esclava, por serlo su madre, aunque el marido era ingenuo. El martes 5 de Agosto de 1692 se bautizó Ignacia María de los Angeles, hija de Juan de la Madre de Dios y de Josefa María, su mujer, parida, esclava de D. Martín de Viera, presbítero. Rescataron á la párvula sus padres.

La Iglesia observaba rigurosamente no casar á libre con esclava ni á esclavo con libre, sin que la persona ingenua declarase que le constaba el estado civil del ó de la contrayente, para que no se pudiese alegar luego que al verificarse el casamiento hubo engaño.

En Mayo de 1667 se casó en Cádiz José de la Cruz, esclavo de Juan de Tejeda, con Juana María, natural de esta ciudad, *hija de la Iglesia.* «Y yo el dicho cura (dice la partida sacramental), de orden del señor Provisor, recibí declaración y exploré la voluntad si sabía y conocía que se casaba con persona cautiva, y declaró que así lo conocía y sabía, y que era su voluntad contraer matrimonio.»

Al bautizarse los niños esclavos, aunque los padres fuesen infieles, no se verificaba la ceremonia sin que constase previamente la aquiescencia de aquéllos. Algún bien los padres esperaban de ello, aunque no ocurriese inmediatamente.

El 20 de Junio de 1608 se bautizó Juan, esclavo de Simón Gómez, de nación berberisco, *con beneplácito* y voluntad de su madre Fátima.

Otra mora Fátima, esclava, prestó su consentimiento para que su hija se bautizase, en 21 de Julio de 1608, con el nombre de Juana.

En 18 de Agosto de 1619 se bautizó á Agustín, esclavo de doña Isabel de Espinosa, hijo de padres infieles, esclavos, los cuales dieron licencia para ello.

En 13 de Marzo de 1623, Juan, berberisco de nación, esclavo de doña Catalina de Cubas, se bautizó con voluntad de sus padres por no ser adulto.

En 18 de Diciembre de 1629, Leocadia María, hija de Sahara *(sic),* esclava del Licenciado Robles Millán, y de Alí, turco de nación, esclavo del Sr. D. Fadrique de Toledo (célebre general de Marina), se bautizó con consentimiento de su madre.

Esto se ejecutaba para evitar cuidadosamente que se atribuyese á una sorpresa el bautismo de niños esclavos, que continuaban fuera del gremio de la Iglesia.

Consérvase la noticia de esclavos mahometanos, que después de recibir el cristianismo, volvían á su religión en Cádiz ó cometían actos de que se deducen sospechas de que aún se conservaban ocultamente.

Entre los sambenitos que cubrían las paredes de la iglesia de San Juan de Dios en Cádiz y que por mandato de las Córtes se quitaron en 1813, después de la supresión del Santo Oficio (1), recuerdo los de estos vecinos de esa ciudad, penados por el Tribunal de Sevilla con reconciliación y por mahometismo.

1537, Hernando, esclavo de Jacobo Negron, canónigo de la Iglesia gaditana.

1537, Pedro Alonso, esclavo de D. Bernardino Constantino, maestre-escuela de la misma.

1583, Martín de Herrera, esclavo de D. Miguel del Carpio, que estaba ejerciendo la misma dignidad por muerte de aquél.

En todo el siglo XVI y en el XVII hubo algunos más, pero respecto al gran número de esclavos procedentes de la ley mahometana, fué muy insignificante el de los reos sospechosos. Muchos esclavos ya libres murieron en el seno del cristianismo, y siendo ricos, dieron muestras de su piedad en los testamentos con dotaciones más ó menos espléndidas.

La esclavitud fué poco á poco decayendo desde mediados del siglo XVIII en España, y al decir en España, hablo sólo de la Península. Aún el comercio de negros era muy poco frecuente ya en España. Todavía en 1812, y algunos años después, se bautizaron algunos esclavos negros.

En 10 de Febrero del primero de estos años recibió el agua sacramental Pablo José María de Santa Casilda, de doce años, suceso ocurrido en el sitio de Cádiz y cuando nuestras Cortes se ocupaban en la publicación del primer Código de libertad política.

¡Qué nombres dieron á las artes ó á las letras tantos y tantos esclavos á nuestra patria! Voy á indicar á algunos. El primero que cito, no sé si lo era, más indudablemente procedía de un siervo, Pedro Abad, escribió el poema llamado del Cid, obra tan famosa dentro y fuera del nuestro país y monumento venerando de la épica romántica española. ¿Fué el copiante ó fué el autor? El Padre Risco, el sabio historiador de la vida de Rui-Díaz de Vivar, notó

(1) Archivo de la Hermandad de la Caridad en Cádiz, que era el de los religiosos de San Juan de Dios.

que en documentos contemporáneos jamás se le denomina *Cid*, pero más no averiguó. Yo en cambio he hecho mis investigaciones. Ciertamente que tal nombre no debe tenerse por vulgar en vida ni muchos años después, del héroe castellano. Rui-Diaz el Campeador lo llama el Arzobispo D. Rodrigo reiteradamente en su historia.

Ahora bien: el poema del Cid aparece suscrito por Pedro Abad. Este debe ser, más que el copiante, el autor. *Abad*, en el árabe vulgar de España, según el Padre Guadix en su vocabulario, significaba, entre otras cosas, el siervo, el esclavo, el criado.

A cada paso en el poema se califica del *mío Cid*, ó *el mío Cid* al de Vivar, que es lo mismo que el mío Señor, en castellano. Ese Pedro Abad debió criarse desde pequeño como siervo ó criado en la casa del Campeador.

Del célebre escritor Juan Latino, nos habla Lope de Vega en su famosa comedia *La Dama boba:*

«No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
de un veinticuatro enseñaba;
y *con ser negro y esclavo*
porque era su madre esclava
del claro duque de Sesa,
honor de España y de Italia,
vino á casarse con ella
que gramática estudiaba,
y la enseñó á conjugar
en llegando al *amo, amas*.»

Casóse con ella, y libre tuvo descendencia ilustre, y su hijo fué veinticuatro en Granada como su abuelo.

Cuéntase á Sebastián Gómez, el mulato, entre los esclavos. En el estudio de su maestro Murillo aprendió á moler colores y preparar los lienzos, pasando al estudio de la pintura, en que se distinguió con cuadros que llevan su nombre, y muy apreciables por la viveza de las expresiones y dulzura de las tintas en imitación de Murillo.

D. Luis Antonio de los Arcos, pintor y esposo de la afamada escultora doña Luisa Roldán, tuvo en Cádiz un negro esclavo que murió el 10 de Abril de 1688, cuando ayudaba á sus dueños á desbastar las maderas de las esculturas y á los aparejos para los estofados de las mismas.

Basta, para ejemplos, los expuestos. No puede explicarse fácilmente cómo siendo tan odioso el nombre de esclavitud, haya servido en España para la expresión de afectos y para cumplimientos.

La palabra *dueño*, que llevaba tras sí la señal de una esclavitud respetuosa, se aplicaba por el hombre á la mujer ó por la mujer al hombre, como término galante ó de cariño vehementísimo.

«Hermoso *dueño* de la vida mía»,

palabra con que empezaba un soneto de Góngora.

El que estaba enamorado de una mujer se llamaba su esclavo.

«*Esclavo* soy, pero cuyo
eso no lo diré yo;
que cuyo soy me mandó
que no diga que soy suyo.»

escribió Baltasar de Alcázar.

Para explicar más tiernamente que un caballero obsequiaba á una dama ¿cómo se decía? Que era su *cautivo*. Cautivar era, no sólo el acto de reducir á prisión á un enemigo para que su libertad quedase á merced del vencedor, sino ganar la voluntad de tal modo á uno que viniese á reducirlo á la condición de casi esclavo por simpatía ó agradecimiento:

«Gallardo eres capitán
y cortés como valiente:
por tu espada y por tu trato
me has *cautivado* dos veces.»

decía un romance de Góngora.

En cartas familiares, y aun por algunos, se usa en arcáica forma como encarecimiento de su deseo de servirle en todo, *Muy señor mío y dueño*, presuponiendo por cumplimiento una esclavitud voluntaria.

Y aun en el siglo últimamente pasado, en cartas de mucho amor ó de mucho respeto, se ponía como fin *Queda de V. su rendido esclavo*, etc.

Para engrandecer el extremo de la devoción se fundaron asociaciones ó hermandades religiosas, con el título de *Esclavos del Santísimo Sacramento; Esclavos de María; Esclavos de Nuestra Señora de la Merced*, etc.; y aun en Cádiz he visto partidas de bautismo en que padres cristianos, de generación en generación, para consignar su fervor católico y poner más y más bajo la protección divina á sus hijos, así como los verdaderamente esclavos en la sociedad, procuraban que en el acto de recibir las aguas de la redención, los suyos apareciesen libres, hacían constar que eran *Esclavos del Santísimo Sacramento*.

Todos estos términos para el filósofo prueban una verdad, y es, que moros y turcos toleraban, por lo común, con mansedumbre en España su cautividad, y que eran bondadosos y leales, en contraposición á los tiempos que eran libres y peleaban enardecidos y constantemente contra los enemigos de Alá.

Pero aquellas naturalezas bravas se sometían con resignación á su suerte, por la firme persuasión de que así Dios lo había dispuesto, y que al creyente no tocaba otra cosa que la conformidad.

De suceder lo contrario, y no existir en las costumbres de los esclavos ese afecto cariñoso, presto, obediente, agradecido y fiel en la

generalidad para con sus señores, jamás esas frases comparativas se hubieran aplicado para explicar obsequios y anhelos de servir y complacer. Para pintar opuestos afectos, sí, se hubiera usado palabras de crueldad, de aspereza, de desvíos ó exquivez y deslealtades al usar las palabras de esclavitud ó señorío.

Aun hoy mismo ¿no decimos para expresar lo mucho que sentimos, *soy esclavo de mi palabra*, *soy esclavo de mi deber*, *soy esclavo de mis deberes*, *soy esclavo de mis pasiones ó de mis culpas?* Las voces familiares van dando explicaciones históricas, si profundamente se meditan.

El abad Guarrico, dirigiéndose á Cristo, decía, para que los fieles lo repitiesen: «Venciste, dulcísimo dueño mío, venciste: rendido doy con gusto las manos y los pies á tus prisiones y á tu argolla el cuello. Recíbeme, aunque siervo inútil, en el número de tus esclavos; pues no hay felicidad como serlo de tan generoso y divino Señor... Ganaste tú un valiosísimo esclavo; yo gané un clementísimo Señor.»

Tal es el cuadro que ofrezco á los ojos de la inteligencia acerca de la esclavitud en general, y especialmente de los blancos, en España. Contra los deseos de muchos de los filósofos paganos en Grecia y Roma; contra las miras de varones insignes cristianos que ante la constitución de las sociedades son siervos, sólo procuraban lo que les era permitido: decir, como San Agustín, al esclavo: «El bueno, aunque lo sea, es libre; el libre, siendo malo, esclavo es, como sujeto al peor de los cautiverios: al de las pasiones.»

El gran Inocencio, en el libro de la *Vileza de la vida*, exclamaba: «Infeliz suerte la de la humanidad. Dios nos creó libres, y la fortuna adversa nos convierte en esclavos.»

Quizá algunos imaginen que debiera haber disertado con extensión en algunos de los variados acontecimientos que he referido, y, sobre todo, con observaciones de altas filosofías. He preferido que estas parezcan nacer espontáneamente en el animo de los lectores, cuando quizá el modo de narrar los hechos equivalga á reflexiones profundas. Creo este un arte mucho más fino y persuasivo en los autores. No es esto afirmar que yo lo haya logrado, sino que lo he pretendido con inhabilidad ó con fortuna.

Felicitémonos de haber nacido en un siglo donde Rusia se ha visto obligada, por el ejemplo poderoso de las naciones cultas, á modificar favorablemente la trabajosa suerte de los siervos, y donde en un pais

de derechos y libertades se tuvo que promover una guerra para restituir á la dignidad de hombres á los esclavos entre los que querían perpetuar las cadenas, dando Dios la victoria á la mejor de las causas y completando la obra de la emancipación, empezada en parte hacia los fines del pasado siglo en el país de Washington.

Felicitémonos también de que se va extinguiendo en islas donde flota la bandera española, la esclavitud de la raza negra, para que desaparezca el baldón que heredamos de la culta Grecia, imitadora de las antiguas y crueles naciones asiáticas, en perdonar la vida á los vencidos, no por caridad, sino por el interés de enriquecerse, utilizando los sufrimientos de los hombres, ya reducidos por la desdicha, á la triste condición de los animales.

Aún la propaganda generosa se sigue para que la esclavitud cese en toda la tierra. ¡Gloria, pues, á la mayor de las victorias de nuestro siglo!

Adolfo de Castro.

LOS HORNEROS

Á FELICIA DARREGO DEL SOLAR

I

Es prosaico este título, Felicia?
Te diré la verdad:
Cuando canta un poeta, dondequiera
Brota del arte el límpido raudal.

¿Has visto desde ayer cómo las jóvenes
Más rosadas están;
Cómo hay algo en sus faldas armoniosas
Del revuelo gentil de la torcaz?

Pues con esto, Felicia, ya sabemos
Quién anda por acá:
¡La ardiente, infatigable tejedora
De nupciales guirnaldas de azahar!

La dulce primavera, que desdeña
La estéril soledad,
Y entre el alma del joven y la niña
Entreteje las flores del rosal.

—«Se cuida de nosotras, no de pájaros,»
Sin duda me dirás;
¡Pero así que la sienten los horneros
También revuelan con intenso afán!

En torno giran del ombú, que empieza
Sus hojas á mostrar,
Y estremeciendo las rojizas plumas,
De rama en rama tropezando van.

Arrójanse de lo alto, como heridos
De congoja mortal;
El rocío, á los golpes de sus alas,
Salta en gotas de luz del trebolar.

Y después, en la noche se reposan
En dulce intimidad,
La cabeza adormida bajo el ala,
Con los santos ensueños del hogar.

II

Era horrible aquel año la sequía:
Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinaba
La fecunda y magnífica región.

Mugían en los campos los ganados,
Ya trémula la voz;
Y los pacientes bueyes escarbaban
La tierra estéril, sorda á su clamor.

El potro de las pampas, que otro tiempo,
Nervioso y vencedor,
A Chile y al Perú, nuestros hermanos,
Con San Martín la libertad llevó,

Sobre el inmenso llano, que á sus cascos
Era breve extensión,

¡Hasta del vil chimango presa inerme
Con fúnebres relinchos, expiró!

Allá, á lo lejos, donde finge ríos
La falaz brillazón,
Los sedientos rebaños se dispersan,
Gimiendo de fatiga y de dolor.

Implacable, entre cárdenos vapores,
Su fuego arroja el sol,
Y en errantes columnas, lanza el viento
Remolinos de polvo abrasador.

Ya no entonan alegres los horneros
Su vibrante canción:
Pasan mustios, callados, largos días
A la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños, nidadas de polluelos,
Y, en paterna ilusión,
Sienten ya bajo el ala cariñosa
De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío
Que en la noche cayó
Entre las hojas del ombú, les brinda
Refrescante y purísimo licor.

Ni víctimas del hambre desfallecen,
Porque, en toda estación,
Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
Las alas del insecto volador.

Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos, y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.

III

¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!
¡De Occidente se ve
Avanzar densa nube color plomo,
Ceñida de relámpagos la sien!

Vuela el polvo batido por las gotas
Que empiezan á caer,
Y el olor desabrido de la lluvia
Es fragancia al espíritu esta vez.

Con frenético impulso, los ganados
Descienden en tropel
Al polvoroso lecho del arroyo,
Donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
Las aves, cien á cien,
Sobre cada laguna se dispersan
Y se abaten de súbito después.

Las cercetas, los ánades azules,
Difunden, á la vez,
El chasquido de bronce de sus alas,
Barriendo el agua para hallar sostén.

Entre tanto, redobla el aguacero,
Y hasta el rayo cruel,
Al herir la llanura á latigazos,
¡Parece que la hiere por su bien!

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo,
Volvió el sol á verter

Su luz sobre las charcas y lagunas,
Que como plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
De la copa hasta el pié;
Y volaron al campo los horneros
Batiendo el ala con vivaz placer.

IV

El anhelo, el afán que los domina,
¡Quién pudiera decir!
¡Quién pintar de sus baños, en los charcos,
El veloz aleteo, el frenesí!

¡Y sus cantos vibrantes, repetidos,
Que resuenan al fin,
Cual si niños robustos y felices
Se echaran como locos á reir.

Dan principio después á la tarea
Con ansiedad febril;
A la dulce tarea de ir alzando
Los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
Ora paja, ora crin,
Y amasadas con barro, en un cemento
Mejor que el portland se convierte allí.

Luego suelen un poste, una cumbrera,
Un árbol elegir
Para alzar el palacio, cuyos planos
Saben ya de memoria porque sí.

El pico, convertido en ingeniosa
Cuchara de albañil,
(Que hasta el mismo Palladio envidiaría
Si hubiera estado alguna vez aquí).

El cimiento comienzan de la fábrica
En círculo á construir:
Una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡Cuán poco basta para ser feliz!

Los muros, encorvándose, terminan
En bóveda gentil;
Y ni lluvias alcanzan ni huracanes
El flamante palacio á destrüir.

Poco tiempo después, ambos esposos
Dan caza al alguacil,
A la abeja, á la oruga, y en la alcoba
Se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
Su nimbo carmesí,
Vió á la puerta agrupados los polluelos
Y á sus padres llamarlos á vivir.

Luego, abiertas las alas inseguras
Bajo el cielo turquí,
Arrojarse á los campos de la patria
La familia inmortal del albañil.

V

¡Ah, cuán triste, Felicia, es ver que todo
Lo argentino se va!
¡La antigua sencillez de la familia!
¡La sombra de la casa paternal!

¡Que la fe de los héroes y las madres
Apagándose está!
¡Que no irán nuestros hijos desgraciados
De nuestros templos al divino altar!

¡Que todo cuanto existe, cuanto amamos,
Mañana olvidarán,
Porque es ley antipática del hombre
Echar por tierra lo que adora más!

Con el rancho argentino, los ombúes
Van cayendo, en verdad,
Y polvo vendrá á ser cuanto recuerda
Nuestra antigua grandeza nacional;

¡Mas, por siempre, la choza del hornero
En símbolo será
El rancho de la raza vencedora
De Salto y San Lorenzo y Tucumán!

Eres madre, Felicia, y eres nieta
De un patriota inmortal...
¡Dios bendiga á tus hijos! ¡Dios los llene
De las virtudes del paterno hogar!

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.

LA ÚLTIMA PALABRA

SOBRE LA SALIDA DE CRISTÓBAL COLÓN EN SU PRIMER VIAJE

I

La verdad es siempre clara y brilla en todo su esplendor con sólo enunciarla; no se necesitan grandes esfuerzos de inteligencia, ni argumentos rebuscados para su demostración, al paso que la paradoja es de suyo sutil, alambicada, oscura, ejercicio propio de ingenios de dudosa originalidad que, ansiosos de singularizarse, acuden á ella para hacer gala de agudeza y huyen de la verdad que no presenta campo para antítesis ni sutilezas, ni permite alardes de erudición abarrotada con rasgos heterogéneos y con argucias que penden sólo de un cabello.

Entre la verdad y la paradoja, ó mejor dicho, entre los escritores que de la una y de la otra se hacen defensores, encontramos la diferencia que nuestro inimitable *Fígaro* señalaba con su donosura y gracia habituales, entre los reyes verdaderos y los representados por cómicos sin instrucción tan audaces como adocenados; los primeros, acostumbrados desde la niñez á ser comprendidos por una mirada, obedecidos al menor gesto, entendidos con la más leve indicación, apenas usan palabras imperativas, son casi siempre afables y comedidos y jamás alzan la voz para comunicar sus órdenes. Por el contrario el actor ignorante á quien toca hacer el papel de rey en la escena, se presenta tieso y erguido, habla en tono campanudo, ahueca la voz, se mueve con dificultad cual figura de madera, y dá sus órdenes á gritos, creyendo que así remeda la verdad y llena su cometido á la perfección.

Estas y otras muchas reflexiones de igual índole se han agolpado á nuestra pluma después de leer el artículo que el autor de aquel extraño y paradójico folleto titulado *¿La salida definitiva de Cristóbal Colón desde la Península para el descubrimiento del Nuevo Mundo, no fué de Palos, sino de Cádiz?* consagra á defender su insostenible tésis de una somera é incidental observación que sobre su falsedad dejamos estampada á otro propósito, sin que fuera nuestro ánimo engolfarnos en refutar lo que no necesita refutación, ni sacar á plaza argumentos que concurran á patentizar la *insensatez* de tal paradoja.

Sin fijarnos en la violenta sintaxis del título, que, sin duda para llamar la atención, ha forjado un académico correspondiente de la Real Española; sin hacer uso de tantas y tantas contradicciones como á la simple lectura del menguado librito saltan á la vista, lo citábamos solamente en nuestro trabajo (1) fijándonos en la conveniencia, en la necesidad, mejor dicho, de conocer los textos primitivos de las cartas de *Cristóval Colón*, para no incurrir en errores de tanto bulto como el que intenta sostener hoy el antiguo y conocido historiador de Cádiz.

Nunca nos han agradado las polémicas. Apasionados de la verdad, procuramos buscarla á través de todos los obstáculos, y exponerla claramente, presentándola desnuda de adornos vanos, en la forma que pueda ser más agradable y de todos comprendida. Pero de ese discreteo que tanto se usa en las polémicas literarias, de las alusiones personales, que son, por lo general, la mejor salsa con que se aderezan y suele prestarles el mayor de sus atractivos, hemos huido constantemente, hasta el punto de no recordar una sola en que hayamos intervenido para defender nuestros juicios y opiniones, ni vindicar nuestras propias obras. Con la mayor brevedad que juzgamos posible, con cuanta sencillez y claridad son compatibles con el asunto tratado, damos al público las opiniones que formamos, sin abrigar pretensiones de acierto, seguros únicamente de la buena fe con que buscamos la verdad y esperamos el juicio de los lectores. Tanto respetamos al que con ellas se conforma, como al que disiente; de igual manera aceptamos las alabanzas y las censuras sin tratar de discutirlas.

Y no se juzgue que en la ocasión presente faltamos á nuestro propósito ni alteramos nuestra conducta

(1) *La Carta de Cristóbal Colón, con la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo.*—(Véase en LA ESPAÑA MODERNA, número XXXIV.—Octubre de 1891.)

de siempre, por dar contestación al artículo del Sr. D. Adolfo de Castro. Se trata de un punto importante de la historia del descubrimiento, tanto de interés como cuanto se relaciona con el primer viaje emprendido por *Cristóval Colón* y los españoles; y á más es hoy verdadera cuestión de actualidad por muchas razones: y no nos ha parecido que podían dejarse sin correctivo las apreciaciones que en sus artículos citados ha hecho aquel literato, por la contingencia, aunque poco probable, de que pueda inducir en error á algunas personas que no se dediquen al estudio detenido de la historia colombina.

Para los que prestan atención al movimiento científico de nuestra época, y con mayor razón para los que hoy consagran sus vigilias á la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, no ofrecen peligro esas y otras paradojas ni merecerán atención alguna; mas no todos se encuentran en tales condiciones, y es de necesidad, en evitación de nuevos errores, señalar el camino seguro y poner á la vista de todos la verdad, aunque por lo claro de la cuestión parezca labor excusada. No intentamos, sin embargo, hacer una argumentación prolija y detenida en contra de la opinión del señor Castro; no somos nosotros los que vamos á refutarla, pues seguimos creyendo que es suficiente la exposición que antes de ahora hicimos del texto del *Diario de navegación*. Por ahora sólo tenemos el propósito de oponer á sus fútiles razones, fútiles hasta un extremo inconcebible, por más que estén expuestas con frase rimbombante y voz campanuda, como las de los reyes de teatro, las opiniones de un autor ya un poco antiguo, aunque no tanto que puedan haberse olvidado sus escritos, y que en la época á que vamos á referirnos discurría con bastante más acierto que en la ocasión presente.

II

No osaríamos combatir en su terreno al Sr. D. Adolfo de Castro, que se anunció en la república de las letras allá por los años 1848 con un fraude literario, tan bien fraguado, que es fama llegó á embaucar á algunos doctos. Aunque la falsedad era notoria, tanto por los antecedentes históricos, como por el sentido del librito, el Sr. Castro defendía con audacia su obra, y llenó de improperios á cuantos con razón, con buen juicio, con erudición verdadera demostraron el engaño que se quería hacer pasar por

verdad. *El Buscapié* fué triunfo semejante, aunque de menor importancia, que el obtenido por el célebre abate Marchena, con sus fragmentos contrahechos de Cátulo y de Petronio.

Pero el Sr. Castro es un innovador incansable que ha de alterar, si Dios le da tiempo, el aspecto general de la historia de la literatura española, y aun el de la historia de nuestra patria según vamos viendo. Después de emplearse en falsificar á Cervantes, juzgó meritísima ocupación de su ingenio buscar al fingido autor del *Centon epistolario*, acabando con el dudoso Bachiller Fernan-Gómez de Ciudad-Real, cerrando luego con el inmortal *cantor de las flores*, para disputarle la *Epístola moral*, preciada joya de nuestro Parnaso. Emprendió también, á la faz de cuantos historiadores y geógrafos encierra España, la demostración de que la Munda Pompeyana estuvo situada justamente entre Jerez de la Frontera y Lebrija, aunque por desgracia cayó en absoluto descrédito y olvido tan grave opinión; y tal vez de uno á otro día nos sorprenderá con grandes novedades sobre la batalla del Guadalete, con los inapreciables documentos que haya sacado de la *Biblioteca colombina* en época reciente, en tanto que estuvo pensionado al efecto, según parece, por el Ayuntamiento de la ciudad de Cádiz.

Ahora nos dice que el propio Ayuntamiento le confía la defensa de su primera gloria en aquel grandioso suceso del descubrimiento de las Indias Occidentales. No lo creemos.

Propio y natural rasgo de su ingenio, es que tome á su cargo el señor Castro la tarea de ponernos ante los ojos el crasísimo error en que todos estamos, creyendo que la salida de las tres carabelas que llevaron á feliz término el viaje más extraordinario que registra la historia fué del Puerto de Palos, y de convencernos de que nada hay en ello de cierto, pues las carabelas zarparon de Cádiz. Pero que tal cosa se le haya encomendado por nadie, nos parece muy duro y poco probable.

Defecto debe de ser de la limitación de nuestra inteligencia; pero nada razonable acertamos á ver en la opinión que sustenta el Sr. Castro, si es que verdaderamente es opinión suya, que lo dudamos, pues desde niños nos acostumbraron á desconfiar del literato gaditano. En esta ocasión los textos hablan y la paradoja retrocede.

Pero no queremos detenernos más de lo absolutamente necesario; por eso nos limitaremos á deshacer una grave equivocación que asienta en su artículo último, dudando si es de

intento ó por precipitación, pero que no puede pasar sin rectificarse; y á recordarle el juicio que un escritor muy amante de la ciudad de Cádiz consignó hace años en su *Historia*, calificando la opinión que hoy defiende el Sr. Castro, y otras de análoga extravagancia, que había dejado consignadas en sus escritos un autor antiguo, cuya obra se imprimió también á expensas de la ciudad de Hércules.

III

Como medio el más directo y eficaz para que fuera patente el error y ningún lector, por confiado, por ligero que fuera, pudiera dejarse arrastrar por él, nos limitábamos á estampar sin rodeos el texto de la carta de *Cristoval Colon* y algunas frases de su *Diario de navegación*, que no dan lugar á interpretaciones, ni es posible que al leerlas se crea otra cosa sino que las carabelas pusieron el rumbo *directamente* desde Palos á Canarias.

El escritor que deseara buscar la verdad no tenía que salir de aquel terreno. Las palabras del *Diario* se conforman con las de la *carta*.

Pero el Sr. Castro no abandona, á pesar de esto, el texto de la traducción latina de Leandro Cosco, y no contento con ofrecerlo en latín, recurre á una traducción del mismo hecha en nuestros días; aunque dejándose llevar ya de una temeridad que puede aproximarse á mala fe, y por no dar, como vulgarmente se dice, su brazo á torcer, se atreve á presentarlo como texto de otra carta igualmente escrita por *Colón*, y los presenta frente á frente como para patentizar que el gran navegante dijo en la una que dirigió al Escribano de ración Luis Santángel, algo diferente de lo que había escrito en la que iba enderezada al Tesorero Gabriel Sánchez. Mas como él sabe muy bien, que el texto que cita, como de carta á este último funcionario, no solamente no es escrito por *Cristoval Colon*, sino que es traducción española (hecha por don Francisco Antonio González, Bibliotecario del Rey D. Fernando VII) de la traducción latina de Cosco, y esto es facilísimo de demostrar, nada significa en la cuestión ni puede presentarse como prueba directa ni indirecta. Es el texto adulterado de Leandro Cosco y nada más.

Como la cosa más corriente y con admirable frescura, escribe el señor D. Adolfo en su artículo (1) los párrafos siguientes:

(1) *Cádiz y la expedición de Colón. Refutaciones al Sr. Asensio.*—España Moderna, tomo XXXVII, 15 de Enero de 1892, pág. 137.

«Ciertamente la carta dirigida á »Santángel comienza así:

«Señor: Porque sé que habréis »placer de la gran victoria que »Nuestro Señor me ha dado en mi »viaje, vos escribo esta, por la cual »sabréis como en 33 dias pasé á las »Indias con la armada que los Ilus»trisimos Rey y Reina Nuestros »Señores me dieron, donde yo fallé »muy muchas islas pobladas con »gente sin número, etc.»

«La que escribió á Sanchez dice »de este modo:

«Conociendo que os será de pla»cer que yo haya tenido feliz exito »en mi empresa, he querido escri»biros esta carta que os manifieste »todos y cada uno de los sucesos »ocurridos en mi viaje, y los des»cubrimientos que han sido el re»sultado. *Treinta y tres dias des»pues de mi salida de Cadiz, arribé »al mar de la India*, donde hallé »muchas islas habitadas por innu»merable gente, etc.»

No se necesita sea gran *sage* para conocer en ésta el estilo de una traducción. Pero si los lectores quieren verla por entero, con todos los párrafos que antes copia en su artículo el Sr. Castro, no tienen más que acudir á la hermosa y conocida obra del Sr. D. Martín Fernández Navarrete (1), y en su tomo primero, á la pág. 222, la encontrarán bajo el epígrafe de *Traduccion Latina de la carta de Cristoval Colon al Sr. D. Rafael Sanchez* (sic) *hecha por Leandro Cosco;* acompañada de su versión al castellano, de la cual dice el Sr. Navarrete en su *Advertencia del editor*, refiriéndose al texto latino:—«que el señor D. Francisco Antonio González, no sólo había confrontado el texto de la *Hispania illustrata* con la copia de Juan B. Muñoz, sino que lo había traducido *con elegancia y precisión á la lengua castellana para hacer más general su conocimiento.*» En tales textos funda el Sr. Adolfo de Castro sus argumentos, y con ellos hace sus confrontaciones para combatir lo escrito por *Cristoval Colon.*

Por afán de sostener lo insostenible, se echa mano de esa que juzgamos equivocación voluntaria; porque no hay exactitud en ella, y el error es de grandísimo bulto, sin que haya nada que la justifique.

El primer texto es cierto. Sea de la carta dirigida á Santángel, sea de la que se cree escrita al Tesorero Gabriel Sánchez, el principio de ella es exactamente y sin variación como en el primero de aque-

(1) *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.*—Segunda edición.—Madrid, 1858.

llos párrafos copia el Sr. Castro. En el segundo texto que reproduce *no hay tal escrito de Cristoval Colón*, sino que está tomado muy á sabiendas de una versión sobre la traducción de Cosco; es decir, que el señor Castro vuelve á dar como argumento nuevo el mismo que le sirvió para fundar su paradoja.

IV

No se asuste el Sr. D. Adolfo.

Nosotros creemos con Humboldt, Varnhagen, Harrisse y otros profundos colombistas, que no existen dos cartas diferentes escritas por Cristobal Colón dando noticia de su viaje y descubrimientos, sino una sola, de la cual dirigió traslado á Luis Santángel, á Gabriel Sánchez y tal vez á algún otro de sus protectores y amigos en la corte de los Reyes.

Las ediciones primitivas, hechas en nuestro sentir en Sevilla y en Barcelona, como al describirlas decíamos, ofrecen, al parecer, el texto de la carta dirigida á Santángel, *Escribano de ración*, y lo mismo dice el manuscrito de Simancas, publicado por Navarrete. El nombre de Gabriel Sánchez, *Tesorero de los Reyes*, no aparece en los textos castellanos, sino en el latino de Leandro Cosco, muy posterior á aquellos, y que dió cabida á muchos errores, pues al mismo Tesorero se le llama en unas ediciones *Gabriel* y en otras Rafael.—«¿Por qué no »creer, dice el citado Varnhagen, »que este último nombre (el de Ga»briel Sánchez) que Cosco creía ne»cesario declarar, fué resultado de »averiguaciones suyas?—Pregun»taría en Roma á los delegados del »Rey católico el nombre del *Escri»bano de ración*, y le darían el del »*Tesorero general.*»

El texto es uno sólo. Pero sea uno ó fueran varios, conste que en ninguno de los que corren como escritos por *Cristóval Colón*, figuran las palabras—«*treinta y tres días después de mi salida de Cádiz arribé al mar de las Indias.*»—Esas fueron adicción viciosa de Leandro Cosco, interpolación arbitraria que no se encuentra sino es en el texto latino y en la traducción de éste, que publicó Navarrete; el Sr. Castro la alega como un nuevo argumento, siendo el texto mismo presentado por partida doble.

V

Pero la opinión de haber salido las carabelas de Cristóbal Colón del

puerto de Cádiz para el primer viaje de descubrimiento, aunque errónea é infundada, no es nueva. Achaque antiguo es de historiadores poco escrupulosos y dados á novedades, el de recojer fábulas, cuentos, tradiciones y consejas, por extravagantes que sean, para aumentar la importancia de sus obras, halagando el amor propio de los pueblos con la narración de remotos orígenes y de sucesos graves que jamás ocurrieron; y en el siglo XVII el P. Fray Gerónimo de la Concepción compuso una voluminosa historia con el pretencioso título de *El Emporio del orbe, Cádiz ilustrada*, en la que á vueltas de otras muchas, se estampaba la estupenda noticia de que *Cristóval Colón* había salido de aquella bahía para el primer viaje en que descubrió las Indias Occidentales.

La obra del P. Gerónimo de la Concepción, á pesar del lujo con que fué impresa (Amsterdan, Joan Bus, 1690), logró poquísima aceptación entre los estudiosos, cosa muy natural y justa atendidas sus condiciones. Pero al mediar nuestro siglo, en el año 1858, salió á luz otra *Historia de Cádiz y su provincia, desde los remotos tiempos hasta* 1814 (1), y en ella se juzgó severísimamente la obra del P. Concepción y aun alguna otra.

Trasladaremos aquí algún párrafo del *Prólogo*, que ciertamente ha de llamar la atención y poner á los lectores en camino de conocer, lo que el historiador, novel entonces, opinaba sobre algunos puntos de rara significación, y entre ellos del mismo que nos ocupa.

«De las historias de D. Bernar»dino López Moncayo, decía el ci»tado Prólogo, del capitán Aldana »y del canónigo D. Antonio Ramí»rez Barrientos, sólo se conserva »el recuerdo entre los eruditos ga»ditanos. Este último compuso tam»bién un *Elucidario de las medallas »de la isla y ciudad de Cádiz*, que »he visto Ms.—*Es un conjunto de »falsedades y desatinos.*

»*No lo es menos el Emporio del »orbe, Cádiz ilustrada*, tomo en »folio, impreso con todo lujo en »Flandes, á expensas de la ciudad. »Su autor, Fr. Gerónimo de la Con»cepción, lo escribió á fines del si»glo XVII bajo la protección del »Ayuntamiento. Sesenta mil duca»dos costó á la ciudad su historia. »El P. Concepción, queriendo »prestar un servicio á su patria y »corresponder á la confianza del »Ayuntamiento, trató de probar

(1) Escrita por *D. Adolfo de Castro*, caballero comendador de la Real orden americana de Isabel la Católica, etc., etc., etc.—Cádiz, imprenta de la *Revista Médica*, 1858, in 4.°

»*que los Reyes Magos pasaron por* »*Cádiz cuando hicieron su viaje á* »*Belén, y que fueron en naves ga-* »*ditanas; que la Virgen María era* »*descendiente de una mujer natural* »*de Cádiz, según el árbol genealó-* »*gico que presenta; que esta ciudad* »*tuvo silla episcopal desde la venida* »*de Santiago á España, y* QUE CRIS- »TOVAL COLÓN SALIÓ DE CÁDIZ LA PRI- »MERA VEZ AL DESCUBRIMIENTO DEL »NUEVO MUNDO.—El estilo *corres-* »*ponde á la* INSENSATEZ *de las no-* »*ticias.*»

Buscábamos una calificación apropiada, y nos la ofrece la *Historia de la ciudad de Cádiz*. Abrigamos el temor, bastante fundado, de que así como hoy se sostiene que *Colón* salió de Cádiz, se venga todavía demostrando que *por allí pasaron también los Reyes Magos.* — No rehusará el Sr. D. Adolfo de Castro el texto que aducimos, tomado de su *Historia;* no podrá tacharnos de que traemos autores enemigos de su gloria para contradecirle, ni menos podrá censurarnos porque estampamos que es una INSENSATEZ el sostener que *Cristoval Colon* hizo de Cádiz su primera salida. Es duro el juicio, pero exacto. Procurábamos en vano un título para esta réplica, y no nos hubiera ocurrido, ni nos hubiéramos atrevido tal vez á usarlo, si antes no lo hubiera hecho el autor en su obra.

¿Para qué hemos de cansarnos y cansar la atención de los lectores, cuando ciertamente no ha de haber uno sólo de éstos que dé crédito á la paradoja de que *Colón* se dirigiera á Cádiz desde Palos? ¿Qué razón hemos de aducir cuando, después de señalar los textos auténticos de *Cristoval Colón*, presentamos á D. Adolfo de Castro calificado por D. Adolfo de Castro?

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO

DE

ESCRITORAS AMERICANAS DEL SIGLO XIX

MAULEY (Emma Catalina). — Literata nacida en 1808 en Nueva-York, y esposa del banquero Daniel Embury. Dió á la prensa las obras tituladas *Guido*, poesías, *Constanza*, *Latimer ó la joven ciega*, *Retratos de la juventud*, *Las flores silvestres de Norte América*, *La familia Waldorf*. Algunos de sus trabajos se publicaron bajo el pseudónimo de *Yanthe*.

MENKEN (Dolores). — Artista nacida en 1841 en Luisiania y muerta en 1868 en París. Durante su accidentadísima vida, además de bailarina, escultora, pintora y actriz, fué periodista. A los catorce años tradujo *La Iliada*. En Tejas fundó el diario político *La Libertad*, y en Cincinnatti fué redactora de *El Israelita*. Todos sus trabajos literarios le proporcionaron grandes triunfos, así como las demás artes que cultivó, con especialidad la escénica.

MIRANDA (Maria Belén). — Estrenó esta señora un drama titulada *El rosario perdido*, en la Habana, el año de 1880.

MITCHELL Ó MITCKEIL (María). — Ilustre astrónoma americana nacida en Nantucket en 1818. Al lado de su padre, profesor de vastos conocimientos, aprendió las primeras nociones de astronomía, demostrando excelentes aptitudes. A los diez y ocho años de edad dirigió la biblioteca del Ateneo de su ciudad natal. Más tarde, dejándose llevar de sus aficiones, descubrió ocho cometas, uno de los cuales lleva su nombre, y desempeñó en el colegio de Vassar (Estados Unidos) la cátedra de astronomía por espacio de veintidos años, hasta que en 1888 se retiró á Lym, donde construyó un Observatorio, y donde murió el veintiocho de Junio de 1889. Escribió algunos estudios y memorias, y fué condecorada en 1847 por el Rey de Dinamarca, siendo también recibida de

doctora en diferentes Universidades.

MOLINA (Luisa).—Poetisa cubana de cuyas composiciones han hecho algunos escritores compatriotas suyos una edición.

MONTES DEL VALLE (Agripina).—Distinguida poetisa colombiana, nacida en Antioquía, que empezó á darse á conocer en 1861.

MORALES (N.).—Escritora cubana de la que no tenemos noticias concretas.

MUJÍA (Maria Josefa).—Poetisa boliviana nacida en Sucre en 1820. Privada de la vista, sus composiciones rebosan idealismo, corrección, ternura y delicadeza. Buena prueba de ello son las tituladas *La ciega*, *La maga* y otras muchas publicadas en periódicos diversos, y recitadas en sociedades y ateneos.

N

NARCISA (Amalia).—Poetisa nacida en Río Janeiro, autora de un libro en prosa y una colección de poesías titulada *Nebulosas*.

NASH (Felicia Victoria).—Poetisa riobambeña. Fué objeto de grandes aplausos una de las composiciones que se la deben, y que lleva por título *A mi patria*.

O

ORREGO DE URIBE (Rosario).—Inspirada escritora chilena, directora en 1873 de la *Revista de Valparaiso*. Su ardiente imaginación se revela bien á las claras en sus cantos patrióticos, y en su novela *Alberto el jugador*.

P

PALACIOS (Natalia).—Inspirada poetisa boliviana nacida en la ciudad de La Paz. Goza de gran reputación entre sus compatricios, y merecen especial mención sus composiciones *Elegía al doctor D. Evaristo Valle*, *Sobre la tumba de mi padre*, *A un niño huérfano* y otras diseminadas en multitud de publicaciones.

PALAU DE PRATS (Emilia).—Poetisa nacida en Mayagüez y muerta en 1883 en el convento de María Reparadora de Barcelona, donde tomó el hábito de religiosa, á la muerte de su esposo el doctor D. Federico Prats. La señora Palau fué premiada por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida.

PÁRRAGA DE QUIJANO (Mercedes). —Poetisa colombiana autora de las composiciones *A un mendigo* y *Seguidillas elegíacas*.

PELLIZA DE SAGASTA (Josefina). —Poetisa nacida en Entre-Ríos (República argentina), en 1848, del coronel D. José María Pelliza. Desde la edad de diez y siete años comenzó á revelarse su excelente disposición para la poesía, y en la Exposición Universal de París de 1889 presentó *Novelas*, *Conferencias* y *Album de poesías*.

PERDOMO (Josefa A.) —Poetisa nacida en la capital de Santo Domingo en Junio de 1834. Sus numerosas y notables poesías han sido publicadas con el pseudónimo de Laura.

PEREZ DE MONTES DE OCA (Luisa).—Distinguida escritora nacida en 1837 en las cercanías de la villa del Cobre (Santiago de Cuba). Nacida en el campo y privada de medios de ilustración, su genio se sobrepuso á estos obstáculos, publicando algunos trabajos en los periódicos de la Habana y un notabilísimo volumen de poesías en 1857.

PEREZ DE RODRIGUEZ (Carmen). —Poetisa guayaquileña, entre cuyas composiciones populares en algunas Repúblicas americanas, y muy elogiadas por la prensa, se cuentan las tituladas *En fuerza de un sentimiento* y *A. R. T. de G. en mi jardín del Nato, á orillas del río, en* 1853. *La Guirnalda literaria*, contiene también poesías de esta autora.

PEREZ DE ZAMBRANA (Luisa).—Escritora cubana viuda del catedrático y periodista D. Ramón Zambrana. Publicó en la Habana un tomo de *Poesías* (1860).

PINO Y PICHET (Maria del).—Poetisa que dió á luz en la Habana, en 1866, una colección de poesías titulada *Lágrimas y flores*.

POTTS (Carmen). — Poetisa peruana autora de una poesía dedicada *A Chile en* 1865.

POZO DE ARAMAYO (Corina del). —Poetisa nacida en La Paz (Bolivia), colaboradora de publicaciones diversas, y conocida también por el pseudónimo de *Rebeca*. Su *Canto á la isla de Cuba* y su *Epitalamio* dedicado á su hermana Lastenia, merecieron generales elogios. Murió esta distinguida escritora con posterioridad á 1880, á poco de haber contraído matrimonio con D. Apolinar Aramayo.

PRIETO DE LANDAZURI (Isabel). Poetisa mejicana que se ha dado á conocer por un tomo de poesías y varias composiciones publicadas en periódicos de su país.

R

RAMSAY (Carlota).—Escritora, hija del coronel Santiago Ramsay. Se la deben varias notables obras escéni-

cas, novelas y traducciones, entre las que se distinguen *Poemas sobre temas diversos* (1747), *Memorias de Harriet Stuart* (1751), *Shakespeare* (1753), *Enriqueta* (1758), *El museo de las señoras* (1760), *Sofía* (1762), *Eufemia* (1795), *Filandro*, drama (1757), *La hermana* (1769), *Costumbres de la antigua ciudad* (1775), *Memorias de la condesa Berey*, *Memorias de Sully* y *Teatro griego* (traducciones).

REINCKE DE ELVRS (Nancy).—Poetisa nacida en Guayaquil en 1834. Aunque son muchas sus composiciones, son muy escasas las que ha dado á la estampa, y entre ellas la más conocida es la que lleva por título *Un recuerdo al joven marino D. Aurelio Ballen.*

RIGLOS DE ORBEGOSA (Rosa Mercedes).— Distinguida escritora peruana, muerta en Lima en el presente año de 1891. Algunos periódicos limeños tales como *El Nacional* y el *Boletín comercial y biográfico*, propagan actualmento la idea de coleccionar y publicar las obras de esta literata.

RIVAS DE ROBINSÓN (Mercedes).— Poetisa guayaquileña que ha dado á luz la mayoría de sus trabajos velados por el anónimo. Sin embargo, se conocen de ella las composiciones *Glosa pedida por el señor Jacinto Badero*, *Al señor general A. Elizarde*, *A la señorita Rosa Remaggi al ausentarse de Guayaquil* y *En el album de la señorita Carmen Cordero.*

RODRIGUEZ DE MORALES (Catalina). — Poetisa cubana colaboradora, en 1879, de *La Raza latina*, Nueva-York.

RODRIGUEZ (Clotilde). — Poetisa cubana muerta en Cienfuegos en Abril de 1881. Sus composiciones aparecen firmadas por el pseudónimo de *La hija del Damují.*

RODRIGUEZ (Maria Angela).—Poetisa ecuatoriana, muy elogiada por la prensa y la opinión de su país. En 1876 el periódico *La Luciérnaga* insertó algunas composiciones suyas, entre las cuales se distinguen dos que llevan el mismo título *A María.*

RODRIGUEZ DE TIÓ (Dolores).— Poetisa nacida en San Germán (Puerto Rico, el 14 de Septiembre de 1849, hija del magistrado D. Sebastián Rodríguez de Astudillo, y casada en 1865 con el publicista Sr. Tió Segarra. Débense á esta inspirada escritora un libro que, con el título de *Mis cantares*, apareció en Mayagüez en 1876, y numerosas poesías, entre las que merecen citarse la titulada *La vuelta del pastor* y la escrita con motivo del centenario de Calderón. Publicó igualmente un tomo de poesías titulado *Claros y nieblas* (1835) y *A mi patria en la muerte de Corchado.*

ROJAS (Maria Ignacia). — Poetisa chilena á cuya pluma se deben las composiciones *Consuelo* y *A Emilia.*

ROSENDE DE SIERRA (Petrona).— Escritora argentina, redactora por

los años 1830 á 1831 del periódico *La aljaba*.

RUIZ (Dolores). — Escritora argentina. Presentó en la Exposición Universal de París de 1889, una obra titulada *La provincia de Buenos Aires estudiada bajo el punto de vista estadístico*.

S

SALAZAR DE CÁMARA (Mercedes). — Poetisa mejicana que ocupó un lugar distinguido entre las escritoras americanas.

SAMPER DE ANCIZAR (Agripina). — Se deben á esta inspirada poetisa colombiana varias composiciones, entre las que descuellan las tituladas *Un cuento que no acaba*, *En la noche* y *A Rosa*.

SANCHEZ (Jesusa).—Peruana autora de las composiciones *A mi hermano* y *A una amiga*.

SANTA CRUZ (Señorita). — Autora del libro *Historias campesinas*, publicado en la Habana.

SAURÍ (Leonor). — Escritora peruana autora de las poesías *A una alondra* y *Mi llanto (á mi hermana muerta)*.

SEDGWICK (Catalina Maria).—Escritora norteamericana nacida en Massachussetts en 1790 y muerta en 1867. He aquí las principales obras de esta distinguida literata, algunas de las cuales obtuvieron singular aceptación, siendo traducidas á diversos idiomas: *Historia de la Nueva Inglaterra* (1822), *Redwood*, novela, *Hope Leslie*, novela, *Clarence*, descripción de costumbres, *El Jorobado*, *Las letras extranjeras*, *Cartas escritas desde el extranjero á su familia* (1839), *Los Linwoods* (1835), *El pobre rico y el rico pobre* (1836), *Vivid y dejad vivir* (1837), *Moralidad de las costumbres* (1846), *El pastor del monte Righi* (1849) y *El libro de las jóvenes* (1846).

SEIXAS (Maria Joaquina). — Poetisa brasileña, nacida en Villarica en 1767 y muerta en 1853.

SERRANO (Maria). — Escritora norteamericana á la que la literatura española debe una gran parte de su popularización en el Nuevo Mundo, pues ha traducido *Doña Luz*, *Pepita Jiménez*, *El cisne de Villamorta*, *Morriña*, *Un viaje de novios* y otras varias novelas de los más notables escritores contemporáneos.

SIGOURNEY (Lydia Huntly).—Poetisa nacida en Norwich en 1791 y casada en 1849. Se la deben las obras *Miscelánea* (1815), *El Conneticutt desde hace cincuenta años*, *Los aborígenes de América*, poema, *Ensayos poéticos*, *Cuentos en prosa*, *Pequeños poemas*, *Versos para los niños*, *Cartas á las madres de familia*, *Zinzendorf*, novela, *Recuerdo agradable de agradables países*, *Pocahontas*, poema. Falleció en 1865.

SOLER DE MARTINEZ (Francisca).

—Escritora argentina autora de unas *Lecciones de teoría musical*, *de fisiología*, *anatomía*, *botánica*, *zoología*, *geología*, *mineralogía*, *higiene moral y lengua nacional*, que presentó en la Exposición Universal de París de 1889.

SOUTHWORTH (Emma Nevitte).—Escritora nacida en Washington en 1818, á la que se deben las novelas *Retribución* (1849), *La mujer abandonada* (1850), *El valle del Shannon*, *La suegra* (1851), *Los niños de la Isla*, *Las hermanas de leche* (1852), *La maldición de Clifton*, *Antiguas vecindades y nuevas colonias*, *El heredero perdido* (1854).

STEPHENS (Ana S.) — Distinguida novelista nacida en Conneticutt en 1805. Dirigió un periódico en Maine y publicó en Nueva-York *Mary Dewoent*, *Lujo y miseria* (1854), *El antiguo hogar de la familia* (1856).

SUAREZ (Mercedes). — Poetisa colombiana, colaboradora de algunos periódicos, y autora de las composiciones *A la esperanza*, *Al retrato de mi padre*, *El hogar paterno* y otras muchas.

SUCRE (Dolores). — Escritora ecuatoriana cantora del Guayás y de las glorias de su patria, y autora de las composiciones *El pobre*, *En un album*, *Los dos cisnes*, *Al señor General D. Mateo Guerra Marcano*, y otras varias.

SUMMIS (Isabel).—Distinguida publicista nacida en Nueva-York en 1818. Contrajo matrimonio con el catedrático y médico Guillermo Ellet, y dió á luz las obras que siguen; *Mujeres de la revolución americana*, *Teresa Cantarini*, drama histórico, *Escenas de la vida de Juana de Sicilia*, *Estudio sobre Schiller*, *Historia intima de la revolución de América*, *Viaje de verano en el Oeste*, *Las mujeres exploradoras del Oeste*, *Noches de Woodlawn*, leyendas, *Los angeles de la guarda*, *Historias de músicos*, *Los personajes de Schiller*, *Paseos por el campo*, *Relatos familiares basados en la Biblia* y otras.

T

TAPIA DE CASTELLANOS (Ester). — Poetisa mejicana nacida en Marelia (Michoacán). Alentada por distinguidos literatos, colaboró en varios periódicos, y dió á conocer composiciones tan geniales é inspiradas como *Loca de amor*, *Europa y América*, *Costumbres*, *En el campo* y otras reunidas en un tomo bajo el título de *Flores silvestres* (1871).

TRONCOSO DE OIZ (Matilde). — Escritora cubana colaboradora de diversos periódicos y revistas, y fundadora en Las Palmas de las conferencias de San Vicente de Paul.

U

UGARTE Y QUIROGA (Sara).—Poetisa boliviana nacida en Cochabamba. Entre sus poesías que han merecido mayores elogios se encuentra la titulada *La huérfana*.

URBINA Y MIRANDA (Gregoria).—Escritora nacida en San Francisco de California el 11 de Enero de 1857. Estudió la carrera del magisterio y diferentes ramas científicas y literarias. Aparte de su colaboración en los periódicos de España y America, se la deben las obras *Septenario de melodías divinas*, *Novena á Santa Elena, madre del Emperador Constantino*, *Una madre cristiana* (1878), *Cartas del solitario de las selvas á una niña* (1879), *Apuntes históricos sobre el pueblo hebreo* (1879), *Historia de Gabriela* (1880) y *La mujer en sociedad; Una visita al hospital del Niño Jesús* (1878), *La condesa de Orchis*, novela, *Caracuali*, novela (1879), *Jacobo Cook, La mujer en el siglo XIX* (1879), *Los actores de la humanidad* (1880).

V

VALDÉS MENDOZA (Mercedes).—Poetisa habanera, autora de un tomo de poesías titulado *Cantos perdidos*.

VARAS MARIN (Quiteria).—Ilustre poetisa chilena que goza de gran reputación literaria.

VARELA (Manuela).—Poetisa peruana. Se la deben las composiciones *A Dios* y *Amargura*.

VEINTIMILLA (Marieta de).—Escritora ecuatoriana de la familia del general Veintimilla ex-presidente de aquella República. Ha publicado en 1890 *Paginas del Ecuador*, donde se hace la historia de esta nación desde la época del Presidente Flores hasta nuestros días.

VEINTIMILLA DE GALINDO (Dolores).—Poetisa ecuatoriana nacida en Quito en 1829. Fue hábil música y pintora, y se suicidó en 1857 quemando antes sus trabajos literarios, entre los que citaremos *Letrilla*, *A un reloj*, *A Carmen*, *¡Quejas!*, *A mis enemigos*, *Sufrimiento*, *Aspiración*, *Desencanto* y *Anhelo*.

VILLARÁN (Manuela).—Poetisa peruana á la que se deben las composiciones *El Pescador* y *La Pastora*.

W

WARNER (Ana B.)—Novelista americana autora de *Dollares y cientos*, publicó en 1853, bajo el pseudónimo de Amy Lotrhopo, *Los niños de Rutherford*, *Carlos Krinken* y otros trabajos.

WARNER (Susana). —Escritora nacida en 1825 en Nueva-York. Publicó las obras siguientes, algunas de las cuales, traducidas han alcanzado gran popularidad en Europa: *El Mundo*, *El vasto mundo*, novela firmada con el pseudónimo de *miss Wetherell* (1853), *Queccky*, novela, *Las colinas del Shatemuc* (1856), *La ley y el testimonio*, estudio teológico, *Ensayo sobre los deberes cívicos de la mujer americana*, *Al joven americano* (1862), *Leonor Powle* (1865), *El casco viejo* (1863), *Melbourne* (1864), *Series de palabras* (1865), *Tres niñas y tres jardines* (1870), *Oportunidades* (1870), *Las cuatro lecciones de Jacobo* (1871), *La pequeña Anita ó Dichosos los que procuran la paz* (1874). Falleció en Agosto de 1885.

Y

YARA (N.)—Escritora cubana, autora de una comedia de costumbres titulada *El avaro supersticioso*.

Z

ZAMUDIO (Adela).—Poetisa boliviana contemporánea, nacida en Cochabamba, y más conocida por el pseudónimo de *Soledad*. Colabora en multitud de periódicos, y entre sus más notables composiciones se distinguen las tituladas *Otoño*, *A un arbol* y *Media noche*. En Buenos Aires se ha publicado una edición de sus poesías, y en el teatro de su país natal se ha estrenado recientemente su comedia infantil *Violeta* ó *La Princesa azul*. Esta escritora, correcta, apasionada y romántica, ha merecido ser llamada *Reina del Parnaso boliviano*.

ZENEA (Piedad).—Hija del malogrado escritor cubano Sr. Zenea. Con el pseudónimo de *La Golondrina*, colabora en diversos periódicos americanos, prometiendo ser una brillante realidad en el mundo de las letras.

Manuel Ossorio y Bernard.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Doble propensión de la política en el mes pasado.—Los intereses materiales y los dogmas religiosos.—Rompimiento mercantil entre Francia y España.—Estado tristísimo de Portugal.—Energía y entereza de Oliveira Martins.—Portugal y sus colonias.—Triste alternativa en que Portugal se halla.—Grandes agitaciones religiosas en varias naciones.—El manifiesto de los Cardenales franceses.—El nombramiento de nuevo General para la Orden de Jesús.—El cardenal Manning.—Estado religioso de la Gran Bretaña.—El pusseysmo y el Cardenal.—Paso naturalísimo de éste desde la doctrina de Pussey á la doctrina de Roma.—Su papel en la Iglesia católica y sus ideas ultramontanas.—Vuelta desde la religión á la política.—Situación económica de nuestro pueblo, agravada por la incertidumbre del partido liberal.—Ultimas fases de la política europea, y juicio sumario respecto de todas ellas.—Conclusión.

I

La característica del mes que ha concluido hace tres días, véola yo en cierto embargo del espíritu público por dos atenciones, al igual poderosas, los intereses materiales y las ideas cristianas. Doquier atendáis, oiréis hablar de tratados mercantiles, de valores fiduciarios, de tarifas aduaneras, de presupuestos más ó menos equilibrados, de horribles déficits más ó menos cancerosos, de rebajas en los intereses, de arreglos en las deudas, de cortes en las cuentas, de tristes desniveles en los cambios: clara manifestación de la enfermedad económica, cuyos estragos más ó menos á todos los pueblos aquejan y adoloran en el grado correlativo con el capital propio y con sus fuerzas productivas. Pues tanto como de las cuestiones económicas, háblase de las cuestiones religiosas. La organización del catolicismo en la Gran Bretaña, los procederes y procedimientos del clero irlandés en los agudos conflictos de su patria, los manifiestos últimamente publicados por los Cardenales franceses respecto de sus relaciones con la República, el voto de la delegación austriaca requiriendo un arreglo á

la cuestión pontificia, el debate sobre los desórdenes del panteón empeñado por Crispi con el Gobierno italiano, la ley de pública enseñanza puesta por Guillermo II en apasionada y candente discusión, la salud quebrantadísima del Papa y los rumores muy divulgados en todas partes acerca del cónclave futuro, han concentrado el espíritu público sobre lo más interesante al hombre, sobre sus futuros destinos, envueltos en el misterio sublime de las ideas religiosas, tan íntimamente unidas con la moral y con el derecho. Por lo que al estado económico respecta, no tenemos bastantes ojos para llorar los pueblos occidentales del viejo mundo, Portugal y España. El empeño de los conservadores castellanos en dar, como si viviéramos por la centuria décimatercia, un ficticio valor á nuestra moneda de plata, sin escrúpulo batida en la codicia de allegar engañosas ganancias al Tesoro; y las forzadas medidas de aumento á la circulación de los valores fiduciarios, por tal modo deprecian el papel nuestro fuera y agravan la crisis metálica dentro, que pasa el comercio un período terrible de atraso y de quebranto. A este crónico y agudo mal se une la guerra de aranceles entre Francia y España, proviniente de las supersticiones reaccionarias en sus sendas Cámaras imperantes, con verdaderos caracteres de suicidas; pues mientras por el centro de nuestra Europa, en los imperios austriaco y alemán, propenden los Estados á estrechas inteligencias mercantiles, que amplíen por Oriente los beneficios del interior zollverein germánico; nosotros, los pueblos de la idea y de la luz, los pueblos hechos para entenderse intelectual y mercantilmente; los pueblos reveladores y progresivos, los pueblos de raza latina, brutalmente, por un retroceso increíble, nos encerramos en egoismo y en soledad ajenos por completo á toda nuestra naturaleza y á toda nuestra historia. Así una piedra negra marcará en el templo de los recuerdos mutuos para franceses y españoles el rompimiento de nuestro último tratado comercial, tan adverso á los unos como á los otros, todos por igual heridos bajo sus onerosas ruinas. Y el estado de Portugal paréceme todavía más grave, por haberse las obligaciones allí centuplicado hasta lo desmedido, mientras por la revolución del Brasil, por el pronunciamiento de Oporto, por el cambio de reinado, por los despilfarros de las sociedades de crédito, por las agresiones de Inglaterra y los nerviosos desórdenes en la vida corriente y ordinaria, todo el peculio nacional se desconcertaba y se perdía. Pedíase para tan sabi-

dos males el cauterio, y los Gobiernos últimos contentábanse con el expediente. Pero el expediente sólo sirvió á enconar el mal y á traer las catástrofes. Quebradas las sociedades poderosísimas que hicieran los ferrocarriles portugueses; el escándalo aumentó el malestar, un poco recatado por el misterio y el silencio. Carvalho, hacendista de los expedientes, confesó que había sido el último arbitrado por su fecundidad arrojarse á la sima, ofreciendo hasta el sacrificio de su honra en aras de su patria. Pero la hora de los emplastos pasó, y se necesitaban las extirpaciones del cáncer al hierro y al fuego. Encontróse para esta radical operación quirúrgica un pensador, más que un estadista, en quien se junta con la idea profundísima la forma bella, Oliveira Martins, ilustre y amado amigo mío, quien vino con el doble propósito de aligerar, aunque fuese por medidas casi revolucionarias, todas las cargas, y sanear y aumentar en lo posible todas las rentas. Lista civil, deuda exterior é interior, pensiones y sueldos, todo ha sufrido una rebaja casi violenta, mientras se antepone y sobrepone á todo el propósito firme de que suban, por medio de una energía implacable para la recaudación, los ingresos. No hay, en vista de todo ello, para qué maravillarse, como se ha maravillado tanto inexperto político, de que saliese á la superficie un proyecto, de suyo tan grave, como el proyecto consistente de antiguo en largas enajenaciones del gran patrimonio colonial. Desde los tiempos más antiguos hubo en Lusitania un partido agrícola, tendente á concentrar todas las actividades nacionales en el cultivo de la hermosa y fecunda porción de territorio nacional que ha tocado en suerte á los lusitanos, y otro partido mercantil y marinero, tendente á irradiar la vida portuguesa por los mares y los archipiélagos que pusiera el mar á sus puertas y que tributaran y sirvieran á la civilización europea por obra de las navegaciones y de los descubrimientos, constitutivos para Portugal de su mejor gloria y de su más fecunda ocupación. La felicidad, con que aquella dinastía surgida en el monje de Avis y acabada con el romántico D. Sebastián, inició y coronó las épicas invenciones lusitanas en el mar con las glorias del infante D. Enrique y los martirios de D. Fernando y la fortuna de D. Juan II y de D. Manuel, tan espléndido como grande, hicieron que Portugal venciese á los que resucitaban la política de Catón el Censor en Roma y se marchase con la cohorte de sus milagrosos Escipiones al descubrimiento y á la conquista. Pero siempre hubo

allí quien dijera, y si no lo dijera, quien lo pensara, que para sostener sus colonias necesita Portugal perder su nacionalidad, uniéndose á España; y que para conservar su nacionalidad aparte y distinta de la nacionalidad española, necesita perder sus colonias. Hay muchos espíritus superiores allí, los cuales deben por sus adentros pensar, aunque nunca lo deban en público decir, que sería preferible á todo la unión estrecha con España, en la que caben muchos grados; pero, vista esa invencible repugnancia del pueblo portugués á ella, conformanse con reconcentrarse dentro de sí mismos y apercibirse á enajenar colonias, preñadas de complicaciones por su enclave peligroso entre territorios británicos, como aquellos, que ponen á diario en peligro la paz y la independencia nacional. Yo tengo los libros de Oliveira Martins frecuentemente sobre mi mesa, y los leo por lo mucho que amo á Portugal, objeto preferente de tales libros, y por lo mucho que admiro al autor y que aprendo con el autor en este frecuentísimo comercio literario. Y considero libro capitalísimo suyo, profundo y uno hermoso, que se titula: *El Brasil y las colonias portuguesas*, tanto por la copia de sus ideas como por la corrección de sus formas. Pues bien: allí estaban anunciadas con profética previsión las dificultades que hallaría Portugal en el río Zambeze por las maquinaciones inevitables de Inglaterra. Allí está dicho con toda claridad cómo los principios generales, proclamados en el Congreso de Berlín, van contra la exclusiva dominación portuguesa en los dos grandes ríos del Africa ecuatorial, en el Zaire y en el Zambeze, y cómo amenazan disminuir en mucho los rendimientos de Angola y de Mozambique, tan admirablemente colocadas en sus respectivas desembocaduras. Por sus libros adquiere uno el conocimiento de cómo apenas quedan en aquellas factorías otra cosa de la dominación lusitana que su bandera; de cómo el comercio predominante por doquier allí resulta ó francés ó británico; de cómo Lourenzo Marques vive con los rendimientos del pasaje impuesto á las producciones y á las mercancías del Transvaal; de cómo las construcciones del ferrocarril inglés intentado sobre los dominios portugueses australes serán siempre origen de conflictos, para conjurar lo cuales fáltanle á Portugal recursos; de cómo la colonización, aun la portuguesa, tan idónea para en todos los climas prosperar y en las zonas más difíciles acomodarse, tropieza con dificultades económicas sólo vencibles por un rico presupuesto. Así no ha podido extrañar-

nos que se haya intentado por algún hombre importantísimo, no á la verdad Oliveira Martins, otro, la enajenación completa de las colonias africanas, y especialmente de la codiciadísima Mozambique. Pero todo esto habrá de resultar imposible mientras Portugal tenga su mar enfrente, y desde las puertas de Lisboa con su desembocadura del Tajo al Africa el collar de perlas compuesto por las maravillosas islas del tentador Atlántico.

II

Pues lo que aquí en Portugal, tan embargado por las cuestiones económicas y coloniales, pasa poco más ó menos en todas partes. Quéjase Inglaterra de sus negocios con el Plata, y sigue sus engrandecimientos en Africa; traba y rompe Francia tratados mercantiles al par que pugna por nuevas extensiones de su poder territorial en el Jouat y en el Tonkín; Bélgica se cura de cómo podrá entenderse mercantilmente con Alemania y de cómo quedar airosa en ese difícil Estado del Congo, donde se ha metido de hoz y de coz con tan poca prudencia; distribuye Rusia sus empréstitos allegados á tanta costa y entra en el Pamir tan conocido por todos los estrategos que han estudiado el Asia militarmente; procura Luzatti en la Hacienda italiana economías con la retirada de las subvenciones concedidas al plan de ferrocarriles militares, y no ciega el verdadero manantial de los gastos, su alianza con los Imperios centrales y su incierta ocupación de una colonia exótica; por manera que doquier vuelve uno los ojos, halla el mismo empeño en disminuir los gastos públicos sin tocar á lo que creen todos su raíz, á los crecimientos coloniales y á los ejércitos numerosos. Creeríase por un observador superficial nuestra Europa factoría complicada, si el movimiento de las ideas religiosas no acompañase al movimiento económico. Pero aquél comparte con éste la universal atención. Cosa curiosísima el manifiesto último de los Cardenales franceses, quienes, constreñidos á reconciliarse con la República por impulsos del Papa incontrastables, ponen á la reconciliación condiciones tan imposibles, como la condición de que sea ultramontana la República. No deben proponerse tal cosa las gentes eclesiásticas; cual no deben proponerse las gentes republicanas convertir en infieles los eclesiásticos. Ni la República puede renunciar á su carác-

ter civil, ni la Iglesia puede renunciar á su carácter dogmático. No hay que pedirle á la República lo imposible; abolición del carácter civil, propio al Estado moderno, ya republicano ya monárquico; cual no hay que pedirle á ninguna Iglesia un tilde ó una coma de sus ideales y de sus principios dogmáticos. El cardenalato francés hace una bien platónica declaración de amor á la República, en su recelo de que lo compela el Pontífice á concesiones mayores, y exige por este reservadísimo acto un cambio radical de instituciones y leyes en lo tocante á materia eclesiástica, por el cual no puede pasar Francia. Pero con todo su platonismo, la declaración trasciende lejos, muy lejos. No menos trascendente, no menos el problema escolar en Alemania, tal como lo ha presentado el emperador Guillermo al Parlamento prusiano por medio del ministro Sedlitz. En el retroceso necesario, que impuso la Iglesia el día de su triunfo á Bismark, revocador de las leyes dadas por él mismo en Mayo del 73 contra la independencia eclesiástica, no podía creerse que hubiera de llegarse hasta la intervención directa de todas las Iglesias, y especialmente de la Iglesia católica, en el círculo completamente laico de la instrucción oficial. Pues se ha entrado, y cada grupo de fieles podrá tener el respectivo sacerdote propio que le adoctrine á diario en sus creencias; y aquellos no adscritos, por motivo y razón de su filosofía, en culto ninguno, habrán de proclamarse por fuerza deistas é ingresar en cualquier comunión cristiana; pues así como los obispos del siglo XVI bautizaban á los judíos y á los moros por fuerza, estos alemanes al uso quieren por fuerza imponer en lo externo á ciertos discípulos de sus gimnasios ideas á las cuales no quiere asentir la razón y la conciencia de ellos. Ante un retroceso de tal clase, compréndese que los nacionales liberales de Prusia se hayan erguido hasta negarse al voto de semejante ley; y esta negativa ponga, por mantener un equilibrio parlamentario bastante difícil, al Gobierno prusiano á merced y arbitrio por completo del catolicismo alemán. Lo cierto es que tales como se han puesto las cosas públicas en Alemania, el Gobierno, manteniendo la ley escolar, se desaviene de los liberales; y suspendiéndola, se desaviene de los católicos, desavenencias igualmente peligrosas, no sólo para su influjo, sino para su vida. Sí, porque habiendo entrado Miquel en la gobernación pública y servido en este ministerio de Caprivi una importante cartera por su representación y procura de los li-

berales; el acto de retroceso, en hora terrible ideado y cumplido por sus compañeros de Gabinete, le obliga y constriñe á una dimisión inevitable, la cual puede traer consigo las perturbaciones connaturales á disentimientos hondos en la falange ministerial germánica. ¡No dirán, visto lo sucedido en pueblos tan adelantados como Prusia y Francia, que sufrimos, al par de una crisis económica, una crisis religiosa también! Así embargan mucho el interés público las alteraciones traídas por la muerte á cargo religioso tan importante como el generalato de los jesuítas. El influjo de la Orden, tras los largos eclipses de otros días, hase reanimado con brillo extraordinario en los últimos tiempos. Dúctil y flexible, ha sabido aprovecharse de la libertad obtenida por todos á la sombra del derecho contemporáneo para deslizarse astuta en el seno de los pueblos y sugerirles ideas de retroceso. Esta su habilidad hala colocado en la cumbre del mundo romano; y su general, el Papa negro, ha conseguido un poder oculto superior al poder aparatoso del Papa blanco. En tiempo de Pío IX, el padre Beckx, á quien yo conocí personalmente, imperaba mucho en el Vaticano, habiendo sido como el alma de toda la política y de toda la dogmática reinante sobre aquel período. El sucesor suyo no ha obtenido en los postreros tiempos igual influencia, por haber el Papa, como buen tomista, puesto su favor en la Orden dominicana de un escolasticismo puro, no muy sabido entre los compañeros de Jesús, más ultramontanos, pero también más humanistas que los dominicos. Suizo el general, al morir le ha sustituido ahora interinamente, y acaso le sustituirá mañana para siempre, un español, á quien he visto muy alabado hasta en los periódicos demócratas de Madrid. Llámase P. Martín y ha nacido en Burgos. Con el Papa negro sucede algo de lo que sucede con el Papa blanco. Desde que ocupó el trono papal un flamenco, en principios de la centuria décimasexta, el maestro de Carlos V, no ha vuelto ningún extranjero á sentarse allí. Pues, á pesar de haber sido la Orden de Jesús institución de un español, ha tenido cinco naturales de nuestra España en el generalato únicamente, mientras once italianos. Dicen que al padre Martín le distinguen excepcionales conocimientos en letras divinas y humanas, así como una grandísima elocuencia. Creo lo primero y dudo lo segundo completamente. No podría resonar su elocuencia muy alta y muy lejos, cuando no la conocemos en España, y tiempo tuvo de haberla llevado á todos los

oídos el padre Martín, pues tiene la edad madura de cuarenta y cinco años. Ignoro por qué se han puesto en tanta boga los jesuítas entre los periódicos liberales. Una orden de tal disciplina y rigor excluye las espontaneidades individualistas de que brotan la poesía y la elocuencia. Diga cuanto quiera nuestra prensa democrática, la oratoria del padre Martín debe parecerse á la literatura del padre Coloma y á la Historia Literaria de un padre agustino, tan rico en santidad, como pobre de letras y de gramática.

III

Un prelado acaba de morir, el cardenal Manning, en Londres, á la edad avanzadísima de ochenta y dos años. Nacido en rígidas familias protestantes inglesas; educado por la Universidad célebre de Oxford; sacerdote anglicano muy oído por el mérito de su predicación que unía con el sentimiento evangélico la profundidad científica, dejó, tras una serie de medidas evoluciones, la Iglesia de sus padres, hasta irse, de retroceso en retroceso, al catolicismo, y dentro del catolicismo ya, hasta ideas tan reaccionarias como la soberanía temporal de los Papas en lo canónico y en lo dogmático la Infalibilidad pontificia. Un hombre, que había nutrido con los principios de la religión anglicana el espíritu desde sus comienzos y había experimentado las ventajas del régimen parlamentario y liberal en su grandiosa patria, no cejó hasta reconocer algo de divino á la palabra pontificia y prosperar por todos los medios imaginables una reacción teocrática, sosteniendo el poder temporal de Cristo, vinculado en la para él indiscutible soberanía política de los Papas. Difíciles, muy difíciles de comprender tales saltos atrás en sabio tan conspicuo, como no estudiemos antes el desarrollo de la Religión en Inglaterra, por el cual estudio habremos de llegar á entender con facilidad la indeclinable conversión de Manning al catolicismo y al catolicismo ultramontano. Estadme atentos. Verdaderamente curiosa es la descomposición del protestantismo burocrático y oficial en la Gran Bretaña. No se ha establecido todavía con vigor en tiempo de Eduardo VI, cuando ha visto entrar en su seno la herejía, que niega el dogma trinitario, y con el dogma trinitario la tradicional divinidad de Cristo. El célebre Ochino, fraile de Siena,

llevó á Londres la herejía socinia-na. Pues años más tarde, la secta holandesa, conocida con el nombre de Arminia, rechaza primero el dogma protestante de la predesti-nación y luego la igualdad con-substancial de las tres personas di-vinas. Un capellán de la embajada inglesa, John Hales, trasportó el espíritu arminio á Inglaterra, des-pués de haber mandado, como de-cía él, á pasear á Calvino, y de ha-ber propuesto aquella latitud am-plísima de interpretación, que ha dado nombre tan gráfico á su secta. En esta secta se alimentó á su ni-ñez la escuela fundadora del protes-tantismo liberal. Taylor la impulsó mucho, despertando segura con-fianza en el criterio y en el testi-monio de la razón. Así, las sectas que rompían la ortodoxia y la tra-dición verdaderamente anglicanas, multiplicábanse por todas partes con increible rapidez. Los presbi-terianos proponían la supresión del episcopado y de la liturgia. Los in-dependientes separaban las iglesias de todo Estado, concediéndoles in-terior autonomía. Los kuáqueros derogaban todo privilegio eclesiás-tico para dejar grande amplitud á la individual inspiración, como su-cedía á las antiguas iglesias apos-tólicas. Tomás Edwards contaba en tiempo de la revolución ciento se-tenta y seis sectas heréticas diver-sas. No debía la ciencia favorecer mucho la unidad protestante. Bacon separaba los dogmas religiosos de las ideas filosóficas. Locke mante-nía un cristianismo racional. The-georli fundaba su escuela pura-mente deista. Hume hacía del Uni-verso una ilusión fantasmagórica del cerebro. Wesleisse iniciaba el metodismo. Coleridge, admitiendo la distinción de Kant, esa distin-ción entre la inteligencia, facultad de las nociones, y la razón, fa-cultad de las ideas, restauraba un cristianismo, aunque por su fondo idealista, por sus tendencias tan ra-cional y tan humano como el cris-tianismo de Locke y de Bacon.

IV

La verdad es que todos estos sec-tarios últimos, conciliadores de la filosofía germánica y la tradición cristiana, como conciliara Santo Tomás el catolicismo con el aris-totelismo, tienen el mérito de ha-ber hecho sobrehumanos esfuerzos para impedir un divorcio sacrílego, el divorcio entre la razón y el cris-tianismo. Un mismo fenómeno se observa en Alemania é Inglaterra,

después de la interior descomposición que ha tenido el protestantismo. Este fenómeno es la institución de una filosofía independiente del dogma, y aun al dogma contraria. En Alemania, las escuelas extremas del protestantismo, como la escuela de Lessing, combatían de tal modo la tradición ortodoxa, que no se daban cuenta de cómo, al probar, ó tratar de probar, que hasta los tiempos de Lutero, desde los tiempos apostólicos, toda revelación pecaba de artificial y fantasmagórica, realmente combatían en su fondo el cristianismo entero y lo relegaban al triste rango de las supersticiones fantásticas. No se puede, no, descomponer dentro de sí misma una idea tan grande como la idea teológica, sin que venga de suyo á sustituirla otra idea tan grande como la idea científica. Los primeros filósofos griegos trataron de contener sus principios en la simbólica del paganismo. Tras los dioses de mármol centelleaban los resplandores de las ideas filosóficas. Aquella fué la edad de paz entre la religión y la ciencia. Thales, Pitágoras, parecían, más que oráculos de la razón humana, oráculos de la divinidad y sus múltiples personificaciones. Pero, al separarse la conciencia de la religión, al dividirse el espíritu y el Estado, al encontrar un hombre como Sócrates el oráculo divino en la humana conciencia; este divorcio de la filosofía y de la religión estaba llamado á traer dogmas nuevos destructores del paganismo, y con el paganismo de las sociedades antiguas. Con seguro presentimiento lo comprendieron así aquellos estadistas, como los treinta tiranos griegos; aquellos poetas populares, tan atenienses como Aristófanes; aquellos oradores como Simmaco; aquellos Césares como Juliano, quienes opusieron resistencia invencible, primeramente á la filosofía y á la moral de Sócrates, y luego á la ley de Cristo. Pues bien: así en Alemania como en Inglaterra, el protestantismo ha engendrado, durante nuestro siglo, dos grandes filosofías, que lo contradicen y lo niegan. Para el hegelianismo, que hace partir toda la vida, con sus desarrollos, de la idea pura, el cristianismo no aparece sino como un término dialéctico en la serie del movimiento universal y eterno. Y así como la filosofía hegeliana hizo del cristianismo un término de la idea, tan importante para el espíritu humano como el vedismo, como el budismo, como el mazdeismo, como el judaismo, como el paganismo, como el helenismo, como el latinismo, como el germanismo; la filosofía de la evolución inglesa, filosofía, cuyos principios privan hoy

mucho en el favor universal, combate resuelta y definitivamente la idea cristiana, como si fuese cualquiera otra vieja y gastada superstición teológica. Ese Darwin, á quien los anglicanos dieron sepultura bajo las bóvedas sublimes de su primer catedral, derivando todas las especies de un embrión único por medio de la selección natural y decerniendo el preciado lauro de la victoria necesariamente á los fuertes sobre los débiles en el eterno combate por la vida; ese Spencer, quien después de proclamar el principio de la permanencia eterna de la fuerza, lo desarrolla luego en evoluciones incesantes, sin término y sin fin, cometa más amenazador á la idea cristiana que todo el hegelianismo germánico; ese Lewes, en cuyos conceptos la psicología toda entera se reduce á una simple fisiología, y la moral á una higiene, y el pensamiento á una secreción del cerebro, secreción que debe destruir metafísicas y religiones, como si fueran grandes telarañas, en cuyos pliegues oscuros se halla prendida, cual una mosca, la verdad; todos esos pensadores, sin exceptuar á Mill, admirador del positivismo, esa teoría negativa de todos los principios trascendentales; todos esos pensadores, sin excepción alguna, concluyen por descomponer el cristianismo británico de igual suerte que los filósofos antiguos descompusieron á una con sus sistemas varios, el paganismo heleno y el paganismo romano. Sin embargo, esa ciencia, con todo su poder, con toda su fuerza, con el esplendor que le presta la copia riquísima de sus ideas, no puede sustituir, no, lo mismo que trata de derribar. Spencer lo confiesa paladinamente, cuando dice que su primer principio de la fuerza y de la energía se halla envuelto en misterios tan oscuros como el primer principio creador, que anima y preside á todo el Universo. Después que hayáis demostrado la unidad química de la materia, y la hayáis reducido á oxígeno puro en su esencia; después que hayáis visto la inmanente perpetuidad de la fuerza y hayáis sacado de ella el movimiento, el calor, el magnetismo, el éter; después que hayáis mostrado como todas las estrellas provienen de la primera nebulosa, difusa en la inmensidad de lo infinito, la cual por todas partes nos penetra; después que hayáis podido comprobar cómo el dolor y la muerte se dilatan hasta donde se dilata el hombre y la vida; después que hayáis retrasado millones y millones de siglos los orígenes de nuestro planeta, no habréis podido, no, destruir el sentimiento religioso, que permanecerá tan fuerte, intenso

y puro como después que Copérnico redujo nuestro planeta, centro del Universo en los conceptos antiguos, á mero satélite del sol; como después que Galileo probó con el péndulo en la mano el movimiento triunfal de la tierra por los espacios; como después que Newton explicó la gravedad universal: pues conforme se dilatan los horizontes de la ciencia en lo infinito, crece la idea de Dios en los profundos senos del alma, y necesariamente se impone una religión universal.

V

Así no puede maravillarme que, según iba el pensamiento científico apartándose de la fe religiosa, hubiese una reacción teológica, la cual tomó dos formas; una semipuritana con los metodistas, otra semicatólica con el doctor Pussey, acompañado por los teólogos de Oxford. El metodismo con sus rigores, con sus arideces, con sus intransigencias, despojó al sentimiento anglicano de toda propensión idealista y al culto religioso de todo sabor artístico. El fondo de intuición, de sensibilidad, de verdadera estética, de pasión á las plasticidades artísticas, congénito con la naturaleza humana, debía sublevarse contra la rigidez mortal de una doctrina casi algebraica, llena de fórmulas altísimas, pero abstractas, impropias de la fe religiosa, como de principios morales, muy buenos, pero sobradamente rigurosos para las contingencias y los dolores del humano ser. Así debía brotar una propensión invencible de los espíritus sensibles y tiernos á ritos y prácticas, que tienen tanta poesía en sí mismos, y á dogmas tradicionales consagrados por los prestigios del tiempo, que tiene tanto poder sobre las almas; y como el metodismo confinó con la Iglesia presbiteriana escocesa, confinó el pusseysmo con la Iglesia católica romana Quiénes relacionaban la regeneración total por el bautismo con las regeneraciones parciales por la eucaristía; llamaban á la Iglesia triunfante única depositaria del dogma ingenuo y puro; atribuían el mismo caracter á los obispos que á los apóstoles; aludían á la existencia en el texto sagrado de la idea viva pero sujeta con rigor á una catolicidad de interpretaciones muy rara en protestantes y á una infalibilidad difundida por todo el cuerpo de la grande asociación cristiana como una especie de sangre ideal, pe-

ro semejante á la infalibilidad pontificia; ponían los Padres de la Iglesia primitiva como verdaderos oráculos de la verdad revelada; y revestidos con insignias del ritual católico, sobre la tabla del altar, muy ornado, entre resplandores de cirios y espirales de incienso, decían una misa muy semejante á la misa romana, estaban cerca, muy cerca, de reingresar en el catolicismo y reconocer la supremacía dogmática y moral del Papa. Un sentimiento monárquico, muy sobrepuesto por la educación al carácter inglés, los detenía en el dintel de Roma, temiendo amenguar y disminuir las facultades religiosas de los reyes, tan importantes en el espíritu religioso de los ingleses. Pero varones como el fuerte Manning, de ánimo entero, de lógica inteligencia, de firme y resuelta voluntad, no podían detenerse á tal consideración, y extrayendo con rigor las consecuencias de los principios, abandonaban la sociedad anglicana y caían de hinojos al pie de los altares católicos. El Cardenal, nacido á comienzos de la centuria, en el año 8 de ella, proclamó el catolicismo su fe personal, cuando apenas contaba cuarenta y dos años, habiéndole guardado una fidelidad inquebrantable hasta la muerte, sucedida en edad tan avanzada. La idea católica y la idea socialista han ocupado su alma y han poseído por ende su inteligencia y su voluntad. Caritativo, muy caritativo, no pudo creer nunca suficiente la caridad particular al consuelo de los dolores y al remedio de las imperfecciones sociales. Dando al catolicismo tendencias y propensiones quizá ajenas de su caracter dogmático y moral, predicaba un comunismo del púlpito análogo al comunismo alemán de la cátedra; é intervenía, más con el caracter de un economista que con el caracter de un prelado, en los litigios formidables del trabajo con el capital. Dentro de la protestante, y amén de protestante, individualista Inglaterra, estos dos caracteres le han suscitado muchos enemigos, y estos enemigos han tenido poder bastante para sacarlo de quicio y enfurecerlo hasta sugerirle afectos, si no de odio, de rabia. Pero, envejecido y muerto sobre aquella sede católica de Westminster, fundada el año 61 por Pío IX, y sucesor del ilustre Wisseman, su nombre ha conseguido un gran respeto de los contemporáneos, como sus obras tendrán una grande resonancia en la posteridad.

VI

Pero, engolfado en la contemplación histórica de tanto instituto como ha influido sobre el desarrollo de la conciencia y de todo el espíritu contemporáneo, había dado á olvido los hechos recientes, á que vuelvo en mi calidad y condición de cronista. Mucho ha conmovido la opinión europea el inútil sacrificio de un veinte por ciento en la lista civil que ha ofrecido el Rey de Portugal á la nivelación del presupuesto definitivo. Medidas y disposiciones tan radicales, cual ésta y las formuladas por el ilustre pensador que dirige la Hacienda y el Tesoro lusitanos, pueden darse por bien empleadas y aplaudirse con entusiasmo, cuando conducen al fin apetecido y extirpan de raíz un mal canceroso. Pero, si, como sucede ahora, según muchos, quizá pesimistas, no hay remedio en lo humano para el Tesoro portugués, el mal se aumenta y encona con las acerbidades horribles del remedio. ¿Será verdad que la situación del vecino Estado no tiene remedio? Tenémoslo, sin duda, en España para nuestra perturbación económica, y no queremos aplicarlo. Gobierno conservador y oposición liberal adolecen de irresoluciones iguales. Compréndolas en el Gobierno, á quien su responsabilidad impone cierta medida y reserva; pero no las comprendo en un partido de oposición, únicamente obligado á decir fórmulas y prosperar tendencias. Cree la opinión pública y quiere la pública voluntad graves determinaciones del poder público á las economías en todo, pero en Guerra y Marina especialmente. Pues bien: el partido liberal está organizado por manera tan defectuosa y en organismo tan por extremo flaco, ya merced á deficiencias irremediables de su credo, ya merced á bondades nativas de su jefe, que hay soldados varios de importancia é influencia en sus filas opuestos á las economías al punto de aparecer cómplices, cuando no fautores, en los aumentos desastrosos presentados en el ejercicio, que corre ahora, por nuestro imposible presupuesto de la Guerra. Tal camino á parte ninguna puede conducir más que á la propia perdición. Y lo mismo digo de la guerra económica con Francia, en que franceses y españoles nos hemos precipitado locamente, aumentando, cual si no tuviéramos bastante con las penurias interiores, el mal colectivo de un retroceso en el comercio exterior. Echanse mutuamente la

responsabilidad respectiva el Gobierno español al Gobierno francés y el Gobierno francés al español, desconociendo cómo la tienen los dos, por igual desatentados, el uno, el de allende, á causa de su debilidad ante la mayoría proteccionista de la Cámara, que corre al abismo con una inconsciencia propia de su irresponsabilidad, á la cual debió poner freno la iniciativa del Gobierno responsable por una dimisión á tiempo; y el otro, el de aquende, ó sea el nuestro, á causa de un dogmatismo proteccionista, sólo comparable, por lo perturbador y por lo reaccionario, á su dogmatismo socialista. En tal estado de las cosas, no hay para qué maravillarse á la desatentadísima guerra mercantil, donde han entrado todos los pueblos con daño del derecho público europeo en detrimento y detención del progreso universal humano. Cuando vemos las dos repúblicas existentes en Europa, toda cubierta de monarquías, Francia y Helvecia, declarándose una guerra de tarifas, cuyos estragos alcanzan á las letras mismas, ¡oh! sentimos la desesperación propia de quien ha trabajado toda la vida por un principio y lo encuentra combatido por aquellos en quienes pusiera su confianza. Cerremos esta Revista diciendo que las disidencias parlamentarias en Alemania por la ley escolar llegan al extremo de haber amenazado Caprivi con una insinuación de golpe de Estado al Parlamento y haber el Parlamento silbado á Caprivi por esta insinuación; que las elecciones húngaras, provocadas por el Gobierno teniendo mayoría de ciento cincuenta votos para robustecerla y afirmarla por nuevos comicios, le han disminuido las fuerzas y han puesto los ánimos en una exaltación por cuyos espasmos compelidos acaban ahora de aunarse y entenderse los partidarios de Kossuth el republicano, todos ellos separatistas, con el conde Aponyi, jefe antes de la oposición parlamentaria y constitucional; que la herida, por un pistoletazo debido á personal descuido abierta en la pierna del hábil ministro búlgaro, Stambuloff, no ha traído las consecuencias temidas por cuantos vieron en ella una reapertura de las terribles cuestiones orientales; que ha triunfado la candidatura liberal en el distrito mismo donde tuvo la confianza perpetua de los electores el apóstol Hartingthon, negante de Gladstone como Pedro de Cristo, y jefe de los unionistas pasados al viejo torysmo; que la reforma constitucional se impone á los belgas, así como la grande amplitud y extensión del sufragio; que todo acusa por desgracia un cónclave nuevo y otro nue-

vo Papa, terrible caso temido por todos los liberales de veras en el mundo, pues difícilmente podrá encontrarse un cardenal, capaz de sustituir al santo y venerable varón cuya ciencia, sólo con su virtud comparable, ha iniciado la obra mayor quizá de nuestro siglo, la reconciliación del catolicismo con la libertad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Difícil es la misión de la crítica, tomada esta palabra en su más recto sentido; pero la dificultad crece cuando el crítico se propone juzgar obras y autores contemporáneos de él. Formar juicio exacto de lo que amamos ó aborrecemos, haciendo abstracción completa de nuestros afectos y pasiones para aplicar al objeto sometido á nuestro dictamen el código del buen gusto, empresa es superior á todo encarecimiento. Acontécele al crítico que juzga de lo que le es presente algo parecido á lo que le sucede al soldado en la batalla. A éste, el ruido del combate le ensordece, ciégale el humo de la pólvora, pertúrbale el deseo de venganza y trastórnale finalmente la embriaguez de la lucha. Inútil sería pedirle, después de terminada, que narrase con exactitud el hecho de armas en que ha tomado parte, ni menos esperar que juzgue con verdad los diferentes episodios del combate. Para apreciar serena y juiciosamente la contienda, preciso es que hasta el observador no lleguen ni los proyectiles de la pelea ni los apasionados gritos de los combatientes.

Razón es esta por la cual el crítico debe alejarse sistemáticamente de aquellas personas á quienes ha de juzgar, procurando con el mayor esmero posible que ni la amistad enturbie sus apreciaciones ni las desvirtúen el odio y el rencor. Creo haber oído que entre las leyes que rigen en España, existe una que prohibe al juez ejercer su cargo en el pueblo de su naturaleza ó de su habitual residencia. El espíritu de esta ley no debe ser desatendido por los jueces de la crítica.

El P. Blanco, encerrado en su celda del monasterio de San Loren-

zo, apartado de las escaramuzas en que diariamente tienen que intervenir, por regla general, cuantos escriben, hubiera podido mejor que crítico alguno, realizar tan difícil misión, la cual parece estar formulada en estos versos del inimitable cantor de *La vida del campo:*

«Libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.»

¿Ha logrado el P. Blanco convertir en realidad este bello ideal de la crítica? He aquí la pregunta que ocurre en cuanto se acaba de leer la *Segunda parte de la literatura española en el siglo XIX.* Nótase, á medida que avanzamos en la lectura de este por todos conceptos notable libro, que aquella casi absoluta imparcialidad que se advierte en la primera parte y en las páginas con que comienza la segunda, se debilita considerablemente, en los capítulos dedicados á los escritores de nuestros días. ¡También ha salvado los muros del Escorial algo del ambiente que todos respiramos! ¡También hasta la celda del sabio agustino ha debido de llegar alguna bala perdida de las que sin tregua se cruzan en el campo de las letras!

Echase de ver, en efecto, extremada severidad en algunos juicios, exceso de crítica negativa en otros, y olvido varias veces de aciertos contenidos en obras que, sea quien quiera su autor, deben ser celebradas. Si en la gacetilla de la hoja periódica, destinada á morir á las pocas horas de haber nacido, merecen cierta disculpa los apasionamientos é injusticias, tanto por lo inmediato de la impresión de que ella es como eco, cuanto por la falta de reflexión que esos trabajos efímeros suponen, en un libro, fruto de detenidas meditaciones y destinado á larga vida, nada que sea producto de la pasión debe estamparse. En la obra del P. Blanco no siempre habla la justicia. Algunas páginas, pocas por fortuna, lo prueban.

***

La crítica del joven religioso se mueve entre estos dos polos: la fe católica y un gusto artístico tan exquisito como delicado. Cuando el autor se deja guiar por este último, sus juicios son acertados; sabe descubrir con rara escrupulosidad las bellezas, y muestra con seguridad convincente los defectos. Tiene además una cualidad tan estimable como poco común: la indepedencia de criterio estético. En vano sería buscar en la obra del P. Blanco las líneas inflexibles de un sistema: en este punto es absolutamente libre su espíritu. No pone á

los clásicos sobre los románticos, ni á los realistas sobre los idealistas, ni á los que siguen las huellas de la poética alemana sobre los discípulos de las escuelas francesa ó inglesa. El verdadero artista (salvo en lo tocante á religión) es ensalzado y celebrado, sin tener para nada en cuenta su procedencia, por el P. Blanco. Poco importa que en Hartzenbusch se manifiesten las tendencias de Schiller, derivadas, como es sabido, de la estética de Kant; que Becker represente entre nosotros algo así como un eco del tono, más bien que del pensamiento del autor del *Intermezzo*; que leyendo á Tassara se adivine á Leopardi; que en tal autor se descubra la influencia de Ruskin ó de Carlile ó de cualquiera de los estéticos modernos, desde Richter hasta Schopenaüer, desde Macaulay hasta Spencer, desde Cussin hasta Taine. El autor de *La literatura española en el siglo XIX*, no pregunta el artista de dónde viene, si no lo que trae. Para él lo bello no es patrimonio de ninguna escuela: pertenece á todas. De este modo salva victoriosamente el P. Blanco un escollo en que rara vez han dejado de tropezar los críticos aun los más ilustres. ¡Cuántas veces han sido anatematizadas obras inmortales tan sólo porque no pertenecían á la escuela de aquel que las juzgaba! Dígalo si no en época no muy remota, aquel período de nuestra literatura á que Quintana llamó *guerra literaria*, en el cual período, según el autor citado, hubiérase podido decir de Huerta lo que de Ismael: *Manus ejus contra omnes et manus omnium contra eum*, en que Forner é Iriarte se combatían sin descanso, en que los Moratines, los Cadalso, los Veras, los Trigueros, los Salas... inspirados todos en exclusivismos sistemáticos, se disparaban á la continua sátiras aceradas y epigramas virulentos, por encima de los cuales se alzan invunerables las obras de verdadero mérito, sin distinción de escuela ni de parcialidad, producidas en medio de aquella lucha. Combates parecidos sostuviéronse en España, de idéntica manera que en Francia, entre clásicos y románticos, y hoy mismo no aleccionados por estos y otros análogos ejemplos, siguen luchando con menos saña, pero con el mismo estéril resultado, naturalistas, idealistas y modernistas. El P. Blanco, ajeno á todos los prejuicios que informan estos sistemas, se coloca en terreno neutral y otorga la palma al mérito verdadero, sin mirar las divisas que los autores ostentan en sus escudos.

Pero si sabe apartarse de toda influencia sistemática, no le acontece lo propio con el otro de los dos factores que constituyen el eje de su

crítica. De la lectura del libro se desprende que la fe católica, á juicio del P. Blanco, no sólo abre las puertas de la gloria celestial, sino que es además parte poderosa para forzar la entrada de lo que los versificadores llaman por gala poética los cielos del arte. Tamayo, en concepto del crítico, vale más que Ayala. ¿Por qué? El autor de la literatura española contesta á esta pregunta con razones algunas de peso, pero entre las cuales el lector adivina que es, entre todas, la primera el acendrado catolicismo del creador de *Un Drama nuevo*. A Sánchez de Castro, autor del *Hermenegildo* y del *Theudis*, lo considera como un *sol con cuyos arreboles luminosos habría ganado mucho la escena patria*, hipérbole que aunque basada en la opinión de Revilla, más parece engendrada por solidaridad religiosa, que por espíritu de austera imparcialidad. Tal vez al mismo sentimiento religioso responden los elogios tributados á *El Escándalo* sobre otras obras de Alarcon, y á *Pequeñeces*, del P. Coloma, así como las severas censuras enderezadas contra *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*, de Galdós, y *Marta y María* de Palacio Valdés. Tampoco se pasa de justo el P. Blanco con *La Fe*, última novela de Palacio, á la cual, aunque mucho más endeble que otras del mismo autor, no puede aplicársele con verdad el dictado de *melodrama sainetesco*.

Acaso el hábito que viste el ilustrado religioso sea causa de la desmedida importancia que concede al elemento católico en la producción artística. Circunstancia es esta que, á pesar de lo respetable de su origen, perjudica considerablemente á su crítica. Sin negar yo que el fin ético, y por lo tanto el religioso, son cosas ambas que merecen sinceros elogios, y aun concediendo de buen grado que el arte adquiere gran valor moral cuando *canta la gloria del Señor*, creo también, y la historia literaria así lo enseña, que ninguno de los dos fines tiene nada que ver con el valor intrínseco de la obra, valor que estriba exclusivamente en la fiel expresión de una concepción verdadera en cuanto al objeto, sincera en cuanto al sujeto. El fin en el arte es algo secundario: Voltaire se sirve de este para destruir la religión cristiana, Chateaubriand para enaltecerla; he aquí dos artistas ilustres, á pesar de entender la finalidad del arte de modo tan diametralmente opuesto. Heine, expresando sinceramente su escepticismo, vale tanto, artísticamente considerado, como San Juan de la Cruz dejando correr en sus inmortales versos el purísimo caudal de su amor divino. La ermita barroca, consagrada al Dios de nues-

tros padres, tiene una finalidad—valga la palabra—mucho más noble y elevada que el templo ateniense dedicado á Venus afrodita; pero como obras artísticas no hay más remedio que admirar la construcción griega y desdeñar la edificación cristiana, sin tener para nada en cuenta el fin á que cada uno de los dos templos se destina. En arte, lo herético es lo feo, y no hay bula que libre de justos anatemas al *Nuevo jardín de flores divinas*, de Alonso de Bonilla, y á todas las demás extravagancias religiosas de que es muestra aquel originalísimo título, tantas veces repetido de un libro del siglo XVII, *Jeringa espiritual para curar los empachos de la culpa*.

En la obra artística, vuelvo á repetirlo, como tal obra artística nada significa su religiosidad ó su impiedad, como no aumenta ni disminuye el mérito de una espada el que fuese labrada para el caballero Bayardo ó para el corsario Barbarroja. Tan cierto es lo que acabo de decir, que una obra impía es tanto peor en el sentido religioso, cuanto mejor es en el sentido artístico. Esta oposición, que puede existir, y de hecho existe muchas veces, entre la religión y el arte, prueba que no es posible por la una juzgar del valor de la otra. Fr. Juan de la Cruz, ya lo he dicho, es un poeta sublime; pero ¿quién le puede negar ese mismo título al escéptico Heine ó al panteista Goethe? Admiro yo con entusiasmo, que no cede al más grande, á fray Luis de León; pero admiro también sobremanera al hereje Juan de Valdés. Teresa de Jesús es una artista casi divina; pero Mad. Ackerman, á pesar de su ateismo, es un gran poeta. El cielo del arte no es el de los bienaventurados, es aquél otro lugar, que ni pertenece á la gloria divina ni al infierno, y cuya vista hizo estremecer al poeta florentino cuando se encaminaba á *los parajes donde no brilla resplandor alguno*.

***

De ver el arte á la luz de la lámpara de la religión, se desprende el criterio un tanto estrecho con que el P. Blanco juzga á los escritores contemporáneos, entre otros á Galdós, particularmente al tratar de sus novelas más celebradas, *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*. Decir que el autor de estos tres libros es un imitador de Fernández y González y de Ayguals de Izco, es tan equivocado como afirmar que «esta trinidad, esencialmente una, dió la vuelta á España en alas de la celebridad, hija del escándalo». No, no fué el escándalo lo que dió envidiable popularidad á estas novelas;

fué su mérito positivo. Los que conozcan la sociedad de la mayor parte de los pueblos de Castilla, los caciquismos, las intrigas, las ruindades que en ellos hierven y pululan, no podrán menos de reconocer que el cuadro de Villahorrenda es de una verdad un tanto sombría si se quiere, pero no inferior en su género á la de Velázquez en la pintura. No es ocasión esta de hacer análisis de todo punto impertinentes; pero sí de decir que cuantos hayan leído con juicio sereno las obras del autor de *Los episodios nacionales*, no es posible que crean que Ficóbriga «está cerca de Babia», ni que *La familia de León Roch* «es una apología del divorcio», ni, finalmente, que *Doña Perfecta* «es un conato infeliz de novela».

Si el P. Blanco se hubiera propuesto hablar, como sacerdote cristiano, desde la cátedra del Espíritu Santo, bueno que condenase la tendencia de esas novelas; pero al escribir como crítico literario, analizando las perfecciones ó defectos de obras artísticas, forzoso debió haberle sido prescindir un tanto de lo divino. ¡Cuantos escritores irán de cabeza á los infiernos, mientras que la humanidad levantará estatuas á su memoria!

No obstante lo dicho, es de justicia hacer constar que, por regla general, si falta á veces en la obra del P. Blanco la imparcialidad, nunca la sinceridad en el propósito. El autor de *La literatura española* puede equivocarse, se equivoca algunas veces; pero jamás hace traición á su pensamiento, y lo que cree bueno lo elogia sin reservas ni temores, como fustiga sin piedad lo que cree malo.

***

Esta virilidad sin desfallecimientos, es, á mi juicio, uno de los mayores méritos del libro del padre Blanco, á los cuales deben unirse otros muchos que se descubren sin esfuerzo en *La historia de la literatura española en el siglo XIX*. Revela esta obra caudal tan vasto de conocimientos y tan larga y pacienzuda lectura, que, á no saberlo de cierto, no podría imaginar el lector que el trabajo del religioso agustiniano fuese obra de un joven que aún no ha cumplido los treinta años. Asombra al leer este libro el esfuerzo poderosísimo que es necesario emplear para enfrascarse en el fárrago de libros buenos y malos, profundos é insustanciales que ha tenido que analizar el distinguido crítico, para ir separando el oro del oropel, lo bueno de lo mediano y esto de lo malo. Paciencia grande es menes-

ter para ese trabajo de benedictino. Porque hay que advertir que el autor ha leído todo lo que critica, y no con la superficialidad del que hojea un libro por entretenimiento ó distracción, sino con el cuidado con que se estudia lo que se desea conocer á fondo.

Y mayor maravilla aún que la de leer la innumerable biblioteca que representa *La literatura española*, es la de conservar sereno el juicio sin vacilaciones ni decaimientos en medio de ese *maremagnum* de libros, folletos, dramas, comedias, cuadernos de revistas y periódicos que ha tenido que leer el padre Blanco para dar á cada escritor el dictado que le corresponde, según la opinión del crítico.

Adviértense, sin embargo, en el libro, algunas omisiones dignas de notarse. Nada se dice en él, por ejemplo, de Roberto Robert, satírico de gran vigor, y á cuyo espíritu bien pueden encontrársele, y en este caso con ingenua verdad, grandes afinidades con el de Voltaire. Tampoco se hace mención especial de las obras de Peña y Goñi (cuyas opiniones cita, copia y comenta con elogio el P. Blanco), escritor de nervioso estilo, el primero de nuestros críticos musicales y uno de los más ingeniosos literatos de nuestro tiempo; ni de Vicente Colorado, personalidad de verdadero relieve, cuyos versos tienen no poco que admirar y cuyos cuentos pueden competir con los mejores que cita el padre agustiniano. Mellado, atildado estilista y Suárez de Figueroa, cuya pluma aventaja á las de muchos renombrados literatos; Feliú y Codina, autor dramático y prosista correctísimo; Solsona, cuyo estudio acerca de *Ayala* le acredita de escritor notable, y otros que, no sólo no son inferiores, sino que superan á muchos de los que el P. Blanco cita con elogio, son preteridos en el libro sin causa alguna que lo justifique (1).

¿Cuál es el origen de estas omisiones? No creo que tengan por fundamento el deseo de mortificar á literatos distinguidos. Creo, más bien, que son resultado de la celeridad con que está escrita esta segunda parte de la literatura. Nótase en ella cierto deseo de acabar, algo de precipitación, un tanto divorciada, á decir verdad, con la calma reflexiva que debe presidir á los trabajos críticos serios y razonados. Esto, que en cierto modo es un defecto, prueba, por otra parte, la facilidad prodigiosa que tiene el P. Blanco para la crítica.

Otra de las cualidades que posee

(1) Sesenta y cuatro autores todos de indiscutible mérito, cita el Sr. Fernández Ramón en un artículo publicado recientemente en *La Ilustración Española y Americana*.

el escritor agustiniano es una exquisita sensibilidad estética y un entusiasmo ardiente por lo bello. Entre nosotros, es raro el crítico que no tiene algo del D. Hermógenes de *La comedia nueva*. De aquel chistosísimo modelo abundan las copias más de lo que vulgarmente se cree; insoportables figurones que hablan en griego ó en alemán para mayor claridad, y que creen que la crítica consiste en engendrar soporíferos artículos de nombres exóticos y de títulos de obras, que los tales sólo conocen por los índices de las librerías, incapaces de comprender la belleza, y atentos sólo á rebuscar con ojos de miope las faltas menudas, única cosa que su cortedad de vista les permite distinguir. El padre Blanco en nada se parece á esos alguacilillos ó corchetes de la crítica. La belleza de las obras que contempla le arranca á menudo gritos de admiración, encerrados en frases ó imágenes tan poéticas como las que contienen las obras analizadas. Sabe seguir el vuelo, por remontado que sea, de la inspiración del artista, y ver en conjunto las obras, cosa que nunca se consigue sin mirar desde lo alto.

En esta segunda parte, como en la anterior, muestra tino especialísimo para hallar lo bueno; así es que en las citas con que esclarece y demuestra sus apreciaciones, se encuentra casi siempre la perla de más valor de cuantas forman el tesoro literario de cada escritor criticado.

La ironía agudísima y de intachable corrección, es arma que, aun cuando no á menudo, maneja alguna vez el P. Blanco, pero sin llegar casi nunca á la burla sangrienta ni menos al sarcasmo.

Si á todo esto se añade un hábil manejo de la lengua patria, una dicción castiza y correcta, un estilo viril y siempre sostenido, se podrá formar idea aproximada del libro que con el título *Historia de la literatura española en el siglo XIX* acaba de ver la luz pública.

La utilidad que el P. Blanco ha reportado á los estudios literarios es grande, agrupando, no en un cuadro sintético, pero sí con orden y método, las obras de los escritores contemporáneos. Esto no obstante, justo es decir que algunos nombres hay en ella que nada hubieran perdido la ciencia ni la historia dejándolos en el olvido.

***

El regionalismo es, por decirlo así, la quinta esencia del amor patrio. Hay algo que nos atrae con fuerza irresistible al suelo en que nacimos; no sé qué misteriosas raíces,

que en vano pretendemos arrancar de nuestro corazón, y que nos hacen pensar alguna vez en la utopía de doña Oliva Sabuco, que atribuía, como el naturalista alemán Smith, al reino vegetal el origen de la especie humana. En nuestra ciudad, en nuestro pueblo, la idea de patria no es una mera abstracción; toma cuerpo en las calles y plazas pobladas de nuestros recuerdos, en los templos henchidos de nuestras plegarias, en nuestro hogar nunca olvidado, en los rostros conocidos, en todo eso cuya imagen llevamos grabada siempre en el alma, y que el tiempo y la distancia, lejos de debilitarlo, lo agrandan y avivan.

Cosecha periodística, de Miguel S. Oliver, reune á otras notables cualidades ese sentimiento de amor patrio, que al reflejarse sobre las páginas del libro, las avalora é impregna de poderoso encanto.

Miguel S. Oliver, conocido ya de los lectores de La España Moderna, ha consagrado á Mallorca las primicias de su talento. Todos los artículos que componen la colección que tengo á la vista, dedicados están á la hermosa isla que vió nacer á Raimundo Lulio y á Palau, la cual, como el autor dice elegantemente, «sumerge sus piés en el mar, como las Susanas de la antigua pintura.»

Pero no se contenta el Sr. Oliver con describir poéticamente su patria ni con dedicarle, poeta como es, amorosos requiebros; antes bien, celoso de la gloria de ella, trata de comunicarle vida y vigor y de impulsarla por los caminos de la prosperidad y del progreso. Los artículos titulados *Desde la terraza*, en que el articulista, después de describir con hábil pincel las perspectivas que se descubren desde las azoteas de Palma, señala las reformas que la ciudad necesita, y estimula á los baleares á que sacudan enervantes desfallecimientos, acometiendo con actividad las empresas que el mismo autor señala, son de lo mejor que el libro contiene.

Hay, sin embargo, un artículo que por su profundidad y por la sinceridad de su melancolía, supera á los citados. Me refiero al que lleva por título *La literatura y el fin de siglo*. En este hermoso trabajo, no sólo se ve al literato que maneja gallardamente la pluma, sino al pensador que sabe descubrir con penetrante mirada el sentido íntimo, el fondo amargo que existe en la literatura del siglo á cuyas últimas convulsiones estamos asistiendo.

El escritor mallorquín siente, como la mayor parte de los no contaminados por el escepticismo, la nostalgia por el ideal, nostalgia que

le hace escribir las siguientes frases, que son como un eco de la voz que habla en el fondo de casi todos los cerebros: «Permitid al espíritu alguna de esas fugas encantadas á la región de la luz y del aire puro, á las salubres soledades de lo que llamaban infinito esos ilusos y soñadores, en cuyos talleres vamos á recoger las limaduras de oro para dorar á trechos el barro que ahora moldeamos pobremente.»

Al artista que así escribe, bien se le puede asegurar honroso y brillante puesto en la literatura.

***

Si en las diferentes comarcas de España progresa el arte nacional con más lozanía que en la capital de España (á semejanza de lo que en el árbol sucede, que mientras que el tronco parece seco, las ramas se cubren de flores y de hojas), en Barcelona nótase en los tiempos presentes un florecimiento del arte literario que, si he de hablar con verdad, como amante que soy de las glorias castellanas, me causa no poca envidia, si bien esta es de aquella que Cervantes llamó «santa, noble y bien intencionada». Oller, Serafí Pitarra, Verdaguer, Mestres, Federico Soler, Guimerá, con otros poetas, novelistas y escritores, notables todos, forman una pléyade digna de ser conocida y estudiada.

En ella ocupa lugar muy distinguido D. Ramón D. Perés, autor de un libro titulado *A dos vientos*, colección de críticas y semblanzas trabajos en los que se descubre un literato de raza y un crítico de cualidades nada comunes.

Dos partes tiene la obra del señor Perés: una dedicada á la crítica de obras castellanas, y otra cuyo objeto es el estudio de composiciones que pertenecen á Cataluña. En una y otra trabajos muéstrase el escritor catalán crítico de alto vuelo y ameno y correcto prosista. Pero, á decir verdad, donde brillan con más fuerza las cualidades del Sr. Perés, es en el estudio de los literatos catalanes.

El autor de *A dos vientos*, no sólo es crítico en el sentido estrecho de la palabra, es además poeta. Yo no sé si habrá hecho versos, pero lo que sí sé, porque para conocerlo basta leer el libro que tengo delante de los ojos, es que quien lo ha compuesto *siente hondo* y *piensa alto*, cualidades esenciales de la poesía.

En virtud de ellas sabe interpretar las obras artísticas y extraer todo su perfume, su esencia toda, para presentarlas á los lectores, dándoles á conocer al mismo tiempo

cómo han brotado en la mente del escritor, qué factores intervinieron en la concepción, qué parte tienen en ella la razón, el temperamento, los estudios, el medio ambiente, todo lo que pudiera llamarse el paralelógramo de las fuerzas artísticas de que es resultante la obra literaria.

El artículo dedicado á estudiar las poesías de Mestres, es el mejor de todos los que componen la colección. Los lectores que aspiren á formarse idea de lo que es la literatura catalana de nuestros días, deben leer las críticas y semblanzas del periodista y literato barcelonés. Es un excelente guía.

F. F. Villegas.

IBSEN

Tranquila en el orden político, lejana del centro de Europa, ignorada casi, nos figuramos á Noruega como pueblo patriarcal, dormido entre sus brumas, saturado en sus costumbres sencillas y pacíficas instituciones, que no han parecido alteradas por la agitación de la vida moderna. Sólo estudiada su literatura en los cuentos de Andersen y de algunos curiosos literatos, por las novelas de Bjœrsen, Teigner y Kielland, lo conocido de ella no desmentía la general atribución de una literatura sencilla, propia lectura de largas veladas familiares: novelas de costumbres, narraciones de empresas y viajes marítimos, y como poesía, en fin, baladas populares de melancólica frescura, como el eterno verdor de aquellos pinos que bordean un mar plomizo; los cuentos de Andersen, con sus reinas de los ventisqueros y sus cazadores enamorados; candorosos cuentos de infantil poesía, con dejos, no obstante, de brumosa tristeza.

Pero bajo la quietud aparente, la lucha de la vida moderna, el afán de reforma, el proceso de la sociedad, en suma, atacada y discutida en sus bases, agítase como en toda Europa la vida de aquella región apartada. Y esta lucha viene á mostrárnosla Ibsen, reflejada en sus libros con atrevimientos de que no fuera capaz acaso otro autor europeo.

En todas sus obras presenta alguna tesis por medio de símbolos. Autor de charadas le han llamado, y aparte lo despreciativo del dicho, es indudable que de todas las obras

de Ibsen puede preguntarse: ¿Cuál es el todo? ¿Qué significan sus personajes, de qué idea son símbolo? Ibsen, en lucha abierta con la sociedad, nada espera de la energía social para reconstruirla. Esas grandes complicidades sociales: religión, política, justicia, que revestidas de aparatosas apariencias, cual arca santa de una gran idea, suelen calificarse como bases de la sociedad, Ibsen no las respeta ni las acata. En rebelión contra ellas, sólo en la energía individual espera y confía. Los personajes simpáticos en sus obras, son siempre los que sin otra norma que su conciencia, irregulares en la apariencia de su conducta, luchan contra las preocupaciones é imposición de la sociedad. Los personajes antipáticos son, en cambio, los sacerdotes, los leguleyos, los sabios, académicos, mundanales moralistas de conducta morigerada, celosos del buen parecer y del qué dirán, refrenadores de sus pasiones é implacables para los que desenfrenados en las suyas atropellan respetos y leyes. Ibsen es individualista. Piensa que cada individuo debe educar por sí mismo su conciencia y de ella emanar religión, moral y ley. ¡Cuántas sanas energías individuales no sucumben ahogadas en el medio social, débiles para resistirle ó cobardes para oponerse á él. Así en *Los Muertos vuelven*, una de sus obras mejores, Usbaldo personifica el genio individual atrofiado, sucumbiendo al fin á las influencias de herencia y de medio ambiente. En su sangre lleva la podredumbre de generaciones anteriores, el ambiente le envuelve en sombras cuando él, según su frase, anhela beber luz.

En *La Casa de muñecas*, en los *Rosmersholm*, en *Las Bases de la sociedad*, en todas sus obras, hasta en la última, *Hedda Gabler*, la más audaz acaso, puede notarse la misma lucha.

Presenta en la primera un matrimonio con toda la apariencia de felicidad, en el cual los dos esposos parecen unidos por el amor conyugal más acendrado. Pero la flojedad del lazo que les une se muestra al primer choque. La mujer, que por salvar á su esposo ha cometido una imprudencia que le compromete, no halla en él la defensa y apoyo que creyó encontrar siempre, aun en situación más apurada, y al ver así traicionado su corazón y cómo la santidad del amor conyugal, la fe jurada, todo vacila y se pierde en un momento, piensa que su unión ha sido más bien concubinato; que aquel hogar santo no era sino una casa de muñecas, y los esposos, compañeros de juegos y placeres, separados y en lucha apenas un asunto

serio reclama protección y auxilio mutuos. Y aquella mujer, que siente vacilar sus creencias y sentimientos, abandona la casa de su esposo porque se considera incapaz de educar á sus hijos, y antes quiere educarse ella, saber lo que debe pensar, lo que debe creer.

Sin duda que Ibsen apura la tesis en esta obra, y el desenlace sorprende más de lo que debiera. Defecto inherente á toda obra de arte que lleva en sí un fin preconcebido. Cuando los personajes representan símbolos, han de ser falsos por necesidad. Apenas tienen un arranque de pasión propia, verdadera, humana; el autor, que los ve desviarse de su propósito, vuelve á encauzarlos y á falsear su carácter en el molde forzado del simbolismo.

Resulta al cabo que los personajes, con tal tira y afloja y á fuerza de concesiones entre la idea filosófica y el sentimiento artístico, pierden su fuerza en ambos, y como símbolos nada prueban, y nada hacen sentir como seres humanos. En cambio, las puras expresiones artísticas, sin finalidad filosófica, por la belleza sólo de expresión, suelen parecer símbolos de una gran idea. Con juiciosa crítica no puede sostenerse que Shakespeare y Cervantes en su obra maestra se propusieron simbolizar idealidades filosóficas. Ni Shakespeare al dar vida á Hamlet pensó simbolizar en él la inacción de la idea, el pensamiento perdido entre dudas, sin manifestarse en acción por creencia ó propósito; ni Cervantes en su Don Quijote, lo ideal elevado en lucha con miserias de la realidad. Sus personajes, hijos sanos y equilibrados de una inteligencia artística poderosa, son tan grandes de cuerpo como de alma; vivos nos aparecen y vivos quedan por siempre en la imaginación, el hidalgo avellanado, caminando jinete en ruín cabalgadura por las peladas llanuras de la Mancha, donde sólo su mente enloquecida pudo fundar castillos y aventuras caballerescas: vivo también el príncipe dinamarqués, elegante figura de Van-Dick, discurriendo en el camposanto, en la hedentina de huesos y calaveras con delectación de curioso, más que con horror de mortal, sobre el destino de Alejandro el Grande. En Ibsen el símbolo se sobrepone casi siempre á la figura. En su obra última, *Hedda Gabler*, donde según declaración del autor no presenta ninguna tesis, y sólo, sí, la lucha de dos medios sociales diferentes puestos en contacto, los personajes aparecen tan indefinidos, tan borrosos, que obliga á pensar inevitablemente, que algo más significan de lo que representan.

Hedda, es para algunos el fastidio, el tedio universal, la eterna

aspiración al no sé qué, á lo ideal indefinido, y en el final de la obra ven algunos el suicidio universal, el vacío inmenso, el mundo y la vida concluidos en la expansión de un horrible bostezo.

Añadiré algo sobre la estructura de las obras de Ibsen. Por oposición á esas obras dramáticas artificiosas, sin caracteres ni pasiones verdaderos y humanos, donde todo el interés se concentra en una trama ingeniosa dispuesta con habilidad, en las cuales si el mecanismo remeda á veces con perfección la vida, la vida parece impulsada por mecanismos; género, en fin, del que llevan la mayor parte de gloria y culpa, Scribe primero y después Sardou, si bien en éste la imitación de lo vivo es más perfecta; como protesta, decía, se ha pretendido fundar el interés de las obras dramáticas en el análisis de caracteres, en la lucha de pasiones, pero no entre maraña de sucesos escalonados para llegar de sorpresa en sorpresa á un desenlace inesperado y falso casi siempre, sino en medio de una acción sencilla, de lo que puede ocurrir todos los días, sin marcar época en la historia de la humanidad ni del individuo. Afectan los que tal pretenden evitar cuanto pueden esos recursos teatrales, que los autores se trasmiten de unos á otros, como alambres donde se cuelgan distintas figuras, si ya no es que figuras y alambres son los mismos. Prescinden, pues, de la acción, y en cualquier momento presentan á sus personajes y en cualquier momento los retiran. Si logran interesarnos es por sí mismos, no por circunstancias de la situación complicada en que puedan hallarse. El ser más insignificante, por contingencia excepcional colocado en situación difícil ó lastimosa, logrará interesarnos: en el curso corriente de la vida, entregado á sus tareas habituales, en la existencia monótona diaria, sólo puede interesarnos un hombre cuando de él hacemos objeto de estudio, profundizando en su organización, en sus pasiones, en esas mil menudencias que en todo momento aparecen á la superficie, como las aguas más dormidas burbujean de continuo antes de desbordarse un día en oleadas. Entre los que tal juzgan verdadero en el arte dramático, sirve de bandera el nombre de Ibsen, y como protesta literaria fueron dados á conocer sus dramas.

En ellos la acción es siempre sencilla y se desenvuelve sin complicaciones. Sin embrollar su sentido, pudiera alterarse en muchos casos el orden de los actos. La situación de los personajes cambia poco, la acción sólo avanza al profundizar en un carácter, al descubrirle un

nuevo aspecto. ¿Hasta qué punto puede ser esto un mérito? ¿Hasta qué punto el interés de la acción puede perjudicar el interés que inspiran los caracteres? Hasta ahora en todos los autores que han preferido lo primero, se ha echado de menos lo segundo, y al contrario: Dumas, hijo, que puede bien presentarse como término medio de los dos bandos, asegura: que el autor dramático conocedor del teatro como Scribe, y del hombre como Balzac, marcaría lo sumo del arte dramático. ¿Quién duda que nadie podría disputar á Tirso el primer lugar de la dramática española, si á su fuerza en la expresión de caracteres uniera habilidad para presentarlos? La acción deslabazada de sus obras las perjudica sobremanera. Brilla en cambio Calderón en primera línea, aunque en fuerza dramática no llega á Tirso, ni en fecundidad y ternura á Lope, ni á Rojas en pasión trágica y verdad cómica, por la habilidad en la disposición de sus obras, por el artificioso enredo de algunas, por su travesura, en fin, para realzar lo más insignificante. Volvamos á Ibsen y á sus procedimientos dramáticos. La exposición en sus obras es, como el resto de la acción, clara y sencilla. Los personajes aparecen de bulto, algo borrosos en sus contornos, pero destacada la fisonomía en una luz á lo Rembrandt, que sombrea y aclara con fuerza.

De la pintura de costumbres y del estilo de sus obras, es aventurado juzgar sin conocer los originales. El segundo, por lo que puede apreciarse en fieles traducciones, es siempre natural, sobrio, y lo que es más de estimar en un expositor de tesis, verdaderamente dramático; sin que el autor, ni aun al expresar sus ideas propias, suplante de modo visible á la persona dramática. He aquí cuanto al correr de la pluma, ha caído de ella al discurrir sobre el autor dramático hoy en boga. Para explicarla, fuera preciso estudiar algo de la genealogía literaria del siglo, y por qué miras y conveniencias se ha pasado á buscar en literaturas extrañas y casi desconocidas, como la noruega y la rusa, no sé decir si una literatura joven y vigorosa que fecunde la nuestra envejecida, si estudio interesante de pueblos y literaturas, casi ignorados, ó capricho de extravagancias y novelería. A este último propósito me atengo, y hoy por hoy, juzgo que, sólo de ocasión y por antojo de estómago estragado, figuran en la cocina literaria europea el caviar noruego y la ensalada rusa; que nunca sentarán bien nieblas del Norte en esta parte meridional de Europa, donde fueron siempre literatura y filosofía claras

como su cielo, amables y risueñas hasta en sus negaciones. Algo decaída parece la boga del autor noruego, después del estreno en París, de *Hedda Gabler*. El *esprit* de los críticos franceses ha empezado á brillar á costa suya y alguna chinita ha caído sobre el ídolo. Bien que la de moderna capital del Arte, puede decirse lo que Pulgar, en sentido lamento, exclamó de Castilla: ¡Ay Castilla, que haces los hombres y los gastas!

J. Benavente.

ÍNDICE

	Páginas.
La Guerra franco-prusiana, *por* el general Conde de Moltke	5
Querida, *(novela)*, *por* Edmundo de Goncourt	45
El Dandismo y Jorge Brummell, *por* Barbey d'Aurevilly	97
Las Madres (recuerdos del sitio de París), *por* Alfonso Daudet	123
De la esclavitud en España, *por* Adolfo de Castro	128
Los Horneros, *poesía por* Rafael Obligado	150
La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje, *por* José María Asensio	157
Apuntes para un Diccionario de escritoras americanas del siglo XIX, *por* M. Ossorio y Bernard	166
Crónica internacional, *por* Emilio Castelar	174
Impresiones literarias, *por* Francisco F. Villegas	190
Ibsen, *por* J. Benavente	201

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA

Las ciencias jurídicas y sociales atraviesan un período de profunda y radical transformación. El clasicismo agoniza y el positivismo moderno gana terreno de día en día. El método experimental y de observación que tiempo atrás produjo tan beneficiosos resultados en las ciencias físicas y naturales, se aplica hoy con innegables frutos al estudio de las morales y políticas. Al fundar una Revista española que sirva de palenque á todas las ideas bajo el lema: «La nueva ciencia jurídica» —título de ancha base que permite tratar del mismo modo y bajo distintos aspectos, las cuestiones sociales y los problemas puestos sobre el tapete por los modernos criminalistas italianos—nos proponemos dar á conocer las producciones más notables, en orden á estos trabajos, de los escritores nacionales y extranjeros, y fomentar de una manera especialísima en nuestra España la afición al estudio de esta nueva fase de las ciencias sociales y jurídicas. Contamos con la cooperación valiosísima de los más ilustres tratadistas españoles, y la sección extranjera estará á cargo de personalidades tan eminentes como Lombroso, Ferri, Garofalo, Fioretti, Marro, Lacassagne, Puglia, Benedik, Tarde, Ribot, Morselli, Frenek-Feré, Pival, Sergi, Fouillée y Morrison.

Condiciones de suscrición:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscriciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscritor los números atrasados.

En España, un año.....	12 pesetas.
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América.....	15 —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

España moderna

AÑO IV NÚM. XXXIX

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

MARZO—1892

MADRID
IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS
á cargo de D. Agustin Avrial,
SAN BERNARDO, 92

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

QUERIDA

LXXV

París entero reconocía que Querida tenía particularísimo gusto en el vestir; y, al aparecer en un sitio de reunión, era curioso observar en las demás mujeres el reconocimiento humilde, *aplastante*, casi doloroso, que les imponía la superioridad de su manera de presentarse.

Un modo de vestir en que entraban por algo un ilustre modisto ó una célebre confeccionadora, pero en que la personalidad de la mujer vestida ponía en todo su adorno un poco de capricho y fantasía, algunas veces un amable é incitante desorden, y siempre una armonía deliciosa.

Nadie como Querida para discernir al primer golpe de vista la *disposición* distinguida por excelencia; nadie para sentir y adoptar la originalidad de una hechura; nadie para descubrir el maravilloso sombrerito sin apariencia, que la cubría «yéndole bien á la cara» y bañaba su rostro en la risueña transparencia de alegres reflejos.

Y una imaginación inventiva hasta más no poder en la colocación do un biés, en la transformación de un volante, en el arreglo de un plegado, en modificaciones de un nada, en un retoque de genio, que daban ese no sé qué de distinguido á un atavío suyo, y que mandaba á su doncella que lo hiciese bajo su dirección.

Una anciana definía en mi presencia de este modo los gustos de la antigua parisiense en el vestir: estar bien calzada y bien enguantada, tener bonitas cintas (pues los vestidos no eran entonces sino un accesorio), hé aquí todo; y calzado, guantes y cintas de suaves matices.

Querida había conservado de la parisiense de otros tiempos este amor á los tonos dulces, y á ningún precio quería nada con lo brutal, lo vistoso, esos colores *de pistoletazo* introducidos en las modas francesas por las extranjeras, por las americanas.

Querida detestaba igualmente el «estilo tapicería» que amenazaba apoderarse de las cosas llevadas por su sexo; á este propósito, tenía grandes discusiones con Gentillat, y cuando estaba de vena para chacota, declarábale que los modistos no hacían faldas, sino cortinajes, doseles: y que decididamente no había como las mujeres para dar á una tela el ajuste acariciante y la muelle caída que debe tener sobre un cuerpo femenino.

Matices pálidos en hechuras flexibles y voluptuosas; hé aquí como vestía Querida; y tan bien, tan galana y elegantemente, que por aquel entonces era reputada en sociedad como la creadora del verdadero modo de vestirse una señorita joven y rica.

En su tocado, el aspecto precioso, ideal y etéreo de la damisela, revelábase por una especie de espiritualidad de los plegados, por el empleo casi exclusivo de telas vaporosas como celajes.

Este exquisito gusto para vestir así, teníalo Querida en sociedad y en casa. Para visitas, para calle, también lo tenía; pero menos perfecto, cual una dama que de ordinario va en coche.

Sólo las mujeres habituadas á ir á pie, son quienes saben vestirse bien para calle.

LXXVI

En verdad que el talento de ponerse bien es un dón que no debe rebajarse con exceso en la mujer, habiéndoles cabido en lote á tan pequeño número de ellas.

El arreglo y la combinación de lo que desdeñosamente llamamos *trapos*, requiere en la mujer muy finas y delicadas aptitudes, un gusto bien seguro de sí mismo, y por encima de todo la especialísima naturaleza de un cuerpo apto para dar realce á todo cuanto lo viste.

En un atavío perfecto, necesítase además una seducción de conjunto, que abarca desde las botinas al sombrero, una distinción formada por lo perfecto en cada detalle, una pulcritud sin sequedad, en una palabra, un algo *bello* en que jamás hay nada de los figurines.

El atavío es un dón, sí, pero también una ciencia que tiene sus meditaciones ligeras, sus amables

rebuscamientos, sus hallazgos, sus iluminaciones súbitas.

En el fondo, el tocado es para una mujer el modo de evidenciar lo artista que es—el medio revelador por excelencia y muy superior al mediano producto de un pobre talento de adorno, á la baratijería de una mala acuarela—es el medio de exponer su gracia, su gentileza, su hermosura, entre la disposición, el colorido y la armonía de un bien compuesto cuadro; es el medio de hacer de su persona, en las sociedades civilizadas, á través de los incesantes cambios de modas y de atavíos, un encantador y glácil objeto de arte, siempre renovado, siempre nuevo.

LXXVII

Sin ser en absoluto un pintor, la coqueta jovencilla vestíase por la noche con el perfecto conocimiento de los *cambios* que los colores tienen con la luz anaranjada de los saraos, y por la mañana daba la siguiente muestra de ser una ingeniosa *armonista*.

Después de un lento y detallado examen de su rostro, del epidermis de su cuello, hombros y brazos, Querida llamaba á su doncella, la cual entraba trayendo una escalera de mano y grandes retales de tarlatana, elegidos entre diez diversos matices.

La doncella iba á la ventana, y sobre las cortinillas bien estiradas y corridas, tendía con alfileres clavados en el empapelado el trozo de tarlatana que su señora indicaba.

En la luz de la habitación, modificada por el paso de la luz á través de la transparencia de la tela de color, en este aire suavemente matizado de rosa ó de azul, ó de amarillo asalmonado, ó de violeta «cuello de tórtola», Querida estudiaba detenidamente con ojos de colorista la tonalidad aérea que mejor armonizaba con la calidad de su tinte del día, la luminosa neblina coloreada que más hacía resaltar la vida de sus carnes, haciendo tender y volver á tender la ventana, sin lástima por la fatiga de su doncella, la cual, durante todo ese tiempo, permanecía en lo alto de la escalerilla con los brazos al aire, clavando de nuevo los alfileres mal prendidos.

No; decididamente el rosa no me sienta bien hoy... No me hace del todo argentina la piel... El azul... vaya, qué particular, me parece duro para mí... Veamos otro... Ensayemos el maíz...

Y el matíz que Querida encontraba más favorable á la *fotogenidad* de su piel, á la iluminación armo-

niosa de su belleza, y que la dotaba con el encanto inexplicable producido un día en otras mujeres por los colores de un tocado casual, este matíz, elegido con tal esmero, con tal estudio, con tanta premeditación, llegaba á ser la nota dominante de su traje de tarde.

LXXVIII

En este momento de su existencia, entregada por completo á comunicar á su sér la elegancia, y una elegancia refinada hasta el último término; en la elaboración coqueta de esta *gloria*, digámoslo así, transmitida por el vestido al cuerpo y al rostro de la mujer; entre estas aspiraciones femeninas á buscar en las fantasías del atavío y del adorno una linda y radiante *sobre humanidad*, Querida había adoptado para estar en casa este modo de vestir un poco teatral, pero que le sentaba divinamente bien, y que, reflejándose en su espejo, ponía ante ella de manifiesto, en medio de confusos esplendores, algo de ese ensueño que toda mujer se forja acerca de su belleza.

Su vestido era una túnica del siglo XVIII que había encontrado en pieza, una túnica azul «lapis-lázuli», una tela de seda sembrada de parejitas de capullos de rosa con los rabillos entrecruzados y atados con un encaje de plata rizado, cuyos nudos y cabitos sueltos pendían abarquillados sobre la tela. Había hecho cortar esta túnica por el modelo de un *jaique*, esa vestidura oriental que cae recta, sin pliegues. Debajo no llevaba sino una camisa y una enagua pequeña con volante de encaje de Malinas. Desde el reverso de su corpiño esparcíase sobre su pecho una chorrera, una oleada de encajes de Valenciennes, que subían alrededor de la garganta como una especie de cuello de su invención, con pliegues de canutillo y encañonados, que recuadraba la parte inferior de su rostro con un celaje de blanco hilo. Llevaba también medias de seda azules, abrillantadas con lentejuelas, y chinelas de tisú de plata. Nada había de más voluptuoso coquetismo como el contraste de los grandes pliegues de la gruesa seda de Lyon sobre las jóvenes redondeces de su cuerpo casi desnudo, con lo afollado y alado de su pechera y de su gorguera, con lo felpudo, frívolo y picante de los bordados de plata.

Querida permanecía en su gabinete así ataviada y vestida, deliciosamente disfrazada así, enguantadas siempre las manos para que no perdieran su blancura, con lánguidas

adoraciones de su persona, derrochando coquetería para ella sola, y distraída desagradablemente, por una visita, del estado de divagación y algún tanto místico en que se encontraba.

De esta suerte pasaba largas sobremesas, encerrada hasta la hora de salir, lo cual nunca sucedía antes de las cuatro de la tarde.

A veces, en estas horas de contemplación amorosa de sí misma, de ensueños con tocados ideales, de mecimiento de su cerebro, en lo azul de elegancias seráficas, declarábase de improviso en Querida un deseo excéntrico, una apetencia de cosas muy terrestres, cuya necesidad de satisfacción inmediata, instantánea, la violentaba y arraigaba en su cabeza la obsesión de una idea fija. Si tenía entonces visitas, era de ver con qué aire doliente escuchaba á sus amigas, y el modo como contestaba á todo al revés, y de qué manera su hastío, su preocupación, sus distracciones les decían con la mayor claridad: ¡Cuándo os marcharéis!

Además de esto, habíale sobrevenido de pronto un apetito depravado de comer pepinillos en vinagre del tendero de la esquina, y no de los del hotel, que no estaban suficientemente ácidos; sí, de comer pepinillos y beber pésima cerveza.

Entonces, después de, por decirlo así, empujar hacia la puerta á sus amigas por la espalda, enviaba á su doncella á la tienda de ultramarinos y á la lechería; y la pequeña hada, con túnica de capullos de rosa, tomaba en un ángulo de la mesa una merienda de pepinillos verdes que masticaba casi con violencia.

LXXIX

Por aquellos tiempos, los tés de la Emperatriz en Compiègne, generalizados en la sociedad bonapartista, habían creado entre algunas elegantes de París una moda nacida y muerta con el Imperio: el té de las cinco de la tarde.

Ese té, de concurrencia casi exclusivamente femenina, y al cual sólo eran admitidos algunos íntimos del sexo masculino, formaba un conciliábulo de mundanidades galantes, unas conferencias entre las reinas de la moda, y donde se despachaba la primera edición de los escándalos del día, se discutían los trajes de la víspera, redactábase el borrador de la correspondencia con modistos y modistas, hacíase el programa de los placeres de la velada, y donde el amante titular *tomaba lenguas* con su querida, y donde se

daban para la noche las citas de amor y de amistad.

Entre los tés entonces renombrados, venía en segunda ó tercera línea el té de la señora Tony-Freneuse, la mujer del funcionario que se encontraba á la cabeza de una de las grandes administraciones de París.

La señora Tony-Freneuse recibía á sus amigos en un saloncillo octógono, con las paredes y el techo tapizados de seda, y donde no se veía ni un solo *bibelot;* pero donde el mueblaje, fabricado por el primer tapicero de la capital, era una obra maestra por el estilo de esos muebles del siglo XIX en que todo está almohadillado y redondo, muelle y elegante contorneo de tela, jamás detenido y terminado por el reborde duro de madera alguna.

Las colgaduras con que había hecho *vestir* este saloncillo, según expresión de la señora de la casa, presentaba una serie de medallones bordados bajo la dirección de Worth, y los cuales decíase que habían costado sesenta mil francos.

En este medio, enteramente moderno se hallaba, sin embargo, un mueble de lindísimo gusto de inventiva, una jardinera que se doblaba y desdoblaba, á modo de un pequeño biombo, y cuyo cajón muy bajo aparecía coronado y cerrado por altas varillas de cobre dorado, contra las cuales apoyábanse todo el invierno las más hermosas camelias.

Además de la jardinera, constituía todo el arte, y todo el arte industrial decorativo de este salón, una monumental tetera de plata, uno de los objetos de moderna fábrica admirados en la última Exposición, y en la cual veíase en todo tiempo cantar el hervor del agua.

La linda señora Tony-Freneuse estaba tendida en una meridiana, rodeada por tres lados por la jardinera de compartimentos, como en una especie de alcoba de verdura florecida con unas diez camelias de matíz «rosa de China», destacándose sobre el raso azul celeste de los cortinajes y de los muebles.

Con ligera *jaqueca* aquel día, desplegaba las gracias indolentes de una parisiense delicada de salud, con su cabeza un poco caída hacia adelante, mostrando en el vértice un rodete de cabellos cual un nido de culebras prontas á desenroscarse. Y quejumbrosa, dolíase de las exigencias de los novelistas, quienes piden á las mujeres que no sean en manera alguna criaturas humanas, y que no tengan en el amor las mismas laxitudes é idénticos fastidios que los hombres: quejas entrecortadas por picantes interrogaciones dirigidas con el gesto y con la punta de la nariz de la gra-

ciosa mujer á dos caballeritos y una dama que ya estaban allí de visita. Sentado en un taburete á los pies de la señora Tony-Freneuse, un delicioso auditor del Consejo de Estado, con el revés del traje forrado de terciopelo negro y oliendo aún al perfume distinguido de una sala de armas elegante, entretenía-se en arquear un junquillo sobre su rodilla como quien endereza un florete, sin responder nada, limitándose á sonreir.

—¿No es verdad, segura estoy, que sóis del mismo parecer, princesa?

—Sí, sí—contestaba la princesa con un tono en que se notaba la indiferencia de la interlocutora de Mad. Tony-Freneuse por las disertaciones acerca del amor.

La princesa Kolokolsoff era una extranjera, una moscovita, que pasaba su vida en París. Tenía roja la punta de la nariz, como un ladrón de perros inglés, y ojos parpadeantes y sin cejas en el aplastamiento marcado de una carita pálida. Despechugada, á la moda del siglo XVIII, desde las tres de la tarde hasta las dos de la madrugada, su pechera, de una flacidez casi líquida, desbordábase como las congelaciones de una fuente por encima de un corpiño de piel de Rusia, invención ésta de un ilustre modisto, quien había imaginado adherir un cúmulo de trocitos de acero á la piel donde se encerraba la princesa Kolokolsoff como en un estuche de Viena, y que daba á la extranjera (de tipo kalmuko) cierto aire de un ídolo de dormitorio.

Esta rusa, en lenguaje de diplomático, tenía la *carne fría* de las mujeres de negocios, de las mujeres políticas; una carne muy particular, en absoluto diferente de la carne de las mujeres que gustan del amor, que aman el placer.

Al cabo de algunos instantes de reflexión, la princesa rusa añadió con el dulce acento de su país, que pudiera llamarse el gorjeo de una criolla del Norte:

—Y luego... el amor... vuestro amor... en verdad que yo no soy voto en la materia... Entre las mujeres de nuestro país, hay muchas menos... ¿cómo llamáis á eso?... ¡ah! eso es, muchos menos *transportes* que en las francesas... Sí, en las mujeres de su sér... y en medio de las cosas íntimas del amor... esto es bastante difícil de expresar... dijérase que hay un tercer personaje, asistente á su lado como testigo... y un testigo todo él cerebral, á la fisiología de la cosa.

—¡Diablo, allá adentro, ese fisiólogo en tercería... muy molesto, princesa, oh sí, oh sí!—dijo con un tartamudeo ó más bien una borrosidad, no de la palabra sino del

pensamiento entrecortado siempre, un caballerete propietario de unas piltrafas de carne sobre su esmirriado cuerpo, y con los cabellos al rape cual si hubiera querido aliviar hasta de tal peso á su persona; un joven, hijo de un riquísimo agente de cambio, cuya existencia entera era una vida de *adelgazamiento artificial,* y que se lamentaba de tener gordos los huesos y se privaba de comer y se paseaba corriendo, para conseguir el peso específico de un postillón y presentarse algún día como jockey en las carreras.

—De seguro—exclamó de pronto el delicioso auditor del Consejo de Estado, puesto á los pies de la señora Tony-Freneuse—que no sabéis el extravagante capricho imaginado por el banquero Beffarol para su noche de boda... —Escuchad.... hizo colocar detrás de un cortinaje... fijáos bien, detrás de un portier... con la puerta abierta... hizo colocarse cinco bandurristas con orden de tocar á altas horas de la noche... y, estando acostada su mujer, entró en el dormitorio con camisa de seda de color de rosa... dió un puñetazo en el cortinaje, de donde brotó en el acto la música... y en medio del *pianissimo* de la melodía y en el suave resplandor de su camisa transparente, iluminada por la luz de una lámpara de alabastro, avanzó hacia el lecho conyugal.... Mientras los mandolinistas tocaban, desternillábanse de risa.

Inmediatamente, un tropel de jóvenes casadas y solteras que hacían gran ruido en la pieza próxima, y entre las cuales estaban Julieta y Querida, invadieron el saloncillo seguidas del Mariscal, de quien se cuchicheaba que estaba en los mejores auspicios con la señora Tony-Freneuse.

El Mariscal, que tenía gota y llevaba su mano enferma contra el pecho, sostenida por entre las solapas del chaleco, á pesar de su mal, siempre *verde* y en sus labios la más cáustica de las sonrisas, iba á contar á media voz una aventurilla á la señora de la casa.

—Querida, hija mía, hazme el favor de ayudar á Julieta á servir el té—dijo la señora Tony-Freneuse levantándose un poquito sobre el codo y volviéndose á dejar caer con gracioso abandono.

Al oir estas palabras, el batallón de señoritas agrupóse al rededor de la mesa de té, zumbando, cuchicheando y riéndose, con preciosas carcajadas locuelas, de las ironías de Julieta.

Los hombres formaron corro en torno de la charla del Mariscal y de la señora Tony-Freneuse, quien á lo mejor del relato muy alegre y

muy militar del abuelo de Querida, interpeló de pronto al joven auditor en el Consejo de Estado.

—Señor de Eauvillars, ¿no cenábais por aquel tiempo en casa de la dama á quien se refiere el Mariscal?

—No, señora... pero la conozco un poco, á través de un amigo mío... junto al cual iba ella á dormir.

—¿A dormir?

—Y con el sueño de la más pura inocencia... Es el caso... tengo motivos para suponer que, en lo pasado, no siempre había dormido en las mismas condiciones junto á mi amigo... más por el momento así sucedía... En casa de la dama nadie se acuesta por la noche, y todo el día están llamando á la puerta... Pues bien, mi amigo es bolsista, es decir, está ausente de su casa desde las once á las cinco... Siempre que ella tenía de veras gana de dormir... íbase á dormitar durante las horas de Bolsa, sobre un gran diván turco que tiene él en su casa... El portero está tan habituado á sus visitas que le entregaba el llavín, sin advertírselo siquiera á mi amigo cuando este regresaba á casa... Eso no obstante, enseguida conocía, por una señal, que ella había pasado la tarde en casa de él... Tiene un juego de chimenea (reloj y candelabros) de porcelana antigua de la China, compuesto de dos loros de color azul celeste y violeta... y encontraba sus loritos vueltos hacia la pared... Según parece, recordaban á la dama un viejo pariente, de nariz aguileña, quien le había hecho muy desgraciada en la infancia... y cuando se dormía mirándolos... pretendía que esto le daba pesadillas.

—Señores formales, oid qué cosa tan picaresca—dijo Querida apareciendo en el círculo masculino con una taza de té en la mano.—La señorita Dangirard nos cuenta haber tenido una abuela, que en tiempo del primer Emperador, á fin de hacerse graciosa la boca para el baile á donde tenía que ir por la noche... ¿á que no adivináis lo que hacía?... ensayarse delante de su espejo cien veces por la mañana, repitiendo, si quería tener pequeñita la boca, *Un cucurucho de dulces;* y si la quería grande, risueña, para lucir bien los dientes, repetía entonces cien veces *Batatas de Málaga* (1).

En vista del poco éxito de su historia, Querida se volvió al rincón de las señoritas, quienes dispersas por un momento, hallábanse frente

(1) Como estas frases tienen por objeto «cerrar ó abrir mucho la boca al pronunciarlas», con ellas hemos sustituido á capricho las correspondientes frases francesas de idéntico fin.

á los tres espejos del saloncillo, donde á pesar de ser todas unas mujeres formadas, repetían con toda clase de monerías divertidas, quién: *Un cucurucho de dulces;* quién: *Batatas de Málaga.*

—¡Ah! De quien habla el Mariscal es de la señora Laubespin—exclamó un vejete, cuya temblona carne de la cara parecía gelatina blanca, retenida en su sitio gracias al triángulo de un férreo cuello postizo.—He conocido mucho á la señora Laubespin, hace algunos años... Entonces no era más que una galante mujer de mundo... Hoy, según se dice, ha pasado á la categoría de *sobona.*

—¿Sobona? ¿Y qué es eso?

—En general, la señora que tiene una tertulia literaria donde se fabrican académicos... y una mujer que nunca pone polvos de arroz en sus hombros y puede frotarse, sin que lo parezca, contra vuestro frac negro... trabajando para incendiaros dulcemente... en provecho de su candidato.

—Mas ahora parece que la incendiaria se ha incendiado.

—¿Se sabe el nombre del feliz mortal?

El Mariscal citó un nombre conocido, muy conocido, el de un hombre casado.

—Esto no ha debido de inferir un golpe violento á su mujer... Dícese que no podía ni medio verse... ¡con su marido!—escupió el aspirante á jockey.

—Así era en otro tiempo—dejó caerse la princesa Kolokolsoff—pero desde entonces acá ha cambiado.—Y añadió con aquella voz, cuya música formaba contraste con la fría ciencia humana de las palabras.—Había hecho como muchos maridos parisienses que no se sienten amados desde el principio... Su joven esposa, á raiz de su casamiento, tenía costumbres muy sencillas... El ha desenvuelto y estimulado en ella gustos de loreta... combatido su repulsión por los regalos... triunfado de su antipatía hacia los ricos que sostienen queridas.

En este momento abrióse la puerta y se presentó la joven señora Malvezin, la recién casada.

Con escandaloso descote dentro de un magnífico traje, el cual, sin embargo, asemejábase al vestido desaliñado y remendado de una cantante de café; con la tez harinosa, toda llena de polvos de arroz, los labios como sanguinolentos de bermellón, las pupilas tamañas como piezas de medio real dentro de negras ojeras artificiales, los cabellos fulgurantes y la frente comida del todo por el pelo, la joven y linda y elegante casadita, con la vista sin fijarse en nada, con una

sonrisa automática en los labios y con el cuerpo decaído, representaba lo mejor posible el embrutecimiento de una *bestia*.

La señora Malvezin que, conforme á la moda de aquellos años, llevaba un grueso brazalete de esponsales de oro, remachado á martillo como un grillete de presidiario, fué á sentarse junto á la señora Tony-Freneuse, buscando una postura natural... falsa.

En medio del silencio que siguió á la entrada de la señora Malvezin, oyóse la voz lenta y modulada de la irónica Julieta diciendo en el corro de las señoritas:

—No, decididamente, mamá y yo no volveremos á poner allí los pies... Aquello está demasiado lleno de trajes de mujeres ricas que llevan vestimentas de hace sesenta años, corpiños que como sabéis terminan en la muñeca... y las infelices no tienen pulseras... ¿Creéis divertido encontraros con la mujer del plenipotenciario de Holanda, una pietista... tan estúpida? ¡Las pietistas son de mucha más estupidez que las demás mujeres sosas!... ¿Qué queréis? En esa casa reciben á un general, y ese general se llama Cagnard... También va algunas veces un Consejero de Estado, pero chiquito, muy chiquitín, aún más pequeño que Connean... y su nombre ilustre es Larabit... ¿Y qué decís de las mujeres?... En primer lugar está la mujer del diputado que tuvo esas pícaras historias... Luego está la buena señora... ya sabes, Querida, esa que refiere perpétuamente los malos partos de sus hijas... con suspiros... y que siempre va con aquella gibosa de dientes podridos y que hace así eternamente... (aquí una mueca diabólica) y con la otra, cuya pechera parecen dos tazas que se van á caer... ¡Y siempre, siempre, la duquesa de Otranto vestida de verde!

La señora Malvezin hacía señas al señor Eauvillars para que se acercase á ella y se sentase á contarle aquella historia.

Hallábase triste, acababa de asistir á un espectáculo muy extraño. Había estado en el convento con una jovencita. Esta damisela, de alta alcurnia y muy rica, habíase enamorado de un primo, quien la amaba tanto como ella á él, un primo de nobleza y fortuna iguales á la suya. Pero los padres tenían otras miras acerca de los hijos, tanto que pusieron obstáculos á la boda durante algunos años, y cuando al fin se celebró el enlace de ambos enamorados, derrocharon su amor con tanta furia que ambos estaban muriendo, y moribundos como estaban, parecían dispuestos á seguir amándose.

La historia era muy linda; mas,

como todas las historias verdaderas de la señora Malvezin, no se sabía nunca precisamente si no las había sacado de su caletre.

—Dispensad, ¿qué decíais?—interrumpió la señora Tony-Freneuse, que ya no escuchaba al señor Eauvillars.

—Digo—respondió el viejo verde—que la mujer americana prefiere siempre su marido á sus hijos, mientras que la mujer francesa da siempre la preferencia á sus hijos sobre su marido.

Esta frase trajo consigo una tempestuosa discusión acerca del matrimonio, y subsidiariamente acerca del amor, en la cual hombres y mujeres todos tomaron parte.

Sosteniendo el Mariscal que el amor no constituye un sentimiento particular, puesto que los efectos que produce coinciden con la amistad, el patriotismo, etc., la joven señora Malvezin, que bajo su estudiada distracción resultaba ser una asídua lectora de libros alemanes, respondióle que Su Excelencia parecía ser un pobrísimo aprendiz en estas materias, puesto que el amor daba origen á un sentimiento que tenía su *color* distinto y que era una cosa *cualitativa*.

Bien pronto extinguióse la conversación general, sustituyéndola cierto número de «apartes» íntimos y risueños, perezosas charlas de palabras intermitentes, hacia las cuales se inclinaban con un montón de cositas elocuentes en la cara: aquí una linda cabeza de rubia cruel envuelta en una diafanidad sonrosada; allí una cabeza morena, de sombras rígidas, con dos hoyuelos danzadores por los ángulos de la boca; más lejos, una cabeza con ojos de reptil y de piedra preciosa, con cuello culebreante, con la enigmática careta de señora honrada y de cortesana; más allá una cabeza aplastada por una masa de cabellos negros, con ojos aterciopelados adormecidos bajo los párpados entreabiertos, y con la expresión perezosa é indolente de una oriental; todavía más lejos, una cabeza coronada por una cabellera en diadema, la frente alta y estrecha de una Diana del Renacimiento, las facciones finamente esculpidas, con la encantadora sonrisa en los ojos y en los labios riéndose á la par con perfecto conjunto; todo un mundo de mujeres hermosas, de mujeres lindas, de mujeres agradables, hallando en la vida de su fisonomía el medio de ser á la vez hermosas, lindas y agradables.

Dulce, cálido y lánguido estaba aquel saloncillo, con ese no sé qué de misterio que el final del día en aquella estación, el «entre dos luces» de las seis de la tarde, arrojaba sobre hombres y mujeres. Es-

tábase allí bien, y la felicidad del sitio no sólo se advertía que estaba formada por el goce particular de cada uno de los contertulios, sino que al parecer deslizábase allí un poco del quietismo de aquellos años, en que no había alarma por lo porvenir, ni perspectiva de bancarrota general en la Bolsa, ni miedo de una colisión con el extranjero, ni cosa alguna de las que ponen en cuidado á la humanidad; sí, cierta quietud en el aire, que sume á todo el mundo en una tranquilidad sensual.

Y en un rincón, un amable prefecto, con el floreciente aspecto de un vividor, de cabellos canos, predicaba regocijadamente el materialismo al joven Eauvillars, diciéndole:

—Mirad, en el fondo, la vida consiste en una buena poltrona, una buena mesa, un buen cigarro, y todo lo demás... ¡Las gentes que buscan otra cosa en la existencia no son más que personas sin sentido común!

LXXX

El amor al baile convertíase para Querida en una rabia, en una pasión desenfrenada. Ya no existía para la joven el día, pues pasábalo durmiendo, y con un sueño que conservaba una actividad febril, y en el cual agujereaba las sábanas en el sitio correspondiente á los dedos de los pies, á fuerza de frotarlos de continuo contra el lienzo.

Sólo sentía el goce de vivir por la noche, á la luz artificial, en la embriaguez de la música, el torbellino de la danza, la sobrexcitación de las miradas, de los cumplidos, de los roces amorosos. Para mantenerla despierta, divertida, interesada, eran precisos el ruido, la agitación, la alegría nerviosa, la especie de frenesí caprino del baile, y eso hasta las seis de la mañana, hasta la última figura del cotillón.

Tened en cuenta que no la conducía al baile ningún sentimiento tierno, ninguna inclinación hacia alguien, ningún latido del corazón por un bailarín cualquiera, sino tan sólo por una especie de fiebre ardiente de su sér, una exasperada necesidad de que todo el mundo se enamorase de ella, un prurito de coquetería feroz, inhumana.

Preciso es decir que también encontraba en ello un poco de ese placer embriagador producido en el hombre y en la mujer por el exceso de ejercicio físico y la exageración sistemática de la gimnástica forzada, por la quebrantadora fatiga de la danza, de la cual salía

molida hasta el punto de no poderse ya tener en pie cuando le echaban sobre los hombros su «salida de baile.»

LXXXI

En esta sucesión de bailes sin tregua ni interrupciones, ni un día de descanso, para no faltar á ellos uno sólo por olvido ó fatiga de un peluquero, y hasta por no ver su espera retrasada una ó dos horas más, la nieta del Mariscal había imaginado un medio, á la vez ingenioso y expeditivo.

Querida hacíase peinar por su doncella con grandes hierbas verdes entretejidas en forma de corona por encima de sus cabellos sueltos, que le llegaban hasta las corvas: tocado que escandalizaba á las rígidas madres de familia, y de donde provino á la nieta del Mariscal el sobrenombre de *la desgreñada*.

LXXXII

En la vida de sociedad, en estos bailes, en estos conciertos, en estos saraos, la joven soltera respira voluptuosidad.

Todo solicita á sus sentidos, todo enardece sus deseos, todo habla al sér físico. Ya es el lúbrico ruido de la música instrumental, ya la lánguida romanza que canta un tenor bonito; ya el vals, esa danza en que la valsadora gira en brazos del hombre, á la vez embriagada y desfallecida; ya ese tórpido calor preñado de aromas de plantas tropicales, ya esa copa de Champagne... ya, en fin, ese delirio particular que en las altas horas de la noche se apodera de las mujeres en esos lugares de vértigo, donde se ven modestas jovenzuelas súbitamente transformadas, y con toda clase de coqueterías provocadoras y descaros cándidos, enseñando sus delgadas pecheras con los nacientes y pequeños senos y las carnes descotadas, que parecen dichosas al sorber la luz y las miradas de los hombres.

Pero en el ardimiento amoroso producido por la sociedad en la joven soltera, ¿qué son la música, las romanzas y todo lo demás, si se comparan con el espectáculo de esa sociedad en sí misma? Allí, durante todo el tiempo, las sonrisas de los ojos y de la boca, las posturas, las actitudes, los juegos del abanico, hablan de amor, declaran sentimientos dispuestos á ser co-

rrespondidos, confiesan relaciones íntimas; y en el fondo, bajo lo convencional y mentiroso de una reunión llamada baile, concierto ó sarao, no hay absolutamente nada más que citas y encuentros apasionados.

La joven soltera comienza á percatarse de que estas reuniones no tienen por objetivo la danza, ni la cena, ni los placeres que se anuncia que allí van á gozarse; y con la lucidez que toda mujer, por joven que sea, tiene acerca de los asuntos de amor, y con lo que sorprende en una mirada, y lo que adivina en un cuchicheo de rigodón, y lo que entrevé en nonadas invisibles, experimenta la sensación de hallarse en un sitio donde se aman en torno de ella, y donde á su alrededor hay una tierna cadena eslabonada de relaciones íntimas.

Vivir allí dentro, teniendo á la vista el tentador ejemplo de las otras mujeres, ya comprenderéis que es cruel para las pollas mayorcitas.

LXXXIII

Querida era una mujer dotada, á la par, de un corazón amante y de sentidos. Nada tenía de común con esas parisienses linfáticas, cuyas facultades amatorias aniquílanse y se pierden en las fatigas de la vida de sociedad, y en las cuales el amor es casi siempre asunto nada más que de cascos ligeros.

Aun cuando de grácil aspecto, la jovencilla, bien constituida y en el pleno goce de todas sus fuerzas vitales, estaba dotada del temperamento nervioso-sanguíneo propio de las verdaderas mujeres amorosas. Es preciso no olvidar que en ella había también sangre de su madre, sangre de las colonias españolas, esa sangre caliente que exige en la mujer por cuyas venas circule que la casen pronto.

Esta necesidad de matrimonio hacía explosión con una particularidad característica. El ver niños producía en Querida una especie de *locura de las caricias:* esta exaltación singular de las ternezas que se advierte en las jovencitas aptas para la maternidad, y de la cual tienen, perdonadme la frase, hambre y sed.

Así, pues, amorosamente apasionada en cuerpo y alma, y viviendo con la más extrema pureza, Querida sufría la visita obstinada é inquieta del *deseo*, la obsesión de imágenes, de visiones y de apetitos turbios, y no podía impedir que ensueños voluptuosos violaran la castidad de sus noches.

LXXXIV

En este encenderse los sentidos, en esas tormentas de la carne, en esas tentaciones de caída, la polluela de buena sociedad vése á menudo salvada por un socorro providencial que todavía no han revelado los libros.

No es la acción del catolicismo, ni aun siquiera una adhesión bien rígida á la pura honestidad. Se trata sencillamente de un sentimiento femenino, pero propio por modo exclusivo de la mujer refinada.

Una existencia de elegante, la continua ocupación en lo que adorna y embellece, un perpetuo rebusco de lo ideal en lo lindo, en fin, la fuga en todo de la *terrestridad,* según se decía en el siglo XVIII, dan á las jóvenes como Querida, respecto á la falta material, algo así como ese miedo que el armiño tiene á una mancha de sus blancos vellones.

Repetimos que la virtud y la moral no entran por nada en esta defensa y esta salvaguardia de la solterita de sociedad; una especie de adoración religiosa de su cuerpo, de su divina personilla: esto es, y nada más. La jovenzuela ha hecho simplemente de sí misma una especie de Virgen puesta en un relicario de raso blanco, y quiere continuar siendo siempre á sus propios ojos la Purísima de su reclinatorio.

Cada vez que sentíase Querida dispuesta á ir más lejos de lo que quería, la pequeña virgen mundanal que tenía dentro de sí la sacaba blanca y pura de su comienzo de perdición.

LXXXV

La afición á los perfumes llegaba á ser en la joven una exigencia imperiosa en este momento de su vida, y para hacer más incitantes sus lecturas, bañaba á la sazón con pomitos de perfumadas esencias los libros amorosos que leía. Asemejábase este gusto á la pasión de las mujeres de la India, quienes vejetan entre el humo de los pebeteros y la pulverizada lluvia de las aguas de olor.

Acontéceles á menudo á las parisienses de naturaleza delicada y nerviosa llegar á aficionarse á los perfumes violentos. Al ver á estas lánguidas criaturas, creyérase que deben satisfacerse con la suave y fugaz emanación que el lirio deja

en su ropa blanca interior. Pues no: necesitan que sus vestidos, sus cabellos y su piel se hallen impregnados en todo lo más fuerte, más *nauseabundo*, que obtienen de las materias animales y vejetales las destilaciones de la perfumería; y que su persona se bañe perpetuamente en los efluvios vaporosos y en las moléculas disociadas de los olores concentrados.

Para Querida, respirar en la atmósfera exhalaciones mareadoras, especie de embalsamamiento del aire, habíase convertido en una costumbre, en un hábito despótico; y cuando no tenía esta atmósfera *ambrosiaca*, faltaba algo á su vida, asemejándose á un fumador privado de fumar.

Así, pues, vivía en medio de perfumes «extractos triples» con nombres de bautismo ingleses: *Kiss me quick*, *Lily of the Valley*, *New Mown Hay*, *Spring Flowers*, *West-End*, *White-Rose*, *White-Lilac*, *Ilang-Ilan*. Y Querida llevaba sucesivamente en su casa ó en sociedad los terribles perfumes de todos los «ramilletes», desde el «ramillete de la emperatriz Eugenia», hasta el «ramillete de los besos disimulados», ramilletes que envolvían siempre á la joven en la flotante mescolanza de las esencias de tuberosa, de azahar, de jazmín, de vetivez, de opoponax, de violeta, de haba Tonka, de ámbar gris, de sándalo, de bergamota, de romero, de benjuí, de verbena, de patchulí.

Al oler el pañuelo empapado en estos *bouquets*, Querida experimentaba un goce que tenía algo así como de un ligerísimo espasmo. Calmábanse sus nervios, producíase una dulce tranquilidad en su *yo*, una especie de contento cosquilleador, una dejadez gozosa y á la par algo letárgica de su cuerpo, estado del cual, olvidándose con frecuencia Querida de las personas que á su alrededor estaban, salía para aspirar de nuevo el perfume con toda su fuerza olfatoria, frenéticamente, inclinando el busto, con la cabeza un poquito hacia atrás y entornándose de placer sus ojos.

Este lánguido bienestar físico se mezclaba con cierto aspecto risueño repentino en las ideas de la joven. Cardau, Rousseau, Zimmermán, pretenden que el olfato es el sentido especial de la imaginación; no lo sé... Lo que sí estoy dispuesto á creer más bien es que los perfumes y el amor producen goces muy relacionados entre sí; tanto, que el olor del almizcle hace cantar á los pájaros enjaulados.

Querida amaba locamente los perfumes; y, no hay que ocultarlo, hasta adoraba el almizcle tanto como la emperatriz Josefina, cuyo gabinete tocador de la Malmaisón,

al cabo de cuarenta años, á pesar de raspamientos y legías, continuaba tan almizclado como en los primeros tiempos. El más ardiente de todos los anhelos secretos de la joven ¿quién lo creería? era el de poseer un grano de almizcle del Thibet y de la provincia de Ta-tseen-loo, un grano de almizcle de primera calidad, exento de toda sofisticación, y con la «auténtica» de su cubierta que, con caracteres rojos, reproduce en una imágen tosca la caza del cabritillo almizclero, representado con su bolsa *mosquífera*. Y Querida, por lo común muy poco comunicativa con las personas de edad, hacía gala de estar muy amable, por lo cual dábanle bromas con un sabio muy viejo, muy feo y muy ridículo, quien se había comprometido á proporcionarle ese grano de almizcle de la provincia de Ta-tseen-loo.

Cuando por fin tuvo la joven el grano auténtico, lo guardó entre sus alhajas, en una cajita de laca de oro del tamaño de un guisante.

LXXXVI

A la sazón, la joven se levantaba todas las mañanas enseguida de despertarse, y medio dormida buscaba á tientas su vaporizador y se ponía á insuflar dentro de la cama perfume de heliotropo blanco.

Inmediatamente después rebujábase entre las perfumadas sábanas, cuidando de entreabrirlas lo menos posible. Y con la cabeza metida hasta los ojos bajo la colcha, experimentaba indecible gozo en sentirse compenetrada, acariciada, refrescada por la odorífera humedad de la vaporización; en la cual parecíale que su sér, aún mal despierto, medio se desvanecía y se escapaba también, como si se hubiera volatilizado, convertido en perfume y en buen olor.

Al cabo se volvía á quedar dormida, encontrando cierta voluptuosidad en su sueño, donde había un poco de embriaguez cerebral y un algo de asfixia.

LXXXVII

Entonces presentábase con frecuencia pertinaz á la memoria de Querida el recuerdo de un partido que había rehusado, sin que en manera alguna pudiese recordar por qué. No obstante, el hombre que la pidiera en matrimonio era rico, joven, de agradable figura y muy bien relacionado por sus parientes

con el Gobierno. En el fondo, no había que hacerse ilusiones sobre esto; desde entonces no había vuelto á presentarse un partido tan aceptable.

LXXXVIII

En efecto: no era tan fácil como pudiera suponerse el matrimonio de Querida. Diversos impedimentos y obstáculos particulares oponíanse al enlace de la joven, por más que fuese nieta de un Mariscal de Francia.

El Mariscal no era rico. Sus bienes consistían en aquella hermosa y gran posesión del Muguet: en el fondo, una ruinosa finca de recreo, y cuyo sostenimiento se tragaba mucho más de los doce mil francos de renta de las dos haciendas confinantes con el parque. Además, distaba mucho de estar saldada la restauración regia de los edificios, á la que dábase el Mariscal mientras era ministro, y la cual, como siempre sucede, excedió con mucho de los gastos presupuestos, á pesar de las fuertes sumas suplementarias que abonaba de su sueldo.

El Mariscal era reputado con razón de ser por naturaleza derrochador y generoso, que en su vida había sabido hacer ahorros, y nunca había podido rehusar á su nieta un capricho, por caro que costase.

Pero lo que hacía difícilmente casable á Querida, más que la falta de grandes riquezas, era el mimo con que la criaron. Tratándose de una señorita que debía percibir una dote muy mediana, no puede ocultarse que existía en los pretendientes posibles una especie de terror por el lujo que rodeaba á su juventud.

La imprudente damisela indignaba también á las madres de familia con la independencia de sus modales, lo caprichoso de sus tocados y sus despreciativos desdenes con respecto á ellas. Gozaba de una peligrosa reputación de excentricidad; y las *casamenteras* de tertulia, aun cuando se viesen obligadas á reconocer que no podía alegarse contra su conducta el más mínimo hecho, declaraban muy alto en sus consultas lo imprudente que sería una madre amante de su hijo en dar á éste por mujer á Querida.

Por aquel tiempo, en que comenzaban á cundir y á aceptarse las teorías médicas acerca de la herencia, la historia de la locura de la madre de la joven era una nueva causa más del alejamiento de los pretendientes.

En cuanto á los ambiciosos, los jóvenes que pensaban sacar partido

para su carrera de la influencia del Mariscal en las Tullerías (el Mariscal había dejado el Ministerio desde diez y ocho meses atrás) la evolución ya iniciada de la política imperial hacia el liberalismo, y el carácter anti-democrático bien conocido del abuelo de Querida, permitíales, á poco que en ello parasen mientes, darse cuenta de que la nueva entrada del Mariscal en el Ministerio era por completo improbable en lo porvenir.

LXXXIX

Bajo el segundo Imperio, el marido ambicionado en sus ensueños por una señorita de sociedad, es casi siempre un funcionario, un alto empleado.

En estos años, el hombre de Administración ha adquirido de pronto un prestigio que nunca tuvo en ninguna otra época. Ya no es el funcionario constitucional de la pobre Restauración y del buen rey Luis Felipe, comprimido y limitado en sus atribuciones, en sus acuerdos, en sus caprichos. El funcionario del segundo Imperio lleva en sí mismo algo de la omnipotencia del amo del momento. En su papel militante de agente de la política represiva y de delegado autocrático del poder soberano, ejerce el dominio moral que adquiere sobre el espíritu del pueblo y de las mujeres un gobernante militar; aparece como un funcionario civil que llevara sable. En el fondo, un prefecto de este tiempo es un virey del departamento; y ser la esposa de ese virey es la sorda ambición de la mayor parte de las señoritas del mundo oficial, de Querida, como de las demás.

Por último, aun cuando este partido prepotente sea de origen muy oscuro y hasta de humilde cuna, la señorita casadera, por muy pagada que esté siempre de nobleza y de títulos, oye por todas partes anunciar tanto la próxima proclamación de una nobleza imperial, le zumban de tal modo los oídos con el proyecto en estudio de ennoblecer á todos los grandes funcionarios del Estado, que no duda de poder conseguir ver en su futuro marido dentro de algunos meses solamente, el condado ó la baronía próximos á elaborarse en la cancillería del Ministerio de Justicia.

XC

Unas tras otras iban casándose todas las amigas y conocidas de Querida.

¡Cuántos y cuántos enlaces le participaban!... Apenas pasaba día sin que el portero no le entregase una esquela de participación, la cual, con su impaciente curiosidad, leía al subir las escaleras. Bodas de amiguitas de su edad, bodas de amiguitas más jóvenes que ella. Una en pos de otra, todas se convertían en «señoras»; sólo ella quedábase soltera. ¡Oh, de seguro que se quedaría para vestir imágenes!

Cada semana, por decirlo así, reuniones de esponsales, visitas de equipos, misas de casamiento; una serie interrumpida de ocupaciones sociales, que mantenían la mente de la virgen nubil en una emoción amorosa, y remachaban en ella, sin un instante de reposo, su idea fija, el matrimonio. Y además, esos «tente-en-pie» precursores del viaje de boda de los recién casados, esos banquetes de una alegría como ensoñadora para todo el mundo, y en que la última amiga que se casó llamó aparte á Querida hacia un rinconcito con manos acariciadoras para decirle algo que olvidó en medio de su frase comenzada y que tuvo por término una sonrisa feliz. —¡Qué bueno debe de ser eso que os hace olvidar así!—pensaba durante muchos días Querida, sin poder borrar de sus ojos el rostro regocijado de la desposada.

Algún tiempo después de esto en esas mismas amigas casadas, confidencias de que «estaba en cinta» inspección de la «canastilla» y bautismo, y madrinazgo, y todas las demás cosas que infunden el deseo y la envidia emuladora de la maternidad en las señoritas mayores.

Luego, la intimidad con esas jóvenes parejas, en esos medios conyugales, entre la ternura de los cónyuges al rededor de las cunas, era un poco así como si Querida atravesase por interiores llenos de un impudor glorioso, del radiante despliegue de un concubinato autorizado, de la exaltadora reunión de un caballero y una señora sobre la rubia cabecita de un niño: cuadro que por momentos adquiría á los ojos de la joven soltera el aspecto de un palo dibujado en una pared.

XCI

En el contacto diario de su existencia con sus amigas casadas, el ligero pesar por su primer enlace roto cambiábase presto en Querida en el deseo impaciente de volver á encontrar otro; y ese deseo tenaz de casarse, acentuándose poco á poco con el tiempo, había llegado á

la larga á trocarse en un apetito irrazonable, casi enfermizo, en el cual confundíanse la exaltación de los sentidos y el irritado despecho del amor propio de la soltera.

Un estado en que dijérase como si Querida no hubiese conservado el sentido crítico ni el gusto difícil de una joven, linda y delicada mujer, y parecía dispuesta á tomar por marido á cualquiera de la sociedad, sin parar mientes en su fealdad, aspecto vulgar y aun en sus años; un estado en el cual se daba en espectáculo con el cartel de sus intentos y la tristeza de sus decepciones.

Era un suplicio para ella entonces, cuando se veía obligada á besar á una amiga que iba á notificarle su próxima boda: la hubiera mordido.

Querida mostrábase también muy extraña para con los hombres. Cobraba antipatía á los señores casaderos que no pensaban en pedir su mano; y con suma frecuencia pasaba en el lecho varios días, después de haberse figurado, por un puro extravío de su imaginación, que alguien había tratado de casarse con ella y no lo había hecho por oponerse á tal cosa la voluntad de su abuelo.

¡Cuántas combinaciones forjadas por su cerebro para lograr la realización de un enlace matrimonial que ansiaba, combinaciones capaces de dar jaqueca á un jugador de ajedrez!

En esta «caza de marido», para poder continuar resistiendo las fatigas de los bailes y *cotillones* conducidos hasta el amanecer, sujetábase la infeliz á un régimen seguido de Burdeos y carnes rojas, viviendo durante muchos meses con una alimentación ardorosa que la ponía muy enferma.

Llegaba, en fin, hasta ir todas las tardes, en punto de las dos, á la puerta de las Tullerías á tomar un «bocadillo» en la pastelería de Guerre, con la esperanza de encender allí una pasión legítima.

XCII

Era la noche de un primer viernes de Enero, la noche de un día de Reyes.

Querida no había comido desde veinticuatro horas antes, limitándose á refrescar sus labios con agua pura. Sentada en una butaca, delante de la chimenea de su gabinete, desnuda por completo, sin más que el peinador, miraba con aire singular las agujas del reloj.

Al dar media noche, Querida se levantó, cogió un par de medias de seda negra y lo plegó en cruz ante

un espejo. Estas medias negras en cruz y este espejo púsolos debajo de su almohada larga, así como una tarjeta donde había escrito, con una pluma atada al dedo anular de la mano izquierda, el día, la hora, el año de su nacimiento, y la edad de la luna y el nombre del lucero del alba.

Luego, desnuda del todo, con un pie puesto sobre el larguero de la cama, pronunció esta invocación nocturna:

Je mets le pied sur l' *anti-bois;*
Je me couche au nom des trois Rois.
Je prie Gaspard, Melchior et Balthazar
De me faire voir,
En mon dormant,
Le mari que j'aurai
En mon vivant (1).

Y se acostó en seguida sobre el lado izquierdo.

¡Ay! Las supersticiones de lo pasado son tan corrientes en las mujeres de la clase más elevada como en la de la más humilde, y hay pocas señoritas de la mejor sociedad que en ciertos días no interroguen á lo porvenir por medio de antiguos sortilegios y de viejos encantamientos mágicos.

Querida no podía dormirse.

Teníanla despierta: la angustia del hambre, una especie de remordimiento por aquellas medias negras en cruz y que puestas así parecíanle un sacrilegio, y un terror indefinible que surgía en la estancia.

Por fin cayó en un sueño corto y se despertó sin haber tenido ensueños.

¿Era, pues, cierto que no se casaría?

Al cabo de una hora volvió á quedarse dormida, y casi al momento encontróse de nuevo con los ojos abiertos de par en par.

Aquella noche reinaba por afuera la luna llena con una luz cegadora de puro blanca, y una persiana mal cerrada y que se había abierto daba paso á un rayo de aquella inquietante claridad, difundiendo sobre la ropa interior, tirada por Querida sobre una silla á los pies de su lecho, algo así como la luz eléctrica que había visto proyectada sobre un sudario en un drama del *bulevar*.

La medrosa emoción que por esto sufría no le dejó volver á dormirse en toda la noche.

Al amanecer, rendida de cansancio, cayó en un profundo sopor; sacóle de él la entrada de la señorita Tony-Freneuse, vestida de amazona y de regreso ya de un paseo á caballo por el Bosque.

—¡Ah, qué espantosa pesadilla!

(1) «Pongo el pie en el larguero; me acuesto en nombre de los tres Reyes. Ruego á Gaspar, Melchor y Baltasar que me hagan ver, cuando me duerma, el marido que tendré en mi vida (ó cuando me despierte).»

—exclamó Querida, haciendo semidespierta y con los brazos extendidos un gesto como para rechazarla.

—Vamos, cuéntame tu ensueño.

—¡No, te lo suplico; no me lo preguntes; no quiero volver á recordarlo más!

Al momento, la señorita Tony-Freneuse sentóse de un salto á los pies de la cama de Querida y comenzó á hacer una confidencia á su joven amiga, una confidencia muy íntima, y en la cual, según su costumbre, ponía una crueldad feroz y hasta algún tanto exajerada.

Julieta hablaba á Querida de un pretendiente que estaba á punto de llegar á ser su marido.

—Mi madre, mi madre...—exclamó la señorita Tony-Freneuse contestando á una pregunta de Querida sobre las buenas disposiciones de su familia—mi madre nada tiene que ver en esto... ¡Ah! mi buena Querida, tú estás aún en los tiempos en que los padres casaban á los hijos... pero ahora nos casamos nosotros solos... Mira, hace algún tiempo que *hago la rosca* á ese chico... me ha dicho que sería mi marido... yo no le amo... es horriblemente rico.

—¿Y no amándole, has tenido maña para persuadirle de que le amabas?

—¿Qué has hecho, querida mía, de esa hipocresía femenina de que Dios tan paternalmente nos ha dotado...—dijo la joven, golpeando con su latiguillo debajo de su amazona—de esa hipocresía perfeccionada por todas las cosas que á la fuerza hemos de aparentar no comprender... y que las indiscreciones del azar nos han enseñado? Porque, en último término, nuestra superioridad consiste en mentir mucho mejor que los hombres... Nosotras jamás nos hacemos traición con ese maldito fruncimiento de labios ó ese girar los ojos... que con tanta claridad nos revela que un caballero miente cuando nos habla... Pero no me escuchas... estás distraida... ¿qué tienes?... ¿es que aún?...

—Sí, sí... no quería contártelo... Pues bien, he aquí mi pesadilla... He visto pasar un féretro cubierto de rosas blancas.

—¡Tú, supersticiones de portera!—dijo la señorita Tony-Freneuse, echándose de un salto al suelo desde la cama.—Levántate y ven á almorzar en casa de mamá... Tanto nos burlaremos de ti, que no te atreverás á pensar más en ese estúpido ensueño.

—¿Te casas pronto?—preguntó Querida, saliendo de la cama.

—Sí, dentro de pocos meses.

—¡Vamos, entonces yo soy quien se queda soltera entre todas nosotras!

XCIII

Aquel año comenzó de pronto la sociedad á convertirse para Querida en un placer desprovisto de todo cuanto le otorga la imaginación femenina, un placer en que ya no existía la espera de un desconocido en otros tiempos prometido de antemano á la joven soltera por cada sarao, un placer que había cesado de ofrecerle los espejismos de los anteriores inviernos.

Ayer, para ir á reuniones, jamás le parecían bastante activos los dedos de su doncella, bastante rápidos los caballos de su abuelo; hoy... No, Querida ya no llevaba á los salones aquella fiebre nerviosa de la voz, aquella ligera embriaguez de los gestos, aquella vivacidad de cuerpo, que dan á la entrada de una tímida damisela en un baile ese lindo aspecto de diablura.

Ya no era la sociedad para ella aquel sitio de ventura y de encantos, donde, sin saber cómo, apoderábase entonces de ella una voluptuosa exaltación de su sér. En la actualidad se daba clara cuenta de esta exaltación, forjábase con las músicas, las luces, las flores, los reflejos de la luna, las frases equívocas, los vasos de ponche.

El baile había dejado de ser aquel frenesí vertiginoso, aquel pleno goce de un no sé qué intraducible en absoluto por lo embriagador, ese arrebato que emborracha y trastorna á la mujer; el baile habíase convertido para ella en la danza y nada más.

Al mismo tiempo que el baile perdía su fascinador atractivo, también el que saca á bailar, el *pollo*, el barbilindo inexperto, despojábase á los ojos de la joven de su lado seductor; hallaba de pronto en él demasiada vaciedad y excesivo aturdimiento; y privado de la corona de su amante aureola, descendía en la mente de Querida hasta el ínfimo papel de cosa útil para un salón, casi casi de un mueble.

Ni siquiera le divertía ya la charla de sus amiguitas, y asombrábase de encontrar en sí misma mucho menos viva la impresión sobre su inteligencia de esas insignificantes ingeniosidades que constituyen el fondo de la conversación propia de la elevada sociedad parisiense.

En fin, según su frase, sentíase entonces *helada*, sin encontrar ya dentro de sí fuerzas para el coqueteo con los pollos, sin tener ni aun recursos para esas atenciones generales de sociedad.

En la actualidad, lo que más le gustaba á Querida en un salón, era no pensar en nada, mirando vaga-

mente los juegos de luz sobre el rostro de las personas, escuchando distraída el confuso ruido de las conversaciones en torno de ella.

XCIV

A veces preguntábase la nieta del Mariscal con una especie de incertidumbre, con una duda inquisitiva, si era en verdad la misma Querida de años atrás. Remontándose á sus impresiones, á sus sensaciones, á lo que entonces pasaba dentro de su ligero cerebro, no se conocía á sí propia y experimentaba algo así como la creencia en la sustitución de otra joven puesta en el lugar de ella.

Ya no era, de ningún modo, pero de ninguno, su manera usual de impresionarse y de juzgar y ver las cosas, sin que pudiese darse cuenta de cómo había ocurrido tal metamorfósis y con tal rapidez.

Habíase posesionado de ella una sana razón, y de ese sano juicio resultaban apreciaciones y gustos de persona harta y curada de engañosas ilusiones.

En el trato frecuente con algunos artistas y literatos satíricos, había renegado del estúpido culto de la *distinción* suprema, perdido el respeto á lo *elegante*, en uso entre la alta sociedad burguesa y administrativa, y rechazado lejos de sí aquella *fatuidad ridícula* en las ideas, cosas todas ellas que por tanto tiempo comprimieron sus cualidades ingénitas.

Hasta su mismo ingenio, pues no carecía de él, dejaba de ser esa parlanchinería saltimbaqui y epiléptica de una marisabidilla moderna; ahora pronunciaba frases lindamente naturales, como esas que dicen las provincianas que son de chispa.

Y en último término ¡extraña particularidad! los ensueños de la joven no tenían por objetivo ya un gran salón oficial, sino que se refugiaban en un rincón de la Lorena, en una casita escondida entre vetustos árboles, en una manada de animales domésticos, agitándose y alborotando alrededor de sus faldas, en una vida entre la naturaleza y en los campos.

Sin embargo, este cambio moral, en vez de efectuarse con la serenidad que acompaña por lo común á la extinción de lo mundano en una joven, producíase en medio de una inquieta tristeza y en un estado de fatiga física tan grande que era casi dolorosa.

XCV

Despertábanse en Querida ciertas ternuras, ternuras desconocidas hasta entonces y que algunas veces le sorprendían.

Rica, rodeada de lujo, satisfechos en el acto sus necesidades y deseos, sin conocer privaciones de ningún género y sin contacto inmediato con los miserables, por buena que sea una señorita joven y rica, no tiene idea exacta de lo que es el infortunio, y su corazón le informa de un modo incompleto acerca de los sufrimientos de los desdichados. Asemejábase algo á aquella Princesa de Francia á quien se le hizo saber que había personas faltas de pan, y la cual respondió: «Que coman bollos.» La señorita rica ejerce la caridad sin sentir compasión, obediente al programa de los deberes y ocupaciones propias de una joven bien educada.

Querida había ejercitado así mucho tiempo la caridad, pero de poco atrás, desde que ya no era feliz, conmovíase con los infortunados á quienes daba socorro, conmovida y agitada durante varios días seguidos.

XCVI

Acaso algo de este completo cambio de su sér fué por ese tiempo en Querida producto de un sentimiento, un verdadero amor, una pasión sincera sobrevenida al cabo de esas coqueterías en frío, de ese *galanteo* sin corazón y que, según á veces ocurre en la sociedad parisiense, encendióse y murió dentro de ella misma, sin que llegara á saberlo el hombre amado.

Dos frases escritas en un librito de apuntaciones, hallado más adelante por el Mariscal en el costurero de su nieta, fueron la única revelación de este amor desconocido. He aquí estas dos frases:

«Soy feliz, muy feliz; no necesito nada... me basta con saber que está allí, donde yo estoy.

»¡Tenía tantas cosas que decirle!... pero no he sabido decirle nada de lo que yo hubiese querido... No ha sido alegre, ni agradable, ese rato de conversación con él... ¡Era como si ya no sintiera nada yo, como si no me acordase ya de nada!»

XCVII

¡Cuán extravagantes eran las distracciones que había inventado Querida á la sazón para su uso personal! ¡Hubiese llenado de asombro á la joven quien un año antes le

hubiera predicho el modo como pasaría la mayor parte de sus veladas durante una época de ausencia del Mariscal para cumplir la orden de inspeccionar las plazas fuertes del Norte de Francia!

Enseguida de comer, salía escoltada por su doncella é iba á los cuatro extremos de París para comprar, por valor de algunas piezas de cobre, hilos, algodón, trencillas, en los almacenes de novedades más distantes y más lejanos entre sí. Todo ese tiempo, ella, que antes nunca había dado un paso por París, que siempre iba en carruaje, todo ese tiempo andaba á pie.

Y andaba impulsada, forzadamente, como si se lo hubiese recetado el médico, ó más bien, cual si hubiera apostado consigo misma á estar de pie cinco ó seis horas. Y si llovía, ó hacía niebla, ó reinaba uno de esos temporales que dificultan para caminar sobre el piso resbaladizo, Querida mostraba en su rostro satisfacción por ese aumento de cansancio.

La doncella preguntábase, molida, qué demonio de gusto podía tener la señorita en patalear así por el barro. Querida trotaba sin parar, recordando en el último instante una caminata que se le había olvidado, y lanzándose á través de los carruajes del arroyo, á través de los paraguas de la acera, entre el chapoteo y los empujones de las calles parisienses, á la hora en que al encenderse el gas refléjanse las luces en los charcos de agua, en un día de fines del invierno.

De regreso, en su casa, á la hora exacta de comer, la joven enviaba recado á su institutriz de que tenía jaqueca y que se iba á acostar. Desnudábase en un segundo, se metía en cama entre las finas sábanas de hilo, que se mudaban á diario por un refinamiento de limpieza exquisita y hasta un poco maniática. Arrebujábase allí con la gozosa premura de una mujer que se acostara á las seis de la mañana después de bailar toda la noche.

En esos días de escapatoria, Querida mandaba que le hiciesen en la cocina un vulgar puchero; y tan pronto como estaba dentro de la cama, su doncella le servía un plato de hirviente sopa, cuyo calor, difundiéndose por todo su cuerpo, expulsaba esa frialdad interior que produce el quebrantamiento de miembros.

Después de haber tomado la sopa, Querida se hacía servir (no es posible adivinar qué cosa)... una rebanada de pan con mostaza; luego de concluída esa singular refacción y de retirarse su doncella, en ese primero y bienhechor silencio, donde sólo se oyen las palpitaciones del propio corazón, se hundía en su

lecho para dormirse á escape, sin perder un minuto. Dormir, dormir muchísimo tiempo, dormir doce horas, en el seno de algo alegre, entre colgaduras de color *crema* con grandes ramos de flores; tal era á la sazón su mayor voluptuosidad, su desenfreno; y dormir con un sueño de anonadamiento, un sueño en que había algo de la muerte.

Entonces la joven y bella señorita se irritaba contra el ruido de los carruajes, que retrasaba unos instantes ese sueño: ella, que otros años, en los primeros días de verse de vuelta del campo en la calle de Saint-Dominique-Saint-Germain, estaba voluntariamente despierta una noche, dos noches, para tener la íntima satisfacción de oir rodar los coches por el empedrado, y gozar plenamente de la certidumbre de estar de veras en París, en la capital de los placeres del mundo.

XCVIII

Poco más ó menos, por aquel entonces, una señora de la sociedad oficial, mientras compraba flores en el mercado de la Magdalena, decía á otras dos señoras paradas ante el mismo puesto:

—Acabo de encontrar hace una hora á la señorita Haudancourt... En verdad que es cosa muy chocante... Ella, en otros tiempos de una elegancia para calle, estoy por decir que absurda... á la verdad, no sé cómo toleraba eso el Mariscal... Pues bien: hoy, no lo creeríais, andaba por ahí de bata... sí, de bata, con un largo chal por encima.

—También yo había reparado en ello desde hace algún tiempo—contestó una de las dos señoras.—Nunca se me olvida, ya sabéis, en aquel baile del invierno último en casa de Erlanger... con aquel traje que no dejaba de ser hechicero, pero tan llamativo... la famosa falda de tul de color de rosa, cubierta de encajes prendidos con ramitos de violeta... Pues bien: últimamente, en una reunión... me asombré de verla puesta como todo el mundo... como una mujer que «no viste».

—En fin, lo cierto es que Gentillat no comprende nada de eso—añadió la otra señora.—Figuráos que no tiene noticias de ella desde hace un año.

Algunos meses después de esta conversación habida en el mercado de la Magdalena, charlaban en un ángulo de una sala Andrea y Lucía:

—¿Cómo la encuentras tú?—preguntaba Lucía á Préandeau.—Ayer fuí á visitar á Querida... Desde la calle la veo cerrando su ventana...

y el portero me sostiene que ha salido... Germana tampoco tuvo mejor suerte que yo, hace algunas semanas... Forzó la consigna... llegó á la antecámara... parecióle oir desde allí la voz de Querida... Ya la conoces... quiso entrar á viva fuerza... Entonces llegó Lina confusa, y casi llorando, suplicó á Germana que se fuese... que no quería ver á nadie aquel día... Es curioso: ella tan ávida de placeres apenas hace un año... ya ni un baile, ya ni una reunión... ni siquiera come ya en casa de la señora Tony-Freneuse... En fin, en la actualidad no se la ve por ninguna parte... Cuando á su abuelo se le interroga sobre el particular... responde con frases vagas y algunas veces sin sentido... Ya sabes, la opinión generalizada es que el Mariscal desciende á escape.

—Sí, sí, algo pasa—repitió dos ó tres veces Andrea Cheylus.—Mamá me obliga desde hace meses, por mi salud, á ir todos los días al lago una hora; nunca la encuentro en el Bosque.

Un año después, en un gran banquete, contestando á un convidado que desde un extremo á otro de la mesa preguntaba si era cierto que la señorita Haudancourt estaba enferma de verdad, según decían ciertos rumores, un ilustre médico especialista en las enfermedades nerviosas, contestó:—Está un poco delicada, pero muy levemente y sin gravedad alguna.—Dijo esto en alta voz; pero, inclinándose hacia el oído de uno de sus vecinos, añadió en voz baja:—La evolución exige fecundación, ¿no es así?... Por tanto, cuando las jóvenes desarrolladas á las cuales no se les da marido... son chocantes los padres, palabra de honor... paréceles extraordinario que algunas veces mueran ellas por tal causa... Mas, esto es muy común en un medio tan excitante como París.

XCIX

—¡Una carta para la señorita!—dijo al entrar la doncella de la señorita, Georgina de Suzange.

La joven tomó la carta, conoció la letra, y sin abrirla, quedóse largo tiempo mirando al sobre, pensativa, cabizbaja.

—¿Por qué le escribía?... Habían transcurrido años sin verse... y durante estos parecía no haber conservado el más mínimo recuerdo de su amiguita de primera comunión... quien, sin embargo, le quiso mucho... pero prefirió á su amistad las de la señora Malvezin

y otras... le parecieron más divertidas.

Abrió la carta.

Era un convite para comer, cual si ambas amigas se hubiesen separado la víspera; una invitación de forma un poco extraña, sin embargo, y que terminaba con estas frases: «Ponte guapa. Iremos á un sitio por la noche».

—¿Para qué volver á verse?—pensó Georgina.—¿Valía la pena de *amarse de nuevo*, quizá para pocas semanas?...—Además, estaban ahora tan lejos una de otra... La sociedad, los hábitos y las ideas de su antigua amiga eran hoy tan diferentes de las suyas propias... tan diferentes de las suyas, que no tenía deseo ninguno de aceptar su invitación.

Y sin embargo, había en esta carta algo inexplicablemente tierno y triste que le hacía vacilar para negarse.

En esta incertidumbre, fué en busca de su madre y le dió á leer la carta de su amiga.

—No puedes rechazar el convite de la señorita Haudancourt... ¡Crée á tu anciana madre!—le dijo con tono grave y sin explicarse más.

Un tanto preocupada, pero decidida por las palabras de su madre, Georgina escribió á la nieta del Mariscal una afectuosa carta de aceptación.

C

El criado que había abierto á la señorita de Suzange, la guió al fondo del jardín del hotel y la introdujo en un kiosco ruinoso, que servía para guardar los instrumentos de jardinería.

La señorita de Suzange, en medio de la luz crepuscular de la caída de la tarde, no vió al principio más que esto: un maniquí de mujer, con el busto rudimentariamente modelado en cutí grís, la cabeza reemplazada por una bola de madera barnizada, los brazos cortados y metidos en el sitio de las axilas, por medio de redondeles de metal ennegrecido como tapaderas de estufa; pero un maniquí cuya parte inferior encerraba la vida de una persona viviente, de una doncella de labor trabajando oculta bajo las ondulaciones y los roces chillones de una falda de raso blanco.

Sin embargo, casi enseguida vió en plena sombra, arrojada por el maniquí sobre un tapiz turco, á la señorita Haudancourt echada en el apisonado suelo de tierra, retorciéndose como un gusano cortado.

Querida levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre la palma de la mano, y sin decir palabra y con

ojos febriles, á través de la mascarilla de un rostro cadavérico, contempló durante largo tiempo la salud, la animación y la frescura sonrosada que refulgían en la cara de su amiga; luégo, echando una mirada con el rabillo del ojo á la falda de raso, exclamó:

—Vamos á los Italianos, ¿sabes?

—¡Ah!—prorrumpió la señorita de Suzange, sin poder disimular su extrañeza.

—¿Te asombra esto, caramba?

Y Querida, echada boca abajo, con los codos en el suelo, se puso á mordisquear un pedazo de queso en el hueco de sus dos manos, juntas á sus labios, y en el cual parecióle á la visitante ver rebullirse la animalidad de la podredumbre.

A la par que de vez en cuando daba un mordisco á lo verde de su pedazo de queso, y sin contestar á las preguntas que le dirigía la señorita de Suzange, la nieta del Mariscal continuaba mirando casi malévolamente con sus ojos hundidos á su robusta amiga.

CI

Una campanada anunció la comida.

Querida se puso en pie de un brinco, extendió las manos alrededor de sí con una especie de palpamiento en el espacio, cual si buscase un punto de apoyo en él, después se agarró á la cintura de su amiga, y atravesó el jardín apoyada en ella.

Delante de la gran chimenea del salón estaba de pie el Mariscal, dando con silencioso saludo la mano á los convidados que entraban en el salón. Y cuando un amigo íntimo, un viejo compañero de Africa iba á colocarse junto á él y eternizarse á su lado, veíase al Mariscal sacar del bolsillo una cajita de cartón llena de *agentes de cambio Bonnet;* y la pastilla que cada cinco minutos ofrecía á su vecino, con mecánico movimiento de brazo, era la única conversación del amo de la casa, quien no dejaba un momento de mirar á su pálida nieta.

En el alféizar de una ventana, una vieja solterona, una pariente remota á quien el Mariscal había hecho venir de provincias para hacer el papel de madre de su enfermita, medio inclinada hacia fuera de su sillón, hablaba al oído de un íntimo de la casa, con grandes surcos de amargura escavados en los ángulos de la boca y dirigiendo de tiempo en tiempo las vagas miradas de sus húmedos ojos hacia el techo, como si éste fuera el cielo.

Flores cuya agua nadie cuidó de renovar, ajábanse en las rinconeras del salón; y los convidados, poseí-

dos del taciturno dolor del Mariscal, lejos unos de otros, contemplaban con tristes languideces los cuadros puestos en sus marcos torcidos.

Al anunciarse que la mesa estaba servida, el Mariscal abandonó la chimenea, ofreció el brazo á su nieta, estrechando entre las suyas la enflaquecida mano de ésta y dándole suaves golpecitos, llevándosela dos ó tres veces á los labios en el trayecto de la sala al comedor, con algo así como la ternura galante de un viejo enamorado.

Empezóse la comida, un gran banquete en extremo largo, en que no se oía el ruido de los tenedores y cucharas sobre los platos; en que las escasas palabras que se decían más bien se cuchicheaban que se hablaban; en que los criados, con extraño aspecto y algo enigmático en el semblante, andaban de puntillas con circunspección; en que, por último, reinaba en torno á la mesa la mustia seriedad, el acompasado recogimiento de actitudes, el silencio intranquilo que reinan en los hogares amenazados por la perspectiva de una catástrofe.

Preocupado el Mariscal con su amada criatura, á quien no perdía un segundo de vista, olvidábase con frecuencia de beber, ponía la copa junto á los labios y dejábala distraidamente intacta sobre la mesa.

En cuanto á Querida, que no tocaba siquiera los manjares, conocíase por su rigidez que desplegaba todas sus fuerzas físicas, toda la energía de su voluntad, con el fin de sostenerse derecha en la silla durante una hora entera, derecha delante de su cubierto.

A veces, cuando Querida notaba fijos en ella los ojos de su abuelo, la joven trataba de tranquilizarle con una pobre sonrisa contraída y que daba pena, anunciándole á través de la mesa «que no estaba muy mal». Pero si con la vista llegaba el Mariscal á indicarla que no se obstinase en fatigarse y la hacía seña de que se retirara, ella contestábale un *no* con la cabeza, recalcado con una sombría terquedad.

De pronto, á media comida, después de un relámpago de angustia en los ojos, la nieta del Mariscal deslizóse de su asiento entre sus dos vecinos, cayó de costado dando con la cabeza en el suelo, con el ruido seco y la silueta destrozada de una muñeca rota en dos pedazos.

Inerte y con los ojos abiertos y fijos, Querida fué transportada por detrás del Mariscal á un diván, colocado desde algún tiempo en el comedor «para los síncopes de la señorita».

Hízosele respirar vinagre.

Al cabo de breves instantes comenzó á reanimarse la joven. Pro-

nunció el nombre de su doncella. En este primero é imperfecto recobro del conocimiento, creyó que el bulle bulle que había en torno de ella era el ajetreo de Lina en su dormitorio por la mañana alrededor de su lecho. Persuadióse de que abrían las hojas de su ventana; y el aliento de la señorita de Suzange sobre sus sienes mojadas con agua de Colonia le pareció el aire matutino que entraba por dicho hueco.

Mas enseguida volvió en sí, y sentóse inmediatamente en la silla con su tiesa postura.

—¡Querida—le dijo su anciana pariente—no es razonable ir esta noche al teatro!

—¿Han dado orden de enganchar?—exclamó la joven con voz resuelta, recalcando cada palabra de su frase.

Y como la pobre señora implorase la ayuda del Mariscal, el abuelo hizo un vago gesto en el vacío, revelando su falta de valor para condenar un capricho de una sentenciada á muerte.

CII

Al levantarse de la mesa, Querida llevó á Georgina de Suzange á su cuarto.

Por el suelo había en un rincón multitud de zapatos de raso blanco probados y desechados unos tras otros, y en medio de los cuales veíanse otros pares sin sacar aún de sus coquetonas fundas de hilo crudo, con iniciales bordadas: todos aquellos zapatitos trascendían á olor de piel de España, con que estaban perfumados.

Junto al vestido del kiosco recién acabado, mostrábanse en unas perchas otros dos trajes de sarao para que á última hora pudiese elegir Querida con cabal conocimiento de todos ellos.

Por la puerta del inmediato guardarropa, veíase en los compartimientos entreabiertos de los armarios la perspectiva de faldas con volantes y faralaes, sobre el mullido de saquitos de olor que guarnecían por completo el fondo. Los cajones de dos cómodas del dormitorio dejaban ver por entre su abertura y á traves de las densas capas de un revoltijo, invento de la Menjaud, de la servidumbre de las señoras de la Casa Real de Francia, medias de seda, pañuelos de encaje, docenas de guantes, vueltos á meter más adentro enseguida por una mano desdeñosa.

Sobre un veladorcito descansaba una tablita cuadrada de ébano, en cuya ranura oval destacábase en curva un collar de una sarta de perlas del más hermoso oriente.

Y entre el desbarajuste elegante, rico, distinguido de aquel dormitorio de señorita parisiense, en el fondo de los cortinajes del pequeño lecho con cubrepiés bordado en blanco sobre blanco, como los cojines de los muebles, con dos cuellos de cisne inclinados hacia una gran C., ardía una lamparilla ante una vulgar Virgen de yeso como las que se encuentran en la pobre alcobita de una obrera de Madrid.

Querida, quien parecía estar falta de fuerzas en el comedor para sostenerse sentada en una silla, poníase á la sazón en el dormitorio á andar con los febriles movimientos de un animal herido, yendo y viniendo de un extremo al otro de una jaula; y exaltada, excitada, fustigada poco á poco por este andar á la carrera, sin que su amiga pudiera explicarse tan repentino y sorprendente arrebato, cada vez que pasaba por delante de Georgina apostrofábala con frases sibilantes por las sordas y rabiosas cóleras de su voz.

—Tú, tú no eres una naturaleza apasionada... ¡Tú, amor!... ¿Qué es eso para ti?... ¡Tú, sentidos!... ¡sí sí!... Tú no tienes nada ahí dentro —dijo comprimiendo con ambas manos su pecho—no tienes nada de aquéllo por lo cual me muero yo!... ¡Ah, eres feliz, rematadamente feliz, tú... y las demás parisienses á tu imagen!

Y conforme Querida expulsaba su secreto con estas palabras violentas, parecían sus manos amenazadoras, y lo blanco de sus dientes apretados mostrábase con inquietud por entre sus palidísimos labios; tanto que su medrosa amiga encogíase en el fondo de su butaca pensando si tendría que tirar del cordón de la campanilla.

Entonces Querida se echó bruscamente en brazos de Georgina, la cubrió de besos deshecha en llanto, lágrimas confundidas con las palabras siguientes:

—Sí, está muy enferma tu pobre amiga... muy enferma... vamos, perdónala... ¡Mira, es duro, muy duro salir tan joven de esta vida... sin haber amado!

Interrumpióse y miró á hurtadillas su collar de perlas, hacia el cual iba como atraída, arrastrando consigo á Georgina delante del velador.

Sacó un momento las perlas de su negra ranura y acarició con ellas, con tiernos mohines, ese sitio de la mejilla junto á la oreja, donde está esa carne tan dulce para los labios que besan.

—¿No te parece que se ama á las perlas muy de otro modo que á las demás cosas que nos gustan?—dijo Querida. —Mira, son así como leche que fuera claridad... luz, ¿no

te parece?... Allá adentro hay unas que durante largo tiempo contemplé en el escaparate, en la calle de la Paz, sin saber si nunca habían de llegar á pertenecerme... Ese pobre abuelito acababa siempre por regalármelas al fin y á la postre... Hasta esta mañana no me han traído mi collar de casa de la célebre *coleccionista*... ya sabes, esa que se pasa semanas enteras delante de un armatoste de ébano como ese, siempre cambiándolas, cambiándolas hasta que... ¡Las perlas, decididamente me parecen más bonitas que los diamantes!

Querida se quedó suspensa mirando su collar, inclinada sobre el velador, con una de esas risueñas fascinaciones que experimentan las mujeres á la vista de las piedras preciosas; por un curioso efecto psicológico, esta contemplación sumió á la joven en la tranquilidad, en el sosiego más dulce.

—¡Qué tarde es ya!—exclamó Querida, metiendo la cabeza en un inmenso lavabo, y después de sacudirse varias veces lo mismo que un pájaro, esparciendo gotitas de agua á su alrededor, llamó á su doncella.

—¡Pronto, pónme guapa, muy guapa! ¿Oyes?

La doncella comenzó á peinarla, y durante la fatigosa tarea del peinado, y entre el cosquilloso roce de los cabellos que con frecuencia produce desmayos en las jóvenes anémicas, Querida pasaba de vez en cuando por detrás de su cabeza una mano lánguida para tocar en el brazo á su doncella diciendo:

—Aguarda.

Y Lina se detuvo, hasta que su joven señorita le dijo con suspirosa respiración:

—Sigue ya.

Por un momento cerráronse los ojos de Querida, y Georgina de Suzange creyó que había perdido el conocimiento, cuando los labios de la joven, á quien continuaba peinando su doncella, murmuraron con una musitación apenas perceptible:

—La cara contra la pared... en el ángulo oscuro de una alcoba... en el fondo de un lecho... no, yo no quiero morir así... Es preciso hacerlo como lo deseaba una joven señora en unas memorias que leí... Fué en carruaje... por la gran Avenida de los Campos Elíseos... en medio del movimiento, del ruido, de la vida de todo París... Oye Georgina—dijo volviendo á abrir sus ojos y con voz firme de pronto—¿no piensas que así debe ser la muerte deseable por una parisiense?

Concluyó el peinado de Querida. Llegó el momento de vestirla, de ponerla su traje, momento en que era preciso que estuviese derecha, de pie largo tiempo. Llamó por señas á Georgina, y apoyándose de

lado sobre ella con ambas manos, dejó hacer á su doncella, con la actitud soñolienta y dejada de un niño semidormido, á quien se le viste un disfraz para llevarle á un baile de máscaras.

Sin embargo, hacia el fin, Querida se repuso en un instante de su desfallecimiento; y echándose rápidas ojeadas de arriba á abajo pasando revista á todo su traje, después de una breve sacudida nerviosa del cuerpo, con la yema de un descarnado dedo dió gracia á la caída de un pliegue, ahuecamiento al lazo de una cinta, coquetería á cualquiera nonada de su prendido, todo ello á la par encantador y fúnebre.

Una vez concluido su tocado, después de mirar largo tiempo con impasibilidad su lívido rostro reflejado en el espejo de mano, dijo con voz dura á su doncella:

—Vamos, tú, pónme colorete, y date prisa... Sí, que para los demás tenga yo aspecto de viva... ¡siquiera esta noche todavía!

CIII

La entrada de la señorita Haudancourt en su palco de los Italianos, produjo en la sala ese movimiento de curiosidad que acoge á la presentación en escena de las personalidades parisienses que se han ausentado una temporada, y vuelven á aparecer de nuevo cuando menos se piensa.

—¿Es que doy miedo?—prorumpió la nieta del Mariscal, molesta por lo fijo de todas aquellas miradas que se le dirigían, y tratando de esconderse tras de su abanico; un gran abanico de encaje negro, donde entre el luto de la transparente trama, dábanse el pico unas palomas.

Querida no escuchó la respuesta de Georgina, como si estuviese absorta en la música de amor.

Aquella noche se representaba en los Italianos la ópera *Lucía*, y cantaba Fraschini.

—¡Oh, qué feliz soy, muy feliz! —dijo Querida al cabo de algunos instantes. Y tomando entre sus manos la muñeca de su amiga, la presión de sus flacos dedos apayados en la carne de la señorita de Suzange, notaba las ternuras, las languideces, los ardores del canto, y revelaba la agitación amorosa de su ser moribundo por un contacto nervioso y lánguido.

En el estado de debilidad en que se encontraba Querida, dijérase que aquella música de *Lucía* le embriagaba; y con su palidez, sus grandes ojos extáticos y su boca son-

riente con los ángulos en sombra aparecía como una moribunda embriagada por el alcohol con que como supremo recurso trátanse en la actualidad las enfermedades del pecho.

Distrayendo un momento su atención del escenario para fijarla en las localidades, dijo á su amiga:

—¿Has visto la sonrisa que acaba de dirigir la condesa de Fenilles á ese joven que está de pie en un escalón á la entrada de la orquesta?... Fíjate, el sitio del marqués de Chateaumorand está vacío en el palco de la duquesa... ¡Ah, ah, la embajadora no ha salido aún de París, ni tampoco su amado!... ¡Ya sabrás que tuvo buen descoco la embajadora!... Escribir una carta á la mujer del ministro de Negocios Extranjeros, á la cual no conocía... para que el ministro no trasladase al secretario de embajada de su marido de junto á ella... sí, sí, de quien confesaba lisa y llanamente en su carta que era su querido... Bien, el matrimonio Montverdun parece que hoy está de monos... ¡Cómo se agita la vieja Jonvin... la mujer que está en aquel palquito de antepecho descubierto!... ¡Caramba, como que lo está de ver junto á la señorita Honfroy al último caballero con quien estuve para casarme!

Y la atención de Querida trasladábase á los palcos, á todos los palcos donde se amaba, y gozándose en ello, cuchicheaba al oído de Georgina la nomenclatura de los amores legítimos é ilegítimos reunidos aquella noche en la sala.

Luego se calló y quedóse meditabunda, saliendo de su ensimismamiento de repente con esta brusca pregunta:

—¿Por qué no has venido nunca al Muguet?... Vaya, es muy alegre nuestro país... aldeas con casas de piedra blanca... todas con un albaricoquero arrimado contra la fachada... y enfrente de cada una de ellas una losa que sirve de puente al arroyo de agua viva que corre por delante de la puerta... En nuestra posesión hay, entrando á mano izquierda, después de pasar la verja... figúrate una rampa de peñascos cubiertos de musgos amarillos, de musgos de color de rosa, de musgos cuyo color exacto no puede indicarse... y cuajados de esas florecitas, ya sabes, de esas que más bien parecen adornitos de veludillo que flores de verdad... de esas florecillas que el abuelo denomina *sedum plumbago* y no sé qué más... De seguro, no te formarás idea de qué bonito hace eso... el lindo gris atigrado de la piedra y los gentiles colores de esas florecitas carnosas con el azul del cielo... que allí en-

cima parece más azul que en todas partes.

Detúvose bruscamente á mitad de frase y se puso á mirar con los gemelos á una mujer conocida, que en un proscenio hacía gala de un distinguido y descotado traje.

Miróla con tal obstinación, que Georgina de Suzange le dijo:

—¿Pero qué te pasa, para observar como lo haces á la bella señora de Marcien?

—Es cierto, mas no sabes tú... Repara bien, está algo así como tu pobre amiga... mi médico es el suyo... Mírala... qué risueña, ¿ves cómo gusta á todo el mundo en la sala, di?... Pues bien, mañana espera á Velpeau... Ya habrás oído hablar de Velpeau... ¿comprendes?... glándulas cancerosas... se trata de cortarle uno — dijo tocándose un pecho con el abanico.— Pero es preciso que nadie se lo figure en París... ¡La enfermedad, la muerte! hay que ocultarle esto cuando se es una mujer de moda, una mujer *chic*... Es de rigor estar siempre en escena con una sonrisa de bailarina... sin eso os olvidarían... Ya has visto, ahora mismo, parece que nadie me conocía... ¿Qué será lo que tanto mira, sin quitar los gemelos de los ojos?... No es eso lo que ve... ¿Sabes? debe de ser el azul frío del acero, los instrumentos de cirujía... ¡los bisturís de mañana!

T' amo ingrata, t' amo ancor...

Este doliente grito musical de la pasión trajo de nuevo á Querida hacia la ópera de Donizetti.

Con los ojos cerrados, la barba sobre sus manos cruzadas y con el abanico delante de la cara, la joven escuchaba como quien ora.

—¿Te encuentras mal?—preguntó la señorita de Suzange, viendo á Querida ponerse horriblemente pálida.

—¡No, no quiero... no quiero!— exclamó Querida con voz rápida, acercándose á la nariz un pomito de sales inglesas y respirándolas con toda la fuerza que le quedaba.

El final de la ópera, ese canto desolado, esos balanceos de sollozos, ese arrastrarse moribunda la voz de Edgardo, aquella agonía de dolor amoroso, en fin, ese «número» que valió á Moriani el sobrenombre de *tenor della morte*, lo escuchó á través de una serie de desvanecimientos; en los cuales el colorete que se había hecho dar por Lina convertíase á escape sobre las lividezes de su cutis en una mancha morena, una mancha aterradora.

.....

.....

.....

—¡Hasta la vista, hasta luego!

—dijo Georgina de Suzange á su amiga, al apearse del carruaje que la había vuelto á su casa.

—¡Adios!—contestó Querida, recalcando la palabra.

CIV

Sr.....

El Mariscal Haudancourt, Gran Cruz de la Legión de honor, ex-ministro de la Guerra, tiene el honor de participar á V... la dolorosa pérdida que acaba de sufrir en la persona de la señorita

María Querida Haudancourt

su nieta, fallecida en el castillo de Nonains-le-Muguet, el 20 de Junio de 1870, *á los diez y nueve años de edad, y después de recibir los Santos Sacramentos.*

Rogad á Dios por ella.

EDMUNDO DE GONCOURT.

UNA CORTA EN EL BOSQUE

I

En pleno invierno del año 18*** formaba parte del destacamento de la Gran-Tchetchan una sección de nuestra batería. En la tarde del 14 de Febrero, habiendo sabido que el pelotón que yo mandaba en ausencia del oficial debía acompañar á la columna enviada el día siguiente para una corta en el bosque, recibí y comuniqué en seguida las órdenes necesarias, y luego me retiré á mi tienda antes que de ordinario. No tenía la mala costumbre de calentarla con brasero, y así me acosté vestido en una cama de campaña, me eché la gorra sobre los ojos, me arropé con mi abrigo y me dormí con ese sueño profundo y pesado con que se duerme en los momentos de inquietud y de cuidado que preceden al peligro. La espera de la expedición del siguiente día era lo que me ponía en tal estado.

A las tres de la mañana, cuando todo estaba aún en tinieblas, sentí que me quitaban el abrigo tan caliente, y la roja luz de una vela hirió desagradablemente mis ojos adormilados.

—¡Haced el favor de levantaros! —oí que me decían.

Volví á cerrar los párpados, y echándome de nuevo encima el abrigo con un movimiento inconsciente, me dormí otra vez.

—¡Haced el favor de levantaros! —repitió Dimitri, sacudiéndome sin compasión por el hombro. —La columna va á ponerse en marcha.

Volví bruscamente á la realidad; me estremecí, y me puse inmediatamente en pie. Después de beberme á toda prisa un vaso de té, y de lavarme con agua helada, salí de la tienda y me dirigí al parque.

El tiempo estaba oscuro, nublado y frío. Las hogueras que acá y

allá brillaban en el campo, iluminaban el perfil de los soldados dormidos, y con sus trémulos y rojizos resplandores hacían aún más profunda la oscuridad. Muy cerca se oía un ruido sordo, acompasado y tranquilo; á lo lejos el del movimiento, rumores de conversaciones, choque de los fusiles de los soldados que se disponían á partir. Allí olía á humo, á niebla, á estiércol y á la resina de las teas. El frío de la mañana hacía correr un estremecimiento por las espaldas, y los dientes chocaban, á pesar mío, unos con otros. Unicamente por los resoplidos y por el piafar de los caballos se podía adivinar en aquella impenetrable oscuridad dónde estaban enganchados los furgones, y por los puntos luminosos de los botafuegos el sitio de las piezas de artillería.

Al grito de «¡Con Dios!» se puso en movimiento la primera. El furgón empezó á retumbar detrás de ella, y el pelotón se puso en marcha. Todos nos quitamos las gorras y nos persignamos. Al tomar sitio entre la infantería, el pelotón hizo alto y estuvo aguardando un cuarto de hora á que la columna estuviese dispuesta y á que se presentase el comandante.

—Pues nos falta un soldado, Nikolaï Petrovitch—me dijo acercándose á mí una sombra, en la que reconocí por la voz al oficial Maximov.

—¿Quién es?

—Vélentchuk. Le he visto pasar cuando estaban enganchando, y luego ha desaparecido.

Como no creíamos que la columna se pusiese inmediatamente en marcha, resolvimos enviar al sargento Antonov á buscar á Vélentchuk. A poco rato pasaron junto á nosotros, en medio de la oscuridad, algunos jinetes; era el comandante con su escolta.

En seguida se pusieron todos en movimiento. La cabeza de la columna empezó á marchar, y por último también nosotros. Ni Antonov ni Vélentchuk se hallaban presentes.

Pero apenas habíamos andado cien pasos, cuando los dos se nos incorporaron.

—¿Dónde estaba?—pregunté á Antonov.

—Durmiendo en el parque.

—¿Cómo? ¿Estaba borracho, ó qué?

—Nada de eso.

—Pues entonces, ¿cómo dormía?

—No sé.

Por espacio de tres horas seguimos caminando despacio, con el mismo silencio y en la misma oscuridad, por landas incultas y sin nieve y de arbustos pequeños que crujían bajo las ruedas de los cañones. Por fin, después de atravesar un

arroyo poco profundo, pero de corriente muy rápida, se dió orden de hacer alto. En la vanguardia se oyó el ruido seco de algunos tiros, que, como siempre, reanimó á todo el mundo. El destacamento pareció que despertaba, oyéndose en las filas conversaciones, risas y el ir y venir de los soldados, que se distraían luchando unos con otros, pateando, mascando una galleta ó haciendo ejercicio con el fusil para pasar el tiempo.

Entre tanto empezaba á blanquear la niebla hacia el Oriente. La humedad se iba dejando sentir más, y poco á poco se dibujaban entre las tinieblas de la noche los objetos que nos rodeaban. Yo podía distinguir ya las cureñas y los furgones pintados de verde, el cobre de los cañones cubiertos de una neblina gris, el cuadro familiar de los perfiles de mis soldados con sus caballos bayos, y las filas de los infantes con sus relucientes bayonetas y sus mochilas, sacatrapos y merenderas á la espalda.

Inmediatamente se dió orden de marcha, y á los pocos cientos de pasos se nos señaló el sitio donde habíamos de acampar.

A la derecha se distinguía la orilla escarpada de un arrroyo de curso sinuoso y las altas columnas de madera de un cementerio tártaro. A la izquierda y por el frente, una banda negra cortaba el horizonte.

Mis artilleros desengancharon el avantrén de sus piezas: la octava compañía, que cubría nuestra posición, colocó sus armas en pabellones, y un batallón, armado de fusiles y de hachas, penetró en el bosque.

No habían pasado cinco minutos, cuando por todas partes se vió el resplandor y el humo de las hogueras. Los soldados se diseminaron, activando la llama, arrastrando ramaje y troncos, y en el bosque se oyeron el incesante golpear de las hachas y la caída de los troncos.

Los artilleros, rivalizando en ardor con los infantes, encendieron también su hoguera, y aunque ardía tanto que no se podía uno acercar á dos pasos, aunque una negra y densa humareda se escapaba á través de las ramas cubiertas de escarcha, de las que corría el agua, haciendo chisporrotear la llama, y aunque por debajo se amontonaba la brasa, quedando todas las hierbas de alrededor abrasadas y blanquecinas, mis soldados, sin embargo, no estaban satisfechos, sino que arrastraban árboles enteros, arrojaban á la hoguera hierbas secas y la atizaban más y más.

Cuando me acerqué al fuego para encender un cigarrillo, Vélentchuk, ya de suyo muy inquieto, y que á

la sazón, como aguijoneado por el conocimiento de su falta, se movía más que los otros, sacó con la mano de en medio de la hoguera, en un acceso de celo, una brasa encendida, pasándola rápidamente de una palma en otra, para acabar por arrojarla la suelo.

—Enciende una rama y dásela—dijo un soldado.

—Dadme un bota fuego, hermanos—dijo otro.

Cuando por fin hube encendido mi cigarro, sin auxilio de Vélentchuk, que estaba trabajando otra vez por coger un carbón con la mano, se frotó con el faldón del abrigo los dedos quemados, y sin duda por hacer algo, cogió un pesado tronco y le arrojó á la hoguera; cuando creyó llegado el momento de descansar, se acercó al sitio de más llama, se desabrochó el abrigo, separó las piernas, extendió sus grandes manos negras, y mordiéndose los labios por un lado, cerró los ojos.

—¡Ay! ¡se me ha olvidado la pipa! ¡Qué fastidio, hermanitos!—dijo después de corta pausa, y sin dirigirse á nadie en particular.

II

En Rusia se encuentran tres tipos militares primordiales, á que pueden referirse todos los soldados de todas las armas; los del Cáucaso, los de infantería, la guardia, la caballería, etc.

Estos tipos principales, con muchas subdivisiones, son los siguientes:

1.° Los *sumisos*.
2.° Los *dominantes*.
3.° Los *desbravadores*.

Los primeros se dividen en *sumisos* tranquilos y *sumisos* inquietos.

Los segundos se dividen en *dominantes* severos y *dominantes* políticos.

Los últimos se dividen en *desbravadores* divertidos y *desbravadores* propiamente dichos.

El tipo que con más frecuencia se encuentra, el más seductor, el más simpático, el que reune las más hermosas virtudes del cristiano, dulzura, piedad, paciencia, resignación con la voluntad divina, es el *sumiso*. El rasgo distintivo del tranquilo es una calma inalterable, junta con un profundo desprecio hacia los reveses del destino; el del *sumiso* que bebe, una dulce inclinación á la poesía y al sentimiento, y el del *sumiso* inquieto, un entendimiento limitado, con un celo sin objeto.

Los *dominantes* severos abundan especialmente entre las clases. Es un tipo muy noble, enérgico, aman-

te de la guerra y no desprovisto de tendencias poéticas. A él pertenecía el sargento Antonov. La segunda subdivisión comprende los *dominantes* políticos, que desde hace algún tiempo se multiplican. Este tipo es siempre elocuente, sabe leer, lleva camisa color de rosa, no come del rancho; fuma á veces tabaco superior, se considera como muy por cima del simple soldado, y rara vez es bueno como el *dominante* de la primera categoría.

El tipo del *desbravador*, como el del *dominante*, es bueno en la primera categoría, que se distingue por una alegría contínua, grandes aptitudes para todo y temperamento exuberante, y terriblemente malo en la segunda, la de los *desbravadores* calaveras; pero hay que decirlo en honra del ejército ruso; estos últimos son muy raros, y la gran masa de los soldados se aparta de ellos. Ausencia de toda fe, osadía para el vicio, es lo que les caracteriza.

Vélentchuk pertenecía á la categoría de los *sumisos* inquietos. Natural de la Ukrania, y con quince años de servicio, ni su facha ni habilidad podían recomendarle; pero era bueno y franco, lleno de celo, aunque las más veces inoportuno, y por demás honrado. He dicho por demás honrado: el año anterior tuvo ocasión de demostrar esta cualidad característica.

Hay que advertir que cada soldado sabe un oficio. Los más comunes, entre ellos, son el de sastre y el de zapatero. Vélentchuk había aprendido sólo el primero, y á juzgar por el hecho de que el sargento Mikhaïl Dorofeïtch le hacía algunos encargos, hasta parece que había adquirido cierta habilidad.

El año antes, pues, Mikhaïl Dorofeïtch le había encargado que le hiciese un capote de paño fino. Pero habiendo cortado aquella misma noche el paño y puéstosele en la tienda por almohada, le sucedió una desgracia, y fué que se lo robaron y valía siete rublos. Vélentchuk, con lágrimas en los ojos, con los labios pálidos y temblorosos, trabajando por retener los sollozos, refirió al sargento lo que le había pasado. Este se incomodó, y en el primer momento de enojo amenazó al sastre; pero después, como hombre de buen fondo y de posición desahogada, ni se cuidó de la pérdida, ni exigió el precio del paño. Apesar de todos los esfuerzos de Vélentchuk y de las lágrimas que derramaba al referir su desgracia, el ladrón no se encontró. Grandes sospechas recaían sobre un perdido *desbravador* que dormía en la misma tienda de Vélentchuk; pero no se encontraron pruebas positivas.

El *dominante* político, Mikaïl Dorofeïtch, que se hallaba en muy buena posición á causa de los negocillos que trataba con el capitán de armas y con el furriel, los aristócratas de la batería, olvidó pronto su capote por completo; pero á Vélentchuk no se le olvidaba. Los soldados decían que en aquel pronto habían temido que hiciera alguna trastada, ó desertado á la montaña, según lo que le había impresionado el lance; porque no comía ni bebía, no podía siquiera trabajar, y lloraba sin tregua.

Tres días después se presentó á Mikhaïl Doroféïtch, muy pálido, sacó de la vuelta de la manga una moneda de oro, y le dijo sollozando:

—Por todos los santos, Mikhaïl Doroféïtch, éste es mi último dinero, y aun así he tenido que pedírselo prestado á Idanov. Os debo dos rublos, que os entregaré, bajo mi palabra, en cuanto los gane. El, (quién era aquel *él*, no lo sabía aún Vélentchuk); *él* me ha hecho pasar por un miserable á vuestros ojos; *él*, alma ruin y asquerosa, ha robado la última fortuna de un soldado, de un hermano, que hace quince años que está en el servicio...

Hay que decir, en honra de Mikaïl Dorofeïtch, que se negó á tomar los dos rublos que Vélentchuk le llevó dos meses después.

III

En derredor del fuego estaban calentándose, á más de Vélentchuk, otros cinco soldados de mi pelotón.

En el mejor sitio, al abrigo del viento, estaba sentado el sargento Maximov, fumando en su pipa. La actitud, las miradas, todos los movimientos de aquel hombre revelaban el hábito del mando y la conciencia de su propia dignidad.

Al acercarme á él, volvió hacia mí la cabeza; pero su mirada quedó fija en la hoguera, no siguiendo hasta mucho más tarde el movimiento de la cabeza. Entonces me miró.

Maximov, hijo de un aldeano acomodado, tenía algún dinero, había seguido los cursos del regimiento, adquirido bastantes conocimientos y ganado un grado. «Tiene muchísimo y sabe muchísimo», decían de él los soldados.

Me acuerdo que una vez, en el ejercicio de tiro inmergente, explicaba á los soldados que le rodeaban, que el nivel no es otra cosa que... *proviene* de que el mercurio atmosférico tiene su movimiento... En suma, Maximov no era un bestia, ni mucho menos; conocía bien su oficio; pero tenía la desdicha de

hablar, como si lo hiciese adrede, de modo que no se le entendiese, y estoy seguro que ni él mismo entendía lo que hablaba. Tenía singular predilección por las palabras «provenir» y «continuar», y en cuanto le ocurría decir «esto proviene»... ó «continuando»... ya sabía yo que no se comprendería una sola palabra de cuanto iba á pronunciar. Por el contrario, á los soldados, según pude observarlo, les gustaba oir aquel «proviene» que sospechaban encerraba un sentido profundo, por más que les pasase lo que á mí, que no entendía jota. Pero aquella falta de comprensión la achacaban ellos á torpeza propia y cedía en mayor prestigio suyo. En una palabra, Maximov era un *dominante* político.

El segundo soldado, que se disponía á arreglarse los pies musculosos y amoratados, era Antonov, aquel artillero Antonov que el año 18..., habiéndose quedado con otros dos camaradas al pie de un cañón, sin socorro de nadie, se replegó disparando ante un enemigo numeroso, y continuó cargando, á pesar de haber recibido dos balazos en el muslo.

Los soldados decían que, á no ser por su carácter, ya haría mucho tiempo que hubiera ascendido á sargento. Y en efecto: tenía un genio particular; cuando no estaba borracho, nadie más pacífico, más amable ni más ordenado que él; pero cuando había bebido, era otro hombre: ya no reconocía superior; andaba á golpes con todo el mundo; armaba escándalo, y no se podía hacer carrera de él. Sin ir más lejos, ocho días antes se había emborrachado durante la semana del carnaval, y á pesar de ruegos y amenazas, á pesar del afecto que profesaba á su cañón, estuvo bebiendo sin tino hasta el primer lunes de cuaresma; y luego, durante toda ella, á pesar de la orden de comer de carne, se estuvo alimentando sólo con galletas, rechazando en la primera semana hasta la ración de aguardiente.

Por lo demás, había que ver á aquel hombre, de baja estatura, con sus piernecillas arqueadas y su hociquillo bigotudo y reluciente, cuando, ya borracho, cogía en sus manos una balalaïka, y mirando indiferentemente en derredor, tocaba la *barinda* (1); ó cuando, echándose al hombro con desgaire el capote de que iban colgando las condecoraciones, atravesaba las calles con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Había que ver su desdén de artillero para todo aquello que no pertenecía á la artillería: cosacos, pandurs, etc., para com-

(1) Canción popular.

prender que le parecía imposible no batirse con ellos. Y se batía, no tanto por darse ese gustazo, como por sostener el honor militar de que se sentía mantenedor.

El tercer soldado que estaba en cuclillas ante el fuego, con un pendiente en la oreja, bigotes crespos y una pipa de porcelana entre los dientes, era el ordenanza de caballería Tchikin. Tchikin, el gracioso mozo, como le llamaban los soldados, era un diablillo. Así helase terriblemente ó tuviera que meterse en el fango hasta las rodillas, ó quedarse dos días sin comer, en campaña, en la revista, en el ejercicio, el gracioso mozo, siempre y en todas partes hacía reir con sus gestos y contorsiones, agitándose de tál modo, que hacía reventar á todos de risa. Lo mismo en las paradas que en el campamento, siempre se formaba un corro de soldados jóvenes alrededor de Tchikin; jugaba con ellos á las cartas; les contaba algún chascarrillo de soldado astuto ó de milord inglés; remedaba á los tártaros ó á los alemanes, ó hacía simplemente observaciones que provocaban la hilaridad general. Verdad es que su reputación de gracioso, hasta tal punto estaba acreditada en su batería, que no tenía más que abrir la boca y guiñar el ojo para que todo el mundo soltase la carcajada. Y en efecto: en él brotaba lo cómico inesperadamente. En todas las cosas sabía él ver algún detalle en que otro ni siquiera hubiera reparado; y aquella facultad de ver en todo el lado ridículo resistía á todas las pruebas.

El cuarto soldado era un chico de aspecto bastante mezquino, un recluta de la última quinta que entraba por primera vez en campaña. Estaba de pie, en medio de la humareda, y tan cerca de la lumbre, que parecía que iba á quemársele su gastado abrigo; pero á pesar de todo, los faldones de éste, muy abiertos, su actitud tranquila y satisfecha y sus pantorrillas salientes, demostraban que sentía gran gusto en calentarse.

Por último, el quinto soldado, algo distante del fuego, y entretenido en cortar un palo, era el tío Jdanov, el más viejo de la batería. Había conocido á los demás soldados desde su entrada en el regimiento, y todos, por antigua costumbre, le llamaban «mi tío». Se decía que no bebía ni fumaba jamás, que no tocaba las cartas y que no echaba juramentos. Todos los ratos que le dejaba libres el servicio los dedicaba al oficio de zapatero. Los días de fiesta iba á las iglesias, cuando las había, y cuando no, encendía una vela de un kopek delante de una imágen y abría su libro de salmos, el único en que

sabía leer. Mantenía pocas relaciones con los soldados; friamente respetuoso para con aquellos que, más jóvenes que él, eran superiores en grado, tenía pocas ocasiones, no frecuentando la taberna, de tratar á sus iguales; pero profesaba especial afecto á los reclutas: los protegía en todas ocasiones, los aconsejaba y los ayudaba. Todos, en la batería, le tenían por un capitalista, porque poseía veinticinco rublos que prestaba con mucho gusto á los soldados verdaderamente necesitados.

Aquel mismo Maximov, hoy sargento, me refería que diez años antes, cuando llegó al cuerpo y cuando se había bebido sus cuartos con los otros soldados borrachines, Jdanov, observando su angustia, le llamó, le reprendió agriamente su conducta, llegó hasta á pegarle, le enseñó cómo debe vivir un soldado y le despidió con una camisa (la única que tenía Maximov) y cincuenta kopeks en plata.

« ¡Ha hecho de mí un hombre!» decía con frecuencia Maximov, refiriéndose á él, con una expresión de respeto y de reconocimiento.

El era también el que había socorrido á Vélentchuk, uno de sus protegidos, cuando le ocurrió el robo del abrigo, y á otros muchos además durante sus veinticinco años de servicio.

En el cuerpo no hubiera podido encontrarse soldado más valiente ni que mejor supiese su oficio; pero era excesivamente modesto, y se mantenía demasiado á la sombra para ser ascendido á sargento, á pesar de llevar ya quince años de bombardero. El único goce, la única pasión de Jdanov, eran las canciones. Había algunas por las que tenía singular predilección, viéndosele reunir en derredor suyo un corro de cantantes, escogidos entre los soldados jóvenes, y aunque no sabía cantar, permanecía entre ellos largo rato, con las manos en los bolsillos, los párpados cerrados y expresando su complacencia por los movimientos de cabeza y las arrugas de sus mejillas. No sé por qué siempre he encontrado una expresión singular á ese arrugar las mejillas, que he observado en otras personas, además de Jdanov.

La cabeza, completamente blanca, los negros bigotes bien alisados y el rostro curtido y arrugado, le daban á primera vista un aspecto severo y grave; pero examinando más de cerca sus ojos redondos, sobre todo cuando se sonreía, porque en sus labios jamás se veía la risa, chocaba en él algo dulce y casi infantil.

IV

—¡Demonio! ¡Pues se me ha olvidado la pipa! ¡Qué fastidio, hermanos!—repitió Vélentchuk.

—¿Por qué no fumas una cigharka (1), lindo muchacho?—dijo Tchikin mordiéndose el ángulo de los labios y guiñando el ojo.—Yo no fumo otra cosa en casa. Es mucho más dulce.

No hay que decir que todos soltaron la carcajada.

—¿Y por qué se te ha olvidado la pipa?—dijo Maximov sin cuidarse de la hilaridad general y con aires de superior, sacudiendo contra la palma de la mano la pipa para que cayera la ceniza.—¿Dónde diablos has ido á meterte, Vélentchuk?

Este dió media vuelta hacia él, y levantó la mano á la altura de la gorra; pero en seguida la volvió á dejar caer.

—¿Sin duda no has dormido bastante ayer, para dormirte de pie? Pues no hay de qué alabarse.

—Hazme trizas aquí mismo, Fedor Maximovitch, si en mi boca ha entrado una sola gota. Pero ni yo mismo sé cómo ha sucedido esto—contestó Vélentchuk.

—¿A qué santo había yo de haber bebido?—murmuró él.

—Está bien; pero es que hay que responder de vosotros á los jefes, ¡y mira cómo os portáis vosotros! ¡Es una porquería!—acabó por decir el elocuente Maximov con tono ya más dulce.

—Es un milagro, hermanos—siguió diciendo Vélentchuk después de un minuto de silencio, rascándose la nuca y sin dirigirse á nadie en particular.—Palabra de honor, ¡qué es un milagro! En los diez y seis años que llevo en el servicio, es la primera vez que me sucede. Cuando tocaron á pasar lista, estaba yo dispuesto, sin sentir cosa alguna; pero de repente, junto al parque, me agarra *ella*... me agarra, me tira al suelo, y pare V. de contar... Cómo me dormí, es lo que yo no sé, hermanitos. Sin duda fué la modorra, acabó diciendo.

—Lo que es á mí, buen trabajo me costó dispertarte—dijo Antonov mientras se ponía una bota.—Empuja que te empuja, como á un leño.

—Vamos, ¿lo ves?—dijo Vélentchuk.—Yo lo comprendería si hubiera estado borracho...

—Así teníamos en mi casa una moza—dijo Tchikin.—Creo que se pasó sus dos años al lado de la lum-

(1) Palabra compuesta en que parece va unida la idea de azúcar á la de cigarro.

bre. Pues un día, al ir á dispertarla, creyendo que dormía, la encontramos muerta. Era una de esas modorras la que tenía. Y eso es lo que pasa, guapo chico.

—Vaya, Tchikin, cuéntanos cómo te las echabas de hombre de pro durante tu licencia—dijo Maximov sonriendo y mirándome de soslayo como si quisiera preguntar: «¿Quiere V. oir á este tonto?»

—¿Cómo, Maximov?—dijo el interpelado mirándome rápidamente con el rabo del ojo;—pues bien sabido es. Contaba lo que es el Cáucaso.

—Sí, sí... Pero ¿cómo? No hagas dengues. Dinos cómo *mandabas*.

—Pues bien sabido es cómo mandaba... Me preguntaban cómo vivíamos—empezó á decir Tchikin en tono rápido como el de quien ha referido ya varias veces la misma cosa.—Entonces decía yo que vivíamos bien, guapo muchacho. Recibíamos los víveres que nos hacían falta; por mañana y noche una taza de chocolate á cada soldado; á la comida, una sopa de señor, de cebada perlada; y en lugar de aguardiente, Madera, Madera Duverrier... sin casco.

—¡Famoso Madera!—exclamó en voz más fuerte que los demás Vélentchuk, echándose á reir.—¡Ese si que es excelente Madera!

—Bueno, y de los asiáticos ¿qué contabas?—siguió diciendo Maximov, cuando la hilaridad general se calmó algún tanto.

Tchikin se bajó, cogió de la hoguera, con una astilla, una brasa que colocó en la pipa, y silenciosamente, y sin demostrar que notaba la atención y la curiosidad de sus oyentes, aspiró durante largo rato. Por fin, cuando hubo tragado bastante humo, dejó caer la brasa y se echó más atrás el gorro, se desperezó y continuó con ligera sonrisa:

—También preguntan y dicen: «¿Cómo son los Tcherkesses allá?» Otras veces me dicen: «¿Es el turco con el que peleáis en el Cáucaso?» Entonces contesto yo: «Entre nosotros, el tcherkess, guapo muchacho, no tiene más que un aspecto. Los hay de diversos tipos. Así, hay Tavlintsi que viven en montañas de piedra y comen cantos en lugar de pan. Otros son muy altos, les digo yo, como vigas; no tienen más que un ojo en la frente y gorros colorados que parece que están encendidos.» Como tú, verbi gracia, guapo chico—añadió dirigiéndose á un joven recluta que llevaba en efecto un ridículo gorrillo de casquete encarnado.

Al verse tan bruscamente interpelado, el joven soldado se retorció hasta el suelo, y luego, golpeándose las rodillas con las manos, se echó á reir de tal modo y le aco-

metió tal tos, que apenas pudo pronunciar con voz sofocada:

—¡Esos son Taulintsi!

—«También hay allí Mumri», les decía yo—continuó refiriendo Tchikin, echándose de un manotazo el gorro sobre la frente.—«Esos son mellizos, así de altos: andan siempre en parejas, cogiditos de la mano, y corren tanto, que un hombre á caballo no puede cogerlos.»

—«Y entonces, mocito, me dicen, ¿cómo es que esos Mumri... es que nacen así, cogiditos de la mano, ó qué?»—decía Tchikin en voz baja imitando la de los mujiks.—«Sí, contestaba yo, guapo mozo, son así de nacimiento. Si les desgarras las manos, sucede como cuando le arrancan á un chino el gorro, que salta sangre.»—«Y díme, mocito, ¿cómo se baten?» me dice.—«Pues vas á ver cómo, le contestaba yo.» «Si te cogen, te abren el vientre, te sacan las tripas y se las van arrollando al brazo. Ellos arrollando, arrollando, y tú riendo, riendo, tanto te ries, que te las guillas.»

—¿Y qué, te creían, Tchikin?—preguntó Maximov con ligera sonrisa, mientras los otros se hartaban de reir.

—De veras, son tan tunantes, Maximov, que creen toda clase de bolas ¡canasto! todo lo que les cuentas. Pero cuando empecé á hablarles de la montaña Kazbek, diciéndoles que allí la nieve no se derrite en todo el verano, entonces se burlaron de mí, guapo chico. «Oye tú, mocito, ¿qué cuento nos estás ahí relatando? ¿Dónde se ha visto una gran montaña en que la nieve no se derrita? En nuestra tierra, mocito, cuando se derrite la nieve, empieza por las alturas, y en los valles dura más tiempo...»—¿Qué se le ha de hacer?—dijo Tchikin guiñando el ojo.

V

El disco brillante del sol que se divisaba á través de una neblina de un blanco lechoso, estaba ya bastante alto en el cielo. El horizonte, de color de lila oscuro, iba ensanchándose poco á poco, aunque limitado siempre por el blanco muro de la niebla. Delante de nosotros, y al otro lado de los claros del bosque, se extendía una llanura bastante dilatada: á lo lejos se ensanchaba más y más, ya negro, ya blanco ó de color de lila, el humo de las numerosas hogueras, y en las pizarrosas capas de nieblas se veían agitarse extrañas sombras. Más lejos todavía se veían á veces grupos de tártaros á caballo, y de cuando en cuando se oían las detonaciones de

nuestras carabinas y de nuestros cañones.

—Todavía no es la batalla; no es más que una diversión—decía el buen capitán Khlopov.

El comandante de la 9.ª compañía de cazadores, encargada de protejernos, se acercó á las piezas, y señalando á tres jinetes tártaros que en aquel momento pasaban por la orilla del bosque á menos de 600 sagenas de nosotros, me dijo, con ese afecto particular de los oficiales de infantería hacia los artilleros, que les lanzase una granada ó una bomba.

—Mirad—dijo con sonrisa persuasiva y bondadosa, extendiendo la mano por cima de mi hombro—allí donde hay dos grandes árboles. El que va delante lleva uniforme negro de tcherkess, y detrás de él van otros dos. ¿Los veis? Decid, ¿no sería posible?...

—Y allí hay otros tres que recorren la línea del bosque—añadió Antonov, que tenía excelente vista.

Y acercándose á nosotros, ocultando la pipa á la espalda, añadió:

—Ahora saca el primero la carabina de la funda. Le veo perfectamente, Vuestra Nobleza.

—Mirad cómo ha tirado, hermanos; todavía se ve el humo blanquecino—dijo Vélentchuk en un grupo de soldados que se mantenían algo apartados.

—¡Ah, zarramplín! ¡está tirando á nuestros puestos avanzados!—dijo otro.

—¿Ves como ha salido del bosque? Están buscando un sitio, sin duda para establecer una batería—añadió un tercero.

—¡Si se lanzara una granadita al montón, habían de escupir más que de paso!

—¿Y crees tú que esto llega hasta allí, lindo mozo?—preguntó Tchikin.

—Deben estar á quinientas ó quinientas veinte sagenas á lo más—dijo Maximov friamente y como si hablase consigo mismo, por más que se conociese que, como los otros, rabiaba por tirar... Levantando el obús cuarenta y cinco líneas se podía dar en medio en medio.

—¿Y sabéis vosotros si, apuntando al montón, se tocaría á alguno? Mirad, acaban de agruparse. Quizá se debería tirar ahora—decía el insinuante jefe de cazadores.

—¿Dais orden de apuntar la pieza?—preguntó con voz de bajo, resueltamente y con cierto enojo el cabo Antonov.

Confieso que yo no deseaba otra cosa, y así dí orden de apuntar.

Apenas había hablado, cuando ya estaba dispuesta una granada, y Antonov, apoyado en la gualdera,

y con la mano en el cubrenuca, mandaba la maniobra de la cureña.

—Una miajita á la izquierda... Un si es no es á la derecha... Más, otro poquito... ¡Ajajá!—dijo con cierto orgullo, apartándose del obús.

El oficial de cazadores, yo y Maximov, unos tras otros, aplicamos el ojo á la mira, y todos fuimos de opinión distinta.

—¡Por San Pedro, que va á pasar por encima!—dijo Vélentchuk castañeteando la lengua, por más que, habiendo mirado sólo por cima del hombro de Antonov, no tenía, por consiguiente, base alguna de apreciación. ¡Po...o...o...r San Pedro, que va á dar derechita al árbol, hermanos!

—¡Fuego!—dije yo.

Los artilleros se apartaron, y Antonov se retiró á un lado para ver la dirección de la granada. Ardió la mecha y retumbó el disparo. En seguida nos vimos envueltos en una humareda de pólvora, y entre el formidable estruendo de la detonación se percibió un zumbido metálico, que se iba alejando con la velocidad del rayo, yendo á perderse en lontananza en medio del silencio general.

Algo detrás del grupo de los jinetes se vió un humo blanquecino; los tártaros se diseminaron, y el estruendo de la detonación llegó hasta nosotros.

—¡Está muy bien! ¡Mira cómo escapan! ¿Ves tú? No les gusta eso á esos diablillos—decían en las filas de los artilleros y de los cazadores.

—Si se hubiera apuntado algo más bajo, se da en mitad del grupo—dijo Vélentchuk.—Ya lo decía yo que iba á pegar en el árbol. Y ahí tienes, así ha sido. Cayó á la derecha.

VI

Dejando á los soldados comentar la fuga de los tártaros á la vista de la granada, los motivos de su aparición y el número probable de los que habría en el bosque, me alejé algunos pasos con el comandante de cazadores y me senté bajo un árbol, esperando que se calentase el guisado que me había ofrecido.

El comandante Bolkhov era uno de esos oficiales á quien llamaban en el regimiento *bonjourols* (1). Estaba bien acomodado, había servido en la Guardia y hablaba francés. A pesar de esto, sus camaradas le querían. Tenía inteligencia y

(1) Palabra derivada de la francesa *bonjour*, y con la que se designaba á los oficiales de salón.

tacto; llevaba un gabán hecho en San Petersburgo; sabía portarse bien en un convite y hablar francés sin ofender demasiado el amor propio de sus camaradas.

Después de haber hablado del tiempo, del servicio y de amigos comunes; después de comunicarnos mutuamente nuestra manera de ver las cosas, llegamos á una conversación más íntima. En el Cáucaso, cuando dos oficiales de la misma clase social se encuentran, la primera pregunta que se presenta á su imaginación es la siguiente: «¿Por qué estáis aquí?» A esta pregunta tácita es á la que mi interlocutor parecía querer responder.

—¿Y cuándo se acabará esta campaña?—me dijo con tono lánguido.—Yo me aburro.

—Yo no—respondí.—Más se aburre uno de guarnición.

—¡Oh, sí, de guarnición, diez mil veces más!—dijo con tono irritado. —No, ¿cuándo acabará todo esto?

—¿Qué es lo que queréis que acabe?—pregunté yo.

—¡Todo, absolutamente todo!... Y qué, Nicolaïev, ¿está pronto el guisado?—añadió.

—¿Y por qué habéis venido á servir al Cáucaso, si os disgusta tanto?

—¿Sabéis por qué?—contestó con decisión y franqueza.—Por tradición. No ignoráis que en Rusia existe una extraña tradición sobre el Cáucaso, especie de tierra de promisión para todo el que ha tenido desgracias.

—Sí, y casi es verdad; la mayor parte de nosotros...

—Pero—dijo él interrumpiéndome—oid lo más curioso. Todos aquellos á quien la tradición arroja al Cáucaso, nos vemos chasqueados en nuestros planes; y, francamente, no veo la razón de que por un amor sin esperanza ó por pérdidas de fortuna, haya que venir al Cáucaso, con preferencia á Kazán ó á Kaluga. En Rusia se figuran que el Cáucaso es una región grandiosa, con nieves vírgenes y eternas, torrentes furiosos, puñales, albornoces y hermosas tcherkessas. Todo eso parece imponente; pero, en el fondo, le falta encanto. Con sólo que se supiese que jamás vamos á los ventisqueros vírgenes, que aquí no hay nada que sea muy divertido y que el Cáucaso es sencillamente un país dividido en provincias, la de Stavropol, la de Tiflis, etc...

—Sí—dije yo riéndome—en Rusia nos figuramos todos el Cáucaso de muy diferente modo que aquí. ¿Nunca habéis observado que cuando se leen versos en un idioma que nos es poco familiar, le parecen á uno más hermosos de lo que realmente son?

—No sé—dijo él—pero lo que es el Cáucaso, me revienta.

—Pues bien, ¡no! A mí el Cáucaso me parece bueno, pero de otro modo...

—Posible es que sea bueno—replicó él con una especie de irritación. Lo que yo sé es que aquí, en el Cáucaso, ni yo mismo me reconozco bueno.

—¿Y por qué?—pregunté yo por decir algo.

—En primer lugar, porque me ha dado chasco. Todo cuanto traje al Cáucaso para curarme de ello, conmigo lo llevo; con la diferencia de que antes todo se hacía en gran escala, mientras que hoy se hace en escala reducida y ruin, en cada escalón de la cual encuentro millones de pequeñas miserias, afrentas y bajezas... Después, porque conozco que decaigo moralmente cada día más y más; me siento, sobre todo, incapaz de hacer frente al servicio de aquí; no puedo afrontar el peligro... No soy valiente, en una palabra...

Detúvose y me miró muy serio.

Por más que aquella espontánea confesión me sorprendiese mucho, no respondí nada, como evidentemente esperaba mi compañero; pero aguardé que explicase sus palabras, como sucede siempre en tales casos.

—Hoy—siguió diciendo—entro en fuego por primera vez, y no podéis figuraros en qué estado me encontraba ayer. Cuando el sargento primero me comunicó el aviso de que mi compañía formaba parte de la columna, me puse blanco como un papel y la emoción no me dejó proferir una palabra. ¡Si supiéseis qué noche he pasado! Si fuese verdad que el miedo hace encanecer el cabello, el mío debía estar enteramente blanco. Es muy probable que ningún condenado á muerte sufra en la última noche lo que yo he sufrido en la pasada. Todavía en este instante, aunque me siento algo mejor que anoche, pasa algo aquí dentro—añadió señalando al pecho. Lo que es ridículo—siguió diciendo—es que apesar del terrible drama que aquí se representa, se coma guisado con cebolla y se asegure que se divierte uno muchísimo... ¿Hay vino, Nikolaïev?—dijo bostezando.

—*El* es, hermanos—se oyó decir en aquel instante á un soldado con acento entusiasta.

Todas las miradas se dirigieron hacia la linde del bosque.

A lo lejos, extendida y empujada por el viento, se levantaba una columna azulada de humo. Cuando comprendí que era un cañonazo que el enemigo nos había disparado, todo lo que se hallaba al alcance de mi vista adquirió de pronto un carácter de grandiosidad nueva; y los fusiles en pabellones, el

humo de las hogueras, el azul del cielo, el verde de la cureña, el rostro curtido y bigotudo de Nikolaïev, todo me parecía decir que la bala, que ya había salido de la humareda y volaba en aquel momento por el espacio, iba tal vez á dar en mi pecho.

—¿Dónde habéis comprado este vino? — pregunté con indiferencia á Bolkhov, mientras que en el fondo de mi alma hablaban distintamente con fuerza igual estas dos voces: «Señor, recibe mi alma en tu seno de paz». «Espero que no me bajaré y que me estaré sonriendo mientras pase la bala.» —Y en el mismo instante silbó por cima de mi cabeza algo terriblemente desagradable, y la bala vino á dar á dos pasos de nosotros.

—Ahí tenéis, si fuese Napoleón ó Federico el Grande—dijo en aquel momento Bolkhov volviéndose hacia mí con una sangre fría completa—hubiera yo dicho seguramente alguna linda frase.

—Pues si acabáis de decir una—contesté yo, disimulando á duras penas la turbación que me había producido el peligro pasado.

—¿Y qué importa lo que he dicho? Nadie ha de notarlo.

—Pues sí, yo lo notaré.

—Bien, pero si lo notáis, será para criticarlo, como dice Mistchenkov—añadió sonriendo.

—¡Puf! ¡El maldito! — dijo detrás de nosotros Antonov, escupiendo de lado con mal humor. — Un poco más y me desuella las piernas.

Todos mis esfuerzos por afectar sangre fría, y todas nuestras frases de mando me parecieron insoportablemente estúpidas después de aquella sincera exclamación.

VII

El enemigo, en efecto, había emplazado su batería en el sitio reconocido por sus jinetes tártaros, y á cada veinte ó treinta minutos lanzaba una granada contra nuestros gastadores. Dióse orden de que mi batería avanzase por el claro del bosque y contestara al fuego enemigo. Allá abajo, en el lindero de aspiél, se veía una ligera columna de humo, se oía una detonación, un silbido, y la granada caía delante ó detrás de nosotros. Por suerte, el enemigo hacía mal la puntería, y no teníamos que lamentar bajas.

Los artilleros, como siempre, se portaban arrogantemente. Cargaban á escape, apuntaban con cuidado hacia el lado del humo y bro-

meaban tranquilamente unos con otros. Los cazadores encargados de protejernos, inmóviles y silenciosos, aguardaban su vez tendidos en tierra. Los gastadores continuaban su tarea, y los hachazos resonaban en el bosque cada vez con más fuerza y más frecuencia. Sólo cuando silbaba una granada se callaban todos de repente, y en medio del silencio se oían voces llenas de inquietud, que gritaban:

—¡Cuidado, muchachos!

Entonces todas las miradas se volvían hacia la bala, que rebotaba contra las hogueras y las ramas cortadas.

La niebla estaba alta, y tomando la forma de nubes, se disipaba poco á poco en el azul oscuro del cielo. El sol, libre de velos, resplandecía alegremente, reflejado por el acero de las bayonetas, el cobre de los cañones, el suelo en que se derretía el hielo y las pajitas de la escarcha. En el aire se sentía el fresco helado de la mañana, al mismo tiempo que el tibio ambiente del sol de primavera; multitud de colores y de sombras diferentes se mezclaban entre las hojas secas del bosque. Sobre el camino, luminoso, aparecían claramente huellas de las ruedas y de las herraduras de los caballos.

Los movimientos de la tropa iban siendo más y más vivos. Por todos lados se elevaban, cada vez más frecuentes, las humaredas azuladas de las descargas.

Los dragones, con cintas en las lanzas, avanzaban impetuosamente. En las filas se oían las voces de mando, y el convoy de carretas, cargadas de maderas, se iba formando en la retaguardia. El General se acercó á nuestra batería y dió la orden de retirada.

El enemigo, escondiéndose tras los arbustos, á nuestro flanco izquierdo, empezó á hostigarnos con su fusilería. De la izquierda del bosque una bala vino silbando y fué á dar en una cureña, luego en otra y después en otra. Nuestros soldados, que estaban tendidos en tierra junto á nosotros, se levantaron ruidosamente, cogieron sus fusiles y entraron en acción.

El fuego de fusilería aumentaba y las balas volaban por todas partes. La retirada empezó, es decir, la verdadera batalla, como sucede siempre en el Cáucaso.

Claramente se veía que á los artilleros les hacían tan poca gracia las balas, como antes las granadas á los soldados de infantería. Antonov se incomodaba; Tchikin imitaba, burlándose, el silbido de las balas; pero se conocía bien que no le hacían maldita la gracia. De una decía: «¡Buena prisa lleva esa!» A otra la llamaba «una abeja»; y

á otra que pasó lentamente por cima de nosotros, con cierto gemido lastimero, la calificó de «huérfana», lo que provocó una hilaridad general.

El joven recluta, todavía novicio, inclinaba la cabeza hacia un lado á cada bala que silbaba, doblando el cuello, lo cual hizo reir á los soldados, que le decían: «La conoces ¿eh? cuando la saludas.»

Vélentchuk mismo, de ordinario tan indiferente al peligro, experimentaba cierto malestar, y no ocultaba su irritación porque no lanzábamos granadas hacia donde venían las balas.

—¿Y por qué nos han de fusilar así impunemente? Si volviéramos hacia *él* la boca de un obús y le administrásemos una buena dosis de metralla ¡á buen seguro que se callaría!—repetía una y otra vez con voz enojada.

En efecto, era tiempo de contestar. Dí orden de que lanzasen la última granada, y luego que cargasen con metralla.

—¡Metralla!—gritó en medio de la humarada Antonov con tono resuelto, acercándose á la pieza con el escobillón enseguida que disparó la granada.

En aquel momento oí detrás de mí, y muy cerca, el zumbido de una bala, interrumpido de repente por un golpe seco, y se me apretó el corazón.

«Me parece que uno de los nuestros acaba de ser herido», pensé yo.

Pero al mismo tiempo, bajo el influjo de un sentimiento penoso, me daba miedo volver la cabeza. En efecto, inmediatamente después del ruido seco, oí la caída pesada de un cuerpo y el «¡ay!» de un herido.

—Me ha dado, hermanos—dijo trabajosamente una voz que yo reconocí.

Era Vélentchuk, que yacía boca arriba entre el avantrén y el cañón. Su saco estaba vuelto de lado; corría la sangre de su frente, y por el ojo derecho y por la nariz iba deslizándose un reguero rojo y espeso. Le habían herido en el vientre; pero en tal sitio se veía poca sangre, y al caer se había lastimado la frente contra un tronco.

Yo no observé todo aquello hasta mucho después. En el primer momento sólo distinguí una masa confusa, y, á lo que me pareció, mucha sangre.

Ninguno de los artilleros que cargaban la pieza pronunció una sola palabra. Únicamente el joven recluta murmuró algo así como: «¿Ves? ¡Hasta sangre!» mientras que Antonov ahogaba un «¡hum!» de cólera. Todo revelaba, sin embargo, que el pensamiento de la muerte se presentaba á la imaginación de todos.

Redoblaba la actividad; el cañón estuvo cargado en un abrir y cerrar de ojos, y el soldado que traía la metralla venía rodeando el sitio en que el herido seguía quejándose.

VIII

Todo el que ha tomado parte en un encuentro ha experimentado sin duda ese extraño sentimiento de disgusto, poco lógico, pero muy poderoso, respecto al sitio en que alguno ha sido muerto ó herido. Ese sentimiento dominó á mis soldados cuando hubo que levantar é Vélentchuk y transportarle en una carreta que acababa de llegar.

Jdanov se aproximó de mala gana al herido, á pesar de sus lamentos, cada vez mayores, y le levantó por los sobacos.

—¿Qué hacéis ahí sin moveros? Levantad—les dijo.

Diez soldados rodearon inmediamente al herido; pero apenas le habían movido, cuando empezó á dar gritos terribles y á agitarse.

—¿A qué chillas como una liebre?—dijo Antonov sujetándole con fuerza por una pierna.—Si no te callas te dejamos aquí mismo.

El herido se calló, en efecto, y sólo de cuando en cuando repetía:

—¡Me muero! ¡Me muero, hermanos!

Cuando le subieron á la carreta, hasta dejó de lamentarse, y yo le oí hablar con sus camaradas con voz débil, pero clara. Parecía que se despedía de ellos.

Durante el fuego de la acción á nadie le gusta mirar á un herido. Instintivamente me apresuré á alejarme de aquel espectáculo; dí orden de que le llevasen á la ambulancia, y me dirigí hacia donde estaban las granadas. Al poco rato vinieron á decirme que Vélentchuk quería verme y fuí allá.

En el fondo de la carreta, y agarrándose con las manos á los dos adrales, estaba tendido el herido. Su rostro, ancho y floreciente de salud, había cambiado en algunos segundos, pareciendo que había enflaquecido y se había aviejado muchos años. Sus labios estaban cárdenos y crispados, y á la expresión movible y vaga de sus ojos había sucedido un brillo sereno y tranquilo. Sobre su frente y sobre su nariz, llenas de sangre, la muerte tenía su garra fija.

A pesar del insufrible dolor que le causaba cada movimiento, pidió que le quitaran de la pierna izquierda el *tcheres* (1) con el dinero.

---

(1) Bolsa que los soldados llevan arrollada á la rodilla.

Me impresionó dolorosamente la vista de la carne blanca de la pierna sana, cuando después de haberle quitado la bota desataron el *tcheres*.

—Ahí hay tres rublos y medio —me dijo mientras le cogía.—Quédese con ellos.

Y al echar á andar la carreta, hizo que se detuviera.

—Tengo empezado un capote para el teniente Soulimovsky; me ha dado dos rublos, y los botones me han costado rublo y medio. Devuélvale V. el resto.

—Bueno, bueno—le dije yo;—haz por curarte, hermano.

No me contestó. La carreta se puso en marcha. El empezó á quejarse con una voz que partía el corazón. Como hombre ya libre de las aprensiones de este mundo, no le parecía necesario contenerse, y se consolaba gritando.

IX

—¿A dónde vas? ¡Vuélvete!—grité yo al recluta que con el botafuego de reserva bajo el brazo y con un palo en la mano marchaba tranquilamente tras la carreta en que iba el herido.

Volvió la cabeza perezosamente hacia mí, murmuró algunas palabras y siguió su camino. Tuve que enviar á un soldado para hacerle volver.

Se quitó la gorrilla encarnada y se puso á mirarme con una sonrisa estúpida.

—¿A dónde ibas?—le pregunté.

—Al campamento.

—¿A qué?

—¡Toma! ¡Como han herido á Vélentchuk!...—dijo sonriendo de nuevo.

—¿Y eso qué te importa á ti? Tú tienes que quedarte aquí.

Me miró con asombro, y luego, volviéndose tranquilamente, se puso la gorra y se volvió á su puesto.

El combate había terminado felizmente, gracias á una magnífica carga de los cosacos, que trajeron tres prisioneros tártaros. La infantería había acabado de hacer su provisión de leña sin más que tres heridos. En la artillería sólo Vélentchuk y dos caballos habían quedado fuera de combate. En cambio el bosque había sido cortado en una extensión de tres verstas, y allí donde antes se veía un macizo matorral, se abría ahora ancho claro, cubierto de hogueras encendidas y atravesado por la caballería y los cazadores que se dirigían á sus campamentos.

Aunque el enemigo no había dejado de perseguirnos con su fuego

de cañón y de fusilería hasta el arroyo y el cementerio que habíamos atravesado por la mañana, la retirada se efectuó sin obstáculo.

Ya empezaba yo á soñar con el *stchi* (1) y con las chuletas de carnero al *kacha* que me esperaban en el cuartel, cuando se recibió orden general de construir un reducto sobre el río, y de dejar allí hasta el día siguiente al tercer batallón del regimiento K*** y un pelotón de la cuarta batería.

Las carretas cargadas de leña y de heridos, los cosacos, la artillería, los cazadores con el fusil al hombro y troncos á la espalda, desfilaron ante nosotros ruidosamente cantando. En todos los rostros radiaba alegre animación, conciencia del peligro ya muy pasado y seguridad del descanso.

Sólo nosotros con el tercer batallón teníamos que aplazar hasta el día siguiente aquellas agradables sensaciones.

X

Mientras nosotros, los artilleros, cuidábamos de nuestros cañones, arreglando los avantrenes y furgones, la infantería formaba pabellones, encendía hogueras, construía chozas con ramaje y paja de maíz y cocía el kacha.

Empezaba á oscurecer. Nubes azuladas cruzaban el cielo, y la niebla se resolvía en llovizna que mojaba la tierra y los capotes de los soldados. La humedad que yo sentía penetrar en mis botas y en mi nuca, el movimiento, la interminable conversación en que yo no tomaba la menor parte, el fango pegajoso en que me movía, mi estómago vacío, todo ello me afectaba penosa y desagradablemente después de aquella jornada de fatiga física y moral.

No podía desechar de la memoria á Vélentchuk, y toda la sencilla historia de su vida de soldado acudía á mi imaginación. Sus últimos momentos habían sido tan tranquilos y tan pacíficos como su vida entera. Había vivido demasiado sencilla y honradamente, para que su sincera fe en la vida futura hubiera vacilado en el instante supremo.

—Tenga Vuestra Salud la bondad—dijo Nikolaïev acercándose á mí—de ir á casa del capitán, que le invita á tomar té con él.

Abriéndome paso con trabajo á través de los pabellones de fusiles y de las hogueras, seguí á Nicolaïev á casa de Bolkhov, pensando con gusto en el vaso de té caliente y en la alegre charla que iban á disipar mis tristes pensamientos.

(1) Sopa de coles.

—¿Y qué, le has encontrado?—dijo Bolkhov en el interior de una choza de paja de maiz iluminada.

—Viene conmigo, Vuestra Nobleza—contestó Nikolaïev con voz de bajo.

En la choza, y sobre un albornoz seco, estaba sentado Bolkhov, desabrochado el traje y sin capote. Junto á él hervía un samovar, y sobre un tambor se veían algunos víveres. En una bayoneta, clavada en el suelo, ardía una vela.

—¿Qué le parece á V. esto?—dijo mirando con orgullo el confort de su choza.

Tan bien se sentía uno en ella, que delante del té me olvidé por completo de la humedad, de la oscuridad y de la herida de Vélentchuk. Pusímonos á hablar de Moscu y de cosas sin relación alguna con la guerra del Cáucaso.

Después de uno de esos silencios que á veces interrumpen las más animadas conversaciones, Bolkhov me miró de pronto sonriendo.

—Creo que nuestra conversación de esta mañana le habrá parecido á V. muy extraña.

—No. ¿Por qué? Sólo me ha parecido que era demasiado franca. Hay cosas que todos sabemos y de las que no siempre conviene hablar.

—¿Y por qué no? Si existiese el menor medio de cambiar esta vida por otra, aunque fuese por la más vulgar y más pobre, yo no vacilaría un momento.

—¿Y por qué no regresar á Rusia?—le dije.

—¿Por qué?—repitió él.—¡Oh! Ya hace mucho tiempo que pienso en ello; sólo que no puedo hacerlo antes de haber obtenido las cruces de Santa Ana y de Wladimiro; la banda de la primera al cuello, con el grado de Mayor, como me lo propuse cuando me marché.

—¿Y por qué, si, según dice, se siente V. incapaz de servir en el Cáucaso?

—Pues porque me siento aún más incapaz de volver á Rusia como vine. Esa es otra de esas leyendas que han propalado entre nosotros Passek, Slieptsov y los demás, á saber, que basta venir al Cáucaso para que le colmen á uno de recompensas. Allá todos suponen que recibimos montes y morenas; pero lo que yo sé es que hace dos años que estoy aquí y que he hecho dos campañas, y no he recibido absolutamente nada.

Pues á pesar de todo, tengo tal amor propio, que quiero quedarme aquí hasta obtener el grado de Mayor y hasta tener al cuello las bandas de Santa Ana y de Wladimiro. Estoy ya tan embrutecido, que me siento trastornado cuando dan una recompensa á cualquier Gnilokich-

kin y á mí nada. Y además, ¿con qué cara me presento yo allí, delante de mi capataz, el comerciante Kotelnikov, á quien vendo mi trigo, á mi tía de Moscu, á toda aquella gente, después de dos años de permanencia en el Cáucaso, sin la menor recompensa? Verdad es que ni aun quiero conocer á esas gentes, y no es menos cierto que tampoco ellos se cuidan de mí; pero el hombre está constituido de tal manera, que al mismo tiempo que me niego á conocerlos, á ellos es á quien sacrifico la felicidad de mi vida y todo mi porvenir.

XI

En aquel momento se oyó fuera la voz del comandante del batallón.

—¿Con quién está V., Nikolaï Fedorovitch?

Bolkhov pronunció mi nombre y en seguida entraron en la cabaña tres oficiales; el mayor Kirsanov, su ayudante y el capitán Trossenko.

Kirsanov era un hombre grueso y de baja estatura, con fino bigote negro, mejillas coloradas y ojos vivos, que constituían el rasgo característico de su fisonomía. Cuando se reía, no quedaban más que dos estrellitas húmedas, que contribuían, juntamente con sus labios y su cuello alargado, á darle una extraña expresión de estupidez.

Kirsanov guardaba en el regimiento excelente comportamiento; sus subordinados no le aborrecían; sus superiores le estimaban, á pesar de la opinión general que le atribuía una inteligencia que no pasaba de mediana. Conocía á fondo los deberes de su cargo, se mostraba puntual y celoso, tenía siempre dinero, carruaje propio, cocinero, y se hacía el orgulloso con bastante naturalidad.

—¿De qué estabáis hablando, Nicolaïev Fedorovitch?—dijo al entrar á Bolkhov.

—Pues de lo divertido que es el servicio en el Cáucaso.

En aquel instante Kirsanov se fijó en mí, simple caballero, y queriendo hacerme sentir su importancia, preguntó, como si no hubiera oído la respuesta de Bolkhov, y con los ojos clavados sobre el tambor:

—¿Qué, está V. cansado, Nikolaïev Fedorovich?

—No, pero nosotros...—iba á seguir diciendo Bolkhov.

Pero la dignidad de comandante de batallón exigió sin duda nueva interrupción y nueva pregunta:

—¿No es verdad que la prueba de hoy ha sido buena?

El ayudante era un joven subteniente, un caballero recientemente

ascendido, tímido y dulce, vergonzoso, simpático y buen chico. Yo le había ya visto en casa de Bolkhov; el joven iba frecuentemente á su casa, saludaba, se sentaba en un rincón y guardaba silencio durante horas enteras, hacía cigarrillos, se los fumaba y al cabo se levantaba y se iba.

Era hijo de un noble pobre: había seguido la carrera militar, como la única compatible con su instrucción, y estimaba sobre todas las cosas del mundo su grado de oficial. Este tipo es siempre simpático y bueno, á pesar de sus atributos ridículos: fanfarronería, bata, guitarra y cepillo para el bigote, bagaje con que estamos acostumbrados á verle.

En el regimiento suponían que el ayudante se alababa de mostrarse con su ordenanza «severo, pero justo». También afirmaba que le gustaba decir: «Yo castigo rara vez; pero cuando me obligan á ello, ¡ay del que me la hace!» Y un día que su ordenanza se emborrachó, le robó y llegó á insultarle, cuentan que llevó él mismo al culpable á la sala de policía, y mandó que lo prepararan todo para el castigo; pero que al ver los preparativos, se turbó tanto, que sólo pudo proferir estas palabras: «Vaya, ya ves que... si quisiera»... Y cada vez más turbado, echó á correr hacia su casa, sin que desde entonces se atreviese á mirar á la cara de su ordenanza Tchernov.

Sus camaradas no dejaban de darle matraca con aquel lance; y varias veces oí al buen muchacho protestar y asegurar, poniéndose colorado como un pavo, que no había palabra de verdad en aquel cuento.

El tercer personaje, el capitán Trossenko, era un viejo caucasiano, en toda la extensión de la palabra, es decir, un hombre que había hecho de la compañía su familia, de la fortaleza en que residía el Estado Mayor su patria, y de los cantantes del regimiento su única distracción: un hombre para quien todo lo que no era el Cáucaso, no merecía más que desprecio y era casi indigno de existir; al paso que todo lo que era el Cáucaso se dividía en dos partes: la nuestra y la *suya*.

Amaba á la primera y aborrecía á la segunda con toda su alma. Era un hombre de un valor tranquilo y aguerrido, de una rara bondad en las relaciones con sus subordinados, y de ruda franqueza que llegaba á la insolencia.

Al entrar en la cabaña faltó poco para que rompiese el techo con la cabeza; luego se bajó de pronto y se sentó en el suelo:

—Con que...—dijo.

Y observando al instante un rostro desconocido, no siguió hablando, y fijó sobre mí su mirada apagada.

—¿De qué hablabais?—preguntó el Mayor, sacando su reloj para mirar la hora, aunque evidentemente no necesitaba saberla.

—Me estaba preguntando por qué me quedo aquí en el servicio...

—Pues está claro; Nikolaï Fedorovitch quiere distinguirse en el Cáucaso y volverse en seguida á su casa.

—¿Y V., Abram Iliitch, por qué sirve en el Cáucaso?

—¿Yo? Porque en primer lugar, ¿sabe V.? respondió el Mayor todos tenemos que servir como el deber nos lo manda... ¿Qué?—añadió, aunque nadie había hablado. —Ayer he recibido una carta de Rusia, Nikolaï Fedorovitch — siguió diciendo, visiblemente deseoso de cambiar de conversación. — Me escriben que... ¡Ah! ¡Qué preguntas más extrañas me hacen!

—¿Y qué preguntas son esas?— preguntó Bolkhov.

Y se echó á reir.

—Preguntas verdaderamente extrañas... Me escriben preguntándome si la envidia puede existir sin el amor... ¿Qué? — preguntó mirándonos alternativamente.

—¿Pero veis esto?—dijo Bolkhov sonriéndose.

—Sí, ¿saben Vds.? En Rusia se está bien — continuó diciendo, como si sus frases hubiesen estado lógicamente deducidas. —Cuando yo estaba en Tambov, en 1852, me recibían como si hubiera sido edecán del Emperador. ¿Me creerán Vds.? En el baile del Gobernador, cuando entré en el salón, ¿saben Vds.?... me recibieron admirablemente. La misma gobernadora, ¿saben Vds.? estuvo hablando conmigo, preguntándome sobre el Cáucaso, y todo el mundo también... que yo no sabía... Miraban mi sable de oro como si hubiese sido una rareza; me preguntaban por qué me habían dado aquel sable, y la orden de Santa Ana, y la de Wladimiro... y yo les refería... ¿Qué? He ahí por qué razón es bueno el Cáucaso.

Nikolaï Fedorovitch siguió diciendo sin aguardar la respuesta:

—A nosotros, los caucasianos, nos miran con buenos ojos; un joven, ¿saben Vds.? ya oficial distinguido, con las órdenes de Santa Ana y de Wladimiro, es algo en Rusia... ¿Qué?

—¿Y luego que sin duda se habrá V. agenciado algo, me figuro yo, Abram Iliitch?—dijo Bolkhov.

—¡Hi! ¡Hi!—respondió el Mayor con su risa ingenua.—Eso, no hay remedio, ¿sabe V.? Sí... y además he comido bien durante estos dos meses.

—¿Que tal se pasa en Rusia?—preguntó Trossenko al joven subteniente, hablando de Rusia como hubiese hablado de la China ó del Japón.

—¡Oh! Y el champagne que hemos bebido en dos meses, ¡es una atrocidad!—siguió diciendo el Mayor Kirsanov...

—Ustedes—dijo Trossenko—habrán bebido limonada. Si hubiese sido yo, ya hubieran visto cómo bebe un caucasiano. Hubiéramos sostenido nuestra reputación, y hubiera yo enseñado cómo se debe beber. ¿Eh, Bolhkov?—añadió:

—Pero, tú, tío, hace más de diez años que estás en el Cáucaso—dijo Bolkhov.—¿Te acuerdas lo que ha dicho Ermolov, que Abram Iliitch hace sólo seis años que está aquí?

—¿Cómo diez? Pronto hará diez y seis—exclamó Trossenko.

—Bolkhov, dí que nos traigan algo que beber. ¡Qué humedad hay aquí! ¡Brrr! ¿Eh?—añadió sonriendo.—¿Vamos á beber un trago, Mayor?

Pero á éste no le agradaba mucho verse así tratado por el viejo capitán, y, por tanto, se encerró en su reserva y se parapetó con su dignidad. Púsose á canturrear, y miró otra vez al reloj.

—Pues lo que es yo, jamás iré allá abajo—siguió diciendo Trossenko, sin cuidarse del adusto aspecto del Mayor.—Hasta se me ha olvidado andar y hablar á la rusa. Dirían de mí: «¿Qué bicho raro es éste que nos envían?» En una palabra, el Asia, ¿no es verdad, Nikolaï Fedorovitch? Además, ¿qué voy yo á hacer en Rusia? Acabaré, pues, por dejarme matar aquí. Luego preguntarán: «¿Dónde está Trossenko?—Le han matado.»

—¿Y qué haréis entonces con la octava compañía, eh?—añadió dirigiéndose de nuevo al Mayor.

—Que envíen al oficial de servicio al batallón—gritaba Kirsanov, sin contestar al capitán, por más que, estoy seguro de ello, no tuviese ninguna orden que dar.—¿Y usted—dijo al ayudante después de una pausa—creo que estará contento con su doble paga?

—Ya lo creo; contentísimo.

—Me parece que ahora tenemos un sueldo muy bonito, Nikolaï Fedorovicht—dijo Kirsanov.—Un oficial joven puede vivir hoy muy decentemente, y hasta permitirse algunos caprichitos.

—De ninguna manera, Abram Iliitch—dijo tímidamente el ayudante.—Es verdad que la paga es doble, pero también hay que tener caballo...

—¿Qué está V. diciendo, joven? Yo también he sido subteniente, y sé lo que es. Créame, con algo de

orden se puede vivir muy bien. Y si no, vamos á cuentas—añadió doblando el dedo meñique de la mano izquierda.

—Siempre gastamos la paga por adelantado, y esa es toda la cuenta—añadió Trossenko, echándose al coleto una copa de aguardiente.

—Bueno; ¿y entonces qué quiere V.? ¿Eh?

En aquel momento apareció en la puerta de la tienda una cabeza blanca, con nariz chata, y una voz chillona dijo con acento alemán:

—¿Está V. aquí, Abram Iliitch? El oficial de servicio le está buscando.

—Entre V., Kraff—dijo Bolkhov.

La elevada figura del oficial, con uniforme de Estado Mayor, penetró en la tienda y se puso á estrechar calurosamente la mano á todos.

—¡Ah, querido capitán, también está V. aquí!—dijo dirigiéndose á Trossenko.

El recién entrado, á pesar de la sombra, llegó hasta el capitán, y con gran extrañeza y disgusto de éste, le dió un beso en los labios.

«Es un alemán que quiere echárselas de buen camarada», pensé yo.

XII

Mi suposición se confirmó en seguida. El capitán Kraff pidió aguardiente, que llamaba por el nombre popular de *horilka*, pronunció un ruidoso *¡hem!* y echó la cabeza atrás al beber.

—¿Y qué, señores, hemos andado hoy bastante por las llanuras de Tchetcha?—empezó á decir.

Pero al ver al oficial de servicio, se calló en seguida para dejar tiempo al Mayor de dar sus órdenes.

—¿Y qué, ha inspeccionado V. las avanzadas?

—Quedan inspeccionadas.

—¿Y el santo y seña se ha dado?

—Se ha dado.

—Entonces dé V. orden á los jefes de compañía de que redoblen su prudencia.

—Está bien.

El Mayor guiñó los ojos y se quedó pensativo.

—Diga también que los soldados pueden preparar el rancho.

—Le están preparando.

—Está bien; puede V. retirarse.

—Estábamos, pues, contando los gastos de un oficial—siguió diciendo el Mayor con una sonrisa benévola dirigida á nosotros. Hagamos

la cuenta. Necesita un gabán y un par de pantalones, ¿no es verdad? Sí; pongamos para eso cincuenta rublos cada dos años; por consiguiente, veinticinco rublos al año para vestido. Luego la comida, dos *abas* (1)... ¿no es verdad?

—Sí; y es mucho quizá.

—Sin embargo, pongamos dos. Además, un caballo ensillado, treinta rublos al año para su manutención. Y se acabó. Luego hemos contado veinticinco, más ciento veinte, más treinta; total, ciento setenta y cinco rublos. Quedan, pues, para diversiones, para azúcar, té y tabaco, unos veinte rublos. Ya lo ve V. ¿No es así, Nikolaï Fedorovitch?

—No; dispénseme, Abram Iliitch, —dijo tímidamente el ayudante.— Para el azúcar y el té no me queda nada. Usted supone que un uniforme dura dos años, cuando aquí, en campaña, nunca tiene uno pantalones. ¿Y las botas? Todos los meses gasto un par. Luego la ropa blanca, camisas, servilletas, tohallas y la ropa interior; todo eso hay que comprarlo. De modo que, echada la cuenta, no queda nada, palabra de honor, Iliitch.

—Sí, llevar ropa interior está muy bien—dijo Krafft después de una pausa, pronunciando la palabra «interior» con una entonación cariñosa. Es sencillo, ya sabéis, es ruso.

—Haré observar—dijo Trossenko—que de cualquier manera que se haga la cuenta, siempre resultará que no tendremos que hacer más que apretarnos el vientre; cuando en realidad vivimos muy bien, tomando té, fumando tabaco y bebiendo aguardiente. Cuando lleves tanto tiempo en el servicio como yo —siguió diciendo dirigiéndose al subteniente—sabrás vivir también tú. ¿Saben ustedes señores, como trata á sus ordenanzas?

Y Trossenko refirió, riendo á carcajada, la historia del subteniente y de su ordenanza, por más que ya la hubiésemos oído más de cien veces.

—¿Qué te pasa, hermano, que me miras más encarnado que una rosa?—continuó diciendo, volviéndose hacia el subteniente que se avergonzaba, sudaba y sonreía que era una compasión...—Eso no es nada, hermano. También yo era como tú, y mira ahora que mocetón me he hecho. Que vengan, pues, de Rusia algunos bravos—ya los hemos visto de ese temple—y cogerán cada pasmo y cada reumatismo... yo por mi parte, aquí establezco mi morada; esta es mi casa, mi cama y todo. ¿Comprendes?

(1) Moneda de Persia que vale unos ochenta céntimos.

Al decir esto, se bebió otro vaso de aguardiente.

—¿Eh?—dijo mirando fijamente á los ojos á Krafft.

—Esos son mis hombres; ese es verdaderamente un veterano circasiano. Déjeme que le estreche la mano.

Krafft, casi atropellándonos, se abrió paso hasta donde estaba Trossenko, le cogió la mano y se la estrechó con efusión.

—Sí, podemos decir que aquí las hemos pasado buenas — dijo. — En 1845... V. estaba aquí sin duda, ¿no es verdad, capitán? ¿Os acordáis de la noche del 12 al 13 que pasamos con el barro hasta la rodilla, y al día siguiente atacamos el reducto? Yo estaba entonces cerca del comandante en jefe, y tomamos en un solo día quince trincheras, ¿se acuerda V., capitán?

Trossenko hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y sacando el labio inferior, cerró los párpados.

—Pues bien, veréis — continuó diciendo Krafft, muy animado y gesticulando á tontas y á locas, al hablar con el Mayor.

Pero éste, que sin duda había oído más de una vez aquella historia, le miró con aire tan indiferente, tan distraído, que Krafft se apartó de él y se volvió hacia mí y hacia Bolkhov, mirándonos alternativamente. En cuanto á Trossenko, Kraff no le miró una sola vez durante todo el relato.

—Pues bien, veréis. Cuando subimos por la mañana, el comandante en jefe me dijo: «¡Krafft, á tomar aquellas trincheras!» Ya saben ustedes que en el servicio militar no hay que replicar. Me llevé la mano á la gorra y dije: «A las órdenes de V. E.» Y avancé. En cuanto llegamos cerca de la primer trinchera, me vuelvo á los soldados y les digo: «¡No tengáis miedo, muchachos! ¡Mucho ojo! ¡Al que se haga el remolón, le divido con el sable!» Con el soldado ruso, ya sabéis, hay que hablar clarito. De repente, ¡pum! una granada. Miro, y veo un soldado, dos, tres... Luego las balas ¡pin! ¡pin! ¡pin!... Grito: «¡Adelante, muchachos! ¡Seguidme!» Pero al aproximarnos, miro y veo... ¿cómo se llama?... ¿saben ustedes? ¿Cómo se llama eso?

Y el narrador se puso á agitar los brazos buscando la palabra.

—¡Un foso!—indicó Bolkhov.

—No... ¡Ah! ¿Pero cómo es?... Dios mío! ¿Cómo se dice?... Un foso—exclamó de repente. —Tan sólo... con el arma al pie. ¡Hurra! ¡Tararí, tararí, tararí! Y de enemigos, ni sombra. ¿Sabéis? todos se asustaron. En fin... bien está... Vamos más allá... Segunda trinchera. Allí fué otro lance. Nos hervía la sangre en las venas, ¿sabéis?... Con

que nos acercamos, miramos, veo otra trinchera; imposible llegar más allá... ¡Vaya! ¿Pero cómo se llama esto? ¡Cómo diantres!...

—¡Otro foso!—dije yo.

—De ningún modo—dijo el otro mal humorado.—No es un foso, sino... vamos á ver, ¿cómo se llama esto?

Hizo con la mano algunos gestos incomprensibles, y añadió:

—¡Ah, Dios mío! ¿Cómo es?...

Se veía que se desesperaba tanto, que aun á pesar de todo se procuraba auxiliarle.

—Un río, acaso—dijo Bolkhov.

—No, un simple foso. Nos precipitamos, y entonces, ¿me creeréis?... empieza un fuego, un verdadero fuego del infierno.

En aquel instante me llamaron desde fuera. Era Maximov. Y como después de escuchar las relaciones variadas de los dos primeros atrincheramientos, todavía me faltaban otras trece que tragar, me alegré mucho aprovechar aquella ocasión para reunirme con mi pelotón. Trossenko salió conmigo.

—¡No hace más que mentir!—me dijo á poco de salir de la tienda. Ni siquiera se encontró en el combate de las trincheras.

Y se echó á reir con tanta espontaneidad, que yo le imité.

XIII

Era noche cerrada. Apenas se divisaba la vaga claridad de las hogueras en el campamento, cuando, acabado mi servicio, llegué á donde estaba mi gente. Un gran leño ardía bajo la ceniza y sólo tres hombres estaban sentados en derredor. Antonov, que cuidaba de la marmita puesta al fuego, en donde cocía el *riabko* (1); Jdanov que, muy pensativo, escarbaba la ceniza con un palito, y Tchikin con su pipa que no ardía nunca.

Los demás estaban ya acostados, unos sobre los furgones, otros entre el heno y otros al lado de la hoguera. A la débil luz de las brasas, distinguí espaldas, piernas y cabezas que iba poco á poco reconociendo. En el montón se encontraba el joven recluta que, tumbado á la larga junto al fuego, parecía ya dormido.

Antonov me hizo sitio. Yo me senté á su lado y encendí un cigarrillo. El olor de la niebla y del humo que arrojaba la leña húmeda se extendía por los aires y hacía llorar los ojos: de la oscuridad del

(1) Comida de los soldados; galleta mojada y cocida con manteca de cerdo.

cielo seguía cayendo la misma neblina húmeda.

A nuestro alrededor se oían ronquidos acompasados, crujidos de las ramas en la hoguera, rumores de voces, y de cuando en cuando el choque de los fusiles de los cazadores. Por todas partes hogueras que iluminaban en un estrecho radio las sombras de los soldados. No lejos de mí divisé, en uno de aquellos espacios iluminados, el perfil de algunos soldados desnudos que sacudían las camisas encima de la lumbre.

Muchos de ellos todavía no se habían dormido; hablaban y se movían en un espacio de 15 sagenas cuadradas. Pero la oscuridad de la noche llenaba de misterio toda aquella agitación, como si cada uno de nosotros hubiese sentido pesar sobre sí su lúgubre calma y temido turbar su tranquila armonía.

Cuando empecé á hablar, conocí que mi voz no sonaba como de ordinario. En los rostros de todos los soldados, sentados alrededor del fuego, leía la misma impresión.

Al principio creí que antes de llegar yo, estaban hablando de sus camaradas heridos; pero nada de eso: Tchikin estaba refiriendo la llegada de efectos militares á Tiflis y no sé qué fuga de los estudiantes de aquella ciudad.

Siempre y en todas partes, pero sobre todo en el Cáucaso, he reconocido en nuestros soldados el buen tacto de evitar, durante el peligro, las conversaciones capaces de debilitar la moral del soldado. El valor ruso no se parece al de los pueblos del Mediodía, que llega instantáneamente al entusiasmo y se apaga del mismo modo, sino que tarda tanto en inflamarse como en extinguirse. No necesita recursos de efecto, gritos de combate, cantos y tambores; al contrario, le hace falta tranquilidad, orden, franqueza. En el soldado ruso, verdaderamente ruso, no se observa casi nunca ni arrogancia, ni fanfarronería, ni necesidad de excitarse y enfurecerse durante el peligro. Por el contrario, la reserva, la sencillez y el dón de ver en el peligro cosa distinta de él, he aquí los rasgos salientes de su carácter.

He visto á un soldado herido en una pierna, cuyo primer impulso fué sentir que la bala le hubiese agujereado un capote nuevo. Otro de caballería, á quien mataron el caballo, le quitó la silla, según iba cayendo, para que no se le estropease. ¿Quién no se acuerda de aquel hecho del sitio de Herghebel, cuando en la maestranza se inflamó la mecha de una bomba y el artillero mandó á dos soldados que la cogiesen y la arrojasen inmediatamente en el foso? No queriendo echarla demasiado cerca de la tienda del coronel, si-

tuada á la orilla del foso, por miedo de dispertar á los oficiales que en aquélla dormían, llevaron más lejos la granada, que al estallar los hizo pedazos.

Otro recuerdo de la expedición de 1852. Habiendo dicho casualmente un soldado bisoño, durante un combate, que su compañía quedaría en el sitio, todos los camaradas le reprendieron agriamente aquellas inconsideradas palabras que ni siquiera querían repetir.

Así, en aquel momento en que parecía que todos estarían pensando en Vélentchuk, y en que un ataque de los tártaros podía cogernos de improviso, de un momento á otro, todos prestaban atención á los alegres cuentos de Tchikin, y nadie decía palabra del combate de aquel día, ni del peligro inminente, ni del herido, como si todo aquello hubiera pasado mucho tiempo antes ó como si jamás hubiera sucedido.

Me parecía, sin embargo, que sus rostros estaban más tristes que de ordinario, y que no escuchaban con gran atención á Tchikin, el cual, conociendo que casi no le oían, hablaba como maquinalmente.

Maximov se acercó á la hoguera y se sentó á mi lado, habiendo desaparecido Tchikin para dejarle sitio. Después de una pausa, este último se puso á fumar en su pipa.

—Los cazadores han enviado á buscar aguardiente á la fortaleza—dijo Maximov después de un largo silencio.—Los enviados están de vuelta.

Y escupió en la hoguera.

—El sargento dice que ha visto al nuestro.

—Pues qué, ¿vive aún?—preguntó Antonov dando vueltas á la marmita.

—No, ha muerto.

El joven recluta levantó de pronto la cabeza, cubierta con la gorra encarnada, miró fijamente á Maximov y después á mí, y luego se volvió á echar, arropándose con su capote.

—¿Veis esto? No vió impunemente la muerte al lado cuando le desperté en el parque—dijo Antonov.

—¡Tontunas!—dijo Jdanov dando la vuelta al leño que ardía.

Todos se callaron.

En medio del silencio general, se oyó detrás de nosotros, hacia la fortaleza, un disparo. Nuestros tambores contestaron tocando marcha. Cuando acabó el último redoble, Jdanov se levantó el primero y se quitó la gorra. Todos seguimos su ejemplo.

En la profunda serenidad de la noche se oyó un armonioso coro de voces varoniles, que decía:

«Padre nuestro, que estás en los

cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

»El pan nuestro de cada día dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.»

.....

—Así es como hirieron allá á uno de los nuestros en 1845—dijo Antonov—cuando después de ponernos las gorras hicimos otra vez corro alrededor de la hoguera. Entonces le llevamos con nosotros sobre los cañones. ¿Te acuerdas de Schevtchenko, Jdanov?... Acabamos por dejarle abandonado debajo de un árbol.

En aquel momento un soldado de infantería, de grandes patillas y largos bigotes, con el fusil al hombro y la mochila á la espalda, se acercó á nuestra hoguera.

—Con permiso, paisanos... Un poco de lumbre para encender la pipa—dijo.

—Bien, enciéndela; lo que es fuego no falta—dijo Tchikin.

—¿Hablábais sin duda de Dargo?—dijo el soldado dirigiéndose á Antonov.

—De la campaña de 1845 en Dargo—contestó Antonov.

El soldado meneó la cabeza, cerró los párpados y se acurrucó á nuestro lado.

—Ah, sí, buenas las pasamos allí—dijo.

—¿Y por qué le abandonásteis?—pregunté yo á Antonov.

—Sufría mucho del vientre. Mientras estábamos parados, vaya; pero en cuanto nos poníamos en marcha, ya no dejaba de gritar. Nos rogaba por Dios que le dejásemos allí; pero nos daba lástima. Y luego *él* (1) empezaba á hostigarnos demasiado; sólo en nuestra pieza nos mató tres soldados y un oficial; además estábamos separados no sé cómo de la batería. Una verdadera desdicha. Temíamos no poder salvar el cañón. ¡Y qué barro!

—El sitio peor—dijo el soldado—era junto á la Montaña India.

—Pues bueno, allí se sintió peor. Entonces Anochenka, un sargento veterano, pensó como nosotros que, hiciéramos lo que quisiéramos, no había de vivir, y él mismo nos pedía otra vez por Dios que le abandonásemos. «¡Dejémosle, pues, aquí!» Y eso es lo que hicimos. Había en aquel sitio un árbol muy copudo. Cogimos algunas galletas mojadas que llevaba Jdanov, y las pusimos junto al herido. Le apoyamos en el árbol, le pusimos una camisa

(1) Así designan al enemigo los soldados rusos.

limpia, nos despedimos de él como se acostumbra y le dejamos así.

—¡Era un buen soldado!

—Un soldado bastante bueno—dijo Jdanov.

—¡Lo que fué de él, Dios lo sabe!—siguió diciendo Antonov.—Allá se quedan muchos de los nuestros.

—¿En Dargo?—dijo el soldado levantándose y desocupando su pipa.

Volvió á cerrar los párpados y dijo meneando la cabeza:

—¡Ah! ¡Buenas se han pasado allá!

Y se marchó.

—¿Quedan todavía muchos en nuestra batería de los que combatieron en Dargo?—pregunté yo.

—¿Muchos? Jdanov, yo, Patsan, actualmente con licencia, y otros cinco ó seis nada más.

—Pues nuestro Patsan me parece que estira la licencia—dijo Tchikin alargando las piernas y apoyando la cabeza en el tronco de un árbol.—Creo que pronto hará un año que se fué.

—Y tú, ¿has tomado la licencia de un año?—pregunté á Djanov.

—No, nunca—respondió de mala gana.

—Cuando se tienen posibles, ó cuando se puede trabajar—dijo Antonov—está bien irse á la sierra; entonces todo el mundo está contento en casa.

—Si no, á qué ir, cuando no se tiene más que dos hermanos, que lejos de poder dar de comer á un soldado, apenas tienen para ellos? Cuando ha servido uno veinticinco años, ya para poco vale. Y además, que ni siquiera sé si viven.

—¿Nunca les has escrito?

—Sí, les he enviado dos cartas; pero no me han contestado á ninguna. Ni sé si se han muerto, ni si la pobreza les impide de pensar en mí.

—¿Hace mucho tiempo que escribistes?

—Al volver de Dargo escribí la última carta. Canta «El Abedulillo»—dijo Jdanov á Antonov que, con los codos apoyados en las rodillas, estaba canturreando.

Antonov cantó «El Abedulillo.»

Es la canción favorita de Jdanov—me dijo Tchikin, tirándome de la manga.—Cuando Antonov se pone á cantarla, el viejo llora.

Jdanov, que al principio estaba sentado en una completa inmovilidad, con los ojos fijos sobre la hoguera y el rostro iluminado por el rojizo resplandor que despedía, parecía triste; luego le temblaron las mejillas y al cabo se levantó, tendió el capote en el suelo y se echó á un lado del fuego á la sombra. Fuese que se agitara esperando el sueño, fuese la influencia de aquel tiempo de tristeza y la idea de la muerte de Vélentchuk, ello es que me pareció que lloraba.

El gran leño, que se iba apagando por una punta, no iluminaba ya sino con escasa luz el perfil de Antonov, con sus largos bigotes, su rostro encarnado y las condecoraciones pendientes de su capote, las botas de otro soldado, cabezas y espaldas. De las nubes seguía cayendo la misma neblina desesperante. En el aire se sentía el mismo relente de humedad y el humo. Y aquí y allá brillaban los mismos puntos luminosos de las hogueras que se apagaban; en medio de la calma universal, se exhalaba la melancólica melopea de Antonov; y cuando se interrumpía por un momento el ruido de los movimientos nocturnos del campo, los ronquidos, el choque de los fusiles de los centinelas y las conversaciones en voz baja parecía que le contestaban.

—¡Dos números de guardia, Makatiuk y Jdanov! —gritó Máximov.

Antonov se calló. Jdanov se levantó, dió un profundo suspiro, subió por cima de un tronco de árbol y se dirigió hacía donde estaban los cañones.

Conde León Tolstoy.

UN JUGADOR

Al salir del teatro entré en el Círculo, y me entretuve hasta muy tarde ante la mesa del baccarat, mirando el juego, y montado en el respaldo de una de esas sillas altas para uso de los jugadores que no han encontrado sitio ante el tapete verde, ó de los simples curiosos como yo. Era aquella, como se dice en el lenguaje de club, una hermosa partida. El banquero, un joven guapo, con traje de *soirée* y con una gardenia en el ojal del frac, llevaba perdidos unos tres mil luises, pero en su radiante fisonomía de vividor de veinticinco años no se notaba la menor emoción. Unicamente el ángulo de aquella boca que pronunciaba las sacramentales frases: «Doy... En cartas... Bac... Aquí está el punto», no habría mascado tan nerviosamente una punta de cigarro apagado, si el frío frenesí del juego no le hubiera oprimido el corazón. En frente de él un sujeto de cabellos blancos, jugador de toda la vida, hacía de sotabanquero, y manifestaba sin hipocresía su mal humor contra la mala sombra que de tirada en tirada iba disminuyendo el montón de fichas y tantos colocados delante de sí. En cambio, el más alegre regocijo iluminaba el rostro de los puntos que, sentados en derredor de la mesa, extendían sus puestas, y marcaban en el papel con la punta del lapiz las alternativas de la puesta, ese «espíritu de la talla» en que los menos supersticiosos no pueden dejar de creer en cuanto tocan una carta. Hay ciertamente en el espectáculo de toda lucha, aunque sea la de un siete con un ocho, y de un rey con un as, no sé qué fascinación que interesa profundamente la curiosidad, porque allí estábamos cincuenta personas alrededor de aquellos ju-

gadores siguiendo los lances de la partida sin apercibirnos de lo avanzado de la hora. ¿Qué filósofo explicará ese otro fenómeno, esa inercia de después de media noche que inmoviliza en París á tanta gente, no importa dónde, pero siempre fuera de sus casas, donde descansarían del trabajo y de las diversiones? Por mi parte, no siento haber cedido aquella noche al encanto malsano del trasnochar, porque si me hubiese retirado cuerdamente á la hora regular, no hubiera encontrado en el saloncillo en que se cena á mi amigo el pintor Miraut, solo ante su mesa, en disposición de beberse una taza de caldo; no me hubiera propuesto llevarme á mi casa en su coche, y no le hubiera oído referirme un caso de juego que á la mañana siguiente escribí lo mejor que pude, dándome él su autorización para ello.

—¿Qué diablos estaba V. haciendo en el Círculo después de las doce—me preguntó—puesto que no cenaba V.?

—Estaba mirando jugar—le respondí yo—he dejado en buen camino al mocito Lautrec. Perdía en los sesenta mil...

El coche se ponía en marcha al pronunciar yo esta frase, y veía de perfil á Miraut que encendía su cigarro con aire á lo Francisco I (el Francisco I del Louvre, pintado por Ticiano), aire que sus cincuenta años bien cumplidos han amplificado, dando también realce á su hermosura. ¿No es bastante singular que con sus hombros de lansquenet, su anchura de espaldas y su sensualidad refinada, casi glotona, este gigante siga siendo el más especial de nuestros pintores de flores y de retratos de mujeres? Conviene añadir que de aquel pulmón de gladiador sale una voz de una dulzura musical, y que las manos, que yo examinaba de nuevo mientras sostenía la cerilla y el cigarro, son de una finura incomparable. Sé además, por experiencia, que este soldadón tiene un corazón excelente, y así no me chocó mucho la melancólica confidencia involuntariamente provocada por mi frase sobre el juego. Afortunadamente tuvo tiempo bastante para contarme el caso muy por menor. A medida que nos acercábamos al Sena, la niebla se iba haciendo más espesa, y nuestro carruaje avanzaba al paso, en tanto que mi compañero daba rienda suelta al recuerdo de la historia, ya antigua, que me iba refiriendo. Algunos agentes de policía andaban de acá para allá con antorchas encendidas; otras brillaban en el ángulo del puente que atravesábamos, colocadas al rape de las piedras, por donde corría un arroyuelo de resina encendida. La fantástica silueta

de los otros coches que se cruzaban con el nuestro en aquella niebla acre, casi negra, desgarrada á trechos por las movibles luces, aumentaba sin duda la impresión del pasado que se apoderaba del artista, porque su voz se iba haciendo más dulce y más débil á medida que se alejaba en espíritu más y más de mí, que le interrumpía lo preciso para excitar sus recuerdos.

—Yo—empezó á decir—no he jugado más que dos veces, y, ¿me creeréis? hoy ni siquiera puedo ver jugar... Hay algunas horas, ya sabéis, de esas en que uno no tiene los nervios bien templados, en que la vista sola de un naipe me obliga á salir del cuarto... Y es que ¡ay! de esas dos únicas partidas conservo tan terrible recuerdo!...

—¿Quién no los tiene de esa clase?—dije.—¡Y yo que estaba presente cuando nuestro pobre Paul Durieu trabó cuestión en este mismo Círculo de que salimos, por una jugada dudosa, y luego surgió aquel absurdo desafío, acompañándole al cementerio á los cuatro días de haberle estrechado la mano delante de este tapete verde! Siempre hay algo de tragedia al rededor de las cartas, de los crímenes, de las deshonras y de los suicidios. Pero todo esto no impide que se vuelva á reincidir, como se vuelve en España á las corridas de toros, á pesar del despanzurramiento de los caballos, de las heridas de los picadores y del asesinato del toro.

—Convenido—dijo Miraut—pero no debe ser uno mismo la causa de una de esas tragedias, y eso es lo que á mí me ha sucedido en circunstancias bien sencillas. Pero cuando os lo haya referido, comprenderéis por qué la más insignificante partida de besigue me infunde igual escalofrío de horror que sentiría al oir una detonación en el campo un hombre que hubiese dado muerte á alguno por descuido al limpiar un arma. Era precisamente el año de mi entrada en el Círculo, en 1872, que fué también el de mi primer triunfo en la Exposición...

—Vuestra *Ofelia entre las flores*, me parece estarla viendo. Bien recuerdo el ramo de rosas amarillentas junto á la rubia cabellera, rosas de un amarillo tan pálido, tan delicado, y luego sobre el corazón aquellas otras rosas oscuras, como manchadas de sangre... ¿Quién tiene ahora ese cuadro?

—Un banquero de New-York—contestó el pintor, dando un suspiro—que ha dado por él cuarenta mil francos. Yo le vendí en mil quinientos en época en que... Claro, todavía no era yo el artista afortunado de quien vuestro *alter ego* Claudio Larcher, decía maliciosamente: Dichoso Miraut, cuyo oficio con-

siste en estar mirando todo el día á una americana, lo cual le produce quince mil francos!...» Dicho sea entre nosotros; pero podía haber hecho sus juegos de palabras á costa de otros, y no de sus antiguos amigos... En fin, Dios le haya perdonado.—Pero si os hablo de dinero —añadió tocándome en el brazo, porque conocía que iba á contestar defendiendo la memoria de mi antiguo amigo—no vayáis á creer que es por realzar el valor comercial de mis obras; no. Es sólo porque esos mil quinientos francos tienen relación con mi aventura. Figuraos que yo no había tenido nunca reunida una cantidad igual. ¡Mis principios han sido tan penosos! Llegué á París con una subvención de mil francos que me pagaba mi pueblo, y con esa suma ó poco más he tenido que contentarme durante seis años.

—He conocido esos apuros—dije yo—pero por poco tiempo. ¿Comía usted, como nosotros, en casa de Polydoro, calle de Monsieur-le-Prince, donde por diez y ocho sueldos se lograba almorzar? Cuando encuentre V. á Jacques Molan y le aburra con sus historias de mundanas y con las elegancias de su próxima novela, háblele de esa repostería, y antes de cinco minutos quedará V. libre de él.

—Nosotros habíamos resuelto el problema por medio del falansterio —replicó el pintor; algunos compañeros y yo hacíamos la comida en común. La amiga de uno de nosotros, que había sido cocinera (tales eran nuestras elegancias), nos guisaba las dos comidas diarias por cuarenta y cinco francos al mes cada uno. El cuarto, quince francos; nada de criados; yo mismo me hacía la cama. Total, sesenta francos para lo preciso. Estaba desharrapado como un ladrón, pero no sabía lo que era ir en ómnibus. Mis compañeros vivían como yo, y no nos ha ido mal. Allí estaban el escultor Tardif; Sudre, el pintor de animales; Rivals, el grabador, y por fin, el mejor dotado de todos, el cantinero de nuestra cantinera, como le llamábamos, Ladrat...

—¡Ladrat, Ladrat! —dije yo, evocando mis recuerdos—yo conozco ese nombre.

—Le habréis leído en los periódicos—siguió diciendo Miraud, cuyo rostro se nubló;—pero voy á ello. Ese Ladrat, que se llevaba todos los premios de estudio en la Academia, era ya entonces víctima del terrible vicio de la bebida. En la vida demasiado libre que llevábamos, semi obreros, y en continuo roce con modelos y trabajadores, estábamos expuestos á muchas tentaciones, y desde luego á ésta. A Ladrat le había dominado. Tengo que deciros esto para que no me juzguéis den-

tro de un momento con demasiada severidad. Aquel triste hábito le impidió ganar la pensión de Roma. De tal manera se alcoholizó que acabó locamente y á la diabla una composición que había empezado magistralmente. En una palabra, en 1872 era el único de nosotros que había continuado en la vida de bohemio, y de la más baja estofa. Había llegado á ser lo que llamamos un petardista, ó sea un hombre que va de estudio en estudio, pidiendo prestados cien sueldos aquí, mayor cantidad allá, siempre con deliberado propósito de no pagarlos en la vida. Y los de este género duran muchos años.

—Por lo menos daba las gracias con algún insultito—repliqué yo—como ese Legrimandet que conocí y que nunca iba á casa de Mareuil sin pedirle algo para la capillita (era su fórmula) y sin insultarle en seguida para salvaguardia de su dignidad. Un día le encontró disponiéndose á corregir las pruebas de un artículo que iba á publicarse. Pidió su limosna, y Andrés se la dió. «Caballero, le dijo, metiéndose en el bolsillo la moneda de plata, ¿queréis conocer si un escritor tiene talento? Pues no tenéis más que averiguar si reciben su copia en una redacción. Si la reciben, está juzgado; es una medianía. Adiós»... Ahí tiene V. un pobre modelo.

—No—dijo Miraut—no era ese el género de Ladrat. Daba las gracias, se echaba á llorar, juraba que trabajaría y luego se iba al café y se envenenaba con ajenjo. Entonces le daba vergüenza y no volvía á presentarse en muchos días. Sus pedidos, por otra parte, eran insignificantes; casi nunca pasaban de cien sueldos. Así es que me extrañó mucho una tarde al encontrar en mi casa una larga carta suya en que me pedía nada menos que doscientos francos. Hacía más de seis meses que yo no le había visto, y me contaba en ella que todo ese tiempo había estado luchando con su vicio, que no había bebido, que había querido trabajar, que sus fuerzas le habían vendido, que su mujer estaba enferma (seguía viviendo con la cantinera), en fin, una de esas cartas de mendigo, desoladoras, cuya lectura le deja á uno disgustado.

—Cuando se las da crédito—dije yo—porque á los diez años de vivir en París ha recibido uno tantas epístolas semejantes... y si entre el montón hubiera siquiera dos sinceras...

—Más vale exponerse á que le engañen á uno todas las demás veces, que dejar de atender á esas dos—replicó el pintor.—Por otra parte, en aquel momento no puse en duda la sinceridad de Ladrat. Quiso la casualidad que aquel día

hubiese yo cobrado los mil quinientos francos de la *Ofelia*. En mis asuntos de dinero siempre he sido yo muy meticuloso. Yo no tenía deudas, y guardaba en mi cajón una cantidad casi igual. Tenía instalado mi estudio y provisto mi guardarropa para todo el año. Me acuerdo que hice de memoria el balance de mi situación económica al tiempo que cepillaba mi gabán para ir á uno de mis primeros convites de sociedad, una de esas comidas de triunfador á que se va con un apetito de maestro de escuela y con un amor propio de estudiante. ¡Se tiene igual fe en la autenticidad de los vinos que en la sinceridad de los elogios! Comparé mi situación con la de mi antiguo compañero de barrio, y tuve uno de esos impulsos generosos tan propios de la juventud como la flexibilidad y la alegría. Cogí dos luises, los metí en un sobre, escribí las señas de Ladrat y luego llamé á mi portero. Si este hombre hubiese estado allí, mi antiguo camarada hubiera recibido el dinero aquella noche misma; pero había salido á recados. Pues mañana será, dije, y salí, dejando preparado el sobre encima de mi mesa. Tenía tan bien tomada mi resolución, que experimenté de antemano ese cosquilleo de ligera vanidad que nos produce la conciencia de una acción generosa. No es muy hermosa la tal vanidad, pero es humana, y hay tantas otras que no tienen ese pretexto elevado, por ejemplo, ¡la que en mi interior sucedió á la primera casi inmediatamente! En la casa donde comía me encontré sentado entre dos mujeres muy elegantes que rivalizaron para conmigo en adulaciones y coqueterías. En una palabra, salí de allí á eso de las once, dominado por una de esas crisis de fatuidad en que se siente uno dueño del mundo, y me apeé en nuestro Círculo, establecido entonces en el hotel de la plaza Vendôme, á donde me había guiado uno de los convidados que se brindó á hacerme los honores de la reunión. Como casi no conocía á nadie allí, no había puesto en él los pies seis semanas después de haber sido admitido. Dos pintores me habían servido de padrinos, y sólo la perspectiva de la Exposición anual me había decidido á hacerme socio, á pesar de la cuota, que me parecía entonces muy cara. Era yo tan ingenuo, que pregunté á mi guía cómo se llamaba el juego que tenía reunidas alrededor de la mesa á tantas personas. El se echó á reir, y me demostró en dos palabras las reglas del *baccarat*.

—¿No os tienta esto?— me dijo.

—¿Por qué no?— contesté algo

mortificado de mi ignorancia — pero no tengo dinero.

Sin dejar de reir, me explicó cómo me bastaría firmar un pagaré para recibir sobre mi palabra hasta tres mil francos, á condición de devolverlos dentro de las veinticuatro horas. Después comprendí que aquel mozo me había tentado para jugar él con la buena suerte de un principiante. Pero yo me hubiera bastado solo para caer en la tentación. Me encontraba en uno de esos momentos en que gritaría uno, como aquel otro, al barquero durante la tormenta: «Llevas á César y su fortuna»... ¡Oh! Un César bien pequeño y una fortuna reducidísima, porque me senté á la mesa diciendo á mi compañero:

—Voy á firmar un pagaré de cinco luises, y si pierdo, me voy...

—Y perdió V. y se quedó.

—Tengo un vestido del mismo color — dije yo. — ¡Me acuerdo de haber formado tantas veces esas prudentes resoluciones y de no haberlas cumplido!

—La cosa no fué tan fácil — replicó Miraut.

Mi tentador, que se había sentado junto á mí, me dijo que aguardase mi mano. Le obedecí. Tiro nueve. Yo había arriesgado mis cinco luises.

—Haga V. doble puesta — me dice al oído mi consejero.

Tiro ocho. Sigo doblando siete, y gano. En fin, de nueve en ocho y de ocho en siete, y siempre doblando, paso seis veces seguidas. A la séptima tirada, y siempre inspirado por mi compañero, hago un luis tan sólo. Pierdo; pero tenía unos tres mil francos ante mí. Mi guía, que había ganado casi otro tanto, se levanta y me dice:

—Si es V. razonable, haga como yo.

Pero ya no le escuchaba yo. Acababa de experimentar una sensación demasiado fuerte para dejar aquello así.

No pertenezco á la escuela de los que V. llama analistas, y yo, perdone V. la frase, de los que cortan un cabello en cuatro, y egoístas. No me paso la vida en mirarme pensar y sentir. Dispensadme, pues, si no os declaro sino en globo y por medio de imágenes lo que por mí pasaba. Durante los cortos instantes en que había ganado, había invadido repentinamente todo mi sér un embriagador orgullo. Un exaltado sentimiento de mi personalidad me agitaba y me soliviantaba. Una sensación análoga he experimentado al nadar en mar gruesa. Aquella inmensa ola movible que os amenaza, os balancea, y á la que dominái con vuestra fuerza, es ciertamente el símbolo exacto de lo que fué el juego para mí en aquel primer período, el de la ganancia;

porque nuevamente gané en iguales proporciones que un momento antes, y luego más. No arriesgaba grandes puestas sino sobre mi mano y sobre la de los demás; jugadas insignificantes; pero cada vez que tocaba las cartas, tenía un humor tan insolente, que primero callaban todos, y luego cuando tiraba, prorrumpían como en un rumor de admiración. Quizá sin aquella admiración hubiera tenido valor para dejarlo. Pero ¡ay! siempre he tenido un amor propio de todos los diablos que me ha hecho hacer mil tonterías, y con mis canas, todavía ha de hacerme cometer otras muchas sin duda. Lo conozco, me doy cuenta de ello, y luego, cuando tengo espectadores, adiós mi dinero, no puedo sufrir que digan: «Se ha echado atrás.» Es sublime ser así cuando la escena pasa sobre el puente de Arcole; pero ante una mesa de baccarat, y al azar de una carta, es estúpido. Sin embargo, este orgullo infantil fué causa de que después de haberme hecho notar en mi buena fortuna, no quise ceder ante la mala cuando conocí que se acercaba. Porque lo conocí. Llegó un instante en que comprendí que iba á perder, y aquella especie de lucidez victoriosa que me había hecho coger las cartas con una confianza absoluta se eclipsó de repente. Estaba escrito que yo había de experimentar, en una misma sesión, todas las emociones que el juego produce á sus aficionados, porque después de haber conocido la borrachera de la ganancia, experimenté la seca y punzante embriaguez de la mala suerte. Porque existe. Ya conocéis la célebre frase: «En el juego, después del placer de ganar, hay el de perder». No encuentro otra frase para explicaros esa especie de ardor emponzoñado, esa mezcla de esperanza y de desesperación, de cobardía y de encarnizamiento. Se cuenta con dominar la mala suerte, y se tiene la seguridad de que se saldrá vencido. Se pierde la facultad de raciocinar, y se hacen puestas que se sabe que son absurdas. Y la ganancia corre, primero las fichas, luego los tantos encarnados, los blancos, y se firman nuevos pagarés. Después de haber tenido, durante diez años seguidos, el valor de mirarme antes de gastar los veinte céntimos de un tranvía, como yo hice, se juegan quinientos y mil francos sin vacilar. Pero voy á haceros el resumen de todo en dos palabras. Había entrado en el Círculo á las once, y á las dos abría la puerta de mi casa, habiendo perdido sobre mi palabra los tres mil francos de mi crédito, que era, como os lo he dicho, casi todo lo que poseía.

—Pues bien—dije yo—si después

de aquella sacudida no se ha hecho usted jugador, es que no tiene vocación. Era para perderse para siempre.

—Tiene V. razón—replicó Miraut.—Cuando me desperté al día siguiente del sueño abrumador que sigue á semejantes sensaciones, se me representó de nuevo, y ya no tuve más que dos ideas: la de tomar mi desquite aquella noche misma y la de combinar mis apuestas con arreglo á la experiencia adquirida. Reconstituí mentalmente ciertas jugadas que había perdido y que hubiera debido ganar, unas tirando y otras no tirando á cinco. De pronto mis ojos se fijaron sobre la carta dirigida á Ladrat ¡y que la víspera había dejado sobre la mesa. Un cálculo involuntario me demuestra interiormente que con dar aquel dinero hago un sacrificio insensato. Pagados los tres mil francos de mi deuda, ya no me quedaría casi nada. Para reunir una cantidad que me permitiese volver allá por la noche (y yo conocía que no podía dejar de volver), necesitaba tomar prestado del tratante en cuadros y malbaratar algunos estudios. Así podría recoger unos cincuenta luises, y de aquellos iba á distraer diez para aquel perezoso, para aquel borracho, para aquel embustero. Porque yo intenté demostrarme á mí mismo que su carta no era más que un tejido de falsedades. La cogí y la volví á leer. Su acento me desgarró nuevamente el corazón. Pero, no. No quise oir aquella voz, y me eché abajo de la cama para escribir apresuradamente un billete negativo. Le escribí en términos breves y secos, para interponer una barrera infranqueable entre mi antiguo camarada y mi compasión. Cuando envié el billete, sentí un poco de vergüenza y de remordimiento; pero me aturdí á más y mejor con los muchos paseos que tuve que dar. Por otra parte, me decía yo para acallar mi conciencia, si gano, siempre estaré á tiempo de enviar la cantidad á Ladrat mañana. Y ganaré.»

—¿Y ganó V.?—le pregunté yo viendo que se callaba.

—Sí—respondió con voz completamente alterada—y más de quinientos luises; pero al día siguiente era demasiado tarde. Inmediatamente después de haber recibido la negativa de mi billete, Ladrat, que no me había engañado, se sintió poseído del frenesí de la desesperación. Su compañera y él tomaron la fatal resolución de asfixiarse. Encontráronlos muertos en su cama, y yo fuí, yo, nótelo V. bien, el que hice descerrajar la puerta. Llegué con los doscientos francos... sí, ¡era demasiado tarde!... Ahí tiene V. por qué se acuerda de haber

leído en los periódicos ese nombre de Ladrat. ¿Comprende V. ahora por qué la sola vista de una carta me inspira horror?

—Vamos—le dije—si le hubiera V. enviado el dinero la víspera, le hubiera salvado un mes, dos meses; pero hubiera vuelto á caer, el vicio le hubiera dominado de nuevo, y hubiera acabado como acabó.

—Es posible—contestó el pintor—pero mirad, en la vida nunca debe ser uno la gota de agua que haga rebosar el vaso.

P. Bourget.

TOC... TOC... TOC...

Nos sentamos en corro, y nuestro amigo Alejandro Vassilievitch—alemán de apellido, pero ruso á macha martillo—comenzó así:

I

Señores, voy á contaros una historia que me ocurrió hacia 1830... Como veis, hace de esto cuarenta años. Seré breve, no me interrumpáis.

Habiendo salido recientemente de la Universidad, vivía yo entonces en Petersburgo. Mi hermano era portaestandarte de artillería montada de la Guardia. Su batería estaba en el campamento de Krasnoe-Selo. Esto sucedió en verano. Mi hermano no estaba alojado en el mismo Krasnoe-Selo, sino en una aldeilla de los alrededores, donde á menudo iba yo á verle. Así trabé conocimiento con todos sus camaradas. Habitaba en una barraca bastante curiosita, á medias con un oficial de su batería, Elías Stepanich Teglew, á quien por eso trataba yo con más intimidad que á los otros.

Ya está pasado de moda Marlinsky, nadie lo lee, y su nombre hasta inspira sonrisas; pero por aquella época metía mucho ruido, y según el sentir de la juventud de entonces, el mismo Pouchkine no podía compararse con él. No sólo se le consideraba como el primero de los escritores rusos, sino (lo que es más difícil y raro) que había impreso su sello en la generación contemporánea. Héroes á lo Marlinsky encontrábanse á cada paso, en provincias sobre todo, y particularmente en el ejército y entre los artilleros; hablaban y escribían en su jerga; en sociedad guardaban una actitud sombría y reconcentrada, «con la tempestad en el alma y fuego en la sangre», como el teniente Belozoz de la fragata *Nadèdja*. «Devoraban» los corazones de las mu-

jeres. Se les dirigía la denominación de «fatales». Sabido es que este tipo se conservó durante mucho tiempo, hasta la época de Petchorine (1). ¡Qué de cosas no se encontraban dentro de este tipo! El byronismo, el romanticismo, los recuerdos de la Revolución francesa, de los decembristas—y la idolatría de Napoleón; la fe en el destino, en la estrella, en la fuerza del carácter, de la actitud estudiada y de la fraseología—y las angustias del vacío; las inquietantes fluctuaciones de un mezquino amor propio—al mismo tiempo que la audacia y la energía activa; tendencias generosas—y una pésima y grosera educación; gustos aristocráticos—y frivolidades de pisaverde... Pero, basta de filosofías; he prometido una narración.

II

El subteniente Teglew pertenecía á ese grupo de los personajes «fatales», aun cuando carecía de las circunstancias exteriores con las cuales nos representamos aquella clase de héroes: por ejemplo, no se parecía en nada al «fatalista» de Lermontof.

Era un hombre de regular estatura, bastante fuerte, ligeramente encorvado, rubio y con las cejas casi blancas; su cara era redonda y fresca, sonrosadas sus mejillas, nariz distinguida, frente baja y ancha por las sienes, labios regordetes, bien dibujados y eternamente inmóviles: no se reía, ni siquiera sonreíase jamás. Sólo á veces, cuando estaba fatigado y abría la boca para tomar aliento, dejaba ver unos dientes regulares, blancos como azúcar. La misma inmovilidad artificial notábase en todas sus facciones, que sin ella hubiesen tenido una expresión de benevolencia. La única parte de su rostro que no era de las que se ven por lo común, eran sus ojos, de pupilas verdes y pestañas amarillas. El ojo derecho parecía más alto que el izquierdo, cuyos párpados entornados daban á su mirada un extraño carácter de *desigualdad* y de soñolencia. La fisonomía de Teglew, sin carecer de cierto encanto, tenía una expresión constante de disgusto con un matiz de perplegidad, como si persiguiese dentro de sí mismo una idea triste sin poder alcanzarla. Todo esto no le daba una expresión de altivez; antes al contrario, tenía el aspecto de un hombre secretamente ofendido. Hablaba muy poco, con carraspera, tartamudeando y repitiendo las palabras sin necesidad. Al hablar, no empleaba esas expresiones estrafalarias propias de los fatalistas, y sólo recurría á ellas en sus cartas; su escritura parecía la de un niño. Sus jefes teníanle en concepto de un oficial «ni fú, ni fá», sin capacidad excesiva ni exceso de celo. «Es puntual, pero no solícito», decía de él un General de origen alemán. Para con

(1) Héroe de una novela de Lermontof.

los soldados también era «ni fú, ni fá», ni carne, ni pescado. Vivía modestamente, con arreglo á su posición. A la edad de nueve años había quedado huérfano; su padre y su madre ahogáronse al atravesar en una barcaza el río Oka, en la época de las crecidas de primavera. Educado en un colegio particular, estaba entre los alumnos más lentos de comprensión pero más tranquilos; á gusto suyo y por recomendación de un primo, hombre influyente, consiguió entrar de portaestandarte en la artillería montada de la Guardia, sufriendo no sin trabajo el oportuno examen, y luego el de subteniente. Sus relaciones con los demás oficiales eran muy tirantes. No le querían; rara vez iban á verle y él tampoco visitaba á casi nadie. Molestábale la presencia de los extraños, con los cuales era encogido y lerdo; no tuteaba á nadie; en una palabra, no tenía ninguna cosa propia de un verdadero camarada. Pero se le respetaba, no por su talento ó por su educación, sino porque se creía encontrar en él ese «no sé qué» característico de los personajes «fatales». Entre los camaradas de Teglew ninguno decía: «Hará carrera, se distinguirá»; pero nadie juzgaba tampoco imposible que llegase algún día ser un Napoleón. Pues en estas cosas influye la «estrella» de cada cual; y Teglew era un hombre «predestinado».

III

Dos circunstancias, que se remontaban á sus primeros tiempos en el servicio militar, contribuyeron poderosamente á dejar sentada su reputación de hombre fatal. El mismo día de su promoción (esto era á mediados de Marzo) paseábase con uniforme de gala por los muelles del Neva, en compañía de algunos oficiales recién ascendidos como él. Ese año adelantóse la primavera, y el Neva comenzaba á deshelarse; los grandes témpanos habían desaparecido, pero una tenue y continua costra de hielo, empapada de agua, cubría aún el río. Aquellos jóvenes estaban hablando unos con otros y riéndose, cuando de pronto detúvose uno de ellos: había visto á veinte pasos de la orilla, sobre el hielo que se movía con lentitud, un perro pequeño; el pobre animalito temblaba con todos sus miembros, dando aullidos lastimeros. «Está perdido», murmuró entre dientes el oficial. Arrastrado poco á poco el perro, pasó por delante de una rampa que llegaba hasta el nivel del agua. Sin decir una palabra, de repente bajó Teglew por la rampa, se arrojó sobre la delgada capa de hielo, tan pronto hundiéndose como saliendo á flote, se acercó al perro, le cogió por el pescuezo, y regresando sano y salvo, lo dejó encima de las losas. Era tan grande el peligro á que se expuso

Teglew y tan inesperada su acción, que sus compañeros se quedaron literalmente petrificados, y no recobraron el uso de la palabra (todos á un tiempo) sino cuando llamó á un cochero para meterse en su casa; todo su uniforme estaba chorreando. Contestando á sus exclamaciones, Teglew dijo con indiferencia que nadie puede marrar su destino; é hizo señas al cochero para que arrancase.

—Pues llévate el perro como recuerdo—le dijo á gritos un oficial.

Teglew hizo con la mano un ademán de tenerle sin cuidado, y sus camaradas miráronse unos á otros con mudo asombro.

La otra circunstancia ocurrió pocos días después, en una partida de juego en la residencia del comandante de su batería. Teglew estaba sentado en un rincón, sin tomar parte alguna en el juego.

—¡Ah, si (como en la *Sota de espadas* de Pouchkine) me hubiese dicho de antemano alguna vieja cuáles son las cartas que deben ganar!—exclamó un teniente al perder su tercer millar de puntos.

Teglew se acercó en silencio á la mesa, tomó la baraja, cortó y dió vuelta á los naipes, diciendo: «Seis de oros». En efecto, abajo estaba el seis de oros. «As de bastos», añadió; cortó de nuevo y apareció debajo el as de bastos. «Rey de oros», murmuró con voz iracunda y apretando los dientes; por tercera vez había adivinado. En el acto se puso rojo: de seguro que él mismo no había esperado aquello.

—¡Excelente escamoteo! Repetidlo otra vez—dijo el comandante.

—No me ocupo de suertes de naipes—respondió Teglew con sequedad, y se marchó á otra pieza.

Yo no me explico de qué manera había adivinado las cartas; pero lo vi por mis propios ojos. Después de él intentaron hacer lo mismo la mayoría de los jugadores presentes: nadie lo consiguió. Algunos de ellos pudieron á lo sumo acertar una carta; pero dos seguidas, imposible. ¡Y Teglew había adivinado tres seguidas! Esta circunstancia confirmó de nuevo su reputación de hombre fatal y misterioso.

IV

Compréndese cómo Teglew se aferró en seguida á aquella reputación: le daba una importancia propia suya, un colorido particular. *Eso le daba representación*, según suele decirse, y con su escaso talento natural, sus insignificantes conocimientos y su enorme amor propio, veníale de molde aquella reputación. Merecerla hubiera sido difícil, sostenerla era muy sencillo: bastaba con callarse y aislarse. Pero el haber simpatizado yo con Teglew no fué á causa de esta reputación, ni el haberle querido de veras puedo afirmarlo. En primer término, le quería porque también yo mismo era un poco salvaje, y encontraba en él un semejante mío; además, porque era bueno y, en

el fondo, de una gran sencillez de corazón. Me inspiraba un sentimiento como de compasiva lástima; á parte de aquella fama *fatal* que le había dado el azar, creí ver pesar sobre él un trágico destino que él mismo no sospechaba. Naturalmente, procuré no dejarle que viese en mí tal sentimiento. ¡Inspirar compasión! ¿Cabe mayor ofensa para un hombre fatal? Teglew, por su parte, sentíase predispuesto en mi favor; estaba á gusto conmigo, conversaba; en mi presencia se decidía á bajar de ese extraño pedestal donde le habían puesto los demás... mejor que él mismo. Atormentado por un amor propio enfermizo, probable es que en el fondo de su alma confesase que nada justificaba en él este amor propio, y que los demás acaso le mirarían por encima del hombro... mientras que yo, mozo de diez y nueve años, no le perturbaba. El temor de decir alguna vulgaridad ó alguna incongruencia delante de mí, no oprimía su corazón siempre alerta. Algunas veces hasta llegaba á ser parlanchín, y entonces era ventajoso para él que nadie oyese sus discursos, excepto yo, pues no habría conservado mucho tiempo su reputación. No sólo sabía muy poca cosa, sino que apenas leía nada, limitándose á recolectar anécdotas é historias muy conocidas. Creía en los presentimientos, en las predicciones, en los presagios, en los encuentros fortuitos, en los días fastos y nefastos, en la persecución ó en la protección por el destino, en la importacia de la vida en una palabra. Hasta creía en ciertos años «climatéricos», de que alguien había hablado delante de él, pero sin comprender nada de lo que significaba esta palabra. Las verdaderas gentes «fatales», las de pura sangre, no se creen en el deber de profesar semejantes creencias; su misión consiste en inspirárselas á los demás... Pero por este lado, yo era el único que conocía á Teglew.

V

Cierto día (bien me acuerdo, era San Elías, el 20 de Julio) fuí á ver á mi hermano y no le encontré; le habían enviado no sé á dónde, por toda la semana, en asuntos del servicio. No teniendo ganas de volverme á Petersburgo, me puse á recorrer con mi escopeta las marismas circunvecinas, maté un par de chochas y pasé la velada con Teglew bajo el sobradillo de una granja, donde había establecido él su residencia de verano, según su expresión. Charlamos á tuertas y derechas, tomando té, fumando en nuestras pipas, y conversando ya con el propietario, un finlandés rusificado, ya con un buhonero que rondaba en torno de la batería vendiendo «naranjas y hermosos limones»; este hombre, amable y chistoso, entre otros talentos, tenía el de tocar la guitarra, nos refirió un amor desgraciado que en tiempos remotos había sentido por la hija de un guardia municipal. En una

edad más madura, este Don Juan, de blusa roja, no había conocido ya ninguna otra pasión desgraciada. Ante la puerta de nuestra granja extendíase una vasta llanura con suavísima bajada. Brillaba á trechos un riachuelo encajonado en su álveo. En lontananza cerraba el horizonte una estrecha faja de selvas. Aproximábase la noche; estábamos solos. Con la noche se envolvió la tierra en un manto de vapor ligero y húmedo, que, extendiéndose más y más, acabó por convertirse en una densa niebla. La luna se remontó por el cielo. Toda la niebla quedó penetrada y como dorada por su fulgor. Todo parecía cambiado de sitio, confundido y embrollado de una manera extraña: lo que estaba lejos parecía cercano, lo que estaba cerca parecía lejano; lo que era grande semejaba pequeño, lo que era pequeño convertíase en grande... Todos los objetos eran á la vez claros y confusos. Estábamos transportados ni más ni menos que á un reino de los cuentos de hadas, al reino de la neblina blanca y dorada, de la tranquilidad profunda, del sueño ensoñador y ligero... ¡Y cuán misteriosamente brillaban allá arriba las estrellas, con sus rayos de plata, á través de ese gran velo blanco! Ambos nos callamos. El fantástico aspecto de aquella noche obraba en nosotros y nos predisponía á lo maravilloso.

VI

El primero que tomó la palabra fué Teglew, y con sus perplejidades, sus interrupciones y sus machaconeos ordinarios, habló de presentimientos..., de fantasmas. Refirióme que una noche como aquella, cierto amigo suyo, estudiante, y desde poco tiempo atrás ayo de dos huérfanos, con los cuales estaba alojado en un pabellón de jardín, había visto una cara de mujer inclinada sobre la cabecera del lecho de él, y á la mañana siguiente reconoció aquel rostro en un retrato en que hasta entonces no se había fijado, y que era el de la madre de ambos niños. En seguida me contó que sus propios padres creían oir constantemente ruido de agua, pocos días antes de morir ahogados; que durante la batalla de Borodino salvóse de la muerte su tío por una circunstancia insignificante, y fué que, habiéndose agachado para cojer un guijarro grisáceo, una bala de cañón pasó en aquel momento sobre su cabeza, cortándole su largo plumero negro. Teglew me prometió hasta enseñarme ese guijo que había salvado á su tío y que tenía engarzado en un medallón. Después me habló de la misión de todo hombre y de la suya en particular; y añadió que siempre había creído en ella hasta entonces, y que si alguna vez le cupiesen dudas acerca de esto, se libraría de ellas quitándose la vida,

porque desde entonces la vida no tendría interés ninguno para él.

—¿Os figuráis acaso—dijo mirándome con el rabillo del ojo—que no tendría valor para hacerlo? No me conocéis... ¡Tengo una voluntad de hierro!

—¡Magnífica expresión!—dije para mis adentros.

Teglew se quedó meditabundo, respiró con fuerza, y dejando á un lado la pipa, me declaró que ese día de San Elías, el de su fiesta onomástica, era para él de una importancia suma...

—Es...—añadió—es para mí siempre una mala fecha.

Nada le respondí, y me limité á mirarle sentado ante mí, abatido, doblado, confuso, con su mirar soñador y velado, dirigido hacia el suelo.

—Hoy—continuó—una vieja mendiga (Teglew no dejaba nunca pasar un pobre sin darle limosna) me ha dicho que rezaría por mi alma. ¿No es extraño eso?

Hay gentes, pensé, á quienes les agrada ocuparse de sí mismas constantemente. Sin embargo, debo añadir que las últimas palabras de Teglew las pronunció con una desusada expresión de inquietud y de trastorno. No era melancolía «fatal»; algo le oprimía y devoraba realmente. Lo que más me chocaba era la expresión de abatimiento difundida en sus facciones. ¿Sentía quizá nacer en él esas dudas sobre las cuales acababa de decirme algunas palabras? Poco antes, habíanme hablado sus camaradas acerca de un proyecto presentado por él á sus jefes sobre no sé qué reforma en la artillería, y se lo habían devuelto con una «reprimenda». Conociendo su carácter, no me cabían dudas de que el desdén de sus jefes le habría herido profundamente; mas parecíame ver en Teglew algo más íntimo, de un matiz personalísimo.

—Hace humedad—dijo de pronto meneando los hombros.—Entremos en la barraca. Ya es hora de dormir. Era en él un hábito eso de mover así los hombros y volver la cabeza á derecha é izquierda, llevándose la mano á la garganta y á la nuca, como quien lleva puesto un cuello que le aprieta. Me parecía como que el carácter entero de Teglew se manifestaba en ese movimiento intranquilo y nervioso. Este mundo le venía estrecho.

Nos metimos en la barraca y nos acostamos: él en el rincón de las imágenes y yo en el rincón opuesto, sobre un banco donde había un poco de heno.

VII

Teglew dió muchas vueltas en su lecho; y en cuanto á mí, no podía quedarme dormido. ¿Me habían sacudido los nervios sus relatos, ó aquella extraña noche habíame irritado la sangre? No lo sé; pero me era imposible dormir. El mismo deseo de dormir concluyó por disiparse, y me quedé con los ojos abiertos, en tensión mi espíritu, persiguiendo las más incoherentes

ideas, como ocurre siempre en las horas de insomnio. Al dar vueltas á un lado y á otro, extendí el brazo... y mis dedos tropezaron contra una de las vigas que formaban las paredes. Ese choque produjo un sonido débil, pero vibrante y bastante prolongado... sin duda vine á dar contra un sitio en hueco.

Toqué de nuevo, pero aquella vez voluntariamente. Produjose idéntico sonido. Repetí los golpecitos otra vez... Teglew levantó bruscamente la cabeza, y exclamó:

—Riedel, ¿no oye V.? Llaman en la ventana.

Hice como que dormía. Se me puso en la cabeza burlarme un poco de mi «fatal» compañero, ya que no me podía dormir.

Dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada.

Dejé pasar un rato, y luego di otros tres golpes.

Teglew volvió á levantar la cabeza y se puso á escuchar.

Volví á mis golpecitos. Estaba acostado de manera que se veía mi cara, pero no era posible que me viese la mano que sacaba yo por debajo de las mantas.

—¡Riedel!—exclamó Teglew.

No le respondí.

—¡Riedel!—repitió en voz más alta. —¡Riedel!

—¿Qué? ¿Qué hay?—le contesté con el tono de un hombre que se despierta.

—¿No oye V.? Alguien toca en la ventana. ¿Querrán entrar?

—Será un transeunte—balbuceé.

—Hay que hacerle entrar ó saber qué pasa.

No le respondí, é hice de nuevo como que me había dormido.

Pasaron algunos minutos. Al cabo de ellos, renové mi jugarreta.

Toc... toc... toc...

Teglew se puso en seguida sentado, y escuchó.

Toc... toc... toc. Toc... toc... toc...

A través de mis párpados entornados, podía atisbar todos sus movimientos, gracias á la blanquizca claridad de la noche. Ora se volvía hacia la puerta, ora hacia la ventana. En efecto, era difícil saber de dónde provenía el ruido: hubiérase dicho que volaba dentro de la estancia, rasando las paredes. Por casualidad, había topado con un foco acústico.

Toc... toc... toc...

—¡Riedel!—exclamó al fin.—¡Riedel! ¡Riedel!...

—Pero, ¿qué pasa?—le dije, bostezando.

—¿De veras no ha oído V. nada? Alguno está llamando.

—Bueno, déjele que llame.—Fingí otra vez dormirme y hasta roncar...

Calmóse Teglew.

Toc... toc... toc...

Teglew saltó de la cama, abrió la ventana, é inclinándose hacia fuera gritó con voz ronca:

—¿Quién va? ¿Quién toca?

Luego abrió la puerta y repitió su pregunta. Relinchó á lo lejos un caballo, y eso fué todo.

Volvióse á su lecho.

Toc... toc... toc...

Teglew se volvió con lentitud, y se sentó otra vez.

Toc... toc... toc...

Teglew se puso á escape las botas, echóse sobre los hombros el capote de oficial, y descolgando de la pared su sable, salió de la barraca. Le oí dar la vuelta dos veces y preguntar á cada instante: «¿Quién va? ¿Quién anda ahí? ¿Quién llama?» Después callóse de pronto, se detuvo en la calle, no lejos del rincón donde estaba yo echado; y sin decir una palabra, entrando otra vez en la barraca, se acostó vestido.

—*Toc... toc... toc...*—repetí de nuevo.—*Toc... toc... toc...*

Pero Teglew no se movió ni preguntó ya «¿Quién toca?» Apoyó la cabeza entre las manos.

Viendo que aquello ya no hacía efecto, dejé transcurrir un rato; al cabo del cual fingí despertarme, y mirando á Teglew, manifesté asombro:

—¿Ha salido V.?

—Sí—contestó con indiferencia.

—¿Ha continuado V. oyendo ese ruido?

—Sí.

—¿Y no ha visto V. á nadie?

—No.

—¿Ha cesado el ruido?

—No lo sé. Ahora todo me da igual.

—¿Ahora?... ¿Y por qué ahora?

Teglew no respondió.

Tuve un impulso de vergüenza y de remordimiento, pero no pude resolverme á confesarle mi picardigüela.

—Escuche V.—le dije—estoy seguro de que todo eso no ha existido más que en su imaginación.

Teglew frunció el entrecejo.

—¡Ah! ¿Lo cree V. así?

—¿No dice V. que cree haber oído tocar?...

—También he oído otra cosa—interrumpió.

—¿Pues qué?

Teglew se inclinó hacia adelante y se mordió los labios. Es evidente que vacilaba...

—¡Me han llamado!—dijo al fin á media voz, volviendo la cabeza.

—¡Le han llamado! ¿Quién le ha llamado?

—Una... (Teglew continuaba mirando á hurtadillas.) Un ser á quien hasta ahora suponía yo muerto, sin estar seguro... Pero ahora he adquirido la certidumbre de ello.

—¡Le juro, Elías Stepanitch, que todo esto sólo existe en la imaginación de V.!

—¿En mi imaginación?—repitió—¿Quiere convencerse V. mismo de ello?

—Aceptado.

—Entonces, salgamos.

VIII

Me vestí con prontitud, y seguí á Teglew. Al otro lado de la calle y frente á la barraca no había casas, sino un seto bajo abierto acá y allá, á partir del cual descendía hasta el llano una cuesta bastante pendiente. La nie-

bla continuaba envolviendo todos los objetos; á veinte pasos, casi no se distinguía la forma de nada. Atravesamos el seto y nos detuvimos.

—Aquí es—dijo, bajando la cabeza.—No se mueva, no hable y escuche. Agucé el oído como él, y nada oí, excepto ese murmurio incesante y casi imperceptible, que es como el resuello de la noche. Permanecimos inmóviles durante algunos minutos, mirándonos con intervalos uno á otro. Cuando nos disponíamos á volver á entrar, una voz débil como un soplo y que parecía salir del seto murmuró:—¡Elías!

Miré á Teglew; mas parecía no haber oído nada, y permanecía con la cabeza baja.

—¡Elías!... ¡Elías...—volvió á decir la voz con más claridad, tanto que pudo notarse que era la voz de una mujer.—Ambos nos estremecimos.

—¡Vamos!—me dijo Teglew en voz baja:—ahora ya no dudará V.

—Espere—le contesté en el mismo tono—esto no prueba nada aún. Es preciso ver si hay por ahí alguien... algún bromista...

Me lancé á través del seto y avancé en dirección al sitio de donde había partido la voz, según mi parecer.

Bajo mis piés sentía la tierra blanda y desterronada; largas fajas paralelas perdíanse de vista entre la niebla. Me encontraba en un huerto. Pero nada se movía delante de mí, ni en mi derredor. Todo parecía sumido en el letargo del sueño. Di otros cuantos pasos.

—¿Quién anda ahí?—exclamé con una expresión que me recordaba enteramente la de Teglew un poco antes.

Pirr... Una codorniz asustada salió bajo mis piés y levantó el vuelo hacia los aires, recta como una bala. Involuntariamente, me estremecí... ¡Qué niñería!

Miré atrás. Teglew estaba aún en el sitio donde le dejé. Me acerqué á él.

—Pierde V. el tiempo en buscar—me dijo.—Esa voz ha llegado hasta nosotros... hasta mí... desde muy lejos.

Se pasó la mano por la cara y dirigióse á paso lento al barracón; pero yo no quise entrar tan pronto, y me volví al jardín. No podía caber ni sombra de duda de que alguien llamó, en efecto, tres veces ¡Elías!, y me era preciso confesar que en aquel llamamiento había algo de doliente y misterioso. Pero, ¿quién sabe? Esto parecía incomprensible, y podría explicarse quizá con tanta sencillez como el ruido que había turbado á Teglew.

Anduve á lo largo del seto, parándome á veces para observar en torno mío. Junto al seto, y á corta distancia de nuestra barraca, alzábase un viejo sauce de frondosa copa; parecía una mancha negra en medio de la blancura de la niebla, de esa blancura opaca que deja á oscuras y detiene las miradas mejor que las sombras de la noche. De pronto me pareció ver una cosa bastante grande y viva moverse junto al sauce. Me adelanté gritando: ¡Alto! ¿Quién va? Oí pasos ligeros, como los de una liebre. Una figura extraña (¿hombre ó mujer? no pude dis-

tinguirlo), deslizóse con rapidez cerca de mí. Quise cogerla, pero habiéndome faltado la acción di un traspié y me caí sobre unas ortigas que me abrasaron la cara. Al apoyarme en tierra para levantarme, sentí bajo mi mano un objeto duro: era un peine de cobre esculpido, pendiente de un cordón, por el estilo de los que llevan los aldeanos rusos colgando de la cintura.

Fueron vanas mis ulteriores pesquisas, y regresé á la barraca con las mejillas acribilladas á picaduras y llevando el peine en la mano.

IX

Encontré á Teglew sentado en un banco. Sobre la mesa había una vela encendida ante él, y estaba escribiendo no sé qué en un álbum que jamás abandonaba. Cuando me vió, precipitadamente escondió el álbum en el bolsillo y se puso á cargar la pipa.

—¡Mire V., amigo mío—le dije—el trofeo que traigo de mi campaña!

Le enseñé el peine y le referí lo que me había sucedido junto al sauce.

—Sin duda—añadí—es algún ladrón á quien he asustado. Ya sabe V. que ayer robaron un caballo en la vecindad.

Teglew se sonrió fríamente y encendió la pipa. Me senté á su lado.

—Ya estará V. convencido, Elías Stepanitch, de que la voz que hemos escuchado venía de esas regiones incógnitas...

Me impuso silencio con un gesto imperativo.

—Riedel, no tengo ganas de broma; no se burle V., se lo suplico.

En efecto, Teglew no estaba de humor para chanzas. Habíase transformado su rostro. Parecía más pálido, más expresivo y más alargado. Sus extraños ojos *desiguales* se movían vagamente con lentitud, y continuó diciendo:

—No creí tener que contar nunca á otro... á otro hombre, lo que va V. á escuchar, y que debía morir... sí, morir dentro de mi pecho. Pero, evidentemente, esto es necesario. Lo pone el destino así. Escuche V.

Y me refirió toda su historia.

Ya he dicho á Vds., señores, que Teglew era un pésimo narrador. Pero lo que más me extrañó aquella noche fué, no sólo la dificultad con que pintaba los sucesos que á él mismo le habían acaecido, sino que el timbre de su voz, sus miradas, los ademanes de sus manos, los movimientos de sus dedos, todo parecía en él embarazoso, fingido, falso, en una palabra. En aquella época aún era yo muy joven y muy inexperto, y no sabía que la costumbre de expresarse con énfasis, la falsedad de tonos y actitudes, pueden llegar hasta tal punto, que ciertas personas son incapaces de librarse de ello: es una maldición de una clase particular. Andando el tiempo me aconteció encontrar una señora, que empleaba expresiones tan exageradas, gestos tan

teatrales y movimientos de cabeza tan melodramáticos al hablarme de la impresión que le había causado la muerte de su hijo, de su «incomensurable» dolor y del miedo que tenía de perder el juicio, que pensé para mí: «¡Cuántos visajes y embustes! ¡Jamás ha amado á su hijo!» Y ocho días más tarde supe que, en efecto, la pobre mujer se había vuelto loca. Desde entonces fuí mucho más circunspecto en mis juicios y me fié mucho menos de mis propias impresiones.

He aquí en breves frases el relato que me hizo Teglew. Además de su tío (que era un hombre de elevada posición), tenía en Petersburgo una tía de menos alta alcurnia, pero bastante rica; quien, careciendo de hijos, había adoptado á una niña abandonada, educándola de un modo conveniente y tratándola como si propia hija suya hubiese sido. Se llamaba María. Veíala Teglew casi á diario. Concluyeron por amarse, y María se entregó á él. Descubrióse el misterio. Furiosa la tía de Teglew, expulsó ignominiosamente á la pobre muchacha y partió para Moscu, donde adoptó é instituyó por heredera suya á una señorita noble. De regreso María en casa de sus padres, pobres y dados á la embriaguez, tuvo que sufrir cruel destino. Teglew la había prometido casarse con ella, y no cumplió su palabra. En su última entrevista con ella, vióse obligado á explicarse; quiso saber ella la verdad, y logró saberla. «Bueno, contestó; puesto que no debo ser tu mujer, ya sé lo que me corresponde que haga.» Más de quince días habían transcurrido desde que se celebró aquella postrera entrevista.

—No me he engañado ni un solo instante acerca del sentido de sus últimas palabras—añadió Teglew.—Estoy persuadido de que se ha quitado la vida y de que... y de que *su* voz, *ella* misma es quien me llamaba desde allá arriba... hacia ella... He reconocido su voz... No hay sino un solo medio de concluir con esto.

—¿Pero por qué no se casó V. con ella, Elías Stepanitch?—le pregunté. —¿Es porque ya no la ama?

—De ningún modo. Todavía la amo apasionadamente.

Al oir esta respuesta, señores, me quedé mirando estupefacto á Teglew. Vínoseme á la memoria el recuerdo de uno de mis amigos, hombre inteligentísimo, quien se había casado con una mujer fea, tonta y pobre, y era desgraciado en su matrimonio. «¿La amabas sin duda?», le preguntó alguien en mi presencia. «Nunca la amé.» «Pues entonces, ¿por qué os habéis casado?» «¡Porque!...» Teglew amaba con pasión á aquella jovencita y no la hacía su esposa. ¿Por qué? Por la misma causa: «¡Porque!...»

—¿Por qué no se casa V. con ella?—repetí.

La mirada extrañamente soñolienta de Teglew vagaba sobre la mesa.

—No se puede... explicar eso... en pocas palabras—dijo titubeando.—Hubo sus motivos. Y además, es una chica plebeya. Y mi tío... también debía yo pensar en él.

—¿Su tío de V.?—exclamé.—Pero ¡qué tiene que ver con eso su tío! Apenas lo veía V. por Año Nuevo, al hacerle V. su serie de visitas de cumplido. ¿Cuenta V. con heredar sus bienes? Pero ¡si tiene una docena de hijos!

Hablaba yo con fuego... Teglew quedóse agobiado y su rostro se puso enrojecido... con un rubor desigual, por chapas...

—Nada de sermones, se lo ruego—dijo con voz sorda.—De todas maneras, no me justificaría. Soy el causante de su muerte, y preciso es ahora que pague mi deuda.

Bajó la cabeza y se calló. Por mi parte, nada encontraba ya que decirle.

X

Así permanecimos un cuarto de hora. Volvía él la vista hacia otro lado, yo le miraba y advertía que sus cabellos rizábanse de un modo particular sobre su frente; según dicho de un médico militar, por las manos del cual habían pasado muchos heridos, eso era un signo seguro de calor y sequedad del cerebro. Entonces paré mientes de nuevo en que la mano del destino pesaba como plomo sobre aquel hombre, y en que sus camaradas habían tenido razón para ver en él algo de fatal. Y durante este tiempo, condenábale yo en mi fuero interno. «¡Una plebeya!—pensé—Pues ¿qué clase de aristócrata eres tú?»

—Riedel, quizá me está V. condenando—dijo de pronto Teglew, como si hubiese adivinado mi pensamiento.—A mí mismo... me pesa de eso. Pero ¿qué hacer? ¿Qué hacer?

Apoyó su barba en la palma de la mano y se puso á roerse las uñas anchas y planas de sus dedos, cortos y rojos, fuertes como barras de hierro.

—Soy de parecer, Elías Stepanitch, de que ante todo debe V. asegurarse acerca de la realidad de sus presentimientos... Acaso esté buena y sana la amada de V.

¿Convendría decirle la verdadera causa del ruido? Y me respondí á mí mismo al punto: «No... más tarde.»

—Desde que estamos en el campamento, no me ha escrito ella ni una sola vez—me hizo notar Teglew.

—Eso nada prueba, Elías Stepanitch.

Teglew hizo con la mano un gesto negativo.

—¡No! Con seguridad que ya no es de este mundo. ¡Me ha llamado!...

De repente, dirigióse hacia la ventana.

—¡Otra vez tocan!

Me sonreí involuntariamente y exclamé:

—Dispense V., Elías Stepanitch; lo que es ahora son vuestros nervios. Fíjese: ya asoma el alba. Dentro de diez minutos saldrá el sol; son cerca de las cuatro, y las apariciones no se presentan á la luz del día.

Teglew me miró sombríamente, y murmurando un «adiós» echóse en el banco y me volvió la espalda.

Yo también me acosté, y recuerdo que antes de quedarme dormido estuve pensando: «Todas las reticencias de Teglew quieren decir: *¡Tengo la intención de matarme!* ¡Qué absurdo y qué farsa! ¡El mismo se ha negado á casarse, ha renunciado á casarse con ella, y de golpe y porrazo cátate que se quiere matar! ¡Esto no tiene sentido común! ¡No puede remediar el hacerse el figurón!»

Tras esto me quedé profundísimamente dormido; cuando abrí los ojos, el sol estaba ya muy alto en el cielo, y Teglew ya no estaba en el barracón. Su criado me dijo que se había marchado á la ciudad.

XI

Pasé un día fatigoso y aburrido. Teglew no volvió para el almuerzo ni á la hora de comer. Yo no esperaba á mi hermano. Hacia la entrada de la noche se levantó una niebla todavía más densa que la víspera. Me acosté bastante temprano. Un ruido que sonó en mi ventana me hizo despertarme.

Me llegó la vez de estremecerme.

Repitióse el ruido, pero tan real y claro, que no era posible tener dudas acerca de su realidad. Me levanté, abrí la ventana... y allá estaba debajo Teglew envuelto en su capote, con la gorra calada hasta los ojos, de pié, inmóvil.

—¡Elías Stepanitch!—exclamé.—¿Es V.? No le esperaba; entre. ¿Es que está cerrada la puerta?

Teglew movió negativamente la cabeza.

—No quiero entrar—dijo con voz sorda;—sólo quiero suplicarle que entregue mañana esta carta al comandante de la batería.

Me alargó un gran sobre lacrado con cinco sellos. Vacilé en tomarlo; sin embargo, maquinalmente, cogí la carta. Teglew puso á escape entre él y yo la mitad de la calle.

—¡Aguarde, espere V.!—le dije;—¿á dónde va? ¿Acaba de llegar ahora mismo? ¿Qué significa esta carta?

—Prométame V. hacer que llegue á su destino—dijo Teglew, y se alejó unos cuantos pasos más.

La niebla desvanecía sus contornos.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo. Pero ante todo...

Teglew siguió alejándose, hasta convertirse en una larga mancha oscura.

—Adiós, Riedel, adiós—dijo desde lejos.—No conserve mal recuerdo de mí... y no se olvide de Simeón...

Y desapareció la mancha.

Eso era demasiado. ¡Ah maldito buscafrases! pense. ¿Será preciso que siempre andes tras de hacer efecto?

Sin embargo, experimentaba una penosa impresión; un temor involuntario me oprimía el pecho. Me eché el capote sobre los hombros y salí.

XII

Pero, ¿á dónde encaminarme? La niebla me envolvía por todas partes. A cinco ó seis pasos aún era bastante translúcida, pero más lejos condensábase formando una especie de muro suave y blanco, cual algodón en rama. Me volví hacia la derecha en la calleja de la aldehuela, que concluía allí: nuestra casa era la penúltima. Más allá comenzaba la desierta llanura, salpicada de escasos matorrales. Al final del llano, á cuatro *verstas* del pueblecillo, había un macizo pequeño de álamos blancos cruzado por el río que rodeaba al villorrio un poco más abajo. Sabía yo muy bien todo eso, por haberlo visto con frecuencia de día; pero, á la sazón, me era imposible distinguir nada, y sólo por la densidad y la blancura más perceptibles de la niebla, es como podía yo adivinar el sitio en que el suelo bajaba y aquel por donde iba el río. Formaba la luna en el cielo una mancha pálida; pero su fulgor no tenía como la noche antes fuerza para atravesar el vaporoso espesor de la niebla: quedaba ésta suspensa encima como un amplio cortinaje opaco. Entré en el campo y me puse á escuchar: ningún ruido surgía de ninguna parte. Los chorlitos, nada más, eran quienes cantaban á silbos de vez en cuando.

—¡Teglew! —grite.—¡Elías Stepanitch!... ¡Teglew!

Mi voz se extinguió sin eco en torno mío, cual si la bruma hubiera impedido que se extendiese á lo lejos.

—¡Teglew!...—repetí.

Nadie respondió.

Avancé al acaso. Dos veces di contra un seto; otra vez á poco me caigo en una zanja. Estuve á pique de tropezar contra un caballo de aldeano tumbado en el suelo.

—¡Teglew... Teglew!...—grité.

De pronto, oí á muy poca distancia detrás de mí, una voz bastante débil.

—Aquí estoy... ¿Qué quiere?

Volvime bruscamente. A mi presencia estaba Teglew con los brazos colgando, la cabeza descubierta y pálido; pero con los ojos animados y más grandes que de ordinario. Respiraba con lentitud y fuerza al través de sus labios entreabiertos.

—¡Alabado sea Dios!—exclamé con un arranque de alegría, y le cogí ambas manos.—¡Bendito sea Dios! Ya desesperaba de encontrarle. ¿No le da á V. vergüenza causarme tales terrores? Piense V., Elías Stepanitch...

—¿Qué pretende V. de mí?—repitió Teglew.

—Quiero... ante todo quiero que nos volvamos juntos á casa; después, quiero, exijo de V. como de un amigo, que me explique al instante lo que significa su... su conducta y aquella carta al coronel. ¿Le ha sucedido en Petersburgo algo inesperado?

—En Petersburgo encontré precisamente lo que me esperaba—respondió Teglew, sin moverse de su sitio.

—Eso... significa que... su amada María...

—Se ha matado—contestó Teglew con rapidez y como con terquedad.—Anteayer la enterraron. No ha dejado para mí ni siquiera una palabra. Se envenenó.

Teglew dijo estas pavorosas frases con una especie de premura y sin hacer un movimiento.

Yo junté las manos.

—¿Es posible? ¡Qué desgracia! El presentimiento de V. se ha realizado... ¡Eso es horrible!

Me callé, contristado del todo. Teglew se cruzó de brazos tranquilamente, con cierto aire de triunfo.

—Pero, ¿por qué permanecemos aquí—repliqué.—Volvámonos á casa.

—Vamos—dijo Teglew.—Mas, ¿cómo encontraremos el camino entre esta niebla?

—Hay luz en las ventanas de nuestro barracón. Por ella nos guiaremos para orientarnos. Vamos.

—Vaya V. delante—respondió Teglew.—Yo le seguiré.

Partimos. Durante cinco minutos estuvimos andando sin advertir la luz conductora. Por fin brillaron á lo lejos dos puntos rojos. Teglew me seguía con paso acompasado. Se me hacía un siglo la tardanza en llegar al barracón y saber todos los detalles de su desdichado viaje á Petersburgo. Asombrado de lo que me había dicho, presa de un acceso de arrepentimiento y de supersticioso temor, antes de llegar á nuestra barraca le confesé que había sido yo quien produjo los ruidos misteriosos de la víspera... ¡Qué trágico carácter había tomado aquella broma!

Teglew limitóse á decir que yo no tenía arte ni parte en aquello; que una cosa innominada dirigió mi mano, y que eso no probaba nada más cuán poco le conocía yo. Su voz, extrañamente tranquila é igual, resonaba junto á mi oído.

—Pero ya me conocerá V.—añadió.—Ayer le vi sonreir al hablarle de la fuerza de la voluntad... Ya me conocerás y te acordarás de mis palabras.

Ante nosotros surgió de entre la niebla, como una sombría aparición, la primera barraca de la aldea; después vimos presentarse la segunda, la nuestra, y mi lebrel ladró, probablemente por haberme reconocido al ventear.

Di golpes en la ventana.—¡Simeón!—grité al criado de Teglew.—¡Eh, Simeón, ábrenos pronto la puerta!

Empujada bruscamente la barrera, golpeó en la empalizada y quedóse oscilando. Simeón atravesó á zancadas los umbrales.

—Elías Stepanitch—exclamé—entre V.

Volví atrás la cabeza.

Pero ya no estaba detrás de mí Elías Stepanitch. Teglew había desaparecido cual si se lo hubiese tragado la tierra.

Entré en la casa, completamente descorazonado.

XIII

Un vivo descontento contra Teglew y contra mí mismo, reemplazó á la consternación que se había apoderado de mí al principio.

—¡Tu amo está loco, loco de remate!—dige bruscamente á Simeón. —Ha ido al galope á Petersburgo, ha vuelto á escape, y ahí le tienes corriendo á campo traviesa. Lo he hallado, lo he traido hasta la puerta, y se me escapa de nuevo. ¡Con semejante noche quedarse fuera de casa! ¡Vaya un tiempo que elige para pasearse! ¿Y por qué le habré soltado de la mano?—me decía con pena.

Simeón me miró en silencio, como si quisiera decir algo. Pero, según costumbre de los sirvientes de entonces, limitóse á mover los piés sin cambiar de sitio.

—¿A qué hora salió para la ciudad? —preguntó severamente.

—A las seis de la mañana.

—Bueno. ¿Parecía estar preocupado, triste?

Simeón bajó los ojos.

—Nuestro amo es un hombre raro. ¿Quién puede comprenderle? Al ir á la ciudad, hizo que le diese el uniforme nuevo, y se rizó.

—¿Cómo qué se rizó?

—Se rizó el pelo. Yo le preparé las tenacillas.

He de convenir en que no me esperaba eso.

—¿Conoces tú á una señorita que era novia de Elías Stepanitch?—pregunté á Simeón.—Se llama María.

—¿María Anempodistovna? ¿Cómo no la he de conocer? Es una señorita preciosa.

—Tu amo está enamorado de esa María... ¿y qué más?...

Simeón suspiró:

—Que por causa de esa misma señorita se perderá Elías Stepanitch, porque la quiere con locura y no se decide á tomarla por mujer. También le cuesta mucho el renunciar á ella. Todo esto proviene de su debilidad. Verdaderamente que la ama mucho.

—¿Y... es bonita?—pregunté curioso.

Simeón se puso serio.

—A los señores les gustan así.

—¿Y á tu parecer?

—En cuanto á nosotros, no nos agradan mucho las que son como ella.

—¿Y por qué?

—Está muy flaca.

—Si hubiera muerto, ¿crees que la sobreviviría Elías Stepanitch?

Simeón volvió á suspirar.

—Nosotros no nos atrevemos á juzgar de esas cosas. Eso es asunto de los señores. Pero nuestro amo es un hombre raro.

De encima de la mesa cogí la carta, ancha y bastante abultada, que me había entregado Teglew. La volví hacia arriba. En el sobre estaban esmerada y minuciosamente escritos los títulos, el nombre de pila, el nombre pa-

tronímico (1) y los apellidos de familia del coronel. En uno de los ángulos superiores del sobre encontrábase la palabra «Urgente» subrayada dos veces.

—Oye, Simeón, temo por tu amo. Creo que se le ha metido en la cabeza un mal pensamiento. Es preciso de toda necesidad que vayamos en su busca.

—Muy bien, señor—respondió Simeón.

—Es verdad que hay tal niebla por ahí fuera, que á dos pasos nada se ve. Pero no importa, es menester intentarlo. Cada uno de nosotros llevará una linterna; y, por si acaso, pondremos una bujía en cada ventana.

—Muy bien, señor—repitió Simeón.

Encendió las linternas y las bujías, y salimos.

XIV

Sería difícil de contar cuántas veces perdimos el camino y cuántas veces nos separamos. De nada nos servían las linternas: apenas podían desvanecer un poco aquella bruma blanca y casi clara que por todas partes nos envolvía. Simeón y yo nos extraviamos varias veces el uno del otro, á pesar de nuestros repetidos llamamientos, gritando yo: «¡Teglew! ¡Elías Stepanitch!» y él: «¡Amo! ¡Señor!»

La niebla nos trastornaba hasta tal punto, que íbamos vagando como en un ensueño. Bien pronto estuvimos ambos enronquecidos: la humedad nos calaba hasta el fondo del pecho. Sin embargo, á pesar de todo, volvimos á ver el barracón, gracias á las velas puestas en las ventanas. Nuestras pesquisas combinadas no tuvieron buen éxito: no hacíamos más que estorbarnos uno á otro. Así, pues, resolvimos no preocuparnos por ir juntos, sino tirar cada cual por su lado. Tomó él por la izquierda, yo tomé por la derecha, y pronto dejé de oir su voz. Parecíame que la niebla había calado hasta mi cerebro; é iba vagando como extraviado, limitándome á gritar:

—¡Teglw!... ¡Teglew!...

—Aquí estoy—contestó de pronto una voz.

¡Dios mío, qué alegría sentí! Me precipité con avidez hacia el lado donde había oído la voz. Dibujóse ante mí vagamente una forma humana, como una mancha negra. Eché á correr... ¡Al fin!

Pero en lugar de Teglew, me encontré con otro oficial de la misma batería llamado Telepnew.

—¿Es V. quien me ha respondido?—pregunté.

—¿Es V. quien me ha llamado?—preguntó á su vez.

—No. Yo llamaba á Teglew.

—¿Teglew? Acabo de encontrarle hace un momento. ¡Vaya una noche

(1) Es costumbre rusa poner entre el nombre y el apellido paterno el *nombre patronímico*, esto es, el nombre del padre, terminado en las desinencias *itch* (para el sexo masculino) y *ovna* (para el femenino), como con la terminación *ez* se forman los patronímicos castellanos (Fernánd-*ez*, Pér-*ez*, Gonzál-*ez*, Diégu-*ez*, etc.)

bestial! ¡Cualquiera encuentra su propia casa!

—¿Con que ha visto V. á Teglew? ¿Y hacia qué parte iba?

—Por allá, creo—dijo el oficial indicando vagamente una dirección.—Pero ahora no puede reconocerse nada. ¿Sabe V., por casualidad, por dónde cae la aldea? No hay para eso más que un indicio de suerte, y es que ladre un perro. ¡Qué estúpida noche! Permítame V. que encienda mi cigarro. Me parece que un cigarro alumbra bastante bien el camino.

Según pude comprender, el oficial estaba un poquillo alegre.

—¿No le ha dicho á V. nada Teglew?

—¡Vaya que sí! Yo le dije: «Buenos días, camarada», y él me contestó: «Adiós, camarada».—¿Cómo «adiós»? ¿Por qué «adiós»?—Sí—me dijo—voy á pegarme un pistoletazo.—¡Es bien original!

Suspendí el aliento.

—¿Dice V. que le respondió?...

—Original—repitió el oficial, y se alejó de mí.

Aún no había vuelto del asombro que me produjo la respuesta del oficial, cuando hirió mis oídos mi nombre, pronunciado varias veces con fuertes gritos. Conocí la voz de Simeón.

Contesté; acercóse á mí.

XV

—¡Qué hay! ¿Has encontrado á Elías Stepanitch?

—Sí.

—¿Dónde?

—Allá, muy cerca.

—¿Cómo lo has encotrado?... ¿Vivo?

—¡Pardiez! Como que he hablado con él. Sentí quitárseme un gran peso del corazón. Estaba sentado bajo un árbol, envuelto en su capote... y eso es todo. Yo le dije: «Elías Stepanitch, vuelva V. á casa si gusta; Alejandro Vassilitch está muy intranquilo á causa de V.» Y él me contestó: «¿Quién le manda estar intranquilo? Tengo ganas de respirar el aire libre. Me duele la cabeza. Vete á casa. Más tarde iré yo.»

—¡Y le has abandonado!—exclamé juntando las manos.

—¿Y qué hacer? Me lo mandó... ¿Cómo había yo de quedarme allí?

Todos mis temores acometiéronme á la vez.

—¡Llévame al instante á su lado! ¿Oyes? ¡Al instante! ¡Ah, Simeón, Simeón; yo no esperaba esto de ti! ¿Dices que está aquí cerca?

—Muy cerca, allá, donde principia el bosque... Está á dos *sagenas*, á lo más, de la orilla del río. Le encontré siguiendo la margen.

—¡Vamos, andando, guíame!

Simeón tomó la delantera.

—¡Ajajá! Mire V., no hay más que seguir el río, y en seguidita estamos allá...

Pero en vez de encontrar el río, dimos con el borde de una zanja, frente á un cobertizo vacío.

—¡Eh, alto!—exclamó de pronto Simeón.—Debo de haberme torcido

demasiado á la derecha. Volvamos un poco hacia esa otra parte.

Torcimos por la izquierda y fuimos á dar en unas matas de hierba tan espesa, que nos vimos y nos deseamos para salir de allí. Según recuerdo, no había ninguna montanera de tal espesura en la proximidad de nuestro lugarejo. Luego, de golpe y porrazo, sentimos chapotear bajo nuestros piés una marisma salpicada de terruchos mohosos que tampoco había visto yo jamás. Volvimos por nuestros pasos... Delante de nosotros alzábase un cerrillo de pendiente escarpada, sobre el cual se veía un barracón de donde parecía salir un ronquido. Valiéndonos de las manos á manera de bocina, llamamos Simón y yo varias veces al habitante de la barraca; movióse algo en el fondo de ésta, se levantó la paja y una voz cascajosa dió el grito de los vigilantes nocturnos.

Volvimos de nuevo piés atrás: la llanura... la llanura... nada más que la llanura...

En aquel momento me entraron muchas ganas de llorar... Pensé en las palabras del bufón en *El rey Lear*: «Esta noche acabará por volvernos á todos locos.»

—¿A dónde dirigirnos?—pregunté con angustia á Simeón.

—Mire V., señor, creo que el espíritu maligno anda mezclado en esto—respondió el pobre hombre, desorientado por completo.—Este asunto no está claro...

Iba á enfadarme con él... En el mismo instante llegó á mis oídos un ruido débil, pero perceptible, que al punto absorbió toda mi atención. Asemejábase al ruido que produce un tapón de corcho sacado de pronto de una botella de gollete estrecho. Ese ruido se produjo no muy lejos de mí. ¿Por qué me pareció notar en él algo de extraño y de particular? No lo sé; pero en seguida me dirigí al sitio de donde había partido.

Simeón fué siguiéndome. Al cabo de pocos instantes, á través de la niebla, apareció con vaguedad una mancha larga y alta.

—¡El bosque! ¡ahí está el bosque!—exclamó Simeón con alegría.—¡Fijese usted! ¡Mi amo está sentado aún debajo del álamo... allí, donde yo lo dejé! ¡Sí, es él!

Miré, y en efecto, en el suelo, al pié de un álamo, había un hombre sentado, doblado sobre sí mismo en una extraña actitud. Avancé con rapidez hacia él y conocí el capote de Teglew, su figura, su cabeza inclinada sobre el pecho.—¡Teglew!—exclamé mas no contestó.

—¡Teglew!—repetí, poniéndole la mano en un hombro.

Inclinóse de pronto hacia adelante, como si hubiese obedecido al choque, y se cayó sobre la hierba. Levantámosle en seguida. Su rostro no estaba pálido, pero sí inmóvil, inerte; sus labios apretados, estaban blancos; y sus ojos abiertos y fijos conservaban ese mirar soñoliento y «desigual» que tenían de ordinario...

—¡Señor Dios!—murmuró de repente Simeón, y me enseñó la mano manchada de sangre...—La sangre salía del

costado izquierdo de Teglew, por debajo del capote.

Se había matado con una pistola pequeña, que yacía en el suelo junto á él. Ese débil ruido que había yo escuchado, era el del disparo fatal.

XVI

A los camaradas de Teglew no les causó gran sorpresa este suicidio. Conforme dije antes, esperaban de él alguna cosa extraordinaria, propia de un hombre «fatal». Sin embargo, es probable que jamás habían pensado en un suicidio.

En su carta rogaba Teglew al comandante de la batería que hiciese borrar del registro de la oficialidad al subteniente Teglew, por suicida; declaraba después que el dinero que encontrasen en su cofrecillo excedía del total de sus deudas; y, por último, rogaba al Comandante que remitiese al Comandante en jefe del cuerpo de la Guardia otra carta abierta, que incluía en la primera. Es evidente que Teglew se había esmerado mucho al escribir aquella segunda carta, la que empezaba así, según recuerdo:

«Fíjese Vuestra Alteza en lo severísimo que sois y en cómo castigáis la más leve falta en el equipo, la más ligera infraccción de las ordenanzas ó del reglamento, cuando se presenta ante vos un oficial pálido y temblroso. Y note Vuestra Alteza que ahora me presento yo ante el Sumo Juez de todos nosotros, ante el Ser Supremo, ante un Ser infinitamente más importante que Vuestra Alteza mismo; y me presento sencillamente, con capote, y hasta sin corbata...»

¡Ah, qué penosa impresión produjeron en mí aquellas frases, cada una de cuyas palabras, cada una de cuyas letras habían sido esmeradamente escritas con una mano pueril! ¿Cómo pensar en semejantes bobadas en unos momentos así?, me decía yo para mis adentros. Y no cabía duda de que aquellas frases fueron muy del gusto de Teglew: había acumulado (según la moda de entonces) todos los epítetos y todas las amplificaciones al estilo de Marlinsky. Después hablaba del destino, de persecuciones, de su misión que había quedado sin cumplirse, de un secreto que se llevaba consigo á la tumba, de gentes que no habían querido comprenderle; hasta citaba versos en que cierto poeta dice que la multitud lleva acuestas la vida «como un collar», y se adhiere al vicio «como el fruto de la bardana», y todo esto no sin faltas de ortografía.

Para ser francos, esta última carta del pobre Teglew era bastante vulgar; y me imagino la expresión desdeñosa del elevado personaje á la cual iba dirigida. Me figuro con qué tono diría: «¡Mal oficial! ¡Una mala hierba menos!» Sin embargo, al fin de su carta había encontrado Teglew una verdadera frase hija del corazón, diciendo al terminarla: «¡Ay, Alteza, soy huérfano; en mi infancia no tuve nadie á

quien amar (todo el mundo huía de mí) y el único corazón que se me entregó, yo mismo lo he matado!»

Simeón encontró en el bolsillo del capote de Teglew ese álbum, del cual no se apartaba nunca su amo. Pero casi todas las hojas estaban arrancadas; sólo quedaba una de ellas, en la cual había estas operaciones de sumar:

Napoleón.—N.° en 15 de Agosto, 1769.	Elías Teglew.—N.° el 7 de Mayo, 1807.
1769	1807
1 (15 del mes de Agosto.)	7 (día del mes).
5 (15 del mes de Agosto.)	5 (mes del año).
8 (Agosto.—8.° mes del año)	
1873	1819
1	1
7	8
8	1
3	9
Total. 19	*Total.* 19 (¡!)
Napoleón.—† en 5 de Mayo, 1821.	**Elías Teglew.—† en 21 de Julio, 1830.**
1821	1830
5 (de Mayo.)	2 (21 del mes.)
5 (Mayo.—5.° mes del año)	1 (21 del mes.)
	7 (mes del año).
1831	1840
1	1
8	8
3	4
1	0
Total. 13	*Total.* ¡13!

¡Pobre hombre! ¡Quizá por esto ingresó en el cuerpo de artillería!

Le enterraron como un suicida (fuera del cementerio), y nadie volvió á pensar en él.

XVII

Al siguiente día de enterrar á Teglew (aún estaba yo en el pueblecillo, aguardando á mi hermano), entró Simeón en la barraca y me dijo que Elías deseaba verme.

—¿Qué Elías?—pregunté.

—El buhonero.

Mandé que le dejasen entrar.

Presentóse el buhonero. Pronunció algunas palabras de lástima por el señor subteniente, preguntándose qué demonio de idea le había dado al señor subteniente.

—¿Te ha dejado algo á deber?—le pregunté.

—No, no. Todo lo que tomaba, lo pagaba al momento. Sólo que...

Al llegar aquí, sonrióse el buhonero.

—... V. se encontró una cosilla que es mía.

—¿Qué cosilla?

—Mírela V., ahí precisamente.

Y me enseñó con el dedo el peine esculpido, que se había quedado en mi mesita de aseo.

—Es una cosa que no vale un comino—continuó el ambulante;—pero como es un regalo que me hicieron...

Me llevé las manos á la cabeza. Por mi mente pasó un rayo de luz.

—¿Te llamas Elías?

—Sí, señor.

—Entonces... ¿eres tú á quien... la otra noche... junto al sauce?...

El buhonero guiñó los ojos y se echó á reir con ganas.

—Yo soy.

—¿Y eres *tú* á quien llamaban?...

—Yo soy—repitió el buhonero con jovial modestia.—Era una muchacha (continuó con voz de falsete), que á

causa de la grandísima severidad de sus padres...

—Bueno, bueno...—Le interrumpí —le entregué el peine y le dije que se marchase.

He aquí quién era aquel Elías.

Me quedé sumido en reflexiones filosóficas, de que pudiendo daros parte, pues no me hallo dispuesto á impedir que haya quien crea en el destino, en la predestinación, en todo cuanto les dé la gana de tener por «fatal».

De regreso en Petersburgo, adquirí informes acerca de María. Hasta concluí por encontrar al doctor que la había asistido. Con gran extrañeza por mi parte, supe que no se había envenenado, sino que había muerto del cólera. Le referí todo lo que Teglew me había dicho.

—¡Ah, sí!—exclamó el doctor.—¿Teglew... un oficial de artillería, de estatura regular, que cecea un poco?

—Sí.

—Es él. Ese oficial se presentó en mi casa (yo no le conocía ni de vista), y comenzó á asegurarme que aquella joven se había envenenado.

—Es el cólera—le dije.

—Es un veneno—me respondió.

—¿Qué ha de ser? ¿Es el cólera?—repliqué.

—De ningún modo, es un veneno—replicó.

Dije para mi interior que aquello era sin duda una idea fija; que ese hombre, de nuca ancha, debía de ser testarudo, y que me provocaba de una manera desagradable... Después de todo, pensé, ¿qué me importa? El *caso* ha muerto... Pues bien, le dije, conformes: se ha envenenado, puesto que eso le agrada á V. Me dió las gracias, hasta me apretó la mano, y desapareció.

Referí al doctor cómo ese oficial se había suicidado aquel mismo día.

El doctor no pestañeó, y limitóse á hacerme notar que en el mundo hay originales de muchas especies.

—¡Vaya si los hay!—repetí en pos de él.

Pero no sé quién ha dicho una cosa exactísima acerca de las personas que se matan: mientras no realizan su intento, nadie las cree; y cuando lo han realizado, nadie las tiene lástima.

IVÁN TURGUENEFF.

EL SITIO DE BERLÍN [1]

Subíamos por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V., preguntando á las paredes llenas de agujeros por las granadas, á las aceras desenlosadas por la metralla, la historia de París durante el sitio, cuando un poco antes de llegar á la glorieta de la Estrella detúvose el Doctor, y mostrándome una de esas grandes casas de esquina tan pomposamente agrupadas alrededor del Arco de Triunfo, me dijo:

«¿Ve V. esas cuatro ventanas cerradas allá arriba, sobre aquel balcón? En los primeros días de Agosto, de aquel terrible mes de Agosto del año último, tan preñado de tormentas y desastres, me llamaron ahí para ver un caso de apoplegía fulminante. Era en casa del coronel Jouve, un coracero del primer Imperio, anciano encalabrinado por la gloria y el patriotismo, quien desde los comienzos de la guerra había venido á alojarse en los Campos Elíseos, en un cuarto con balcón... ¿Adivina V. por qué? Por asistir á la entrada triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre viejo! La noticia de Wissemburgo la supo al levantarse de la mesa. Al leer el nombre de Napoleón al pié de aquel parte oficial de la derrota, cayó al suelo como herido por un rayo.

»Encontré al veterano coracero extendido, cuan largo era, sobre la alfombra de la estancia, con la cara inyectada en sangre é inerte, como si hubiese llevado en la cabeza un golpe de maza. De pié, debía de ser muy alto; tumbado, parecía inmenso. Hermosas facciones, dientes soberbios, una espesa maraña de blancos cabellos ensortijados, ochenta años que parecían así sesenta... Junto á él, su nieta de rodillas y

(1) Pertenece al tomo que con el título de *Cuentos del Lunes* verá la luz muy pronto en la *Colección de libros escogidos*.

bañada en lágrimas. Se le parecía mucho. Al verlos uno junto al otro, hubiérase dicho que eran dos magníficas medallas griegas acuñadas con un mismo troquel; sólo que una de ellas antigua, con una pátina de tierra y algo borrosa de contornos; mientras que la otra, resplandeciente y limpia, con todo el lustre y la suavidad de la estampación nueva.

»El dolor de aquella niña me conmovió. Hija y nieta de soldados, tenía á su padre en el Estado Mayor de Mac-Mahon; y la imagen de ese gran anciano, tendido ante ella, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible. La tranquilicé lo mejor que pude; pero, en el fondo, tenía yo pocas esperanzas. Tenía que habérmelas contra una tremenda hemiplegia en toda regla, y á los ochenta años no se logra nunca dominarla. En efecto: durante tres días permaneció el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y de estupor... Entre tanto, llegó á París la noticia de Reichshoffen. Ya recuerda V. de qué modo tan extraño. Hasta el oscurecer, todos creímos en una gran victoria: veinte mil prusianos muertos, prisionero el Príncipe real... Yo no sé por qué milagro, por qué corriente magnética, un eco de aquella alegría nacional entró á visitar á nuestro pobre sordo-mudo hasta en los limbos de su parálisis; pero es lo cierto que al acercarme á su cama aquella tarde, no encontré en él ya el mismo hombre. Su mirar era casi lúcido, su lengua menos torpe. Tuvo fuerzas para sonreirme, y tartajeó dos veces: «Vic... to... ria».

—»¡Sí, Coronel, gran victoria!»

Y á medida que le daba detalles sobre el magnífico éxito de Mac-Mahon, veía cesar la tensión de sus facciones é iluminarse su rostro...

«Cuando salí me esperaba la joven, pálida y de pié ante la puerta. Sollozaba.

—»¡Pero si está salvado! — la dije, apretándole las manos.

»La infeliz criatura apenas tuvo ánimos para replicarme. Acababan de anunciar el verdadero parte oficial de Reichshoffen: Mac-Mahon puesto en fuga, todo el ejército aplastado. Nos miramos los dos consternados. Ella se desolaba, pensando en su padre; yo temblaba, pensando en el viejo. De seguro no resistiría este nuevo sacudimiento... Y sin embargo, ¿cómo conducirnos?... ¡Era preciso dejarle su alegría, las ilusiones que le hicieran revivir!... Pero entonces necesitábase inventar mentiras...

»Pues bien, ¡yo mentiré! — me dijo la heroica doncella, enjugándose á toda prisa las lágrimas, y radiante, volvió á penetrar en el cuarto de su abuelo.

»Ruda tarea fué la que se impu-

so. Los primeros días aún pudo ir saliendo: el pobre señor tenía débil la cabeza y se dejaba engañar como un niño. Pero, con el retorno de la salud, sus ideas iban siendo más claras. Era menester tenerle al corriente del movimiento de los ejércitos, redactar para él partes militares. En verdad que inspiraba honda pena el ver á aquella linda jovencilla inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, clavando en él banderitas tricolores, esforzándose por combinar una campaña gloriosa entera: Bazaine cerca de Berlín, Froissart en Baviera, Mac-Mahon junto al Báltico. Para todo esto pedíame ella consejos, y yo la prestaba mi ayuda en cuanto me era posible; pero el abuelo era quien sobre todo nos servía en aquella invasión imaginaria. ¡Había conquistado á Alemania tantas veces bajo el primer Imperio! Sabía de antemano todos los incidentes:

»Ahora van á ir á tal punto... Van á hacer esto ó lo otro... Y sus previsiones realizábanse siempre, lo cual no dejaba de enorgullecerle.

»Por desgracia, á pesar de que no cesábamos de tomar ciudades y ganar batallas, para él nunca íbamos bastante de prisa. ¡Era insaciable aquel viejo veterano!... Todos los días, al llegar allí, me notificaban un nuevo hecho de armas.

—»Doctor, hemos tomado á Maguncia—me decía la joven, saliendo á mi encuentro con amarga sonrisa; y á través de la puerta oía yo una voz alegre que me gritaba:

—»¡La cosa marcha, la cosa marcha!... Dentro de ocho días estamos en Berlín.

»En aquel momento, á los prusianos no les faltaban más que ocho días para llegar á París... Desde luego nos preguntamos si no sería lo mejor transportarlo á provincias; mas tan pronto como estuviese fuera, el estado de Francia se lo revelaría todo; y aún le hallaba yo demasiado débil, en extremo entorpecido por su gran sacudimiento, para permitirle conocer la verdad. Por tanto, decidimos que se quedase.

»El primer día de asedio, bien lo recuerdo, subí muy conmovido á verlos, con aquella angustia que ponía en todos nuestros corazones el ver cerradas las puertas de París, la batalla al pié de sus muros, los pueblecitos de nuestros contornos convertidos en fronteras. Encontré al buen señor sentado en la cama, rebosando júbilo y satisfacción:

—»¡Vaya—me dijo—al fin ha empezado el sitio!

»Le miré lleno de asombro.

—»¡Cómo, Coronel! ¿Sabe V.?...

»Su nieta volvióse hacia mí:

—»¡Pues bien, doctor, sí!... Gran noticia... Ha comenzado el sitio de Berlín.

»Decía ella esto tirando de aguja, con un aspecto tan solemne, tan tranquilo... ¿Cómo había de sospechar él ninguna cosa? No podía oir el cañón de los fuertes. No podía ver este desdichado París, siniestro y caído. Lo que desde su lecho veía era un lienzo del Arco de Triunfo, y dentro de su cuarto, alrededor suyo, toda una prendería de cosas del primer Imperio, adecuadas para sostener sus ilusiones. Retratos de mariscales, grabados de batallas, el niño-rey de Roma en trajecito de corto; además, grandes consolas tiesas, adornadas con trofeos de cobre, cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronces, una roca de Santa Elena bajo un fanal; miniaturas representando una misma señora con rizos, traje de baile, falda amarilla, mangas de pernil y ojos claros; y todo esto, consolas, rey de Roma, mariscales, damas amarillas con el talle bajo los pechos y cinturon alto, y aquella tiesura apretujada que se tenía por gracia en 1806... ¡valiente Coronel! esta atmósfera de victorias y conquistas, aún más que cuanto nosotros pudiéramos decirle, era lo suficiente para hacerle creer, con tal simplicidad, el asedio de Berlín.

»A partir de este día, simplificáronse mucho nuestras operaciones militares. El tomar á Berlín no era sino cuestión de paciencia; de vez en cuando, si el viejo se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo; por supuesto, una carta imaginaria, como que ya no entraba nada en París, y desde Sedán, el ayudante de Mac-Mahon había sido llevado á una fortaleza de Alemania. Figúrese V. la desesperación de aquella pobre niña sin nuevas de su padre, sabiendo que estaba prisionero, falto de todo, quizá enfermo; y obligada á hacerle hablar en cartas alegres, algo cortas, como podía escribirlas un militar en campaña avanzando siempre por país conquistado. Algunas veces faltábanle ánimos, y se pasaban las semanas sin noticias. Pero el viejo se inquietaba y ya no dormía. Entonces llegaba á escape de Alemania una carta, la cual iba ella á leerle gozosa junto á su lecho, conteniendo las lágrimas. El Coronel escuchaba con religioso silencio, sonreía con aire de comprensión, aprobaba, criticaba, nos explicaba los párrafos un poco confusos. Pero sobre todo, donde estaba magnífico, era en las respuestas que enviaba á su hijo, diciéndole: —«Nunca olvi-

des que eres francés... Sé generoso con esas pobres gentes. No les hagas en extremo abrumadora la invasión...» — Y una de recomendaciones hasta el cuento de nunca acabar, de adorables homilías acerca del respeto á las propiedades y la galante caballerosidad debida á las damas, un verdadero código del honor militar para uso de los conquistadores. Mezclaba también allí algunas consideraciones generales sobre la política, y condiciones que para la paz debieran imponerse á los vencidos. En esto, debo confesar que no era exigente:

—»La indemnización de guerra, y nada más... ¿Para qué serviría quitarles provincias?... ¿Puede hacerse Francia de Alemania?...

»Dictaba esto con voz firme, y advertíase tanto candor en sus palabras, tan hermosa fe patriótica, que era imposible no conmoverse al escucharle.

»Durante aquel tiempo continuaba avanzando sin cesar el sitio; ¡ay! pero no el de Berlín... Era la época de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias, del hambre. Mas, gracias á nuestros cuidados y esfuerzos, á la infatigable ternura que se multiplicaba en torno suyo, no se perturbó ni un instante la serenidad del anciano. Hasta en los últimos trances pude proporcionarle pan blanco y carne fresca. Por supuesto, que eran para él sólo; y no podéis imaginaros nada más conmovedor que esos almuerzos de abuelo, tan inocentemente egoistas: el viejo, sentado en su cama, fresco y risueño, con la servilleta debajo de la barbilla, y junto á él su nieta, un poco pálida por las privaciones, guiándole las manos, haciéndole beber, ayudándole á comer todas estas buenas cosas prohibidas. Entonces, animado por la refracción y con el bienestar de su tibio cuarto, soplando fuera el cierzo del invierno y arremolinándose la nieve ante sus ventanas, el antiguo coracero se acordaba de sus campañas en el Norte, y nos refería por centésima vez aquella siniestra retirada de Rusia, donde no había otra cosa que comer sino galleta helada y carne de caballo.

—»¿Entiendes, pequeña? ¡Comíamos caballo!

»Ya lo creo que entendía: desde dos meses atrás no comía ella otra cosa... Sin embargo, conforme adelantaba la llegada de la convalecencia, iba siendo más difícil de día en día nuestra misión en torno del enfermo. Aquel letargo de todos sus sentidos y de todos sus miembros, que hasta entonces de tanto nos sirviera, comenzaba á disiparse. Dos ó tres veces ya le habían hecho botar las terribles descargas de la puerta Maillot, aguzando los oídos

como un perro de caza; hubo necesidad de inventar una postrera victoria de Bazaine ante Berlín, y salvas disparadas en su honor en los Inválidos. Otro día, que habían corrido su lecho cerca de la ventana (me parece que era el jueves en que ocurrió la de Buzenval) vió muy bien á los guardias nacionales que se amontonaban por la avenida del Grande Ejército.

—»¿Qué clase de tropas son esas? —preguntó el buen señor, y le oimos mascullear entre dientes: —¡Mal aspecto! ¡Mala facha!

»No ocurrió nada más, pero comprendimos que en adelante habría que tomar grandes precauciones. Por desgracia, no se tomaron bastantes.

»Una tarde, al entrar yo, vino á mi encuentro la joven, trastornada del todo, y me dijo:

—»Mañana entran.»

»¿Estaba abierta la habitación del abuelo? El hecho es que, pensando luego en ello, me acuerdo de que aquella tarde tenía él algo de extraordinario en la expresión de su fisonomía. Lo probable es que nos oyera. Sólo que nosotros hablábamos de los prusianos; y el buen señor pensaba en los franceses, en aquella entrada triunfal que esperaba tanto tiempo: Mac-Mahon bajando por la avenida entre flores y charangas, su hijo al lado del Mariscal, y él, el abuelo, en su balcón, de gran uniforme como en Lutzen, saludando á las banderas agujereadas y á las águilas negras de pólvora...

»¡Pobre abuelo Jouve! Habíase imaginado, sin duda, que le querían vedar el asistir á ese desfile de nuestras tropas, para evitarle una emoción excesiva. Por eso guardóse bien de hablar á nadie; pero á la mañana, á la hora misma en que los batallones prusianos se colaban con timidez por la larga vía que conduce desde la puerta Maillot á las Tullerías, se abrió con suavidad la ventana de allá arriba y apareció por encima del balcón el Coronel, con su casco y su chafarote, con toda su vieja vestimenta gloriosa de antiguo coracero de Milhaud. Aún me pregunto á mí mismo qué brío de la voluntad, qué empuje de la vida, habíanle puesto de pié y con su arnés de guerra. Lo cierto es que allí estaba, derecho tras de la rampa, extrañándose al ver tan desiertas y mudas las anchas avenidas, cerradas las persianas de las casas, París siniestro como un lazareto, por todas partes banderas, pero muy singulares, blancas del todo y con cruces rojas, y nadie para salir al encuentro de nuestros soldados.

»Por un momento pudo creer que se había engañado...

»¡Pero no! Allá abajo, detrás del Arco de Triunfo, se notaba un zumbido confuso, una línea oscura que avanzaba con el sol naciente... Después, poco á poco, brillaron las puntas de los cascos, los pequeños tambores de hiena se pusieron á redoblar, y bajo el Arco de la Estrella, ritmada por el pesado paso de las secciones y por el choque de los sables, ¡resonó de pronto la marcha triunfal de Schubert!...

Entonces, entre el tétrico silencio de la plaza, se oyó un grito, un grito terrible de:

—«¡A las armas!... ¡A las armas!... ¡Los prusianos!»

»Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver ahí arriba, sobre el balcón, á un gran anciano vacilar agitando los brazos y desplomarse rígido al suelo. Esta vez, el coronel Jouve estaba muerto y bien muerto,»

ALFONSO DAUDET.

MIS MEMORIAS

HISTORIA DE MI VIDA Y DE MIS IDEAS

CAPÍTULO I

Mi niñez.—Mi primera educación.

Al empezar este ensayo biográfico, debo exponer las razones que me han determinado á dejar á la posteridad el recuerdo de una vida tan desprovista de grandes acontecimientos como lo ha sido la mía. No pasa por mi cabeza la idea de que lo que voy á contar pueda excitar el interés del público, ni por la galanura del estilo, ni porque mi persona sea el sujeto de la otra. Pero me ha parecido que en una época en que la educación y los medios que tienden á mejorarla son objeto de un estudio constante, si no más profundo, en Inglaterra, podría ser útil trazar el cuadro de una educación seguida fuera de las vías acostumbradas y de una manera especial. Esta educación, cualesquiera que hayan sido sus frutos, ha demostrado, por lo menos, que es posible enseñar, y enseñar bien, mucho más de lo que se cree, durante esos primeros años de la vida, en que se usan ahora procedimientos tan vulgares, con el nombre de instrucción, y que no sacan partido alguno de ese trabajo. Me ha parecido también, que en una época de transición como la nuestra, en que sufren una crisis las opiniones, era á la vez interesante y provechoso anotar las fases porque ha pasado un espíritu que siempre tendió al progreso, tan dispuesto á aprender como á olvidar, sea por efecto de sus propias ideas ó por la influencia de las ideas de otro. Pero un motivo, más poderoso que los demás, ha sido el deseo de reconocer públicamente lo que debo, de mi desarrollo moral é intelectual, á personas que han llegado á ser célebres y á otras que merecerían ser más conocidas. Entre las últimas hay una á la que debo más que á todas y á la cual no ha tenido el público ocasión de co-

nocer. El lector que no se interese por estos detalles, no debe quejarse de nadie si prosigue su lectura. Sólo le pido una cosa, y es que no olvide que estas páginas no se han escrito para él.

He nacido en Londres el 10 de Mayo de 1806. Soy el hijo mayor de Jaime Mill, el autor de la *Historia de las Indias inglesas*. Mi padre, hijo de un comerciante, que explotaba también una pequeña granja en Northwater Bridge, condado de Angus, en Escocia, llamó, por las dotes de su inteligencia, la atención de sir John Stuart, de Fettercairn, miembro de la corte de Echiquier de Escocia. Sir John Stuart le hizo cursar en la Universidad de Edimburgo, dándole dinero de una fundación que habían instituido Lady Jane Stuart, su mujer, y otras señoras, para la instrucción de los jóvenes que se querían dedicar á la Iglesia de Escocia. Mi padre hizo allí todos sus estudios y recibió sus licencias de predicador. No entró, sin embargo, en la carrera eclesiástica porque comprendía que no podía creer las doctrinas de la Iglesia de Escocia ni las de ninguna otra Iglesia. Durante algunos años, ejerció la profesión de preceptor en algunas familias, entre otras, en casa del marqués de Tweddale; después se fijó en Londres y se dedicó á escribir. Hasta que obtuvo un empleo en las oficinas de la Compañía de las Indias, no tuvo más recursos que los que le procuraba su pluma.

Este período de la vida de mi padre presenta dos particularidades, de las cuales es imposible no asombrarse; una, por desgracia, muy común, la otra, por el contrario, de las más anómalas. Digamos primero que, en su posición, sin más recurso que el producto reducido de sus escritos que componía para publicaciones periódicas, se casó y tuvo muchos hijos; con lo cual observó una conducta diametralmente opuesta á las opiniones que profesaba, al menos en época más avanzada de su vida. Pensemos después en la fuerza extraordinaria que se necesitaba para conllevar una vida como la suya, en las condiciones tan poco favorables en que se veía desde el principio y que acababa de empeorar con su casamiento. Esto hubiera bastado, aunque nada más le ocurriera, que proveer con su pluma á sus propias necesidades y á las de su familia, durante tantos años, sin adquirir deudas jamás y sin luchar contra los apuros pecuniarios. Profesaba, sin embargo, en política como en religión, las opiniones que han sido siempre odiosas á las personas influyentes, á la gran mayoría de los ingleses que estaban en una situación floreciente y que eran entonces más repulsivas que durante la generación anterior y que lo fueron en la siguiente. Nada hubiera podido determinarle á escribir contra sus convicciones; al contrario, no desperdiciaba ocasión para manifestar sus opiniones en sus escritos. Nunca hacía, y esto hay que decirlo también, nada á la ligera; nunca emprendió un trabajo literario ó de otro género al cual no pudiese consagrar el tiempo necesario para terminarlo dignamente. Bajo el peso de estos deberes que su concien-

cia le imponía, trazó el plan de su *Historia de las Indias* y la escribió en el espacio de diez años, en menos tiempo del que hubieran necesitado otros autores, menos ocupados que él, para escribir una obra histórica de semejante extensión y que necesitase el mismo caudal de datos. Añádase á esto que durante todo ese tiempo, consagraba gran parte de sus días á la instrucción de sus hijos; por mí, especialmente, se impuso un trabajo, unos cuidados, una perseverancia de que no existe seguramente otro ejemplo, á fin de darme, con arreglo á sus ideas, la más elevada educación intelectual.

Mi padre, que observaba tan fielmente en su conducta el precepto que prohibe malgastar el tiempo, debía naturalmente ponerlo en práctica en la educación de su discípulo. No he conservado ningún recuerdo de la época en que empecé á aprender el griego. Dícese que entonces sólo tenía tres años. El recuerdo más antiguo que he conservado, es que aprendía de memoria lo que mi padre llamaba vocablos, es decir, listas de palabras griegas con su significado en inglés, que escribía para mí en un cuaderno. De la gramática sólo aprendí en los años siguientes las inflexiones de los nombres y de los verbos. Después que me llenó la memoria de vocablos, me puso de pronto á traducir. Recuerdo vagamente que descifraba las *Fábulas* de Esopo, el primer libro griego que leí. El *Anabasis*, del cual me acuerdo mejor, fué el segundo. No empecé el latín hasta que cumplí los ocho años. A esa edad ya había leído, bajo la dirección de mi padre, á varios prosistas griegos, entre los cuales recuerdo á Herodoto, del cual leí todas sus obras; la *Ciropedia* y los *Diálogos memorables de Sócrates*, algunas biografías de filósofos, de Diógenes Laercio y una parte de Luciano. Leí también, en 1813, los seis primeros diálogos de Platón (por el orden vulgarmente adoptado), desde el *Eutyphron*, hasta el *Theetete* inclusive. Mejor hubiera sido que no hubiese leído ese último diálogo, puesto que no pude comprenderlo. Pero mi padre, en todos los ramos de mi instrucción, no sólo me exigió lo que podía, sino con frecuencia lo que no podía yo hacer. Por el siguiente hecho podrá juzgarse de lo que él mismo se imponía para instruirme. Yo preparaba mis temas de griego en el mismo cuarto y sobre la misma mesa en que él escribía; como entonces no había *Diccionario* greco-inglés, y yo no podía valerme de uno greco-latino, porque no había empezado aún el latín, me veía forzado á recurrir á mi padre, preguntándole el significado de las palabras que no conocía. El aguantaba con paciencia estas incesantes interrupciones, á pesar de ser el hombre más impaciente del mundo, y precisamente en el tiempo en que yo le interrumpía continuamente, escribió varios volúmenes de su *Historia de las Indias*, como todo lo que tuvo que escribir durante aquellos años.

La aritmética es lo único que aprendí, después del griego, en aquella época; y también fué mi padre quien me

la enseñó; de noche me daba lección y aún recuerdo el fastidio que me causaba. Pero esas lecciones no eran más que parte de la instrucción que recibía diariamente: yo aprendía mucho con lo que leía, y con las conversaciones que mi padre tenía conmigo en nuestros paseos. Desde 1810 hasta fines de 1813, vivimos en Newington Green, que entonces estaba en medio del campo. La salud de mi padre exigía que hiciese constantemente ejercicio; acostumbraba á pasearse antes de almorzar por los pintorescos senderos que conducían á Hornsey. Yo le acompañaba siempre, y mis primeros recuerdos de la hermosura del campo y de las flores silvestres están mezclados con los de las relaciones que hacía yo á mi padre de las lecturas de la víspera. Lo que mejor recuerdo es que esta tarea era para mí más voluntaria que obligatoria. Al leer tomaba notas sobre pedazos de papel, y con arreglo á esas notas le contaba á mi padre, durante nuestro paseo matutino, la historia que había leído, pues los libros que tenía á mi disposición eran casi todos de historia. Entre ellos leí: Robertson, Hume, Gibbon. Pero mi mayor placer entonces, como mucho tiempo después, era el leer la historia de Felipe II y de Felipe III de España en Watson. La heroica defensa de los caballeros de Malta contra los turcos, la resistencia de las provincias unidas de los Paises Bajos contra España, excitaron en mí un interés vivo y duradero. Después de Watson, fué mi lectura favorita la *Historia de Roma*, de Hooke. De Grecia no había leído aún una historia verdadera, sino un compendio, que se usaba en las escuelas, de los tres tomos de una traducción de la *Historia antigua*, de Rollin, empezando en Filipo de Macedonia; pero leí con delicia la traducción de Plutarco de Langhorne. En cuanto á la historia de Inglaterra, después de la época en que la deja Hume, recuerdo haber leído la *Historia de mi tiempo*, de Burnet, en la que sólo me interesaban las guerras y las batallas; leí también la parte histórica del *Annual Register*, desde su principio hasta el 1788, en que cesaron los tomos que mi padre pedía prestados para mí á Bentham. Tomaba yo gran interés en la suerte de Federico de Prusia, en los peligros que corrió, y me entretenía Paoli, el patriota corso; pero cuando llegué á la guerra de América, me hice partidario, como un niño que era, de la mala causa, porque se llamaba la causa de Inglaterra. Mi padre me convenció de lo contrario. En las frecuentes conversaciones que teníamos sobre nuestras lecturas, se valía mi padre de todas las ocasiones para darme explicaciones é ideas sobre la civilización, sobre el gobierno y sobre la moralidad y cultura intelectual, y exigía que yo las repitiese á mi manera. También me hacía leer muchos libros, que no me parecían bastante interesantes, y después me obligaba á darle cuenta de su contenido. Fueron, entre otros, las *Consideraciones históricas sobre el Gobierno inglés*, de Millar, obra excelente para su tiempo, y que mi padre apreciaba

mucho; la *Historia de la Iglesia*, de Mosheim; la vida de Juan Knox de M'Crie; y la *Historia de los cuáqueros*, de Sevell y Rutty. Le gustaba colocarme en las manos libros que me presentasen el ejemplo de hombres enérgicos y llenos de recursos para luchar con las graves dificultades, que acaban por vencer. Entre esos libros me acuerdo de los *Recuerdos de Africa*, de Bearer, y la *Exposición del primer ensayo de colonización de la Nueva Gales del Sur*, por Collins. Dos obras que no me cansaba de leer eran los *Viajes* de Anson, que tanto entusiasmaron á la juventud, y una colección (la de Hawkesworth, quizá) de *Viajes alrededor del mundo*, en cuatro tomos, empezando en Drake y terminando en Cook y en Bougainville. Nunca tuve libros de niño, ni juguetes, excepto cuando los parientes ó amigos me los regalaban. De todos los libros de ese género, *Robinsón* fué el que más me gustó; lo he leído con placer durante toda mi juventud. Sin duda no entraba en el plan de mi padre el excluir los libros de recreo, pero me los permitía con gran parsimonia. En aquella época apenas los tenía; pero los pedía prestados para mí. Recuerdo haber leído las *Mil y una noches*, los *Cuentos árabes*, de Cazotte, *Don Quijote*, los *Cuentos populares*, de miss Edgewortk, y un libro que gozaba entonces de alguna reputación, *El loco de calidad*, de Brooke.

A los ocho años empecé el latín, en compañía de una hermana menor, á la cual enseñaba yo á medida que iba adelantando. Mi hermana repetía nuestras lecciones á mi padre. Desde entonces tuve por discípulos á casi todos mis hermanos; gran parte de mi trabajo diario consistía en la enseñanza preparatoria que les daba. Esta tarea me gustaba poco, porque yo era responsable de los trabajos de mis discípulos casi tanto como de los míos. Sin embargo, me proporcionó ese régimen un gran beneficio: aprendía más á fondo y retenía más sólidamente lo que tenía que enseñar; también es posible que en aquella edad me haya aprovechado la práctica que adquiría explicando las dificultades á los demás. La experiencia de mi niñez no es favorable, bajo otros puntos de vista, á la instrucción mútua entre los niños. Esta enseñanza, y de ello estoy seguro, no produce por sí misma más que medianos efectos, y he podido convencerme de que la relación de maestro á discípulo no es una buena doctrina moral, ni para el uno ni para el otro. De ese modo aprendí yo la gramática latina. Traduje gran parte de *Cornelio Nepote* y de los *Comentarios* de Cesar, lo cual añadía al cumplimiento de mis obligaciones todas, otro trabajo bastante más largo para mí mismo.

El mismo año en que empecé el latín, leí por primera vez los poetas griegos, comenzando por la *Iliada*. En cuanto adelanté un poco, me entregó mi padre la traducción de Pope. Fué el primer poema inglés que me gustó; fué también uno de los libros que más apreció durante muchos años. Creo haberlo leído veinte ó treinta veces por completo. Yo no hubiera pensado en

mencionar un punto que parece tan natural en la infancia, si no hubiese creído observar que el vivo placer que causaba esa brillante narración en verso, no es tan general en los niños como lo supuse en un pincipio, bien *á priori*, bien con arreglo á mi experiencia personal. Poco tiempo después empecé con Euclides y más tarde con el álgebra, siempre mi padre por maestro.

De los ocho á los doce años leí los siguientes libros latinos: las *Bucólicas* de Virgilio y los seis primeros libros de la *Eneida;* todo Horacio, menos las Epodas; las fábulas de Fedro; los primeros libros de Tito Livio, á los cuales añadía en mis horas de recreo, por amor á la historia romana, el sexto de la Década; todo Salustio; gran parte de las *Metamórfosis* de Ovidio; algunas comedias de Terencio; dos ó tres libros de Lucrecio; varios discursos de Cicerón y algunos de sus escritos sobre el arte oratorio; sus *Cartas á Atico*, sobre cuyos asuntos me daba mi padre explicaciones, que se tomaba el trabajo de traducir para mí, del francés, de las notas de Mingault. En griego leí la *Iliada* y la *Odisea;* una ó dos tragedias de Sófocles y de Eurípides; algunas comedias de Aristófanes, por más que no le saqué gran jugo; todo Tucídides; las *Helénicas* de Jenofonte; gran parte de Demóstenes, de Esquines, de Lysias; Teócrito y Anacreonte; una parte de la Antología; un poco de Dionisio de Halicarnaso; varios libros de Polybio, y, por último, la *Retórica* de Aristóteles. Este fué el primer tratado verdaderamente científico sobre la psicología y la moral que leí. Como contiene gran número de las mejores observaciones de los antiguos sobre la naturaleza humana, mi padre me la hizo estudiar con cuidado especial y me obligó á hacer de sus materias unos cuadros sinópticos. En aquel mismo tiempo aprendí la geometría elemental y el álgebra á fondo, pero no ocurrió lo mismo con el cálculo diferencial y con otros ramos de las matemáticas superiores. Mi padre no había conservado esta parte de los conocimientos que había adquirido y no tenía tiempo para resolver las dificultades que me detenían; me dejaba que me arreglase yo mismo, sin más ayuda que la de los libros; mientras tanto incurría yo en sus censuras por la incapacidad que demostraba en la resolución de los problemas difíciles y no se apercibía de que yo no poseía todavía los conocimientos necesarios para conseguirlo.

En cuanto á las lecturas que yo mismo me procuraba, sólo diré las que recuerde. La historia era siempre mi lectura favorita, y principalmente la antigua. Leí sin descanso la *Grecia*, de Mitford. Mi padre me había puesto en guardia contra los principios aristocráticos de este autor; me había advertido que Mitford alteraba los hechos para alabar á los déspotas y para censurar las instituciones populares. Discurría sobre esas cuestiones y me las explicaba con ejemplos sacados de los oradores y de los historiadores griegos. Tuvo tanto éxito, que al leer yo á Mitford, se formaron mis simpatías en

sentido inverso de las del autor, con el cual hubiera yo podido, hasta cierto punto, discutir. Este antagonismo no disminuía el placer con que siempre volvía yo á la misma lectura. También me gustaba mucho la historia romana y leer mi libro favorito Hooke, como también Ferguson. Un libro que, á pesar de la oscuridad de su estilo, leí siempre con agrado fué la historia universal antigua. A fuerza de leer había incrustado en mi cabeza los detalles históricos relativos á los pueblos de la más remota antigüedad, al mismo tiempo que nada sabía de la historia moderna, excepción hecha de algunos episodios de la guerra de los Países Bajos, no mostrando tampoco gran deseo de aprender más.

He consagrado mucho tiempo, durante mi infancia, á un ejercicio voluntario al que llamaba escribir historias: he compuesto sucesivamente una historia romana, que sacaba de Hooke, un compendio de la historia universal antigua, una historia de Holanda, sacada de mi autor favorito, Watson, y de una compilación anónima. A los once ó doce años me ocupaba en componer un escrito que consideraba como cosa muy seria: era una historia del gobierno romano, arreglada con la ayuda de Hooke, de Tito Livio y de Denys de Halicarnaso. Había escrito bastante para formar un tomo en octavo y había llevado mi asunto hasta las leyes licinianas. En realidad, era una exposición de las luchas entre los patricios y los plebeyos que absorbían entonces todo el interés que concedía yo antes á las guerras y á las conquistas de los romanos. Yo discutía todas las cuestiones constitucionales á medida que se presentaban. Ignoraba absolutamente los estudios de Niebuhr y, sin embargo, ayudado por las únicas luces que debía á mi padre, tomaba la defensa de las leyes agrarias, apoyándome en el testimonio de Tito Livio, y sostenía como podía el partido democrático de Roma. Algunos años después, despreciando los primeros esfuerzos de mi infancia, rompí esos escritos, sin comprender que algún día podía sentir curiosidad por ver mis primeros ensayos en el arte de escribir y de razonar. Mi padre me animaba en ese recreo útil, aunque con buen sentido, en mi opinión, no me pidió nunca mis escritos para verlos. De ese modo no me creía yo responsable, al escribir, á los ojos de nadie, y mi ardor no se enfriaba por la idea de trabajar bajo la mirada glacial de la crítica.

Esos ejercicios históricos no eran un deber obligatorio, pero yo hacía otras composiciones que sí lo eran; tenía que componer versos y éste era el más desagradable de mis trabajos. No hacía versos griegos ni latinos; no aprendí nunca la prosodia de esas lenguas. Mi padre opinaba que ese ejercicio no valía el tiempo que costaba; se contentaba con hacerme leer los versos en alta voz y con corregir las faltas de medida que cometía. Nunca compuse nada en griego, ni siquiera en prosa, y muy poco en latín: no es que mi padre desconociese el valor de esos ejer-

cicios que dan un conocimiento profundo de esas lenguas, sino que en realidad no me quedaba tiempo para hacerlo. Me hacía escribir versos en inglés. Después de haber leído el *Homero* de Pope, tuve el valor de ensayar una composición que se pareciese, y había escrito un canto que era una continuación de la *Iliada*. Es probable que el arrojo ambicioso que me llevaba hacia la poesía se hubiese parado allí; pero el ejercicio que había empezado por gusto, tuve que continuarlo por obligación. Según su costumbre, que nunca abandonaba, de explicarme lo mejor que podía las razones de lo que exigía de mí, me dió mi padre esta vez, me acuerdo muy bien, dos motivos que le pintan exactamente. Primero, porque hay cosas que pueden expresarse con más energía en verso que en prosa, lo que constituía á mis ojos una ventaja real; y además, porque se da en general á los versos más valor del que merecen, y, por consiguiente, vale la pena de adquirir la facultad de hacerlos. En general me dejaba escoger el asunto, que yo tomaba, si mal no recuerdo, de la mitología ó de las abstracciones alegóricas. Me hizo traducir en versos ingleses gran número de las poesías cortas de Horacio. Recuerdo también que un día me dió á leer el *Invierno*, de Thomson y que después me hizo escribir solo, sin la ayuda del libro, algunas páginas sobre tal asunto. Los versos que yo hacía no eran, y esto se comprende, más que una colección de anticuallas y nunca tuve facilidad para hacerlos; pero esta gimnasia me ha sido útil quizá, porque me ha dado la facultad de encontrar con rapidez la palabra propia (1).

Había leído entonces muy pocos poetas ingleses. Mi padre me dió á Shakespeare para que leyese los dramas históricos; de éstos pasé á los otros. No era mi padre admirador de Shakespeare; juzgaba con severidad la idolatría de los ingleses por ese poeta. Hacía poco caso de los poetas ingleses, excepción de Milton, por el cual sentía la más profunda admiración, de Goldsmith, de Burns, de Gray, de los cuales prefería el *Bardo* á la *Elegía*. Quizá deba añadir Cowper y Beattie. Apreciaba á Spencer y recuerdo que me leyó (contra su costumbre de hacerme leer á mí) el primer libro de la *Reina de las hadas;* pero no me gustó. Mi padre no encontraba mucho mérito en los poetas de nuestro siglo; por eso no los conocí hasta más tarde. También hago excepción de las novelas en verso de Walter Scott, que leí por consejo de mi padre, y que me gustaron mucho, como todas las historias animadas. Los poemas de Dryden se encontraban entre los libros de mi padre; me hizo leer algunos, pero ninguno me gustó, excepto la *Fiesta*

(1) Un poco más tarde, siendo niño aún, cuando los ejercicios de la versificación no me eran impuestos aún como un deber obligatorio, compuse, como la mayor parte de los escritores en su niñez, tragedias, no tanto inspiradas en Shakespeare como en Yoanna Baillie, cuyo *Constantino Paleólogo* me parecía la mejor de sus obras maestras. Aún creo que ese drama es de los mejores que se han escrito en los dos últimos siglos.

de Alejandro, que tenía costumbre de recitar, como las canciones de Walter Scott, con una música compuesta por mí. Compuse unos aires que recuerdo todavía. Leí con bastante placer las poesías cortas de Cowper, pero nunca pude leer hasta el final sus largos poemas; y en sus dos tomos no me interesó nada, tanto como un trozo en prosa, la historia de tres liebres domesticadas. A los trece años puse mano en los poemas de Campbell, entre los cuales *Lochiel*, *Hohenlinden*, el *Desterrado de Erin* y algunos otros, me hicieron sentir impresiones que, hasta entonces, no había producido en mí la poesía. En este autor tampoco hice mucho caso de los poemas largos, excepto del poema conmovedor de *Gertrudis de Wyoming*, que consideré, durante mucho tiempo, como el más perfecto modelo de lo patético.

En esta época de mi infancia, una de mis recreaciones favoritas era la ciencia experimental, en el sentido teórico y no en el sentido práctico de la palabra. Yo no hacía experimentos, y con frecuencia sentía no poder dedicarme á ese ejercicio; tampoco los veía hacer; me contentaba con leer sobre ellos. No recuerdo haber tenido por ningún libro la afición que tenía por los *Diálogos científicos* de Joyce. Resistía á las censuras que mi padre hacía de las equivocadas razones que abundan en la primera parte de esa obra, tratando de los principios fundamentales de la física. Yo devoraba los tratados de química, sobre todo el de un antiguo compañero de estudios de mi padre, el Dr. Thomson, muchos años antes de presenciar un experimento.

Tendría yo unos doce años cuando empecé una parte nueva de mi instrucción, cuyo objeto principal no era ya ayudar al pensamiento y aplicarlo, sino que era el pensamiento mismo. Esta parte empezaba por la lógica; y lo primero que leí fué el *Organum* hasta las Analíticas inclusive, sin sacar gran provecho de la Analítica superior, que pertenece á un dominio de la filosofía, para el cual no estaba yo preparado. Al mismo tiempo que el *Organum*, me hizo leer mi padre, en todo ó en parte, algunos tratados latinos de lógica escolástica. Todos los días, en nuestros paseos, le daba yo cuenta detallada de lo que había leido, contestaba á sus preguntas numerosas y difíciles. Después de eso acabé por el mismo procedimiento con la *Computatio sive Logica*, de Hobbes, obra muy superior á los libros de los lógicos de escuela; mi padre la apreciaba mucho, y en mi opinión bastante más de lo que valía. Mi padre no dejaba nunca de hacerme comprender la utilidad de los estudios que me imponía: insistió particularmente sobre la de la lógica escolástica, que tantos escritores de gran autoridad han combatido. Yo recuerdo muy bien cómo y en qué sitio (era en los alrededores de Bagshot Heath, donde fuimos á visitar á un amigo de mi padre, M. Wallace, profesor de matemáticas en Sandhurst) me condujo, por sus preguntas, á pensar en la lógica y á concebir lo que constituye la utilidad de la silogística; él me ayudaba y

me la hacía comprender con sus explicaciones. Las explicaciones no me aclaraban mucho la cosa; pero no me fueron del todo inútiles. Han quedado en mi espíritu como un núcleo, alrededor del cual mis observaciones y mis reflexiones han podido después cristalizarse. El valor de las ideas generales que mi padre me había enseñado, se revelaba en mí en cada caso particular que yo observaba después. Mis observaciones y la experiencia me condujeron en definitiva á hacer tanto caso como él de un conocimiento íntimo de los procedimientos de la lógica y de la escuela. No hay otra parte de mi educación que haya contribuido más á crear en mí la facultad de pensar, tal como la poseo.

La primera operación intelectual en que hice progresos, fué la disección de un argumento falso y la averiguación del origen del error; toda la habilidad que he adquirido en ese género, la debo á la perseverancia infatigable con que mi padre me había amaestrado en esa gimnasia intelectual, donde la lógica de escuela y los hábitos del espíritu, que se adquieren al estudiar, hacen el papel principal. Estoy convencido de que en la educación moderna nada contribuye más, cuando se hace de ello un uso maderado, á formar pensadores exactos, fieles al sentido de las palabras y de las proposiciones, y en guardia contra los términos vagos, oscuros ó antiguos. Se ensalza mucho la influencia de las matemáticas para obtener ese resultado, y esto no es nada en comparación de la de la lógica; en efecto, en las operaciones matemáticas no se encuentra ninguna de las dificultades, que son los verdaderos obstáculos de un razonamiento correcto. La lógica es también el estudio que más conviene á los primeros tiempos de la educación filosófica de los jóvenes, porque es independiente de las lentas operaciones, por las cuales se adquiere con la experiencia y la reflexión las ideas que tienen importancia propia; gracias á este estudio, llegan los jóvenes á comprender una idea confusa y contradictoria, antes que su facultad de pensar haya adquirido su total desarrollo, mientras que tantos hombres capaces no pueden conseguirlo por no haber estado sometidos á esta disciplina. Cuando quieren contestar á sus adversarios, se esfuerzan en sostener la opinión contraria valiéndose de los argumentos que tienen á su disposición, sin tratar de refutar los razonamientos de sus antagonistas, y el mayor éxito que pueden obtener es el de dejar la cuestión indecisa puesto que la solución depende del razonamiento.

Durante este tiempo continuaba yo leyendo con mi padre los autores griegos y latinos, que merecían estudiarse, no tanto por la lengua como por las ideas. Así estudié varios oradores, sobre todo á Demóstenes, del cual leí varias veces algunos discursos; después escribía, como ejercicio, completos análisis de estos discursos. Mi padre salpicaba esta lectura con comentarios muy instructivos. No se limitaba á fijar mi atención en la luz que sus

discursos arrojaban sobre las instituciones atenienses y sobre los principios de legislación y de gobierno que explican; me hacía también comprender la habilidad y el arte del orador; me hacía notar el ingenio con que Demóstenes sabía decir las cosas que más importaban á su objeto, en el momento preciso en que el auditorio se encontraba mejor preparado para escucharle; me enseñaba cómo se manejaba el gran orador para deslizar en el espíritu de los atenienses, poco á poco é insinuándose, las ideas que hubieran despertado su oposición si se hubiesen expresado más directamente. La mayor parte de estas consideraciones no estaban aún al alcance de mi entendimiento en aquella época, y no podía comprenderlas por completo. Pero vertían en mí semillas que han germinado en su estación.

Por aquel tiempo leí también á Tácito, á Juvenal y á Quintiliano. Este último autor es poco conocido y mal apreciado, quizá á causa de la oscuridad de su estilo y de la abundancia de detalles escolásticos de que están llenas algunas partes de su tratado. Pero su obra es una especie de enciclopedia de las ideas de los antiguos sobre la educación entera y sobre la cultura del espíritu; yo he sacado de ella muchas ideas importantes, que no he olvidado jamás y que sólo recuerdo por la lectura que de niño hice de la obra.

En la misma época leí por primera vez los principales diálogos de Platón, particularmente el *Gorgias*, el *Pitágoras* y la *República*. Ningún autor le parecía á mi padre tan conveniente para la cultura del espíritu como Platón, y ninguno recomendaba tanto á los jóvenes estudiosos. Yo, por lo que á mi hace, puedo asegurar la misma idea. El método socrático, del cual los diálogos de Platón son los monumentos principales, sigue siendo la mejor disciplina del espíritu para corregir los errores y aclarar las confusiones inherentes al *intellectus sibi permissus*, es decir, á la inteligencia que ha compuesto todos los grupos de asociaciones de ideas bajo la dirección de la fraseología popular. Las operaciones de que se compone este método, es decir, la interpretación rigurosa que obliga á un hombre, cuyas ideas no son más que vagas generalidades, sea á expresar, en términos precisos, lo que entiende por esas ideas, sea á confesar que no sabe lo que dice; la comprobación constante de toda proposición general por los casos particulares; el poner en su lugar el sentido de los términos abstractos de acepción conocida por las operaciones que consisten en determinar algún nombre genérico de mayor extensión que le comprende, comprendiendo al mismo tiempo otra cosa, á bajar por división, hasta el objeto que se busca, á tragar un límite y á formular su definición por una serie de distinciones cuidadosamente trazadas entre ese objeto y los que se le parecen, para separarlos sucesivamente; todas estas operaciones son de un valor inapreciable para enseñar al hombre á pensar con rigurosa precisión. En la edad que yo tenía tomaron

sobre mí tal imperio, que se convirtieron, por decirlo así, en elementos de mi propio espíritu. Siempre he pensado después, que el título de discípulos de Platón pertenece más bien á los pensadores que se han alimentado de su procedimiento de investigación y que se han esforzado en adquirir el manejo, y no á los que le distinguen únicamente por la adopción de algunas conclusiones dogmáticas, tomadas de sus escritos menos inteligibles, en que el genio de Platón y el carácter de sus obras dejan la duda sobre la cuestión de saber si las considera como fantasías poéticas ó como conjeturas filosóficas.

Cuando yo leía Platón y Demóstenes, desde que pude leer esos autores sin que me detuviesen las dificultades de la lengua, no me exigía mi padre que tradujera el texto frase á frase: me los hacía leer en alta voz y me hacía preguntas á las cuales tenía yo que contestar; pero como daba importancia grande á la declamación, en que él tanto despuntaba, era esa lectura en alta voz muy penosa para mí. De todo lo que me obligaba á hacer, no verificaba yo nada con tanta torpeza, y siempre le ocurría lo mismo, le hacía perder la paciencia. Había él reflexionado mucho sobre los principios del arte de leer, sobre todo en la parte de ese arte que más se descuida, me refiero á las inflexiones de la voz, ó lo que los autores que tratan de la declamación llaman *modulación*, para distinguirla de una parte de la *articulación* y por otra parte á la *expresión:* había sometido estas inflexiones á reglas fundadas sobre el análisis lógico de la frase. Me inculcaba enérgicamente estas reglas y me censuraba severamente cada vez que faltaba á ellas. Yo había hecho la observación, que no me hubiera atrevido nunca á comunicarle, de que si me censuraba por haber leido mal una frase, se limitaba á *decirme* cómo debía haberla leido, y nunca la *leía* él para explicármela mejor. El mismo defecto se encontraba en todos sus procedimientos de instrucción, por otra parte tan admirables, como también en todas las formas del pensamiento; contaba demasiado con la inteligibilidad de lo abstracto, presentado sólo y sin la ayuda de forma alguna concreta. Mucho más tarde, cuando yo ejercitaba la palabra, solo ó entre jóvenes de mi edad, comprendí por primera vez el objeto de sus reglas y me apercibí de las bases psicológicas sobre las que las había asentado. Perseguí esta cuestión en todas sus ramas, y hubiera podido escribir un tratado muy útil sólo con los principios de mi padre. El no había escrito nada sobre esta cuestión. Y ahora me duele no haber aprovechado el momento en que estaba embebido en ese sujeto y practicaba sistemáticamente esas reglas, para dar formas á las ideas de mi padre y á los perfeccionamientos que se me ocurrieron á mí.

Un libro que contribuyó poderosamente á formarme, en la mejor acepción de la palabra, fué la *Historia de la India*, de mi padre. Esta obra

apareció á principios de 1818. En el año anterior, cuando estaba en prensa, leía yo las pruebas de mi padre, ó más bien leía las cuartillas, mientras él corregía las pruebas. De esa obra notable recibí gran número de ideas nuevas. En ella encontraba críticas y estudios sobre la sociedad y sobre la civilización, referentes á los Indos; sobre las instituciones y los actos del Gobierno, referente á los ingleses. Mis reflexiones recibieron un impulso y una dirección que me fueron en extremo útiles en adelante. Aunque reconozco defectos en esa obra, cuando la comparo á un tipo de perfección, persisto en creer que es por lo menos una de las historias más instructivas y uno de los escritos en que el espíritu, al formar sus opiniones, puede sacar mayor provecho.

El prólogo de la *Historia de las Indias*, uno de los escritos de mi padre que mejor le pintan, es también el más rico en ideas, y ofrece un cuadro fiel de los sentimientos y de las esperanzas que le inspiraban en la época en que lo escribió. Había sembrado, en todo el curso de su obra, las opiniones y los juicios de un radicalismo democrático que parecía entonces una opinión extrema; trataba con extraña severidad en aquella época la constitución y las leyes de Inglaterra, los partidos y las clases que poseían un influjo considerable en el país. Si tenía derecho á esperar que su obra le hiciese una reputación, por otra parte no era fácil que le crease una posición ni que entre los poderosos le procurase otra cosa que enemigos. Lo que menos podía esperar era el favor de la Compañía de las Indias, cuyos privilegios atacaba tan duramente y cuya administración política había censurado tantas veces. En algunas partes de su libro, es verdad, hace elogios merecidos de la Compañía, sobre todo cuando dice que ningún Gobierno había dado tantas pruebas de sus buenas intenciones para con sus súbditos, y que si los actos de los demás Gobiernos estuviesen sometidos á la misma publicidad, no resistirían probablemente á un examen tan riguroso.

Sin embargo, cuando supo en la primavera de 1819, un año después de la publicación de la *Historia de las Indias*, que los directores de la Compañía querían aumentar el personal de las oficinas de la correspondencia de la India, solicitó mi padre un empleo de los directores y lo obtuvo. Fué nombrado *asistente* del *Examen* de la correspondencia de Indias. La función de los asistentes consistía en preparar los proyectos de despachos para la India, que después se sometían á los directores en los principales servicios de la administración. En ese empleo y en el de *Examinador* que desempeñó más tarde, la influencia que adquirió con su talento, su reputación y la decisión de su carácter para con sus superiores, que deseaban realmente asegurar á la India un buen gobierno, le permitieron introducir en sus proyectos de despachos y presentar al juicio de los directores y al consejo central, sus verdaderas opiniones sobre los negocios

del país, sin suavizarlas demasiado. Había expuesto ya, en su *Historia*, los verdaderos principios de la administración de ese Imperio, y sus despachos, después de su *Historia*, contribuyeron, más que todo lo que se había hecho hasta entonces, á mejorar el régimen de la India, y á enseñar á los funcionarios de la compañía cómo debían cumplir sus deberes. Si se publicase una colección de sus despachos, se vería, estoy seguro de ello, que en mi padre, estaba el hombre de Estado á la altura del filósofo.

Las nuevas ocupaciones que absorbían el tiempo de mi padre, no distraían la atención que siguió poniendo en mi educación. Durante ese mismo año de 1819, me obligó á hacer un estudio completo de la economía política. Ricardo, su amigo íntimo, acababa de publicar la obra que hizo época en la historia de esta ciencia; sin las instancias de mi padre y el gran aliento que le comunicó, Ricardo no la hubiera publicado nunca, ni la hubiera escrito. En efecto, Ricardo, el más modesto de los hombres, aunque estaba convencido de la verdad de sus doctrinas, no se creía capaz de hacerlas valer, y sea por la exposición, sea por el estilo, temblaba ante la idea de publicarlas. Uno ó dos años después, las mismas instancias amistosas le llevaron á entrar en la Cámara de los Comunes. Allí prestó á sus ideas y á las de mi padre eminentes servicios, tanto en economía política como en otras cuestiones, durante los últimos años de una vida demasiado breve, que la muerte cortó en el momento en que gozaba de la plenitud de su inteligencia.

Aunque la gran obra de Ricardo estaba ya impresa, no existía aún ningún tratado didáctico que resumiese sus ideas para facilitar su estudio. Mi padre se vió, pues, obligado, para enseñarme la economía política, á empezar por lecciones que me daba en nuestros paseos. Cada día me exponía una parte de esta ciencia, y yo, al día siguiente, se la presentaba escrita. Me obligaba á deshacer y á rehacer mi trabajo, hasta que resultaba claro, limpio y bastante completo. De este modo recorrí toda la economía política, y todavía guardo un compendio escrito, formado por mis apuntes. Más tarde se valió de ellos mi padre, como de notas, para escribir sus *Elementos de economía política*. Después de esta preparación leí á Ricardo. Todos los días daba cuenta á mi padre de mis lecturas y discutía las cuestiones accesorias que se presentaban, á medida que iba progresando. Sobre la cuestión de la moneda, la más embrollada de la economía política, siempre en el mismo sistema, los admirables opúsculos que Ricardo había escrito en la época de la polémica sobre los metales preciosos. Me hizo estudiar después á Adam Smith. En lo que más se ocupó durante este estudio, fué en hacerme aplicar á las ideas más superficiales de Smith las superiores luces de Ricardo, y en descubrir lo que hay de erróneo en los argumentos de Smith ó en sus conclusiones. Este método de instrucción estaba maravillosamente

combinado para formar un pensador, pero también era necesario que lo manejase un pensador tan exacto y tan vigoroso como mi padre. Aun con él era rudo el camino; lo era para mí, aunque el asunto me interesaba vivamente. Mi padre se impacientaba con frecuencia más de lo debido, cuando no salía yo airoso de un trabajo en que hubiera debido esperarse éxito alguno; pero, en general, el método era bueno, y dió sus frutos. No creo que ninguna instrucción científica haya sido más profunda y más apropiada al objeto de formar las facultades del espíritu, que la que mi padre me dió en lógica y en economía política. Se esforzaba, muchas veces exajeradamente, en poner en juego mis facultades, haciendo que lo encontrase todo por mí mismo; no me daba sus explicaciones antes, sino después; me hacía sentir toda la fuerza de los obstáculos. No sólo ganaba yo adquiriendo un conocimiento exacto de estas dos ciencias, como entonces se las comprendía, sino que aprendí á pensar sobre las materias de que tratan. Yo pensaba por mi cuenta casi desde el principio, y á veces de un modo muy diferente al de mi padre. Durante mucho tiempo no existieron estas diferencias más que en cuestiones secundarias, y yo consideraba sus opiniones como una piedra de toque. Más tarde me sucedió que le convencí de una opinión mía, modificando la suya en un detalle. Lo digo en honor suyo, no para alabarme de ello; es una prueba de su perfecta buena fe y de la excelencia de su método de instrucción.

Allí acabaron lo que puedo llamar propiamente mis clases. Tenía yo unos catorce años; me fuí de Inglaterra y estuve más de un año ausente; después de mi vuelta, aunque mis estudios seguían bajo la dirección de mi padre, ya no me dió más lecciones. Conviene que me detenga un instante para considerar las cuestiones de naturaleza más general que se refieren á los años de mi vida, cuyos recuerdos acabo de trazar.

STUART MILL.

(Se continuará.)

ALGO SOBRE LAS CUESTIONES

ACERCA DEL PRIMER VIAJE DE COLÓN

I

Propio y natural rasgo de su ingenio es que tome á su cargo el Sr. Castro la tarea de pónernos ante los ojos el crasísimo error en que todos estamos, creyendo que la salida de las tres carabelas que llevaron á feliz término el viaje más extraordinario que registra la historia, *fué del Puerto de Palos, y de convencernos de que nada hay en ello de cierto, pues las carabelas zarparon de Cádiz.*»

Esto dice el Sr. Asensio. Francamente, lo he de consignar aquí. ¿Cuál no ha sido mi estupefacción primero, y mi risa después, al considerar el raro ardid de mi adversario, que se jacta de autor juicioso y veracísimo? No pudiendo hallar fáciles objeciones á mis argumentos y citas, ha recordado que mora en la patria de *Don Basilio*, y me cuelga una calumnia de aquellas que en uso tenía para sus menesteres y astucias el buen capigorrón; y dijo para sus adentros:

«Castro ha debido escribir un desatino mayúsculo. Pues no lo ha estampado en sus folletos, afirmemos rotundamente que sí, para solazarme con usar del derecho, que cree tener y tiene cada prójimo; de combatir errores y más si son de superior tamaño.

El recurso parece algo atrevidillo; pero, en fin, la fuerza de las circunstancias le obliga á ello.

En mi primer folleto escribí (página 23):

«¿Quién puede dudar que de Palos salió la expedición, habiéndose

formado en las aguas y por orden de los Reyes Católicos?»

«Salió de Palos la expedición y vino á Cádiz.» (Pág. 24.)

Y además, refiriéndome á Palos, me expresé en el principio: «No me propongo arrebatar glorias á una población enaltecida en los más de los escritos históricos sobre América, sino que queden *aunadas en el mismo hecho* las de ella y las de mi patria predilecta.»

Este mismo pensamiento con toda claridad, se halla presentado una y otra vez en mi segundo escrito sobre el asunto.

Tal han creído los que, sin ser el Sr. Asensio, han tratado de mis opúsculos: el ilustre poeta y laureado crítico Sr. D. Andrés Lasso de la Vega comprendió mi intento, al manifestar sus simpatías por mi escrito en uno suyo publicado en la Revista *España y Portugal:* el entendido Sr. D. José María Carpio y Castaños, contador de navío de la Armada, y secretario de la Intendencia del departamento de Cádiz, en carta que publicó el *Diario* de esta ciudad (1), se ha expresado en la siguiente forma:

«Es posible, y no hay prueba concluyente en contrario, máxime teniendo en cuenta, como ya lo ha hecho el Sr. Castro, que el rum bo que señala el diario de navegación al salir de la barra de Saltes, no es directo á Canarias, como han dicho algunos historiadores. La carta que levantó de orden de Navarrete el piloto D. Miguel Moreno, y ha servido de base para las demás que se han publicado con las derrotas que siguió Colón en sus cuatro viajes, indica que *estuvo cuando menos á la vista de Cádiz*, porque á su altura se enmienda por primera vez el rumbo; y *así se inclinan á creerlo algunos oficiales de marina, que, teniendo en cuenta el cómo se navega cuando se puede tener á la vista la costa, y mucho más en aquella época, creen de buena fe que Colón vino desde Huelva á reconocer á Cádiz, para desde aquí ir, aprovechando todo lo posible, á buscar la costa de Africa*, la cual, una vez reconocida tal vez á la altura del cabo Blanco, lo llevaría con más seguridad á la vista de algunas de las Canarias.»

Esto prueba que yo no he dicho lo que finge entender el Sr. Asensio, y que por los demás nunca se han interpretado de ese modo mis palabras.

Confieso que, á envidiar su talento, lo haría para emplearlo mejor.

Ya por esta muestra, los lectores decidirán lo que vale quien pone semejantes dolos en la verdad, y apa-

(1) 17 de Febrero de 1892.

rentando esquivez y ceño para con mis escritos, viene implícitamente á declararse fugitivo de la cuestión, prefiriendo ello á reconocerse vencido. Literatos de la condición del Sr. Asensio se asemejan á la ostra, que antes se deja hacer pedazos que separarse de la roca á que se halla asida.

II

Y como jamás ha tenido fama de escritor perspicaz, ni de dialéctica, ni de erudición bastante para sostener una grave polémica, nadie puede extrañar que al ardid anterior una otro del mismísimo carácter, en revelación de su desdichada impotencia y farfantonería.

Para probar que fueron dos las cartas de Colón á Santángel y Sánchez (dos cartas que como distintas cita en su historia el Sr. Asensio, de lo que se ha vuelto atrás con su gallardía, instabilidad y desenfado ó desahogo de costumbre), puse en parangón alguno que otro texto de que resultaban desigualdades en contados pasajes. Á fin de dar más claridad á la controversia, publiqué al lado del texto español de la carta de Santángel, la versión del latino de Cosco.

Pero, ¡oh entusiasmo y astucia del Sr. Asensio! Para fingir que me responde, anuncia con perspicacia roma que he puesto en contraposición á un texto legítimo del Almirante, unos sacados de la traducción del Sr. D. Francisco Antonio González.

Ese portentoso descubrimiento, ni en él ni en mí podía serlo. Tal noticia está dada en la página 36 de mi primer opúsculo sobre el asunto, opúsculo publicado en 1890.

Mas vamos á la cuestión verdadera. La carta á Santángel no es exactamente igual: más claro, no es la misma que la que Colón dirigió á Sánchez el tesorero. El señor Asensio cree que sí, con el parecer de los Sres. Harrisse, Varnhagen y otros, en tanto que juzgo por lo que me dictan la razón y lo que han escrito Fernández Navarrete y el conde Rosselly con algunos más, el primero que *en sustancia* viene á ser la misma, y el segundo que la de Sánchez es un modelo de elegantísimo estilo.

Ahora bien: repito que en la de Santángel (en todas las ediciones de seguro) faltan nombres de pueblos, que existen en la de Sánchez, que en lengua latina tradujo Cosco. El texto de éste dice así:

«Itaque monstra aliqua non vidi,

neque eorum alicubi habui cognitionem, excepta quedam insula *Charis* nuncupata quæ secunda ex Hispania in Indiam transferantibus existit... Hi carne humana vescuntur.»

¿Este nombre de *Charis* ó *Carib*, fué sacado de su cabeza por Cosco? No. Lo puso porque lo leyó en el texto de la carta original de Colón á Sánchez.

En la de Santángel no se nombra á *Charis* ó *Carib*.

He aquí una diferencia.

En otro pasaje de la versión latina de Cosco, se lee:

«Hi sunt qui coeunt cum quibusdam feminis quæ solæ insulam *Mathenim* primam ex Hispana in Indiam trajecientibus habitant.»

Perdónenme los lectores las citas latinas, pero cuando hay críticos como el Sr. Asensio, que se agarran de cualquiera idea para confundir la verdad, he tenido que citar el texto de la versión de la carta del Almirante.

En ella se cita á *Mathenim* ó *Matinino*, y ¿por qué? Porque así lo escribió Colón en la carta á Sánchez. No se halla ni por sombras en el texto de Santángel. ¿Se quieren más testimonios de que hay diferencias notables en ambos documentos?

Colón, el 13 de Enero, decía en su *Diario de navegación*, según el escrito de las Casas, «que en las islas pasadas estaban con gran temor de *Carib*..., que debe ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y comen la gente que pueden haber.»

En 14 de Enero. «Afirman de que allí había mucho (oro) y en *Carib* y en *Matinino*.»

En 16 de Enero. «Dijéronle los indios que por aquella vía hallarían la isla de *Matinino*, que diz que era poblada de mujeres sin hombres.»

Leandro Cosco no conocía ni pudo conocer el *Diario* de Colón. Se atuvo al texto de la carta de *éste*. No cabía que inventase esos extraños nombres. En el texto de Santángel estaban omitidos porque era distinto.

Pues bien: de la misma suerte que habló de *Carib* y de *Matinino*, y que puso otras cosas que hoy omito para no incurrir en prolijidad enojosa, puso lo del *viaje desde Cádiz*.

No basta que el Sr. Asensio califique de capricho de Cosco esto último, y que lo asegure con la imperturbable seguridad de quien se lo hubiese visto escribir.

La lógica inexorable atestigua la opinión de ser diversas las cartas, aunque en la esencia parecidas.

Cosco citó el punto de partida del viaje desde Cádiz, porque así debió estar en el texto de Colón.

III

Después de haber hecho varios alardes de polemista, el Sr. Asensio dice que duda, que no puede creer que el ayuntamiento de Cádiz me haya confiado la defensa de la gloria de esta ciudad en el asunto. Y, sin embargo, al punto noveno del cabildo de 17 de Septiembre de 1890, presenté un expuesto, siendo síndico, manifestando mi opinión con argumentos y pruebas. El Municipio me dió las gracias, y autorizó para popularizar y sostener esta idea. Si el Sr. Asensio lo duda, pida un certificado de todo al Ayuntamiento.

Cree desautorizarme recordando que en mis mocedades escribí con ilustraciones el *Buscapié*. Aquello fué una muchachada que tuvo su objeto. Me sentí con alas para volar y darme á conocer, y tan me di, que se tradujo el opúsculo y las más de las anotaciones en Europa (hasta tres veces en Inglaterra por ejemplo). De este juguete, que claro es que en otra edad no hubiera escrito, no tengo por qué arrepentirme, como nadie se arrepiente de diablurillas que sin daño efectivo de otros haya verificado en sus pocos años, y más juguete escrito con la intención y medios de prueba de declarar más adelante que era debido á mi pluma.

Muéstrase hostil (como siempre ha hecho el Sr. Asensio) á todo lo que sea en mí ilustrar la historia y literatura patrias, desvaneciendo los errores en ellas introducidos. Refiere que el *Centón epistolario* he quitado al bachiller Fernán Gómez de Cibdarreal. Y á mucha honra, por ser una ficción patente.

Añade que á Rioja he despojado de su *Epístola moral á Fabio*, como si el restituirla á su autor fuera despojar. A Sevilla he dado un poeta excelente en Fernández Andrada, con el texto original y genuino de la Colombina, opinión ratificada por haber parecido en la biblioteca de la Universidad de Granada, entre los libros que fueron del duque de Gor, un manuscrito de puño y letra del capitán Fernández de Andrada, con esa misma epístola entre originales de otros poetas sus contemporáneos.

He probado que la carta del rey Alonso el Sabio á Guzmán el Bueno es una ficción genealógica, que le deduce de llamarle *Primo*, título cariñoso sólo dado á los grandes desde Carlos V, de llamar á Sevilla *mía sola leal ciudad*, cuando le eran leales Cádiz, Jerez, Badajoz y Murcia, á la que legó en su testamento el corazón por esa lealtad misma, y

aparte de las frases incongruentes y palabras de más modernos siglos.

Y no intento proseguir en este camino, porque no se imagine que trato de hacer biografía propia, cuando sólo procuro defenderme de quien se opone con sinrazones á una verdad patria, mientras la sostengo á rostro firme, á boca llena y con pluma en ristre contra el Sr. Asensio, que infelizmente ha caído en la más deplorable de las idolatrías, la idolatría de sí mismo, y que se parece al anteojo de larga vista, que por una parte nos presenta los granos de trigo como montes, y por otra los montes como granos de trigo.

IV

En el penoso camino que ha emprendido, se halla con una observación para él de indescriptible y efímero júbilo; viene á ser una niñería, pero niñería en los sus maduros y tan maduros años.

En el prólogo de mi *Historia de Cádiz,* dije en censura del P. Fray Jerónimo de la Concepción, que éste había querido probar que los Reyes Magos estuvieron en Cádiz, que Colón salió de esta ciudad para el descubrimiento de América, y que el estilo corresponde á la *insensatez* de las noticias.

De ahí entusiasmado me califica de esa *insensatez* que yo atribuía al reverendo Padre.

De dislate con el mismo motivo citaba esas noticias D. José Vargas Ponce. Yo las recordé en mi primer folleto (pág. 17), diciendo que, á tener noticia de la carta de Colón, no se hubiese expresado en tan violenta forma.

Mas en realidad, ridículo es el argumento del Sr. Asensio. Ha *treinta y cuatro años* que mi historia de Cádiz fué escrita. En esos he tenido tiempo de rectificar mi equivocación, cualidad y consecuencia de un escritor que no blasona de infalible.

Si porque en la *Biblioteca de Autores Españoles* publiqué como de Rioja la *Epístola moral á Fabio,* no he podido presentar pruebas inequívocas de que estábamos todos en error al creerlo así, renegaría de la consecuencia literaria que me obligase á ocultar la verdad con afrenta de la historia patria. Persistir en un error sabiendo que lo es, quede reservado á los hombres de ninguna conciencia, pobreza de espíritu y apego á tradiciones infundadas é indefendibles.

Yo, al rectificar mi opinión sobre la partida del Almirante, no he seguido al P. Concepción, sino al gran Pedro Mártir de Anglería, primer historiador de Indias, que escribió con noticias de su amigo Colón y primeros descubridores; á Rafael Maffei *(el Volaterráneo)*, al primer geógrafo alemán del siglo XVI Munster, al historiógrafo Spondano, al también geógrafo insigne Lamartinière, al P. Fr. Juan de la Puente en su *Conveniencia de las dos Monarquías*, al otro sabio geógrafo del tiempo de la Revolución francesa, y á Roberto de Vangondy, que, en el prólogo de su *Atlas universal*, dice que Colón salió del puerto de Cádiz en su viaje primero.

Omito citar más autores, porque algunos otros lo han sido ya en la polémica presente.

¿Qué quiere el Sr. Asensio, que para no escandalizar su atrabiliario criterio oculte mis investigaciones, encogiéndome en el nido de una inútil modestia? De tal guisa le enamoró el argumentillo con lo que pensaba rematarme, que, envuelto en ciertas nieblas, lo anuncia al principio de su artículo como concluyente, sin comprender su realidad, y sin advertir que eso era vender la caza antes de tenerla muerta. Con razón escribió Erasmo el *Elogio de la locura*.

V

Prosigue el Sr. Asensio juzgándome, no como soy, sino como su aviesa voluntad se figura. No pertenezco ni he pertenecido á los fanáticos por su patria que buscan glorias falsas pretendiendo así engrandecerla. He dado pruebas de todo lo contrario desde el primer vuelo que en literatura dió mi deseo.

Cuando descubro errores, aunque tengan origen en mí, lo que tardo en publicarlos es lo que tardo en saberlo.

El pintor D. Clemente de Torres, discípulo de Valdés, pasaba por gaditano, según el Diccionario de Ceán Bermúdez, la Biografía y Bibliografía de Cambiazo y otros autores, y yo el mínimo de todos entre ellos. Pues bien: examinando para muchas y útiles cosas los libros parroquiales de Cádiz, supe que la partida de bautismo de ese pintor con su no existencia, harto á las claras revelaba que Torres no había nacido en esta ciudad. En su lugar hallé que en 24 de Julio de 1727 se enterró en San Francisco D. Clemente de Torres, de edad de setenta años, natural de Sevilla, marido en segundas nupcias de su mujer doña Juana Soberanis.

Al punto publiqué la noticia en el diario *La Palma*, para que no subsistiese más el engaño. Cádiz cuenta pocos artistas notables de ese tiempo, y no por un indiscreto amor patrio negué á Sevilla lo que le corresponde.

Vamos á otro suceso semejante. El héroe de la campaña del Rosellón contra la primera república francesa, *D. Antonio Buenaventura Ricardos*, era tenido por gaditano también. Para probar que no se refería á él la partida de bautismo de uno llamado así en Barbastro, Cambiazo quiso probar que en 1732 nació en Cádiz otro Antonio Ramón Ricardos Carrillo y Albornoz, infiriendo que aquel su hermano mayor debió morir, por no ser posible que ambos se llamasen *Ramón*.

Pero aunque asimismo tuve por gaditano á aquel en mi historia de Cádiz, vi después papeles de familia que existen en la Biblioteca municipal, por los que consta que el padre ponía por devoción á San Antonio este nombre como primero. Antonia Engracia se llamó la que fué marquesa de Tablantes, Antonio Buenaventura (el teniente general), Antonia Clara, y Antonia Bienvenida, monjas, y Antonio Ramón.

Este último no pudo ser el General, como Cambiazo pretende, creyendo que para fingir mayor edad se sirvió de la partida del otro, por la convincente razón de que el Antonio Ramón falleció de año y medio, el 10 de Enero de 1734, según se acredita por los libros parroquiales.

De igual manera procedí en el asunto. En *La Palma de Cádiz* publiqué con los documentos las noticias, en rectificación de todos y todo, y en testimonio de abnegación patria para honra de la verdad.

Así he entendido siempre la obligación de escritor: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Hay que mirar con cierta elevación las cosas y ser firme como un risco contra las pasiones y los apasionados. Ya se sabe que en los riscos más levantados anidan las garzas de subido vuelo.

VI

¿Dónde está la reputación de gran criterio de que blasona el señor Asensio?

Un día le tentó el diablo, y anunció que la figura grosera de un barquero que se halla en un cuadro de la vida de San Pedro Nolasco, en el Museo de Sevilla, por ser rubio y barbudo, era el retrato de Cervantes, pintado por Pacheco. Con esto creyó haber llegado á la cúspide del Parnaso.

Cervantes fué redimido por los Trinitarios, no por los Padres de la Merced. ¿Qué filosofía encerraba poner el retrato del insigne novelista con trazas semejantes? ¿Fué barquero alguna vez; viajó con frailes redentores sirviéndoles de tal? ¿Por qué Pacheco pintó en las manos del soldado en vez de la espada ó el arcabuz el bichero?

Miróse esto al cabo como cosa de burla y entretenimiento á costa de un literato tan irreflexivo.

Siquiera el que inventó el retrato que hoy pasa como de Cervantes desde el último siglo, le dió los lejos del de un grande hombre (el rey Enrique IV de Francia).

Poseedor del libro manuscrito de los retratos de Francisco Pacheco, con biografías, se apresuró á darlo á luz hará pocos años, creyendo prestar un servicio á las letras y á las artes.

Los dibujos están faltos de la graciosidad y del encanto de la buena escuela sevillana, y trazados con la sequedad distintiva de Pacheco, y por la cual sus obras jamás han conseguido ser populares.

¿Qué se podía esperar de esa publicación tan ponderada? Los más de los retratos, según el mismo Pacheco confiesa en su *Arte de la Pintura*, *son ideales*.

En lo referente al texto, no hay más que decir sino que apenas puede interesar. Salvo algún que otro retratado, la mayor parte sólo inspira la indiferencia consiguiente. Trátase de personajes, no adocenados, sino acentenadísimos; personajes de apelmazada ciencia, de obras de fatigosa lectura y de ninguna valía para la posteridad, por más que le diesen aquélla en su siglo el capricho de los amigos.

En un monte nevado, todo aparece igual, todo blancura. Pero cuando el sol deshace la nevada, todo se ve tal cual es: lo que torre, torre; lo lo que choza, choza; lo que cuesta, cuesta; lo que camino de despeñadero, camino de despeñadero, de que Dios libre á críticos como el señor Asensio.

VII

El Sr. Asensio se disculpa al ver que notamos su falta de riqueza en giros, su estilo desmayado, su ninguna gravedad de sentencias, sin penetrante fuego en sus frases, y que la que debiera ser florida retórica en su pluma, no pasa en realmente de un erial agostado.

Dice que su propósito es hablar de un modo sencillo, para que así mejor lo comprendan.

En verdad, con sencillez puede

expresarse un escritor y aparecer elegante y aun grandioso en su sencillez, y hasta modelo retórico.

Pero, ¿qué muestras nos da de su conocimiento en el habla castellana el que aspira en Sevilla á que lo tengan por heredero de los Arjonas, Listas, Castros, etc., etc.?

En su libro sobre Colón, violando los preceptos gramaticales, dice *virreinato* con dos *rr*, en vez de *vireynato*, y *virreina* en lugar de *vireina*, y esto varias veces.

En otro pasaje de la referida obra cuenta de un marinero que «se *escondió* en *oculto sitio*». Si se escondió, claro es que el sitio tenía que hallarse alejado de la vista, por lo que sobra el calificativo de *oculto*.

En otro lugar escribe:

«Entre estas *reminiscencias de pasados sucesos*.»

Lo de *pasados sucesos* sobra. No hay reminiscencias de hechos futuros.

Vaya otro regalo para divertimiento público:

«En una extensión de mar que *no tenía fin* y en la que *no descubría tierra alguna*.»

Si *no tenía fin el mar*, ¿cómo en él se había de *descubrir tierra?*

Siguiendo por este camino, puede obtener una dicha que, mediante escritos con estas galas inocentes, el clero que vaya á darle cristiana sepultura, use rito blanco y le entone el gloria; á que deben agregarse algunos otros merecimientos, entre ellos la narración de la entrada del Almirante en Barcelona escrita con las luces mustias de un aparente juego retórico. «Por verle salió toda la gente (dice) y toda la ciudad. No cabían por las calles, *oprimiéndose* y *estrujándose* por acercarse.»

Oprimirse y *estrujarse* viene á ser lo mismo, pero, en fin, se halla más elegancia, más nobleza en la palabrilla *estrujándose*, porque júntase en ella á ambas la circunstancia de haberse usado por primera vez en una historia española, lo que viene á ser un adelanto.

Pero el Sr. Asensio no tiene conciencia de estas cosas. Su viña no está bien labrada. Alternan en ella, aquí las cepas, y allá los espontáneos y fecundos matorrales.

En el artículo á que respondo, dicho señor, llevando las cosas por el desatentado camino del despecho, pierde pie de la manera más absurda, lo que sinceramente deploro, porque me apena ver adónde sus malas andanzas lo precipitan.

Véase este parrafito, ejemplo de un desconcierto sin igual.

«Como medio el más directo y eficaz para que *fuera* patente *el error*, y ningún *lector*, por confiado, por ligero *que fuera*, *pudiera* dejarse arrastrar por él, etc...»

Aquí, por compasión hacia el se-

ñor Asensio, pido al lector que no censure esas frases. Estamos en tiempo cuaresmal, y debemos no abusar de los errores de un adversario. Por eso nos circunscribimos á lo más estrictamente imprescindible para nuestra defensa, sintiendo tener que decir algo de su *Historia de Colón,* que no vamos á analizar á fin de no meternos en tan formidable montería.

XIII

Con aparente deseo é ineficaz propósito, y cual pájaro deslumbrado que se arroja por esta ó esotra parte, y sin saber con certidumbre á dónde, nos refiere cuáles han sido, en su sentir, los memorables escritores que le han precedido en investigar la vida de Colón.

Los que algo de ella saben, jamás omiten hablar de William Robertson, el ilustre autor de la *Historia de América*, porque, después de cerca de dos siglos, es el que ha despertado el estudio hacia las vidas del Almirante y otros héroes del Nuevo Mundo, con un criterio filosófico que hubiera sido aún más notable de lo que fué, á no tener herméticamente cerrados sus archivos á mediados del siglo último para los extranjeros el Gobierno español.

Pero así y todo, su obra es un modelo de ingenio, elocuencia y buen sentido.

La Real Academia de la Historia, en público reconocimiento de su mérito, admitió á Robertson en el catálogo de sus individuos por unánime acuerdo, y uno de ellos comenzó á traducir la obra, secundando los deseos de todos. El ministerio español, al que desagradaron algunos juicios de este sabio, impidió que la versión saliese á luz, á fin de que no se popularizasen. En cambio, comisionó á Don Juan Bautista Muñoz para escribir una historia del Nuevo Mundo, por expresa voluntad de Carlos III, disponiendo que «se le franqueasen sus archivos y bibliotecas sin reserva alguna, y que todos los cuerpos y particulares hiciesen lo mismo».

Muñoz, que escribió esto, dijo más: que esa historia era importantísima para el Gobierno, para la instrucción común, *para luz y desengaño general de la república literaria*, palabras en que se transparenta el pensamiento.

De este libro sólo tiene noticia la generalidad por el tomo I, dado á la imprenta en 1793.

Como no conocía el Sr. Asensio la causa de este encargo, de aquí que ni una palabra en este punto nos hable de la historia de Robertson, cual si fueraun autorzue-

lo merecedor de desdén y hasta olvido, y el mismo público no digno de saber esa parte importantísima de la bibliografía que ilustra la vida del Almirante. El Sr. Asensio, cuando en su fantasía al escribir aquélla cree tener los ojos de Argos, se encuentra más y más en tinieblas.

IX

Allá nos copia, en su libro de Colón, el parecer de éste cuando se aplicó denodadamente la que creyó profecía del descubrimiento del Nuevo Mundo, opinión que siguió su hijo D. Fernando, y que han repetido muchos y muchos, y entre ellos yo en mi juventud.

El Sr. Asensio, á quien no se alcanza mucho en erudición poco conocida, por más que en todo lo corriente, y hasta vulgar, se lozanea á más y mejor, nada dice de la historia de este pensamiento.

Y en una obra de las sublimes pretensiones de la del Sr. Asensio, y en los momentos solemnes del centenario, no sabe bien eso de dejar sueltos puntos tan importantes. Tiene derecho la humanidad á que se le ilustre.

Todos no están concordes en lo de la profecía. D. Juan Solórzano, en su *Política Indiana*, uno de los más sabios en lo tocante á América, declara que el pronóstico de Séneca no puede referirse al Nuevo Orbe, que, como se ha dicho, «*se descubrió pasado Cádiz, y al Occidente, y no al Septentrión, de que Séneca habla*, pues hace mención de la Isla de Tule, que era entonces tenida *por la última de aquel clima*».

Fray Antonio de San Román, en su *Historia de la India Oriental*, cree que la profecía de Séneca debió haber expresado *nec sit terris ultima Gades*, no al Septentrión, donde se halla Tule, sino al Occidente, donde se encuentra mi patria.

Por último:

El sabio y eminente filósofo, autor del libro *El Mundo, su origen y su antigüedad*, escrito en lengua francesa, y publicado como impreso en Londres el año de 1751, escribe:

«Hay unos pensamientos de Séneca que un autor moderno no ha entendido, pues ha hecho decir á ese poeta, en profético tono, que un día se descubrirá el Nuevo Mundo. Séneca, lo que ha querido expresar en ese pasaje, es que algún día la mar, retirándose de los lugares que entonces estaba cubriendo, patentizaría nuevas tierras, de suerte, que la isla de Tule no sería considerada como la extremidad del mundo. Plinio hace una larga y exacta enumeración de tierras que el mar ha

abandonado, de las que ha cubierto, de las islas que de nuevo han parecido, y de las que se han juntado al continente.»

Hay que lamentar que el señor Asensio, ya que estas cosas no ignore, lo que en amable cortesía le concedo, las entregue por insignificantes á un sospechoso silencio, negando á la posteridad un gran juicio sobre esas opiniones. No basta á la ciencia histórica que todo dé por hecho, pues Colón habló en su dia, y hay que atenerse á Colón so pena la merced del Sr. Asensio, á quien no debemos desacatar por ciertos respetos, si bien hay ocasiones tan pesadas y violentas, que la indignación pudiera parecer disculpable y hasta precisa.

X

El Sr. Asensio es tan adicto al error, que ahora va á ser mártir de errores ajenos. Ciertamente, cuando ve uno y grande, allá corre desalado por hacerlo suyo. ¡Qué abnegación ó inocencia!

«Dicho sea *en honra de nuestra nación*—exclama—España no aceptó aquel nombre (el de América)... Esta es una verdad que no necesita confirmación. Siempre se ha conservado *ese término oficial* (el de Indias) para designar el mundo descubierto por Cristóbal Colón.»

No hay duda: anda enteradillo el Sr. Asensio. Leyó en Fernández Navarrete una opinión semejante. ¿Cómo ha de ser? Los grandes maestros á veces se equivocan. Pero, al fin, más fácil es seguir á ciegas algunos pareceres, que estudiarlos y satisfacerse de su verdad ó incertidumbre.

Se ha seguido llamando *Archivo de Indias*, y *Patriarca de Indias*, y otras cosas así, por tradición oficial. Pero *oficialmente* el nombre de *América* se ha generalizado desde los fines del siglo XVII.

Del tiempo de Carlos II hay una cédula de 18 de Agosto de 1693, en que se dice que «se ejecute el arqueo de los navíos de registro que salieren de dichas islas para los puertos de la *América*».

Véanse los papeles referentes al colegio de San Telmo, donde estaba el gremio de *mareantes de Sevilla*, papeles que debe conocer el señor Asensio, y en que tantas veces se nombra á las Indias oficialmente, no Indias, sino *América*.

Ustáriz, en su *Teórica y práctica de comercio y marina*, nos cita Reales órdenes de Felipe V en 1718, 1719, 1720 y 1726, en que repetidamente se da el nombre de *América* al Nuevo Mundo.

Por Real orden se nombró *Navío-América,* de 68 cañones, al construido en el Astillero de la Habana el año de 1775.

Los marinos que firmaron varias cartas para que se publicasen por el Depósito Hidrográfico, pusieron en ellas el nombre de *América Meridional,* costa occidental de *América*, costa N. O. de *América,* etc. Todas ellas fueron presentadas al rey Carlos III y Carlos IV respectivamente, y así aprobadas.

En la isla de Cuba existía de Real orden el regimiento de Dragones de *América;* en las *Guías de forasteros de Madrid de* 1808, pág. 135, consta el *Estado Militar de América.*

En las Ordenanzas de la Armada, publicadas *oficialmente* en tiempo de Carlos IV, se llama multitud de de veces América á las Indias. En las Cortes de Cádiz, *Américas* se nombraban, y en la Constitución de 1812, el nombre de Indias desapareció completamente.

La prueba no puede ser más terminante. El Sr. Asensio, si sabe esto, escribe contra lo que conoce, y si no lo alcanza, afirma lo que no sabe.

Por lo pronto, acusa de que deshonra á España el que oficialmente ha usado el nombre de América. Aquí que no peco.

XI

¿A qué seguir? Sobra lo escrito para mi propósito. Mas no he de terminar sin que conste un testimonio más de que el Sr. Asensio carece de toda autoridad para discutir en asuntos de América. Excusado es acumular razones y probabilidades. El estima únicamente los supuestos falibles. Con piedras en pared se dan por hechos los edificios, con piedras en montón... moralmente edificios como su historia.

Para que este artículo acabe en algo ameno, que al propio tiempo quede por lo peregrino como festiva memoria, recordaremos que en la historia nos cuenta un suceso que los más sesudos escritores han evitado narrar, ó que, si lo han narrado, esquivaron prudentemente todo exámen ó lificacación.

El Sr. Asensio ha preferido lo contrario. Dice (hablando del segundo viaje de Colón) que un ballestero bajó en Cuba á explorar la tierra, cuando se le apareció un hombre vestido todo de blanco, por lo cual al pronto creyó que era el confesor del almirante, un religioso de la Orden de la Merced, y que seguidamente se fueron presentando

otros, hasta el número de treinta, á lo lejos y con iguales túnicas blancas. Luego que se retiraron, huyó hacia las naves, dando cuenta del hecho. Formáronse dos cuadrillas para explorar la tierra, y semejantes hombres no se hallaron. Esto puso muy en cuidado al Sr. Asensio, y á fuerza de meditaciones, y dando por asentada la veracidad del ballestero ó soldado que salió á caza, y no de gangas, no quiso dejar á la posteridad más remota la averiguación del caso, prestando así un servicio á la historia desde luego.

Entre lo que recopiló, parecióle harto bien decirnos que debieron ser aves. Pero como los historiadores narran que fué un hombre el que de improviso salió al paso al ballestero, no parece fácil que se equivocase con un ave. El flamenco tiene, por ejemplo, el doble alto que la cigüeña, pero su pico es rojo y de cinco pulgadas de longitud, con dorso y cubierta de las alas de color de fuego, señas todas paraconfundirlo con un fraile de la Merced ó un hombre con manto blanco. Lo mismo se nos ocurre de otras aves.

Dejemos, pues, al Sr. Asensio con su criterio dado á pájaros ó pajarracos, y Dios le perdone el meterse escribir de estas cosas, y no busque, pesquise, vuelva y revuelva más sobre haber tomado Colón el rumbo desde Cádiz para el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Si ahora, por ende, le arde algún tanto el pelo, no me culpe, que yo no he buscado esta polémica ni la he puesto en el punto á que sus provocaciones la han traído.

ADOLFO DE CASTRO.

LA ARQUEOLOGÍA Y LAS ARTES PLÁSTICAS

EN EL TEATRO

El teatro es una de las manifestaciones más complejas del arte. Teniendo por fundamento la literatura y á veces también la música, por medio la declamación, por complemento las artes del dibujo, combina varios y distintos elementos para ofrecer al espectador un trasunto de la vida lo más ajustado posible á la verdad, dentro de la esfera y de las exigencias escénicas. Puede considerarse al teatro como una de las artes decorativas, puesto que participa de éstas, en cuanto hay en él de plástico y santuario, y ofrece conjuntos que, aun dentro de la misma acción y de la expresión literaria ó musical, guardan analogía con los conjuntos decorativos de las artes del Dibujo. En general, los autores dramáticos suelen pensar que en el teatro no hay más arte que la literatura; los actores, más extraviados aún, suelen pensar que la declamación es el arte supremo de la escena. De aquí nace, sin duda, la afición que algunos actores demuestran por obras de escaso valor literario, que les dan ocasión de lucir sus facultades, á veces en un terreno ajeno al del arte escénico, y que frecuentemente se desatienda la propiedad, el decoro y hasta la propiedad escenográficas, presentando las obras con decorado, trajes y accesorios, no sólo mal ajustados á la verdad, sino tan falsos é impropios, que toda ilusión huye luego de la imaginación del espectador. A nuestro modo de ver, ni los autores ni los actores tienen razón cuando juzgan y proceden de esa suerte. La literatura dramática, al contrario de la lírica y de la novela, que sólo han menester el oído para la percepción intelectual, pide una manifestación á lo vivo,

de la cual no puede participar el oído sin la vista, ni la vista sin el oído. Al ciego no le llevéis al teatro más que para oir música; al sordo no le llevéis más que á presenciar represetaciones mímicas. Cada uno de ellos está privado por la Naturaleza de un órgano que le impide recibir íntegra la sensación que produce en las demás personas la representación dramática.

Esta circunstancia, este dualismo ó participación común de los dos sentidos, que con razón se llaman intelectuales, porque son los que transmiten al cerebro las imágenes y los sonidos, no concurre más que en el teatro, y por eso creemos que al teatro debe considerársele, dentro de la esfera del arte, como una manifestación especial, que hoy día alcanza tal vez su más completo desarrollo. La arquitectura, la escultura, la pintura, son artes oculares; la música auditiva, y auditiva en general es la literatura, siquiera exija fuera del teatro el recuerdo de la inspección ocular del mundo real para ser debidamente comprendida. Ya la oratoria, que participa de la literatura y de la declamación, produce un efecto estético más completo cuando vemos al orador al propio tiempo que le escuchamos, y por lo mismo puede considerársela, dentro de la escala de las artes, como el paso de la literatura, propiamente, dicha á la declamación. ¿Qué es el orador sino autor de su propio discurso en un momento dado, y en una ocasión solemne, y á veces transcendental?

Es verdad que la obra dramática, como el discurso, subsisten sin el actor y sin el orador; pero subsisten, como un traje primoroso puesto en un maniquí, sin la vida, que sólo puede prestarle á la primera la escena y al segundo el momento de su origen. Por el contrario, la declamación es un arte cuyos fugaces y sucesivos efectos no tienen estabilidad, si bien ganan en intensidad de expresión, por cuya virtud es como hieren á la imaginación y se graban en la memoria del espectador. No puede existir sin la dramática, como el ornato no puede existir en la plástica sin la obra que deba ser decorada.

Pero la representación de la obra literaria sería incompleta si se nos ofreciese sin fondo apropiado. Una estatua, en rigor no necesita fondo, y, sin embargo, se procura que destaque sobre el tono de una pared ó sobre la masa oscura de una arboleda, ó sobre la diáfana claridad del cielo, cuando se trata de un monumento público.

En un cuadro, el fondo es elemento esencial de las composiciones, pues sirve para determinar las

circunstancias locales del asunto. En la escena, por lo mismo que se representa la vida con todos sus accidentes, el fondo tiene más importancia, si cabe, que en los cuadros, pues el efecto que la representación produce en el ánimo del espectador, es tanto más vivo y la ilusión más fuerte y poderosa, cuanto la escenografía presta realce más apropiado á las circunstancias locales y á los sucesivos momentos de la acción.

Hay otro elemento de las artes plásticas que también influye poderosamente en el efecto estético de la representación dramática, elemento esencialmente plástico, que se enlaza por igual con la declamación y con la indumentaria. El gesto, la expresión, el ademán, sin los cuales no puede tener efecto frase alguna en el teatro, determinan en los sucesivos movimientos del actor una serie gradual de efectos estéticos. Estos efectos no sólo se producen de un modo individual y aislado en el actor que recita un monólogo ó que habla en un momento dado, sino con más relieve é importancia á veces en las agrupaciones ó conjuntos que en determinados momentos forman lo que se llama un *cuadro*.

De todo lo expuesto se desprende que el teatro reune y combina elementos de todas las artes para producir la emoción estética. Há menester de la arquitectura, de la escultura y de la pintura, para ofrecer un fondo apropiado á la acción de la obra dramática; há menester de la plástica para inspirar á los actores la expresión real y el carácter local que deben dar á los personajes de la obra que representan; há menester, en fin, de la música, de la mímica, del baile, etc., etcétera.

Ahora bien: hoy que se dispone de tantos elementos científicos y mecánicos, y que se han encontrado medios de aplicarlos á las necesidades del teatro; hoy que alcanzamos una cultura artística sólida y provechosa, ¿ofrecen efectivamente los espectáculos teatrales la ilusión de la realidad y satisfacen las exigencias de las personas conocedoras del arte?

No nos proponemos hacer crítica en el sentido que el uso ó el *abuso* quiere que se entienda hoy esto de hacer crítica respecto del teatro. No pretendemos censurar á éste ó á aquél director de compañía, á éste ó á aquel artista, declamador ó escenográfico. Tampoco nos proponemos enaltecer lo extranjero para deprimir lo nacional, como por sistema hacen no pocas veces muchos españoles, que poseídos de un falso entusiasmo, hijo de la vanidad, acuden á aplaudir á las compañías ex-

tranjeras que cantan ó declaman en nuestros teatros, y en cambio desacreditan á nuestros autores y á nuestros actores, sin haberse dado la molestia de comprender á los primeros ni de apreciar el mérito de los segundos. Si en España no se ha hecho más en pro de la verdad escénica de lo que hasta ahora se ha hecho, mucha parte de culpa la tiene el vulgo, que ora con sus alabanzas inmerecidas, ora con su desdén infundado, suele aplaudir lo censurable y deprimir lo que merecería aplausos. Por consiguiente, si en el fondo de nuestro discurso halla el lector algún espíritu de crítica, y si en nuestras palabras advierte alguna censura, sepa de antemano que una y otra se dirigen al vulgo, se dirigen al mal gusto y á la ignorancia, cómplices, en muchos casos, de las rutinas y falsedades con que se ofende en la escena á la cultura del público.

I

La propiedad en las decoraciones, no siempre bien observada, debe sujetarse á varias circunstancias. Si se trata de una obra histórica, las decoraciones deben ajustarse, no sólo al arte imperante en la época de la acción, sino al estilo ó estilos de la localidad ó localidades en que la misma se desarrolle. No es lícito, por consiguiente, presentar la corte de los Reyes Católicos, por ejemplo, en salones de moda Luis XV, ni la de D. Alonso el Sabio en aposentos de los palacios de Bizancio. Un salón árabe granadino no puede admitir en modo alguno personajes de la corte de Alfonso VIII, ni los Comuneros de Castilla pueden aparecer en una sala empapelada que luego sirve, y es natural que sirva, para representar una piececita de personajes del día. Estos errores, sin embargo, se cometen algunas veces en obras de repertorio, para las cuales se aprovecha el decorado disponible en los teatros. En las obras nuevas, los pintores escenógrafos suelen sacar partido de los elementos que les ofrece la historia del arte monumental para ajustarse á la verdad histórica. La arqueología, por lo mismo que ha adelantado mucho, hace imperdonables los errores, en otro tiempo frecuentes. Las personas inteligentes en esta materia, encuentran, sin embargo, un defecto capital en no pocas de las resurrecciones que de lo pasado se presentan en el teatro. Suelen encontrar falta de carácter. No basta cubrir con tapices flamencos un escenario, poner sitiales de gusto

ojival y sacar personajes vestidos con ropones y calzas para caracterizar el siglo xv; es menester que la planta y dimensiones de la estancia, el gusto decorativo de los tapices, la forma de los sitiales y la hechura de los trajes, contribuyan á dar la fisonomía especial de aquella época; es menester que en la escena haya algo del *medio-ambiente* (permítasenos la palabra), del momento histórico que se reproduce, para que el público respire ese ambiente y se identifique, sin darse de ello cuenta, con los personajes y con la acción. Ese algo, al parecer impalpable, y que sin embargo es un efecto de los medios tangibles de que la escenografía dispone para producir la ilusión en el ánimo del espectador, es el *carácter*, esencia y espíritu, por decirlo así, de toda obra artística. En vano se representará una de aquellas clásicas comedias en que palpita con tanta verdad la España de Felipe IV, si á tan viva expresión de aquella sociedad no responden la decoración, los trajes y el mobiliario.

Este ejemplo nos trae por la mano á un punto de vista importantísimo de esta cuestión. Las comedias de costumbres, debidas á losautores de tiempos pasados, exigen un cuidado especial para ponerlas hoy en escena, pues estas representaciones tienen algo de resurrección arqueológica. Como están escritas en unos tiempos en que el teatro disponía de medios sumamente imperfectos para producir la ilusión escénica, hay en ellas convencionalismos que hoy resultan inocentes, pero que sin embargo son susceptibles de enmienda con los recursos modernos. No hemos de tratar aquí de las representaciones de obras del teatro griego ó romano, pues en este caso, que sólo por excepción se ofrece, hay que prescindir en absoluto del sistema que en la antigüedad se empleaba para presentarlas. Con recordar á los ilustrados lectores que ante un público que estaba al aire libre en una gradería dispuesta en hemiciclo, y un escenario consistente en un pórtico de fábrica medio cubierto por una decoración compuesta de una caprichosa construcción de madera, se presentaban los actores con el rostro cubierto por una careta, cuya boca tenía forma de bocina, calzados con el *coturno*, ó sea un borceguí de elevada suela, para realzar su estatura en la escena, bastará para que se comprenda la distancia que separa á aquellos tiempos en que las obras dramáticas se cantaban al aire libre y los tiempos presentes en que se declaman, prestándoles toda la expresión de la realidad. Hoy es menester presentar en la escena los héroes de las tragedias

griegas, no como se presentaban en aquellos teatros, sino tal como pudieron presentarse ellos ante sus contemporáneos, con su faz augusta, sus túnicas y sus sandalias, sus mantos de severos pliegues y sus actitudes estatuarias (1). Hay que presentarlos en una decoración, no caprichosa, sino real: alguna de aquellas famosas *ágoras*, de pórticos monumentales, donde los antiguos acostumbraban á ventilar los negocios de transcendencia para la vida pública ó la privada. Y esta adaptación del teatro antiguo á la escenografía moderna, se hace menester también, aunque en menor escala, en las obras escritas desde que la escena tomó el carácter que conserva. En las obras del siglo de oro de nuestra literatura, si por parte de sus autores se hace poco aprecio del decorado, si al comienzo de sus actos ó en las acotaciones de cualquiera mutación no se lee más indicación que *palacio, bosque, calle*, y por excepción algo más preciso, á causa de lo deficiente y pobre que entonces debía ser el decorado en los teatros, no por eso debe seguirse la rutina y el convencionalismo que esas indicaciones dejan traslucir, y que sin embargo suele seguirse. Así como se procura arreglar dichas obras á las modas ó conveniencias de hoy, en su parte literaria, entendemos que con mayor razón deben adaptarse á los adelantos escenográficos. ¡Cuánto realce, qué verdad no tendrían muchas de aquellas obras si se presentaran con verdadero carácter de época y de realidad! ¿Qué atractivo no se les prestaría, si en vez de presentarlas con telones de desecho se presentaran con el lujo que merecen y la propiedad que reclaman?

En general, tanto en las obras antiguas como en las modernas, es necesario que las decoraciones produzcan la ilusión de la realidad, de tal suerte, que huya por entero la idea de los lienzos pintados. Este es el *naturalismo* que queremos en el teatro. Pondremos un ejemplo para mejor hacer comprender nuestro pensamiento. El eminente cuanto malogrado actor don Rafael Calvo, de vuelta de un viaje que hizo á Alemania, contaba, y nosotros tuvimos la suerte de oírselo, que en cierta obra que vió representar en Berlín, se presentaba una habitación de un palacio, en la cual las hojas de las puertas, que simulaban de pesado roble, estaban como embutidas en el grueso de los recios muros, y todo su herraje, tiradores, picaportes, etc., era real

(1) De este punto hemos tratado por extenso en un artículo titulado *El Edipo de Sófocles*, que vió la luz pública en *La Ilustración Española y Americana*, número correspondiente al 22 de Marzo de 1884.

y en extremo lujoso; aquellas puertas, al abrirlas ó cerrarlas los personajes, hacían el efecto de puertas pesadas; la decoración, en una palabra, se confundía con la realidad. Parecerá un detalle esto que decimos; pero á nuestro modo de ver, esas puertas que vemos por lo general en nuestros teatros, que no suenan al abrirse ó cerrarse, que á cada movimiento retiemblan acusando su falsedad, mal pueden contribuir al efecto dramático. Mal pueden pasar por de fábrica esas construcciones en que ni la pintura, ni á veces la disposición de los *trastos*, son bastantes á disimular la endeblez y falta de estabilidad arquitectónica.

No queremos nosotros que el *naturalismo* escenográfico se lleve al punto de sustituir la ficción con la verdad. Preferimos el oleaje y la cascada simulados al estanque y al salto de agua natural, que por fuerza tiene que hacer resaltar lo ficticio del paisaje. La Naturaleza no es el arte, y no hay que olvidar que abogamos aquí por el arte escenográfico. Queremos exactitud, realidad, efecto, dentro de las condiciones y de las conveniencias del teatro.

Justo es decir que en no pocas ocasiones se ofrecen decorados que satisfacen, sin duda, á las personas más exigentes; pero esto no es tan constante como fuera de desear. Por otra parte, los escenógrafos y los directores de escena suelen pecar por *carta de más*, como vulgarmente se dice, presentando la escena con un lujo impropio de la acción que se representa. Este exceso de lujo nos hace el mismo efecto que la abundancia de metáforas y de frases ampulosas é inútiles en lábios de personajes dramáticos, que por salir á las tablas de levita, y desarrollar una acción sencilla de la vida, resultan hablando de un modo impropio.

Hay otro elemento en el teatro que tiene capital importancia para el efecto escénico: la luz. El citado D. Rafael Calvo nos contaba, describiéndonos la primera representación de aquella obra en que tanto sobresalía su genialidad, del *Gran Galeoto*, de que él fué espectador en Berlín, que en el teatro en que allí se efectuó, las obras se representan estando la sala de espectáculos á oscuras. En el momento de levantarse el telón la sala queda completamente sin luz; sólo en el fondo lucen seis bujías encerradas en linternas, para caso de incendio. De este modo los espectadores tienen por fuerza que concentrar su atención en la escena, y así, el realce de lo que en ésta se ofrece es extraordinario. Hay más. Decía el Sr. Calvo, ponderando el efecto

de aquella escena del primer acto de dicho drama, en que Ernesto y Teodora hablan junto al balcón, que la escena no recibía más luz que por dicho balcón, cual hubiera sucedido en la realidad; y siguiendo este sistema, la escena se alumbra allí por el lado de que se supone viene la luz; no por todas partes y por igual, como aquí suele hacerse, para no conseguir otro efecto que el de la luz artificial.

Ya comprendemos que hablar de quitar la luz de la sala á un público como el nuestro, acostumbrado á las luminarias de nuestro Teatro Real, á un público para el cual se hacen las nuevas instalaciones de luz en los teatros, prescindiendo de lo que allí importa, que es la escena, y poniendo cuidado en que lo que luzca sean los trajes de las señoras que ocupan la platea, á un público que encuentra oscuros los teatros de París, donde sin dejar en tinieblas la sala se procura algo del efecto indicado, ya comprendemos que nuestras palabras le parecerán ó heréticas ó risibles. Pero tenemos la convicción de que mientras no se llegue á ese grado de adelanto de que en Alemania se goza, no hay que pensar en que las representaciones dramáticas produzcan la impresión vivísima que allí deben producir. Prescindiendo de la cuestión de quitar luz á la sala, que á nuestro juicio es de más importancia que la cuestión de la luz en el escenario, y refiriéndonos solamente á ésta, juzgue seriamente el lector si nuestros escenarios se alumbran como debieran. Aquí se pone á toda luz la batería del proscenio, se ponen hileras de profusas luces tras de las bambalinas y hasta tras de los bastidores cuando la decoración no es cerrada, y así sucede que, aunque la escena se suponga á las doce del día, al espectador no puede hacerle otro efecto sino que aquello sucede en el *teatro* y por la noche. No es esto lo que debe ser el Teatro.

Se nos dirá que la imaginación de los espectadores tiene siempre que poner mucho de su parte. Pero á esta observación contestaremos diciendo que si el efecto dramático ha de ser completo en las tablas, el espectador no debe poner otra cosa que su atención. En el teatro nada es verdadero; pero todo debe parecerlo. Pónganse luces en el proscenio, en las bambalinas, en los bastidores; pero sin perjuicio de ello alúmbrese la escena desde el punto y del modo más propio de la circunstancia en que se desarrolla la acción, que artificios sobrados hay para ello, y el efecto será completo. ¿Qué efecto no tiene aquel final de *La Africana*, en que Selika y su amante aparecen

cobijados por la mortífera sombra del manzanillo? El artificio escénico entra allí por mucho para que el espectador se apiade y se interese ante el sublime suicidio de aquellos dos mártires del amor. En el final del drama *La muerte en los labios,* los lívidos reflejos de la hoguera en que queman á Miguel Servet al entrar por la ventana de la estancia y alumbrar la triste agonía de Conrado y la desesperación de su padre, contribuyen poderosamente á llevar el horror y el espanto al ánimo de los espectadores, cual conviene. Y todavía estas impresiones serían más vivas si en uno y otro caso no hubiera luz en la sala; pero quítense ambos efectos de luz, y el público no haría más que escuchar sentidas notas de Meyerbeer ó la robusta prosa de Echegaray, y para eso sólo suprímase el escenario y cántense las óperas y declámense las obras en un salón de conciertos y de recitaciones. Si al teatro se va á sentir oyendo y viendo, ya que se dé á los oídos lo suyo, dése á los ojos lo que les corresponde.

II

Cuanto hemos dicho de las decoraciones es aplicable á los trajes, pues en la hechura y en la elección y combinación de colores consiste el que tengan el *carácter* propio de la época y de la circunstancia. No queremos repetir ideas que el lector puede fácilmente aplicar aquí. Pero sí queremos indicar algunos defectos indumentarios, harto repetidos en nuestra escena, sin duda por lo mismo que esto de los trajes está muchas veces á merced del gusto y aun del capricho de los sastres y de los actores, que no siempre poseen la erudición arqueológica y el esmero suficientes. Hace algún tiempo escribimos y publicamos un artículo titulado *La Arqueología en el Teatro* (1), en el cual indicamos las rutinas por que se guían generalmente los sastres de teatro, y los errores y absurdos anacronismos frecuentísimos en el teatro Real y no escasos en los demás. Dijimos allí cómo se presentan á un tiempo en la escena personajes vestidos con modas de distintos tiempos, á veces apartados unos de otros, que suele no ser ninguno de ellos el de la obra, y cómo dichos trajes suelen no ajustasre á la época que representa la decoración. Justo es repetir aquí, sin embargo, algo que digimos entonces, á saber: que fuera de alguna que otra obra, sólo los

(1) Vió la luz pública en «Los Lunes de *El Imparcial*» el 2 de Abril de 1883.

actores de buen criterio é ilustración notorios, que han sabido no dejarse *clasificar* por el sastre, se han presentado en la escena con verdadera propiedad. Ya se comprende que la propiedad indumentaria de uno, de dos, de tres actores, no constituye la propiedad de una obra. Esa propiedad, en muchos casos, resulta, por desgracia, contraproducente, pues hace resaltar lo impropio de los demás trajes. Presenciar un diálogo en que un personaje viste á lo Fernando el Católico y otro á lo Felipe II, ó uno á lo Felipe V y otro á lo Carlos IV, como acontece repetidamente, es cosa que causa duelo y que roba toda ilusión teatral. Donde los errores son naturalmente de más bulto es en esas grandes masas de personal escénico que se denominan cuerpo de coros y cuerpo de baile, que están, en lo que atañe á los trajes, bajo la inmediata jurisdicción de los sastres. No comprendemos por qué se siguen ciertas rutinas. Por qué, trátese de la época de que se trate, han de salir á escena las bailarinas con su falda hueca y con las piernas vestidas de malla. ¿No sería mucho más racional que en vez de salir de esa suerte aquellas bailarinas del segundo acto de *Fausto*, salieran verdaderamente de aldeanas, con trajes cortos, aunque al bailar descubriesen cuanto el pudor escénico permite? Tampoco comprendemos por qué cuando sale algún coro ó acompañamiento, por ejemplo, de aldeanos, todos representen la misma edad juvenil y vistan con trajes, no ya de la misma hechura, sino del mismo color, cual si fuesen soldados de un mismo regimiento. Mucho habría que hablar también del modo de colocarse ó de *formarse* esos coros ó acompañamientos en la escena; como de la súbita aparición de todos ellos (cuando no lo pide la acción), en vez del engrosamiento paulatino de varios grupos, que sería lo más ajustado á la verdad.

Igualmente censurables son el manto encarnado con forro de armiño que sirve de invariable insignia á los reyes de la Edad Media; los tacones que llevan algunos actores hasta en las sandalias con que pretenden caracterizar los personajes de la Antigüedad, siendo así que ya no son menester *coturnos;* el peinado moderno, que tanto desdice de los trajes que no lo son, y otros muchos detalles, aunque prolijos de enumerar aquí, no por esto menos impropios y ridículos. En esto de los trajes, permítasenos decirlo francamente, no tienen disculpa los actores, pues ellos no pueden darla diciendo que de indumentaria no entienden. Sin ser eruditos, sin que tengan que matricularse en

una cátedra de Arqueología, pueden y deben tener el suficiente conocimiento de la materia. Hace algunos años, cuando el estudio de la Arqueología era patrimonio de pocos y no estaba divulgado como hoy por medio de obras ilustradas, debía ser un problema harto difícil para un actor el de encontrar figurín apropiado á cualquiera obra de *época*, y por esto mismo son disculpables los errores y las rutinas de ayer. El Sr. D. Diego Luque, persona bastante competente en estas cosas y que ha sabido presentar algunas obras con satisfactoria propiedad, cuenta cómo le costó una polémica, cuando se estrenó el drama titulado *Las Querellas del Rey Sabio*, el que este saliera sin barbas á la escena, pues hasta entonces barbados, y muy barbados, habían salido todos los reyes; cual si las barbas hubieran sido distintivo real, ni más ni menos que la corona *radiata* y el manto rojo forrado de armiños. Hubo el Sr. Luque de presentar pruebas arqueológicas para que prestaran fe á su aseveración de que D. Alonso *el sabio* iba afeitado, y le hicieran caso. Repetimos que aquellos errores son disculpables; pero en modo alguno pueden serlo las rutinas de hoy cuando existen obras especiales, no de crítica, no de erudición propiamente dicha, sino *enciclopédicas*, de vulgarización, de conocimientos; obras hechas *ad hoc*, en una palabra, donde abundan, clasificados cronológicamente, los figurines ó documentos indumentarios de los diversos tipos sociales de cada pueblo y las distintas modas seguidas en cada época. *Le Costume Historique*, de M. Racine, la *Historia del Traje*, del alemán Hottenrot, de lo que hay una edición castellana, han puesto al alcance de los vestuarios cuantos elementos y detalles puedan apetecerse. Respecto de España (en cuya parte son deficientes esas obras), algo se ha hecho también; alguna obra del mismo género se ha comenzado á publicar, y mucho pueden hacer las personas encargadas de esta clase de investigaciones en los teatros, sin más que ir á examinar con algo de detención los cuadros de las salas españolas del Museo de Pinturas.

Hay una época que se presenta muy frecuentemente en las tablas, la época que los artistas llaman *de Goya*, que en la literatura dramática está representada, no sólo por obras escritas entonces, como son las del inmortal D. Leandro Fernández de Moratín y las del ingeniosísimo D. Ramón de la Cruz, sino por la serie de obras modernas cuyos asuntos están tomados de esa gran epopeya nacional que se llama la guerra de la Independencia; época que, á pe-

sar de ser la de nuestros abuelos y estar plásticamente representada en los lienzos y aguas-fuertes del incomparable Goya, suele presentarse sin carácter indumentario. Porque, digámoslo de una vez, aunque hoy no sale á las tablas Aristóteles con casaca y peluca, como refiere Moratín haberle visto; aunque hoy, por punto general, los actores y hasta los comparsas se presentan vestidos con las prendas que la época de la obra pide, es muy frecuente, frecuentísimo, que estas prendas reunan todos los requisitos menos el más esencial: el *carácter*. No se crea que esto del *carácter* indumentario es un algo muy sutil, impalpable, dependiente quizá de la imaginación ó del fino paladar de los espectadores amantes de las artes. En el arte todo es real. La idea no es arte mientras no toma forma. El *carácter* indumentario consiste en dos cosas solamente: en la hechura, y en el género y el color de las telas. Una camisa femenil no puede pasar por túnica, ni una manta jerezana puede pasar por manto de un rey moro; y sin embargo la hechura de la túnica se aproxima á la de la camisa, y los brocados arábigos tienen alguna semejanza ornamental con las citadas mantas. Vestir á Safo con túnica de seda y manto rojo de lo mismo, es un pecado de lesa Arqueología, puesto que los antiguos no conocieron esas telas ni teñían las que fabricaban de colores tan vivos.

Volviendo á los trajes del tiempo de Goya, obsérvese cómo desdicen al lado de las casacas auténticas, que suelen lucir algunos actores, las imitadas que llevan otros; en las que por no haberse molestado el sastre en sacar unos patrones de aquéllas, las mangas resultan anchas, no acusan el codo, no arman; el cuerpo de la casaca entalla mal, los faldones caen sin gracia, y toda la prenda, en fin, acusa á la legua que es una torpe imitación. Lo mismo diremos de las faldas de raso con que se trata de remendar las *basquiñas* de las *majas* de antaño, y de la confusión lamentable que con demasiada frecuencia ocurre en estos trajes con los de las *manolas* de tiempos posteriores y las *boleras* que ya pasaron también. Y si esto acontece con la época de nuestros abuelos, ¿por qué hay que extrañarse de que las modas de nuestros padres, aquellos fraques y levitas de levantado cuello, aquellos corbatines altos, etc., etc., se presenten con tan poco cuidado, que algunos actores despreocupados saquen dichas prendas según la moda reciente, para hacer papeles del teatro de entonces?

Entiéndase bien, sin embargo,

que nuestras censuras no se dirigen á todos los actores ni á todos los teatros; pero sí se refieren á la generalidad, pues que en dos ó tres teatros se rinda culto ferviente á la verdad histórica, no quiere decir que se rinda siempre, ni que se rinda en todos. Por otra parte, la propiedad que debe pedirse no impone ni puede imponer una exactitud arqueológica irreprochable. Esto sería ridículo. Es la propiedad artística la que hay que exigir. Los defectos que hemos señalado, nótese bien que no son perdonables porque contribuyan á embellecer el efecto escénico, pues además de desfigurar la acción, la afean y la quitan expresión y vida. Lo convencional no puede ser bello nunca.

En resumen: si se quiere que los espectadores reciban en el teatro la impresión de la verdad, tal como el poeta la haya concebido al escribir su poema, procúrese que las decoraciones, los trajes, los accesorios y todos los medios escenográficos que se pongan en juego, presten á la obra el carácter artístico que pida la acción en todos sus momentos, y de este modo se producirá la belleza, que producirla es el fin del arte.

José Ramón Mélida.

NOCHE DE LUNA

EN EL SEPULCRO DE MI HIJA

Ya la luna su disco á la aérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,
Cesando en tanto el llamear violento
De este fuego interior, siempre encendido!

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo,
¡Oh luna!, al contemplar tu faz errante,
A henchirla toda, con rumor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
A ella bajan rompiendo sus neblinas;
No ya á alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces, desolada y vaga,
A la mansión de los extintos vuela
Do el mundanal clamor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida,
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,
Y la besa, y la halaga, y la acompaña
Cual si quisieras conversar con ella!

Ya su sepulcro alucinado veo
Resplandecer con místicos fulgores,
Y se entreabre radioso á mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

¡Hija adorada! Ante tu losa fría
Gime y se encoge el corazón temblando,
Que ya no hay luz, ni esencias, ni armonía,
Donde no va tu júbilo sonando.

¡Señor! ¡Señor! Pues tu justicia ordena
Que caiga en mí tan honda desventura,
De respeto y de amor el alma llena
Alzo á ti en holocausto mi amargura.

Mas no, Dios mío, bienhechor consuelo,
Ni olvido infiel de tu bondad imploro.
¡Pues es por ella mi profundo duelo,
Yo adoro mi dolor, mi llanto adoro!

De la hija mía la infantil belleza
Trocó en ceniza un huracán de fuego...
En vano el día brillará... ¡Oh tristeza,
Esencia de la vida, á ti me entrego!

CALIXTO OYUELA.

CONCEPTO COLOMBINO

El eco de las conferencias con que el Ateneo de Madrid, en la proximidad del cuarto aniversario, conmemora el hallazgo de las Indias, va extendiendo la evidencia de existir, por encima de la esfera vulgar, un concepto generalmente admitido del suceso y de las entidades que á él contribuyeron, que puede sintetizarse en esta forma:

«Cristóbal Colón, excelente marinero genovés, dió á España un mundo. La nación pagó el beneficio con el desprecio, la humillación y la miseria».

¿Cómo ha llegado á formarse este criterio? ¿Cuál es su origen? ¿Por qué causas favorables ha germinado y extendídose?

Sabido es que eran los españoles en el siglo XVI «largos en las fazañas, cortos en describillas». Hubo frailes y soldados que robando tiempo al sueño, por natural disposición, sin presupuesto ni estímulo, tomaban la pluma con desembarazo narrando sencillamente los hechos en que por suerte eran actores, porque de aquellos quedaran memoria; pero no hay que buscar en sus escritos encomios personales, repugnantes á los principios de una edución fundada en el deber del sacrificio de hacienda y vida por la religión, la patria y el rey. Las relaciones se ajustaban al molde estrecho de la crónica, condensando lo esencial.

Hecha la exploración primera del Océano; repetidos sucesivamente los viajes á las islas descubiertas, y de ellas al vecino continente en su inmensa extensión, con el conjunto de las primeras noticias, se fueron redactando las historias generales,

no más amplias en lo individual, acaso menos en lo específico, porque la concisión natural de los autores hallaba todavía restricciones en la revisión de los Consejeros de Indias, servidores de una política suspicaz cuidadosa de no divulgar las sendas que conducían al Nuevo Mundo y menos lo que ese mundo producía.

Sin excepción, las historias encarecían los méritos, las condiciones apreciables y la respetabilidad de Cristóbal Colón, caudillo de los nautas españoles; no se le tenía, sin embargo, por hombre extraordinario, como andando el tiempo había de ser considerado. Cuando sonó en Valladolid su última hora, la muerte no produjo en el público impresión distinta que la de cualquiera de los magnates ó personas significadas en el reino. De los funerales se encargaron, como era razón y costumbre, los deudos; su elogio no ocupó la atención, rompiendo tradiciones por las que no se había dedicado ni se dedicaba manifestación semejante á personajes de la altura y representación de Gonzalo Fernández de Córdoba, de los Cardenales Mendoza y Cisneros, de la reina doña Isabel, universalmente admirada. En la corte andaban el activo noticiero escolar Pedro Martín de Anglería, los Geraldinos, los embajadores de Roma, Génova y Venecia, que no más que los nacionales, concedieron al compatriota italiano mención especial ó recuerdo encomiástico.

Poco más de un siglo había transcurrido, cuando Alfonso de Ulloa dió á la estampa, en traducción toscana, la *Historia del almirante*, escrita por su hijo D. Fernando, con plan distinto de las anteriores obras. Mejor que historia es panegírico entusiasta que oculta, con lo que no fuera bueno decir, el origen, la patria, la edad, los actos de la juventud, el casamiento, la sucesión, las razones ó motivos de la venida á España de su padre, y las gestiones y vicisitudes hasta el momento de firmar capitulación con los reyes.

Por este libro convencional se tuvo en Europa la primera idea del descubridor de las Indias, y se compusieron los epítomes destinados á satisfacer la curiosidad, sin mucho cuidado de ilustrarla. Italia, donde empezaron á disputar la cuna del navegante los pueblos de Lombardía y el Genovesado, controvertió sus merecimientos, anteponiendo los de Américo Vespucci, una escuela formada en Florencia. Alemania adjudicó á Martín Behaim la primacía del descubrimiento de tierras occidentales; si en Francia y en los Países Bajos tuvo mayor predicamento la figura, fué por encon-

trar en ella motivo y ocasión de zaherir á la nación, que por el hecho del descubrimiento mismo, por los recursos que con él se obtenía, por su aplicación á la lucha tenaz contra la Reforma, era preponderante, temida y odiada.

Cristóbal Colón español, disfrutando tranquilo los beneficios del Almirantazgo; acabando su carrera en honrosas funciones palatinas, no diera á los émulos de España, más que otro cualquiera de los descubridores ó conquistadores del suelo americano, motivo para cambiar la turquesa en que vaciaban á cada momento las frases discurridas para ennegrecer á cuantos trasponían el Océano. Colón extranjero y aherrojado, ofrecía á su animosidad un recurso con que aumentar el efecto teatral de las declamaciones, motejando á los reyes, á los ministros, al pueblo, en suma, de ingrato y desleal tanto como de intolerante y codicioso.

Del libro de D. Fernando, combinado con la sustancia de aquel otro vertido á todas las lenguas europeas que deleitaba á la malevolencia; de la *Historia* promulgada en Venecia, con mezcla de *La Destruición de las Indias*, delirio del P. Las Casas, tomaron, pues, los trasmontanos aquello que á sus miras cuadraba, forjando un tipo tan brillante como inverosímil, muy luego, con todo, olvidado, porque realmente la personalidad de Colón no más que á los alemanes ó á los italianos interesaba por sí misma á otros, excepción hecha de aquellos que por doquiera cultivan el campo de la erudición.

Así pasaron muchos años, descendiendo España desde la cúspide de la preponderancia á una situación que la envidia desdeñaba. Las generaciones pasaron también; las ideas, en rápido giro, siguieron los cambios del mapa de Europa, notando que en el de América habían desaparecido los colores del pueblo que lo diseñó. Relegado éste á la indiferencia vecina del olvido al correr el primer tercio de este siglo, la aparición de obra especial del académico marino D. Martín Fernández de Navarrete, titulada *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, atrajo las miradas de los doctos, separadas tiempo atrás de las páginas de Oviedo y Gómara, y aun de la recopilación hecha por Herrera en sus *Decadas*. El nuevo trabajo, en que se habían reunido cédulas reales, provisiones, memoriales, la institución de mayorazgo, el testamento, las cartas del almirante de las Indias, en número de más de 400 documentos, ilustrados y comentados con examen crítico racional, pareció revelación de la vida del

Colón que incompletamente se conocía.

Recibido con aplauso; considerado por Humboldt monumento insigne de los tiempos modernos; elogiado sin tasa por el barón de Zach, por Verneuil, la Roquette, Berthelot, Prescott; traducido, sin pérdida de tiempo, al francés, al inglés, al italiano, llevó otra vez el pensamiento al siglo de León X y á la epopeya que en él realizaron los españoles.

El egregio americano Washington Irving, tomó á cargo vulgarizarla en páginas que todavía entusiasman, aunque en imaginaciones juveniles, no tanto como las iluminadas luego con el lirismo de Lamartine. Entre ambos autores transfiguraron al descubridor del Nuevo Continente, dándolo á conocer por héroe en Odysea repetida, astro en el firmamento de la sabiduría, prototipo entre los bienhechores de la humanidad, si bien humano. En lo último, ha disentido Roselly de Lorgues — otro admirador — para el cual, cuando menos, fué semi-divino, embajador de Dios, y por ser ley de mecánica que á la acción iguale la reacción, han producido las exageraciones místicas del último los repulsivos discursos de Goodrich: la poesía de Lamartine, el razonamiento frío de Harrisse, el digno entusiasmo de Irving, la crítica elevada de Justin Winsor, estudios de tres norteamericanos que, con muchos más, dan testimonio del natural empeño con que allí investigan los orígenes de la historia patria en el hombre que fué causa principal de su existencia.

En nuestro continente es asombroso el número de escritos á Colón dirigidos: se han multiplicado últimamente en modo que dificulta mucho reunirlos y conocerlos todos; como que llegan á estas horas á componer un conjunto bibliográfico superior al de las más grandes figuras de la historia; mas, por lo general, no enseñan cosa distinta que los primitivos, ni profundizan mucho en lo que ellos decían. La mayor parte copian ó imitan, con ditirámbica frase, uno de los tres modelos celebrados por su lectura recreativa; traspasan los límites de la apología; ponen más alta la imagen, pero sin lineamento.

El solidísimo cimiento sentado por Navarrete, no soporta todavía la edificación á que se destinaba. Tenemos buena copia de cartas escritas por el Almirante; nadie ha estudiado aún en lo tangible de su espíritu las condiciones morales que revelan. Tenemos diarios y relaciones de los viajes; aún no está hecho su análisis; ni científica ni técnicamente se han considerado las derrotas, las observaciones, las ideas del

objeto, como marinero, como cosmógrafo, como piloto, como capitán. En las cédulas, en las instrucciones, en los memoriales, queda también por averiguar lo relativo al contacto social con las personas significadas de su tiempo.

Roselly de Lorgues, cuyas obras melodramáticas claramente descubren el desconocimiento de nuestro país, de nuestra lengua, usos, costumbres, hombres y sucesos, no menos que la animadversión á nuestras cosas, por herencia ó tradicción atesorada, sin duda; Roselly, que entre las enormidades discurridas supone que su héroe, inspirado por la divina sabiduría, buscaba por el Escudo de Veragua un estrecho de salida hacia el Pacífico, donde, en verdad, no lo hay, pero donde lo habrá cuando se acabe la empresa acometida por el *Gran Francés;* Roselly, ha conseguido en Francia una reputación, una popularidad, que acuerdan á su historia colombina el envidiable juicio de magistral y definitiva. «Colón fué revelador de América: Roselly es revelador de Colón», dicen sus adeptos.

No ha logrado tan favorable opinión en Italia. Allí la crítica ha presentado serias objeciones á la veracidad y á la tendencia de su exposición histórica. Ha tenido, no embargante, acogida en determinados círculos, ejerciendo influencia suficiente para estimular á la imitación, y acaso, acaso, no es ajena á un hallazgo ocurrido con pasmo del mundo.

El público, en España, ha dispensado á los escritos del Conde postulador, en la causa de beatificación, una acogida poco menos calurosa que la de sus compatriotas. Repetidas ediciones, adornadas con orlas y estampas, los han hecho familiares á la niñez, acostumbrándola á «considerar la figura de Colón como la del héroe y del mártir que dió un nuevo mundo á Castilla y á León, y murió víctima de la ingratitud.»

Por sí sólo no es Roselly fundador del concepto que ha ido arraigando y extendiéndose por vulgarización, admitido sin reparo como justo y hasta patriótico; pero más que los otros poetas historiadores lo ha inculcado, por sucederles en la cátedra literaria y tocar con sus apreciaciones una cuerda sensible en las creencias religiosas.

No se desconoce en esferas más ilustradas la procedencia externa, ni la vía por donde ha venido como artículo de importación: sábese muy bien que pugna con las tradiciones nacionales; no obstante (y esto prueba cuánto han ahondado las raíces), persevera frente á la contradicción, teniendo sostenedores en la prensa

periódica que lo anteponen á cuanto han contado los contemporáneos del Almirante, alegando que los textos escritos valen poco cuando están en oposición con la lógica; que los autores antiguos son recusables, porque vivieron bajo el poder de reyes que habían sido ingratos con el grande hombre, ó se creían en el deber de no tolerar que se manchase el buen nombre de los monarcas anteriores.

Los valedores del criterio exótico rechazan todo lo que tienda á desautorizarlo, juzgando inconveniente é inoportuno que se examine razonadamente, y sobre todo que se ponga en duda el fondo en que encarna. La opinión formada del descubridor de las Indias les parece indiscutible. Sostener que la patria no fué nunca ingrata con él; probar que las contrariedades que sufrió, por su carácter, condiciones y proceder, se explican; que no fueron malvados todos aquellos que en su camino encontró, y en que en la hora de la muerte no le acompañaban la prevención ni la indigencia, tienen por desvarío. Ataques á Colón consideran las indicaciones de cartas que escribió; insidiosa la cita de sus diarios y memoriales; datos más ó menos sospechosos cuantos como éstos conducen á conocer los actos de su vida.

Identificando á la personalidad con el suceso, piensan que es centenario de Colón el que va á celebrarse, y que en tales momentos, no el estudio de las cualidades con que se empequeñece al que nos consiguió colosal imperio y preponderancia en el globo, se desluce la festividad que le está consagrada; se perpetúa la indiferencia de que tenemos que arrepentirnos; no la rebusca de papeles apolillados que, al fin y al cabo, no han de pesar en los ánimos bien dispuestos; el himno de alabanzas á su gloria inmortal, en coro plebiscitario sin nota discordante, es lo que procede.

A falta de mejores razones insinúan, de un modo general, ser nimio é impertinente hacer auptosia de las grandes figuras; aplicar á sus acciones las reglas de la moral casera; reformar apreciaciones que han recibido la sanción del tiempo y pasan por autoridad de cosa juzgada. Comprenden que con la investigación podría ganar la verdad histórica, pero sería perdiendo mucho la poesía, á que parece dan culto preferente.

No es rara la opinión: está reconocido que la mitología no es el carácter especial de algunas épocas; es una función permanente en todas, hasta en las que pretenden ser más positivas; porque ni los pueblos ni los individuos viven exclusivamente de voluntad é inteligencia; viven

también con la fantasía que agiganta la realidad, purificándolos, y más que nada con el sentimiento, que se compenetra con los grandes sucesos, se hace sangre y carne con los personajes extraordinarios, á cuyo alrededor, como el misticismo en la cabeza de los bienaventurados, coloca nimbos luminosos.

Pero los que estiman grande y bella á la historia sin verdad; los amantes de la ficción fuera del arte, combatiendo á los que en la esfera del arte mismo, sin apariencia verdadera desechan el artificio, contradicen el espíritu resueltamente investigador, analítico y práctico que preside á nuestra edad, alentando insaciable deseo de penetrar todo misterio. Hoy, que se mide la altura de las cordilleras por milímetros y la paralaje de los astros por milésimas de segundo, se recomienda la anatomía moral de los hombres; se hace más escrupulosa y detenida cuanto el objeto más se elevó, y no por curiosidad pueril ó satisfacción vanidosa, porque la operación analítica procura mejor conocimiento de la época, de la región, del hombre, sobre todo, nunca bastantemente estudiado.

Por esta labor ímproba del siglo se corrigen errores de los otros; caen del pedestal estatuas erigidas por la lisonja; se alzan las que abatió la pasión. Unos descienden, otros se rehabilitan, presidiendo la justicia á la inspección retrospectiva que por turno y tiempos trae muertos conspicuos á la mesa de disección, á fin de que los Vesalios modernos de la filosofía preparen á su vista lecciones provechosas. Los demoledores de consejas rancias y de reputaciones inmerecidas, edifican la verdadera historia con materiales sólidos, que son los documentos, por regla que ya sentó nuestro Mariana al preceptuar que no se asiente en las cuentas partida sin quitanza.

Alabar otro procedimiento; querer que sea Colón excepcional é indiscutible, equivale á condenar lo adelantado por la razón, á contradecir lo que por otros conceptos se preconiza, y á separarse de las corrientes que por doquiera se abren camino.

Hay ahora escuela realista colombina, otra mística, otra idealista; todas contribuyen á engrandecer al personaje memorado; todas en el contradictorio juicio lo avaloran, haciendo juntas el oficio del crisol que depura.

¿Qué monumento digno de su inmortalidad equivaldrá á la historia que no tiene?

Tiempo ha que M. Deschanel entendía ser llegado el momento de separar á los dos Colones confundidos, el de la leyenda y la poesía, y el de la realidad y la historia. Tiem-

po es realmente de demostrar que no ha reunido jamás la fantasía en menos palabras errores tantos en número y bulto, como en el consabido concepto á la moda.

«Cristóbal Colón, excelente marinero genovés, dió á España un Mundo. La nación pagó el beneficio con el menosprecio, la humillación y la miseria.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Felicitaciones á León XIII por su exaltación al Trono pontificio.— Carácter del Papa reinante.—Reconciliación entre la Iglesia y la democracia.—Antecedentes históricos de una democracia católica y de un catolicismo democrático.—Mala inteligencia entre la República y el clero en Francia.—Necesidad imprescindible de que concluya una situación semejante.—Nuevo Ministerio francés.—Resistencias de todos los republicanos á reabrir el período constituyente.—La futura reforma constitucional en Bélgica.—Pretensiones del rey Leopoldo al *Referendum*.—Pretensiones de los reyes contemporáneos al gobierno directo en todo contrarias con el régimen constitucional.—Crisis de Grecia.—Progresos del partido liberal en Inglaterra.—El emperador Guillermo y el socialismo.—Conclusión.

I

En la sala del Vaticano, donde aguarda León XIII las visitas solemnes ó recepciones, como en el habla moderna se denominan ahora los antiguos besamanos de corte, hase reunido el Colegio cardenalicio con el fin de felicitar al Pontífice por su cumpleaños. En efecto, acaba de cumplir ochenta y tres; edad avanzadísima, muy agravada por el estudio continuo de todas las ciencias así divinas como humanas y por las vigilias impuestas á la más alta y mayor autoridad moral que hay en el mundo. Así León XIII vive como de milagro. La demacración en él á tales extremos ha llegado que parece figura de blanca transparente cera. Fina y alba su piel pégase tanto al hueso que veis el esqueleto, como en algunas efigies de santos esculpidas por los artífices católicos. Y sin embargo, la vida espiritual sobre su rostro en animación continua luce, como las visiones beatíficas lucen sobre las caras de los penitentes en arrobado éxtasis. Y esta luz proviene de aquellos sus ojos, los cuales irradian como astros espirituales el resplandor de una idea viva desde sí, cual sondean en los demás con su aguda penetración las profundidades del pensamiento y los secretos del alma. Así León XIII vive con el espíritu y para el ideal. No

de otra suerte podemos explicarnos la epístola reciente á los cardenales franceses, en que la Iglesia y la República se han dado un ósculo de paz, por cuya virtud la democracia encuentra una idealidad moral indispensable á su vida; y la Iglesia ve aumentarse ahora el número de fieles con aquellos numerosos que habían dejado de frecuentar sus altares mientras la creyeron enemiga de todo progreso y en pugna perpetua con el principio de la humana libertad. Quien esto escribe se halla en tales vías. Destinado á combatir por los humanos derechos y por la democracia universal, sublevóse contra la Iglesia, cuando la Iglesia quiso un día obligarnos á optar entre la fe y la libertad, optando por la libertad resueltamente. Mas ahora que la Iglesia comprende cómo el Cristianismo habrá de ser la eterna religión de los pueblos libres y mueve los católicos franceses á la paz y concordia con el régimen republicano, tan combatido antes por el clero, ahora el demócrata de toda la vida está en el caso de cumplir lo previsto y anunciado en la sesión de nuestra inmortal Constituyente del 79, á 5 de Mayo, que traslado con las emociones del auditorio aquí del *Diario de Cortes:* «Yo, señores »diputados, yo, decía entonces quien »escribe hoy estas líneas, yo no per»tenezco al mundo de la teología y »de la fe; pertenezco, creo pertene»cer, al mundo de la filosofía y de la »razón; pero si alguna vez hubiera »de volver al mundo de que partí, no »abrazaría la Religión protestante, »cuyo hielo seca mi alma, seca mi »corazón, seca mi conciencia; esa re»ligión protestante, eterna enemiga »de mi patria, y de mi raza, y de mi »historia; volvería de seguro al her»moso altar que me inspiró los más »grandes sentimientos de mi vida; »volvería de hinojos á postrarme ante »la Virgen Santísima que serenó con »su dulce mirada mis primeras pa»siones; volvería de seguro á empa»par mi espíritu en los aromas del »incienso, y en los arpegios del órga»no, y en la luz cernida por los vi»drios de colores y reflejada en las »áureas alas de los ángeles, eternos »compañeros de mi alma en su infan»cia; y al morir, señores diputados, »al morir, pediría un asilo á la cruz, »bajo cuyos brazos se extiende hoy »el lugar que más amo y venero so»bre la faz del planeta: la tumba de »mi madre. *(Aplausos en todos los »lados de la Cámara.)*» Copio este movimiento del Congreso, como está en el *Diario de Sesiones*, no por pueril vanidad oratoria, por demostrar que yo expresé con acierto en aquella ocasión solemnísima, defendiendo la humana libertad, el estado de ánimo en que respecto de la religión católica nos habríamos de

hallar todos los demócratas el día feliz de una esperada compatibilidad y concordia entre la creencia religiosa, verdadera levadura de nuestra vida espiritual, y los progresivos principios á cuyo triunfo y arraigo hemos consagrado todas nuestras ideas y todas nuestras fuerzas. Hablando hace pocos días yo con un amigo mío tan católico y tan artista como el marqués de Cubas, en quien la religión y la estética señorean el esclarecido pensamiento y el gran corazón, antiguo discípulo de las nacionales Academias, ilustradas luego por sus obras, y habitante en la mocedad suya de Roma, adonde le condujeron premios ganados por sus méritos, contábame cómo el Papa se acordaba mucho de tal párrafo de mis discursos, y lo traía frecuentemente en sus conversaciones varias con nuestros compatriotas en general, y especialmente con él, á quien por todo extremo aprecia y distingue. Pues bien: yo debo decir que me sentí movido á ese reingreso en la religión de mis padres, nunca por mí totalmente abandonada, nunca, desde la hora misma en que subió León XIII por providencial designio al trono de los Papas. No revelo ningún secreto recordando cómo desde el poder ejecutivo de la República hice cuanto estuvo en mi arbitrio por prosperar la reconciliación entre los gobiernos republicanos y la Iglesia católica con el nombramiento de Obispos y recordando también cómo con satisfacción y honra perdí la jefatura del Estado por tal acto de mi programa, reducido á la idea clara y al propósito firme de concluir con la guerra carlista en breves días á cualquier precio. Y no revelo tampoco un secreto si digo que yo un día llegué á enemistarme con los republicanos oportunistas franceses por lo acerbo de mi censura constante á su proceder respecto del clero y respecto de las ideas religiosas. Las siguientes palabras del discurso de Alcira, dichas el 2 de Octubre de 1888, se pueden aplicar por tal modo á la situación presente, que parece imposible tengan doce años de fecha. «Todo enseña que aspira »hoy el Pontificado á una conciliación en la venerable persona de »León XIII. Pues bien: hay que »buscarla de nuestra parte, hay »que buscarla con perseverancia, »porque no conseguiríamos poco si »consiguiéramos calmar ciertas inquietudes religiosas y traer la parte más ilustrada del clero, sino á »la democracia y á la libertad, á »un desistimiento de toda tendencia política y á un espiritualismo »capaz de levantar consoladores »ideales, sobre las inclinaciones demasiado positivistas de nuestro si-

»glo, quien peca, como la civiliza-»ción romana en sus últimos tiem-»pos, de sobrado economista y uti-»litario. Así declaro que no conoz-»co momento más inoportuno para »reñir con la Iglesia que este mo-»mento, no lo conozco. Aun com-»prendo que cierto Emperador gi-»belino satisfaga las tenaces aspi-»raciones germánicas, representan-»do enfrente de la Ciudad Eterna »el papel de Arminio y de Lutero. »Pero no lo comprendo en la Re-»pública francesa. El sentido que »hoy domina en los asuntos religio-»sos de Francia, me asusta por su »carácter jacobino; y el carácter »jacobino me asusta porque todo »Robespierre será el predecesor in-»evitable de todo Napoleón.» (Pido á mis lectores que se fijen cómo está con ocho años de anticipación anunciado aquí el movimiento boulangerista.) «El partido republicano »francés, con sus procedimientos, »se ha separado de los principios de »libertad naturales á la democracia »moderna; se ha salido de las tra-»diciones de M. Thiers; se ha ahu-»yentado de hombres como Julio »Simon; ha herido ministerios como »el ministerio Freicynet; y ha lle-»gado á una tan estéril agitación »y á una tal violencia, que sólo »puede ceder en daño de esa de-»mocracia, la cual hasta aquí ha-»bía merecido la noble admira-»ción del mundo por su tacto esqui-»sito y por su esquisita prudencia.» «Conservaremos nosotros el pre-»supuesto y el patronato eclesiásti-»co, si volvemos al poder; y en »nombre de la libertad religiosa, en »nombre del derecho individual, en »nombre del respeto al principio de »asociación, dejaremos que los se-»res tristes, desengañados del mun-»do y poseídos del deseo de la muer-»te, se abracen, si quieren, á la »cruz del Salvador, como la yedra al »árbol, y aguarden la hora del úl-»timo juicio, envueltos en el sayal »del monacato y tendidos sobre las »frías losas del claustro, hasta eva-»porar su vida, como una nube de »incienso, en la inmensidad de los »cielos: que si nuestro respeto á la »libertad nos impide poner tasa al »interés, tasa al lucro, tasa al cam »bio, nuestro respeto á la libertad »también nos impide poner tasa á »la oración, tasa á la piedad, tasa á »la penitencia.» Citamos todo esto para demostrar con qué mezcla de verdadero entusiasmo y de firme tenacidad nosotros hemos deseado una política como la formulada hoy por León XIII; y con qué grande satisfacción veremos que le sobrevive á él mismo y se vincula en sabio sucesor para trascender al venidero siglo y engendrar un estado religioso muy superior al que nosotros hemos po-

dido alcanzar en el corriente siglo, porque muy de antiguo tenemos notado con verdadero dolor, cómo en los pueblos latinos se dividen las gentes entre supersticiosos y escépticos, así como se consumen las fuerzas del Estado combatiendo con el ideal de la Iglesia y el poder vivificante de este ideal se disminuye y hasta concluye por fin eclipsándose en su lucha continua con todos los progresos de nuestra política y con todos los términos de nuestros derechos. El pensamiento humano jamás podrá medir la felicidad moral y la luz espiritual y el bienestar práctico que habrá de traer á las naciones de sangre y de prosapia latinas esta bendición del Pontificado á la libertad y á la democracia.

II

Así una brisa de consoladora esperanza corre por todo el océano de la vida cristiana. Sabíamos cómo las naciones tienen el derecho de gobernarse á sí mismas y cómo este derecho lo habían formulado innumerables doctores cristianos. Habíamos visto el concepto aristotélico de la soberanía en el Estado y de los organismos naturales al gobierno social, secularmente legado por un filósofo heleno como Aristóteles á un doctor católico como Santo Tomás. Habíamos compenetrado nuestro pensamiento con el pensamiento de las Universidades castellanas del siglo décimo sexto, donde, cual un día me dijo el sabio alemán Gneist, naciera el derecho natural moderno. Recordábamos la santa indignación del P. Las Casas contra la increíble apropiación del hombre por el hombre y sus vehementísimas invocaciones al derecho natural y de gentes contra tan bárbaro crimen. No habíamos olvidado que las nociones fundamentales del decálogo democrático y la infusión de humanos afectos en estado tan crítico y morboso cual el estado de guerra se debían al P. Victoria, y que Suárez observaba cómo diera el Criador la soberanía sobre los animales al primer hombre, pero no la soberanía sobre los demás hombres. En las páginas de nuestros clásicos, á manos llenas hemos recogido mil veces enseñanzas profundas acerca de la correlación íntima entre un Gobierno sacado de las entrañas del elemento social y el alma cristiana de estas sociedades por Cristo redimidas y salvadas del antiguo fatalismo pagano. Pero no recordamos haber visto en autor ninguno esta serie de verdades con tanta lógica dispuestas y

de manera tan clara dichas, como en la epístola de León XIII á los Cardenales franceses. La pretensión de los monárquicos á convertir la Monarquía en organismo consustancial con el ser y estado perpetuos de las humanas sociedades, queda con un soplo de los inspirados labios del Pontífice desvanecida, y declarado el movimiento político sujeto á cambios diversos de la inmutabilidad que alcanzan por su complexión intrínseca el principio moral y el dogma religioso. Tras esta declaración sublime de principios los reyes no podrán alegar títulos divinos á la dominación soberana y menos creer vinculada en sus generaciones una perenne autoridad política, sino que habrán de reconocerse por completo sujetos á lo que les imponga el estado social, compuesto por factores, los cuales pueden convertirlos de reyes teócratas en reyes feudales, de reyes feudales en reyes parlamentarios, de reyes parlamentarios en reyes demócratas, ó anularlos en estas perdurables metamorfosis del alma y de la sociedad para siempre. Así, el Papa rompe la consustancialidad establecida por los jurisconsultos restauradores del Derecho romano entre la incomunicable autoridad de Dios y la movible autoridad real, á la hora misma en que un Emperador germánico se proponía como un delegado directo del cielo en inverosímil discurso á sus súbditos espantados.

Y después que así condena las pretensiones cesaristas de los reyes á un poder parecido al que gozaran en Asia y Roma los emperadores idólatras, persuade al clero francés á que acepte la República y se proponga dentro del Derecho común suyo prosperarla y prosperar también, una relación del todo congruente con la verdad católica. Profundísimo y agudo al par el pensamiento pontificio, va del análisis á la síntesis con segurísimo paso y distingue con grande acierto el Gobierno de la legislación observando la imposibilidad completa de mejorar las leyes del Estado cuando se concentra todo el esfuerzo humano en la obra demoledora de arruinarlo y destruirlo en las varias encarnaciones del poder y del Gobierno. Es, por ende, luminosísimo el pensamiento y el propósito de mostrar al clero francés cómo imposibilita en sus relaciones con el Gobierno republicano el intento desatinado de destruirlo para el intento recto y justo de mejorarlo. Yo conozco pocos documentos políticos en la historia universal comparables con la epístola de León XIII, que debemos poner sobre nuestra cabeza como si fuese una epístola de San Pablo. La paz reina en ella, la paz del *Gloria in*

excelsis y del ósculo santo en la Misa. Por eso la oíamos con la cabeza inclinada bajo el peso de un grande respeto y con el corazón henchido de un profundo agradecimiento. Y como así la oímos, parécenos mal hayan los Cardenales comparado la grandeza de Inocencio III con la grandeza de León XIII. La coincidencia de haber levantado éste á su predecesor un sepulcro glorioso no autoriza paralelo semejante. Inocencio III fué un Papa de combate, mientras León XIII es un Papa de reconciliación y de paz. Cierto que Inocencio III combatió, según las circunstancias aquellas, con los Suavias en el siglo décimotercio, y que combate con los Brandeburgos León XIII, según las circunstancias éstas, en el siglo corriente. Pero aquí acaba el paralelo. Ha debido comprender la disparidad entre unos y otros tiempos. Usando con esa claridad que le caracteriza para distinguir los semejantes, ha dicho el Papa que la civilización en los tiempos del ilustre antecesor suyo tenía mucho de ruda y que la civilización hoy tiene mucho de humana y de culta en paralelo admirable, aventajándola sólo en el espíritu religioso al de hoy superior y en la influencia de la fe cristiana sobre las almas. Justo, pero nosotros nos permitiríamos á este respecto una observación que creemos justísima y que nadie podrá constrastar en verdad. Las creencias resultan más cristianas en la centuria de Inocencio III que en la centuria de León XIII; pero no las instituciones, no las leyes, no los Estados, no las costumbres, no la vida. El castillo feudal ha caído á impulsos de su propio peso, y la servidumbre del terruño hase acabado para siempre, demostrando que la democracia moderna tiene raíces idénticas á las raíces del árbol de la Cruz.

III

Por esta razón y causa nos dolemos tanto nosotros de que la democracia oficial francesa no aparezca en el mundo tan cristiana como lo es indudablemente la democracia nacional. Con una ligereza indigna de consumados repúblicos firman proposiciones de discordia religiosa y política los radicales sin alcanzar que han difundido en el suelo gérmenes de guerra civil, y de lo consiguiente á la guerra civil en Francia, de irremediable cesarismo. Si la crisis última, según aseguran muchos, provino de incompatibilidad entre Constans y Freicynet, nada digo. Un estadista, en su proceder tan violento, y en su idea tan exa-

gerado, cual Constans, no contará con mis predilecciones y mis preferencias nunca. Pero huéleme á ingratitud este desabrimiento con quien saltara sobre todo género de consideraciones en la hora de arrancar á las uñas del general Boulanger, muy en potencia propincua de dictador, la magistratura del modesto Carnot, muy en riesgo por las complaciencias de los hoy arrogantes con el competidor suyo, favorito entonces de la plebe. Detesto la ingratitud y repruebo los medios empleados en derribar á Constans del Gobierno, si, como el rumor público dice, ha en ello andado Rochefort metido; pero comprendo una crisis pensada con el ánimo y hecha con el objeto de combatir y derribar tal ó cuál ministro. Lo incomprensible para mí es el combate político á muerte y el voto contrario á un Gobierno y á un programa que creeríanse desaparecidos para siempre, y la reaparición inmediata del mismo Gobierno resucitado nuevamente y del mismo programa nuevamente rehecho. ¡Cuán larga crisis y cuán corto resultado! Primero Freicynet, como en las comedias nuestras, hace que se va y vuelve. De idéntica manera se van y vuelven Rouvier como Ribot. No me quejo yo de su vuelta, siendo correligionarios y amigos míos muy amados; me quejo de su ida. Si necesitaban quedarse, ¿cómo se fueron de súbito? Y si de súbito se fueron, ¿cómo vuelven estos señores tan pronto? Y si las idas y vueltas atropelladas al modo de las usuales entre los autores dramáticos malos, parecénme informales; aún me lo parecen más los encargos decernidos á tanta opuesta gente de formar gabinete. Sabido por todos que Rouvier significa la derecha del partido republicano, ¿cómo comprender que se le llame á formar Gobierno en el día mismo en que llaman al representante de la izquierda, es decir, á M. Bourgeois? ¿Y cómo Freicynet, que no ha querido entrar en un ministerio Ribot, ni en un ministerio Rouvier, ni en un ministerio Bourgeois, porque diz no consentía le presidiese ningún igual suyo, consiente luego la presidencia de Loubet? Ministerio impenetrable quizá á los que nos hallamos tan apartados hace tiempo de la política francesa y á tanta distancia de París. Pero si el anterior ministerio ha caído al empuje de una fácil coalición entre la derecha y la izquierda por juzgar ésta demasiado reaccionaria su política religiosa y aquélla demasiado radical, parecíame llegada la hora de una definición bastante clara para traerse consigo, bien á los unos, bien á los otros; y bastante fija para impeler á un objeto

claro y seguro el Gobierno. Mas al oir ó leer el programa de Loubet, las palabras, duda y resolución, y perplejidad y marasmo surjen á uno en la mente; pero no las palabras que puedan significar pauta, norma, programa, gobierno. En primer lugar, no está permitido en los sistemas parlamentarios esa designación personal de presidentes del Consejo que ponen las cabezas en los piés y los piés en la cabeza. Como en Londres no sería ministro Gladstone, desde que ascendió á primero bajo la presidencia de ninguno de sus colegas, en Francia no deben Rouvier y Freicynet dejarse presidir por un Loubet, aunque sea talentudo y elocuentísimo. Pero lo que debían permitir menos á los demás, y aun ásimismos, es la confusión coalicionista de términos en programas por igual repulsivos á la derecha y á la izquierda. Esos discursos, en que arrojan los ministros una de cal y otra de arena, diga cuanto le parezca mi exaltado amigo el casi radical Ranc, no pueden servir sino á sostener el equilibrio inestable de una política, ocasionada como cualquier cabalgadura de mal paso, á echar por un costado ú otro al suelo, por la cola, por las orejas, con grandes y peligrosos y hasta ridículos batacazos un gobierno. Decir que no se irá de modo alguno á la separación entre la Iglesia y el Estado, pidiendo luego apoyo á los mismos que profesan tales principios, parecéme un proceder análogo al de aquellos que ofrecieran al catecúmeno deseoso de ingresar en la religión cristiana, no el bautismo litúrgico nuestro, no, la circuncisión israelita. Ya es hora de definirse ó de fijarse, republicanos franceses.

IV

La separación entre la Iglesia y el Estado supone un período constituyente; y un período constituyente supone á su vez la debilitación de Presidencia, Senado, Congreso, régimen parlamentario y republicano. El peligro de tales crisis á la vista salta en cuanto uno lo estudia con cualquier motivo, sobre los ejemplos ofrecidos por las sociedades contemporáneas. Y si lo dudarais, ahí tenéis Bélgica. El establecimiento de su Monarquía parlamentaria significó el triunfo de las clases medias; y este triunfo dictó aquella Constitución por todo extremo burguesa. Un monarca irresponsable y un censo alto constituían los dos elementos de tal régimen, cual constituyen el agua dos gases, el hidrógeno y el oxígeno. En la ce-

guera de su triunfo, las clases medias colocaron el censo, una constitución aborrecible sin duda, entre los artículos de la Carta, artículos fundamentales, y, por lo mismo, intangibles á la legislación ordinaria. No pueden los belgas, por ende, ahora, establecer ningún otro medio de nombrar su Cámara sin herir la constitución y resignarse á un periodo constituyente. Así el problema de la indispensable complicación del sufragio, surgido cuando las democracias progresan, y con el progreso de las democracias el trabajo y la industria crecen, aparecía á los ojos de las clases conservadoras belgas como algo apocalíptico y tenebroso que traía indefectiblemente aparejado el juicio final. Esta especie de terror misterioso se presenta de bulto á la sola consideración de que las clases medias belgas han resistido sesenta y más años el sufragio universal aceptado hasta en la monárquica y nobiliaria Prusia. Pero poned puertas al campo. Las abstracciones huyen al conjuro de las realidades. Creciendo en Bélgica el trabajo, había de crecer con el trabajo en Bélgica la democracia; y creciendo la democracia en Bélgica, también había de imponerse tarde ó temprano el principio democrático por excelencia, el sufragio universal. No lo quería creer el Monarca, no lo quería creer el Soberano; mas las ideas democráticas entran en todas las combinaciones de la política moderna como el éter luminoso y creador en todos los átomus del Universo material. Y el elemento democrático subió cual una marea viva. Bien al revés de lo sucedido en España, donde los representantes de las clases medias liberales han recibido en las venas de sus almas aquella infusión de ideas democráticas, naturales al estado intelectual y moral de nuestra sociedad, los progresistas belgas contrarían la extensión del sufragio al pueblo. Frere Orban jamás ha querido asentir á tal progreso. Pero el jefe allí de la democracia monárquica, el muy liberal Jakson, y todas las escuelas socialistas sin excepción alguna, reclaman el sufragio universal. Estas últimas, en todas partes desatentadas, han tenido allí la previsión de posponer á todos sus principios el sufragio universal y han dado con esto una prueba de buen sentido, pues únicamente podrá por el sufragio universal y por la libre asociación mejorarse la suerte del jornalero, y convertirse tarde ó temprano, con la cooperación y las participaciones en las ganancias señaladas por voluntarios contratos, el salario en dividendo. Pero la necesidad inevitable de que la cuestión de amplitud al sufragio as-

cienda de suyo al nivel de una cuestión constituyente, trae los belgas á muy mal traer ahora. El Rey, con pésimo consejo, viendo que se tira de la cuerda para unos, quiere que se tire de la cuerda para todos, y reclama, como compensación al sufragio del pueblo, una facultad tan difícil como la facultad del *Referendum* al pueblo para sí. Esto del *Referendum*, quiere decir la potestad en el Rey de acudir al sufragio popular directamente siempre que le plazca, sometiendo á su voto soberano é inapelable las cuestiones que crea deber someterle y con especialidad sus disentimientos del parecer y del acuerdo de las Cámaras. En Suiza el pueblo conserva por medio del *Referendum* la soberanía inmanente, y la ejerce, así para sancionar las leyes constitucionales en su día, como todas las demás leyes cuando lo pide cierto número de electores designados en la Constitución. Pero este derecho del pueblo helvecio, muy congruente con el ejercicio secular de las instituciones republicanas, tiene muchos peligros en Francia, cuya monarquía viviera veinte siglos y cuya República vive de un modo regular hace veinte años solamente, y no podría de manera ninguna en Bélgica establecerse ahora, sin que recibiera el principio monárquico parlamentario los daños y menguas consiguientes á su transformación en principio monárquico cesarista. Leopoldo II, sin duda, olvidado del nombre y del ideal de su glorioso padre, intenta sobreponerse á las Cámaras nacidas del sufragio universal consciente por medio de un sufragio universal inconscien te, como el que probaría ese temerario *Referendum*, y quiere asociar el pueblo entero á su conjuración contra la libertad, como asociaron los Césares antiguos y los Napoleónidas modernos, dos pueblos tan cultos, como el romano y el parisién, á sus sendas infames é infamantes dictaduras. La reforma constitucional ha comenzado con una grande agitación; y si llega el Rey á empeñarse con sus temeridades en ello, puede concluir por una revolución.

V

Los reyes contemporáneos están dejados de la mano de Dios. No saben los cuitadísimos, en su deseo de mangonear á tontas y á locas, que la monarquía perdura entre los ingleses porque no intervienen personalmente nunca en el Gobierno los monarcas, y obedecen, como las

máquinas al vapor, ellos á la opinión y á las Cámaras. Pero dadle á los ingleses un Rey Humberto emperradísimo en la triple alianza, un Emperador Guillermo de Brandeburgo metido á la continua en todos los fregados germánicos, un Rey de Dinamarca en lucha constante con la representación nacional, un Rey de Suecia en disentimiento con la democrática Noruega, un Rey de Lusitania que inaugura su reinado con retrocesos en las libertades públicas, y decidme que restaría de la realeza en pueblo tan acostumbrado al gobierno de sí mismo como el pueblo inglés, admirable por su libertad y admirable por su Parlamento. Digo todo esto por un Rey omitido en la enumeración anterior, dígolo por el Rey de Grecia, que ha llegado hasta destituir á sus ministros frente á frente de una mayoría parlamentaria muy numerosa y muy compacta, cuando el jefe de tales ministros, Deyalnnis, le impusiera con soberano imperio á esta mayoría un acto de cordura, como la renucia irrevocable á todo procedimiento judicial contra las malversaciones atribuidas á su antecesor Tricoupis. El Rey cohonesta la intervención personal suya en los actos gubernativos con el pretexto de la grave crisis económica por los helenos hoy sufrida, y á la cual nunca ha ocurrido su ministerio, sino enconándolas con encono exacerbado y terrible.

Mas á los reyes no debe permitírseles intervenir en el gobierno de las naciones, ni aun para el bien y la prosperidad nacional. Parecerá una paradoja; pero creo preferible que se haga el mal sin ellos al bien con ellos. Fragmentos aerolíticos del sol de la monarquía ya pasada y Bautistas inconscientes de la forma republicana futura, representan la estabilidad social y pierden su representación en cuanto salen de la neutralidad constitucional y dejan de cumplir así el fin para que fueron instituidos. Cierto que la nación helena, poseída por una doble atención al compromiso de proteger todos los tenaces movimientos de las tribus griegas, mal de su grado á Turquía sometidas, y de contrastar todas las múltiples aspiraciones de los búlgaros al territorio macedón, siempre codiciado por los Estadillos esclavones aturdidamente, habría caído en gastos enormes de guerra y marina, generadores de una inminente bancarrota. Cierto también que los desniveles en el cambio, que la baja de los fondos, que la clausura de los antiguos mercados por la demente guerra de tarifas, que los gangrenosos cánceres del déficit, que la depreciación de los valores fiduciarios, que las menguas de todos los

ingresos y la deficiencia de todos los tributos habían traído una agravación grande del mal, á la que pudo el ministerio Deyalnnis oponer actividades mayores para el remedio ya urgente. Pero el Rey no debió hacer lo que hizo; despedir un Ministerio con mayoría, sin exponerse á lo que ahora está expuesto, á una rota del ministerio nuevo nombrado por la voluntad personal en los próximos comicios que resulte su personal derrota, en suma, y lo destrone á él y á toda su dinastía para siempre. Los orientales mudan de reyes como de camisa. En Servia la dinastía del príncipe Karageorsd, en Rumania la dinastía del príncipe Kouza, en Bulgaria la dinastía del príncipe Battemberg, en Grecia la dinastía del príncipe Maximiliano, expulsadas todas por sus respectivos pueblos, enseñan que pueden hallarse los daneses llamados al trono artificial y extranjero sobrepuesto por la diplomacia y los tratados á un pueblo tan republicano como Grecia, en vísperas de un definitivo é inapelable destronamiento. Así, hay quien dice que piensa el Rey abdicar en su hijo, medida poco hacedera en primer lugar, y en segundo lugar poco beneficiosa; y quien dice que piensa el Rey acudir á las potencias signatarias del tratado que aseguró su gobierno independiente á Grecia, medida poco nacional y que podría traer consigo una intervención extranjera, siempre á los pueblos repulsiva, y mucho más al pueblo que inició los combates por la indedendencia en campos como los de Marathon, en aguas como las de Salamina y en desfiladeros como los defendidos por Leónidas: hermosos númenes de todos cuantos pelean por la libertad y por la patria.

VI

Felices los ingleses, maestros en el arte de practicar el gobierno de sí mismos, tanto en la esfera de lo individual como en la esfera de lo colectivo. Inútilmente los gobiernos conservadores pugnan á una, con todos los medios conseguidos por una larga dominación, para retener en sus manos el público poder, que le arrancan de consuno la conciencia y la voluntad general, impelidos por los grandes motores, ó sean las progresivas ideas. Aquellos comicios tan reflexivos, después de largas meditaciones, ejercen su libre albedrío con tanta mesura de proceder y tanta prudencia de juicio, que derrotan á un estadista como Hartingthon, noble de abolengo y liberal de convicción, en

cuanto claudica en su antigua consecuencia política y retrocede hasta prestar su apoyo á los torys en las resistencias á los progresos de Irlanda. Pues bien: ahora, en las últimas elecciones municipales, han derribado por tierra en buena lid todo el ejército conservador. Justa es, pues, la grande acogida, por las oposiciones dispensada en el Parlamento, al reingreso allí, tras la última excursión, de su excelso guía y maestro, al inmortal jefe mister Gladstone, quien realizará en su vejez la reconciliación entre Inglaterra é Irlanda, obra particular y nacional, análoga con la mayor y más católica que realiza León XIII hoy, análoga con la reconciliación entre la democracia y la Iglesia. El Gobierno tory ha tratado de vencer al partido liberal, poniendo con sus proyectos recientes una fábrica de falsificar los programas de Gladstone. Así ha presentado el sofisma escandaloso de los proyectos relativos al gobierno local de Irlanda. En los títulos de la ley, en sus proporcionadas distribuciones, en sus principios generadores, veis muy pronto que también las idealidades abstrusas privan entre los positivos y utilitarios ingleses. La mayor asimilación dable de las regiones en sus respectivos consejos municipales, queda formulada por las leyes y reconocida como una verdad incontestable. Los gobiernos locales, en estas disposiciones, aparecen organizados como los gobiernos locales británicos. Diéronlo todo allí concluido y perfeccionado como en programa electoral de cualquier candidato avanzadísimo. Pero hecha la ley, hecha la trampa. Por debajo de todo aquello hay sirtes y más sirtes de bien compuestas excepciones que revocan todo lo concedido y legislado arriba. Existen unos tribunales de combate allá en Irlanda. Estos tribunales son lobos revestidos con pieles de carneros. Así, bien puede asegurarse que se hallan puestos allí para sostener, bajo la forma externa de la ley común, el derecho antiguo de conquista. Y cuando á estas corporaciones, verdaderamente burocráticas, no jurídicas, de algún modo se les antoje disolver las municipalidades opuestas al capricho de Inglaterra, las disolverán sin género alguno de consideraciones, quedando todo el gobierno local irlandés á merced y arbitrio de los poderes nacionales británicos. Dado tal carácter de las leyes nuevas, creo excusado deciros las terribles violencias empleadas por unos y por otros en los debates. Los ministeriales llamaron separatistas á los wighs, y éstos á los ministeriales embusteros. Así va creciendo la convicción íntima del próximo triunfo electoral de Gladstone. Por más

que los ministeriales hacen y dicen, la opinión pública los desatiende, si no los menosprecia. Una prueba de cómo deben ya sentirse abandonados de la opinión, aparece con suma claridad en el amenazador discurso últimamente pronunciado por Salisbury, anunciando que apelará en el combate próximo á la Cámara de los Lores, caso de darle una Cámara de los Comunes favorable á Irlanda el próximo comicio nacional. Parece imposible que así pueda espesarse la ceguera de los políticos hasta ignorar el mal que les aguarda. La última fortaleza de los torys está en la Cámara de los Pares. El día que desaparezca, desaparece con ella el secular tronco de la nobleza histórica. Y desaparecerá de entre las instituciones vivas si recoge para su respiración las ideas muertas. El patriciado inglés sobrevive á tantas ruinas, como hay amontonadas en torno suyo, por la flexibilidad constante suya en el difícil trabajo de adaptación al medio ambiente compuesto por la opinión británica. En una ocasión, el grande orador Brigth lo dijo con frase, tan profunda por el sentido intrínseco y hondo como por la forma clara y correcta: no le permitió la opinión pública el veto á la corona, ¿y había de permitírselo á los patricios? El día, en que los Lores no quieran admitir la democracia, sucederáles aquello mismo que les sucedió á los antiguos senadores de Roma cuando se resistieron á recibir el Cristianismo, desaparecerán del planeta.

VII

¡Felices los pueblos regidos por instituciones parlamentarias! Ellos no tendrán que mirar al ceño de un solo individuo, para ver si en el fruncimiento de sus cejas la tempestad se aglomera y en el mirar de sus ojos el rayo se fulmina. Los alemanes, vanagloriados hasta creerse á sí mismos los dioses de nuestra Europa contemporánea, se me aparecen muy disminuidos bajo la tutela de un joven, que dice á roso y belloso cuanto el gusto le pide, sin respeto alguno á la propia corona y al sumiso pueblo. Nada nos maravilla como las extrañezas muy recientes de la opinión por el discurso que acaba de pronunciar en la Dieta de Brandeburgo el joven y aturdido César, como si no fuera otro discurso más añadido á los desvariadísimos en él habituales desde su tristísima exaltación al trono de sus mayores. Todavía no llevaba ceñida en sus sienes la diadema imperial, cuando ya pronunció arenga extravagan-

te, la primera solemne de su vida, en que llamaba con énfasis al Canciller, bien pronto de su gracia caído, portaestanderte del Imperio alemán; y con tal motivo dije yo entonces aquí en estas crónicas quincenales que temía le aquejase algo del romanticismo literario y filosófico y político, á cuyo embriagador opio muriera, como dementado por los filtros de las ideas indigeridad é inconexas, el célebre Federico Guillermo IV, apellidado por el doctor Strauss en célebre folleto de sus mocedades, á causa del desvarío crónico suyo de resucitar las ideas reaccionarias, Juliano el Apóstata. Todas las palabras y todos los actos de Guillermo II en los días críticos del paso desde su condición de Príncipe imperial á su condición de César ó Emperador reinante, indicaban el predominio de los tirantes nervios en todo su sistema fisiológico y el predominio de las ideas exageradas en todo el enlace, ó como si dijéramos, organismo de las facultades psíquicas. Pero los periódicos alemanes, en su culto al Imperio, no se habían dado cuenta del carácter intelectual, predominante de suyo en Guillermo II; y ahora se alarman y alarman á la opinión universal con motivo de un discurso, tan incongruente y tan desatinado en sus términos como todos los que viene pronunciando á roso y belloso, desde que á sí mismo se concedió él mismo la palabra con ánimo de permitirse decir cuanto le pasara por la mollera, verdadero ó falso, bueno ó malo, torcido ó derecho.

VIII

Ahora no ha dicho mucho en comparación de lo en varias otras veces parlado; ha dicho con verdadera sencillez que todos cuantos creen vivir en las torturas de un potro por vivir en el imperio de Alemania, y lo dicen, bien podrían irse á cualquier otra parte con la música, pareciéndole todavía corta la continua emigración desangradora de Alemania. Y no tan sólo mueve las gentes á largarse; dice que nadie con él porfíe, porque guarda en todas sus empresas la complicidad de Dios en vínculo heredado de sus mayores, cual se demuestra recordando cómo Dios había peleado por ellos, no añade si caballero sobre blanco caballo, cual nuestro Santiago Matamoros, en la batalla de Rosbach. Mas ¡ay! que mientras él habla, el motín reina en ese Berlín parecido antaño á Varsovia. Las muchedumbres sueltas salen por las calles

mayores de la corte germánica en son de motín; y aquí apedrean un establecimiento de ultramarinos; allí pegan empellones á la policía; más lejos á saco entran en rica tahona; y por no dejar títere con cabeza en sus desahogos tumultuarios, silban, como si fuesen cómicos de la legua, con espantoso estruendo, á los guardias de orden público, representantes á sus ojos del poder imperial. El Emperador ha visto las oleadas populares desde los balcones de su imperial palacio y ha oído el estruendo de la voz pública desde la carretela en que ha recorrido de gran uniforme las removidas y fragorosas calles. No ha salido por ninguna parte la tropa; mas tres días consecutivos con sus tres sendas noches ha en la ciudad ido todo y han ido todos arreo manga por hombro, según decimos en familiar lengua española. Y se han los unos cansado de gritar y los otros de reprimir, acabándose todo por una igual flojera en las resistencias y en los ataques mutuos, pero indicando á la postre un comienzo de rapidísima descomposición en el Imperio brandeburgués, muy semejante al que precedió la decadencia y descenso rapidísimo de la monarquía napoleónica en Francia. Y basta para comprender la política germánica interior con observar que, después de haber hecho sacrificios tan grandes por una cordial alianza entre Rusia y Alemania, los dos Czares andan á la greña, cual basta con observar, para comprender la política exterior germánica, que, después de haber hecho tantos sacrificios en veintidós consecutivos años para tener Alsacia y Lorena del todo adheridas al Gobierno central, han presentado un proyecto de estado de sitio casi perpetuo al Parlamento para precaverse de cuanto pueda en Alsacia y Lorena sobrevenir de adverso al Imperio, lo cual, unido á las perturbaciones que pululan por todos aquellos espacios, da muy mala espina respecto de la suerte reservada en lo futuro á la grande Alemania. ¡Triste y luctuoso porvenir!

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Se ha sostenido y aún sigue sosteniéndose por autoridades respetabilísimas, que la verdadera aspiración de la poesía debe ser exprimir el jugo del pensamiento moderno en el ánfora clásica, ó, como decía Andrés Chénier,

Sur de pensées nouveaux faisons des vers antiques.

Enamorados los que tal teoría defienden de la perfección á que llegaron en todo lo referente á la forma, los poetas de la antigüedad clásica, suponen que ella dijo la postrera palabra y señaló el último límite á que, en punto á perfecciones externas, puede llegar el ingenio humano. Los que así discurren, no se han parado á pensar en la relación íntima é inseparable que existe entre la idea y el molde en que aquélla ha de vaciarse, relación tan estrecha, que sólo teóricamente puede establecerse entre ambos una línea divisoria. Los grandes poetas se han creado siempre una forma propia, y cuando han querido abdicarla (cosa equivalente á suprimir la personalidad artística), para caminar en pos de la imitación, han resultado siempre afectados y artificiosos. Aun en los años que siguieron inmediatamente al Renacimiento, los escritores nutridos con la savia de los clásicos, á pesar de haberse asimilado su espíritu, no lograron, ó lograron muy pocas veces, competir con aquellos otros que adaptaron su inspiración á una forma original y privativa. La superioridad de nuestro teatro sobre el teatro francés, es una consecuencia de lo que dejo apuntado.

Por mucha admiración que se sienta hacia nuestros líricos del siglo de oro, es imposible desconocer que en casi todos ellos, aparte de lo vigoroso de su fantasía, de lo brillante de sus imágenes, de lo sonoro de su versificación, muéstrase cierta

afectación, cierta falsedad que debilitan gran parte de su mérito. Cuando Herrera nos habla, á propósito del joven de Austria, del *crinado Apolo,* de *Encelado arrogante* y de otras zarandajas mitológicas de la misma especie, podrá ser todo lo pindárico que se quiera, pero no creo que nadie, al leer las obras del gran maestro sevillano, sienta la emoción sincera, que sin duda experimentaban los helenos cuando recitaban ú oían recitar las inspiradas odas del cisne tebano. En el mismo Fr. Luis de León nos molesta á veces la humildad con que sigue á Horacio y los extemporáneos rasgos de paganismo derramados por muchas de sus poesías, sin excluir alguna de las religiosas.

Lo de

«...Eolo derecho
hinche la vela en popa.»

lo de

Con la punta acerada
el gran padre Neptuno da la entrada.

como lo del *sanguinoso Marte*, la *infernal Meguera*, y otras muchas alusiones parecidas que sería facilísimo citar, no obstante ser ellas defecto más bien de la época que del autor, son lunares que afean las hermosas composiciones del egregio agustino.

El divorcio que existe hoy entre nuestro modo de concebir la belleza y las formas y procedimientos clásicos, es mucho mayor que en épocas anteriores. Por esta razón, los poetas de nuestro tiempo, que han pretendido ó pretenden seguir las huellas de griegos y latinos, vistos casi siempre al través de nuestros escritores de las tres últimas centurias, sólo han acertado á producir obras artificiosas y amaneradas, estimables únicamente para unos pocos eruditos, más dispuestos á apreciar las dificultades de la ejecución, que sensibles á los encantos de la verdadera poesía.

Entre los autores americanos, lo mismo colombianos que bonaerenses, dominan la afición á los estudios clásicos y la tendencia á la imitación de las literaturas griega y romana, no siempre bebida en las fuentes originales. Calixto Oyuela, poeta argentino, alguna de cuyas composiciones es conocida de los lectores de esta Revista, participa de las aficiones literarias que constituyen uno de los rasgos distintivos de la poesía americana. La colección de las suyas, recientemente publicada, lo prueba cumplidamente. En todas ellas descúbrese el entusiasmo que el poeta siente por Grecia, por sus dioses, sus héroes y sus artistas. No obstante vivir en el seno exuberante de América,

vuela en alas de la fantasía salvando mares y cordilleras en busca de las mieles del Himeto; más dignas le parecen de ser cantadas las cimas del Hemus que las empinadas crestas de los Andes; más poético el valle del Tempe que las riberas del Plata, más merecedoras de admiración las severas hojas del árbol consagrado á Minerva, que los pétalos de la delicada flor del seibo. Así lo declara el poeta en casi todas sus poesías, y más que en ninguna en la epístola dirigida á Rafael Obligado, otro escritor argentino digno también de ser conocido y celebrado.

¡Vive Dios que es tu empeño peregrino!
¡Obscuro el sol de Atenas! ¿Te ha cegado
Su mar de lumbre, su fulgor divino?
Deja para quien nunca ha penetrado
En el templo del arte, hallar más grande
Que el áureo Olimpo el Ilimani helado...

Mayor entusiasmo aún por la patria de Píndaro y Alceo, revelan los siguientes versos de su oda *Al Arte:*

No; tus dioses no han muerto. Aún radiante
De tus cerúleas ondas
Nace gentil la voluptuosa Venus;
Aún rige Apolo el centellante carro
Del sol y sus flamígeros corceles,
Y al sátiro lascivo
Huyendo leves las gallardas ninfas,
Rodeadas de cándidos amores
Van por la márgen de las claras linfas
Tejiendo danzas y esparciendo flores.

Esta afición del poeta argentino á las literaturas clásicas, le lleva á veces á incurrir en cierto amaneramiento semejante al que existe en nuestros buenos escritores del siglo XVI y siguientes, amaneramiento que se echa de ver en el corte de las cláusulas, en el uso y aun en el abuso de voces poéticas (flamígero, silente, undívago y otras tales) y, en las alusiones al paganismo desterrado ya definitivamente de los dominios de la poética moderna.

Nótase también en las composiciones del Sr. Oyuela una pasmosa facilidad de asimilación, cualidad que le permite ser un excelente imitador, pero que pocas veces le deja llegar á esa individualidad poética que es como el sello divino de los grandes creadores. Es pasmosa, vuelvo á repetirlo, la manera cómo se apropia, en el buen sentido de la palabra, el estilo de los poetas á quienes imita. Estrofas hay, por ejemplo, en su oda *A la Astronomía*, que podrían intercalarse entre las liras de *La noche serena* de Fray Luis, y aun engañar á los no muy avisados. Véanse, en corroboración de lo dicho, las siguientes estancias:

Sirio en lejano asiento,
fijo en la altura espléndido aparece,
y Saturno opulento,
que en color se enriquece,
entre anillos y lunas resplandece.
....

¡Oh, asientos de ventura;
alcázares de amor y poderío,
lucientes de hermosura
do busca *ya sombrío*
alto refugio al pensamiento mío!
.....
Tal vez allá ascendido
pueda algún día contemplar radiante
vuestro amor encendido,
vuestra vida brillante,
la gloria de los orbes centellante.

En los tercetos que llevan por título *Impresiones,* intenta seguir las huellas del autor de la epístola moral á Fabio; en la oda *El Titán* pretende levantar el vuelo á las alturas conquistadas por Quintana, y en *Gloria y Fe* se adivina la influencia de Zorrilla.

Superiores á estas poesías imitadas y á las varias traducciones de Leopardi, Heine, Sheley, Byron, Chénier y otros, incluidas todas ellas en la colección, me parecen las composiciones originales, y muy principalmente la titulada *La vuelta al campo.* En el plan de esta oda, que pertenece al grupo de las que los retóricos llaman morales, en lo oportuno de las digresiones, en la buena elección de las imágenes, en lo adecuado de los epítetos, en el estilo limpio, sin aridez, sencillo sin bajeza y natural sin prosaismos, y, finalmente, en lo correcto de su difícil versificación (versos libres), hay mucho que admirar y no poco que aplaudir.

El poeta, al volver á su hogar, se complace en traer á su memoria los recuerdos de su niñez, los juegos de su infancia, la manera cómo brotan en su pecho sus primeros amores, sus estudios, sus anhelos y sus alegrías. Todo en el antiguo albergue habla en su corazón, todo evoca el recuerdo del pasado.

Alamos solitarios, semejantes
á solemnes columnas
de antiguo monumento destruido,
al cielo elevan sus soberbias copas;
por la suave hondonada
blancas ovejas, bueyes y caballos
en grata variedad vagan paciendo;
y allá en lejana altura, medio oculto
entre verde arboleda, se divisa
nutrido y caprichoso caserío,
do en lazo extraño alternan la europea
choza del labrador y el rancho humilde.
.....

La vista de estos objetos queridos conducen al poeta á la contemplación de la hermosa naturaleza, cuyos encantos celebra con inspirados deseos, y en cuyo tranquilo seno, lejos de la agitación de las ciudades, desearía reposar plácidamente.

Tal es, en breve bosquejo, esta oda que refleja, mejor que otra alguna del mismo autor, las cualidades poéticas del Sr. Oyuela, y en la cual llega algunas veces á seguir de cerca el melancólico encanto de la descripción del Paular de nuestro inolvidable Jovellanos.

En suma, el poeta argentino cuyas poesías, coleccionadas bajo el

nombre genérico de *Cantos*, son objeto de estos renglones, mantiénese siempre en los límites de lo discreto, sin traspasarlos nunca, abusa un poco de los rasgos de erudición clásica, carece de individualidad vigorosa, pero acierta cuando se propone expresar afectos suaves y tranquilos.

***

Entre los libros que en los últimos días han salido de las prensas españolas, uno de los más amenos y de más agradable lectura es el titulado *El santo patrono*, original de D. José M. Mateu. Posee esta novela una cualidad que la hace sumamente estimable; la ingenuidad. Más que una serie de lances parece una narración verídica de sucesos perfectamente estudiados por el autor, más que estudiados vividos por él. La acción, aunque sencilla, es interesante y está hábilmente entrelazada con los sucesos políticos que siguieron á la revolución de Setiembre y terminaron con la venida á España de D. Alfonso XII.

El héroe de la novela, Fernando Marrodán, mozo travieso y osado, no desprovisto de cierta viveza de imaginación, viene á Madrid, donde alcanza la protección de un personaje político, el Sr. Diéguez, á cuya sombra el aventurero, que no peca de corto ni de tímido, logra ponerse en camino de la fortuna. Muerto su protector, con cuya esposa ha mantenido el aprovechado joven relaciones más que amistosas, y rotos sus amores con su novia, la amable y bondadosa Patrocinio, logra, mediante un cambio de casaca muy común en los primeros tiempos de la Restauración, pingüe destino más allá de los mares, con lo cual termina la novela como terminan tantas otras historias de los Marrodanes de la política: con el premio á la apostasía.

A decir verdad, la acción decae bastante en los últimos capítulos, los sucesos se atropellan y el autor corta, más bien que termina, la novela. Esto no obstante, los caracetres están bien sostenidos hasta el fin, la lógica de los acontecimientos no se quebranta, y la peripecia final ó sea el cambio radical en política de Fernando es de tal verdad, que pudiera corroborarse con vivos y numerosos ejemplos.

***

Bastante inferior á *El santo patrono* es la *Gitana*, de D. Salvador Rueda, novela con pretensiones de pi-

caresca y ribetes de idílica, y escrita con la abundancia de color que es propia de la escuela colorista ó más bien *colorinista*. Lástima que el Sr. Rueda, en vez de dejarse arrebatar *en alas de su ardiente fantasía* á las hiperbólicas extravagancias de un *andalucismo* exagerado, no ponga cuidado en moderar un poco los ímpetus de su imaginación meridional, teniendo en cuenta que en literatura, como en el arte arquitectónico, vale más la severa desnudez de la columna dórica, que los pámpanos, racimos y hojarasca de los fustes salomónicos.

***

Conocimiento profundo del asunto, vasta erudición literaria, seguridad en el análisis, capacidad para penetrar en el espíritu del autor estudiado, sabroso y elegante estilo y frase correcta y ceñida al pensamiento, tales son las cualidades que revela el estudio que el P. Mir acaba de publicar del insigne poeta é historiador aragonés, Bartolomé Leonordo de Argensola.

El autor de este interesante trabajo ha examinado con prolija solicitud, no sólo las obras todas del insigne cronista de Aragón, sino aquellas otras que, ya por ocuparse de los Argensolas ó por tratar de sucesos de aquel tiempo, pudieran esclarecer algunos puntos de la vida de Bartolomé Leonardo. No satisfecho aún con esta ardua labor el P. Mir, ha rebuscado con constancia superior á toda fatiga, archivos y bibliotecas públicas y privadas, ha consultado con los más sabios conocedores de las cosas de Aragón, logrando presentar en un libro, pequeño en volumen pero grande en doctrina, la verdadera fisonomía del autor de *La conquista de las Malucas*, su significación en la literatura del siglo de oro y las cualidades todas que adornaban á aquel correctísimo poeta, historiador insigne y prudente y virtuoso sacerdote.

El sabio académico ha sabido librarse de un achaque que es muy común á los panegiristas: su admiración por el mérito de Bartolomé Leonardo, no le impide considerarle en su justa y exacta médida. Después de leído el libro del P. Mir, tiénese cabal idea de las cualidades morales y de las dotes literarias que adornaban al correctísimo escritor, que mereció ser llamado sin gran hipérbole el Horacio español.

***

La obra que con el título de *Notas de viaje* ha publicado en Bogotá

D. Salvador Camacho y Roldán, debe ser leída por cuantas personas gusten de conocer las costumbres, riqueza, índole y carácter de la región americana llamada Colombia, y del extenso territorio de los Estados Unidos.

El Sr. Camacho ha recogido en su libro multitud de curiosas observaciones que, expuestas en forma amena y no desprovistas de aderezo literario, se dejan leer con verdadero agrado. El viaje de que las *Notas* son resultado, lo emprendió el autor, según él mismo declara, con un objeto puramente comercial; no es, por tanto, de extrañar que el mayor interés de la obra estribe en todo lo que se refiere á la industria y producción de las vastas regiones del Centro y Norte de América.

La cuenca del Magdalena, su riqueza, su etnografía, sus medios de comunicación, su fauna y su flora y todo lo demás que constituye aquella feracísima región, está tratado en el libro del Sr. Camacho con una seguridad de observación y un sentido tan práctico, que hacen de las *Notas de viaje* una obra digna de ser consultada por cuantas personas deseen tener idea exacta de la vida y civilización de los pueblos colombianos.

Iguales estudios hace el autor en la parte referente á los Estados Unidos, mostrando siempre, al lado de las cualidades que he enumerado, una amenidad y una cultura muy superiores á la que suele encontrarse en otras obras del mismo género.

***

Libro también de amena lectura es el titulado *Una historia vulgar*, escrito por D. Tomás Orts y Ramos y lujosamente editada por las casas J. López de Barcelona y Fernando Fé de Madrid.

En esta obrita, primera parte de una novela, se notan muchos puntos de semejanza en el estilo principalmente con otra titulada *Desde la Quilla al Tope*, de la cual me he ocupado ya en uno de los números en esta Revista.

Francisco F. Villegas.

REVISTA ECONÓMICA

Sumario: Situación general.—El alza de los cambios.—La baja de la Bolsa.—Los presupuestos.—El Banco de España en 1891.—La Compañía de Tabacos en 1891.—Mercados bursátiles.

Va de mal en peor nuestra situación financiera. Y no porque en estos días, ni siquiera en los meses inmediatos, haya ocurrido ningún suceso extraordinario que agrave la enfermedad ó aumente el conflicto, sino porque la labor del tiempo ó la acción continuada de las mismas causas contribuyen á acelerar el mal en gran manera.

España sufre una gran crisis del crédito, y una gran crisis monetaria. Esto es evidente, y, si no lo fuera, los cambios sobre el extranjero, con prima de 15 ó 16 por 100, serían bastante á demostrarlo. Son muy diversos y muy complejos los orígenes de esta crisis, y algunos traen una fecha bastante atrasada.

Error gravísimo fué no incluir á nuestro país en la *Unión monetaria latina*. De aquí dimanan muchas de las perturbaciones que hoy sufrimos. Desde hace treinta años hay en Europa una gran corriente hacia el monometalismo oro. Terminada la guerra franco-prusiana, Alemania creyó llegado el momento de desmonetizar su moneda de plata, aprovechando las sumas cuantiosas de metal amarillo que logró reunir con la indemnización de guerra. Se ha dicho también que fué su inspiración obra de un famoso Canciller de hierro, en su deseo de arrancar á Inglaterra la supremacía bancaria. Poco importa averiguar los móviles. El hecho es que la desmonetización (un poco incompleta) se realizó, y que, después de ella, dos naciones poderosas de Europa,

el Imperio alemán é Inglaterra, rompieron con la tradición constante del doble patrón monetario y aceptaron como única moneda en las relaciones internacionales la moneda de oro. La baja de la plata fué la consecuencia inmediata de esta medida, y perdida de hecho, en todas partes, la relación clásica y legal del valor del metal blanco con el metal amarillo, surgió un problema monetario gravísimo y difícil de resolver. No todos los países contaban con recursos bastantes para realizar la transformación llevada á cabo por Alemania, ni aun en el supuesto de que hubieran contado con ellos, podía encontrarse oro bastante para las necesidades del consumo, ni era posible, en suma, retirar de un golpe y en breve tiempo de la circulación toda la moneda de plata sin hacer surgir un problema pavorosísimo en el orden económico. Todo el mundo sabe que el precio de los productos es una relación entre el valor de la moneda y el valor de las mercancías.

La reducción de la moneda por la desmonetización de la plata, forzosamente habría de provocar un descenso en todos los valores, y este descenso rompería el equilibrio económico existente y daría lugar á una perturbación extensa y de fatales consecuencias. Solamente en parte ha podido evitarse este resultado á pesar de lo lentamente que la transformación monetaria se está llevando á cabo. En las reducciones de precios sufridas en los últimos años por las mercancías no ha jugado escaso papel la escasez de moneda.

Las naciones que constituyen la *Unión monetaria latina* comprendieron bien pronto la gravedad del problema que planteaba Alemania con la desmonetización de la plata, y la agrupación que formaron se encaminaba precisamente á estos dos fines: el uno de defensa mutua de sus intereses; el otro de preparación lenta y gradual para poder aceptar sin apresuramiento y quebrantos el nuevo régimen del monometalismo oro, contra el cual parece imposible luchar.

Admirablemente han conseguido estos propósitos, ó están en vías de conseguirlos, sin acudir á otros medios que los de dar salida legal en todo el territorio de la Unión á las monedas de cada país y restringir las acuñaciones de plata. Con este régimen, es claro, unas naciones han salido mejor libradas que otras. Italia, sobre todo, ha podido á su sombra recoger su papel forzoso fiduciario y regularizar su circulación en gran manera.

Torpeza, nunca bastante lamentada, fué que España no entrase

también en este concierto. Su régimen monetario estaría hoy ajustado á las nuevas corrientes y á las nuevas doctrinas, y no hubiera abusado tanto como lo ha hecho de la acuñación de una moneda despreciada que agudamente se ha calificado de moneda falsa. La comunidad de moneda entre un grupo de pueblos de esta importancia, acelera las relaciones comerciales, facilita el trabajo, y, sobre todo, libra á las naciones más pobres de pagar ese exorbitante tributo de la *prima de los giros* á las naciones más poderosas. Véase una diferencia bien notoria. Italia tiene, como nosotros, deuda exterior, y en no menor cantidad que nosotros; todos los años precisa reembolsar por este concepto en París, Londres y en Berlín cerca de 200 millones de pesetas, á cuya cifra no llega España. Italia, además, cierra todos los años con una balanza mercantil muy desfavorable, en tanto que en España casi se equilibran las entradas con las salidas del comercio. A pesar de esto, los cambios entre Roma y París están por lo común á la par, y en este momento con 2 ó 3 por 100 de quebranto, en tanto que entre Madrid y París tienen un desnivel de 16 ó 17 por 100. ¿De qué proprocede esta diferencia? De un modo principal del diverso régimen monetario, del aislamiento en que vivimos, del abuso de acuñaciones de plata, en una palabra.

A la falta de un régimen monetario, en concordancia con el dominante en Europa, ha venido á unirse en contra nuestra la sobrada precipitación con que hemos importado la casi totalidad de nuestra deuda *exterior*, que antes existía en los mercados extranjeros. Aún no hace cuatro años, apenas si habría en España 200 millones de *perpetuo exterior:* todo él estaba en poder de extranjeros. Actualmente pasa de 1.000 millones el *exterior* en poder de españoles, y es claro que este acelerado rescate es suficiente á explicar el desnivel de los giros y el empobrecimiento de nuestro sistema monetario. Los 800 millones importados han costado más de 600 millones de oro, exportación que pocos países serían capaces de resistirla en período tan breve.

Declaramos que el rescate de nuestras deudas es un fenómeno que distamos mucho de lamentar. Prueba que España ahorra, cuando con tanto interés ha procurado apoderarse de los retazos de su crédito que los extranjeros poseían; pero las consecuencias lógicas y naturales de la exportación de numerario han de ocasionar una perturbación más

ó menos larga, y esto y no otra cosa es la crisis del crédito y de la circulación que estamos sufriendo.

Erróneamente se ha tomado en el extranjero esta natural consecuencia del rescate del *exterior* como signo de un malestar profundo y como precursor de desdichas y calamidades sin cuento. No negamos que puede ser grave si á tiempo no se remedia, pero distamos mucho de pensar que no hay panacea que aplicarle ni plan curativo á que responda.

Bastaría con que nuestra administración financiera fuera más previsora y más celosa, y el Gobierno más enérgico para contener los gastos y fecundar los ingresos; bastaría, en suma, con que los presupuestos se nivelaran y el Tesoro no tuviese necesidad de acudir á recursos extraordinarios por el crédito, para que la atmósfera se despejara y la situación cambiara radicalmente.

Por nuestra desgracia, los presupuestos presentados á las Cortes distan mucho de estar inspirados en la gravedad de las circunstancias por que atravesamos. No aumentan los gastos, pero tampoco los castigan con la *crueldad* que es presiso. No queremos juzgarlos al detalle hasta que la *comisión* no los estudie y el Gobierno haya introducido en ellos las reducciones que parece proyecta. Bastará que dejemos consignado que en la forma en que se presentaron hacen poco honor al partido conservador y al ministro que suscribe.

No hemos perdido por completo las esperanzas de que se llegará á una nivelación más ó menos perfecta por lo resuelta que vemos á la opinión pública, dispuesta, como jamás la hemos visto, á imponer economías en todas partes y á obligar al Gobierno y á las Cámaras á que igualen el gasto al ingreso.

*
* *

El Banco de España ha celebrado el día 1.° del corriente su junta general ordinaria, que se ha repetido, como de costumbre, el día 6, para discutir los hechos realizados durante el ejercicio pasado. Año de dificultades ha sido éste para nuestro primer establecimiento de crédito. Sufriendo crisis la circulación monetaria del país, no era posible

que dejase de afectar á un organismo tan poderoso y que en cierta manera absorbe todo el movimiento bancario de la nación. No conocemos procedimiento dialéctico más irracional que el que consiste en comparar la intención del Banco de España con la de otros Bancos nacionales, y mucho más si estos son los de Francia ó de Inglaterra. Si los Bancos de Inglaterra y de Francia trabajaran en el mismo *medio* que el nuestro, dejarían de ser lo que son, y poco más, poco menos, vivirían como el nuestro vive, y se sometería á iguales procedimientos. Hay mucho oro en las cajas de dichos Bancos, porque en aquellas naciones circula esta moneda en gran abundancia. Lo propio hay que decir de su cartera. Es en su mayoría comercial, porque allí los Gobiernos tienen nivelados sus presupuestos, y porque el comercio del crédito está más desarrollado que lo está aquí. Los Bancos nacionales no pueden elegir sus armas: se las impone el país ó el medio en que viven.

Claro es que aun con estas restricciones es posible que un Banco esté peor ó mejor administrado y peor ó mejor dirigido, y esto cabalmente es lo que cae dentro de la crítica y del juicio. El hecho más notable durante el ejercicio pasado ha sido, sin duda alguna, la reforma de la ley ó la prórroga del privilegio. Cuando se presentó, la combatimos por estemporánea, y sobre todo por el temor de que el Banco, obligado por las constantes demandas de crédito del Tesoro, abusara de la circulación del billete en los límites que la ley le autorizaba. Hasta ahora, para ser justos, tenemos que confesar que nuestro temor no se ha realizado y que la circulación de los billetes está contenida casi dentro de las mismas sumas que antes de aprobarse la modificación de la ley.

También hemos de confesar, con la mayor complacencia, que las reservas metálicas aumentan de semana en semana, y que jamás, desde hace muchos años, ha estado el billete de Banco tan garantido como lo está ahora. Bajo este y otros aspectos, no puede desconocerse la bienhechora ingerencia ejercida por la entrada del Sr. Camacho en el gobierno del Establecimiento.

Las operaciones ordinarias han sido, en 1891, con escasas diferencias, de igual magnitud que en años anteriores, é igual también el dividendo distribuido á los accionistas.

*
* *

También la *Compañía de Tabacos* ha celebrado su junta ordinaria en estos últimos días. Lucha esta Sociedad contra los efectos de una ley absurda, hasta el punto de que no siempre la conviene desarrollar sus energías y su actividad porque la venta prospere. Además de esto, se parte de un canon excesivo que en los tres primeros años se ha traducido para la Compañía en una pérdida de 14.294.538 pesetas. En el pasado ejercicio ha cambiado radicalmente el estado de las cosas, y ha conseguido obtener un beneficio de cerca de seis millones de pesetas, reduciendo las pérdidas de anteriores ejercicios á 8.427.960 pesetas.

La prensa diaria había anunciado que el Gobierno se proponía, de acuerdo con la *Arrendataria*, reformar la ley del contrato por modo más equitativo y más conveniente para el Estado y para la Compañía.

Sería una medida acertada.

*
* *

Poco más, poco menos, como salieron de Enero próximo pasado los valores del Estado, salen de Febrero. Las diferencias son escasas. Después de tanto batallar en los últimos días, la liquidación se hace al fin en baja. Se esperaba que el papel escasearía más, pero no se han realizado los pronósticos que se habían formado, y la contestación de primas y las liquidaciones se han hecho en la Bolsa de Madrid con gran facilidad. Las operaciones al contado han cerrado casi á iguales tipos que las operaciones á fin de Marzo, con cinco céntimos de ventaja todavía.

Es de notar la paralización de operaciones á plazo. La especulación revela poca decisión en uno y otro sentido. Esto procede de dos causas distintas. La primera, la falta de confianza *en el personal*. Después de las últimas quiebras, los más prudentes se abstienen de mezclarse en estas operaciones. La segunda, es la falta de orientación sobre el porvenir. Llevamos ocho meses bajando y bajando, sin que muchas veces pueda determinarse á qué causas obedece el descenso. Madrid ha resistido con firmeza, porque el papel está bien colocado,

y el temor y el miedo no han penetrado apenas en la masa de los rentistas. Pero contra toda lógica y todo pensamiento razonable están los hechos y las liquidaciones en baja que han impuesto prudencia y recelo hasta en las naturalezas más optimistas y animosas.

Aparte las causas permanentes y esenciales que obran en contra de nuestro crédito público, y que todas pueden resumirse en la desnivelación de los presupuestos y en la falta de energía en los poderes públicos para imponer reducciones en los gastos y cerrar herméticamente el portillo de los déficits, no es posible pasar en silencio un hecho que todos los que frecuentan nuestro mercado han podido observar, es á saber : que mientras la especulación á la baja está organizada y dispone de elementos en París y en Madrid, y se sale de cuantos medios lícitos ó ilícitos puede, los grupos alcistas carecen de organización y de plan, y obran de un modo aislado y atómico que forzosamente ha de ser infecundo. Todo el mundo sabe que en este mes que reseñamos, una casa de importancia y que dispone de medios poderosos lo mismo en Madrid que en Barcelona, ha hecho grandes esfuerzos por levantar los valores. Si á su alrededor se hubieran agrupado los elementos que en pensamiento y en esperanzas estaban con ella identificados, el éxito hubiera sido seguro. Se la abandonó, se la dejó sola, teniendo que luchar en una línea extensísima y con valores distintos, y por necesidad ha tenido que cejar en su empeño, consiguiendo, no obstante, defender muy bien aquellos valores en que, en primer término, estaba interesada.

De media docena no pasan los que empujan á la baja nuestros valores : tres de ellos operan aquí y otros tantos en París. No hay medio á que no acudan ni procedimiento de que no se valgan. Noticias alarmantes, telegramas falsos, cotizaciones mentira, todo lo ponen por obra. El día de la liquidación de este mes la Bolsa de París reveló una gran firmeza: todos los valores subieron, todos menos el exterior español que consiguieron tumbar allá, haciendo correr la especie de que el Sr. Camacho abandonaba el cargo de Gobernador del Banco. No queremos hacernos eco de las especies que por ahí circulan de que cuentan con apoyos más ó menos subalternos en las esferas oficiales. Se nos resiste creer la noticia, no obstante lo mucho que circula y el asentimiento que se la presta.

Los giros sobre el extranjero no dejan de ayudar á estas maniobras

bajistas. Cada día están más altos, á pesar de las razones que hacían esperar que en el mes de Febrero bajarían bastante. Es escasa, si es que existe, la importación de títulos del extranjero. Nuestro comercio exterior durante el mes de Enero (último conocido) no ha podido ser más favorable: 67.151.000 pesetas hemos exportado á Francia, y no hemos recibido más que 17.252.000, según la valoración oficial de aquella República. ¿A qué causas obedece este desnivel tan grande y tan perjudicial en los giros, totalmente opuesto al que presentan los cambios de mercancías? Demos toda la importancia que realmente tiene á nuestra circulación monetaria, basada en un metal depreciado y en los billetes de Banco; pero así y todo, es preciso recurrir á otros factores para explicar satisfactoriamente lo que con los giros sucede.

El mercado de letras y cheques, muchas veces lo hemos dicho, está hoy acaparado por unas cuantas casas que lo dominan á su antojo é imponen los precios que quieren. El Banco es quien puede destruir esta especie de monopolio. Medios tiene sobrados para ello, y cabalmente no hay empresa que caiga más y mejor dentro de las funciones de un Banco nacional que la de normalizar y regularizar los cambios.

La prima de los giros y la prima del oro, constantemente subiendo una y otra, son axioma que exprimen á maravilla los bajistas contra nuestros valores, sobre todo en el mercado de París. Las oscilaciones de la Bolsa guardan una relación matemática é inversa con la de los cambios internacionales. Tras del alza de éstos, la baja inmediata en las cotizaciones, lo mismo de valores del Estado que de ferrocarriles y minas.

Por esta razón importa tanto poner mano en este negocio, en el cual nadie puede hacer tanto y tan provechoso como el Banco de España.

Los sucesos políticos, tanto interiores como exteriores, han ejercido escasa influencia en los mercados bursátiles durante el pasado mes de Febrero. Únicamente importa señalar el mal efecto causado por los discursos cargados de pesimismo del Sr. Cánovas del Castillo, la crisis del Gobierno francés y los disturbios socialistas de Berlín. Desde el día 1.° al 29, los valores principales de la Bolsa de Madrid han sufrido las alteraciones siguientes:

VALORES	1.º FEBRERO	29 FEBRERO	DIFERENCIAS
4 por 100 interior.....	64,90	64,25	— 65
Idem exterior.....	70,45	70,60	+ 15
Idem amortizable.....	76,50	76,50	=
Billetes de Cuba al 6 por 100....	101,75	103,30	+ 1,55
Idem íd. al 5 por 100.....	89	93,50	+ 4,50
Cédulas del Banco Hipotecario al 5 por 100.....	100,50	100	— 50
Banco de España.....	352	350	— 2
Compañía de Tabacos.....	98	93,50	— 4,50

Las diferencias, como se ve, son escasas; pero hay que medirlas, teniendo en cuenta que la comparación se establece entre dos fechas igualmente bajas. Como resulta en toda su magnitud la pérdida, es enfrentando los cambios en fin de Febrero próximo pasado con los de igual mes del año anterior. He aquí el resultado:

	FIN FEBRERO 1891	FIN FEBRERO 1892	DIFERENCIAS
4 por 100 interior.....	77,20	64,25	—12,95
Idem exterior.....	78,85	70,60	— 8,25
Idem amortizable.....	89,45	76,50	—12,95
Billetes de Cuba al 6 por 100....	103,10	103,30	+ 20
Idem íd. al 5 por 100.....	98,10	93,50	— 4,60
Cédulas al 5 por 100 del Banco Hipotecario.....	101,70	100	— 1,70
Acciones del Banco de España...	400	350	—50
Idem de la Compañía de Tabacos.	88,50	93,50	+ 5

Con ser ruinosísimo este descenso, todavía es mayor y de superiores alcances el que han sufrido en París los valores industriales de Es-

paña. Véase, como término de este artículo, la pérdida de algunos de ellos, los más importantes:

	FIN FEBRERO 1891	FIN FEBRERO 1892	DIFERENCIAS
Acciones del Banco Hipotecario de España.....	552	495	— 57
Idem del Gas de Madrid.....	440	220	— 220
Idem de Tabacos de Filipinas.....	735	615	— 120
Idem del Fénix Español.....	644	490	— 150
Idem de Riotinto.....	581	432	— 149
Idem de Tharsis.....	174	140	— 34
Idem de ferrocarriles del Norte...	350	166	— 184
Idem de íd. de Zaragoza y Alicante.....	321	175	— 146
Idem de íd. Andaluces.....	476	275	— 201

UN EX-MINISTRO.

ÍNDICE

	Páginas.
Querida (novela), por Edmundo de Goncourt	5
Una corta en el bosque, por el Conde León Tolstoy	45
Un jugador, por P. Bourget	81
Toc... toc... toc..., por Iván Turgueneff	91
El sitio de Berlín, por Alfonso Daudet	114
Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas, por Stuart Mill	121
Algo sobre las cuestiones acerca del primer viaje de Colón, por Adolfo de Castro.	136
La arqueología y las artes plásticas en el teatro, por José Ramón Mélida	151
Noche de luna, poesía, por Calixto Oyuela	164
Concepto colombino por Cesáreo Fernández Duro	166
Crónica internacional, por Emilio Castelar	174
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas	191
Revista económica, por un Ex-Ministro	198

AP
60
E8
año 4
no.37-39

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY